




BX3713
.A3S2



Digitized by the Internet Archive
in 2014

JESUITAS EN EL POLO NORTE

LA MISION DE ALASKA

Nihil obstat

ALOISIUS FERNÁNDEZ, S. J.
Cens. Ord.

Imprimi potest

RAIMUNDUS CALVO, S. J.
Praep. Prov. Leg
25 oct. 1942.

Nihil obstat

ANTONIUS VALLE LLANO, S. J.
Cens. Eccles.

Imprimase

DR. MANUEL RUBIO
Vic. Gen.
Madrid, 25 noviembre 1942.

ES PROPIEDAD

Impreso en España, 1943

LIBRARY OF PRINCETON
JUN 19 1951
THEOLOGICAL SEMINARY

ANGEL SANTOS, S. J.

DOCTOR EN FILOSOFÍA Y LETRAS
(Sección de Historia)

✓
Angel Santos Hernandez

JESUITAS EN EL POLO NORTE

L A M I S I O N
D E A L A S K A

M A D R I D
1 9 4 3

INDICE

	Páginas
Bibliografía	11
Abreviaturas más usadas	16
Portada	17
A guisa de Prólogo, por Segundo Llorente, S. J.	21

I

EL MARCO GEOGRAFICO

1. Alaska. el país misterioso.—2. Situación y orografía.— 3. Los arcanos de sus sierras.—4. Glaciares milenarios.— 5. Icebergs y campos de hielo.—6. Fisiografía alaskana.— 7. El Yukón y sus afluentes: hidrología de Alaska.—8. Los nómadas de la tundra	25
---	----

II

EL CUADRO HISTORICO

1. Primeros descubridores.—2. Las finas pieles del Círculo Po- lar.—3. Españoles ante las costas de Alaska.—4. Marineros y aventureros extraños.—5. Nuevas expediciones hispanas.— 6. El espinoso asunto de Nootka.—7. Colonización rusa y americana.—8. La lucha por la libertad.—9. Tras el vello- cino de oro.—10. Los caminos y comunicaciones de Alaska.	45
--	----

III

EL PAIS DE LOS ETERNOS HIELOS

1. Climatología alaskaña.—2. Razón de su clima polar.—3. Flora y vegetación.—4. La furia de los blizzars.—5. Una tempestad	
---	--

tad furiosa en Kotzebue.—6. La primera víctima polar.—	
7. Ante los cambiantes de una aurora boreal.—8. Las prisiones del Yukón.—9. El <i>parki</i> esquimal.—10 Retorno de la vida ...	89

IV

ETNOGRAFIA

Los hijos del Círculo Polar.—2. La demoledora acción de los blancos.—3. Indios y esquimales de Alaska.—4. Los isleños <i>Aleutianos</i> .—5. Los <i>Ten'as</i> del interior.—6. Los <i>Thinklets</i> de la región costera meridional.—7. Los <i>Esquimales</i> auténticos.—8. Evangelización del grupo central y oriental.	
9. Procedencia y caracteres somáticos.—10. Su idioma y los apuros del P. Barnum.—11. Intrincada gramática esquimal	
12. Iglús y casas de invierno.—13. El deshiele del Yukón	
14. Los campamentos fluviales.—15. Los cazadores nortños.—16. Habilidad esquimal.—17. El colmo de la ingeniosidad humana ...	133

V

RELIGION

1. Dogmas y creencias.—2. Chamanismo y prácticas chamanísticas.—3. Inferioridad de la mujer entre los indios del interior y la costa.—4. Abandono infantil y vejez desdichada.—	
5. Deficiencias del esquimal: la mentira.—6. Robo y asesinato.—7. Fisonomía moral.—8. La hospitalidad.—9. Los esquimales cristianos. gozo y corona del misionero ...	155

VI

LOS ORTODOXOS RUSOS EN ALASKA

1 Los rusos en Alaska.—2. La iglesia rusa.—3. Deficiencias de su clero.—4. Nacionalismo ortodoxo.—5. La ortodoxia en Alaska.—6 Iván Veniaminoff —78. La labor escolar.—8. La situación actual ...	177
---	-----

VII

LOS PROTESTANTES

Páginas

1. Intromisión protestante.—2. Primeros contactos con el pueblo esquimal.—3. La instrucción privada.—4. La intervención oficial en la industria y la enseñanza.—5. La secta presbiteriana.—6. Moravos y episcopalianos.—7. Luteranos suecos y cuáqueros.—8. El estigma de la desunión.—9. Temores y esperanzas 191

VIII

EL ALBOREAR DE LA FE

1. Primeras tentativas y primeros héroes.—2. Mons. Seghers, obispo de Vancouver.—3. Primicias de apostolado por tierras desconocidas.—4. Arzobispo de Oregón.—5. Primeros contactos con los Jesuitas de las Montañas Roqueñas.—6. Camino de Alaska.—7. La separación dolorosa de Harper.—8. Hacia Nulato.—9. Muerte trágica del fundador de la Misión esquimal.—10. La sublimación del héroe 209

IX

LOS JESUITAS EN ALASKA

1. Los sucesores del mártir.—2. Los Jesuitas aceptan las Misiones de Alaska.—3. El P. José María Cataldo.—4. Recordando añejas añoranzas.—5. La reunión de Nukloroyet.—6. La Ortodoxia y el Protestantismo al comenzar las Misiones católicas.—7. Nukloroyet, Nulato y Anvik.—8. El puesto central de Nulato.—9. La cruz de Yissetlatoh.—10. La región de Kozirefsky.—11. La primera escuela.—12. La Misión de la costa.—13. En las márgenes del Akulurak' 239

X

DESARROLLO DE LA MISIÓN

1. A los pies del Sumo Pontífice.—2. Los yacimientos mineros del Sur.—3. La Misión de Alaska Austral.—4. En el

Kuskokwim y Shageluk.—5. El grato recuerdo del P. Tosi.—	
6. Impresiones del P. René.—7. Oro en las fronteras del	
Este.—8. Hervor minero en el estrecho de Behring.—9. El	
puesto de Saint Michael.—10. El P. Rafael Crimont.—11. La	
fundación de Fairbanks.—12. El régimen interior de las	
Misiones de Alaska.—13. Un desarrollo constante	265

XI

EL MISIONERO

1. El P. Felipe Delón.—2. A través de la tundra nevada.—	
3. Duro lecho de nieve.—4. Envueltos por el vendaval.—	
5. Los compañeros asiduos del misionero: perros y trineos.	
6. Las consecuencias de una temperatura glacial.—7. Una	
operación quirúrgica arriesgada.—8. El misionero errante	
sufre y ora.—9. La aviación al servicio del Apostolado.—	
10. La muerte del héroe	295

XII

APOSTOLADO

1. La ofrenda del misionero alaskeno.—2. En casa del P. Jetté.	
3. Sus jiras veraniegas.—4. Descendiendo por el Yukón en	
una jira otoñal.—5. Pobreza ideológica del indígena alaska-	
no.—6. Resultados que consuelan.—7. La gloria del misio-	
nero.—8. Carácter interno del misionero polar.—9. La labor	
educativa escolar.—10. Niños de cincuenta años.—11. Entre	
blancos: minas y mineros de todas procedencias y colo-	
res.—12. El P. Guillermo Judge.—13. En pos de El Dorado	
alaskano.—14. La actitud del misionero	329

XIII

HEROES DE LOS HIELOS POLARES

1. Obedientes al Pontífice.—2. El P. Tornielli.—3. El sacrificio	
del P. Ruppert.—4. La figura del P. Treca.—5. El «viejo»	

P. Monroe.—6. El benemérito P. Robaut.—7. Ante el espectro del hambre.—8. Como el «sitio» del Calvario.—9. La oftalmía de las nieves.—10. La soledad de la tundra.—11. La furia del mar en tierra firme.—12. La tercera plaga de Egipto.—13. Consolando como Padre	365
---	-----

XIV

LA MISION

1. Los puestos de Alaska Austral.—2. Alaska Boreal: Fairbanks.—3. La estación de Nulato.—4. Holy Cross: su orfanato y sus escuelas.—5. Actividad juvenil.—6. El primer jesuíta esquimal.—7. Los huerfanitos de Holy Cross y el Vicario de Jesucristo.—8. Residencia de Mountain Village.	399
---	-----

XV

BORDEANDO EL ESTRECHO DE BEHRING

1. Akulurak.—2. Kashunak y Hooper Bay.—3. Tununak en la isla de Nelson.—4. El puerto de Saint Michael.—5. La ciudad de Nome.—6. El oasis de Pilgrim Springs.—7. Kotzebue en el Círculo Polar.—8. Entre dos mundos o islas Diomedes.—9. La cristiandad de King Island	417
---	-----

XVI

CONCLUSION

1. La escasez de misioneros.—2. Ayudas del Hermano Coadjutor.—3. Las Religiosas en el Círculo Polar.—4. Primera floración norteña, o la Congregación indígena de Nuestra Señora de la Nieve.—5. Conclusión	447
Estadística de 1937	459
<i>Apéndice I:</i> Status de la Misión desde sus comienzos hasta nuestros días	461

INDICE

	Paginas
<i>Apendice II</i>	508
1) Superiores eclesiásticos y religiosos de la Misión	509
2) Misioneros de Alaska Boreal	509
3) Misioneros de Alaska Austral	513
4) Héroes de los hielos polares	514
5) Misioneros muertos en Alaska	515
6) Los diferentes puestos de la Misión	516
Indice alfabético geográfico y personal	528
Indice de mapas	543
Indice de grabados	544

BIBLIOGRAFÍA

A. FUENTES

Woodstock Letters: A record of current events and historical notes connected with the Colleges and Missions of the Society of Jesus. Woodstock College. Press. EE. UU.

Es una colección privada, donde aparecen reproducidas las principales cartas de los misioneros Jesuitas, en que dan cuenta a sujetos particulares de sus tareas apostólicas, y que después se reproducen para que puedan ser conocidas de los demás sujetos que forman la provincia religiosa. En las provincias de habla española suelen llevar el título general de «Cartas edificantes». Como decíamos arriba, son de carácter absolutamente particular y para uso exclusivo de los Jesuitas. Las *Woodstock Letters* son las Cartas edificantes, sobre todo en los primeros tiempos, de las Provincias y Misiones norteamericanas.

P. PASCUAL TOSI, S. J.: *L'Alaska e i suoi primi esploratori*.

Es una Memoria que a su venida a Europa dejó en Roma el año 1893 sobre la fundación y primeros pasos de la Misión alaskaña. Fué dada a conocer el año siguiente en diversos artículos por la revista italiana *La Civiltà Cattolica*. Fué de nuevo reproducida por la misma revista, en folleto aparte, el año 1926, con ocasión del vuelo de Nobile al Polo Norte, que tocó en la ciudad de Nome, donde fué agasajado por los Jesuitas.

Nuova edizione.—Roma (9). *La Civiltà Cattolica*.—Via Ripetta, 246.—1926.

Catálogos S. J.: Desde 1886 hasta 1941, de las diversas Provincias religiosas que tuvieron confiada en los diversos años la Misión alaskana: Provincias de Turín, Canadá, California y Oregón.

Cartas de misioneros alaskanos, bien reproducidas en algunas de nuestras revistas, bien en su mismo original. Los misioneros, cuyas cartas hemos usado son los siguientes, por orden alfabético:

P. Barnum, Francisco	misionero en Alaska	8 años	
P. Bernard, José	—	9	—
P. Camille, Rogaciano	—	8	—
P. Cataldo, José	—	3	—
P. Crimont, Rafael	—	46	— * (1)
P. Delón, Felipe	—	14	—
P. Eline, Luis	—	20	— *
P. Fitzgerald, Walter	—	2	— *
P. Fox, Juan	—	14	— *
P. Jetté, Julio	—	28	—
P. Keyes (Chiavassa), Antonio ...	—	27	—
P. Lucchesi, Juan Lucas	—	39	—
P. Llorente, Segundo	—	6	— *
P. Ménager, Francisco	—	14	— *
P. Monroe, Francisco	—	45	—
P. Prange, Francisco	—	7	—
P. Ragaru, Luis	—	17	—
P. René, Juan Bautista	—	10	—
P. Robaut, Luis	—	45	—
P. Tosi, Pascual	—	12	—
P. Treca, José	—	37	—

Archivo General de Simancas. Correspondencia inédita en la Sección de Estado, entre nuestro Embajador en Londres, Marqués del Campo, y los Gabinetes respectivos de Londres y Madrid, con ocasión del asunto particular de Nootka, que puso en cierta tirantez a ingleses y españoles en relación con estas regiones del Sur de Alaska.

Musco Naval. Diarios, cartas, relaciones, etc., sobre los diferentes viajes realizados por marinos españoles hacia las costas al N. de California al finalizar el siglo XVIII.

B. BIBLIOGRAFIA CONSULTADA

- BAETS (DE), MAURICE: *Mgr. Seghers l'Apôtre de l'Alaska*.—Librairie Religieuse H. Oudin.—Paris 10, Rue de Mézieres.—1896.
- BARCLAY, R. P.: *A Survey of Foreign Missions*.—Edinburg and London.—W. Blackwood and Sons.—1897.
- BOUSQUET, J.: *L'Unité de l'Eglise et le Schisme Grec*.—Paris, Gabriel Beaucherie, Editeur, 117, Rue de Rennes.—1913.

(1) Notamos con este signo a los que aún siguen de misioneros en la actualidad.

- BROU ALEXANDRE, S. J.: *Cent ans de Missions 1815-1934*.—Les Jésuites Missionnaires au XIX^e et au XX^e siècles.—Editions Spes.—Paris. V.—17, Rue Soufflot.—1935.
- CALVET, J.: *Le problème Catholique de l'Union des Eglises*.—Paris. J. de Gigord, Editeur, 15, Rue Casette.—1921.
- CRIMONT, RAFAEL: *Alaska*, en *The Catholic Encyclopedia*.—An international work of reference on the Constitution. Doctrine, discipline, and history of the Catholic Church.—New York.—The Encyclopedia Press, Inc. (15 volúmenes).
- DEDIEU, J.: *Instabilité du Protestantisme*.—Librairie Bloud et Gay. 1928.—Paris.
- DUCHAUSOIS, PEDRO, O. M. I.: *Aux Glaces Polaires*.—Indiens et esquimaux.—Paris. Oeuvre des Missions O. M. I.; 4, Rue Antoniette. 1922.
- EPSTEIN, M.: *The Statesman's Year-Book*.—Statistical and Historical annual of the World for the year 1940.—London, 1940.
- INSTITUTO GALLACH: *Las Razas Humanas: Su vida, sus costumbres, su historia, su arte*.—Instituto Gallach de Librería y Ediciones. Barcelona.
- HUBBARD, R. BERNARD, S. J.: *Mush, You Malemites*.—New York.—The American Press, 1932.
- LUCHETTI, ANTONIO, S. J.: *Gesuiti Genovesi Missionari in Alaska*—Memorie dei PP. G. L. Lucchesi e Crispino Rossi.—Genova (Scuola Tipografica Derelitti), 1942. 2.^a Edizione.
- LLORENTE, SEGUNDO, S. J.: *En el País de los Eternos Hielos. Alaska Boreal*.—Vida del misionero en los hielos polares, por... misionero en Alaska.—Bilbao. Editorial «Cultura Misional», S. A.—1939.
- *En las lomas del Polo Norte*.—Editorial «El Siglo de las Misiones».—Bilbao, 1942.
- *Aventureros del Círculo Polar*.—Editorial «El Siglo de las Misiones».—Bilbao, 1942.
- MULLIN, J. F.: *Alaska*, en *Universal Knowledge*.—New York. The Universal Knowledge Foundation, Inc. (12 volúmenes).
- PALMIERI, AURELIO, O. S. A.: *La Chiesa Russa: Le sue odierne condizioni e il suo riformismo dottrinale*.—Firenze. Libreria editrice Fiorentina, 1908.
- PERICOT, LUIS: *América indígena*.—Tomo I. El hombre americano. Los pueblos de América.—Barcelona. Salvat Editores. S. A.—1936.
- SACRA CONGREGAZIONE DE PROPAGANDA FIDE: *Guida delle Missioni Cattoliche*: Redatta sotto gli auspici della...—Roma. Unione Missionaria del Clero in Italia.—Via Propaganda 1 c.—1935.
- SOLOVIEV, VLADIMIRO: *La Russie et l'Eglise Universelle*.—Librairie

- Stock. Delamain, Boutelleau et Cie. Editeurs.—Paris.—155, Rue St. Honoré. Place du Théâtre Français. 1922. 5e. édition.
- CANDERWOOD, J.: *Alaska, an Empire in the Making*.—London.—T. Fisher Unwin. S. A.—1913.

C. REVISTAS

- Acta Romana Societatis Jesu.*—Borgo Santo Spirito, 5.—Roma.
- Cartas Edificantes de la Provincia de Castilla.*—Oña (Burgos).
- El Siglo de las Misiones.*—Cultura Misional.—Aptdo. 211.—Bilbao.
- Etudes religieuses, philosophiques, historiques et littéraires.*—Paris.
- Jésuites Missionnaires.*—Lyon (Francia).
- La Missioni della Compagnia de Gesù.*—Fondamenta Nuova. 4885 Venezia, 119.
- Lettres de Jersey.*—Jersey (Francia).
- Memorabilia, S. J.*—Borgo Santo Spirito, 5.—Roma.
- Nuntii de Missionibus, S. J.*—Borgo Santo Spirito, 5.—Roma.
- The National Geographic Magazine.*—Published by the National Geographic Society.—Washington, D. C.
- Woodstock Letters.*—Woodstock College.—Press. EE. UU.
- Xaveriana.*—11. Rue des Récollets.—Louvain.—Belgique.

D. MAS BIBLIOGRAFIA SOBRE ALASKA

- ANDERSON Y EELLES: *Alaska Natives.*—A study of their Sociological and Educational Status.—Stanford University, 1935.
- ANDREWS CLARENCE: *The Story of Alaska.*—Caldwell (Idaho). 1938.
- BANCROFT: *History of the Pacific States of North America*, t. 28. Alaska.—San Francisco, 1886.
- BRUCE: *Alaska, its history and resources.*—2.^a edition.—New York, 1899.
- BURR AGNES: *Alaska: Our Beautifull Northland of Opportunity.*—New York, 1919.
- CLARK, H. W.: *History of Alaska.*—New York and London, 1930.
- COLBY MERLE: *A Guide to Alaska.*—The Last American Frontier.—New York, 1939.
- DESJARDINS, S. J.: *En Alaska: Deux mois sous la tente.*—Montréal.—Imprimerie du Messager.—1930.
- DEVINÉ, S. J.: *Across Widest America.*—Newfounland to Alaska.—New York, Cincinnati, Chicago, 1906.
- DE WINDT: *Through the gold fields of Alaska to Behring straits.*—New York. 1898.

- GREELY, A. W.: *Handbook of Alaska: Its resources, Products and Attraction* in 1924.—London and New York, 1925.
- HEILPRIN: *Alaska and the Klondike*.—New York, 1899.
- HIGGINSON ELLA: *Alaska-The Great Country*.—New York and London, 1909.
- NICHOLLS, JEANNETTE: *Alaska: a History of its Administration, etc. under United States*.—Cleveland, 1924.
- NOVO Y COLSON: *Viaje político-científico alrededor del Mundo por las corbetas «Descubierta» y «Atrevida», al mando de los capitanes de navío D. Alejandro Malaspina y D. José Bustamante y Guerra, desde 1789 a 1794*.—Madrid, 1885.
- PRIEST (A) OF ST. SULPICE: *A record of the work of Rev. William H. Judge, S. J.*—Introduction by His Eminence, Cardinal Gibbons.
- SALIN EDGAR: *Die wirtschaftliche Entwicklung von Alaska*.—Tübingen, 1914.
- SCHWINEFORD: *Alaska, its history, climate and natural resources*.—New York, 1898.
- STUCK, H.: *Voyages on the Yukon and its Tributaries*.—New York, 1917.
- TH. WILLING: *The Alaska Frontier*.—Filadelfia, 1902.
- *The Alaska-Canadien Frontier*.—Filadelfia, 1903.
- WEYER, E. M.: *The Eskimos: their environment and folk-wais*. N. Haven.—Londres, 1932.

ABREVIATURAS MAS USADAS EN ESTE TRABAJO

AB.—Alaska Boreal: En el País de los Eternos Hielos.

ARSJ.—Acta Romana, S. J.

GMC.—Guida delle Missioni Cattoliche.

JM.—Jésuites Missionaires.

MCG.—Le Missioni della Compagnia de Gesù.

MSJ.—Memorabilia, S. J.

NM.—Nuntii de Missionibus, S. J.

SM.—El Siglo de las Misiones.

WL.—Woodstock Letters.



Foto 1.—*Cordilleras alaskenas.*



Foto 2.—*En el valle de los diez mil humos*



Foto 3.—*Glaciares milenarios (SE. de Alaska).*



Foto 4.—*El principio del deshielo.*

P O R T A D A

Era en 1930. Una expedición de jóvenes Jesuítas que habían terminado felizmente sus estudios filosóficos, se presentaba a mediados de julio en la Escuela Apostólica que la Compañía de Jesús tiene en Carrión de los Condes. Iban a recibir, en aquella misma mansión que los vio nacer a la vida religiosa, la iniciación a la vida sacerdotal.

Unos días más de convivencia fraternal, y en seguida una dispersión completa por España y el extranjero. Como en otro tiempo los Apóstoles reunidos en el Cenáculo se dispersaron por todo el mundo para extender el reino de Dios, así estas almas juveniles, plétóricas de sublimes ideales, se presentaban para emprender también su labor benéfica en pro de la niñez y la juventud.

—Mirad—nos decía un compañero señalando a varios de los que formaban el grupo de sotanas negras—: Acaba de decirme el Padre que aquellos tres van a China, y el de más allá, aquel que con su conversación amena y sus gestos inimitables mantiene en continua algazara al grupo que le rodea, va a embarcarse para el Norte: es misionero de Alaska.

¡Cuán hondamente se grabaron en mi alma estas últimas palabras: misionero de Alaska! Es que Alaska tiene un no sé qué de misterioso y simpático que cautiva sin querer las almas infantiles. Recuerdo que desde entonces toda nuestra aspiración, nuestro único anhelo era ver y hablar al misionero de las nieves, al misionero alaskeño.

Quien hubiera dirigido entonces una mirada hacia el patio de recreo, hubiera contemplado infaliblemente un grupo compacto de muchachos en torno al alaskeño, que silenciosos

escuchaban con avidez las mil maravillas de aquellas tierras lejanas, perdidas allá entre las brumas del helado Polo.

Alaska es para el alma infantil una región inmensa donde se extiende sin fin el armiño de la nieve, y donde los abruptos picachos que acordonan el mar esconden entre las nubes sus cimas invisibles coronadas de blancura; es aquella tierra legendaria de historias peregrinas, cruzada sin cesar por millares de aventureros y buscadores de oro, donde los rayos medrosos de un sol de media noche se confunden con los destellos azulados de una aurora boreal; o es, en fin, el país desconocido y misterioso, jamás hollado por humano pie, donde rebaños formidables de osos blancos se pasean con dominio absoluto de aquella imponente soledad.

Han pasado doce años. Aquel misionero alaskano que tanto nos cautivaba en nuestros tiempos de Carrión, describe ya los azares de su vida entre los hijos del Polo, y rebosa de contento al convivir con niños inocentes, olvidados quizá del mundo civilizado, pero que tienen un alma más blanca y más puro que el ampo mismo de la nieve que cubre sus campiñas; y uno de aquellos pequeñuelos que le rodeaban con fruición en las horas de recreo, quiere hoy ofrecer al público español algo que aún desconoce la literatura gentil del habla cervantina.

Allá en los tiempos primeros de la colonización alaskana, varios navíos españoles se acercaron a las costas y descubrieron nuevas tierras bañadas por mares norteños; en nuestros días tampoco ha querido la madre España, madre bendita de millares de misioneros, olvidar a tantos pobrecitos que llo- ran su soledad y su miseria entre las estepas inhospitalarias de un extremo de nuestro Globo.

Con este sencillo trabajo, el primero sobre esta materia, procuraremos contribuir al mayor conocimiento de una Misión que honra a la Iglesia de Dios, en primer lugar, a la Compañía de Jesús, después, y también, entre otras naciones, a España, que ha querido enviar a uno de sus hijos a luchar con valentía y denuedo en un país que sólo sabe de heroísmos.

Con él pretendemos dar a conocer lo que en Alaska tra-

bajan y sufren nuestros misioneros; ellos son los que hablan en todas sus páginas, y con cuya autoridad hemos ido refrendando la mayor parte de las cosas que decimos. Más aún, lo esencial de nuestro trabajo ha estado en las mismas lomas del Polo, cuando en 1938 tuvimos por bien enviar un esquema al misionero español de las nieves perpetuas; y como nos decía el mismo Padre en carta particular: «el pobre manuscrito tuvo que caminar hasta el Polo Norte, tal vez para probar por experiencia la veracidad de lo en él contenido» (1).

Juntamente nos enviaba el prólogo sabrosísimo con que presentamos nuestra obra.

Dificultades de momento impidieron la inmediata publicación de aquellos apuntes, ocasión que pudimos aprovechar para aumentar el contenido con numerosos y valiosos detalles.

En 1939 aparecía en «Cultura Misional» una obrita del P. Llorente, titulada *En el País de los Eternos Hielos: Alaska Boreal*, en la que el autor narra sus impresiones y labor apostólica durante los dos primeros años que estuvo en Akulurak. Es una autobiografía amenísima y en un castellano de exquisita galanura: viril y firme como el monte McKinley, y lleno de gracia como las zorras azules del Golfo.

Más tarde, este mismo año 1942, han aparecido, también en «Cultura Misional», otros dos tomitos del mismo autor con narraciones y artículos interesantísimos sobre sus dos años de apostolado en su nido de Kotzebue. No podemos menos de aconsejar su lectura a nuestros lectores, que jamás se arrepentirán de haberlos leído.

Finalmente, ahora sale a luz nuestro trabajo, de un carácter totalmente distinto del de los tres anteriores; por eso no dudamos en tenerlo como el primero de todos en esta materia; al menos, en nuestra bibliografía no conocemos otro que trate del mismo tema: ya lo indica también en sus impresiones el mismo prologuista.

Queremos llamar la atención de alguno de nuestros lec-

(1) Carta al autor: Kotzebue (Alaska), sept. 18, 1938.

tores, que encuentre quizá deficiente alguna parte de nuestro trabajo; ello se debe a la contienda bélica actual, que hace punto menos que imposible toda correspondencia con el extranjero y dificulta sobre manera toda obra de investigación. Hemos escrito y pedido aclaración de algunas cosas a varias naciones de Europa y América, y, o nuestra correspondencia ha ido a parar al fondo de los océanos, o se nos ha respondido que las dificultades inherentes hoy a todo el servicio postal no permiten satisfacer a nuestros deseos. Por ello pedimos de antemano perdón.

Antes de comenzar el desarrollo de nuestro tema, hemos considerado oportuno dar una ojeada sobre el escenario topográfico, el cuadro histórico, la etnografía y religiones primitivas del suelo alaskano, a fin de que todo resulte más completo y fecundo. Finalmente, al fin de la obra damos en dos Apéndices datos interesantes sobre la Misión y personal misionero que, dado el carácter de los mismos, no nos pareció bien incluir dentro del cuerpo de la obra.

Aprovechamos esta ocasión para agradecer desde aquí al Dr. D. Amando Melón, catedrático de la Universidad de Valladolid, su valioso consejo y ayuda en diversos capítulos de esta obra.

Quiera Dios podamos de algún modo contribuir con ella a la mayor difusión del reinado de Cristo entre las nieves del Polo.

Comillas, 12 de octubre de 1942. (Fiesta de la Virgen del Pilar.)

EL AUTOR.

A GUISA DE PROLOGO

Este libro viene a llenar un hueco en los estantes de nuestras bibliotecas misionales. La lectura del manuscrito me proporcionó un placer inmenso por ver estampados en español purísimo cien episodios y escenas que le salen al paso diariamente al que tiene la fortuna o la desgracia de vivir «en el país de los eternos hielos».

Alaska va gradualmente vistiéndose de un ropaje artificial de civilización occidental, cuyo resultado no es fácil predecir hoy por hoy. Tiene, como todo, sus ventajas y sus inconvenientes. Entre las ventajas hay que hacer resaltar ésta: los esquimales se van despojando de mil supersticiones antiguas de las que ya apenas queda memoria entre los vivos.

El bien mayor que les ha venido a estos hijos de la nieve, es la predicación del Evangelio. El blanco de Occidente no les ha podido enviar cosa mejor. Ese blanco no es el comerciante, ni el minero, ni el maestro de escuela, ni el aventurero. Ese blanco es el misionero católico. Y, aunque pudieran muchos otros misioneros católicos trabajar aquí en Alaska, Dios ha querido que sean los Jesuitas los llamados a cosechar frutos inenarrables de sacrificios sin cuento.

No teníamos en español un libro que nos diese una idea de conjunto de la labor realizada por los Jesuitas en Alaska. Abundan, sí, artículos sueltos y narraciones de hechos aislados. Yo mismo tuve el gusto de publicar mis impresiones por las riberas del Yukón. Este libro, empero, no se limita ni al Yukón ni a impresiones personales, sino que recoge lo mejor que se ha escrito desde el principio de la Misión hasta nuestros días en un radio sin límites, desde Hooper Bay hasta el Mackenzie, en el norte del Canadá; desde Juneau hasta Kotzebue, cerca del fin noroeste de Alaska.

Hoy día, que tanto se escribe contra los Ordenes religiosas y tan encarnizadamente se las persigue, los buenos católicos deben armarse de libros como éste para estar bien informados de la labor que llevan a cabo los religiosos en sectores ignorados por los agitadores del orden público en los países llamados civilizados.

Con este libro en nuestras bibliotecas ya no tenemos que ir a mendigar datos sobre Alaska en estanterías francesas, inglesas o italianas. Lo tenemos ya en español. ¡Que sepan los españoles que aún hay Dios en Israel!

Ojalá no sea éste el último libro sobre Alaska. Tenemos ya echados los cimientos sobre los cuales debemos levantar un edificio hermoso, en el cual podamos entrar libremente para recrearnos con su variedad y galanura. Todos habíamos oído hablar de las Indias, del Japón, del Continente negro, de China y los chinos y de todos los países misionales de importancia. Quedaba Alaska; pero en adelante podremos gloriarnos de conversar sobre Alaska con la misma familiaridad con que hablamos del Japón o del Congo belga.

Nuestra enhorabuena más sentida al autor por el feliz remate que dió a tan singular aventura.

SEGUNDO LLORENTE, S. J. (1)

Kotzebue, Alaska.

Septiembre 18, 1938.

(1) El P. Llorente es el primero que ha enviado nuestro país a la Misión de Alaska.

Nació en Mansilla Mayor (León) el año 1906. A los once años comenzó los estudios de Humanidades clásicas con D. Jesús Llorente en la preceptoría de San Feliz de Torío (León), estudiando con él dos años. A continuación pasó al Seminario de León, donde cursó otros dos años de Latín y dos de Filosofía. A los diez y siete años ingresó en la Compañía de Jesús el año 1923 en el Noviciado de Carrión de los Condes. Aquí mismo y en la nueva casa de Salamanca prosiguió sus estudios humanísticos, y terminados éstos cursó tres años de Filosofía en Granada. En el verano del año 1930 volvió a ordenarse a Carrión, donde tuvimos ocasión de conocerle y hablarle. Unos meses después embarcó en Gijón a bordo del «Cristóbal Colón» y desembarcó en La Habana, donde pasó cinco semanas. A continuación proseguía el viaje hacia los Estados Unidos por Nueva Orleans, Chicago, Spokane.

En Spokane se perfecciona en el inglés y da clases de español en la

Universidad (Gonzaga University) En 1931 empieza la Teología en Kansas (The Mary's College, St. Marys, Kansas). En el verano de 1934 se ordena de sacerdote allí mismo y va a terminar el cuarto año de Teología en Alma College (California,, donde traduce al mismo tiempo del inglés el libro que titula *Buzón de Preguntas*.

Al año siguiente partía para la Misión alaskaña, siendo destinado por dos años a la casa de Akulurak como operario y estudiante de la lengua esquimal. Sus hazañas de esta época quedan admirablemente descritas en el primero de sus tres libros publicados.

A mediados de 1937 volvió a los Estados Unidos a hacer la llamada Tercera Probación, con que los Jesuitas dan fin a su larga carrera de estudios; la hizo en Manresa Hall (Port Townsend, Wash). En el verano de 1938 volvía a Alaska destinado a la región más boreal que tienen los Jesuitas en la Misión, adentrada ya dentro del Círculo Polar: se llama Kotzebue. Los dos últimos libros que acaba de publicar, en Cultura Misional también, nos refieren escenas sabrosísimas escritas desde estas «lomas del Polo Norte».

Ultimamente acaba de ser trasladado como Superior de la casa y escuelas de Akulurak, donde no estará tan aislado por la tundra polar y donde alegrarán sus vida varios centenares de huerfanitos recogidos caritativamente en las escuelas de la Misión. Akulurak era la tierra de sus ensueños y añoranzas, y ahora, sin pretenderlo, le han destinado allá los Superiores de la Misión.

I

EL MARCO GEOGRAFICO

1. Alaska, el país misterioso.—2. Situación y orografía.—3 Los arcanos de sus sierras.—4. Glaciares milenarios.—5. Icebergs y campos de hielo.—6. Fisiografía alaskana.—7. El Yukón y sus afluentes: hidrología de Alaska.—8. Los nómadas de la tundra.

1. Alaska, el país del silencio y la soledad, con sus vastas y herbosas estepas, sus nieves y ventisqueros movedizos, que se deslizan hasta desembocar en el mar; Alaska, con sus vistosas auroras boreales que, cual inmenso cortinaje de seda brillante suspendido del cielo, ondean de uno al otro extremo del horizonte, ostentando a cada vibración uno tras otro los colores del espectro, parece ejercer sobre la imaginación un fascinador hechizo, y con su riqueza de oro, sus matices y colores, impulsar a las más arriesgadas y audaces empresas.

Pero cuando ese factor impresionante de la fantasía se pone en contacto con la dura realidad, siéntese un misterioso estremecimiento, y la actividad del misionero, que no busca ni aventuras ni riquezas, vese entonces nimbada por la aureola del sacrificio y de un sublime y lento, pero continuado, martirio.

2. Alaska, posesión de los Estados Unidos, es una vasta península situada en la extremidad NO. de la América Septentrional, entre el Océano Glacial, el mar de Behring y el Océano Pacífico, separada de las tierras canadienses por una frontera convencional que sigue el meridiano 141° de longitud Oeste (1), y torciendo después hacia el SE. junto al pa-

(1) GMC., 280 a.

ralelo 60°, baja hasta el 54° 40' en una franja de más o menos anchura en la región occidental del Canadá.

Su litoral meridional vese salpicado de innumerables golfos, cabos y ensenadas, y un sinnúmero de grandes y pequeñas islas.

El litoral es bajo y recto, sin ensenadas, cenagoso en el mar Artico; pero ofrece otro aspecto en el Estrecho de Behring, donde la península de Seward, que termina en el cabo del Príncipe de Gales, avanza por entre las bahías de Kotzebue y de Norton hacia el cabo Oriental de Asia, en una extensión de 63 kilómetros. Hasta la bahía de Bristol la costa es baja, allí se ve la larga península de Alaska que avanza al Oeste, hacia las islas Aleutianas, y por el Sur, hacia el archipiélago Kodiak. Al Sureste del monte San Elías, el litoral presenta innumerables *fiords*, y abundan en él las islas peñascosas, detrás de las cuales existe una vía de navegación segura, pero muy estrecha aun para los buques de vela.

Estas costas meridionales de Alaska se consideran, con las costas de Noruega y de Chile, entre las más trabajadas, las más maravillosamente cinceladas del mundo. Los *fiords* que las tajan, las islas rocosas que las bordean, las paredes abruptas que caen a pico sobre la red ramificada de los angostos golfos, las selvas majestuosas que las revisten, los extraños paisajes volcánicos del *Valle de los diez mil humos*, los glaciares inmensos cuyos frentes extremos se bañan en las olas atraen cada año a millares de visitantes entusiastas.

Los elevados picachos de California y la cordillera de las Montañas Roqueñas, vienen a juntarse a los 63° de latitud N., e inclinándose después hacia el SO. forman las montañas alaskañas y las islas Aleutianas. A medida que va la cordillera internándose en el Océano, van disminuyendo también en número y elevación las islas. Aparece al Este *Unimak*, con su magnífico volcán *Shishaldin*, 2.459 metros; después, *Unalaska*, 1.511; *Atka*, 1.311; *Kyska*, 1.000, y *Attu*, 834 metros.

Muchos de los datos conocidos sobre estas interesantes regiones se deben a la labor benemérita y científica de un Jesuita, el P. Bernardo Hubbard, a quien se conoce en Norte-

américa con el nombre significativo de *el sacerdote de los glaciares*. Durante el verano del año 1929, el P. Hubbard, seguido de cuatro compañeros del Colegio de Santa Clara, de California, exploró dos de los volcanes situados en plenos glaciares: el *Anaikchak* y el *Veniaminoff*. Después de varios días de una subida peligrosísima, lograron llegar, a través de una grieta abierta en la montaña, al cráter mismo del *Anaikchak*: un boquerón de unos seis kilómetros de circunferencia, en cuyo centro se elevaba un pequeño montículo igual al Vesubio, que no cesaba de arrojar humo y gases por varias bocas; a su lado, un lago de unos 600 metros, lleno de peces, sobre todo salmones. Siguiendo unas huellas de osos salvajes, llegaron los exploradores hasta el hueco de unas cavernas, donde, sin querer, recibieron en la misma entrada un buen baño de vapor caliente.

Mucho más difícil fué el acceso al *Veniaminoff*; escalaron, con todo, los 2.560 metros, y desde allí—el monte más alto de todo el contorno—pudieron contemplar el bravío paisaje: de en medio del dilatado glaciar surgía un pequeño cono empenachado de humo y cenizas. La Sociedad norteamericana de estudios geodésicos quiso honrar al explorador bautizando con su nombre a uno de los vértices alaskanos: *Hubbard* se llama desde entonces uno de los picos a que con tres compañeros se atrevió a subir el Jesuíta, poniendo su planta donde hasta entonces no la había asentado jamás humano pie. Tiene 4.550 metros, y se encuentra un poco al Este del San Elías (1).

Años después volvía en su octava expedición científica a las Aleutianas y península de Alaska, región la más interesante según su parecer. Esta vez se detuvo especialmente en el monte *Katmai* y *Valle de los diez mil humos*. Sus impresiones las describía más tarde en varias revistas científicas norteamericanas: *Saturday Evening Post*, *National Geographic*, etc. En esta expedición filmó películas interesantes sobre el Valle de los diez mil humos; merece mención especial

(1) *MSJ.*, vol. III, 603.

la que tituló: *Conquering the Aghileens*, un conglomerado de cumbres volcánicas, de origen suboceánico, que el P. Hubbard y sus compañeros se atrevieron a explorar por primera vez. Más adelante hablaremos de los Jesuitas, infatigables apóstoles de la Alaska Boreal, la región de los hielos eternos. El P. Hubbard es un apóstol con su ciencia: en estos grandes acontecimientos geológicos sabe admirar la inmensidad de Dios presente en toda la Naturaleza, y sabe inculcarla al mismo tiempo a los demás en sus artículos y discursos (1).

Las cumbres más altas de la península están formadas por el *McKinley*, 6.189 metros; *Longan*, 5.956; *San Elías*, 5.486; *Cook*, 4.320; *Crillon*, 4.300; *Fairweather*, 4.480, y algunos más. El resto del territorio forma una serie de colinas, en su gran mayoría, que cortan acá y allá la monotonía de la estéril estepa, abriendo cauce entre sus faldas a los numerosos riachuelos, que en los meses crudos del invierno no presentarán al viajero más que el aspecto de una interminable cinta de hielo que fuera retorciéndose caprichosamente.

En medio de aquellos heleros escóndese todo un vasto sistema volcánico; a 61 llegan las bocas de la tierra, sitas en su mayoría en la pequeña península de Alaska y en las islas Aleutianas (2). Junto a *Sitka* ábrese el *Edgecumbe*, con un cráter de 546 metros de diámetro. Por uno de esos contrastes que ofrece a veces la Naturaleza, surgen estas bocas de fuego en medio de un mar de gigantescos glaciares (3).

3. Aquellas ingentes moles roqueñas, que en sus adustos picachos parecen juntar el cielo con la tierra, presentan en

(1) *MSJ.*, vol. V, 217. Más detalles sobre las expediciones científicas del P. Hubbard, pueden verse en la revista norteamericana *The National Geographic Magazine*, en septiembre de 1931; un estudio del P. Hubbard sobre el *Anaikchak* y el *Veniaminoff*, págs. 319-345.

(2) MAURICE DE BAETS, *Mgr. Seghers l'Apôtre de l'Alaska*, LXXIV.—El sacerdote M. de Baets había tratado personalmente a Mons. Seghers, con quien convivió el año 1883-1884; al saber la trágica muerte del amigo querido, del obispo misionero, del apóstol mártir, cuyas cualidades y espíritu celoso le fué dado apreciar, no quiso que quedasen tan heroicas virtudes sepultadas para siempre en el olvido; no es otra la razón del libro que apareció en 1896 bajo el título arriba citado.

(3) En *The National Geographic Magazine*, t. XXIII, 824-832, hay un estudio sobre los volcanes de Alaska..

sus aristas, escarpadas y abruptas, fenómenos que sólo puede ofrecer la madre Naturaleza: nubes de espuma de las cascadas que brotan de ventisqueros milenarios, y que, dando tumbos, saltan de roca en roca, o en prodigios de acrobacia sin igual salvan insondables precipicios y barrancos hasta hundirse en el Océano.

Resaltan sus laderas salpicadas de árboles, y lucen los valles sus tapices de hierba silvestre, oculta a trechos entre la maleza y mil arbustos raquíticos. A corta distancia unos de otros yérguense enhiestos esos numerosos conos volcánicos, que en su salvaje proporción de formas desafían a las más perfectas que el geómetra más habilidoso pudiera dibujar; extinguidos desde tiempo inmemorial, esconden sus cráteres apagados entre las nubes coronadas de nieve; apréciase perfectamente la línea horizontal donde la vida vegetal muere, el círculo rocoso y estéril que la limita y, al fin, en las alturas, la nieve apelmazada, fuente inexhausta de mil arroyuelos que se precipitan rompiéndose entre peñas y cascadas y fertilizan en parte las hondonadas de los valles solitarios (1).

Detrás de esos conos geométricos, tras esas immaculadas cordilleras, nadie sabe lo que hay; desde el día de la Creación hasta hoy, toda esta naturaleza virgen y bravía da gloria al Hacedor a su modo, sola y sin testigos; y es de creer que seguirá envuelta en los pliegues de la soledad y del misterio hasta el día del juicio.

4. Con frecuencia, entre cono y cono, vese un gigantesco glaciar, que añade variedad y belleza al ya encantado panorama. Todos los años, geólogos y alpinistas escalan las crestas escarpadas de las cordilleras italianas y suizas; y allí, ante la presencia de vestisqueros sin límites, sobre las movedizas espaldas de esos monstruos de colosal tamaño y figura, que avanzan, avanzan lentamente dejando en pos de sí una estela de gujarros y maleza, contemplan extasiados las maravi-

(1) SEGUNDO LLORENTE, S. J., *En el País de los Eternos Hielos*, en SM., 1938, 29.

llas que en la Naturaleza plasmó el Hacedor del Universo. Pero bajemos de ese pedestal que ha levantado Europa al Creador; en Alaska, donde reina la soledad más absoluta, y su eterno silencio de nieve entona las grandezas del muy Alto, nos esperan también maravillas jamás soñadas por la fantasía humana.

«Al viajar por estas costas—escribía Mons. Seghers, primer apóstol y mártir de las heladas estepas—se ríe uno con cierta compasión cuando oye hablar de los glaciares de Suiza; nosotros llevamos ya dejados atrás más de treinta, cuyas últimas estribaciones hemos pasado a veces rozando con nuestro navío. Hay uno, especialmente, cuya descripción quisiera dibujar, por haber estado a sólo 50 pasos de su mole: sólo él es mayor que todos los de Suiza reunidos: mide 200 pies de altura en la cara que es azotada por las olas; su anchura alcanza tres millas, y 150 su longitud: un río enorme que se hubiese de repente congelado. Paréceme que las aguas del Jordán, detenidas en su curso, presentarían un aspecto semejante, mientras a pie enjuto pasaba el pueblo de Israel.

Imaginaos ante el cauce de un río cuatro veces más ancho que el Escalda, en Amberes; suponed después que desaparece el agua del fondo dejándolo seco, mientras en la superficie se detiene, se congela y empieza a elevarse a vuestros ojos como una muralla de 200 pies, irregular, almenada, con poderosos contrafuertes, coronada de torreones y agujereada acá y allá con cavernas insondables. El color del hielo, blanco en varios puntos indistintamente, pasa por todos los matices del azul, desde el azul pálido hasta el azul celeste y azul índigo más recargado; piensan algunos que todos estos matices son únicamente debidos a la transparencia; creo que se engañan: yo mismo he visto el agua que salta de los glaciares y conserva siempre ese mismo tinte azulado, mientras que la que brota en la nieve se conserva límpida y clara.

Al contemplar esa mole, cuando los deslumbradores rayos del sol hieren su masa centelleante de cristal, creeríamos encontrarnos ante uno de esos fenómenos mágicos en que no se puede soñar hasta después de haber leído *Las mil y una*

noches. La lengua enmudece porque faltan palabras, pues no hay expresión apropiada para manifestar lo que se siente: los vocablos *magnífico*, *grandioso*, *sublime*, no responden sino débilmente a los sentimientos que embargan el espíritu.

Y esta admiración sube de punto al escuchar el estruendo fragoroso que resuena y hace retemblar a las montañas vecinas: los penetrantes rayos del sol estival, los vientos cálidos del Sur, las olas estrepitosas del mar que poco a poco van minando sus cimientos, acaban por desmoronar el coloso, que se derrumba en pedazos al sentir bullir el agua en sus entrañas; los montones de arena y guijarros que ha venido arrastrando en su avance hacia el mar manifiestan en la playa el paso de la mole gigantesca. De la cumbre misma se desprenden sin cesar témpanos compactos de hielo que van saltando a lo largo de los bordes del glaciar hasta poner en ebullición las aguas agitadas al hundirse en el Océano; a nuestros ojos no pasan de ser pequeños pedruscos, pero el estruendo que en su caída levantan, semejante al fuego nutrido de un pelotón de infantería, revela claramente lo respetable de sus dimensiones.

De pronto, diríase que el suelo todo se estremece: es una masa formidable que se desgaja, se inclina, se mueve toda entera a la vez, recubriéndose de un polvillo fino y blanco como la nieve: creeríamos ver un edificio inmenso como una catedral, que se desploma majestuosamente; entero se derrumba y se precipita en el mar; en el mismo instante se levanta una oleada gigantesca que balancea nuestro barco como si estuviéramos en alta mar. Y esos bloques de hielo que sobrenadan en el agua, chocan entre sí, se rajan y rompen... y resuena una detonación formidable que va repitiendo el eco en las montañas vecinas, haciéndonos creer que asistimos a un duelo formal de artillería.

Después..., silencio absoluto, y de nuevo, cuando menos lo esperáis, la escena vuelve a repetirse en las mismas proporciones. Mientras tanto, nos hemos alejado ya de allí con harta pena, por cierto, de no poder permanecer todo un día admirando estas maravillas de la Naturaleza... ¡Cuán grande

y excelso sois, Dios mío!, es la oración que espontáneamente aflora a vuestros labios» (1).

Así son los glaciares alaskenos; navegando van los turistas en verano para admirar su imponente grandiosidad, y su corazón se altera y palpita con rapidez cuando se encuentran ante uno de esos montes de hielo macizo; el barco se acerca cauteloso, parándose al fin a corta distancia; las sirenas rugen tremebundas: repite el glaciar los ecos en sus profundos antros, y sus paredes, batidas por las olas, se rajan con el retumbar de los truenos en las tormentas de verano; columnas gigantescas de hielo se desprenden y zambullen en el mar alterando la marea. No es otra la causa de esos bloques flotantes que llamamos *icebergs*, de tan desastrosas consecuencias a veces para la navegación, como lo demuestra el tristemente célebre *Titanic* (2).

Ante el imponente glaciar tiritan de frío los pasajeros...; pero el paisaje es demasiado bello y emocionante para abandonar la cubierta. Son éstas, escenas que presenciadas una vez, no se borran jamás de la memoria.

El barco sigue adelante bordeando los escollos que obstruyen su camino: hay mil maravillas que admirar, y los hombres quieren gozar con su grandeza.

5. Por otra parte, cuando al llegar la primavera, los rayos solares y la temperatura del ambiente logran romper las frías mallas que durante tantos meses han tenido aprisionados a los ríos y mares nortenos, y las cimas innaccessibles de la cordillera alaskana sufren desgarrones profundos, que no logran con todo afean su hermoso manto de nieve, multitud de bloques macizos, medio sepultados en las ondas, avanzan majestuosamente dominando el mar, cuyas olas, encrespadas por el huracán, van a estrellarse, convirtiéndose en espuma al chocar con aquellas impertérritas moles. Son los

(1) BAETS, o. c., 173-175.

(2) LLORENTE: *En el País de los Eternos Hielos*, en SM, 1938, 28.

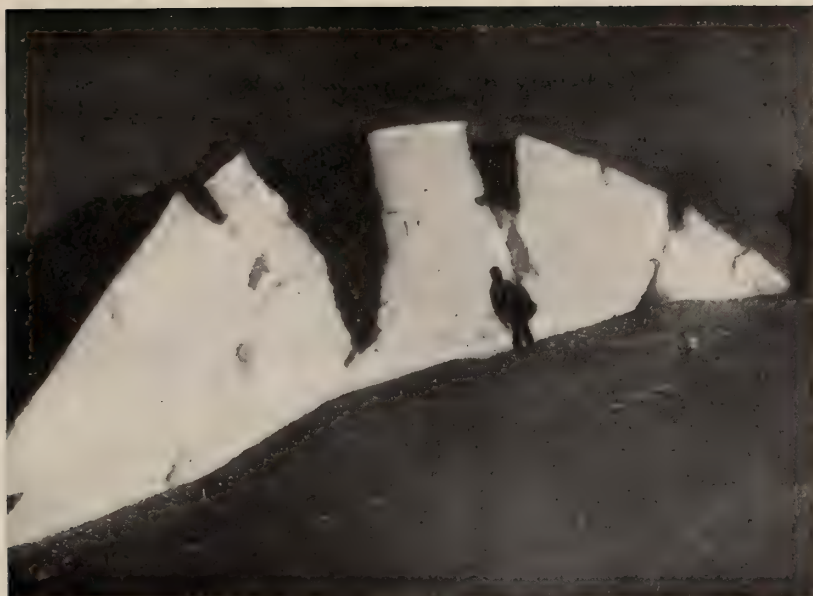


Foto 5.—*Abismo abierto en la cumbre de un glaciar.*

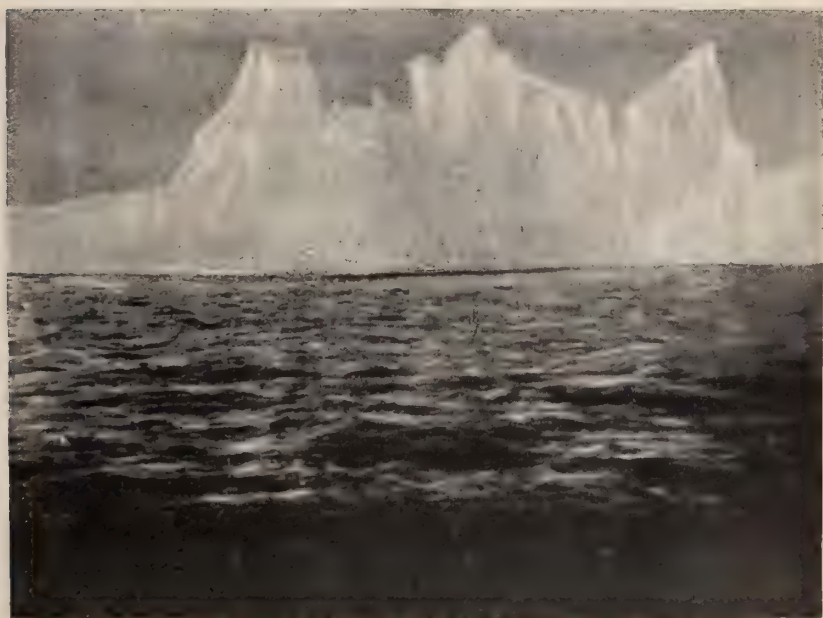


Foto 6.—*Iceberg atacado con dinamita.*



Foto 7.—*Las costas recortadas de Alaska meridional.*



Foto 8.—*El San Elías visto desde el glaciar Malaspina.*

icefields: unos y otros son la eterna pesadilla de cuantos navíos surcan por estas épocas las altas latitudes (1).

El mar se raja en profundas hendiduras, y aislados unos de otros comienzan los bloques a marcar una ruta a la deriva harto conocida por los pescadores y navegantes de las latitudes elevadas. Los *icebergs* tienen su origen en glaciares milenarios al deshacerse en jirones el río helado que avanza hacia el Océano: irregulares en su contextura, no dejan ver más que una mínima parte flotante en la superficie, mientras en las profundidades del mar ocultan inmensas moles macizas.

Los *icefields*, en cambio, no son más que la superficie helada del mismo mar, rota en mil hendiduras profundas, que comienzan a caminar en direcciones determinadas hasta desaparecer, con el desgaste y el tiempo, en latitudes más bajas. Suelen ser de superficies monótonas, sin grandes concreciones de hielo, y a veces de varios kilómetros de extensión.

Si aquéllos ocasionan catástrofes lamentables al chocar con los navíos en la niebla o la oscuridad de la noche, éstos no son menos de temer, tanto al desprenderse como al avanzar. Testigos mudos de ello son esos innumerables exploradores de los mares nortños que han desaparecido sin dejar el más leve rastro de sí. Lo aseguran quienes, a pesar de todo, lograron salvarse.

Era en 1871. Se trataba de llegar al Polo Norte a través del Océano Glacial. Varias expediciones habían fracasado ya. El explorador Hall se internó en la bahía de Smith, y con su *Polaris* llegó rápidamente a los 82° 11' por la costa de Groenlandia: era aquélla la latitud más alta alcanzada hasta la fecha por ningún navío. Pero allí se apoderaron los hielos del *Polaris* y lo arrastraron hacia el Sur, teniendo la suerte de encontrar un abrigo en la que desde entonces comenzó a llamarse bahía *Polaris*. Poco después sucumbía Hall a las fatigas de un viaje en trineo, y la indisciplina cundía en la tripulación.

(1) *The National Geographic Magazine* en su tomo XV, 449-450, trae detalles sobre los glaciares alaskanos.

El año siguiente, el barco sufrió importantes averías por los hielos, y se tomaron las debidas precauciones para poder abandonarlo en el caso de alguna catástrofe. En aquel momento se desprendió el témpano sobre el cual descargaban una parte de las provisiones, arrastrando a 19 hombres, y empezando una deriva peligrosa hacia el Sur que duró cinco meses. Felizmente, los náufragos llegaron cerca de las costas del Labrador, donde fueron recogidos por un ballenero. Sus compañeros del *Polaris* pasaron el invierno en un mísero refugio construido con los restos del navío, y, llegada la primavera, se lanzaron en barcas hacia el Sur, siendo asimismo salvados por un navío escocés en la bahía Melville.

Estas derivas, aunque poco frecuentes, también las sufren los alaskaños cuando en sus trineos se echan a rodar internándose en el Océano. Sólo que los esquimales no pierden la serenidad, echan mano de sus cuchillos, desuellan a los perros, y fabricando con las pieles unos artefactos ligeros, reman con las paletas mondas de los sacrificados canes en dirección a la costa más vecina.

Realmente, los esquimales son auténticos lobos de mar.

6. Por lo que toca al punto de vista morfológico y altimétrico, hay que dividir la superficie alaskaña en varias regiones: pues es tan extensa su superficie y tan diversas las condiciones físicas y geológicas de su suelo, que es imposible dar en una descripción breve y de conjunto todos los aspectos y accidentes del territorio. Los *fiords*, los campos de hielo, las cadenas montañosas volcánicas y las regiones silenciosas y solitarias de la tundra, son las características más salientes de la geografía alaskana. Las montañas, a su vez, por la gran variedad en sus diversos aspectos físicos, que no se dan en parte ninguna de las proximidades vecinas, son de un interés enorme, tanto desde el punto de vista científico como artístico. Para mejor darnos una idea general de toda la fisiografía alaskana, estudiaremos el territorio alaskaño dividido en cinco regiones.

La primera división, región SE. de Alaska, comprende el

archipiélago Alejandro, que no es más que los residuos de un sistema montañoso sumergido y la limitada franja de continente estrechísima, de unos 740 kilómetros de extensión, a partir de la entrada de Dixon hasta el monte San Elías. Es una región de *fiords* con canales marítimos de profundos y escabrosos fondos, por donde aun navíos de gran calado pueden navegar muy pegados a la costa. El continente y las islas, algunas de las cuales pasan de 180 kilómetros de longitud—en su mayoría son alargadas todas ellas de NO. a SE.—, son abruptas, y sus montañas se elevan de 600 a 1.500 metros, con elevación creciente conforme va la cadena montañosa avanzando hacia el Norte. Todo el distrito está densamente arbolado hasta una altura de 300 a 600 metros sobre el nivel del mar.

La cadena montañosa costera *Coast Range*, que mira hacia el archipiélago Alejandro, está sometida a frecuentes nevadas y glaciares de tipo alpino, empujados hacia abajo desde sus cumbres nevadas, y que terminan frecuentemente en los bordes dentados y escarpados de los *fiords*, para sepultarse en el Océano. Señales de glaciares pueden verse en los angostos brazos marítimos y en los desfiladeros de las montañas. El glaciar *Malaspina*—nombre que recuerda las hazañas aventureras de un carácter español—, el más extenso del mundo, arranca en las faldas del monte San Elías y avanza hasta la segunda división, que vamos a examinar, del territorio alaskano.

La segunda división, SO. de Alaska, comprende una superficie más extensa que la anterior, y unida a ella, y contorneando el Pacífico todo a lo largo del golfo de Alaska, se caracteriza por una serie imponente de cadenas montañosas, desde el monte San Elías hasta la península de Alaska, y desde la costa hasta las estribaciones de la cordillera alaskana, varios centenares de kilómetros hacia el interior.

Están incluídas en ella dos cordilleras importantes: la del monte San Elías, *San Elías Range*, con sus celebrados glaciares—el Malaspina entre ellos—, visitados tiempo atrás por el Duque de los Abruzzos, y la cadena alaskana, *Alaska*

Range, que en arco acentuado se levanta frente a la ensenada de Cook y la península Kenai, con crestas y picachos bien definidos de 2.450 a 3.500 metros de elevación. El SO. de Alaska es la parte más áspera y montañosa de todas, y tiene varias cadenas de formación volcánica, separadas clarísimamente por amplios valles y cuencas fluviales como la del Copper.

La costa está sumamente cortada hacia el Oeste, sobre todo por la península Kenai, una de las tres grandes penínsulas del territorio. Es también una región de *fiords* el estuario del Príncipe Guillermo y la ensenada de Cook, separados por la península Kenai, y ambos con hermosísimos paisajes y brazos de agua. Especialmente en la ensenada de Cook, con la excepción única de la bahía de Fundy, la marea sube más que en ninguna otra parte del mundo. La región entera, lo mismo que la del SO. de Alaska, está cubierta de denso y tupido bosque.

La tercera división comprende la península de Alaska, las islas Aleutianas—70 en total—y los restos visibles de un sistema montañoso hundido que se adentra en el Pacífico hasta unos 3.700 kilómetros de longitud. La cordillera Aleutiana, *Aleutian Range*, es la que forma el armazón de la península de Alaska. Desde el Redoubt Peak hasta Pogromni, unos 1.300 kilómetros hacia el SO., las montañas son volcánicas, algunos de cuyos conos están en constante actividad, arrojando gases, fuego y ceniza. Una erupción en el monte Katmai, el 6 de junio de 1912, arrojó desde lo alto de la montaña, y esparció hasta varios centenares de millas, cenizas en abundancia. Desde entonces, tanto el Katmai como sus alrededores han sido incluídos en una de esas reservas nacionales norteamericanas, conocida con el nombre de *Katmai National Monument* (Monumento Nacional de Katmai). El valle famoso de los Diez mil humos está incluído dentro de esta reserva.

Los manantiales termales que se han ido encontrando en casi todos los distritos de Alaska, son en éste especialmente numerosos. Las islas de Kodiak y Afognak, que están al

Este de la península, fueron el escenario de las primeras tentativas rusas de colonización.

El denso arbolado que cubre la región costera meridional de Alaska va gradualmente disminuyendo conforme se avanza hacia el norte de este distrito. Las islas Aleutianas están ya sin arbolado, son ásperas y duras, y durante una gran parte del año barridas por vientos huracanados. El grupo de las Pribiloff tiene un interés científico especial: islas enteras han desaparecido en el término de un solo día, y algunas otras han emergido en tiempo igual. La isla del Fuego, por ejemplo, apareció en 1883, y pasaron siete años antes de que se enfriase lo suficiente para permitir su examen. Al NO., y ya bien entradas en el Océano, aparecen las famosas Pribiloff, donde abundan los rebaños de focas.

La cuarta división es la central y comprende toda la cuenca del Yukón, casi la mitad de Alaska. La limita al Norte la cordillera *Endicott*, que es una continuación de las montañas Roqueñas, y corre paralela a las costas del Océano Artico a unos 370 kilómetros en el interior y con una elevación que varía desde los 2.450 metros, junto a los límites del Canadá, hasta sólo 300, cerca de la bahía Kotzebue, en el Océano Artico. La cordillera alaskana la limita al Sur.

La región del Yukón es un amplio valle que va de Este a Oeste, roto acá y allá por pequeños núcleos montañosos que sobresalen del nivel general. Es un terreno uniforme y monótono, surcado por doquier de una red tupidísima de ríos y arroyuelos, y salpicado de montículos aislados, resto de una meseta primitiva, parcialmente barrida y resquebrajada por los agentes erosivos, y a través de la cual se extienden llanuras de considerable extensión más bajas que el nivel general; destácanse entre todas, las del Yukón, conocidas por los geólogos americanos con el nombre de *Yukón Flats*.

La parte que confina con el Mar de Behring pierde ya los caracteres típicos arriba descritos para transformarse en una larga llanura costera surcada por las ramificaciones sin cuento del Yukón y del Kuskokwim. La meseta del interior es la

parte más antigua de la península alaskaña, integrada por un núcleo de gneis arcaicos.

Del Yukón y sus afluentes, y en general de toda la hidrografía alaskana, vamos a hablar inmediatamente; basta, pues, haber hecho una ligera mención de ello.

Otros caracteres típicos de la región del Yukón son las auroras boreales y el monte McKinley, de la cordillera alaskana, el pico más elevado de toda la América del Norte, con sus 6.140 metros. También aquí ha establecido el Gobierno norteamericano una Reserva en torno al monte McKinley llamada *Mt. McKinley National Park* (Parque Nacional del monte McKinley).

Las playas bajas de la región del Yukón, apenas salientes del nivel mismo del Mar de Behring, proporcionan un extraño contraste en comparación con las costas del Sur. Estas tierras bajas son unas llanuras inmensas conocidas con el nombre de *tundras*, que se extienden todo a lo largo de la costa y se internan varios centenares de kilómetros a través del amplio valle del Yukón. Desde el Norte de la bahía de Bristol hasta el Océano Artico, la estrecha faja costera, a excepción de las regiones del estuario de Norton, está desnuda y desarbolada. Los bosquecillos del interior, que son tan sólo de una importancia local, están distribuídos a lo largo de los ríos y terrenos adyacentes.

La península de Seward, en realidad una continuación del distrito del Yukón, está frente a Siberia y es el preciso punto de unión entre el Océano Glacial y el Mar de Behring. Consiste en una superficie de altas tierras llanas que envía sus aguas hacia el Sur a través de espaciosos valles del tipo de tundra propio del Yukón. La ciudad de Nome, situada en esta península, fué el escenario de las más asombrosas aventuras relacionadas con los días primeros de los ímpetus fervientes de los buscadores de oro.

Por fin, la *quinta y última división* comprende las regiones árticas, constituídas por un núcleo central montañoso: la cordillera *Endicott*. Hacia el Estrecho de Behring nos en-

contramos con una serie de cadenas paralelas como las montañas de Baird y de De Long.

Propiamente, la región ártica es la comprendida entre las cumbres de estas cordilleras y montañas hasta las costas del Océano Glacial: una banda nivelada, de modestas dimensiones al principio, pero que aumenta en dirección al Oriente, alcanzando cerca de 250 kilómetros de amplitud en el meridiano 153°. Toda la planicie está surcada de ríos árticos, congelados la mayor parte del año. Toda esta región está apenas explorada; sus costas están habitadas casi exclusivamente por esquimales, asiduos cazadores de ballenas y otros animales de pieles preciosas (1).

7. Queda la península dividida en dos partes casi iguales por el Yukón o Gran Río. Como más adelante tendremos ocasión de ver, es este río una de las vías de comunicación más frecuentadas por nuestros misioneros. Se calcula en unos 3.500 kilómetros su longitud y en unos 850.000 kilómetros cuadrados la extensión de su cuenca. A 700 de su desembocadura en el Mar de Behring mide ya casi una legua de anchura.

Según los diferentes pueblos que habitan sus riberas, ha recibido el río denominaciones diversas: *Knishpak* lo llamaron los rusos y los esquimales de la costa; los del interior lo conocen por el nombre de *Yukón* (2), que es una palabra de origen atabaska.

Fórmase en las montañas Roqueñas del Canadá de la unión del Lewes y el Pelly. El primero, que es el más caudaloso, nace con el nombre de Teslin en los montes costeros en la vertiente Norte del paso Chilcoot; atraviesa los lagos Bennet, Tagish y Marsh; forma, a 265 kilómetros de su fuente, los Miles Rapids, y, ya navegable, se une con el Pelly en Fort Selkirk. Todavía en territorio canadiense recibe en

(1) J. F. MULLIN, en *Universal Knowledge*, v. *Alaska*. El Sr. Mullin era un agente del Gobierno federal estadounidense, residente en la capital alaskana cuando escribió el artículo de Alaska para la Enciclopedia arriba citada.

(2) BAETS: *O. c.*, 70.

su orilla izquierda al White River, y en su derecha al Stewart, y en la ciudad de Dawson al Klondike.

Ya en territorio alaskeño, baña a Circle City, y en Fort Yukón recibe al Porcupine; inicia en seguida un arco hacia el SO. debajo del Círculo Polar, y después de recibir afluentes tan importantes como el Tanana (navegable en 500 kilómetros), el Koyukuk y el Innoko, forma un delta de diez y siete bocas: Kisilwak, Kwikpak, Aphoon, etc., para desembocar en el Norton Sound del Mar de Behring. Después de la formidable irrupción del deshiele, desde junio hasta fines de septiembre, es navegable para vapores unos 5.000 kilómetros, contando sus afluentes.

De sus brazos de desembocadura ninguno es navegable para barcos de altura a causa de la gran aportación de sedimentos, de los cambios en el caudal y en las profundidades. Sólo el Aphoon es navegable para barcos fluviales: río de 500 metros de anchura media, que serpentea, guarnecido de sauces, en una longitud de 65 kilómetros y desagua en el mar por una amplia abertura que semiobstruye una barra.

Entra el Yukón en Alaska con un curso muy sinuoso. Encajonado a veces dentro de un valle profundo de apenas 250 metros de anchura, va lamiendo en sus laderas macizas montañas que elevan airoas al cielo sus picachos afilados y forman en recodos caprichosos acantilados abruptos. La rapidez de la corriente en estos desfiladeros angostos obliga a descargar las canoas y conducir por tierra las mercancías. Entra luego en la llanura cenagosa, donde se extiende hasta 15 y 18 kilómetros, poblada a trechos, excepto en el litoral, por unos cuantos abetos, álamos, abedules, sauces, alerces y chopos, única producción agreste de aquella salvaje e inculta naturaleza.

El Yukón es el río sagrado de los alaskeños. Con frecuencia se ven grupos de esquimales sentados a la orilla contemplando como en éxtasis la corriente majestuosa. Miran al río con los mismos ojos suplicantes con que impetrarían de sus dioses la concesión de una súplica. Para ellos, el río es eso: una divinidad. El les da salmones y focas;

él, durante el invierno, es una carretera asfaltada por la que ruedan caravanas de trineos ya a trabajar, ya a cazar o ya a viajar por viajar; y durante el verano, sus ondas infinitas abren sus amplios senos para recibir los barcos fluviales que transportan la preciosa mercancía.

Por eso, toda la población esquimal que no está en la costa, se extiende a lo largo del Yukón y sus afluentes. No es, pues, extraño que, viviendo del río, le tengan un cariño que casi raya en adoración. Si con verdad se dice, en frase de Herodoto, que Egipto es un don del Nilo, con la misma razón pudiéramos decir que Alaska es un don del Yukón. Lo mismo que el país de los Faraones, ningún país del mundo se halla tan íntimamente ligado como él a las condiciones de la naturaleza que le rodea.

Poco más al Sur de la desembocadura del Yukón desagua el *Kuskokwim*, que, lejos del Yukón, sería considerado como una corriente de agua poderosísima, pero que no es más que un río secundario comparado con la corriente mayor de la América Noroeste. En el conjunto de la hidrología alaskana pertenece todavía al sistema del Yukón, puesto que a él se aproxima en la parte baja de su curso y atraviesa las mismas regiones de aluvión; únense los dos ríos por lagos, estanques y espacios alternativamente inundados y secos; es difícil saber cuándo se está en una o en otra cuenca fluvial.

Más al Sur todavía desagua el *Nushagak* en la bahía y pueblo de su nombre; en su cuenca abundan los lagos de agua azulada, como el gran Iliamna.

El río principal de la vertiente Sur es el *Copper* o Río del Cobre, que recibe del Este el tributario Chittynia, que es el verdadero «río del cobre»; uno de sus afluentes, de aguas amarillentas, arrastra tal cantidad de metal en solución, que no pueden vivir en él los salmones. Poco después de su confluencia se interna el Copper en uno de los más salvajes desfiladeros de América: el Cañón de Wood. Es un abismo tortuoso de unos cuatro kilómetros de longitud y con sólo 36 metros de anchura en ciertos sitios, entre las paredes verticales de basalto. Cerca ya de su desembocadura recibe to-

rrentes de agua blanca que se escapan de valles llenos de glaciares y se divide en varias ramas a través de los aluviones de cieno de su delta.

Los ríos más meridionales que desembocan ya en los *fiords* del Océano: el *Stikine*, el *Taku*, el *Chilkat* y otros, no pertenecen a Alaska más que por su curso inferior; casi toda su cuenca se encuentra en el territorio del Canadá.

Al Océano Glacial van a morir algunos ríos intermitentes, porque la venida de los hielos detiene todos los años su curso, y sólo en verano se abren camino sus aguas a través del banco de hielo ribereño; son el *Nigalek-kok* (*Colville*), o «río de los indios»; el *Meade*; el *Nunatok* (*Noatak*), o «río del interior», y el *Kovak*, afluentes estos dos últimos de la bahía Kotzebue.

8. Alaska, corrupción de la palabra indígena *Al-ay-ek-sa*, significa *tierra grande*: en su área total de 1.518.713 kilómetros cuadrados cabe tres veces el territorio de España; y como acontece en semejantes países, confundir el Norte con el Sur, equivaldría a confundir el clima de Berlín con el de Sevilla.

Siguiendo el orden de los puntos cardinales, vemos en el Norte, desde el Círculo Polar hasta el Mar Glacial, la soledad más espantosa, con huracanes de nieve, noches de varios meses, falta absoluta de vegetación si excluimos pequeños matorrales de musgos y de líquenes, y una temperatura constante de 30° bajo cero. Sólo algunas caravanas nómadas de buscadores de oro se aventuran a rodar con sus trineos por aquellos desiertos helados con la misma intrepidez con que los hijos del Sahara cruzan en camellos los mares de dunas coacervadas por el abrasado simún. Tribus esquimales se extienden a lo largo de la costa.

En el Este, desde Nulato y Tanana hasta la frontera canadiense, viven varios millares de indios dedicados a la cría del reno en invierno y agrupados durante el estío en las riberas del Klondike, cuyas arenas criban y recriban buscando en vano las partículas de oro que en otro tiempo allí

abundaran. Al Oeste, desde el Estrecho de Behring hasta las islas Aleutianas, viven de la pesca del salmón unos diez mil esquimales convenientemente distribuídos a lo largo de la costa. En el Sur, desde el Yukón hasta Juneau, capital de Alaska, abundan fábricas de madera, minas de carbón, hortalizas en verano; el clima es más cálido y templado, y está en gran parte habitado por blancos (1).

La población total de la península comprendía 59.278 habitantes (censo 1930); de ellos, 28.640 blancos y 29.983 indígenas (esquimales, 19.028; indios, 10.965). Entre los inmigrados contábanse dicho año 278 japoneses, 136 negros y 26 chinos (2).

Su densidad de población es, por tanto, extremadamente pequeña: 0,04; es decir, un habitante por cada 25 kilómetros cuadrados, dato que resalta más aún si recordamos que otros países, Japón, por ejemplo, tiene una densidad de 191 por kilómetro cuadrado, o Bélgica, donde llega a 256 la densidad de población.

El censo de 1937, en julio, arrojaba una población total de 62.700 habitantes (3), y el de 1940, según el Calendario Atlante, de Agostini, 73.000 (4).

(1) LLORENTE: *La Misión de Alaska al comenzar el año 1933*, en SM., 1933, 379 s.

(2) GMC., 280 a.

(3) *The Statesman's Year-Book*, 1940, 655.

(4) *Calendario Atlante Agostini*, 1942, 376.

EL CUADRO HISTORICO

1. Primeros descubridores.—2. Las finas pieles del Círculo Polar.—3. Españoles ante las costas de Alaska.—4. Marineros y aventureros extraños.—5. Nuevas expediciones hispanas.—6. El espinoso asunto de Nootka.—7. Colonización rusa y americana.—8. La lucha por la libertad.—9. Tras el vellocino de oro.—10. Los caminos y comunicaciones de Alaska.

1. A mediados del siglo xvii, la conquista de Siberia y el descubrimiento del Kamtchatka atrajeron a los rusos a las playas del Océano Pacífico. Dechneff fué el primero que en 1648 pasó del Mar Glacial al Pacífico por cerca del Cabo Oriental, hoy llamado también Cabo Dechneff, pero sin sospechar aún la existencia del Estrecho, a que Behring, danés al servicio de Rusia, había de dar un siglo después su nombre.

La emperatriz de Rusia, Catalina I, dispuso el viaje de Behring y Chirikoff, quienes en 1728, contorneando la extremidad asiática, comprobaron de una manera decisiva la separación de los dos continentes (cuestión hasta entonces debatida), pero sin llegar aún a aproximarse al Continente americano.

Trece años después fué cuando, en una segunda expedición que se les confió, vieron y recorrieron varios puntos de la costa NO. de América. Era en 1741. Dos navíos equipados por el Gobierno imperial ruso y a las órdenes de Vito Behring abandonaban Kamtchatka con el fin de explorar las aguas al Este de Siberia, y cerciorarse de las noticias que entonces corrían sobre la existencia de un gran Continente al otro lado

del mar. Una tempestad separó a los navíos, y el *St. Pavel*, capitaneado por Alejo Chirikoff, tocó en las costas de Alaska cerca de la isla del Príncipe de Gales: era la noche del 15 de julio de 1741. Behring avistó las costas alaskanas en las cercanías del monte San Elías al día siguiente.

Diez años antes, otro marino ruso, Gvozdef, en viaje por el Estrecho de Behring, dijo haber navegado a lo largo de las costas de la vieja península Seward, y por esta razón se le ha tenido comúnmente como el propio descubridor de Alaska. Sin embargo, no ha de tenerse en cuenta su descubrimiento, como tampoco el de otros europeos que siguiendo idéntico camino habían avistado antes que él las costas meridionales de la península. El Gobierno ruso, por su parte, afianzó sus reclamaciones en los descubrimientos de Behring y Chirikoff contra las futuras reclamaciones de otras naciones europeas, que fueron enviando sus expediciones después de las expediciones rusas.

Años más tarde, en 1762, el ruso Andreian Tolstykh, después de una estancia de tres años en las regiones alaskañas, al volver a Rusia dió a conocer la importancia comercial que podía tener Alaska. Convencida por sus razones la emperatriz Catalina II, envió inmediatamente una expedición para alentar toda iniciativa de comercio y colonización. Compañías rivales comerciales, marítimas y colonizadoras comenzaron pronto a disputarse el terreno; la riqueza que proporcionaban las pieles valiosas de nutrias, zorras azules, focas, castores, vacas marinas y otros animales de fina piel no era tan baladí como para dejarla escapar en manos de un tercero.

Fué en 1780 cuando dos comerciantes memorables, Gregorio Shelikoff e Iván Golikoff, confiando en su propia influencia, echaron los cimientos de una Compañía que más tarde, el 8 de julio de 1799, por un ukase del emperador Pablo había de quedar oficialmente constituida bajo la denominación general de *Compañía imperial ruso-americana de pieles* (1).

(1) MULLIN, en *Universal Knowledge*, v. *Alaska*.

2. La riqueza en pieles de nutria marina, ursino, nutria terrestre, castor, zorra argentada, zorra cruzada, zorra roja, zorra blanca y azul, oso negro y pardo, nutria de laguna, marta, ratón y otros animales, ha disminuído ya mucho últimamente; sin embargo, aun los Estados Unidos acotan hoy grandes extensiones de terreno exclusivamente destinadas a la cría de zorras, que en su vida de libertad en aquellas extremas latitudes proporcionan finísimas pieles, constituyendo una no despreciable fuente de riqueza.

La fauna alaskaña es de gran valor y variedad y está bien distribuída por todo el territorio. La nutria marina, que abundaba sobre todo en las costas de las Aleutianas, fué sin duda la que más fomentó las tentativas colonizadoras de los rusos. Después, una matanza sistemática ha exterminado prácticamente estos animalitos de pieles valiosas. En las islas *Pribiloff* abundan los rebaños de focas, cuyas pieles han producido millones de dólares al Gobierno federal. La ambición desmedida de cazadores extranjeros hacia grandes razzias entre estas focas cuando pasó Alaska a ser posesión de los Estados Unidos. Dándose perfecta cuenta de ello, regularizó en seguida el Congreso una metódica cacería, promoviendo con ello un progresivo crecimiento de los rebaños. Llegan éstos a las islas con el fin de alimentar a sus crías a principios de junio y parten durante el mes de agosto. La caza de alta mar, realizada por cazadores nortños en las épocas de la emigración, es hoy por hoy la principal rémora que se opone al crecimiento de esta industria importantísima.

El *walrús*, preciado por su marfil, constituye para los naturales una fuente importante de recursos económicos que les proporciona alimentos y vestido a un mismo tiempo, pero no abunda mucho. Las ballenas, bastante numerosas en las aguas alaskanas, han disminuído bastante por causa de un desmedido comercialismo. Entre otros animales propios de estos mares hay varias especies de vacas marinas y focas peludas. Abundan los peces alimenticios en todos los ríos del interior y mares costeros, siendo los más importantes las especies siguientes: bacalao, salmón de varias clases, hipo-

gloso, arenque, cuatro variedades de truchas, lampreas, etc., y algunas otras especies más, desconocidas en nuestras latitudes. Los mariscos están constituidos por almejas, chirlas y camarones.

Los mosquitos abundan por millones de millones en las cercanías del Yukón durante el verano; más adelante tendremos ocasión de hablar con más detención sobre esta tercera plaga de Egipto. Baste recordar aquí que la expedición de Harriman en 1899 pudo coleccionar unas mil especies distintas de estos molestos insectos en sólo unos meses, muchas de ellas completamente desconocidas aún para la Ciencia de entonces.

Las aves marinas abundan en las costas, sobre todo en las Aleutianas, que ocupan en grandes bandadas. Los pájaros del territorio son, entre otros: patos, gansos, tármingans, águilas en gran número y otras muchas especies y variedades. La rata era el animal más abundante en Alaska, y de pieles muy valiosas por cierto, pero se va extinguiendo. Se conoce también el caribú, ciervo, cabra montés, reno y unas trece clases conocidas de osos; los más corrientes son el pardo, el negro y el oso polar; el de Kodiak, en particular, es el más numeroso y al mismo tiempo el más feroz y carnívoro del mundo.

Finalmente, en 1891 importaron de Siberia los Estados Unidos diez y seis clases distintas de renos domésticos con el fin de proporcionar a los esquimales una fuente perenne de vestidos y alimentación. Sucesivas importaciones y el natural y progresivo desarrollo de los mismos elevaban a 350.000 el número de renos en 1924. Hoy son unos 600.000. Esta medida fué un acierto importante del Gobierno yanqui y un buen beneficio que prestaron a los alaskenses.

Y volviendo de nuevo a los animales más codiciados de Alaska, los de pieles valiosas, diremos que abundan sobre todo el castor, el lobo, nutria de tierra, armiño, rata azmizclera, martas y varias clases de zorras. El comercio que los Estados Unidos realizan todos los años con estas pieles preciosas sube a millones de dólares por año. El es al fin y al cabo



El cuadro histórico.

el negocio que decidió las primeras colonizaciones alaskan-
nas (1).

Cierto, las pieles valiosas de la fauna alaskaña era lo único que apetecían y buscaban los primeros aventureros que fueron arribando a sus costas, no dudando sepultarse entre los hielos eternos de una tierra inhóspita a trueque de aumentar su fortuna. Si de hecho no hubieran tenido los indígenas al alcance de sus flechas más que el bisonte y el alce, el reno y la foca, cuya carne grasienta y cuyas pieles bien tupidas les ofrecían sustento y abrigo, ¡cuántos siglos quizá hubieran permanecido aún aislados de todo contacto con el mundo exterior y envueltos en las lobregueces del más abyecto paganismo y barbarie!

Mas abundaban también en aquellas regiones, sin coto ni límite alguno, legiones de otros animales de menor tamaño y figura que los aborígenes miraban con indiferencia y que, en frase de Mons. Taché, O. M. I. (2), «lucían por aquellos campos de desolación el lujo de su ropaje, aguzando la codicia de comerciantes y colonos», quienes, a su vez, habían de acompañar al misionero en la inmensidad agreste de las selvas vírgenes, de las pampas, de los lagos y montes de la América boreal (3).

(1) MULLIN, en *Universal Knowledge*, v. Alaska.

(2) Mons. Taché, primer Obispo de San Bonifacio (Canadá).

(3) DUCHAUSSOIS, O. M. I.: *Aux Glaces Polaires*, 16.

El autor de esta obra, P. Duchaussois, es un misionero que ha vivido con los indios y esquimales del Norte del Canadá; describe, pues, escenas reales, de las que él mismo ha sido testigo y copartícipe.

Nació el 1878 en Valincourt, diócesis de Cambrai; en 1913, ya Oblato, le encontramos misionando en el Canadá. Pero los Superiores, conocidas sus facultades de escritor, le consagraron al apostolado de la pluma. Desde 1915 recorre en todas direcciones las Misiones del Mackenzie, y en 1922 da a luz su primera obra: *Aux Glaces Polaires: Indiens et Esquimaux*, que ha adquirido una tirada de 102.000 ejemplares; ha sido traducida al español, inglés, polaco, holandés. y está preparándose la traducción italiana. La edición española apareció en 1931 traducida por el P. Delfin Monje, Oblato también. Bilbao. Escuelas Gráficas de la Santa Casa de Misericordia, 1931.

Apôtres inconnus fué su segundo libro sobre el oscuro trabajo de los Hermanos Coadjutores en el campo misional; traducido al inglés, holandés, polaco e italiano. Le siguió *Femmes héroïques*, sobre el apostolado

3. El tráfico de pieles, a decir verdad, no fué el móvil primero de los navegantes europeos que a América arribaron. Desde la Edad Media, el sueño dorado de las naciones vecinas al Atlántico: España, Francia e Inglaterra, había sido abrirse paso por el Oeste «hacia China». El 12 de octubre de 1492, Cristóbal Colón, en nombre de España, tomaba posesión de la isla de *San Salvador*, creyéndola vecina a las Indias; sin pretenderlo, había descubierto un nuevo mundo; y allí donde el primer conquistador y el primer soldado iban izando el pendón real, iba plantando también el primer misionero la Cruz de Jesucristo.

En Alaska, sin embargo, vagaban ya los negociantes en busca de pieles mucho antes que los misioneros se internasen en busca de almas. ¿Habrían de quedar abandonadas en aquellas soledades? A fines del pasado siglo levantaba en Francia su voz un Prelado misionero (1): «Hacia aquel país—decía—de salvajes y bestias indómitas, de cielo glacial y suelo cubierto de nieve, afluyen, exponiéndose a mil peligros, comerciantes de todo género, puesta la mira en mercar pieles de osos y martas, sin consentir siquiera que ni una cola de lobo se desperdicie en esos campos de muerte. ¿Y no habrán de surgir sacerdotes ganosos de volar allá en busca de almas?» (2). Lo veremos en el presente trabajo.

de las Religiosas de Ottawa, traducido igualmente al inglés, polaco y holandés.

Recorrió Francia, Bélgica, Suiza e Italia dando a conocer las heroicas Misiones de las llanuras heladas y suscitando por todas partes simpatías, colaboración y vocaciones. En 1924 va a Ceilán, y al año siguiente publica la historia de aquellas Misiones con el título *Sous les feux de Ceylan*. En 1929 vuelve al Canadá para escribir la vida de la fundadora de las Religiosas de los Sagrados Nombres de Jesús y María, que intitula: *Rose du Canadá*. En 1932 parte para el Africa del Sur y Congo Belga a fin de visitar las Misiones de su Congregación. Aquí sufre un quebranto de salud.

Sus méritos, pues, en favor de las Misiones son muy grandes. Una persona autorizada de Roma decía hablando de sus libros: «Sólo en el cielo se sabrá el número de almas convertidas por la lectura de los libros de este misionero; conozco algunos, y considero sus obras como una de las mejores apologéticas católicas. El 9 de diciembre de 1940 falleció en Niza este gran apóstol de las Misiones.

(1) Mons. Vidal Grandín, O. M. I., Obispo de San Alberto (Canadá).

(2) DUCHAUSSOIS: *Aux Glaces Polaires*, 14.

Mientras continuaban los rusos sus exploraciones, las costas NO. de América habían sido objeto de nuevos reconocimientos, precisamente por el peligro que significaban las continuas incursiones de los rusos hacia el Sur.

Las primeras expediciones de reconocimiento a lo largo de las costas pacíficas habían tenido lugar en el siglo xvi, en que se hicieron célebres los nombres de Cabrillo, Ferrelo, Galí, Oñate, Cermeño, Iturbi, Carbonell y algunos más; desde mediados del siglo xvii se abre un paréntesis de completa inactividad en las costas americanas del Pacífico septentrional, hasta que el peligro real que significaba para el Imperio español el continuado avanzar de los marinos rusos, determinó la reanudación de las nuevas expediciones marinas en la segunda mitad del siglo xviii.

Al igual que los siglos anteriores, el móvil principal que dirigía nuestros movimientos marinos, era la existencia pretendida del Estrecho imaginario que pusiese en comunicación los dos Océanos. En el siglo xvi esa idea imaginaria y feliz había tenido como fruto sazonado y maduro la exploración de todas las costas americanas del Atlántico meridional con los episodios intermedios del río de la Plata y el descubrimiento final del Estrecho de Magallanes, entonces tanto más de desear cuanto que la invención y apta utilización de este Estrecho permitiría nuestros negocios comerciales con las Indias de las especias sin intervención de Portugal, en cuyas manos estaban los principales jalones del camino a la India por el Oriente.

Ahora, al comenzar los nuevos descubrimientos en el siglo xviii, nuestros navegantes y marinos iban encaminados por una idea similar, tanto más que de día en día iba tomando cuerpo la persuasión de que las navegaciones atribuidas a Juan de Fuca y Ferrer Maldonado en el siglo xvi habían obtenido el fin deseado: el descubrimiento de un Estrecho en la región septentrional. El empuje final lo dió una nota llegada de San Petersburgo.

A principios de 1773, el embajador español en la Corte del zar hacía saber a su Gobierno de Madrid que los rusos

continuaban sus exploraciones marinas al Este de Kamtchatka, y que indudablemente irían a parar a las costas occidentales de la América del Norte; añadía además que ya algunas expediciones habían vuelto con típicos productos del país nuevo explorado (pieles preciosas de nutrias, martas, zorros y otros animales) y habían obligado a los indígenas a pagar cierto tributo y a acatar la soberanía de Rusia.

La Corte española avisó inmediatamente al virrey de Méjico a fin de que evitara las incursiones de los rusos en las tierras que creía ser legítima prolongación de nuestros dominios de la alta California.

En el Archivo que posee el Museo Naval se conservan estas cartas y órdenes cruzadas entre nuestro embajador en San Petersburgo, nuestros ministros de Marina y Estado y el virrey de Nueva España.

Con fecha 11 de abril de 1773, el ministro de Marina, D. Julián de Arriaga, dirigía desde Madrid este oficio al virrey de Méjico: «De orden del rey dirijo a V. E. la adjunta copia de carta de su ministro en la Corte de Rusia a fin de que instruyéndose de las noticias que da de una expedición de los rusos en continuación de los descubrimientos que intentan hacia América, tome V. E. las medidas que crea convenientes para descubrir si pasan adelante estas exploraciones. Dios guarde a V. E. muchos años» (1).

Las cartas de nuestro embajador en Rusia se seguían una tras otra dando cuenta detallada de las diversas expediciones rusas a las costas NO. de América (2).

En vista de ello, el virrey de entonces, Bucarelli, creyó conveniente que todos los años zarpasen de San Blas algunas embarcaciones que recorrieran las costas pacíficas al Norte de Monterrey, con el fin de evitar por parte de los rusos un establecimiento permanente. Esta fué la razón de la primera expedición en la fragata *Santiago*, cuyo mando se confió al único oficial de Marina disponible entonces en Cali-

(1) *Museo Naval, Costa NO. de América*, t. I, fol. 3.

(2) *Museo Naval, Costa NO. de América*, t. I, fol. 5, 6, 7.

fornia, el piloto graduado de alférez de fragata D. Juan Pérez.

Es curiosa, desde nuestro punto de vista, la introducción con que encabeza el virrey la instrucción dada a los comandantes de los buques que iban a formar la expedición:

«La benignidad del rey—dice—, que fió a mi cuidado este Gobierno de N(ueva) E(spaña), no sólo me impone en la obligación de conservarle estos vastos dominios, sino también en la de procurar aumentarlos en cuanto me sea posible por medio de nuevos descubrimientos en la extensión de lo no conocido, para que, atraídos los numerosos indios, sus habitantes, al dulce, suave, apetecido vasallaje de S. M., se derrame en ellos la Luz del Evangelio con la conquista espiritual, que los separe de las tinieblas de la Idolatría, en que viven, y les enseñen el camino de la salvación eterna, que son las verdaderas intenciones que en estas empresas animan al piadoso rey, al corazón de S. M. Con este objeto justo y importante he resuelto que D. Juan Pérez, graduado de alférez de fragata de la Real Armada, se encargue del Descubrimiento, siguiendo la costa por Monterrey al Norte, observando las reglas que prescribe esta instrucción» (1).

Se le ordenaba que siguiese la costa hacia el Norte hasta el grado 60, que atracase en ella, la reconociese y volviese de nuevo a San Blas; antes, en todos los parajes de que tomase posesión, pondría por señal una cruz grande de madera formando su peana de piedras, en la que escondería una botella o redoma de vidrio—son palabras de la instrucción—dentro de la cual introduciría una copia de escritura de posesión firmada por sí, por el padre capellán y los dos pilotos, tapándose bien la botella con pez para que en los tiempos futuros se conservase mejor este documento y sirviese de auténtico testimonio (2).

Con estas instrucciones salió Juan Pérez con la corbeta *Santiago* del puerto de San Blas el 25 de enero de 1774; atravesó y reconoció el canal de *Santa Bárbara* e islas que

(1) Museo Naval, Costa NO. de América, t. I, fol. 22.

(2) Museo Naval, Costa NO. de América, t. I, fol. 23.

lo forman, con cuyos naturales trató, y fondeó en el puerto de *San Diego* y más tarde en el de *Monterrey*, donde acomodó su buque para la navegación en altas latitudes. Se dió a la vela con este fin el 6 de junio, y por primera vez descubrió tierra a los 53° 53' de latitud; procuró costearla buscando un fondeadero seguro, pero no se lo permitieron «los tiempos oscuros, las copiosas lluvias y recios vientos del SE.» (1).

En el paralelo 55° descubrió una punta o cabo tajado hacia el mar, que llamó de *Santa Margarita*. La escasez de agua le obligó a volver rumbo hacia el Sur, según se lo permitían los vientos contrarios. Se detuvo en un fondeadero natural de gran importancia en la isla Vancouver, situado a los 49° 30', al que llamó *San Lorenzo*, y que más tarde había de conocerse con el nombre de *Nootka*. Juan Pérez fué el primero que trató y comerció con los indios de aquella región.

«De aquí se infiere—insinúa la *Relación* en una llamada (2)—cuán infundadas fueron las conjeturas de Cook y del editor de su tercer viaje cuando aseguraban que los españoles de esta expedición no abordaron a Nootka. Las dos cucharas de plata de fábrica española que el mismo Cook halló entre los habitantes de aquella entrada, ¿qué otra cosa probaban sino que éstos habían comunicado con españoles, adquiriendo aquellas alhajas en sus rescates y cambios?»

(1) *Museo Naval, Relación del viaje «Sutil» y «Mexicana», XCII.*

Entre la documentación del *Museo Naval* existe un librito que estudia en particular la expedición de las goletas «Sutil» y «Mexicana» el año 1792 con el fin de conocer el Estrecho de Fuca. Antes de entrar en la cuenta detallada de la referida expedición contiene una introducción en que da cuenta de las expediciones marinas españolas por las costas americanas. Está editado en Madrid de orden del Rey y en la imprenta real el año 1802. Como base, se apoya, sobre todo en las últimas expediciones que nosotros vamos a recordar, en la documentación enviada a Madrid por los mismos capitanes de las expediciones marinas, existente hoy en el Archivo del Museo Naval. El título completo del librito a que nos referimos dice así: *Relación / del viaje hecho por las Goletas / Sutil y Mexicana / en el año de 1792 / para reconocer el Estrecho de Fuca / ; con una introducción / en que se dan noticias de las expediciones execu / tadas anteriormente por los españoles en busca / del paso del Noroeste de América.*

(2) *Museo Naval, Relación..., l. c.*

Más adelante veremos nosotros las consecuencias que esta persuasión iba a traer en el asunto de *Nootka*.

Desde allí intentó continuar de nuevo su navegación y examinar aquellas costas hasta entonces desconocidas, pero la tenacidad de los malos tiempos y los progresos que hacía el escorbuto en su tripulación le obligaron a terminar su empresa «sin adelantar la hidrografía de aquellas costas tanto como se había propuesto». El 3 de noviembre de 1774 Pérez entraba de regreso en San Blas (1).

Esta primera expedición animó al virrey de Nueva España a dar sus providencias para repetir otra, proponiéndose lograr un conocimiento más exacto de la costa NO. de América. Esta expedición tuvo lugar un año después, en 1775, y estaba compuesta por tres embarcaciones: la misma fragata *Santiago*, la goleta *Felicidad* y el paquebote *San Carlos*. Iba al mando de la expedición D. Bruno de Hezeta, teniente de navío y comandante de la *Santiago*; la goleta iba a cargo del también teniente de navío D. Juan de Ayala, y el paquebote lo capitaneaba D. Manuel Manrique, teniente de navío también. Los dos primeros barcos llevaban la misión de explorar hasta el grado 65 de latitud; el paquebote *San Carlos* debía reconocer el puerto de *San Francisco*. Todos salieron de San Blas el 16 de marzo de 1775 (2).

Por enfermedad del de *San Carlos* pasó a mandar este buque el comandante de la goleta *Felicidad*, y a su vez ésta el teniente de fragata D. Juan Francisco de la Bodega y Cuadra. Reconocieron la isla del *Socorro* y, siguiendo sin

(1) *Museo Naval, Costa NO. de América*, t. I, fol. 1 a 46. Contiene la relación de la «Primera exploración de la Costa Septentrional de California hecha por el alférez de fragata graduado D. Juan Pérez con la fragata *Santiago* y goleta *Sonora*».

(2) *Museo Naval, Costa NO. de América*, t. I, fol. 46 a 87.

Museo Naval, California, Historia y Viajes, t. I, núm. 8.

Museo Naval, Diario de D. Juan de la Bodega y Cuadra.

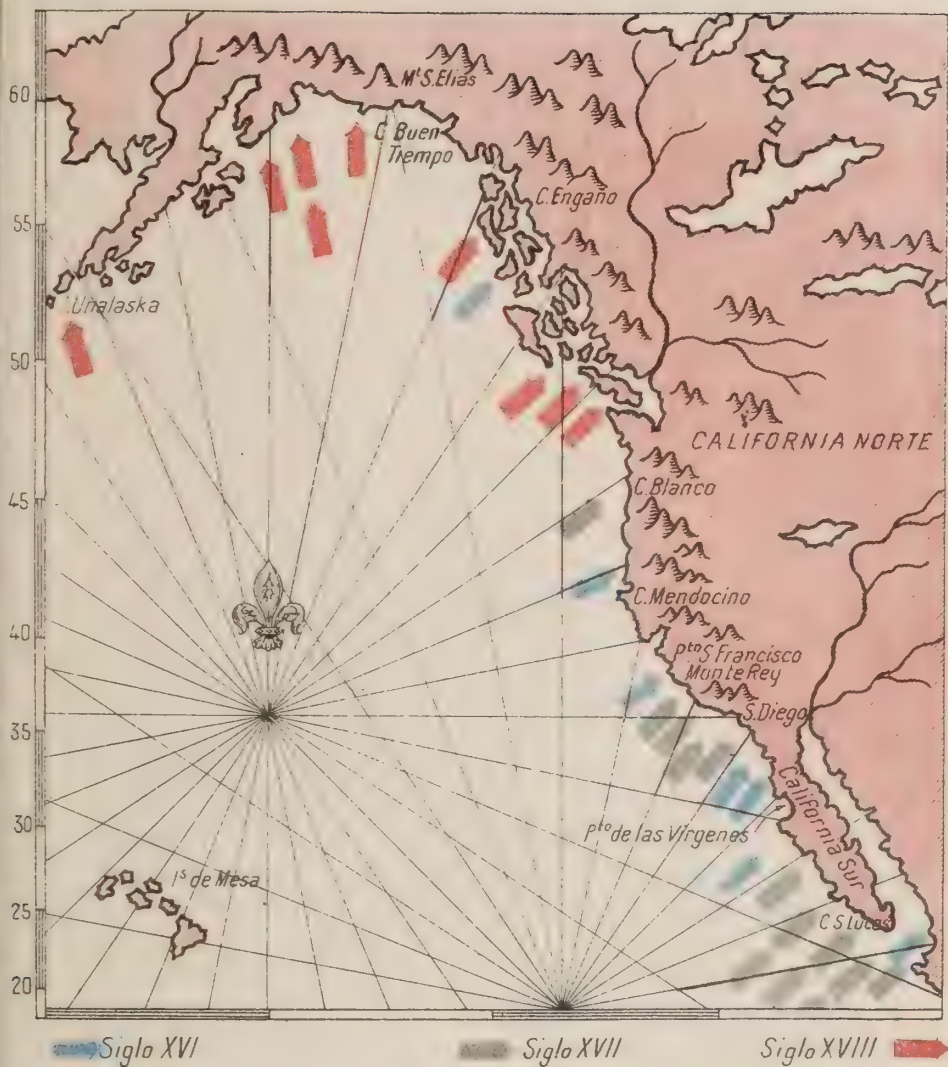
En estas tres fuentes auténticas están relatados con toda minuciosidad los incidentes de este segundo viaje hacia las costas al Norte de California. El librito citado, *Relación*, hace, como de los demás, un pequeño resumen. Únicamente esta *Relación* da el nombre de *Felicidad* a la goleta que los documentos anteriores llaman *Sonora*; es la misma embarcación, conocida bajo los dos nombres.

perder de vista la costa, fondearon en el puerto, que llamaron de la *Trinidad*. El 11 de junio llegaban al grado 41 en medio de un paisaje delicioso con montes cubiertos de añosos pinos. En julio fondearon a los 47° 24' donde tuvieron que lamentar un episodio desgraciado, pues siete hombres de la tripulación que bajaron a buscar agua y leña fueron inesperadamente atacados y muertos por un grupo de 300 indios.

La expedición continuó su navegación en busca del Estrecho de Juan de Fuca. A los 48° encontraron vientos contrarios. La marinería estaba enferma en gran parte, y Hezeta decidió emprender, como lo hizo, el regreso a Monterrey. En cambio, el comandante y tripulación de la goleta *Felicidad*, mandada por D. Juan Francisco de la Bodega, decidieron continuar el viaje solos.

El 15 de agosto se encontraban a la altura de 56° 8' de latitud con indicios ya de tierra vecina, que avistaron por fin al día siguiente, notando en ella algunas ensenadas, montes altísimos con sus cimas cubiertas de nieve y destacándose entre todos el que llamaron *San Jacinto*—el *Edgecumbe* actual—, por ser el más elevado, separado de los demás, y situado en un cabo saliente que llamaron del *Engaño*; tenía una «hermosa figura de pan de azúcar—dice la Relación—, de cuya cumbre nevada se precipitaban torrentes de agua hasta la mar, formando la más hermosa y agradable perspectiva.» Se hallaban en el grado 57 y aún avanzaron más.

El día 17 descubrieron un puerto que llamaron de *Guadalupe*, y fondearon en una ensenada a la que pusieron por nombre *Remedios*: ensenada escabrosa y áspera cuyos contornos estaban formados por montes tajados a pico y casi perpendiculares a las orillas del mar. Salieron de allí el 21, y estaban al día siguiente en los 57° 58' de latitud; soplabá un viento fresco del NO., el frío se hacía intenso y la tripulación, trabajada por el escorbuto, caía enferma en casi su totalidad. Sólo quedaban dos hombres libres para trabajar en cada guardia. No aparecían aún los establecimientos rusos y decidieron regresar a Monterrey.



Principales expediciones de los españoles a las Californias.

El 24 de agosto, a la altura de 55° 17', doblaron un cabo y se adentraron por una ensenada en la que descubrieron hacia el Norte un brazo de mar que se perdía de vista; estaba bien abrigada de los vientos y decidieron fondear en su interior; pusieronla por nombre *Bucarelli* y levantaron minuciosos planos del lugar (1).

Unos días después prosiguieron su regreso, en el que un golpe de mar estuvo a punto de acabar con la extenuada tripulación: arrancó batayolas, bordas y candeleros e inundó de agua la cámara y la bodega; la tripulación, aunque maltrecha y magullada, se salvó, menos el contramaestre, que murió días después a consecuencia de un golpe recibido. El 20 de noviembre terminaban su accidentado viaje en el mismo puerto de partida: San Blas.

Así, en aquellas débiles embarcaciones, un puñado de valientes hispanos logró llegar antes que nadie a latitudes nunca alcanzadas por otros navegantes europeos. Las costas bravas de paisajes majestuosos en la Colombia británica y Sur de Alaska pasaban por el mismo hecho a formar parte jurídicamente del inmenso Imperio español, ya, por desgracia, tan cercano a su fin.

Después siguiéronse cuatro años de absoluta calma; habíanse propuesto los virreyes de Méjico enviar hacia el Norte una expedición anual, y, sin embargo, la siguiente no había de tener lugar hasta el año 1779. ¿Qué había pasado? ¿Por qué así, tan en seco, se paraban las exploraciones del mar? La razón de esta pausa forzosa nos la dan las circunstancias políticas de la Europa de entonces y el nuevo cambio producido en tierras americanas.

La tirantez existente entre la metrópoli inglesa y sus Colonias de Ultramar vino a agudizarse de un modo alarmante al querer Inglaterra imponer a sus Colonias de Norteamérica determinadas cargas económicas y exigirles nuevos impuestos como el del sello y el té. Contra esto alzóse la opinión de los colonos, quienes movidos por intensa campaña de pro-

(1) *Museo Naval, Relación del viaje «Sutil»...*, XCHH-XCVI.

testa acordaron en Filadelfia, el 2 de octubre de 1773, declararse en rebeldía, suprimiendo las relaciones comerciales con la metrópoli, al par que algunos jóvenes en Boston arrojaban al mar el cargamento de té de algunos barcos. Era el primer chispazo de rebeldía e independencia que iba a encender muy pronto una guerra sin cuartel.

El 5 de septiembre de 1774, reunidos los sublevados en un nuevo Congreso en Filadelfia, acordaron la *Declaración de Derechos*, y un año después, en 1775, en un tercer Congreso, en Filadelfia también, junto a medidas económicas y militares, designaban a Wáshington como jefe del Ejército, y llegaron a esbozar la famosa *Declaración de Independencia*, redactada por Jefferson un año después (4 de julio de 1776), en donde se establecen los principios de la igualdad política, los derechos inherentes a la persona humana y la soberanía nacional; declarábanse al mismo tiempo desligados totalmente de la obediencia de Inglaterra; era el primer grito de rebelión dado en Colonias americanas.

La guerra, indecisa en los primeros meses, pues las victorias de Wáshington quedaban contrapesadas con serias derrotas en Brooklin y White Plans, y más tarde en Brandywine, quedó ya casi decidida tras la trascendente batalla de *Saratoga*, en octubre del 77, en que el jefe norteamericano logró derrotar y hacer capitular a un poderoso ejército inglés. Esta victoria inicia una nueva fase en la lucha, pues determinó a Francia y España a reconocer como beligerantes a los insurrectos, decidiéndose ambas potencias a otorgarles ayuda pública, a pesar de que con su actuación venían a fomentar, sin quererlo, los ideales separatistas que iban a germinar muy pronto en nuestras Colonias americanas.

El año 1778 se encendió la guerra entre Francia e Inglaterra, y al año siguiente decidióse España a entrar en la lucha también, pues aunque la causa de los insurrectos americanos sólo era patrocinada decididamente por Aranda, embajador de España en París, y por todos los que seguían su ideario político y antirreligioso, mas atraía a España a mezclarse en la contienda el deseo siempre vivo y punzante de

recobrar Gibraltar y tomar venganza de la persecución y apresamiento de muchas naves hispanas por navíos de la Marina inglesa.

Tal era la situación de las principales potencias europeas y Colonias inglesas de América en los años que van del 75 al 79. Naturalmente, esta efervescencia política y bélica absorbía todas las atenciones de los virreyes de Méjico y no les dejaban tiempo ni humor para pensar en la organización de nuevas expediciones marinas hacia el Norte a lo largo de la costa. Sólo una potencia europea prosiguió constante su expansión sistemática de exploración y colonización en las costas NO. de América: Rusia.

Era necesario conocer la extensión y las intenciones de los rusos, y por esa razón se aparejó con presteza una nueva expedición el año 79. La componían dos corbetas: la *Princesa* y la *Favorita*, y estaban mandadas por los tenientes de navío D. Ignacio de Arteaga y D. Juan Francisco de la Bodega y Cuadra (1).

Ambos salieron de San Blas el 11 de febrero con órdenes precisas de subir hasta el grado 70. El 9 de julio avistaron el monte *San Elías*, en cuyas inmediaciones navegaron el 17, y que localizaron en los 59° 53'. Les sorprendieron aquellas cimas nevadas, fuente de abundantes y cristalinos arroyos, que al descender dando tumbos de roca en roca fertilizaban las faldas de la montaña y mantenían una vegetación exuberante de hierbas crecidas y matizadas, que ofrecían un conjunto armónico y agradable.

El 3 de agosto divisaron otro monte muy alto con un volcán en su cumbre. No avanzaron más; desde allí se volvieron a Mendocino, San Francisco y San Blas, donde entraron el 21 de noviembre (2).

En el entretanto se habían agravado más aún las circunstancias políticas de España, y hubo que suspender nueva-

(1) Museo Naval, *Relación del viaje «Sutil»...*, C-CII.

(2) Museo Naval, *Costa NO. de América*, t. I, fol. 88 a 118.

Museo Naval, *California, Historia y Viajes*, t. II, núm. 1.

Museo Naval, *Diario de D. Ignacio de Arteaga sobre esta expedición*.

Museo Naval, *Costa NO. de América*, t. II, fol. 11 a 37 y 38 a 62.

mente las expediciones marítimas, que no se reanudarían hasta el año 1788. España había enviado un ultimátum al gobierno inglés y declarado la guerra en 1779, junto con Francia, a la nación británica. e iniciaron las operaciones contra Gibraltar, que resistió su bloqueo, forzado varias veces por los navíos británicos. El sitio continuaba aún cuando se suspendieron las hostilidades. Menorca fué conquistada, y en América logró España ventajas no despreciables, pues reconquistó la Florida y expulsó de Honduras a los ingleses. La guerra terminó con la paz de Versalles, firmada el 3 de septiembre de 1783. La de Norteamérica había terminado el 19 de octubre del 81, fecha en que, después de honrosa resistencia, capituló el general inglés Cornwallles, cercado en Jorktown, quedando el ejército inglés prisionero y terminando con esta victoria la lucha en América.

4. Durante estos años habían tenido lugar nuevos reconocimientos por personajes de diversas nacionalidades, sobre todo ingleses y franceses. En 1778, el capitán Cook exploró estos mismos parajes, atravesó el mar de Behring, cruzó el estrecho y se internó hasta el cabo Helado, en el mar Polar. En 1786, La Perouse avistó el monte *San Elías* y situó la bahía *Lituya*. El capitán ruso Pribiloff, en 1787; Postloch y Dixon, en el mismo año; John Mares, en 1788; Billingo, de 1789 a 1790, y, por último, en el mismo año, el capitán francés Etienne Marchand, vieron diferentes puntos de la costa, que situaron perfectamente. Vancouver levantó de 1792 a 1794 la hidrografía completa de la costa NO. y la de los archipiélagos que la rodean hasta el paralelo 58°. Por el mismo tiempo, en el mes de julio de 1795, Alejandro Mackenzie, después de descubrir el río que lleva su nombre, cruzó las montañas Roqueñas. Otros viajes se hicieron de 1802 a 1816, y la compañía rusa fundó en 1802 el establecimiento de Nuevo Arkángel, en la isla de Sitka.

Los nuevos invasores, españoles, ingleses y franceses, eran mirados por los rusos como intrusos impertinentes sin derecho ninguno; y una tras otra iban sucediéndose en San Pe-

tersburgo, aunque sin resultado alguno satisfactorio, las apremiantes protestas contra la intromisión de aquellas naves extrañas.

Mientras los aventureros de las diversas naciones proseguían sus campañas por la supremacía en el Norte, no despreciaban, ciertamente, sus respectivos Gobiernos la importancia de Alaska, tanto desde el punto de vista comercial como estratégico. Los Gobiernos inglés, español y francés ansiaban vivamente arrebatar de manos de los rusos ciertas regiones de este vasto país, no menos que han estado manifestando en nuestros tiempos estas mismas y otras naciones esa marcada inclinación a repartirse entre sí grandes porciones de Asia y del Continente africano.

Apoyaba el inglés su demanda en los descubrimientos llevados a cabo por Cook y sus oficiales; por su parte, los franceses pretendían que las costas alaskañas eran una continuación de sus dominios del Canadá, y los españoles reclamaban como propias las comarcas que tenían ellos como una prolongación de sus costas de California; al mismo tiempo alegaban como título para su posesión los descubrimientos hechos por el español Cuadra en 1775. España corroboraba además sus derechos con la expedición que, conducida por Arteaga, con Cuadra como segundo, había zarpado de Méjico en 1779, y reconocido el puerto de Bucarelli, en la costa occidental de la isla del Príncipe de Gales. Poco después entraba Arteaga en el estuario del Príncipe Guillermo, y según las instrucciones recibidas tomaba posesión de todas las regiones circundantes. Desde allí hicieron una excursión rápida hacia el Sudoeste, hasta el extremo mismo de la península *Kenai*, volviéndose de nuevo a Méjico.

Francia nada había alegado todavía como título que pudiese bajo su jurisdicción estas comarcas, y para tener uno de más o menos valor, envió hacia el Norte, en 1786, a La Perouse, cuyo nombre lleva uno de los grandes glaciares alaskanos (1). Un año más tarde arribaba a la bahía Lituya y

(1) UNDERWOOD: *Alaska, an Empire in the Making*, 361.

tomaba formal posesión de ella. Después, haciendo caso omiso de las instrucciones recibidas de visitar las Aleutianas, dirigió su rumbo hacia el Sur sin tocar de nuevo las costas alaskananas.

Conviene hacer notar aquí que el varias veces citado señor Underwood, en su obra: *Alaska, an Empire in the Making*, enjuicia muy distintamente de como nosotros lo hacemos, los diversos puntos de contacto entre Inglaterra y España en relación con estas tierras norteanas; y, en particular, parece no tener en cuenta ni dar la debida importancia a los viajes españoles de 1774 y 1775, efectuados por Pérez y Cuadra. Es natural que un inglés procure defender las exigencias de su patria. De los datos que recogemos nosotros en nuestro somero y rápido estudio, deben deducirse, por el contrario, muy diversas consecuencias.

5. Satisfechos, al parecer, con que los trabajos de Arteaga y Cuadra fundaban un derecho de supremacía, para nada se preocupaban los españoles en seguir sus exploraciones en los años sucesivos. Sólo la divulgación de los descubrimientos y viajes de Cook, y los relatos de los mil navíos que iban año tras año bordeando aquellas costas, volvieron a despertar la actividad española, y en 1788 eran equipados dos barcos, al mando de Esteban Martínez y Gonzalo López de Haro, en busca de ulteriores informaciones.

Preocupaban, sobre todo a nuestro Gobierno, las noticias recibidas recientemente de haber formado los rusos varios establecimientos en el *estuario del Príncipe Guillermo*, en las islas de *Trinidad* y *Unalaska*, y hasta en el mismo puerto de Nootka. Naturalmente, se hacía necesario adquirir información exacta de estas noticias y proseguir al mismo tiempo el examen de las costas circunvecinas. Tal fué la misión encomendada al alférez de fragata D. Esteban Martínez y al primer piloto D. Gonzalo López de Haro, comandantes respectivamente de la fragata *Princesa* y del paquebote *San Carlos* (1).

(1) *Museo Naval, Costa NO. de América*, t. I, fol. 119 a 162.

Museo Naval, Costa NO. de América, t. II, fol. 176 y 177, que dan

Levaron anclas ambos navíos el 8 de marzo de 1788. El 11 de mayo llegaban a los 55° de latitud, y el 25 fondeaban a dos millas al Sur de la isla de *Montagú* (estuario del Príncipe Guillermo). Según cálculos suyos se encontraban a 59° 46' de latitud.

El 30 de junio, junto a *Grenville* y *Dos Puntas*, donde fondeó el *San Carlos*, separado días atrás de la fragata *Princesa* a causa de la cerrazón de una espesa e insistente neblina, se toparon con unos indios que, vestidos a la europea, salieron en canoa a recibirles, manifestándoles haber en el interior embarcaciones muy grandes y un establecimiento extranjero. A fin de comprobar estas noticias fué designado el mismo día 30 un piloto del *San Carlos* para que fuese a reconocer todos aquellos contornos; salió, en efecto, a bordo de una lancha con algunos tripulantes más, y unas horas después volvía al *San Carlos* acompañado de varios oficiales rusos. Al día siguiente, y para adquirir información completa de todo ello, bajó a tierra el comandante Haro: fué recibido con toda consideración por el gobernador y demás oficiales rusos, quienes con la mayor franqueza fueron enseñándole «sus almacenes, casa de enseñanza para los indios, barcos que tenían varados, parajes en que sacaban las pieles de nutria y métodos que usaban para esta industria y comercio» (1).

Hablando de esta entrevista, el Sr. Underwood nos dice que en ella adquirió Haro una información completa de la ocupación moscovita. Según él, Delaroff, que dirigía por entonces la colonización rusa, a la vez que cortés y cordialmente agasajaba al visitante español, ponía buen cuidado en inculcar a su huésped la vasta extensión del territorio ocupado, y sobre todo la creciente importancia de los es-

razón de lo ocurrido en la expedición que salió de San Blas en 8 de mayo de 88 en demanda de los establecimientos rusos.

Museo Naval, Californias y costa NO. de América, t. I, fol. 7 y 8, que dan noticia de lo acaecido en la fragata *Princesa* y paquebote *Filipino* (*San Carlos*) en su expedición al reconocimiento de los establecimientos rusos en el año 1788, por el mar del Sur, al mando del primer piloto de la Real Armada D. Esteban José Martínez.

(1) *Museo Naval, Relación del viaje «Sutil»...*, CIII.

tablecimientos rusos, a la sazón en número de seis (1).

Allí supo Haro que la fragata de Martínez estaba fondeada al N. de la isla *Trinidad*, y pudo así, al día siguiente, unirse a su compañero, el cual había tomado posesión, no sólo de las tierras inmediatas al fondeadero, sino también de las contiguas a una punta, a la que puso por nombre *Floridablanca*.

Después de observar el carácter pacífico de aquellos indios, con quienes trataron, pusieron proa el 5 de julio hacia *Unalaska*. Pasaron por las islas *Shumagin* y *Kodiak*, y el 16 divisaron a lo lejos un volcán (el *Shishaldin*) en la isla de *Unimak*. Los vientos contrarios que empezaron a soplar y la fuerza de las corrientes que se oponían al avance, hicieron que no pudieran llegar a *Unalaska* hasta el 3 de agosto.

Nuestros marinos, en esta expedición, no sólo formaron una circunstanciada descripción de la costa y el derrotero seguido, sino que, habiendo sido muy bien recibidos por los rusos, pudieron adquirir noticias concretas de todos sus establecimientos y factorías. La de *Unalaska*, en particular, se componía de dos almacenes para guarda de las pieles y demás utensilios, de un gran edificio que les servía de cuartel o alojamiento y de veinte chozas de indios empleados todos ellos en servicios de los rusos, y que eran tratados por éstos con excesivo rigor (2).

Desempeñada de este modo la misión, y con las abundantes noticias adquiridas sobre los establecimientos rusos, regresaron ambos buques a Nueva España (3).

Los informes de Martínez convencieron al virrey de México de que para que los clamores de España fueran eficaces se hacía necesario actuar con mayor empeño. Al punto se equiparon varios bajeles, que fueran a tomar posesión del estuario de Nootka, en la costa occidental de Vancouver, a donde había llegado también Cook años atrás, en 1778, y que había sido designado después como lugar de cita por los

(1) UNDERWOOD: *Alaska, an Empire in the Making*, 362.

(2) *Museo Naval, Relación del viaje «Sutil»...*, CHH-CV.

(3) Sobre *Unalaska* nos da noticias interesantes en su fol. 151 y siguientes la relación conservada en el *Museo Naval, Costa NO. de América*, t. I.



Foto 9.—*Perspectiva regia de las cordilleras alaskanas.*



Foto 10.—*Un aspecto del monte MacKinley.*



Foto 11.—*El glaciar de Mendenhall, cerca de Juneau.*



Foto 12.—*Los niños de Holy Cross se divierten con la nieve.*



Foto 12, bis.—*A través del Yukón majestuoso.*

aventureros ingleses, franceses y americanos. La nueva expedición marítima se encomendó al mismo D. Esteban Martínez: la componían asimismo la fragata *Princesa* y el paquebote *San Carlos*.

La instrucción del virrey, D. Manuel de Flores, que la enviaba, contenía los puntos siguientes:

Primero: que se ocupase desde luego el puerto de Nootka, antes de que lo hicieran los rusos o los ingleses, y eso por tener nosotros mejor derecho, pues ni los comandantes rusos Behring y Chirikoff conocieron los puertos descubiertos por nuestros navegantes en 1779, ni el capitán Cook, a Nootka, antes que los españoles, ya que D. Juan Pérez había fondeado allí en 1774.

Segundo: que estas razones de preferencia y justo derecho a ocupar, según nos conviniera, las costas descubiertas al N. de California, debían hacer que no permitiéramos establecimientos extranjeros perjudiciales a nuestro comercio, interés y seguridad.

Tercero: que para captar la voluntad de los indios, sin exasperarlos de modo alguno, se valiese el comandante de las dádivas y cambios a que son inclinados, y de las prudentes persuasiones de los religiosos para educarlos e inspirarles el conocimiento del Evangelio.

Cuarto: que se cortasen, desde luego, maderas y se fabricasen alojamientos y trincheras para la defensa de la colonia, como en manifestación de la propiedad del dominio de nuestro soberano en aquel puerto.

Quinto: que si llegasen embarcaciones rusas o inglesas las recibieran con la política y urbanidad que exigía la paz y amistad que reinaba por nuestra parte con una y otra nación, pero manifestándoles nuestros derechos de preferencia a este establecimiento y demás que se continuasen por la costa, a cuyo efecto había providenciado el Gobierno se hiciesen expediciones por tierra de tropa, pobladores y religiosos para atraer y reducir a los indios a una vida social y civilizada... (1).

(1) Museo Naval, *Relación del viaje «Sutil»...*, CVI.

Con tales instrucciones salió Martínez del puerto de San Blas el 17 de febrero de 1789, y el 5 de mayo fondeaba en el puerto de Nootka. Al llegar halló anclados en él a una fragata americana y a un paquebote portugués, quienes a requerimientos de Martínez exhibieron al punto los pasaportes e instrucciones con que navegaban.

Fué Martínez muy bien recibido de los naturales, y en particular de su jefe, *Macuina*, que le hizo varios presentes y le enseñó con satisfacción las conchas de Monterrey que le había regalado el año 74, cuando estuvo allí con la fragata *Santiago*, y conservaba él con el mayor aprecio.

El día 2 de julio entró en Nootka el paquebote inglés llamado *Argonauta*, despachado desde Macao por una compañía inglesa; su capitán, Jaime Colnet, iba autorizado con órdenes del rey de Inglaterra para tomar posesión del puerto, hacerse fuerte en él y establecer allí una factoría para el acopio de pieles de nutria, impidiendo a las demás naciones tan lucrativo comercio.

Una infracción tan manifiesta de los derechos españoles sobre aquellos territorios hizo surgir pronto una competencia muy reñida entre el capitán inglés y el comandante español, competencia que había de tener resonancia en Europa y alarmar a las dos potencias, amagando por algún tiempo con las fatales consecuencias de la discordia, la guerra y la devastación.

El capitán Colnet se resistió tenaz y repetidamente a manifestar a Martínez las instrucciones que llevaba, y hasta se manifestó con expresiones tan atrevidas y acaloradas, que nuestro comandante, apurados ya todos los medios de prudencia usados hasta entonces, resolvió cortar por lo sano, y ordenó el arresto del capitán inglés dentro de una cámara de la fragata, declarando al mismo tiempo prisioneros de guerra a todos los individuos que componían la tripulación del *Argonauta*. Unos días más tarde los enviaba a San Blas, a disposición del virrey de Nueva España (1). Lo demás que

(1) Museo Naval, *Relación del viaje «Sutil»...*, CVI-CVIII.

a todo esto se siguió entre los Gabinetes de Madrid y Londres, lo trataremos en seguida (1).

Por su largo recorrido y los datos científicos recogidos en ella, tuvo gran resonancia la expedición de los capitanes de fragata D. Alejandro Malaspina, italiano de origen, pero que puede considerarse como español por haber pasado lo mejor de su vida al servicio de España, y D. José Bustamante Guerra. El 30 de julio de 1789 salían de Cádiz las dos corbetas *Descubierta* y *Atrevida*. Pasando por la isla Trinidad y Montevideo, y costeano el virreinato del río de la Plata, reconocieron la costa oriental de Patagonia, las islas Malvinas y el cabo de Hornos. En el Pacífico exploraron la costa de Chile, y por Valparaíso, el Callao, Guayaquil, Chocó y Panamá continuaron hasta Acapulco.

De aquí zarparon el 1 de mayo de 1791; el 23 de junio avistaron el trozo de costa comprendido entre el cabo del *Engaño* y las islas al Norte del cabo *San Bartolomé*, ya reconocido por Cuadra en 1775, por Cook en 1778 y en 1786 por Dixon. Allí mismo tomaron la altura del *Edgecumbe*, bautizado por Cuadra con el nombre de *San Jacinto*.

Cuando llegaron a las cercanías de la bahía de *Behring*, ya porque hubiese algún error en la latitud o posición que había asignado Maldonado a la entrada de su estrecho, ya porque según Cook existía en aquella bahía un buen trozo de tierra llana que debía reconocerse con más exactitud, determinó Malaspina dirigirse al puerto de Mulgrave y despachar varias lanchas a verificar sus pretensiones.

El 27 de junio llevaba a cabo un nuevo reconocimiento a unas dos o tres millas de la playa. A la entrada del puerto de Mulgrave, en la cordillera de montes cuyas faldas baña el mar, y en lo más interior de la bahía del *Almirantazgo*, advirtieron una quebrada, cuya vista, comparada con la que acompaña la relación de Ferrer Maldonado, hizo creer a al-

(1) Sobre el apresamiento de los ingleses en *Nootka* puede consultarse el *Museo Naval, Californias y Costa NO. de América*, t. I, fol. 40 a 46, donde se da una carta escrita en *Nootka* sobre el particular y otras del comandante del buque apresado.

gunos de ellos que habían encontrado por fin el paso que buscaban.

Para asegurarse de ello se dirigieron al puerto de *Mulgrave*. Era éste un puerto abrigado y de un paisaje delicioso por la frondosidad y verdor que cubrían las diferentes isletas cercanas, y por la sencilla rusticidad de las habitaciones indígenas colocadas sin orden determinado en las inmediaciones del mar: todo ello presentaba un agradable panorama, que subió de punto días después, cuando, disipadas las nieblas que habían ocultado a la vista los objetos alejados, apareció la majestuosa cordillera que desde el monte *Buontempo* corre hasta el *San Elías*: todo era allí una maravilla de la Naturaleza: el hielo y la nieve que sepultaba sus cimas, y donde con nuevo brillo se reflejaban los rayos del sol; el frescor y lozanía de bosques dilatados y frondosos que tupían de pinos la tierra llana; la transparencia diáfana de una atmósfera limpia, sólo turbada por un vientecillo suave del NO.; la claridad y duración de un crepúsculo que se prolongaba hasta entrada la media noche; todo ofrecía allí tal encanto a la vista y contemplación, que parecía acreditar las exageradas pinturas de los poetas, o renovarse los tiempos y lugares mágicos de la edad dorada, tal como han existido en sus imaginaciones calenturientas.

Nuestros hombres prepararon sus instrumentos científicos; entre otras, hicieron la medida del monte *San Elías*, que fijaron en 6.507,2 varas castellanas (1).

Después, continuaron su exploración hacia el estuario del Príncipe Guillermo, reconociendo con exactitud la costa, situando con fijeza las longitudes y latitudes, y midiendo con sondas las diversas profundidades del mar. El 16 de julio reconocieron la llamada *Kaye*, y emprendieron el viaje de vuelta, fondeando el 13 de agosto en Nootka.

Hoy uno de los mayores glaciares del Norte de América perpetúa la memoria de este navegante con su nombre de *Malaspina*. El año 1794 llegaban de nuevo a Cádiz, después

(1) *Museo Naval, Relación del viaje «Sutil»...*, CXIII-CXXI.

de haber tocado en las Marianas, Filipinas, Nueva Holanda, Mindoro, Mindanao, Perú y Buenos Aires; habían empleado cinco años en tan fantástico recorrido y permanecido algunos meses en el golfo de Alaska (1).

Con éstos podemos dar por terminada la descripción de los primeros viajes marinos y buques españoles en reconocimiento de las tierras al Norte de California y Sur de Alaska, que fueron bautizando con nombres españoles, algunos de los cuales perduran en la actualidad. Naturalmente, las expediciones se continuaron en los años sucesivos, y quedan registradas en la documentación del Museo Naval (2), como la salida del puerto de San Blas para Nootka, en febrero de 1790, de la fragata *Princesa*, paquebote *Filipino* (*San Carlos*) y la balandra *Princesa Real* (3); y la expedición dirigida por D. Salvador Fidalgo con el *San Carlos*, que salió el 9 de mayo de 1790 del puerto de Nootka con el fin de reconocer más detenidamente el *Príncipe Guillermo* y la *ensenada de Cook* (4).

Juzgamos que lo expuesto en las páginas que preceden es suficiente para darnos una idea de lo que nuestros marinos españoles de fines del XVIII contribuyeron a descubrir y dar a conocer las regiones meridionales de Alaska, y que al tratar nosotros de los Jesuítas misioneros, denominaremos con el nombre de *Misión de Alaska Austral*.

6. Toda esta serie de acontecimientos náuticos pusieron en relación directa con la recién descubierta América rusa

(1) En el *Archivo del Museo Naval* se conservan una serie de tomos sobre esta expedición de Malaspina con las dos corbetas *Descubierta* y *Atrevida*.

(2) *Museo Naval, Californias y costa NO. de América*, t. I, fol. 82. También puede consultarse la obra de Novo y COLSON: *Viaje político científico alrededor del Mundo por las corbetas Descubierta y Atrevida...*, Madrid, 1885.

(3) *Museo Naval. Costa NO. de América*, t. I, fol. 168 y 169. a 84, contiene un «Breve discurso de los últimos descubrimientos en la América Septentrional sobre el Mar del Sur por los rusos y españoles hasta el Estrecho de Anián y Mar Glacial».

(4) *Museo Naval, Costa NO. de América*, t. I, fol. 169 a 190. *Museo Naval, California, Historia y Viajes*, t. II, núm. 4.

a la nación española, que por mediación de sus virreyes de Nueva España, y en particular Bucarelli, creía acrecentar legalmente el amplio imperio español, enviando una tras otra las fragatas hispanas en reconocimiento y toma de posesión de lo que creía ser una simple prolongación de las tierras de la alta California.

No vamos a estudiar aquí, naturalmente, todo el proceso de las expediciones extranjeras que originaron una tirantez política de cierta consideración entre las naciones interesadas en ello: Rusia, Inglaterra, Francia y España. No es éste el lugar para ello; nos alargaríamos demasiado y, en cierto modo, nos apartaríamos del objeto propuesto.

Con todo, no podemos dejar de estudiar lo referente a España, no sólo para conocer las relaciones que a fines del XVIII tuvimos nosotros con la recién descubierta Alaska, sino también para poner en claro un asunto harto enojoso que preocupó hondamente a los Gobiernos de Madrid y Londres, en medio del desbarajuste total que suponía para Europa la actitud de la revolución francesa, que entonces precisamente desencadenaba sobre Francia la época del Terror: nos referimos al asunto de Nootka, del que en seguida hablaremos.

Recogiendo aquí los datos dispersos en las páginas anteriores, podríamos resumir así los argumentos en que apoyaba España sus pretensiones: Dijimos arriba que, en 1774, bajo el mandato del virrey D. Antonio María de Bucarelli y Ursúa (1771-1779), habían comenzado los viajes de exploración hacia las tierras del Norte. D. Juan Pérez, con la fragata *Santiago*, había reconocido ya la costa desde los 43° hasta los 49° de latitud, y había fondeado en un puerto de la isla de Vancouver, que él bautizó con el nombre de San Lorenzo; y poco después adelantaba sus viajes hasta los 55°, explorando la costa hasta la punta de Santa Margarita.

Un año después que Pérez, en 1775, la misma fragata *Santiago*, con otras dos embarcaciones comandadas por el teniente de navío D. Bruno de Hezeta y por Francisco de la Bodega y Cuadra (1), la remontaron hasta los 56° 47', recono-

(1) Al Sur de Ketchikan existe un pueblecito llamado *Cuadra*.

ciendo puertos, ríos, ensenadas y cabos escasamente conocidos, dieron nombre a los abrigos de la Trinidad, los Mártires, Guadalupe, Remedios y Bucarelli.

El año 1779 completaron la exploración los tenientes de navío D. Ignacio Arteaga y el mismo De la Bodega, que levantaron los planos del puerto de Bucarelli; seno de Regla, con la isla contigua y sus canales; De la Bodega llegó en esta expedición hasta el grado 61. Los oficiales españoles tomaban posesión en nombre de España de todos estos lugares, sin hacer caso de la toma de posesión hecho un año antes por el marino Cook en nombre de Londres. La expedición de De la Bodega en 1775 les daba pleno derecho a semejante actuación.

Precisamente en esta expedición de 1779, conducida por Arteaga y De la Bodega, se dijo la primera misa católica. Era el 13 de mayo, en la costa meridional de la isla del Príncipe de Gales, bahía de Bucarelli. El P. Riobo, que acompañaba la expedición de aquel año, celebró una misa solemne de acción de gracias en tierra, con acompañamiento ininterrumpido de música y artillería. Eran precisamente los españoles los que por primera vez en suelo alaskano introducían las prácticas religiosas de la fe católica.

Dejemos bien asentadas las fechas, para saber a quién correspondía, como primer ocupante, la porción de territorio que muy pronto iba a verse puesta en litigio. El inglés Cook exploraba estas regiones en 1778, y seguía su viaje de exploración a través del estrecho de Behring hasta el cabo Helado; el francés La Perouse avistó el monte San Elías en 1786; el capitán ruso Pribiloff no llegaba hasta el 1787. Como resulta que el viaje de Pérez y Cuadra había tenido lugar en 1774 y 1775, dedúcese que los derechos primordiales de descubrimiento y ocupación correspondían indudablemente a España, y que España y sólo España era la única que legalmente estaba llamada a poseer, colonizar y disfrutar los territorios más meridionales de Alaska.

Pero Francia tenía bastante con los problemas interiores originados por su revolución; España, por su parte, no podía

ya exigir con el argumento de las armas unos derechos que eran a todas luces suyos. Por eso Inglaterra, para estas fechas dueña absoluta de los mares, no podía ver disputados con eficacia sus proyectos, teniendo en cuenta, sobre todo, la actuación de las islas Británicas, que no se dedicaron durante todo el período bélico con Napoleón más que a ir arrebatando las colonias alejadas de las metrópolis afectas o subyugadas por Francia. Más adelante volveremos a ocuparnos de este proceder inglés en sus relaciones con España. Rusia seguía con sus derechos indiscutibles sobre todo el resto de Alaska.

Quedan descritas con suficiente detalle las expediciones de Arteaga, José Esteban Martínez y Haro; estos dos últimos, con la fragata *Princesa* y el paquebote *San Carlos*, ocuparon ya de un modo oficial el puerto de Nootka, dando origen con ello al conflicto con la Gran Bretaña por la posesión de aquella bahía.

Era en 1789. El apresamiento por las fuerzas españolas de Martínez en la bahía de Nootka (segundo viaje), de los navíos ingleses *El Argonauta* y *La Princesa Real*, produjo enorme impresión en los medios comerciales londinenses. La Bahía de Nootka, en la isla de Vancouver, está junto al territorio de Nueva Georgia, donde habían establecido los ingleses una factoría de comercio de pieles. Pero como los españoles eran los únicos europeos que detentaban aquellos parajes, se creyeron con derecho a detener a quienes no habían tomado posesión oficial de la bahía.

¡Nunca lo hubieran hecho! Inglaterra reputó el suceso como una agresión armada, y con gran aparato comenzó a preparar sus escuadras; España por su parte hizo lo mismo, y su ministro Floridablanca invocó de Francia el apoyo convenido según las bases del Pacto de Familia. Francia, que tenía bastante con los sucesos de su Revolución, que entonces mismo comenzaba, no hizo caso de sus demandas. El problema se había de solucionar directamente entre Inglaterra y España: comenzaba en 1789 y no había de terminar hasta 1795.



Viajes de exploración en el siglo XVIII.

Teniendo en cuenta que estos mismos años son los más trágicos de la Revolución Francesa, los de la Convención Nacional con su régimen del terror, los de la destitución y proceso vergonzoso del infortunado Luis XVI, los de la primera coalición coadunada para derrocar el régimen revolucionario francés, echaremos de ver que el asunto de Nootka no era un asunto baladí cuando tanto excitaba el ánimo de los políticos de los primeros años del reinado de Carlos IV: Floridablanca, Aranda y el príncipe de la Paz.

En el legajo 8.137 de Estado, del Archivo General de Simancas, existe una correspondencia nutridísima del embajador español en Londres, marqués del Campo, con el ministro británico sobre la detención de las embarcaciones inglesas en Nootka; y del mismo embajador con la corte española y viceversa, relativa a lo mismo y a la indemnización a los barcos detenidos desde dicho año hasta 1792. También hay cartas del virrey de Méjico y copias de algunas del oficial comandante de las primeras embarcaciones detenidas. Por desgracia, está todo muy maltratado por el agua y la humedad; la inmensa mayoría de los documentos son totalmente ilegibles.

¿Qué pasaba con toda esta efervescencia diplomática? Inglaterra exigía, con el apoyo de sus armas, una reparación debida al ultraje hecho al pabellón inglés por los oficiales de nuestra Marina y una indemnización conforme a los perjuicios causados. España, que no estaba entonces en condiciones de responder en el mismo lenguaje, tuvo que pensar en una transacción honrosa: fueron designados varios parlamentarios en representación de ambos países para ver de determinar los derechos de cada cual.

Como resultado de estas consultas se firmaba un Acuerdo, el 28 de octubre de 1790, entre Floridablanca, por España, y Alleyne Fitz-Herbert por el Gobierno inglés (1). Se compone de ocho artículos: en el *primero* se establece que los territorios del continente e islas adyacentes del NO. de

(1) *Archivo Gener. de Simancas, leg. 8.137 de Estado*; está escrito en español, inglés y francés.

América de que han sido desposeídos los ingleses en abril de 1789, serán restituídos al Gobierno británico. Por el *segundo* se dará una reparación justa, según la naturaleza del caso, por todo acto de violencia, después de abril del 89, contra cualquiera de las dos partes contratantes, y todo lo confiscado será devuelto con una indemnización por las pérdidas sufridas. En el *tercero* se establece que para conservar la buena amistad no han de molestarse unos a otros en la navegación o pesca del Pacífico o mar del Sur y en el comercio con los naturales. En los restantes artículos se comprometen a no ocupar las posiciones que tenga ya ocupadas la otra parte contratante, se dan órdenes precisas para no volver a entrar en colisión y se prometen mutua ayuda en sus comercios y pescas.

Los ingleses, que ya en la primera conferencia de arreglo reclamaban cinco embarcaciones en vez de dos, y removían cielos y tierra para que la indemnización, fijada al fin en 200.000 pesos, fuese crecida e inmediata, no se contentaron al parecer con las concesiones hechas por España: algún tiempo después del citado convenio hubo que venir a un nuevo acuerdo en declaración del artículo primero, que por lo visto no llenaba al Gobierno de Su Majestad Británica.

Prosigue en este intermedio la efervescencia diplomática, y por fin en septiembre del año 1795 se firmó el arreglo final entre los ministros inglés y español sobre el asunto de Nootka (1). El resultado fué que los españoles fueron abandonando sus posiciones y retirando sus fuerzas, dejando toda aquella región en manos de aventureros y naturales. Este fué el resultado final del asunto de Nootka. Claro que a España poco provecho le hubiera podido reportar la posesión de aquellos territorios, pues estaba ya encima la total independencia de las colonias americanas.

Todo el proceder inglés durante el tiempo que duró el litigio angloespañol está magníficamente expresado en esta nota del embajador español en Londres al conde de Aranda, decano entonces del Consejo de Estado, y encargado del des-

(1) *Archivo General de Simancas, leg. 8.150 de Estado.*

pacho de Asuntos Exteriores. Está fechada en Londres el 2 de noviembre de 1792. La copiaremos íntegra, para que queden las cosas en claro. Dice:

«Durante todo el curso de las conferencias entre los comisionarios Las Heras y Woorford relativamente a la indemnización de Nootka Sound, se procedió de parte de estos señores con tanta tropelía y precipitación, que sobre ser una notoria sinrazón y injusticia, tocaba ya en escándalo, pues sin dar una hora de tiempo al examen de ningún punto, hostigaban y forzaban a dicho cónsul español a responder de repente por escrito a sus especiosas demandas que habían consultado ellos entre sí a su arbitrio. Y para disculpar en lo posible tan extraño proceder se mostraban impelidos a ello con la fantasma (usada aquí en todos tiempos) de *que el público, de que el Parlamento, de que el comercio de Londres* se daban por resentidos en la tardanza y era menester acallarlos.

A tanta ansia de ver concluido el negocio, y segura ya de los 200.000 pesos existentes en Londres, se ha seguido un silencio y un abandono afectado, negándose aun a hablar del asunto: sin duda porque se habrán imaginado y apelando todavía a la generosidad del rey y atormentando a V. E. con nuevos recursos artificiosamente revestidos, podrán sacar mayor raja.

No es mi ánimo entrar en la materia, ni sería del caso cuando V. E. la posee mejor que nadie y cuando Las Heras tiene informado de lo ocurrido aquí.

Pero he creído deber tocarlo de paso, por dos razones. La primera: Que V. E. nos tiene encargado por oden de S. M. pongamos fin de una vez a este negocio. La segunda: Que de tales hechos debe concluirse cuán poco hay que contar con la generosidad, desinterés y sincera intimidad de estos señores en los lances y casos críticos que puedan ocurrirnos si se observa imparcialmente la serie de sus pasos desde el principio al fin de nuestra desavenencia, que tantos ahogos me costó en su tiempo.»

Y firma: «Marqués del Campo» (1).

(1) *Archivo General de Simancas*, Estado, leg. 8.148, fol. 13.

7. Posteriormente fueron avanzando los rusos por la costa americana hacia el Sur. El primer establecimiento permanente lo fundaron el año 1784 en *Three Saints*, en la isla de Kodiak. Al mismo tiempo el Gobierno imperial concedía a la Compañía rusoamericana de Shelikoff y Golikoff una organización semioficial—la oficial total tuvo lugar en 1799—, dándole casi absoluto dominio sobre todas las posesiones rusas de América, poder que ejerció sin interrupción hasta el año 1861. Precisamente dos años después del establecimiento en Kodiak, un empleado de la Compañía rusoamericana llamado Pribiloff descubrió en las islas que llevan su nombre los famosos rebaños de focas, que habían de proporcionar todos los años sus pingües y abundantes ingresos.

Este mismo descubrimiento les llevó a la reapertura de las relaciones comerciales con China, relaciones de las que habían desplazado a Rusia las otras dos potencias coloniales europeas, Inglaterra y Holanda, por sus mayores ventajas en las comunicaciones marítimas. Las pieles de foca eran sumamente apreciadas por los chinos, que habían hallado el secreto de curtirlas y teñirlas, sacando de todo ello bien lucrativo comercio. La figura predominante durante la soberanía de la Compañía rusoamericana fué, sin duda, Alejandro Baranoff, jefe residente director de la Compañía y gobernador general de todas las posesiones rusas desde 1799 hasta 1821. El año 1805 trasladaba Baranoff la capitalidad a Sitka.

El año 1821 es un año de trascendencia política por las medidas adoptadas por el Gobierno imperial: se dictaron órdenes prohibiendo todo comercio con extranjeros e impidiendo a los navíos extraños acercarse a las costas de las factorías rusas en un radio de 30 leguas; más aún: un ukase del emperador Alejandro declaraba territorio ruso toda la costa americana al Norte de los 51° de latitud, es decir, a partir de la bahía de la Reina Carlota, en el extremo Norte de la isla de Vancouver.

Esta toma de posesión autoritaria, contra la cual se presentaban los derechos primordiales de descubrimiento y es-

tablecimiento de Inglaterra—sin hablar ya de España, que no estaba en condiciones de hacer valer los suyos—, suscitó vivas reclamaciones y protestas diplomáticas por parte de los Gabinetes de Londres y Wáshington, origen de los dos Tratados rusoamericano y rusoinglés de los años 1824 y 1825, respectivamente, ajustando los derechos e intereses respectivos.

En Sitka establecieron los rusos un astillero para la reparación de navíos y algunas otras industrias; allí mismo se fabricaban algunas herramientas de carácter agrícola para comerciar con ellas en Méjico y California, y en Sitka también llegaron a fundirse campanas para las iglesias de las Misiones españolas, algunas de las cuales siguen aún repicando en nuestros días.

El año 1865, bajo los auspicios de la *Western Union Telegraph Company* (Compañía Unión de Telégrafos del Oeste), comenzaron a hacerse exploraciones por todas partes a las órdenes de Kennikott, con el fin de montar una línea telegráfica, que pasando a través de Alaska, por el Estrecho de Behring y Siberia, uniese a América con Europa. Los trabajos quedaron paralizados al siguiente día de levantar el primer poste en Alaska, 1 de enero de 1867, por juzgar la Compañía que esta nueva línea no podría competir con el cable del Atlántico.

Dos meses después, y con una rapidez tal en las negociaciones que no se conoce otra igual en la Historia, Alaska pasaba a ser (30 de marzo) posesión de los Estados Unidos mediante la irrisoria cantidad de 7.200.000 dólares (36.000.000 de pesetas); se comenzaba a cumplir la doctrina de Monroe: América debe ser para los americanos.

De 1867 a 1877 dependió del Departamento de Guerra; los dos años siguientes pasó a depender del Departamento del Tesoro, y en seguida del Departamento Naval. En 1884, en vísperas, por lo tanto, de la llegada de los primeros Jesuítas a Alaska, el Congreso extendió a la península las mismas leyes del Estado de Oregón, creando un distrito judicial y territorial; entraron en vigor las leyes mineras de los Es-

tados Unidos y comenzó a gobernarse por un sistema administrativo propio. De 1899 a 1900 la proveyó el Congreso de un Código civil y criminal, y en 1903 se le dió una ley nacional que podía aplicarse a todo el territorio. Este mismo año de 1903 fueron definitivamente solventadas por un tribunal de juristas ingleses y americanos, reunidos en Londres, las diferencias de límites fronterizos entre Alaska y Canadá, delimitados ya en los Tratados de 1825 y en el de cesión de 1867, pero que no encontraban ahora una concorde avenencia. Por Acta de 7 de mayo de 1906 dejó Alaska de ser *Distrito* para convertirse en *Territorio*, con la facultad de elegir un delegado para el Congreso. En 1912 se le concedía finalmente una forma delimitada de Gobierno territorial, aunque se reservaba el Congreso el derecho a legislar sobre determinados asuntos concernientes a los recursos económicos de la península (1).

8. La lucha de Alaska, pues, para llegar a tener representación en Wáshington duró unos cuarenta años, y terminó en 1906 con la autorización de un representante electo para el Congreso. En cada elección bienal de las que siguieron, la administración autónoma era lo único importante que se obtenía, hasta que finalmente, en 1912, se aprobó el proyecto de ley concediendo a Alaska un Gobierno territorial.

En esta nueva forma, el gobernador fué un funcionario nombrado por el presidente y asistido por una legislatura de dos Cámaras: la *Superior*, o Senado, formada por dos senadores de cada uno de los cuatro distritos judiciales y para un mandato de cuatro años; y la *Inferior*, formada por 16 representantes, cuatro para cada distrito y con función para dos años. Esta igual representación para cada uno de los distritos judiciales dió a las zonas menos pobladas del interior injusta preponderancia en la legislatura, y en muchos casos esta circunstancia redundó en perjuicio de los intereses de la totalidad política o territorio.

(1) MULLIN, en *Universal Knowledge*, v. *Alaska*. GMC., 280 a.

El Congreso, en la ley orgánica retenía taxativamente el derecho de recusar todas las leyes promulgadas por la legislatura de Alaska. Además se negó al territorio el derecho a promulgar leyes relativas al impuesto sobre consumos, juego, pesca, animales de peletería o la tasa federal de licencia ya existente. Acordóse que la capital sería Juneau.

La primera sesión de la legislatura territorial tuvo lugar en marzo de 1913, y la primera ley que se votó fué la de la emancipación de la mujer. A partir de esta fecha la legislación más importante se refirió a la minería, jornada de trabajo, salarios a los trabajadores, Banca e Instrucción pública.

La importancia de Alaska crece de día en día desde el punto de vista comercial y económico, y sobre todo desde el punto de vista militar. Los Estados Unidos están construyendo importantes bases militares en los mejores puntos noroñes, que sirvan de atalaya poderosa y vigía contra las maniobras de un Japón poderoso, y en general del Antiguo Mundo.

El desarrollo de la agricultura, pesca y cría de ganados aumentan metódicamente. Los ferrocarriles van sustituyendo a los trineos: construyéronse los que vamos a ver en seguida, y se proyectan algunos otros, entre ellos el que se llamará *Estrella del Norte*, y que a través del Estrecho de Bahríng, por medio de un túnel submarino, se unirá con el Transiberiano, obra colosal, que enlazará los dos grandes continentes de la tierra.

9. Cuando a fines del siglo pasado se supo que aquel imperio de nieves escondía en su seno ricas vetas de oro, una avalancha de aventureros de todos los países y naciones se lanzó en busca de fortuna. En dos años solamente, aquellas estériles estepas, que habían costado la irrisoria cantidad de 7.000.000, reportaban a los Estados Unidos 350 millones de dólares en pepitas de oro (1).

De seguir así, en unos años hubieran los Estados Unidos

(1) TONY SEVERIN, S. J.: *Par delà le Cercle Arctique*, en *Xaveriana*, n. 76, 1930, p. 3.

acumulado una cantidad fabulosa del metal rey; pero desapareció pronto el polvo amarillo entremezclado en las arenas del *Klondike*, agotáronse los yacimientos del Sur, y hoy las minas de *Fairbanks* son las únicas, puede decirse, junto con las de Nome en pequeña cantidad, que siguen dando con generosidad metal tan codiciado; los blancos lo han acaparado todo, arrinconando a la escasa población india y dando a sus alrededores un aspecto de civilización que sorprende a los visitantes.

Poderosas mangas de agua lavan constantemente pirámides de mineral; una máquina tractor gigantesca lo va absorbiendo, zarandeando, remojando y poco a poco impeliendo por un plano acanalado, y mientras la tierra y demás piedrecillas son expulsadas al exterior, quedan los canales recubiertos de una capa de polvo de oro, cuyos gránulos diminutos son recogidos con toda escrupulosidad a la vista de dos vigilantes con el rifle al hombro.

Después se derrite todo, se separa la escoria, y en forma de ladrillos compactos quedan preparados para ser enviados a la metrópoli. Hemos seguido todo el proceso del precioso metal; a nuestro lado han permanecido, sin abandonarnos nunca, celosos guardianes con sus respectivos rifles y revólveres: es la escolta forzosa que exige el rey de los metales (1).

No es sólo el oro el único metal producido por las minas alaskañas; el subsuelo de Alaska es muy rico, aunque de difícil explotación por la crudeza del clima y la falta absoluta, casi total, de comunicaciones. Las minas comenzaron en Alaska probablemente en 1850, año en que los rusos descubrieron y explotaron durante algún tiempo una vena de carbón en el Cook Inlet. Después, nuevos hallazgos de cobre, plata y oro vinieron a aumentar la riqueza minera de Alaska. Sin embargo, hasta 1880 apenas se obtuvo resultado alguno positivo; este año, en cambio, pudieron sacarse

(1) LLORENTE: *En el país de los Eternos Hielos*, en SM., 1938, 31.

ya unos 20.000 dólares en el lavado de tierra mineral establecido junto a Juneau.

Desde entonces acá han sido millones los dólares procedentes de la industria minera; más de 550 para el año 1925, de ellos unos 350 millones sólo del oro, y los restantes de las demás minas de cobre, plata, carbón, estaño, plomo, platino, antimonio, azogue, mármol, yeso y petróleo. El año 1916 llegó al *summum* la extracción de mineral, por un valor de 48.632.000 dólares, debido a la mayor cantidad de mineral extraído, y sobre todo a los altos precios que tuvieron los metales durante el período de la guerra del 14. En 1924 el valor total sólo llegaba a 17.670.000 dólares: la diferencia es bien manifiesta.

El haber dado a conocer la existencia de venas metalíferas y el haber, por lo tanto, abierto a los países civilizados esta fuente de riquezas en el país alaskano, se debe enteramente al Arzobispo Seghers, de quien hablaremos más adelante en otro capítulo. Vuelto de su viaje de 1877-1878, escribió una breve reseña sobre el territorio de Alaska. Entre otras cosas, decía haber visto en manos de un indígena de la región del Tanana algunas piedras verdosas, que a su juicio indicaban mineral de cobre, y haber encontrado una montaña de cuarzo bellísimo con filones bastante destacados de oro reluciente.

Cierto minero, llamado Moore, leyó por casualidad aquella Memoria y determinó marchar en busca del oro; ese mismo año 1878-1879 se puso en camino con algunos compañeros más vía Chilkoot, pero una vez desembarcados no pudieron proseguir el viaje por la insistente oposición de los traficantes de la comarca, que negociaban con los indios del interior y no consentían que otros americanos les arrebatasen, con su daño, la presa.

El año 1880-1881 lograron penetrar en el país, después de otras anteriores e inútiles tentativas; pero por la lejanía de los lugares o por la escasez del tiempo y por el poco o ningún conocimiento del país, no sacaron más que la esperanza—y no era poco—de hacer mejor fortuna en otra oca-

sión. Esta la encontraron el año siguiente, 1882, en que llegaron hasta el río *Lewes* y descubrieron en sus orillas algunos bancos de arena mezclada con polvillo de oro. Allí permanecieron hasta que se les agotaron las provisiones. Así año tras año fueron llegando hasta *Forty Miles*, donde las minas eran más abundantes y fructíferas: tal fué el origen de las minas famosas del *Klondike*, *Dawson City* y demás puntos mineros de la región noroccidental alaskana, que pusieron en movimiento a grandes masas de buscadores de oro (1).

Como hemos dicho, Alaska es rica en minerales, pero su explotación se ha detenido notablemente por la carencia de medios fáciles de transporte y por lo innaccesibles que son precisamente los terrenos más prometedores. Por eso las minas puestas hasta aquí en explotación son únicamente aquellas que están a lo largo de los ríos navegables o en terrenos cercanos a ellos. Ultimamente se han construído incluso carreteras en algunas regiones mineras, y es de creer que el trabajo minero aumentará en intensidad y podrán ponerse en explotación nuevos yacimientos.

Como aparece claro, el oro se ha llevado la palma entre todos los minerales alaskanos; a partir de 1916 ha comenzado a bajar notablemente, y se ha debido en gran parte a la poca cantidad de polvo de oro de las minas de Juneau. Las principales minas de cuarzo del territorio están en sus alrededores, donde hay, sí, grandes lotes auríferos, pero que tienen muy poco oro por tonelada. Estas minas dejan tan sólo un rendimiento aprovechable si se desmenuzan gran número de toneladas con el mínimo coste posible. Hay minas que trituran de 8 a 11.000 toneladas de roca por día.

Las de *Treadwel* hacían buena labor hasta el 1917, en que un golpe de mar destruyó sus instalaciones. El valor total de todas estas minas cuarzoauríferas puede evaluarse en unos 85 millones de dólares. La mayor parte del oro adquirido en Alaska procede del interior y se ha sacado de lotes

(1) Tosi, S. J.: *L'Alaska e i suoi primi esploratori*, 48 s.

auríferos de reducida extensión, pero de rico contenido.

A los días del Klondike siguieron en 1898 los descubrimientos de *Nome*, y en 1903 los hallazgos de *Fairbanks*. He aquí los tres centros mineros auríferos por excelencia que pusieron en conmoción a muchedumbre de aventureros.

Los Jesuítas, que habían llegado no mucho antes, pudieron atenderles espiritualmente, ministerio tanto más fructuoso cuanto que allí se vivía en un ambiente totalmente materializado: en *Nome* misionaron los PP. Lafortune y Van der Pol, reforzados en 1906 por el P. Bernard; en *Fairbanks* y centros adyacentes el P. Monroe, tan célebre por su industria y habilidad en levantar capillas y residencias; en *Dawson*, finalmente, junto a las aguas del Klondike—dominio del Canadá—, se granjeó las simpatías de católicos y protestantes el P. Guillermo Judge, de quien más adelante tendremos ocasión de hablar. El año 1909 se llegó al máximo de producción, que nunca más se logró igualar.

El cobre se explota sobre todo en los distritos del Sur: *Kennecott* y las minas del río *Copper* son la región más productiva y quizá la más rica en metal cobre de todo el mundo. El lento progreso con que avanza es debido a lo inaccesible del terreno y a la falta de comunicaciones.

Hasta ahora poco más de un 20 por 100 del territorio alaskano ha sido visitado por la Sociedad Geológica de los Estados Unidos, pero las regiones exploradas hacen presagiar la existencia de grandes yacimientos carboníferos en todos los distritos. Las reservas de carbón tienen cantidades enormes de lignito, y aunque no en tanta cantidad, también de antracita. La explotación se hace difícil por las dificultades arriba mencionadas, y además por la grande profundidad a que están colocadas las venas carboníferas. Las minas hasta aquí en explotación son las que están en los valles del Tanana y Matanuska, cuyo carbón se consume casi exclusivamente en la línea férrea Fairbanks-Seward, de que hablaremos en seguida.

El petróleo se ha encontrado en cinco distritos totalmente separados; por su grado de refinación es semejante al de

Pensilvania. Hay bastantes pozos junto a *Katalla*, pero su producción se consume en el mercado local. Se han hecho sondeos por algunas Compañías en *Cold Bay*, en la península de Alaska. En las proximidades de Point Barrow se ha establecido una gran reserva de petróleo para el consumo naval (1).

10. Como hemos podido ir notando, las dificultades principales que más se oponen a la explotación sistemática del territorio alaskeño son estas dos: inaccesibilidad de los terrenos mineros productivos, y la falta total de fáciles comunicaciones; naturalmente, la primera dificultad depende en gran parte de la segunda. Por eso el Gobierno norteamericano, para solucionar de una vez las dos, y siempre a la vista de los recursos inagotables que le puede producir Alaska, hace tiempo que se ha puesto a resolver el problema de las comunicaciones. No vamos a hablar aquí de la comunicación telegráfica, asegurada por lo demás por un cable militar que va desde Seattle a las ciudades meridionales de Alaska, y desde aquí hasta el interior, ni de las líneas telefónicas que existen en las ciudades principales de la península, de modo que hoy tienen ya una comunicación rápida con la Metrópoli.

En las comunicaciones alaskanas vamos a distinguir aquí cuatro medios propios de una cultura avanzada, dejando a los esquimales e indios del interior rodar con sus trineos convoyados por canes a través de las heladas estepas de la tundra boreal: navegación marítima y fluvial, aeroplano, carretera y ferrocarril.

El acceso a Alaska puede hacerse por dos caminos saliendo de Seattle, puerto el más septentrional de los Estados Unidos: por el mar y por el interior. Siguiendo la ruta marítima, una de las líneas de navegación por alta mar va desde Seattle en viaje directo hacia Unalaska, en las Aleu-

(1) MULLIN, en *Universal Knowledge*, v. Alaska.

tianas, y desde aquí prosigue hasta Nome y Kotzebue todo el tiempo que le dejen paso franco los mares nortños. Tanto Unalaska como Nome son puntos céntricos de navegación en dirección a otros puntos colindantes.

Otra línea marítima sale de Seattle bordeando la costa canadiense y la isla de Vancouver para internarse en los sinuosos canales y brazos marítimos que dan acceso a Ketchikan, Wrangell, Petersburg, Sitka y Juneau, y salir desde aquí con dirección a Córdova, Valdez y Seward, que por ferrocarril o carretera tienen ya fácil comunicación con el interior.

Puede llegarse a Alaska también por navegación fluvial, y en este caso, desde Juneau se va en barco hasta Chilkoot y Skagway, donde una carretera de unión nos llevará hasta Whitehorse, en el Canadá, dejándonos en el Yukón, que como magnífica arteria boreal nos conducirá hasta el interior de Alaska, pasando por Dawson City poco antes de entrar en dominios alaskanos. Por su parte, pequeños vapores de no mucho tonelaje surcan las aguas fluviales alaskanas en todas direcciones a través del majestuoso Yukón y sus principales afluentes: Koyukuk, Tanana y Porcupine, o del Kuskokwim y demás ríos de la región meridional. Hoy por hoy, es la navegación fluvial la que más importancia tiene en Alaska, y la que aprovecharán indistintamente, siempre que les sea posible, misioneros y comerciantes, en persecución persistente de sus negocios y ministerios.

La aviación ha comenzado recientemente a surcar el cielo alaskano en dirección de los cuatro puntos cardinales: desde Fairbanks a Point Barrow, a Nome y Kotzebue, a Unalaska y a las ciudades del Sur. Los Jesuitas tuvieron su aeroplano: «el Marquette» para el servicio del Apostolado, pero después del accidente lamentable en que perecieron el superior de la Misión con otro misionero y el piloto que conducía el aparato, junto a Kotzebue, no han vuelto a tener aparato propio, aprovechando en ocasiones los aparatos mismos de las líneas comerciales y de correo.

Las carreteras sólo existen en la parte meridional de la

península, puesto que en la septentrional sería imposible su trazado. Es la principal la llamada *Richardson Highway*, que partiendo de dos localidades del Sur, Córdova y Valdez, va a terminar en Circle City, en las riberas del Yukón, después de haberse unido las dos en el pueblecito de Creek y no sin pasar antes por la ineludible Fairbanks. El trayecto entre Fairbanks y Circle City lleva el nombre de *Steese Highway*. Un pequeño ramal que arranca en Gulkana va a terminar en Nabesna, después de rodear el macizo de Wrangell en su parte septentrional. Y podemos decir que en Alaska no hay ya más carreteras.

Pero es de tal importancia asegurar toda comunicación entre la Metrópoli y el territorio alaskaño, que hace tiempo viene pensándose en una gran carretera internacional, que pusiese en contacto ambos países a través del Canadá. Esta gran arteria internacional había de arrancar en el puerto mismo de Seattle, y bordeando la costa hasta llegar al Canadá, había de adentrarse en el interior siguiendo el curso del Fraser en sus primeros centenares de kilómetros, pasando después por Prince George, Hazelton, Atlin y Whithorse, y siguiendo ya desde aquí todo el curso del Yukón hasta Dawson City, ciudad en que se desviaría en dirección casi recta a Fairbanks, estableciendo así un nudo de comunicaciones importantísimo en esta última ciudad alaskaña, la más importante sin duda alguna en todo el territorio de la Alaska boreal.

Este proyecto, que por ahora no pasa de serlo, ¿será pronto una realidad? Quizá las necesidades que dejen sentir los acontecimientos bélicos de nuestros tiempos aceleren la construcción magnífica de tan gigantesco proyecto.

Y queda el ferrocarril. En 1906 se construyó el primero en Alaska por una Compañía privada desde Fairbanks a Chatanika, 70 kilómetros, adquirido ya por compra por el Gobierno de Wáshington. Existe un pequeño tranvía minero que va desde Nome a Taylor pasando por Shelton; y otro minero también, que une a Kennecott con el puerto del Pacífico de la ciudad de Córdova. Algunos otros ramalillos de

casi ninguna importancia pertenecen a Compañías privadas y están destinados al uso exclusivo de las minas.

Pero el ferrocarril más importante, el que ya merece el nombre de tal, y que se honra con el nombre significativo de *The Alaska Railroad*: ferrocarril de Alaska, quedó inaugurado el año 1923, el 15 de julio, en que el presidente Harding, el primero que ha visitado Alaska, puso el broche de oro en el extremo norte del famoso puente del río Tanana (215 metros), que unía a Fairbanks y el interior con la costa en Seward.

Son 870 kilómetros recorridos una vez cada semana por una locomotora viejísima y un par de vagones. Arranca en la ciudad de Seward y, atravesando la península de Kenay, sigue bordeando la ensenada de Inlet, pasando por Anchorage, hasta llegar a Matanuska; aquí tiene varios ramales de carácter minero que van a Palmer, Sutton, Chickaloon, Eska y Jonesville. El ferrocarril principal sigue por Curry hasta Healy, donde arranca otro pequeño ramal hasta Suntrana. Poco antes de Healy está la estación de McKinley Park, donde pueden detenerse los viajeros a contemplar las maravillas de este Parque Nacional. Y directo por Nenana muere, por fin, en Fairbanks. Desde aquí una carretera llega hasta el mismo Yukón.

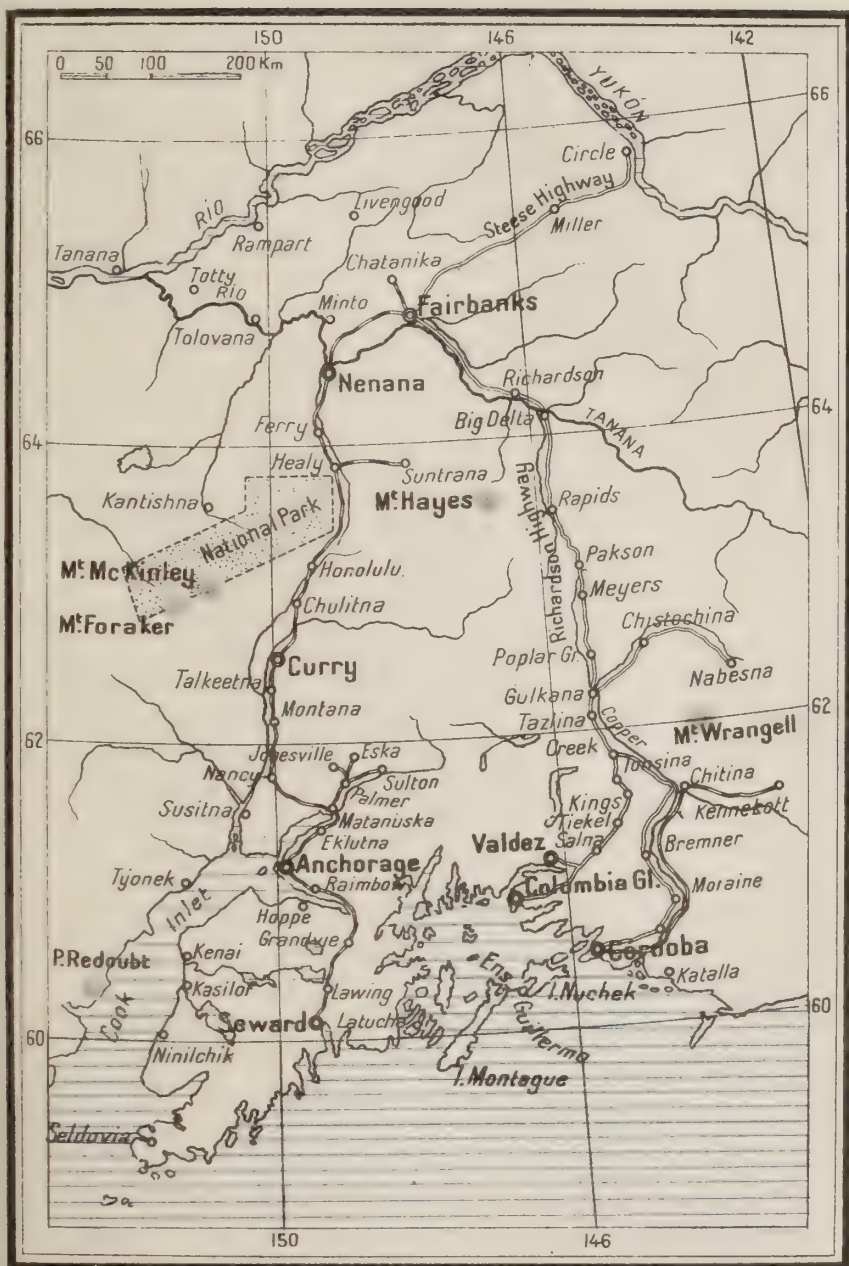
Pero la bandada de advenedizos de los primeros años de hervor minero se ha dispersado ya, desde el momento en que el mineral comenzó a agotarse: la región de los eternos hielos sigue hoy imponiendo por la soledad de su ambiente.

Los pocos pasajeros del tren parecen pasmados y hablan e intiman como si estuvieran en alta mar. Se devoran kilómetros y kilómetros, y no se ve rastro alguno de seres vivos en el horizonte; sólo de vez en cuando aparece junto a la vía un vagón destartado con cuatro o seis sujetos barbudos y desmelenados: son las *estaciones* de Alaska; el tren se para reverente al llegar a su presencia, arroja un par de cajas de conservas y algún fajo de cartas y revistas y sale pitando camino de la próxima *estación*.

¿Qué hacen esos hombres solitarios, sepultados entre nie-

ve toda la vida? Son obreros, los empleados del Gobierno para reparar los desperfectos de la vía. Es por demás curioso verles coger al vuelo el fajo de cartas, repartirlas tumultuosamente, rasgar con impaciencia y avidez el sobre, y abismarse en su lectura, moviendo de vez en cuando la cabeza y dibujando una sonrisa... Es que nada hay tan placentero en Alaska como recibir una carta (1).

(1) *The National Geographic Magazine*, t. XXVIII, 567-589, y t. XVIII, 164-190, tiene dos estudios sobre los ferrocarriles en Alaska.



La región de mayor actividad en Alaska.—Nótense las comunicaciones.

III

EL PAIS DE LOS ETERNOS HIELOS

1. Climatología alaskaña.—2. Razón de su clima polar.—3. Flora y vegetación.—4. La furia de los *blizzars*.—5. Una tempestad furiosa en Kotzebue.—6. La primera víctima polar.—7. Ante los cambiantes de una aurora boreal.—8. Las prisiones del Yukón.—9. El *Parki* esquimal.—10. El retorno de la vida.

1. El clima es glacial en el Norte y Centro, relativamente templado en la parte SO. (1). Hablamos de él en particular, por ser una de las mayores, si no la mayor, dificultad con que tiene que luchar el misionero, allí donde el frío es tan intenso que hiela el aliento a flor de los labios, quedan congeladas las lágrimas tan pronto como asoman a los ojos y entumécense los miembros al menor descuido o distracción.

Aunque venga a corresponder la latitud de Alaska a la del N. de Noruega, es su clima, sin embargo, mucho más crudo y frío; diferencia sorprendente que tiene su explicación en las corrientes de agua cálida proveniente de las regiones ecuatoriales, que bañan en el Atlántico las costas escandinavas para ir a morir en su choque contra las rocas de *Spitzberg*, mientras que en el Pacífico se deshacen antes de entrar en el Estrecho de Behring.

En 1885 escribía M. Seghers desde Juneau a sus amigos: «Aquí el clima es templado y hace menos frío que a diez grados más abajo en el interior de los Estados Unidos.» (2). En otras ocasiones cambiará de parecer, cuando, subiendo

(1) *Guida delle Missioni Cattoliche*, 280 a.

(2) BAETS: O. c., 173.

más al Septentrión, tenga que experimentar la crudeza de la *tundra* solitaria.

¿La razón? Es bien sencilla: queda Alaska dividida en dos partes, de E. a O., por una elevada cadena de montañas. La parte Sur goza de un clima más templado, mientras que la región boreal ha de soportar las crudezas del helado Polo, innaccesible a las corrientes de aire cálido que suben del Ecuador y chocan con los picos escarpados de aquellas montañas peladas, vestidas con vivo manto de nieve los más de los meses del año.

La predominante impresión de que el clima de Alaska es ártico en todo el significado de su crudeza y severidad se debe, naturalmente, a su latitud, en extremo norteña. Los climas del territorio alaskano son, sin embargo, como lo es también su geografía, bastante diversos, y sólo podremos darnos una cabal idea de ellos si tenemos en cuenta, como ya lo hemos hecho al estudiar su orografía particular, las diversas regiones en que puede dividirse el territorio de Alaska.

El clima del SE. es húmedo y uniforme, con frecuentes lluvias tanto en verano como en invierno; las nevadas, relativamente escasas junto a la costa, aumentan en el interior. La precipitación en *Ketchikan* es de 2,92 metros, mientras que la de *Skagway*, puerto que está más en el interior, es menor de 0,76 metros. *Sitka* es la ciudad más típica de la costa, con una lluvia anual de 2,82 metros y una temperatura media de — 6 grados centígrados en el mes más frío, febrero; y de 14° en el más caluroso, agosto. Temperaturas extremas se ven raras veces en estas regiones, relativamente templadas por el medio ambiente marítimo, caldeado por las corrientes calientes, y resguardadas de los fríos vientos glaciales por las cordilleras del Norte, contra las que se estrellan sin excepción los vientos helados que soplan del Polo. En sesenta años se conoció una vez en *Sitka* una temperatura de 30° en agosto y de — 19° en febrero.

Por lo que se refiere al continente, hay un pequeño cambio entre las bajas temperaturas de invierno y las altas de

verano. El clima tan suave de esta región se ha atribuído a la corriente japonesa; hoy se atribuye más bien a la dirección que siguen las aguas del Norte del Pacífico en conformidad con los vientos dominantes. Las corrientes de aire caliente del Pacífico al chocar contra la nieve y las crestas heladas de la cadena costera originan las excesivas lluvias y las nieblas persistentes que predominan la mayor parte del año. Los días claros en total durante el año vienen a fluctuar en esta región entre 60 y 100.

El clima del SO. de Alaska es algo parecido al del SE., pero con una más abundante precipitación, que se resuelve en lluvias copiosas en la región costera y densas nevadas en el interior. La precipitación media anual en *Valdez*, ciudad de la costa, es de 1,85 metros de agua y nieve fundida. El máximo de nieve caída durante el invierno de 1902 a 1903 llegó a 18,75 metros. En *Nuchek Harbor*, junto al mar, la lluvia llegó a 4,83 metros en un año. En las regiones del interior se han llegado a registrar en algunos años nevadas de 18 a 46 metros. El gran número de glaciares de esta región se atribuye a las frecuentes y copiosas nevadas.

Las islas Aleutianas, sumidas en nieblas densísimas la mayor parte del año, tienen por cada siete días uno claro. En el verano están sometidas a severos temporales del SO. acompañados de lluvia, y en invierno a vientos persistentes.

El clima de las Aleutianas y de la península de Alaska es menos húmedo que el de la costa del Pacífico del Este y su temperatura tiene una fluctuación moderada y limitada. La temperatura media en verano oscila entre 10 y 12°, y la media anual es alrededor de unos 5°. Las temperaturas extremas que se recuerdan en *Unalaska* han sido de 25° en julio, y de — 15° en enero.

La precipitación, generalmente en forma de lluvia, es de unos dos metros. Desde la bahía de Bristol hacia el Norte, el clima de la costa se va haciendo más duro; es natural, expuesta como está a las corrientes de agua más fría que bajan de Behring, azotada continuamente por vientos contrarios y situada a una subida latitud. La temperatura media

de verano en las costas del mar de Behring oscila entre 5 y 10°, y la anual entre — 4 y + 5°. Las temperaturas extremas que se recuerdan en *Nome* son de 25° en julio y de — 39° en enero.

A unos 180 kilómetros al interior, *el clima del distrito del Yukón* se hace continental, con temperaturas crudas en extremo. Los veranos son muy cortos y relativamente calientes; los inviernos, largos y fríos. El aspecto húmedo de la costa ha desaparecido, y las precipitaciones decrecen notablemente. La atmósfera es seca, y el cielo brillante. *Fort Yukón* es quizá el puesto más frío de todo el territorio: su media de julio, 17°, y su media de enero, — 36°, es unos 14° más alta en verano, y unos 6° más baja en invierno que la temperatura de *Point Barrow*, en el mar Polar, 550 kilómetros más al Norte que *Fort Yukón*.

Los veranos del Yukón son moderados, y predomina el buen tiempo. En los distritos del Sur los días en verano son largos, con crepúsculos largos también y noches cortas. Pero en la región del Yukón, desde el 21 de mayo al 21 de julio el sol luce de diez y ocho a veinte horas diarias con un crepúsculo continuado que ilumina el resto del día. A su vez los días de los meses correspondientes en invierno son cortísimos; apenas aparece el sol por un punto del horizonte cuando ya lo traspone por el otro. Las estepas nortañas son el único distrito de Alaska donde prevalecen del todo las condiciones árticas. Durante cuarenta días seguidos en pleno invierno no aparece el sol en su horizonte. Los veranos son cortos, y los inviernos, largos y fríos. La temperatura media está siempre muy por debajo de 0° desde noviembre hasta abril.

Cuanto hasta aquí llevamos expuesto del clima en las distintas regiones, podríamos resumirlo así en el siguiente cuadro sinóptico:

LUGAR	LLUVIA	TEMPERATURAS				
		Medias			Extremas	
		Anual	Verano	Invierno	Verano	Invierno
Marítimo..	127 a 482	2° a 9°	10° a 13°	— 7° a + 2°	34°	— 33°
Interior...	23 a 38	— 10° a — 3°	10° a 14°	— 26° a — 18°	38°	— 60°
Artico....	15 a 20	— 11° a — 8°	5° a 7°	— 25° a — 23°	18°	— 48°

Este cuadro nos da un resumen comparativo de las temperaturas y climas de esas tres regiones alaskanas; a primera vista aparece que la región de clima más riguroso es la central, la que corresponde al valle del Yukón y sus afluentes, precisamente la que constituye la Misión Jesuítica de Alaska Boreal, que es la que tratamos de estudiar en nuestro trabajo de un modo particular. Región cuya temperatura media anual oscila entre — 10 y — 3° centígrados, cuya media de invierno está entre — 26° y — 18°, y donde se han llegado a registrar temperaturas de 60° bajo cero. Este es el campo de apostolado de nuestros misioneros alaskeños. Estudiémoslo un poco más (1).

Si excluimos los dos o tres meses de primavera y verano, conócese en Alaska del Norte tan sólo una estación, el *invierno*; su temperatura ordinaria oscila en la costa entre — 10° y — 15°, mientras en el interior la temperatura media de — 25° llega a bajar hasta 40 y 50; y aun 60° bajo cero.

Para mejor comprensión, pudiéramos dividir así las diversas estaciones:

Primavera: Mayo (derretimiento de la nieve) y junio (deshieles).

Verano: Julio.

Otoño: Agosto (caída de las hojas), septiembre (nieve).

Invierno: Octubre (ríos helados), noviembre, diciembre, enero, febrero, marzo y abril.

(1) J. F. MULLIN, en *Universal Knowledge*, v. *Alaska*, 428.

Ocho y nueve meses, por consiguiente, cubren de nieve el suelo de Alaska; y sobre esa mortaja fría extiéndese a su vez la lóbrega noche del solsticio, noche absoluta de veinticuatro horas al borde de la sección polar, y más prolongada aún conforme vamos acercándonos al Polo (1).

2. Nadie ignora el porqué de tan bajas temperaturas y la diferencia extraña entre días y noches en las tierras colindantes con ambos casquetes esféricos; cómo dos sencillos fenómenos naturales nos dan la explicación de todo: la *oblicuidad* con que los rayos del sol chocan con los extremos de la tierra y la *inclinación natural del eje terrestre* con relación a su eclíptica.

Naturalmente, cuanto mayor es la inclinación con que los rayos del sol llegan a un punto determinado, tanto más han de perder en intensidad cuanto crezca la extensión de las partes iluminadas. Como la superficie terrestre es esférica y la mayor perpendicular solar se encuentra en el Ecuador, síguese que cuanto más vayamos alejándonos de éste, tanto más iremos acercándonos a la oblicuidad. En resumen, cuanto se gana en extensión se pierde en intensidad: una misma cantidad de calor y luz ha de repartirse entre mayor superficie, y es natural que a cada parte iluminada le toque menos.

De donde se deducen dos consecuencias lógicas para las tierras de Alaska: *primera: la luz pierde en intensidad*, y de ahí que el ambiente no sea tan claro, tan nítido como en las regiones del Trópico, que las brumas abunden más y que la claridad vaya haciéndose más difusa cuanto más vayamos corriéndonos hacia el Polo. *Segunda: el calor es menos intenso*, porque aunque el rayo solar llegue casi con la misma fuerza al Ecuador y a los Polos, no llega con la misma inclinación; mientras en aquél es normal, en los Polos es oblicua.

La inclinación del eje, a su vez, es la causa inmediata

(1) DUCHAUSSOIS: O. c., 66.

de la distinta duración de los días y las noches, y explica el fenómeno de esos días y noches invertidos y eternos del solsticio. En efecto, esa inclinación del eje, y el permanecer siempre paralelo a sí mismo en su movimiento de traslación, hace que en las fases del solsticio, el círculo máximo de iluminación no siga el meridiano de los Polos, sino que mientras en uno de los casquetes lo sobrepasa en un arco de 23 grados y medio, en el otro no le llega; por lo tanto, mientras en aquél tendremos día completo de veinticuatro horas cabales, en éste no reinará más que la lobreguez de la noche; en aquél rondará el sol los cuatro puntos cardinales sin llegar nunca a trasponerse, y en éste no llega a aparecer ni un segundo en la línea del horizonte.

En el paralelo 70 reina ya una noche continua durante dos meses del año; en el 80 permanecen tres meses y medio sin ver la luz del sol. En el Polo, donde el día ha durado seis meses sin interrupción, después de un largo crepúsculo de cincuenta días, se extiende la noche negra, eterna, interrumpida tan sólo por el resplandor de alguna aurora boreal. Alaska está comprendida entre los paralelos 51 y 72; avanza, por lo tanto, cinco grados dentro del círculo polar. España lo está entre el 36 y el 44.

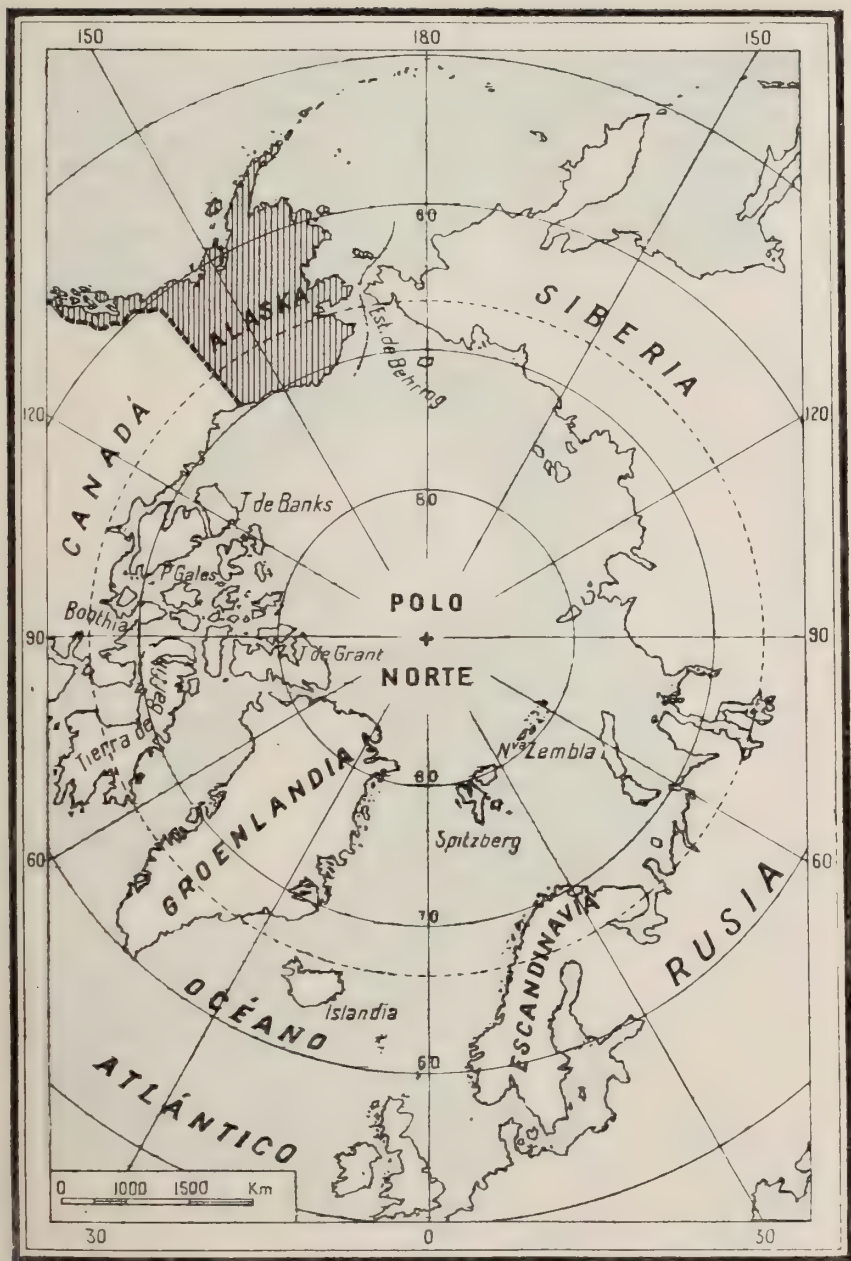
Y de aquí se deduce directamente la necesidad de unos inviernos crudos y rigurosos, y la existencia, a pesar de todo, de un verano corto relativamente templado. Inviernos crudos y rigurosos porque a la oblicuidad constante de los rayos del sol se juntan noches eternas; veranos cortos y templados, pues lo que no dan de sí unos rayos que inciden oblicuos, lo proporcionan esos días de veinte, veintidós y veinticuatro horas, en que no deja el sol de enviar sus rayos mortecinos sobre una naturaleza lánguida y moribunda.

3. ¿Lánguida y moribunda decimos? Sí, si atendemos solamente a la región alaskaña comprendida entre el valle del Yukón y las costas del Océano Glacial; al fin y al cabo, no es otro el campo apostólico del misionero jesuíta que pretendemos estudiar con alguna detención.

Así, en general, no creemos convenga a la península alaskaña el epíteto pobre de naturaleza lánguida y moribunda. Sabemos que la vegetación está en relación directa con el clima del territorio, y hemos visto más arriba las diversas clases de climas, bien distintas, por cierto que tiene el territorio de Alaska. La *flora*, por su parte, aunque no tan íntimamente ligada con el régimen climatológico de un lugar, depende también, en parte, de él; aunque en general pudiéramos decir que la vegetación es pobre, pobrísima, si exceptuamos el Sur, la flora es abundante aun en las regiones más boreales. Digamos sólo dos palabras sobre el particular.

La *flora* de Alaska es de notable abundancia. En el Sur, desde la entrada de Dixon hasta la península de Alaska, abundan los bosques espesos y cerrados todo a lo largo de la costa, compuestos sobre todo de pinos de Sitka, abetos, saúcos, sauces, algodoneros, cedros amarillos, algunos rojos y varias especies más. Hay árboles de hasta 60 metros de altura, y se han encontrado algunos de 1,50 a 1,80 metros de diámetro. Pero a causa de la escasa profundidad del suelo, integrado en gran parte de formaciones roquizas, y del clima húmedo, los árboles crecen retorcidos y nudosos, proporcionando un maderamen de pequeña calidad. Esta madera es de gran valor local, desde luego, y a veces de una gran riqueza para la exportación. Algunas clases de abetos y pinos son aprovechadas para la construcción de aeroplanos, por ser su madera de peso ligero y fibra resistente.

El pino es el árbol más abundante del interior, con considerables cantidades de álamos y chopos, algodoneros, abedules, alisos y sauces. Estos árboles, de inferior calidad que los de la región costera del Sur, son de gran importancia local. Los bosquecillos de las estepas árticas son muy ralos y de árboles raquíuticos. Abundan, sin embargo, varias clases de bayas comestibles; la fresa silvestre de Alaska es difícilmente sobrepujada en calidad y riqueza de sabor: constituye un artículo favorito para los naturales, que las conservan mezcladas con aceite de foca u otro animal para consumo del invierno. En muchas partes del territorio crecen también los



Lugar que ocupa Alaska entre las regiones árticas.

altramuces y otras legumbres, violetas y algunas variedades de flores de brillante color. Y como en toda región ártica, abundan sobre todo los musgos y los líquenes, tan característicos de la región polar. La hierba de las tierras bajas y de los valles es de una exuberante vegetación en el tiempo primaveral, nutritiva, y proporciona un sustancioso forraje para los animales caseros.

Esta misma peculiaridad del clima alaskano hace que la agricultura se reduzca sólo a la parte austral y a algunos valles de la boreal en los cortos meses estivales; la brevedad del verano queda compensada por la largura de los días relativamente calurosos. Alaska ni es, ni puede ser nunca, un país agrícola.

Vemos, pues, que si exceptuamos esas regiones del Sur, que nada tienen de común con el régimen climatológico propiamente alaskano, al otro lado de las cordilleras alaskana y de San Elías, la naturaleza de Alaska es pobre, pobrísima, lánguida, moribunda; es una naturaleza de invierno y nieves perpetuas, que imposibilita el desarrollo fecundo de una actividad impulsiva (1).

4. Otros inconvenientes y peligros trae el invierno, mucho más terribles que el rigor de la temperatura: las celliscas y tempestades de nieve, conocidas por los naturales con el nombre de *blizzars*; se desencadenan a veces con tal furor, que rugen implacables durante semanas enteras. Infelices los que, arrollados por el torbellino del violento vendaval, se vean obligados a vagar errantes, perdida la orientación, por aquellas monótonas soledades, frías como el hálito de la muerte.

La prueba de las pruebas en los viajes largos del invierno no son las quebrajas ni los témpanos; son esas temibles celliscas y *polvaredas*. Desencadenanse de repente, soplan en borrascas continuadas, levantan torbellinos de nieve que esparce con furia el huracán; ningún refugio, excepto la es-

(1) MULLIN: *L. c.*, 431.

pesura de las selvas o el *iglú* del esquimal, es capaz de resistir a su empuje. Sorprendido el viajero en su camino, vese pronto envuelto por una nube blanquecina: árboles, montes, puntos de orientación, todo desaparece a su vista, y la ilusión de que gira sobre sí mismo acaba por desorientarle; en efecto, gira creyendo seguir la línea recta al azotarle de frente el rabioso torbellino. Poca esperanza le quedara, si no llevase en su compañía a algún indio o guía experto, conocedor de aquellas soledades (1).

Oigamos la descripción de una simple tempestad de nieve, de labios de un ilustre misionero (2): «Los perros—dice—proseguían fielmente, mas vuélcase el trineo en un montículo de nieve, y sin más me veo en el suelo sin otras ceremonias. Enderezado de nuevo, al ver a mis compañeros expuestos también a los horrores de la tormenta que sobre nosotros rugía, me uno a ellos con la esperanza de poder ayudarles a tomar la buena dirección.

Pero pronto me veo, como ellos, azotado por el viento y cegado por la nieve. Quiero abrir los ojos, y al punto copos impetuosos, impelidos por el huracán, me obligan a cerrarlos; enjugo los párpados, y ya las pestañas están pegadas entre sí por duros carámbanos; vuelvo el rostro y doy espaldas al viento para desprenderme lo mejor que pueda de escamas tan impertinentes, mas es casi instantánea su reaparición. Levantábanse remolinos de nieve y parecían perseguirse desde los cuatro puntos cardinales a la par. Las ráfagas continuaban cortándonos la cara sin piedad y cegándonos de lo lindo. ¿Qué va a ser de nosotros como la tormenta dure? Nos encomendamos a Dios, a la Santísima Virgen, a los Angeles Custodios, y el cuerpo inclinado hacia adelante, con una mano ante los

(1) DUCHAUSSOIS: *O. c.*, 74 s.

(2) *Mons. Emilio Grouard, O. M. I.*, Vicario Apostólico de Athabaska-Mackenzie. Nació este Prelado en Brülön de Francia en 1840, y a los veinte años de edad se embarcaba con rumbo a las Misiones del Canadá; en 1891 recibía la Consagración episcopal como Vicario Apostólico de Athabaska-Mackenzie; el 7 de marzo de 1931 expiraba a la venerable edad de noventa y un años, después de setenta de un glorioso y fecundo apostolado en servicio de la Iglesia en las arduas y difíciles Misiones del Extremo Norte.

ojos para poderlos abrir, seguimos luchando contra los elementos desencadenados. Nadie sabía adonde íbamos, pero caminábamos sin cesar.

Al cabo de varias horas nos pareció que la furiosa tormenta amainaba; creímos en seguida vislumbrar una como masa oscura que flotaba entre los remolinos de la nieve. ¿Sería tal vez tierra?... (1). Sí, sí... ¡Gracias a Dios! ¿Dónde andábamos? El guía inspecciona la costa a derecha e izquierda tan lejos cuanto su vista abarca, y declara no conocer el lugar. Dejamos el reconocimiento para más tarde; lo que apremiaba era calentarse, deshelarse y reconfortarse un tanto, que buena falta nos hacía. No tuvimos la suerte de los tres jóvenes en el horno de Babilonia, los cuales pasaron por el fuego sin experimentar sus ardores; habíamos sentido los rigores de elementos completamente contrarios, y no por eso dejábamos de tener los rostros plagados de quemaduras. Ni una nariz intacta, ni un solo rostro ileso. Afortunadamente, esas mordeduras del frío no son tan profundas en la piel, que al renovarse ésta no desaparezcan» (2).

Juzguemos ahora por esta simple tempestad de nieve lo que serán esas celliscas temibles, de tan funestos resultados. Aunque los diccionarios no lo admiten en este sentido, jamás vocablo alguno tuvo sentido más expresivo ni más gráfico. La *polvareda* es el simún del Sahara nevado; menos frecuente cuanto más próxima al Polo, si bien más tenaz y violenta.

Se apartó en una ocasión un misionero 50 metros tan sólo de su morada para recoger leña en el bosque vecino; sobrevino la tempestad, y a pesar de conocer hasta la saciedad el camino, hubo de andar varias horas errante antes de dar con la senda que le condujo a su casa.

Casos semejantes pueden repetirse con frecuencia, si uno no tiene la necesaria prudencia para permanecer en su casa mientras dura el vendaval. Llega el invierno, la nieve des-

(1) Caminaban sobre la superficie helada de uno de los lagos canadienses.

(2) DUCHAUSSOIS: O. c., 75 s.

ciende copiosa en copos apiñadísimos, y allí no se distingue más que una inmensa llanura blanca como el armiño, dispuesta al menor soplo del vendaval a cubrirse de una polvareda fina de nieve congelada que ciega y hace perder la orientación, originando accidentes lamentables. En un instante desaparece a vuestros ojos la montaña que teníais de frente; pretendéis avanzar, pero instintivamente volvéis la cabeza hacia atrás para defenderos de la polvareda fina que ciega vuestros ojos; en vez de caminar recto, siempre hacia adelante, tomáis una dirección oblicua; unos instantes más y estáis totalmente perdidos y desorientados.

Si el viento sigue arreciando, los canes se niegan a caminar; no sabéis qué hacer: levantar la tienda es cosa harto difícil: el suelo está congelado y no permite abrir agujero ninguno, y la nieve no es lo suficientemente dura para sostener vuestros palos; no tenéis leña para calentaros; vuestra situación es desesperada.

Allá por los años de 1898, cuando se descubrieron las minas de *Nome* y los aventureros abundaban buscando el precioso metal, los accidentes estaban a la orden del día: un minero, sorprendido por una tormenta de nieve, y sin saber dónde estaba, deslió su saco de dormir y, echándose en plena tundra, esperó el fin de la tempestad: esperó demasiado, se durmió; cuando se le encontró, tres días después, tenía manos y pies helados. No había remedio; se le transportó al hospital militar y se le cortaron inmediatamente las dos piernas, y en seguida las dos manos, esperando únicamente así salvar la vida de aquel cuerpo mutilado.

Otros tres mineros marchaban de un campo a otro: la nieve estaba demasiado blanda para poder caminar; uno de ellos se cansó; los otros dos le cubrieron con nieve, y a todo correr marcharon al campo más próximo en demanda de socorro; cuando volvieron encontraron a medio helar a su compañero; sin pies ni manos quedó en una pobre choza medio loco. ¡Ah!, el oro costaba caro; allá, al otro lado del Continente, no sabían lo que costaba el precioso metal. Los casos podrían multiplicarse hasta la saciedad; bastan los aducidos;

los extranjeros en Alaska estaban siempre, en los primeros tiempos, a dos pasos de la muerte (1).

5. No nos resistimos a dejar de transcribir aquí en gran parte la maravillosa descripción de una tempestad presenciada por el P. Llorente en su nido de *Kotzebue*. Dice así (2):

«Marzo es el mes de las tormentas. Ya se iba a terminar el mes y no habíamos tenido ni tormentas ni indicio de ellas. Los viejos se arrascaban la cabeza y miraban al cielo con ojos de duda.

El 29 de marzo amaneció claro y sereno, como los días precedentes, para que no falle la ley general de que hay calmas que son presagio de la tormenta que se avecina. Al atardecer, el sol se escondió más pronto que de ordinario; y al amanecer, el cielo estaba plumizo y la brisa comenzaba a convertirse en algo más que una simple brisa. Desde entonces los acontecimientos se precipitaron con un ritmo desconcertante.

Marzo 30, jueves.—No se ve nada. La tormenta va adquiriendo tales proporciones, que lleva camino de convertirse en algo serio. Al abrir la puerta, la hallo tapiada por un muro de nieve que obstruye la luz y me da un susto, que pasa luego. Digo la Misa solo, sin que se me ocurra hacer señal con la campana. Da gusto tener en las manos a Jesucristo, mientras afuera, el mundo es una madeja de remolinos vertiginosos de nieve que eclipsan el sol y convierten el suelo en un mar alborotado.

Marzo 31, viernes.—La tormenta de hoy es mucho peor que la de ayer. La chimenea brama como cien toros bravos que ardieran vivos en una dehesa. La campana de la torre se cimbrea sin cesar, con una pausa rítmica que semeja a un toque funerario sin fin. De pronto la casa se sacude, y... no pasa nada; creí que íbamos ella y yo a volar a las nubes.

(1) R. CAMILLE, S. J., en *Lettres de Jersey*, 1902, 290. De una carta fechada en *Nome* el 24 de febrero de 1902 y dirigida al Rector del Colegio de Jersey.

(2) LLORENTE: *SM.*, julio 1939, 178-183.

Nuevas sacudidas, pero tampoco pasa nada. Ya no miro por la ventana; no se ve nada.

Abril 1, sábado.—La tormenta de hoy es muchísimo peor que la de ayer. El ruido de la tormenta, aquí en la cocina, semeja al de las máquinas de un trasatlántico moderno. Digo la Misa solo, y después del desayuno, me calo el impermeable y la gorra de cuero, que cierra cuello y cabeza, y con una pala entro en calor, abriendo un túnel a través de la puerta y saliendo a flor de nieve por una escalinata, también de nieve, con peldaños muy anchos para no resbalar.

Abril 2, Domingo de Ramos.—La tormenta sigue impertérrita. ¿Tocaré la campana? La toco y veo con asombro que un grupito de esquimales luchan penosamente contra viento y marea y vienen a Misa. ¡Ay, cómo llegaban! Venían cegados, encendidos los rostros por lo difícil de la respiración, bufando y acoceando el piso, y semejantes en todo a seres del otro mundo. Yo me vuelvo a quedar solo. Salir de casa sería exponerme a extraviarme apenas traspusiese los umbrales. El esquimal se agazapa y se arrastra, y sigue por instinto rastros invisibles que le llevan a la choza, aunque todos los años se dan casos de indígenas perdidos y hallados muertos y helados a veinte pasos de sus casas.

Abril 3, Lunes Santo.—La tormenta sigue sin amainar. A eso de las dos de la tarde, el huracán afloja unos momentos, y veo por la ventana, con asombro, que entre mi casa y la próxima se está formando una montaña de nieve que se va acercando cada vez más a los cristales de mis ventanas. Ahora me explico por qué no se ve. Es una montaña compacta de nieve, cuyas cumbres se alzan y alzan mágicamente con el soplar del huracán, que la va amontonando y apretujando. Por este callejón el viento pasa silbando y bramando con un furor rabiosísimo. La chimenea continúa con sus gritos de angustia, y la campana no cesa de lanzar al aire sus acentos funerarios. Toda la naturaleza está desatada.

Abril 4, Martes Santo.—La tormenta sigue un poco peor que ayer. No acierto a divisar el muro que se alza junto a los cristales de las ventanas. ¿Lucirá el sol en alguna parte del

universo? Aquí en Kotzebue vivimos como en un submarino. El ambiente y la atmósfera toda, ¿qué son sino un mar de nieve que nos envuelve en sus olas procelosas? Cada choza es un submarino. El mundo exterior es un misterio. En mi alrededor no hay más que viento huracanado, nieve, tinieblas y soledad.

Abril 5, Miércoles Santo.—No sé cómo es la tormenta de hoy. Ya me voy acostumbrando a lo que el primer día me pareció cataclismo catastrófico. No se ve a nadie, no se oye otro ruido que el bramar alocado de la tempestad crónica, que lleva camino de hacerse continua, perpetua y eterna.

Abril 6, Jueves Santo.—Hoy en las parroquias de la cristiandad se tiene Misa solemne y se visitan los monumentos. Aquí no podemos gastar esos lujos. La tormenta de hoy es tal vez peor que todas las demás reunidas. En absoluto no tengo derecho a decir Misa privada; pero rigurosamente hablando, ésta es una parroquia, y mi Misa es por el mero hecho la Misa parroquial, vengan parroquianos o no vengan.

Arreglo el altar como de costumbre, y justamente antes de empezar a revestirme, oigo ruidos extraños a la puerta. La abro y veo que entra algo blanco y arrollado que se mueve y me habla, y me desconcierta. Es una esquimala de cincuenta años, que me dice a secas cómo no pudo resistirse y se echó a la calle, y vino porque no quería perder la Sagrada Comunión este día, el aniversario de la institución de la Eucaristía.

Ya seca y sin nieve, y después de empuñar en las manos el rosario, entró en la capilla, muy escandalizada porque no habían venido más. Los héroes son así: no comprenden cómo los demás no son héroes como ellos.

Abril 7, Viernes Santo.—Dios aprieta, pero no ahoga. Hoy, al levantarme, vi con gozo que lucía el sol y el viento había cesado y la chimenea estaba muda. Después del desayuno tomé una pala, salí fuera y quedé como hombre que ve visiones, al contemplar los efectos de esta tempestad sin igual.

Por entre las casas hay montículos de nieve que no había antes. La nieve envuelve al campanario. Trepo hasta la

veleta, abriendo delante de mí peldaños con la pala, y ya arriba, lo demás es sumamente encantador. Esta nieve es seca y dura; no moja, ni siquiera humedece. Está compacta y apretada como cemento. Poco a poco queda descubierto el campanario por el lado por donde está cubierto, y sigo arrancando bloques más abajo, hasta que me fatigo y lo dejo. Hay trabajo para varios días. En mi vida he visto tanta nieve.

Así, sin más tormenta, llegamos al Domingo de Pascua. Se llenó la iglesia de católicos, infieles y curiosos, y tuvimos una Misa cantada muy hermosa, coronada al fin por unas cuarenta comuniones. Hay que notar que hace diez años nadie había visto aquí un sacerdote católico» (1).

6. Pero en otras ocasiones acarrea la cellisca más lamentables consecuencias; cuántas veces aquellas inmensas blancas llanuras han visto sucumbir, tras cruel y espantosa agonía, a los que, cegados por la ventisca y arrollados por el vendaval, vinieron por fin a ceder en la lucha. La muerte del H. Paquín, el primer Jesuíta víctima de las nieves de Alaska, nos habla por sí sola de la cruda realidad de estas líneas.

El H. Ulrico Paquín, canadiense de nación, había nacido en 1875; a los veintisiete años, en 1902, ingresaba en la Compañía de Jesús. Confiada entonces la Misión de Alaska Boreal a su Provincia del Canadá, fué enviado a ella a mediados de 1910. Destinado a St. Michael, sólo unos meses después iba a encontrar una muerte gloriosa, digna de todo un misionero del país de los hielos eternos.

Era en enero de 1911. Enviado por su superior, P. Chappelaine, a visitar un pueblecito a 20 kilómetros, *Stebbens*, donde se estaba levantando una capilla, salió muy de mañana en su trineo, sin especiales provisiones ni ropa con que resguardarse del temporal. ¡Le era tan conocido el trayecto! A medio camino, nubes de nieve le envuelven en remolinos del viento que volaba silbando a 140 kilómetros por hora. Lucha contra el vendaval con esa tenacidad del que ve en

(1) LLORENTE: *SM.*, 1939, 178-183.



Foto 13.—*El oso blanco de las regiones polares.*



Foto 14.—*El caudaloso Yukón.*



Foto 15.—*Dos oseznos amamantados por una perra.*



Foto 16.—*Rebaño de focas en las Probiloff.*

inminente peligro su propia existencia; pero..., perdida la orientación, vaga errante durante horas enteras por aquellas inmensidades, hasta que transido de frío, aterido su rostro por el cierzo glacial, y buscando en vano un abrigo salvador, siente faltarle las fuerzas, y, tendiéndose sobre el trineo, abandona el empeñado combate.

Pasa una semana; la tempestad sigue rugiendo aún. Amaina por fin el temporal y parten dos indios en busca del misionero: un frío sudario de nieve cubría el cadáver; junto a él permanecían aún los seis perros de tiro, que a pesar del ayuno forzoso, del frío y la borrasca, habían seguido con admirable fidelidad custodiando el cadáver de su dueño. Y, ¡prodigio nunca visto en Alaska!, contenidos por un misterioso instinto, habían respetado el cuerpo del heroico misionero (1). Más adelante veremos el sacrificio del P. Ruppert.

7. Durante la época más cruda del invierno, unos tres meses, bien puede decirse que no ven la luz del sol. En Navidad luce sólo dos horas; lo restante del tiempo habrán de pasarlo a oscuras en sus viviendas, débilmente alumbradas con aceite de foca. En cambio, titilan de modo inusitado las estrellas, brilla la luna y pueden a veces contemplarse esas mágicas auroras boreales, maravilla desconocida aún para la inmensa mayoría de los hombres.

Así describe un misionero (2) en su Diario uno de esos prodigios de la Naturaleza: «Ayer—dice—, a las diez de la noche, contemplamos una magnífica aurora boreal. Dos chorros inmensos de luz irradian del horizonte en dirección contraria; parte el uno del Noroeste y el otro del Sudeste; profundamente inclinados sobre el horizonte, hacia el Sudoeste, se lanzan el uno contra el otro, hasta que, unidos, reaparecen en el cenit formando un blanco y preciosísimo arco-iris que divide el cielo en dos partes desiguales. De las extremidades

(1) LUCCHESI, S. J.: *L'opera dei Fratelli Coadiutori in Alaska*, en *MCG.*, 1923, 178.

(2) El P. Ducot, O. M. I., misionero en el Mackenzie.

nacen dos focos que comienzan por extenderse y abrazarse hasta chocar entre sí.

La luz se difunde y se dilata, siendo su círculo tres y hasta cinco veces más espacioso que al principio. Dijérase una inmensa colgadura diáfana de apretados y matizados festones, suspendidos y elásticos, columpiándose en el aire, agitados por doble viento impetuoso que soplara en opuesto sentido. En sus movimientos, rápidos como el relámpago, dichos festones se acortan y alargan en dardos flamígeros y acerados. Parece que la tierra va a arder en centellas. El fenómeno se produce a muy pocos metros de nuestra casa. Hasta creía yo que aquellas puntas tocaban en el tejado.

De pronto el arco se disuelve, se esfuma; su luz se inclina al Noroeste y al Sudoeste, se rasga, sube y baja por todos los puntos del horizonte. Pronto la bóveda celeste se cubre de jirones de luz. Al cabo de media hora todo ha desaparecido. Las estrellas y la luna, que está para trasponerse, iluminan el cielo sin nubes que lo empañen. Hacía un frío de 35° bajo cero» (1).

8. Al fijarse definitivamente el hielo sobre el agua, hácelo por grados, comenzando por el lado Norte y subiendo la corriente del río. Una vez que el hielo ha agarrado, la corriente queda impedida, el agua salta por encima de la superficie congelada, y hacinando los témpanos que consigo arrastraba, llega a formar verdaderas montañas. Es imposible formarse idea exacta de tales concreciones sin haberlas presenciado. «¡Qué tormento, Dios mío, andar por aquellos bancos de nieve endurecida, por aquellos médanos de hielo que coronan las orillas; abrirse camino por aquellos montones de carámbanos que presentan a los pies del viajero sus puntas aguzadas como el filo de una espada!» (Mons. Grandín) (2).

«Porque no os vayáis a creer—escribe Mons. Seghers—que el Yukón es como un lago, cuyas aguas se cristalizan con toda regularidad, comenzando desde la orilla. Hacia fines de

(1) DUCHAUSSOIS: *O. c.*, 387.

(2) DUCHAUSSOIS: *O. c.*, 71.

septiembre son arrastrados por el ímpetu de la corriente bloques de hielo de hasta 40 pies (1) de anchura y longitud, que al chocar entre sí se hacen pedazos con estruendo semejante al de la tormenta; los peces, asustados, abandonan sus aguas, internándose en los afluentes.

En las confluencias, sobre todo, es donde la escena presenta un desorden indescriptible: allí se embisten los bloques, se rajan, se montan unos sobre otros, y el agua, al chocar con sus moles, se levanta en su reflujo hasta a 20 pies, inundándolo todo, causando derrumbamientos inmensos y arrastrando en sus ondas arenas, árboles y peñascos. La barrera de hielo cede, las olas se precipitan y hierven como en una catarata, y la espuma que todo lo cubre demuestra lo encarnizado del combate.

Hasta que, por fin, el espesor y el número de los témpanos paraliza la violencia de la corriente. Allí están amontonados, orientados en todas direcciones, montados unos sobre otros, y algunos de ellos en pie como provocando a un postrer desafío. En la superficie queda todo en calma perfecta, y mientras sigue el agua su curso ordinario en las profundidades del río, las repetidas heladas sueldan arriba el carámbano: *el Yukón está cerrado*» (2).

Con todo, en ciertos trechos del río, el hielo aparece liso cual si convidara a pasar por él; mas, ¡ay del incauto que por allí se encamine! La capa tenue, gastada por el agua, espera no más que la sola presión de un pie para ceder.

«Nos vimos en serio peligro al caminar sobre el hielo —vuelve a escribir Mons. Seghers—; escuchábamos sin cesar grandes gritos a nuestras espaldas: era el ruso que nos amonestaba con insistencia acelerásemos la marcha; gritaba cuanto se lo permitían sus pulmones, presa de la más viva agitación: *pronto, pronto, adelante*. Es que veía doblegarse el hielo al paso de los primeros trineos, y que vino por fin a romperse en cuatro grandes pedazos, en el preciso momento en que poníamos el pie en una capa más firme. El indio que

(1) El *pie* es igual a 0,3048 metros.

(2) BAETS: *O. c.* 9.

nos seguía pudo justamente desviarse a la derecha, en el momento mismo en que el banco de hielo se hundía, desapareciendo en un instante» (1).

Varios son los que han naufragado con sus bagajes en aquellas trampas de muerte, y sólo se salvaron gracias a la rapidez con que los perros, nadando, se agarraron al hielo firme y halaron hacia sí el trineo, que los ocupantes, por fortuna, no llegaron a soltar. *

Subían, en 1890, dos misioneros por el río Athabaska, sentado el Padre sobre el cargamento, mientras el Hermano enrollaba en las manos la sogá con que manejaba el trineo. Dos convoyes indios, que los precedían, habían cruzado, sin hundirse, el hielo traidor. Los misioneros tiran por el mismo sitio sin vacilar... Cede el hielo, mas el Padre, impulsivo de suyo, lánzase adelante, afianzándose en el borde sólido, híncase de rodillas y se inclina hacia el abismo en ebullición para asir la cabeza del primer perro. A tiempo fué, pues el animal, sin fuerza para más, se dejaba arrastrar de la corriente, bajo el hielo. Retrocedieron en tanto los salvajes y ayudaron al Padre en el salvamento. Primero salieron los perros, después el trineo y, finalmente, el Hermano, que afortunadamente no había soltado la sogá aun debajo del agua. Como la temperatura estaba a 40 grados bajo cero, pronto el naufrago quedó convertido en un *monolito* de hielo (2).

Llegan casi a una docena los misioneros Oblatos que por esta razón han muerto anegados en las corrientes del Norte del Canadá (3).

9. Para poder resguardarse de temperatura tan glacial, han de usar los misioneros vestidos acomodados. Es típico el traje de pieles alaskano, llamado *parki*. Es el *parki* para el esquimal lo que el camello para el beduino, lo que es el teléfono para un banquero de Nueva York, lo que la cámara fotográfica es para el turista, o el helado para los habaneros en el

(1) BAETS: *O. c.*, 85.

(2) DUCHAUSSOIS: *O. c.*, 72.

(3) LLORENTE: *En los Hielos de Alaska*, en *SM.*, 1931, 46.

mes de agosto. No tener un parki equivale a no tener que comer y temer seriamente por la vida.

Su contextura consiste en una piel de oso, de foca o de reno, con listones de piel de pescado y forros de pelusa de pájaro. La civilización moderna va haciendo desaparecer prenda tan inestimable; cuando está bien confeccionada asemeja todo un vestido regio. Hoy los esquimales van abasteciéndose ya de telas de lino y lana, y no quieren tomarse el trabajo de fabricarse un parki. Es más sencillo hacerlos con tela ya cortada, y los esquimales son el número uno en holgazanería. Es curioso, pero real: a veces se les contempla con la mezcla más llamativa que uno puede imaginar: polainas, pantalones de piel, un jubón, una chaqueta de pana y un parki hecho harapos cubriéndolo todo. Aquí no hay modas; cada cual se pone encima todo lo que puede haber a mano.

Dos o tres pares de medias calientes para los pies con unas botas largas de piel de foca, y unos buenos guantes de piel de reno, con lana, para las manos, vienen a completar el equipo del esquimal. Imagínese el lector cuál estarán nuestros misioneros, cuando en sus jiras apostólicas han de ir necesariamente enfundados en todas estas prendas de vestir.

10. A fines de enero comienzan los días a crecer, hasta llegar en mayo a veintidós horas de sol. La aurora y el crepúsculo son entonces tan diáfanos, que a su luz puede el misionero leer, escribir y aun sacar fotografías del interior de su aposento. Hemos llegado al verano. Después de nueve meses de muerte, disuélvese aquel sudario de nieve y comienza a circular la vida por ríos, lagos, selvas y pampas.

El sol, entrado en su solsticio, no vuelve a ocultarse, y en los bordes del círculo polar gira sin ocaso en el firmamento, compensando con su luz de media noche los lóbregos días de tinieblas invernales; y confundidos en uno, crepúsculo y aurora, recaman el cielo de colores fusionados, tan vivos, tan cambiantes y matizados, que, fijados en el lienzo con la realidad de sus tintes, les parecen inverosímiles a los espectadores europeos. Mas del mismo modo que la aparición del

sol es señal de resurrección en las regiones boreales, así su primera puesta habrá de ser signo de retorno a la inmovilidad.

Al mismo tiempo, como si le avisaran del breve instante de gracia, apresura su obra la Naturaleza: brota exuberante vegetación; en unos días apuntan las hojas, las flores silvestres rinden su fruto, y en menos de tres meses se siembran y recolectan los escasos cereales y legumbres, que no siempre llegan a madurar.

A una con la vegetación, animales de pelo y pluma se apresuran a nacer y desarrollarse. Dos ejércitos de apretadas filas invaden todos los veranos el musgo soleado de las costas del mar Glacial: los renos, por manadas; los ánades, cisnes y gansos, por bandadas innumerables. Amamantan allí los renos sus crías y empollan los pájaros acuáticos; después se encaminan los renos hacia el Sur, y los ánades, formando triángulo, con los antiguos a la cabeza de los nuevos, regresan juntos, en alto vuelo y en confusa algarabía de graznidos, a los climas más templados de California, la Luisiana y Méjico.

Al propio tiempo, millares de pájaros venidos de Sudamérica para alegrar con sus trinos las selvas del Norte, tornan juguetones con sus nuevas polladas.

Este rápido verano de sol, de flores y de pájaros, sería tan delicioso, que hasta pusiera quizá en olvido la triste y larga estación invernal, si escrito no estuviera que el Norte ha de otorgar placeres a condición de hacerlos pagar con sangre. Azote del estío polar es una ralea de insectos que pulula en multitud incalculable; comúnmente llamados *maringuinos* en ambas Américas, por una especie de onomatopeya, sin duda debido a la música chillona de sus alas, son los mosquitos de los países cálidos, los mosquitos de siempre, tan impertinentes e insaciables (1).

El termómetro alcanza la temperatura de 12 y 15 sobre cero; se deshíela el Yukón y hacia él arrastran los indígenas sus canoas para darse de lleno a la pesca; en ella y en la caza

(1) DUCHAUSSOIS: *O. c.*, 86 s.

han de adquirir lo que les servirá de alimento en el invierno.

También el misionero siente bullir en su pecho la alegría al poder de nuevo divisar el color de la tierra, las rocas y peñascos, las ondas de los ríos y del mar; montado en su barca sube y baja por el río repartiendo entre sus cristianos el pan que alimente sus almas, mientras se proporcionan ellos el que ha de alimentar durante el invierno sus cuerpos.

Desparramados como están por ríos y llanuras, no es el tiempo más a propósito para que ejerza el misionero su labor evangelizadora; el invierno es la estación propicia; sólo entonces podrá encontrarlos reunidos en sus casas subterráneas, antes de que con el buen tiempo se desparramen en la caza y en la pesca. El invierno marca el punto de partida de esas correrías fatigosas de varios centenares de kilómetros que hay que salvar en trineo, con la negra perspectiva de noches al cielo raso y el peligro continuo y amenazador de formidables tempestades y celliscas; y entonces es necesario avanzar, ir siempre adelante sin detenerse jamás, pues una parada semejante pudiera ser fatal.

Y cuán terrible debe ser una muerte en medio de aquel sudario cuyo término es imposible divisar, y sintiendo ya en sus miembros desfallecidos el escalofrío que anuncia la hora cercana.

¡Los misioneros de Alaska son unos héroes!



Foto 17.—Navegación marítima. (Ante el Columbia.)



Foto 18.—Navegación fluvial. (Por el Yukón.)



Foto 19.—*Gafas verdes contra la oftalmía de la nieve.*



Foto 20.—*Así quedan los barcos en el invierno en el Yukón.*



Foto 21.—*Un alto en la marcha a través de yermos helados.*

IV

ETNOGRAFIA

1. Los hijos del Círculo Polar.—2. La demoledora acción de los blancos.—3. Indios y esquimales de Alaska.—4. Los isleños *Aleutianos*.—5. Los *Ten'as* del interior.—6. Los *Thinklets* de la región costera meridional.—7. Los *Esquimales* auténticos.—8. Evangelización del grupo central y oriental.—9. Procedencia y caracteres somáticos. 10. Su idioma y los apuros del P. Barnum.—11. Intrincada gramática esquimal.—12. *Iglús* y casas de invierno.—13. El deshiele del Yukón.—14. Los campamentos fluviales.—15. Los cazadores nortefios.—16. Habilidad esquimal.—17. El colmo de la ingeniosidad humana.

1. Cuando nos hablan de Alaska, al punto se nos viene a la mente el nombre del esquimal, como si él fuera el único viviente de las heladas estepas; sin embargo, no es así. Cierito que él, y sólo él, es el tipo adaptado a la cruda temperatura polar, respondiendo la conformación de su organismo a los rigores nortefios; pero no es menos cierto también que son relativamente pocos los que habitan la península, mezclados como están con blancos y otras tribus diversas de la gran familia americana que se extiende a uno y otro lado de las montañas Roqueñas (1).

No está, sin embargo, fuera de toda razón esa asociación de ideas que al nombre de Alaska une inmediatamente el nombre del esquimal; él es el único que tiene una compleción adaptada al país, hasta el punto que en ese duelo constante por la vida encuentra el esquimal sus más sabrosas

(1) LAGREVOL, S. J.: *Avec les Esquimaux de l'Alaska*, en *JM.*, enero 1936, 6.

y dulces delicias; fuera de sus soledades no sabría vivir, moriría de nostalgia (1).

Su alimentación constante a base de aceites y grasa llega a conformar en ellos esa corpulencia adiposa que más que ningún otro abrigo les protege del cierzo glacial; además, que un instinto certero y por demás inteligente los empuja sin cesar hacia esa adaptación maravillosa (2).

A tres grupos pudiéramos reducir los habitantes de Alaska: *blancos, indios y esquimales*.

2. Los *blancos*, que constituyen la mitad de la población, aparecen instalados en torno a los ricos yacimientos de oro, donde aún hoy se levantan ciudades dotadas de todas las comodidades posibles en aquellos páramos helados; o en los puertos más principales del Sur y Oeste, donde acuden los naturales a comerciar con sus pieles y nativas mercancías.

En todas partes viven por lo común entregados a la fiebre del oro y los negocios, y, desgraciadamente, no pocas veces también a la del vicio. La influencia nefasta que sobre los naturales ejercen es a veces tan poderosa que paraliza, por decirlo así, la labor apostólica y evangelizadora (3). Baste decir que de los 28.600 blancos no son católicos más que 4.000. Si no hubieran invadido las estepas alaskañas arrastrados por su desmesurada ambición, quizá hoy Alaska fuera ya toda del Evangelio.

En cuántos lugares, por desgracia, son ellos la ruina espiritual de las almas y los causantes de la paulatina degeneración de una raza.

Al volver a la Misión el P. Llorente después de su permanencia en los Estados Unidos, hubo de detenerse unos días en Nulato. Enterado allí de unos cuantos acontecimientos recientemente acaecidos en la Misión por causa de los blancos, vióse precisado a exhalar estas quejas por su pluma (4):

(1) LAGREVOL: *L. c.*

(2) LAGREVOL: *L. c.*

(3) BAETS: *O. c.*, LXXXVII.

(4) LLORENTE: *SM.*, abril-mayo 1939, 117.

«Allí me enteré de que tres aldeas del Yukón habían sido abandonadas por imposibles, como Babilonia, que no quiso ser sanada. Desde que se abrogó la ley seca, el aguardiente está arruinando estas comarcas. En los almacenes se venden litros de licor sin descanso. Como el organismo de los esquimales es mucho más débil que el nuestro, bastan dos copas para derribar al más forzado. Total, que la borrachera está diezmando la población. El esquimal ya no compra calcetines, ni harina, ni café. Compra aguardiente y se emborracha, y emborracha a la mujer y a los hijos.

En el cementerio de Nulato había docenas de cruces que marcaban el yacimiento de niños inferiores a dos años. La sangre de los padres está alcoholizada. Al niño no le queda más salida que morir de anemia. Todos los esfuerzos para poner fin a la borrachera resultan imposibles. La única solución era ahorcar al almacenista blanco que vende aguardiente a los indígenas. Pero eso no se puede hacer por dos razones: la prohíbe el quinto mandamiento, y, aunque no lo prohibiera, los Estados Unidos creen aún en la democracia.

Así es; el esquimal trabaja y se revienta acarreando madera, transportando mercancías desde la playa, retejando, etc., y el blanco le paga con una botella de aguardiente diaria. Entre tanto, los niños visten andrajos, están en los huesos y se mueren antes de llegar al uso de la razón. Ahora entiendo perfectamente por qué los misioneros del Paraguay exigieron del rey de España una independencia completa en las Misiones. Un blanco sólo tiene la virtud de echar por tierra en un invierno toda la obra levantada penosamente en una generación.

Los esquimales no tienen dificultad en creer en el Evangelio. Pero viene un blanco ateo que se emborracha y da rienda suelta a sus instintos, y la obra del misionero sufre una quiebra irreparable. En vez de querer ser buenos como el misionero, todos quieren ser malos como el malhadado blanco, por aquello de que la virtud es más difícil que el vicio. Las cuestas más fáciles de *subir* son las cuestas abajo.

Es que el blanco que se entierra en Alaska no va a más

que a hacer dinero y vivir a sus anchas, sin que tolere jamás discutir sobre la probabilidad de la existencia de una religión fundada por Jesucristo, en cuya divinidad no cree. Hay, con todo, honrosas excepciones. Es que el blanco y el misionero de Alaska hablan un idioma distinto; o, mejor aún, el mismo idioma sugiere significaciones distintas cuando se le emplea para dilucidar cuestiones espirituales, y sólo significa lo mismo cuando se le emplea en trivialidades como la abundancia de zorras, el espesor del hielo, la resistencia de los perros siberianos en contraposición a la de los cruzados, el trabajo que supone la depuración de una onza de oro, etc.

Sobre su mesa de trabajo descansa un montón de revistas de todos los matices y colores. Artículo tras artículo, libro tras libro, van entrando sin orden ni selección en aquella cabeza durante las noches interminables en que el viento huracanado del Norte hiela ríos y mares e impide la salida de casa a todo hombre de sana razón. Y luego discute pedantemente sobre lo acertado de la eutanasia, los males del fascismo, los bienes del comunismo, el altruísmo de la masonería, los derechos de los animales y la testarudez del catolicismo» (1).

O como aquel desdichado de Fairbanks, que al ver acudir a los fieles en grupos a la iglesia los domingos decía a un amigo en lenguaje positivista cien por cien: «La iglesia católica es la única iglesia de la ciudad que hace algún negocio.» Es de notar que hay otras cuatro sectas protestantes que tienen cada una la suya.

Y a su vez, otro incrédulo de Nenana dejaba escapar esta ingenua confesión: «Yo voy a la iglesia sólo ocasionalmente en Pascua y en Navidad, cuando se celebran aparatosos acontecimientos; además, me gusta de vez en cuando asistir a alguna plática interesante y escuchar un poco de música» (2).

Por fortuna, se dan también excepciones honrosas.

3. Los *ingalit*, es decir, los *incomprensibles*, aquellos

(1) LLORENTE: AB., 235.

(2) WL., 1929, 439.

cuya lengua no entienden los esquimales, son los indios de Alaska, hermanos de los que viven al Este de las montañas Roqueñas, en el Canadá y en los Estados Unidos; ocupan la cuenca del Yukón, un poco más arriba del delta, y por el lado Sur llegan al mar entre el golfo de Cook y la desembocadura del río del Cobre. Las transiciones se verifican muy lentamente, hasta el punto de que unos viajeros clasifican estas tribus entre los esquimales y otros entre los Pieles Rojas.

Bajo el nombre de *indios* comprendemos los numerosos pueblos y tribus pertenecientes más o menos a la tribu madre de las montañas Roqueñas, y que a una con los esquimales vagan dispersos a través de las estepas del Norte, desde los grandes lagos del Canadá hasta las costas mismas del Estrecho de Behring: *Aleutianos*, *Ten'as* o *Athabasqueños*, *Thinklets* y algunos otros de menor importancia, como los *Haidahs*.

Hay entre ambas razas, india y esquimal, una diferencia marcada como la que existe entre un árabe y un griego. En primer lugar, la lengua es diferente. Las facciones también son distintas, y distintas son las características de ambos tipos. El indio es más fuerte, más embrutecido, menos constante, y tiene peor madera para sacar de él un cristiano fervoroso. El esquimal es más sentimental, más tierno de corazón y más paciente, aunque más tardo. Los esquimales se extienden a lo largo del Estrecho de Behring, y por el Círculo Polar llegan hasta Labrador y Groenlandia. El indio habita el interior de Alaska desde *Holy Cross* hasta el Canadá.

Además, el mucho trato con los aventureros blancos ha dado origen a otro tipo mestizoide que hereda lo peor de las dos ramas, a saber: la borrachera y la holgazanería. De un borracho holgazán no se puede esperar más que miseria para el cuerpo y para el alma (1).

El célebre P. Jetté, que misionó en el interior de Alaska veintisiete años, empleó gran parte de ese tiempo en recoger

(1) LLORENTE: *AB.*, 54 s.

material para escribir una Historia de Alaska y sus Misiones. Pues bien, cuando ojeó por última vez aquel rimero de papeles y cuadernos con tanto trabajo escritos y ordenados, se desalentó y desistió de darlos a la imprenta. «Alaska —dijo— es un manicomio sin guardas ni cerrojos, y yo ya no tengo humor para relatar gracias ni sandeces.»

La mezcla de blancos e indígenas en este país sin límites, lejos del mundo civilizado, con un 80 por 100 de borrachos, un frío insospechado, una soledad corrosiva y una libertad de tribus nómadas; con el continuo regañar y desesperarse de los blancos y la indolencia irritante de los naturales; con seres de diversas razas, amalgamados en un ambiente peregrino y en una naturaleza madrastra..., toda esta abigarrada mezcla de hombres y cosas dió origen a ese tipo que al P. Jetté se le antojó loco de atar. Realmente, de un borracho holgazán no se puede esperar más que miseria para el cuerpo y para el alma (1).

4. Los *aleutianos* son más bien una rama esquimal que ocupa en el SO. de la península las islas de donde toma su nombre. Son de mediana estatura, tez morena, nariz aplastada y barba rala. Su ocupación casi exclusiva es la caza y la pesca, empleando para ello pequeños y rapidísimos botes, con los que se aventuran a enormes distancias. Visten pieles de foca y viven en grupos durante el invierno y en simples cabañas en verano. Las mujeres se pintan el rostro y horadan labios y nariz para colocarse en ellos anillos y huese-citos.

La influencia rusa ha cambiado su carácter con cierta tendencia a la pereza, modificando al mismo tiempo su vestido, sus viviendas, la preparación de sus alimentos, y logrando su conversión a la religión ortodoxa. Desde el siglo XVIII ha venido disminuyendo notablemente su población, y al pasar las islas a ser posesión de los Estados Unidos; hoy apenas llegarán a los 1.500. Usan un idioma aglutinante que

(1) LLORENTE: AB., 253 s.

recuerda las lenguas ural-altaicas en su formación de las palabras por medio de sufijos.

El explorador Cook los pintaba como las gentes más apacibles y más inofensivas que había encontrado jamás y que podían servir de modelo a la nación más civilizada del Globo. El aleutiano es de una paciencia y una resignación absolutas; en ninguna circunstancia de su vida gime ni llora; verter una lágrima es cosa inaudita aun en las mujeres. Sin embargo, los sentimientos de familia son muy profundos: ha habido aleutianos a quienes se ha visto morir de hambre por dejar a sus hijos todas las provisiones que les quedaban; los hijos, a su vez, son muy respetuosos hacia sus padres. Sumamente celoso de las conveniencias sociales, jamás el aleutiano se permitirá hablar en público a su mujer sino como a una extraña.

Mientras fueron independientes, los aleutianos eran un pueblo jovial; pero caídos en la servidumbre de los rusos, se han vuelto tristes. No hay indignidades que no se les haya hecho sufrir, y ha acabado por quebrantarse su fuerza de resistencia; a todo se someten sin ánimos de venganza. Por eso disminuyeron tanto en los primeros tiempos de la colonización rusa: se dejaban morir, o la tisis acababa con la mayor parte.

Hoy, al Oeste de Unalaska, la mayor parte de las islas están deshabitadas, viéndose en ellas los vestigios de antiguas habitaciones. Sin embargo, en *Atka* hay algunas aldeas donde las mujeres, en ausencia de sus maridos, ocupados en la pesca y en el comercio, tejen esteras y cestas de algas y hierbas, muy apreciadas en los mercados de la costa americana. Y en el extremo occidental de esa cadena aleutiana, dispuesta en arco gigantesco de unos 1.500 kilómetros de radio, se halla, cerrando el Mar de Behring, la miserable Colonia de *Attu*, «pobre entre las pobres», floreciente otro tiempo por la pesca de nutrias marinas, pero miserable en la actualidad por la desaparición de dicho animal (1).

(1) RECLUS: *Geografía: América*, t. I, 218 s.

Su nombre de *aleutianos* o *aleutas* deriva de la palabra *chukchi aliat*, isla, y significa, pues, isleños; ellos se dan a sí mismos el de *unungen*, que, como el esquimal *innuit*, significa gente o pueblo.

Dentro del reducido pueblo aleutiano se observan dos tribus: la *unalaska*, en las islas orientales, y la *atka*, en las occidentales (Rat, Near y Andreasnow, principalmente). En la primera, más influenciada naturalmente por los esquimales, la braquicefalia es menor.

El problema más importante respecto de ellos es el de su dependencia de los esquimales o su mayor relación con los pueblos asiáticos. A pesar de las diferencias en la lengua, ésta se suele incluir en la familia esquimal. Antropológicamente, y considerando su origen, es frecuente suponerlos un resto de la población indígena de Alaska, emparentados con la del Nordeste de Asia, pero que arrinconada en sus islas se vió influída por los esquimales. En cambio, para muchos autores, norteamericanos especialmente, son simplemente esquimales o esquimoides que han sufrido la influencia de un pueblo extraño braquicefálico; por ejemplo, los alasko-athabascos.

De todas maneras es evidente su personalidad frente a los esquimales, y su carácter de lazo de unión entre las poblaciones del Nordeste de Asia y del Noroeste de América, ya tan relacionadas en muchos otros aspectos (1).

5. Los *ten'as* pertenecen a la familia athabaska, ocupando en el Norte especialmente la región meridional de la campiña alaskaña; importados por los mismos blancos para trabajos de tenería y minas, forman una numerosa familia que reside al Norte del Continente y se extiende desde la bahía de Hudson hasta el Gran Océano. De ella van derivándose otras innumerables tribus que aumentan en ferocidad de costumbres según van descendiendo en latitud.

Y ciertamente, parecen ser de nivel bastante bajo por lo

(1) LUIS PERICOT: *América Indígena*, t. I, 454 s.

que toca a sus sentimientos humanitarios. ¿Ejemplos que lo confirmen? Siguiendo sus antiguas tradiciones, cuando muere alguno en casa deben los demás permanecer fuera de ella por espacio de cinco días. Pero es el caso que muchísimos no se resignan a tener que aguantar esta penitencia forzo-sa y solucionan el problema de una manera brutal: sacan al paciente, grave como está, fuera de la habitación y lo dejan a la intemperie cobijado tan sólo por una miserable tienda de tela; en invierno, el frío acabará inmediatamente con el desdichado y su cadáver abandonado servirá de pasto a los perros hambrientos (1).

Hay tribus, además, en las que los ancianos y débiles son quitados del medio con muertes horribles: se les echa una soga al cuello y se les arrastra después sin compasión por entre pedruscos y guijarros; si a pesar de todo no mueren, el filo de la lanza se encargará de acabar con su desgraciada existencia. Por eso los ya ancianos piden a veces con insistencia se les mate, porque entonces, previamente aturdidos con drogas diversas, morirán al menos sin sufrimientos entre demostraciones y danzas supersticiosas (2).

Las tribus de las regiones más frías del Norte son en general más tímidas y guardan amigables relaciones con los blancos, a quienes venden los productos de su caza y de su pesca.

Los ten'as forman parte de la gran familia athabaska septentrional que se extiende todo a lo largo del Norte canadiense y Alaska en un sinfín de tribus diversas. Los athabaskos, denés o ten'as, que así se los llama, ocupan toda la América del Norte, desde Méjico hasta el Mar Artico y desde el Pacífico hasta la bahía de Hudson y golfo de Méjico. Se suelen estudiar en tres grupos distintos: *el meridional* (Méjico y Sur de Estados Unidos), *el del Pacífico* (toda la costa, incluída la de Canadá) y *el septentrional*, que a su vez se subdivide en otros cinco grupos secundarios: el de *Alaska*, el grupo *subártico*, el de los *deneses orientales*, el

(1) BAETS: O. c., LXXVIII.

(2) BAETS: O. c., LXXX.

de los *centrales* y el de los *occidentales* (en todo el Norte del Canadá). A nosotros, naturalmente, sólo nos interesa el de Alaska.

La zona de Alaska, llegando por el Este hasta el río Anderson, es el territorio del grupo *loucheux* o *kutchin*, que comprende las catorce tribus siguientes:

Kayuk-kho-tenne (gente del río del sauce), que Dall llamó *Ingalik*, en el bajo Yukón, mezclados con esquimales. *Koyn-kukho-ota*, en la orilla derecha del Yukón hasta el río Koyukuk. *Yuna-kho-tenne*, en la orilla izquierda hasta el río Tanana. *Tana-kutchin* (gente de las montañas), más arriba del Yukón. *Kutcha-kutchin* (gente que está en contra), en la región de confluencia del Yukón con el Porcupine. *Natche-kutchin*, desde el río Porcupine a los montes Romanoff. *Vaen-kutchin* (gente de los lagos), al Este de los anteriores. *Tuk-kutk-kutchin*, prototipo del grupo, cerca de las fuentes del Porcupine. *Han-kutchin* (gente del río o de los bosques), a ambos lados del Yukón, cerca del río Kotla. *Tutcone-kutchin*, más arriba, por el Yukón, entre las fuentes del Porcupine y del Peel y el río Liard. En el alto Yukón y cerca de la costa del Pacífico, los *Artes-kutchin*, *Thetlet-kutchin*, en el río Peel. Al Este, los *Nakotco-ondjig-kutchin*, gentes del Mackenzie, y *Kwitcha-kutchin*, en las proximidades de la zona costera del Mackenzie al Anderson.

El conjunto de lenguas athabaskas se caracteriza por sus sonidos guturales continuos y la abundancia de aspiraciones y *clicks*. Sus verbos son extraordinariamente complicados, por indicar el número y carácter del sujeto y del objeto mediante prefijos o modificaciones en la raíz. Es claramente polisintética. Entre los distintos dialectos o lenguas de esta familia hay muchas diferencias fonéticas, especialmente en las vocales, lo que prueba una larga separación de siglos.

Sus rasgos somáticos pueden ser: estatura superior a la media, manos y pies pequeños, extremidades esbeltas, rostro oval que se estrecha desde los anchos pómulos hasta la barbilla, frente huída, ojos negros, pequeños y hundidos, arcos superciliares salientes, nariz larga, recta o aquilina, boca

ancha y labios finos, cabello negro y liso, escasez de pelo en el cuerpo; su color es más claro que el que se atribuye a la mayoría de indígenas americanos.

Dentro de las características generales señaladas se pueden indicar diferencias. Así, los *loucheux*, los más puros, son altos y bien formados, de ojos vivos, formando una raza bella incluso en sus mujeres. La obesidad y la calvicie son raras entre ellos. Sus sentidos son muy agudos: vista, oído, olfato (olfatean el humo de un vivac desde millas de distancia), memoria topográfica, dominio de sus emociones, resistencia al dolor, a la fatiga de la marcha, pudiendo estar varios días sin dormir o sin comer; en cambio, el trabajo continuo les cansa y no distinguen bien los colores (confusión frecuente del verde con el amarillo o con el negro); son frecuentes en ellos las enfermedades de los ojos. Viven por término medio bastantes años, y en este punto el P. Morice refuta la afirmación de Brinton de que pocos pasan de los cincuenta años (1).

6. También al Sur se desparraman los *Thinklets*, los más pintorescos sin duda de todos los indios y famosos por sus numerosas y grotescas leyendas. Sólo citaremos una, curiosa por demás, con la que, sin embargo, creen explicar a las mil maravillas el por qué de los temblores de nuestro Globo; escuchan los físicos y geólogos y aprendan a fundar con facilidad y fantasía pintorescas hipótesis para explicar los arcanos de la Ciencia.

El gran Creador, para ellos es un gigantesco pájaro llamado *Yalkth*. Debajo de la tierra hay una mujer anciana encorvada; en sus espaldas se apoya una columna, y encima de ella la Tierra. Cuando *Yalkth* está de mal humor y se enfada quiere hacer cambiar de posición a la mujer; si ésta da un traspiés, la tierra se bambolea, produciéndose el terremoto. Creen que un día caerá por fin la mujer y entonces

(1) PERICOT: *América Indígena*, t. I. 456, 461.

es cuando tendrá lugar el fin del Mundo (1). Bonita solución para las trepidaciones del Globo.

Los *Thinklets*, que junto con los *Haida*, *Chimesios*, *Salish* y *Wakash* forman la llamada raza pacífica de los pueblos del NO., pertenecen, según unos, a la familia athabaska norteamericana; según otros, forman de por sí una raza aparte bastante definida. Se hallan en contacto en el Copper River con los esquimales. Siguen por la costa hacia el Sur hasta el Canal Portland y ocupan la mitad norte de la isla del Príncipe de Gales. Su lengua se reúne hoy al gran tronco *Na-dené*. La mayoría de las raíces son monosilábicas; como en el esquimal, es marcado el contraste entre los casos transitivo e intransitivo. La numeración es quinaria.

Las características principales somáticas son las de la llamada raza pacífica: estatura media a alta, cabeza grande y corta, cara ancha, arcos superciliares desarrollados, estructura del cuerpo maciza, color con tendencia al amarillo. En los *Thinklets* se acentúa el mogolismo por la cara baja y ancha, la bóveda craneana baja, los pómulos salientes, la nariz plana, el color amarillo y el pliegue mogol en los ojos; todo ello muestra la mezcla de elementos siberianos o tungueses. En 1910 eran cerca de 4.500, lo que indica fuerte disminución, pues en el siglo pasado se calculaba su número en 7.000 (2).

Al Sur de los *Thinklets* se encuentran los *Haidas*, ocupando el archipiélago de la Reina Carlota y el Sur de la isla del Príncipe de Gales. A fines del siglo pasado eran unos 3.000;* en 1910 no llegaban a un millar. Se distinguen por su aptitud artística y técnica en la talla de madera, como los *Thinklets* se distinguen por sus mantas decoradas, tejidas con lana y corteza de cedro.

Lo mismo que los *Thinklets*, tienen los *Haidas* una organización social más complicada que la mayoría de los pueblos norteamericanos, basada en la sólida organización en *clanes*

(1) SM., *En la Región de los Eternos Hielos*, 1932, 254.

(2) PERICOT: *O. c.*, 491 s.

y el *totemismo*, en la existencia del cacicato y en la distinción de clases. Cada tribu comprende varios *clanes*, divididos a su vez en dos, tres o cuatro *fratrías*; cada clan tiene su animal *totem*, que el antepasado del clan consiguió tras legendarias aventuras; en los postes totémicos se representa a este antepasado y a los animales relacionados con estas leyendas totémicas. El animal *totem* se reproduce en toda clase de objetos y se tatúa en el cuerpo, y las danzas con máscaras reconstruyen aquellas leyendas. La posesión de un mismo *totem* crea una relación incluso entre individuos de distinta tribu. La religión es totémica y chamánica con un sinnúmero de prácticas mágicas (1).

Las tribus restantes vagan a Dios y a ventura por aquellas inmensidades, luchando todas contra los rigores de una naturaleza salvaje y glacial. En general, los del interior son de estatura más bien elevada, morenos de rostro, feroces y en extremo aferrados a sus supersticiones grotescas. La caza constituye su único patrimonio, proporcionándoles a un mismo tiempo alimentos y vestidos. En su vida nómada y errante no se preocupan siquiera de abrirse sus antros en la nieve, como veremos hacer a los esquimales, sino que con pieles de sus cazas se fabrican resistentes abrigos que puedan defenderlos contra las crudezas del invierno polar.

Tienen por jefes a los más expertos cazadores, a cuyo cargo corre tanto la dirección de la caza como las supersticiones ridículas que tienen por objeto levantar los venados. Su poder, con todo, es sumamente limitado, por restringirse a lo más a tres o cuatro familias. Determinar con exactitud su número es poco menos que imposible por estar el país aún en gran parte inexplorado. Con todo, se encuentran con alguna frecuencia grupos más o menos numerosos (2).

Otra diferencia conviene hacer notar entre los indios del interior y los de la costa, y es que estos últimos, que encuentran alimento abundante en sus cazas y pescas en el mar, son más indolentes, más cobardes y menos previsores que los del

(1) *Inst. Gallach, Las Razas Humanas*, t. II, 47.

(2) BAETS: *O. c.*, LXXVII.

interior, quienes han de disputar con frecuencia aun su propia vida en lucha encarnizada contra los osos y demás fieras salvajes de la fauna alaskaña (1).

7. Vienen por fin los *esquimales*, propios aborígenes de estas latitudes, robustos y fuertes, y debido a su extremado aislamiento, por demás rudos e ignorantes; constituyen ellos solos una rama aparte de la familia humana, adaptada a una vida del todo anormal a la de la inmensa mayoría de los hombres y bien refractaria aun a las más o menos acertadas innovaciones que consigo suele traer el contacto con la civilización moderna (2).

Habitan las tierras o, por mejor decir, los hielos más inhospitalarios de nuestro Globo, y sus diversas tribus recorren el litoral del Océano Glacial desde el Estrecho de Behring hasta el de Isla-Bella, en la extremidad Sudeste del Labrador. A través del Océano helado pasaron del Continente a Groenlandia y a los numerosos islotes agrupados en los mapas con los nombres de Tierra de Baffin y Territorio de Franklin.

Dentro de la unidad de la familia esquimal existen numerosos grupos y tribus que por la diversidad de condiciones económicas de sus territorios y por las diversas influencias ejercidas sobre ellos se han ido diferenciando; sin embargo, constituyen un caso único entre los indígenas americanos por ocupar un solo pueblo un territorio unido.

El cabo Bathurst podría ser el límite entre un grupo oriental y otro occidental, pero creemos más acertada la división en tres grupos: *oriental*, *central* y *occidental*. El territorio central parece ser el de cultura más primitiva y autóctona, y lo forman las siguientes tribus principales: *Iglulik* (Tierra de Baffin y Península de Melville), *Eivillik* (al Sur de la Península de Melville), *Netschillik* (Península de Boothia), *Kinipetu* (en el Continente, al Norte del golfo Chesterfield). Una avanzada septentrional de este grupo la tenemos en la tribu

(1) BAETS: O. c., 94.

(2) A. PERBAL. O. M. I.: *La Croix chez les Esquimaux*, en *Xaveriana* (1927), n. 46, p. 4.

Ita, que ocupa la costa de Groenlandia en el Smith Sound, que atraviesan a veces en busca de caza; estos últimos ocupan los establecimientos humanos que existen más cercanos al Polo y fueron llamados esquimales polares por los exploradores que a principios del siglo los vieron por primera vez.

Los esquimales de Groenlandia y Labrador forman el grupo oriental y se hallan ya muy influidos por los misioneros y marinos europeos, por lo que no ofrecen la pureza etnográfica de los anteriores (1).

El grupo occidental empieza con los *Chigliit*, de Mackenzie, al Oeste del cabo Bathurst, siguiendo, en Alaska, los *Kopagmiut*, al Este de Point Barrow; al Sur de ellos, en el interior, los *Nunatagmiut*: los esquimales de *Point Barrow*; la importante tribu *Malemiut*, alrededor de Kotzebue Sound; y más al Sur, las *Kinogumiut*, *Kaviagmiut*, *Unaligmiut*, *Magemiut*, en la desembocadura del Yukón; *Kaialigamiut*, *Kuskokwamiut*, *Nunivagmiut*, en la isla Nunivak; *Chingigmiut*, *Togiagamiut* y *Nushagamiut*, aparte numerosas subtribus. Ya más al Sur encontramos los *Kongojos*, de la isla de Kodiak; *Chugaches*, de la península de Kenai, y *Ugalenses*, en las islas frente a dicha península, en relación cultural con los pueblos del Noroeste, y los *Aleutas*.

Los esquimales asiáticos son llamados *Yuit* o *Namollo*, y parecen ser fruto de una emigración reciente. Se dividen en *Nookalit*, en el cabo Oriental; *Aiwanat*, en la punta Indian; *Wuteelit*, en el cabo Ulakhpen, y *Eiwhuelit*, en la isla San Lorenzo (2).

Según la *Encyclopedia of Religion and Ethics*, las tribus esquimales de Alaska se dividen en las siguientes (3):

Aglemiut, *Chingigmiut*, *Chnagmiut*, *Chugachigmiut*, *Ikogmiut*, *Imaklimiut*, *Inguklimiut*, *Kaialigmiut*, *Kangmaligmiut*, *Kamagmiut*, *Kaviagmiut*, *Kevalingamiut*, *Kiatagmiut*, *Kinugumiut*, *Kowagmiut*, *Kukpaurungmiut*, *Kunmiut*, *Kuskwog-*

(1) *Inst. Gallach, Las Razas Humanas*, t. II, 32.

(2) PERICOT: *O. c.*, 444.

(3) Véase la palabra *Eskimos* en la *Encyclopedia of Religion and Ethics*.

miut, Magemiut, Malesmiut, Nunatogmiut, Nunivagmiut, Nuwukmiut, Nushagagmiut, Selawigmiut, Sidarumiut, Tike-ramiut, Togiagmiut, Ugalakmiut, Unaligmiut, Utukamiut, Utkhavimiut.

8. Antes de pasar adelante, y puesto que hemos de prescindir ya de los esquimales de los dos grupos oriental y central, creemos conveniente, para mayor comprensión de toda la raza esquimal, dar una ojeada rápida y sintética sobre la evangelización de ambos grupos; por lo que toca a los del grupo occidental, nos iremos ocupando a lo largo de estas páginas.

Los esquimales del *grupo central* están a cargo de los Oblatos de María Inmaculada, que evangelizan el Norte del Canadá. En 1860, el P. Grollier, O. M. I., visitó los de la desembocadura del Mackenzie, colindantes, por tanto, con los de Alaska, mas sin resultado alguno positivo. Después de él, los PP. Segouin y Petitot, Oblatos también, que visitaron la tribu *Chiglit*, no tuvieron otro consuelo más que el bautismo de un esquimal moribundo. Sus expediciones no tuvieron por entonces más resultado que el acopio de datos preciosos que dieron materia al P. Petitot para escribir varias obras (1).

De 1890 a 1897, el P. Lefebvre, misionero en el delta del Mackenzie, hizo cinco o seis escapadas hacia la costa del Norte e islas adyacentes, a fin de visitar una vez más a aquellos esquimales: pudo bautizar algunos moribundos, varios infantes y aun algunos adultos; pero sus efectos duraron muy poco en aquellas tribus, trabajadas ya, al parecer, por el contacto de marinos, aventureros y comerciantes. Años antes, varios Oblatos se internaron también en territorios esquimales alaskenos, como detallaremos más adelante en su propio lugar.

En 1911, Mons. Breynat, Vicario Apostólico del Mackenzie, encargó a los PP. Rouvière y Le Roux la evangelización de los esquimales de la cuenca del *Coppermine*, al otro lado

(1) Véase ROB. STREIT, O. M. I., *Bibliotheca Missionum*, III, 888 s.



Foto 22.—Amaestrando a los futuros perros-guías.

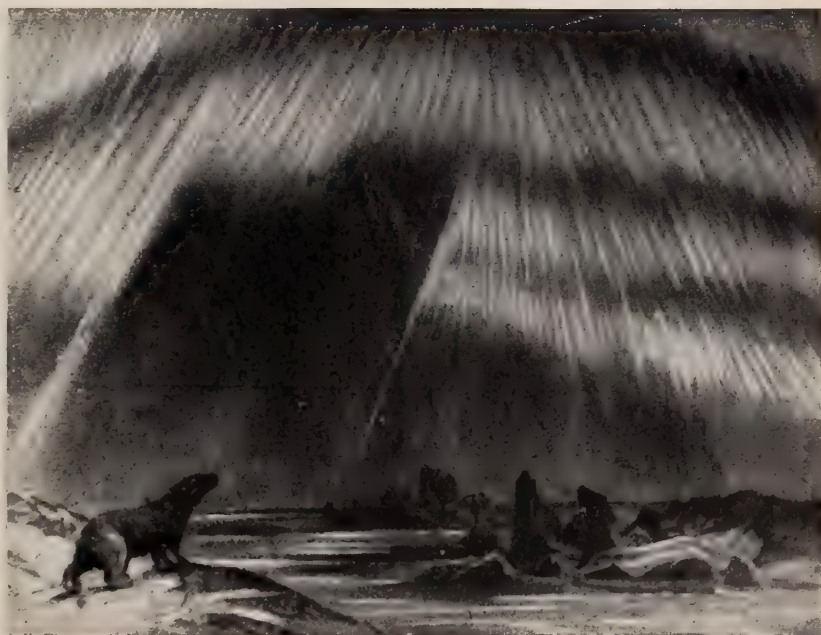


Foto 23.—Oso polar ante una aurora boreal.



Foto 24.—Caprichosos cambiantes de luz en en un bello atardecer.



Foto 25.—Típica indumentaria del indio del Sur.



Foto 26.—El H. Feltes a la vera del «Marquette».

del lago Los Osos. Siguióse un silencio profundo: ya no volvieron a tenerse más noticias de aquellos dos misioneros: tres años de zozobras y angustias medio entremezcladas de esperanzas, hubieron de abrir paso a la triste realidad: los dos misioneros habían sido asesinados a fines del año 1913 por dos esquimales perversos.

Mons. Breynat no se desanimó por ello, y designó a dos Padres más, que fuesen a continuar la labor en aquella inmensa región nevada, enrojecida con la sangre de las dos primeras víctimas. Fueron elegidos los PP. Frapsauce y Fallaize: el primero partió en 1919; cuando, poco después, llegó el segundo a la Misión, encontró la casa vacía: el P. Frapsauce había perecido el 24 de octubre de 1920, ahogado bajo el hielo del gran lago. Prosiguó el P. Fallaize solo sus trabajos, y las conversiones esquimales que empezaron a notarse probaban una vez más que la sangre de los mártires es semilla de cristianos.

En 1924, nuevas tentativas en las bocas del Mackenzie—recordemos a los PP. Grollier, Segouin y Petitot—. Esta vez Mons. Breynat pudo establecer una Misión permanente en *Aklavik*. Hoy los Vicariatos del *Yukón* y *Mackenzie* están encargados de la evangelización de las tribus esquimales del Norte colindantes con Alaska (1).

En torno a la gran bahía de Hudson había otro núcleo de esquimales que era necesario abordar. El héroe de esta región fué Mons. *Turquetil*, el conocidísimo obispo Oblato de los hielos canadienses. En 1906 emprendió un viaje de reconocimiento hacia el norte de la bahía y topó con una familia esquimal diezmada por el hambre e irritada por causas diversas contra los blancos: aquellos infelices no hablaban más que de atroces torturas físicas y de venganzas odiosas; por eso, la primera acogida fué desconcertante. A pesar de todo, el P. *Turquetil* decidió quedarse con ellos.

Pasaron los años; en 1912 pudo establecerse en regla la primera Misión permanente en *Chesterfield*, en la orilla oc-

(1) PERBAL, O. M. I.: *La Croix chez les Esquimaux*, *Xaveriana*, 1927, n. 46, p. 12-17.

cidental de la bahía de Hudson. La segunda Misión se inauguraba en *Cap Esquimau*, a los 61° 5' de latitud, el año 1924. La Propaganda Fide elevó en 1925 estas dos Misiones al grado de Prefectura apostólica, con el nombre de *Bahía de Hudson*, asignándole al mismo tiempo la región occidental de la península del Labrador. En 1926 se abrió el tercer puesto en la isla *Southampton* (64° lat.), y en 1927, otro en la extremidad septentrional de la Tierra de Baffin. El año 1931 fué erigida en Vicariato. Como obispo para regirlo fué escogido el primer fundador, Mons. Turquetil (1).

El grupo esquimal oriental comprende, como queda dicho, la península del Labrador y la isla de Groenlandia. En 1875, el P. Lacasse partió a evangelizar las costas del Labrador hasta la bahía de *Ungava*: vivió inviernos enteros con los esquimales, estudió a fondo su lenguaje y llegó a componer un diccionario esquimal, que en su original aún fué tragado por las olas del Atlántico en un naufragio lamentable.

Por entonces no pudo llegarse a un establecimiento definitivo en aquellas regiones heladas. Medio siglo más tarde emprendieron de nuevo los Oblatos la evangelización inaugurada por el P. Lacasse en la región del Ungava. Como queda dicho, la región occidental de esta península forma parte del Vicariato de Hudson (2).

Groenlandia, la mayor isla del mundo, de clima extremadamente riguroso, está habitada casi exclusivamente por esquimales. Fué católica en sus primeros tiempos, desde principios del siglo XII, antes, por lo tanto, de los descubrimientos americanos de finales del XV. En 1121 fué erigida la Diócesis de *Gardar*. A raíz de la Reforma protestante, ingleses, escoceses, holandeses y escandinavos, predicaron en Groenlandia la herejía, afianzada ya de un modo definitivo con la segunda colonización noruega, dirigida por el pastor protestante Hans Hegède (1721). Hoy Groenlandia está celosamente cerrada a toda inmigración que no sea danesa. No tiene Misiones ca-

(1) PERBAL: *L. c.*, 18-26.

(2) PERBAL: *L. c.*, 13 y 26.

tólicas, y las leyes actualmente vigentes sancionan con penas gravísimas la entrada de misioneros (1).

En resumen, los esquimales atendidos hoy por misioneros católicos son los siguientes: unos 2.000 en torno a las bocas del Mackenzie, 2.000 también en la costa occidental de la bahía de Hudson, 700 en la costa oriental de esta misma bahía, 700 asimismo al Sur del estrecho de Hudson, 1.500 en la Tierra de Baffin, unos 600 en el interior y Norte del Labrador, y números indeterminados aún en las islas Victoria y demás adyacentes. Los Jesuítas tienen a su cargo los esquimales de Alaska (2).

El número total, difícil de precisar por la falta de datos seguros y las contradicciones que en este punto ofrecen los exploradores, tiende a disminuir, no sólo debido a la ley general que pesa sobre los pueblos primitivos en contacto con los blancos, que en el caso presente se manifiesta por el alcoholismo importado por ellos, sino a la poca fecundidad de sus mujeres y a la crecida mortalidad de su infancia.

Según censos recientes (1921), los que habitan en el Canadá no pasan de 8.000 (3), y de unos 14.000 los de Groenlandia; los de Alaska son también unos 14.000, y alrededor de 13.000 los del Labrador, y de 12.000 los de Siberia. Sumando en total unos 60.000, repartidos en poco menos de 300 establecimientos o aldeas, que consisten en agrupaciones de diez o más casas, y que se hallan separadas entre sí por largas distancias. Groenlandia y Labrador son los territorios con mayor densidad de establecimientos, mientras el Canadá tiene el menor número de aldeas y de habitantes por aldea (4).

9. La comunidad de lengua—aun incluídos los numerosos dialectos, perfectamente explicables por lo distanciados que viven entre sí—, la conformidad de tradiciones, leyendas y costumbres existentes, acusa su homogeneidad nacional. Ta-

(1) GMC., 285 a.

(2) PERBAL: L. c., 30.

(3) Creemos muy pequeño el número de 3.300 que le asigna el *Instituto Gallach*, p. 33 del t. II de *Las Razas Humanas*.

(4) *Inst. Gallach, Las Razas Humanas*, t. II, 33.

les costumbres, leyendas, tradiciones y lengua, que permite establecer su filiación y hallar su procedencia primitiva, son otras tantas ramas que los unen a las razas del Extremo Oriente. Un grupo de ellos, que no pudo atravesar el puente natural de las islas Aleutianas, se encuentra aún en el *Kamtchatka* siberiano, como para atestiguar el origen de los pueblos hiperbóreos del Nuevo Mundo.

Hasta los rasgos idénticos del rostro delatan su estrecho parentesco con los pueblos asiáticos. La exclamación espontánea con que se les acoge no bien aparecen entre los blancos, es invariablemente ésta: *Son japoneses*. De hecho, mezclados con los amarillos del archipiélago del Sol Naciente, en nada se los distinguiría (1).

Les ha sido impuesto el nombre de *esquimales* por los indios algonquinos del Canadá: *eskimantick* o *ayaeskimeow* significa *el que come la carne cruda*; porque los esquimales, atormentados frecuentemente por el hambre, llegan a comer, sin esperar a más, carne y pescado que exigirían tiempo interminable para deshelarse, ablandarse y cocerse en sus repugnantes pucheros, suspendidos de la mortecina lámpara aceitosa. Insertado dicho nombre por el Padre Charlevoix, S. J., en su Historia de Nueva Francia, ha sido también adoptado por los geógrafos y etnólogos europeos (2).

Ajenos, sin embargo, a él, los esquimales se designan a sí mismos con un vocablo que encarna su orgullo nacional, al par que su altivo desprecio por todo lo que es extraño a su sangre: *Innoit*: los hombres por excelencia (3).

(1) DUCHAUSSOIS: *O. c.*, 438

(2) DUCHAUSSOIS: *O. c.*, 444

(3) Intentan justificarlo con esta absurda leyenda: «La primera mujer—dicen ellos—se casó con un perrazo. Fruto de su unión fueron los hombres y perros. Los primeros quedaron en las costas del Océano Glacial, y son los esquimales, los hombres, los innoit. En cuanto a los cachorrillos, la mujer los metió en un zapato y los confió a las olas del mar, las cuales fueron depositándolos en diversas playas, donde viven hoy todas las razas: blanca, negra, cobriza y amarilla, según fuera el color de los primitivos perritos. De ahí que todos los hombres sean hermanos. Los Blancos—añaden—son los más parecidos a los innoit; sin embargo, son también inferiores por provenir de los primeros cachorrillos, mientras

El P. Petitot, O. M. I., que pasó con ellos parte de su vida en los hielos del Norte del Canadá, nos describe sus rasgos somáticos en los términos siguientes (1):

«Rostro casi redondo, con los rasgos anchos y planos de la raza mongólica, más ancho en los pómulos que en la frente, la cual va estrechándose; mejillas mofletudas, gordinflonas y rechonchas; occipucio cónico; boca rasgada, siempre abierta, con el labio inferior caído; barbucha de chivo, clara y rala, como su cabellera; ojuelos negros; color moreno y oscuro, tirando a aceitunado; cabellos gruesos, lisos, quebradizos y negros como el ébano...

Las mujeres, gruesas, corpulentas y elegantes, presentan una tez más blanca, mejillas más coloradas y facciones más delicadas que los hombres. Gustan recoger el pelo en lo alto de la cabeza a la usanza de las chinas y japonesas.

La estatura esquimal está más bien por cima que por debajo de la mediana; hay hombres muy altos, aun cuando la talla de las mujeres sea generalmente pequeña. Son bien proporcionados, anchos de espalda, sueltos en los ejercicios gimnásticos, excelentes bailarines y músicos consumados» (2).

ellos, los esquimales, nacieron ya bien formados del seno de la primera mujer.»

(véase el P. DUCHAUSSOIS: *O. c.*, 445.)

(1) DUCHAUSSOIS: *O. c.*, 438.

(2) Se encontraba casualmente en Francia el P. Petitot, cuando, en julio de 1875, época de la embestida racionalista que se empeñaba en negar y ridiculizar la autoridad de los Sagrados Libros en lo tocante a la unidad de la creación del hombre, formulaba en Nancy una Asamblea internacional de sabios americanistas esta blasfema conclusión: que siendo problemático el paso de Asia a América por el Estrecho de Behring, podía darse por no sucedera la inmigración de los pueblos indígenas del Nuevo Mundo.

Bastábale a la ciencia sectaria afirmarlo con gratuita afirmación para dar en tierra con la fe: si los indígenas de América no pudieron emigrar de otro Continente, son autóctonos; si autóctonos, la revelación sobre la unidad de la especie humana es un mito, y la Biblia se derrumba sobre las ruinas de su primera página.

En la sala se hallaba también presente el P. Petitot, que no podía tolerar semejante blasfemia, e invocando su título de misionero de los deneses y esquimales del Círculo Polar, suplicó modestamente se suspendiese el debate hasta el día siguiente. ¡Qué noche aquella para el misionero del Polo, que elaboraba en su cuarto una refutación irrefragable contra los portaestandartes de la ciencia! Habló los dos días siguientes ante una concurrencia numerosísima. Pegada al paladar su lengua por el silencio, los librepensadores le escuchaban confusos, mientras el auditorio

10. Entre estos aborígenes, lo mismo que en todas las regiones ocupadas por poblaciones incultas, existe una gran variedad de idiomas, que varía según los diversos grupos y subdivisiones. A cuatro grandes divisiones podríamos reducir los idiomas de Alaska, tan diferentes entre sí como lo pueden ser el inglés y el español.

En primer lugar, el *Haida*, lengua usada en la isla del Príncipe de Gales, al Sur del archipiélago Alejandro, que forma la Alaska meridional. Después viene el *thinklet*, hablado todo a lo largo del litoral y en las islas, desde Wrangell hasta Sitka, Juneau, Chilkoot, Yakutat y hasta la isla de Kodiak. A partir del Cook's Inlet, domina ya el *innuit* o *malamut*, que es la lengua de todos los esquimales del litoral del estrecho de Behring, del Océano Glaciar Ártico y península del Labrador, con ligeras modificaciones y variantes en sus diversos dialectos. Por fin, el *ten'a* o *nulato*, hablado por las tribus indias del interior de Alaska, y que es tan difícil como la misma lengua esquimal.

Aun podrían añadirse algunos idiomas más, como el *aleutia*, el *tanana*, el *tekat* y *stick*, pero o son de menor importancia, o nuestros misioneros no trabajan aún con los indígenas que los hablan. Del *thinklit*, del *ten'a* y del *malamut* o esquimal se han ocupado en sus estudios ya desde los primeros tiempos los Jesuitas: baste citar, como vía de ejemplo, los nombres de Jetté, Tosi y Barnum, de los que a su tiempo nos ocuparemos en nuestras páginas (1).

Hoy día, los misioneros del Norte tienen armas apropiadas

aplaudía sin cesar. El P. Petitot había triunfado; ni una sola de las celebridades científicas, reunidas allí de las cinco partes del mundo, pudo replicar a sus argumentos incontestables. Hasta el mismo Sr. Rosny hubo de confesar a continuación de la disertación del misionero: «Queda comprobado, por la comunidad de creencias, usos, costumbres, idiomas y armas con las razas asiáticas de Oceanía, por su recuerdo de otras tierras y, en especial de animales en las suyas desconocidos, que los esquimales, deneses y demás pieles- rojas son incontestablemente de origen asiático.»

El descalabro de la impiedad había sido mayúsculo, y el nombre del ilustre misionero norteno voló en alas de la fama por todos los ámbitos del mundo.

(Véase *Aux Glaces Polaires*, del P. DUCHAUSSOIS, 40-42.)

(1) J. B. RENÉ, S. J.: *Alaska: observations d'un missionnaire*, en *Études*, t. 76 (1898), 359.

das para luchar contra las dificultades de la lengua; pero en los primeros tiempos..., a la soledad imponente propia de las latitudes árticas, uníase la forzosa incomunicación con los naturales por la sencilla razón de que ignoraban su lengua.

Actualmente, cuando queremos familiarizarnos con un idioma extranjero, disponemos de gramáticas, diccionarios, profesores...; los misioneros del Polo, que no podían disponer de esos adelantos, veíanse forzados a permanecer mudos durante meses enteros, acostumbrando su oído extranjero a los sonidos guturales y gangosos de la pronunciación india o esquimal.

«Creí echarme a perder para siempre la garganta—escribe un misionero—ejercitándome en la pronunciación de sus *K* o *Kh*... Ahí es nada hacer salir una sílaba del fondo del estómago, introducirla violentamente en la nariz, y tragarla de nuevo dándole el golpe de gracia en la garganta, donde tiene que morir» (1).

Un ejemplo lo dice todo: el P. Francisco Barnum, S. J., en cuya reseña necrológica aparece esta nota sencilla, pero que debería llamarse, como asegura un protestante norteamericano, *el décimotercero trabajo de Hércules*. Su facultad—dice—semejante a la del genio, para aprender lenguas, le hizo capaz en poco tiempo de poder escribir una gramática esquimal (2). Y añade el citado norteamericano: «Más aún, dudo mucho si Hércules realizó jamás una obra erizada de tantas dificultades y a la vez con éxito tan feliz.»

Veamos por qué.

Era el P. Barnum oriundo de una de las familias más linajudas y aristocráticas de Baltimore (Estados Unidos). Criado y educado con toda la delicadeza y esplendidez que exigía el rango de su familia, había ya recorrido, al entrar en la Compañía, las principales naciones del mundo, vinculándole con numerosas amistades su temperamento atrayente y simpático. De esos viajes sacó tal caudal de ciencia en cuestiones de geografía, historia natural y etnografía, que con

(1) DUCHAUSSOIS: *O. c.*, 449.

(2) JOSÉ LEDIT, S. J.: *La gran obra del P. Barnum*, en *SM.*, 1923, 56.

razón sorprendía a los peritos. A pesar de todo esto, puede decirse de él que desde sus primeros años, una vez que se convirtió a la religión católica, vivió solamente para Dios y para la religión.

Nunca el mundo tomó posesión de su alma generosa; por eso prefirió dejarlo todo y lanzarse sin titubeos a la nueva y desconocida Misión, para trabajar en ella con toda humildad como un héroe. La grandeza de su sacrificio sólo quedaba compensada por la generosidad con que lo había hecho (1).

El año 1891, poco después de su ordenación sacerdotal, partía para la Misión de Alaska, donde por la variedad infinita de trabajos que debía realizar, estaba destinado a ser el hombre universal en Alaska en el transcurso de ocho años.

Sus luchas para el aprendizaje de la lengua nos las describe él mismo con singular donosura en una de sus cartas (2).

«Por ejemplo—dice—, estamos remando en una lancha. Tomas con una mano un remo, mientras lo muestras con la otra y preguntas: *¿Cha?*: *¿Qué?* El indígena a quien va dirigida la pregunta te mira con mucha serenidad y contesta: *Chuya-ugeoka*: *Quiero un trozo de tabaco*; y en seguida a apuntar en el inseparable cuadernito de apuntes: *Remo = Chuya-ugeoka*. ¡Esto va bien!, ya hemos comenzado. Poca cosa es, pero es algo. Vamos a ver qué tal el verbo.

Remas un poco más y preguntas otro *¿Cha?* Tal vez el improvisado profesor estará ya malhumorado por no haber aún recibido el deseado trozo de tabaco o, lo que aún es más verosímil, asustado al ver tus acciones misteriosas con lápiz y cuadernito, y pondrá punto en boca. Si acaso es muy despabilado te dirá: *Remaste*. Muy bien. Otro apunte más al cuadernito. ¡Pero caes en la cuenta de que no hay semejanza entre los dos vocablos! Es verdad, mas ¿y la hay en inglés? Adelante.

Después señalas a tu mismo profesor, y él te contesta: *¿Qué quieres?* Bien, he aquí la segunda persona del singular. Más tarde señalas al que rema detrás de tí, y *¿Cha?* otra vez.

(1) LEDIT: L. c., 57.

(2) WL., 1894, 59-65.



Foto 27.—Auténtica familia esquimal.—Nótese el tipo mogol.



Foto 28.—Los esquimales son amantes de la música.



Foto 29.—Atardecer de magia en Alaska



Foto 30.—*Cómo se construye un iglú (Norte del Canadá.)*



Foto 31.—*El P. Francisco Bar-nun en traje de viaje.*



Foto 32.—*El P. Felipe Delón con bajarones y parki.*

La inevitable respuesta será: *Vosotros dos remáis*. Es tiempo dual, pero bien estará lo apuntes como tercera de singular. Viene ya el último esfuerzo; es para aprender la primera persona del singular. ¿Cómo se dirá: *yo remo?*, y preguntas lo mejor que puedas. *Remas*, es la respuesta fatal. Si tal vez tu buen maestro piensa que se le pide juicio de tu arte en el manejo del remo, con sencillez admirable te contestará: *Remas bastante mal*.

Por la primera del plural te indicarán a ti mismo y a los demás remeros. Se te contesta: *Remáis*. Y si quieres saber la tercera del plural, entonces deja de remar, muestra a los demás remeros, y se te contestará en seguida: *Estamos cansados de remar*. Ellos quieren descansar y comer. Tú vuelves a tu Misión para formar el paradigma del remar. He aquí el fruto de tus trabajos:

Remo = Deseo un trozo de tabaco.

SINGULAR.

- 1.^a: *Remas bastante mal*.
 2.^a: *¿Qué quieres?*
 3.^a: *Vosotros dos remáis*.

PLURAL.

- 1.^a: *Remáis*.
 2.^a: *Remaste*.
 3.^a: *Estamos cansados de remar*.

A todo esto hay que comprobarlo todo, y se halla tras muchísimas fatigas como cosa cierta que esta palabra de *remo* va mal. En lugar de *Chuya-ugeoka* se descubre que se debía poner *Chavutet*. Después se nota que cuando te sirves de la primera persona, la persona dirigida toma poco interés, y parece enfadarse. Esto también tiene que estar mal. Y así se construye otra vez todo el tiempo, lo cual supone un trabajo inmenso.» (1).

Y si se encontraba tanta dificultad en obtener información sobre esta sencilla acción de remar, cosa de la vida ordinaria en Alaska durante el verano, ¿cuál no sería la que habría para descubrir las palabras más raras y menos usadas, y

(1) LEDIT: L. c., 59.

los giros más curiosos de la revuelta sintaxis esquimal?

Más tarde adoptó el sistema de llamar a su cabaña a unos cuantos ancianos del lugar y pasar con ellos las horas oyéndoles contar historietas, que procuraba trasladar él al papel lo mejor que podía. Pero ¡cuánta dificultad para tomar bien las narraciones! Y ¿quién podría corregir los traslados de Barnum? Hasta entonces nunca se había escrito en esquimal. Imposible que aquellas varias tonalidades, agudas o graves, del anciano, aquellas respiraciones más o menos duras, aquellas articulaciones completamente nuevas, aquellas bajadas y subidas de la voz que tanto influyen en la significación de las palabras, se expresasen por las vocales, consonantes y señales de la ortografía de los blancos.

Y una vez corregidas tantas palabras, había que comparlas, ordenarlas y clasificarlas, para así deducir las reglas fundamentales del lenguaje, construir los paradigmas y establecer los principios que regulan la composición de las palabras y de las frases. Aduzcamos por vía de ejemplo el caso de los numerales, que ilustrará el genio característico de esta lengua.

Uno, por ejemplo, se dice: *atau-u-chit*. *Diez* se dice: *Kolint*. *Once* se dirá: *Kolint atauu-chimuk chipluku* = *Diez y uno más*. *Veinte* se dice: *Yuenok*, y significa un hombre (porque éste tiene veinte dedos en las manos y pies). El número 31 se dirá: *Yuenok kolamuk chipluku atauuchimuk chipluku* = *Veinte y diez más y uno más*. Y por el estilo en lo restante (1).

De este modo llegó a componer su gramática, al precio de inmenso trabajo, mucha sagacidad, mucha paciencia, mucho celo por Dios y por las almas y mucha virtud rayana en heroísmo. En 1899, el nombre de *Barnum* desaparece de la lista de misioneros de Alaska. Su trabajo en el Norte estaba terminado. Sólo había estado ocho años, pero en ellos, merced a sus cualidades eminentes, había hecho prodigios.

Explorador, construyó caminos entre las varias misiones

(1) LEDIT: *L. c.*, 60.

de Alaska; *geógrafo*, trazó delicadísimos mapas de toda la costa que durante tanto tiempo había sido su amada misión, así como otros del misterioso interior, del desconocido Yukón y de sus numerosos afluentes; *etnólogo*, dió a conocer al mundo las tribus del Norte, sus costumbres y primitiva religión; *missionero Jesuíta*, por excelencia, hizo una gran obra de apostolado escribiendo su gramática, fundando Misiones y poniendo los fundamentos de la fe en las tribus abandonadas de *Tununak* y *Akulurak*.

Ahora le llaman los Superiores a Nueva York. En el mes de noviembre de 1921 moría el P. Barnum en la Universidad de Georgetown, en los Estados Unidos. Con sus trabajos monumentales y heroicos esfuerzos había logrado poner en manos de sus hermanos las armas apropiadas para que, vencidas las dificultades enormes de la intrincada lengua esquimal, pudieran lanzarse más presto a la evangelización de los naturales (1).

11. Morfológicamente es una lengua muy polisintética; pero, al contrario de muchas de las lenguas americanas, no tiene prefijos, sino sólo sufijos. Es relativamente pobre en adjetivos, adverbios y conjunciones, mientras se acumulan los sufijos. Tiene una fuerte separación de la declinación pronominal y nominal, sin separación del nominativo respecto del acusativo, sino del transitivo respecto del intransitivo, haciendo el primero el papel de genitivo (como en el vasco, el *thin-klet* y el *chukchi*); otros aspectos de su flexión verbal se parecen también al vascuence, al dakota y a otras lenguas americanas. Es rico en los modos verbales, poseyendo un interrogativo y un negativo. El sistema de numeración es el quinario (2).

No es una lengua bárbara. El *innuit* puede competir con cualquier idioma en riqueza de expresiones, y su tinglado

(1) Más datos sobre el lenguaje esquimal pueden verse en *Woodstock Letters*, 1894, 59-65, en los artículos publicados allí por el mismo P. Barnum, con el título general de *Life on the Alaska Mission*.

(2) PERICOT: *O. c.*, 445.

gramatical se llevaría ciertamente la palma por lo complicado. De su riqueza baste decir lo siguiente:

a) La declinación tiene *once casos*: nominativo, transitivo e intransitivo, genitivo, dativo, acusativo definido e indefinido, vocativo ablativo triple o *a quo, in quo, cum quo*, mediativo y asimilativo.

b) Cuatro números: singular, dual, plural y multitudinario.

c) Cada nombre es susceptible de tres significados distintos: pasado, presente y pretérito. Así, por ejemplo, *Perro* puede expresar la idea de *el que fué mi perro*, el que *ahora* es mi perro, o el que *será* mi perro. La terminación del nombre en esas diferentes significaciones es completamente diversa.

d) Los pronombres posesivos no existen aparte, sino en forma de sufijos que, al declinarse con el nombre, dan lugar a 1.080 inflexiones. Los nombres pronominales suben más arriba y no se contentan con menos de 1.800 inflexiones.

e) El verbo es una selva de combinaciones en la que se pierde el entendimiento mejor dotado.

Si a todo esto se añade la carencia absoluta de literatura, fácilmente se comprenderá lo difícil que ha de resultar dominar completamente la lengua esquimal (1).

Problema muy interesante y que se halla en relación con el origen de los esquimales, es el del parentesco de su lengua con otros idiomas del Viejo Mundo. Si éste pudiera ser demostrado, tendríamos un eslabón claro en la cadena que ha de unir las poblaciones de ambos continentes y roto en parte el mito del aislamiento y unidad americanos.

En cuanto a sus dialectos, con los grupos oriental, central, occidental y asiático, coinciden en el fondo con la división en tribus, por lo que no repetiremos cuanto respecto de éstos hemos indicado. Es notable la homogeneidad de tales dialectos, hasta el punto de que se parece más el esquimal occidental al groenlandés que al aleuta; tan sólo al Sur del

(1) LLORENTE: AB., 254.

estrecho de Behring los dialectos son bastante diferenciados (1). También es de notar su persistencia o conservadurismo, ya que parece seguro que en mil años ha sufrido pocas alteraciones, rasgos que contrastan con lo que se observa en muchas lenguas americanas (2).

12. Viven los esquimales desparramados por aquellas latitudes, formando acá y allá minúsculas reducciones que son las que constituyen los pueblos alaskeños. «Llegamos, por fin, al pueblo—escribe un misionero—, aunque os sorprenderéis, sin duda, demos tal nombre a un grupo de cuatro o cinco chozas subterráneas, más parecidas a las minas y trincheras de la guerra que a modestas casitas de vivir» (3).

Y así es la verdad, pues no merecen otro nombre sus originales *iglús* y *casas de invierno*. A pesar de todo, son una maravilla de ingeniería: medio enterradas en la nieve, están a veces construídas con doble pared, y los vanos van rellenos de tierra o de musgo.

El esquimal, que ha comprendido además que el aire frío

(1) PERICOT: *O. c.*, 445 s.

(2) Las demás lenguas indígenas no son más fáciles de aprender que la intrincada lengua esquimal. Como el P. Barnum facilitó el aprendizaje de la de los esquimales, también el P. Jetté facilitó con su gramática y diccionario la de los Ten'as, que se desparraman en el interior en todo el valle oriental del Yukón.

A título de simple curiosidad vamos a transcribir aquí el *Padrenuestro*, tal como lo rezan los Ten'as de Nulato, y a continuación lo pondremos en lengua esquimal o mahlemut. Los Ten'as dicen así:

«Terrarhoto nen yoyit teinta, nusa kaderhuta teteleksken tenazaia, nen rhononsla ketoyona inlán, norhvio konenkoka yoyit rhokatetan. Matetse nidoye tena tlanla tsorhoian, tsorhutlakatsen tenarho kalrhanelni, tsorhoka, tenatseini tsorhutlakatsen tsorhutotkela torhorhon, tsorhutlakatsen rhokotsetse tenaliko. Amen.»

En mahlemut o esquimal lo rezaban así los primeros cristianos de Akulurak y de Nelson:

«Atavut kelagamituten, Atran keniklutapikekut, tamaldomta ershakorput anaiekotamenret, umenan atorho pileaka nunam kaenanum kaetlun kelagamun. Chikerkut wanerpak tana piuktukut, Ipenun aka knean kartukut Ipet plukshitarpuk akakneankartok wankutnun, anertorkut ashilnoromuk. Amen.»

Como se puede ver en todos estos idiomas abundan las *K* y otros sonidos fuertes.

(Véase en *Etudes*, t. 76 (1898). 360 s. el artículo publicado sobre este tema por el P. JUAN BAUTISTA RENÉ.)

(3) SEVERIN: *Par delà le Cercle Arctique*, en *Xaveriana*, 1930, n. 76, 11.

es más denso y menos sutil que el caliente, ha dispuesto su interior de una manera más ingeniosa todavía: la entrada, un callejón estrechísimo de tres a seis metros de longitud, está situada en la parte más inferior de la vivienda y va a desembocar en una especie de antesala; de aquí arranca a su vez un ligero plano inclinado que lleva a la habitación propiamente dicha, situada por lo mismo en el plano más elevado de la casa. Así logran que el aire frío apenas pueda llegar adonde ellos habitan, a la vez que la llama de su lámpara, cebada con aceite de foca, es suficiente para mantener dentro una regular temperatura (1).

Los esquimales conocen diversos tipos de habitación, no sólo entre sus distintas tribus, sino también a causa de las condiciones de vida que acompañan al invierno y al verano. Al llegar este último, se lleva una vida nómada, dedicada a la caza y a la pesca, que exige un tipo de habitación más movable; ésta es la tienda de pieles, cónica, de Alaska.

En invierno se hace preciso buscar algo más sólido y resistente al frío, donde guarecerse, y así surgen las casas rectangulares de madera, cubiertas de tierra y con pasadizo de entrada subterráneo de Alaska, las casas circulares de piedra con techo de madera de Groenlandia y las casas circulares de piedra o turba con bóveda de costillas de ballena recubiertas de piel y tierra en la zona central.

En esta última, desde hace unos doscientos años se ha difundido la casa de nieve, llamada *iglú*, suplantando al *qarmang* o casa de piedra. La casa de nieve, de planta circular, muchas veces con anejos o con dos habitaciones para contener dos familias, tiene forma de cúpula, y se construye por medio de bloques de hielo en forma de sillares, cortados con cuchillos de hueso, que se superponen en caracol para formar la cúpula. Suele tener de tres a cuatro metros de diámetro y otro tanto de altura. Las plantas, rectangulares, no parecen ser propias de los esquimales, sino más bien importadas de Asia. En todos los casos hallamos el corredor de

(1) H. DE LAGREVOL, S. I.: *Avec les Esquimaux de l'Alaska*, JM. Janvier, 1936.

entrada y las pequeñas ventanas o aberturas para la salida del humo; unas banquetas colocadas a un lado de la habitación sirven de lecho, y frente a ellas queman lámparas de piedra con aceite de ballena, que dan luz y calor a la vez (1).

Este género de casas en forma de *iglú* no son corrientes entre los esquimales de Alaska.

Los blancos se ahogan en seguida dentro de aquellos tres o cuatro metros cúbicos de atmósfera constantemente respirada y saturada de miasmas nauseabundos: olor de aceite consumido, tabaco fumado, alimentos grasientos, corrompidos, y desechos de toda especie. El esquimal, en cambio, se halla a sus anchas. En breve, la lámpara, el aliento y la temperatura natural de los cuerpos transforman la colmena de nieve en horno hirviente. Cada huésped se desprende entonces de toda sobrecarga, si ya no es de toda carga de vestido.

Naturalmente, estas construcciones tan sólo se dan en los parajes solitarios de la tundra; la mayoría de los pueblos grandes alaskenses tienen ya sus edificios de buena estructura arquitectural.

Con construcciones de tal calidad, nada de extraño tiene que a veces se vea enterrado en vida el misionero. «Por la tarde—escribe uno de ellos—, llegado que hube al villorrio, me acomodé como pude en uno de sus antros para dormir. Al despertar, la oscuridad era absoluta, y bien arrebujaado en mis mantas calientes procuré de nuevo conciliar el sueño. Después de un buen rato, que me pareció ya de duración anormal, la oscuridad completa perduraba aún; enciendo el mechero..., y la aguja de mi reloj marcaba las dos de la tarde. Mi casa había sido durante la noche sepultada por una furibunda tempestad de nieve. Cuando terminaba de abrir un agujero para poder respirar aire puro era hora de volverme a acostar» (2).

El P. Delón, de quien más tarde volveremos a ocuparnos, va describiendo en sus cartas interesantísimas las típicas viviendas esquimales que iba encontrando en sus correrías;

(1) *Inst. Gallach, Las Razas Humanas*, t. II, 34.

(2) T. SEVERIN, *S. I., O c.*, 11.

no nos detendremos a exponer sus reflexiones, por coincidir más o menos con lo que hasta aquí llevamos descrito; tan sólo añadiremos lo que a sus ministerios se refiere: ha llegado ya a un pueblecito esquimal y escribe: «A la mañana siguiente dije Misa debajo de la ventana que, siguiendo la costumbre del país, está colocada en la mitad del techo; la familia estaba agazapada alrededor de mí; podían, sí, arrodillarse, mas no estar de pie, por lo bajo de la techumbre; y yo mismo, a pesar de estar en el punto central, apenas si podía volverme para decir el *Dominus vobiscum*» (1). Y así prosigue con otras descripciones del mismo jaez; en todas, colocándose bajo la claraboya del techo, arreglaba su maleta para que sirviera de altar y... también allí se dignaba bajar el Rey del Cielo.

El mismo misionero, por su parte, no tiene muchas veces en el punto central de su distrito una casa mucho mejor que la de los naturales, aunque muestre al exterior una apariencia más esbelta y arquitectónica: un amplio local dividido en dos departamentos por una vieja vela de navío; el más capaz de los dos forma la *Basílica*; el otro es la casa del misionero, que le sirve a un mismo tempo de cocina, refectorio, enfermería, biblioteca y dormitorio. Y la obra maestra de toda esta instalación la constituyen las ventanas con seis placas fotográficas a guisa de cristales. ¡Una maravilla! (2).

Tras los días lóbregos del invierno glacial aparecen por fin los primeros rayos del sol de primavera y estivales, cuando los indígenas abandonan ya sus *iglús* malolientes y se dispersan en las direcciones de los cuatro puntos cardinales, a fin de buscar el alimento con que han de sustentarse todo el año.

13. El gran acontecimiento es el *rompimiento del hielo* fluvial. Hasta aquí ha resistido a los cortantes rayos del sol, pero de pronto una larga faja de hielo, a veces de varias millas de longitud, comienza a moverse con lentitud río abajo.

(1) F. DELÓN, S. J.: *WL.*, 1917, 304-324: 19 de marzo.

(2) T. SEVERIN, S. I.: *L. c.*, p. 12.



Foto 33.—*Animales totémicos entre los indios del Sur.*



Foto 34.—*Jovencitas de Holy Cross. Tipo mestizoide.*



Foto 35.—*Después de una tempestad de nieve.*



Foto 36.—*Pesca marina al borde del abismo.*

Un ruido ensordecedor aturde los oídos, pues la rápida corriente arrastra gigantescos bloques de hielo de varios metros de espesor, que chocan y se estrellan entre sí con violencia incalculable.

Infinitas toneladas—escribe el misionero de Nulato—han pasado ya por aquí, y el río no quedará limpio hasta dentro de unos días, en que el hielo de 1.500 millas del Yukón y el de sus tributarios haya pasado por Nulato camino del mar de Behring. El hielo de las orillas ha estado derritiéndose durante días enteros, mientras el sol, sin pestañear, lanzaba todos sus rayos hacia el Yukón. Como el silencio ha sido la nota dominante del invierno, así el ruido de las corrientes lo es de la primavera. Tan pronto como el hielo se rompe y los bloques desaparecen, comienza el gran río a elevar extraordinariamente su nivel, haciéndose posible toda clase de navegación (1).

14. La época de la *pesca* queda inaugurada; en unos días se despueblan casi todas las localidades del interior y aparecen como por encanto numerosos y diminutos campamentos a lo largo de Yukón y sus afluentes, cuando no se atreven los esquimales a disputar su presa a las mismas olas del mar. Y los que en invierno, al escasear los víveres, veíanse forzados a buscar los pocos agujeros que a través del hielo endurecido abren las focas marinas para poder respirar, con el fin de atraerlas hacia sí por medio del ruido producido al raspar las capas heladas (2), bregan ahora en plena corriente con sus barcos y aparejos de pescar, a fin de recoger el rico botín que les envían los mares.

El pescado, en efecto, constituye el plato fuerte en el Norte; por muy felices se tendrían los habitantes de aquellas tristes regiones si lo tuvieran constantemente asegurado. Y es que el pescado de la vertiente del Océano Glacial Artico sabe a delicias, sobre todo cuando no hay otro manjar que pueda sustituirlo. Tan pingoso es de suyo que, cocido en su pro-

(1) LUIS ELINE, S. I.: *La Misión de Alaska* (S. M. (1922) 139).

(2) *Inst. Gallach, Las Razas Humanas*, t. II, 34.

pia grasa, no necesita otros condimentos para darle sustancia. Su variedad es tal, que se dijera haber proporcionado la Providencia especie diferente para cada gusto: sollos, carpas, truchas, arenques y sobre todo salmones (1).

En efecto, apenas se ven libres de hielos los ríos alaskenos, millones de millones de salmones, que rebullen en las profundidades de los mares tropicales, viran a una en dirección Norte, y aletean afanosos buscando las desembocaduras de los ríos nortenos, en que fueron incubados cuatro años atrás. Van a desovar. No hay río, ni riachuelo, ni arroyo que no invadan a porfía. El Yukón da cabida a millones que suben por sus aguas saturadas de lodo pegajoso. No en vano es Alaska el país donde se pesca más salmón.

Si han tenido la fortuna de escapar a las garras de osos negros y blancos, que se entretienen en los riachuelos en darles tremendos zarpazos, o del afilado pico de las águilas voraces, que se lanzan rápidas contra la superficie para remontarse airoso con un salmón prendido en sus picos encorvados, vendrán a topar con las redes infinitas de los pescadores nortenos, que no desaprovechan ese plato escogido que les ofrece para todo el año la generosidad exquisita de los mares.

Pululan todos ellos en las aguas septentrionales, bien que prefieren ciertos sitios que importa grandemente descubrir; emigrantes todos ellos, atraviesan los ríos por especies en épocas diversas y en bancos apiñadísimos; no hay tiempo que perder; si la suerte es propicia se ha salvado ya la situación de los naturales: debidamente ahumada y preparada pesca tan copiosa, se conservará como rico tesoro que servirá de alimento en el invierno; pero si el botín codiciado no hubiere sido abundante..., ¡ah!, entonces el espectro del hambre se les presenta en toda su pavorosa realidad, con la agravante de tener que salir, desafiando el huracán y la borrasca, en busca de subsistencias.

Y cuántas veces los esquimales, que viven casi siempre en la abundancia durante el verano, persiguiendo el caribú

(1) DUCHAUSSOIS: *O. c.*, 132.

trashumante, se ven expuestos en invierno a espantosos ayunos. Basta que las reservas no respondan a sus necesidades y que, por otra parte, las tormentas que soplan de diciembre a marzo barran por largo tiempo la superficie del Océano y les impidan descubrir, como hemos dicho, los agujeros que las focas practican en el hielo para respirar. Entonces los infelices no tienen más remedio que devorar los zapatos, aljabas, cuerdas de arcos y aun hasta sus mismos vestidos de pieles.

Sabido es que la pesca en Alaska es la industria más rica desde que pasó a ser posesión de los Estados Unidos, y que aún hoy ocupa el primer lugar. Durante los veinte años que sucedieron al de 1899, época de la actividad minera en todo su hervor, pareció quedar relegada a segundo lugar; hoy ocupa de nuevo el primer puesto. La riqueza invertida y sacada en la industria pesquera se evalúa en muchos millones de dólares: 60.000.000 en 1918, que fué un año especialmente fructífero.

Está en primer lugar la industria del salmón, que requiere al mismo tiempo crecidos capitales; después el halibut, que a diferencia del salmón, explotado a veces por Compañías extrañas, es cazado por pescadores del mismo territorio, que pilotan sus propios navíos. Las industrias del arenque, bacalao y ballena les siguen en importancia. La pesca y cría del salmón, sobre todo, está regulada por el Gobierno federal, a fin de que no desaparezca con una sistemática explotación pesquera. Los indígenas, sin embargo, están autorizados para pescar en cualquier época del año.

También nuestros puestos misioneros de las riberas del Yukón, *Holy Cross* y *Akulurak* sobre todo, organizan sus pequeñas excursiones pesqueras y tienen montada su pequeña industria para preparar y curar el salmón, que ha de servir de alimentación a misioneros y canes durante los meses del invierno inhospitalario.

Grandes barcazas pesqueras y ruedas de pescar con otros utensilios se plantan en medio del Yukón, hasta que repletas las barcazas, vuelven a la Misión con tan preciada mercan-

cía para dejarla en manos de religiosas y rapazas preparadas al efecto, que llevan a cabo la debida preparación. Cuando las necesidades de la Misión quedan satisfechas para el año entrante, sigue funcionando la pesca para proveer de alimentación también a los fieles del distrito. La pesca, el salmón, es el plato favorito del Norte.

15. Digno complemento de la pesca es la caza: fórmanse nutridas partidas de expertos cazadores, que durante varias semanas surcan lagos y ríos en sus barquichuelas o *kayaks* (1) en busca de patos, gansos silvestres y otras aves marinas, o recorren inmensas extensiones de terreno en busca de liebres, zorras, osos y demás fauna terrestre de los campos alaskenos. ¡Qué gozo y qué alegría bulle en los pechos infantiles al ver volver a sus papás cargados con el ansiado botín! No sólo encontrarán en él un sabroso y duradero manjar, sino también los codiciados vestidos y *parkis*, que de sus pieles fabricarán sus mamás durante los meses de crudo invierno.

La caza de foca, aunque se efectúe en el mar, entra mejor bajo la denominación de caza que bajo la de pesca, por el modo como se lleva a cabo su captura. Esta puede hacerse de dos maneras: una de ellas, empleada en invierno, consiste en vigilar los agujeros que en el hielo existen, y a los que las focas deben acudir a respirar, provocando incluso

(1) Son los *kayaks* una obra de verdadero genio que muestra palpablemente el instinto del esquimal: «Método el más apropiado, dice *Richert*, para convertirse el hombre en pez.» Son una especie de piraguas ligerísimas, sumamente estrechas y alargadas, que puede transportar el esquimal sobre sus hombros, siempre que tenga que cambiar de lago o de río. Construídas con ligeros listones de madera, sabiamente acoplados sin necesidad de clavos algunos, están recubiertas de pieles cosidas entre sí, excepto una pequeña abertura que se reserva en la parte superior y se adapta perfectamente al cuerpo del marinero. En adelante, remero y embarcación no forman ya más que una sola cosa: puede desaparecer de la superficie y volver a aparecer de nuevo sin que haya penetrado una sola gota ni tenga necesidad el esquimal de secarse la cara, en la que, por lo demás, resbala el agua sobre una epidermis grasienta. Ligeros empujes de remo le imprimen velocidades insospechadas, pudiendo de ese modo fácilmente perseguir aun a las más veloces bestias marinas. (V. J. M. (Janvier 1936) 7).

su salida por medio del ruido causado al raspar sobre el hielo, y entonces fácilmente se las arponea. En verano, desde el *kayak* se arponea a focas y morsas con el arpón provisto de cuerda y flotador. En primavera se acerca el cazador a la foca que toma el sol sobre el hielo, cortándole la retirada.

Mayor perfección indica la caza de verano en el mar; para ella se usa el *kayak*, y el pesado arpón de invierno se cambia por un arpón ligero, que se lanza con la ayuda de un propulsor; con el arpón, que lleva anejo un flotador, se fija el animal, al que en realidad se mata con la lanza. La ballena es cazada también con el *umiak*, sobre todo por los esquimales del Oeste, reuniéndose gran número de personas para ello. En Alaska la foca se caza también con red, en invierno. La foca es el gran plato providencial para los esquimales más nortños: de ella obtienen la piel para sus trajes, la carne para su mesa y la grasa que constituye el único combustible de que disponen en invierno.

El reno y el buey almizclado constituyen objeto de cacerías por el interior, en pleno verano, cuando la nieve se ha fundido; ambos animales son necesarios por sus pieles, que sirven para el vestido de invierno, y no constituyen propiamente una caza ártica, pues es más propia del interior; en la actualidad se van generalizando mucho los rebaños de renos domesticados. El buey almizclado y el oso se cazan con el arco y con la ayuda de perros.

Entre sus aparejos de caza y pesca, muy ingeniosos a veces por cierto, no pueden faltar los medios mágicos, ya que en sus expediciones llevan consigo estatuillas—talismanes de hueso y marfil—representando al animal que se trata de coger (1).

Así se desliza la vida del esquimal en los solitarios páramos nortños: en verano sale el marido a pescar y cazar, mientras permanece en casa la mujer ocupada en sus trabajos cotidianos; y en invierno no saldrán de sus *iglús*, confeccionando su vestimenta o aderezando sus botes, aparejos y tiendas para las cazas y pescas del próximo verano.

(1) *Inst. Gallach, Las Razas Humanas*, t. II, 34 s.

16. A pesar de todo muestran buenas dotes intelectuales; puede decirse en general que, ávidos de instruirse, escuchan con atención, penetran con rapidez y retienen con facilidad; hasta apunta en ellos marcada tendencia los chistes; siempre alegres y comunicativos, el menor chascarillo les hace desternillar de risa (1). Siempre el buen humor aparece como un rasgo de su carácter. Impedir a los esquimales cantar y danzar—decía uno de ellos con gracia—sería tan bárbaro como el cortar a un pajarito la lengua (2).

Es verdad, porque tanto los indios del interior como los esquimales de la costa son grandes aficionados a la música. Cantan a su modo tonadas indígenas con acompañamiento de tambor, y con sus canciones y danzas se pasan en sabrosa animación las noches eternas del invierno. Los cantos son monótonos en demasía y no muy agradables al oído europeo; el lugar de sus reuniones es el *Kasino*, donde tienen entrada libre los hombres y los muchachos; las mujeres tienen que esperar a que se las invite, cuando a los cantos han de acompañar sus bailes y danzas originales.

Es sorprendente la seriedad y gravedad con que las danzas siguen su curso, y que haría sonreír a todo habitante de los países civilizados. En el centro del *kasino*, un hombre arrodillado y desnudo desde la cintura para arriba y con vistosas plumas en las puntas de sus dedos mueve, sin moverse del lugar, todo el tronco de su cuerpo, de la manera más grotesca y original, a derecha, a izquierda, hacia adelante, hacia atrás; al cabo de unos minutos aquel ejercicio violento arranca gruesas gotas de sudor, que se deslizan con dificultad a través de su cuerpo grasiento. Los demás participantes al acto cantan al unísono los aires y tonadas más típicas y salvajes. Las mujeres a su vez, colocadas ordinariamente detrás del corifeo, van reproduciendo sus movimientos con gestos graciosos y variados. Su vestido es muy modesto; su actitud, irreprochable.

(1) DUCHAUSSOIS: *O. c.*, 440.

(2) H. DE LAGREVOL, S. I.: *Avec les Esquimaux de l'Alaska*, JM., Janvier 1936, 7.

En todas sus fiestas, la música se lleva la mejor parte, y así tiene que ser, pues fácilmente caeremos en la cuenta de lo que la música significa para unos hombres apartados del resto del mundo por distancias infinitas, y privados de todas las distracciones de que gozan los hombres que viven en sociedad. Por todas partes el silencio torturador del desierto; por doquiera la nieve o el glacial, sin que jamás el canto dulce de las aves ni el ropaje siempre cambiado de la naturaleza campestre venga a alegrar la severidad austera de esta naturaleza polar.

Los misioneros comprendieron pronto esta necesidad del indígena, y la religión, que trae a las almas las hondas consolaciones de lo alto, no podía menos de ofrecerles sus enseñanzas, ataviadas galantemente con el ropaje siempre nuevo de la música.

Desde un principio, en cuanto llegaron a la Misión algunos Padres entendidos en música, empezaron a componer cantos religiosos, teniendo como base para sus letras el catecismo, las oraciones, las ceremonias religiosas y otros mil asuntos diferentes de cacerías y pescas. Conocidas son las piezas musicales de los Padres Muset y Robaut. Hoy día, en nuestras escuelas misioneras, los coros de tiples alegran con sus melodías angelicales las soledades infinitas que en todas direcciones les rodean. Impedir a los esquimales cantar y danzar sería tan cruel como el cortar a un pajarito la lengua (1).

La industriosa habilidad de que dan prueba en su lucha constante contra los elementos, así como en la adquisición de los medios de subsistencia, refleja muy a las claras la agudeza de su ingenio. Sin la ayuda de herramientas que nosotros juzgamos absolutamente indispensables para la construcción del mobiliario, fabrican ellos, con perfección suma, armas, utensilios y chucherías de lujo. Maravilla es, por sí sola, su diminuto *kayak*, que, como ya hemos visto, con un solo empuje de remos vuela sobre las aguas.

(1) J. B. RENÉ, S. J.: *Alaska: Observations d'un missionnaire, Etudes*, t. 76 (1898), 362 s.

Saben además forjar maravillosamente el hierro que encuentran entre los restos de navíos naufragados, fabricando con él su terrible cuchillo de dos filos. El gusto por la escultura les es innato. Pulimentan con primor y cincelan delicadamente el marfil de la morsa y los huesos del reno; con ellos obtienen diversos objetos, transformándolos en mangos de utensilios, dardos, agujas, estuches, pendientes y anzuelos. No pocos artistas europeos podrían recibir lecciones instructivas.

Comprobación curiosa: se ha notado que las puntas de sus flechas y arpones, rematadas en pedernal, marfil y jade, imitan las formas halladas en las excavaciones asirias y egipcias.

Los esquimales demuestran poseer un gran sentido del dibujo y de la decoración, ofreciendo en esto cierto parecido con las tribus del O. de Europa durante el Paleolítico Superior. Dibujan con gran soltura escenas de la vida diaria, especialmente de caza, y por el gusto de hacerlo; tallan con gran habilidad piezas de hueso, marfil y asta, y en ellas y en trozos de piedra reproducen, por incisión, a sus animales favoritos (foca y reno). Como nuestros antepasados prehistóricos, tallan también pequeñas esculturas representando cabezas o el cuerpo entero de estos mismos animales; también tallan botones, tiaras y peines de marfil. Sus dibujos representando escenas tienen un valor de escritura figurada, con lo que pueden contar los hechos corrientes que acaecen en su vida.

Las tribus que se distinguen por su arte decorativo peculiar son las del Este de Groenlandia y las del Yukón; éstas, por influencia de los indios del NO., construyen también máscaras. Son curiosísimas las filigranas y estatuillas que tallan estos esquimales alaskenos con los colmillos de marfil del *walrús* o vaca marina. Los collares del *walrús* lucen vistosamente en el cuello de las señoras, que no titubean en comprarlos a buen precio. ¡Cuántos esquimales se proveen con este tráfico de lo necesario para la vida!

Su sentido artístico y su imaginación se manifiestan asi-



Foto 37.—*Salen a respirar en la superficie.*



Foto 38 —*Pueblo alaskano.—A la izquierda, el Kasin*



Foto 39.—*El baile del ganso entre los cazadores esquimales.*



Foto 40.—*El veloz «kayak» de los esquimales.*

mismo en su tesoro de cantos, leyendas y tradiciones y en su afición a la música, que imita a veces el murmullo del agua de sus ríos. La misma imitación de la Naturaleza se encuentra sobre todo en sus baladas. Sus cantos se acompañan con una especie de tambor, y se baila también acompañando las comidas; así es que las danzas, a veces de un carácter pintoresco, y sus juegos de destreza, forman una parte muy esencial y una de las pocas notas alegres dentro de la vida de los esquimales. Muchas veces las disputas se deciden pacíficamente por medio de una especie de torneo poéticomusical, otorgando el auditorio la victoria al que más hábil se muestra en el mismo. Por desgracia, muchos de sus festivales, y con ellos sus cantos nacionales y danzas, van perdiéndose ante el influjo creciente de la civilización (1).

17. Hecho tal vez más sorprendente aún es el que hayan resuelto el problema de vivir sin fuego, y con relativa comodidad, en las rigurosísimas temperaturas del invierno boreal. No es que sean incapaces de encender, sin recurrir a nuestras cerillas químicas, las materias inflamables, puesto que saben hacer brotar chispas de dos pedazos de pirita de hierro, y hasta conservar en sus moradas una lamparilla, cuya mecha—un pelluzgón de musgo—se alimenta con aceite de foca o ballena. Mas reducidos a hallarse habitualmente lejos de todo combustible, han tomado, por decirlo así, el último partido: construir sus curiosos *iglús* o casas de nieve, tan pronto como asoman los primeros rigores del invierno, llegando de ese modo al colmo de la ingeniosidad humana: *servirse del frío para protegerse contra el mismo frío*.

Así son los hijos de las nieves que buscan nuestros misioneros; en el próximo capítulo, en que hablaremos de la religión que profesan, daremos nuevos datos, que ayuden a completar su carácter.

(1) *Inst. Gallach, Las Razas Humanas*, t. II, 37 s.

V

RELIGION

1. Dogmas y creencias.—2. Chamanismo y prácticas chamanísticas.—3. Inferioridad de la mujer entre los indios del interior y la costa.—4. Abandono infantil y vejez desdichada.—5. Deficiencias del esquimal: la mentira.—6. Robo y asesinato.—7. Fisonomía moral.—8. La hospitalidad.—9. Los esquimales cristianos, gozo y corona del misionero.

1. La religión de los indios podría resumirse en estas palabras: culto a los espíritus por medio de la magia (1). Bien pudiéramos decir que no son idólatras ni fetichistas. Cada tribu organizada cree en un ser supremo vago y misterioso, criador del mundo conocido, y que se manifiesta en una infinidad de espíritus buenos y malos; o por mejor decir, esa idea de ser supremo vago y misterioso, pero *bueno*, se encuentra como anulada por otra idea más fija y trascendente en su vida práctica, que parece resumir toda su concepción religiosa: el miedo al espíritu *malo*. Este miedo es el que caracteriza el medio ambiente general religioso en que se mueven, es el móvil de todos los actos que pudiéramos llamar religiosos.

¿Pero cuál es la realidad de este espíritu maligno, cuyo temor les obsesiona? No lo saben: su nombre es *Nekedzaltara* o *Trontezé* (diablo), llamado en otras partes *Chariok*. Si por ventura cayeren enfermos, si no pudiesen tomar pescado, si les sobreviniese cualquier desgracia o malestar, el diablo y sólo él es el único causante de todo. Cuando el

(1) GMC., 280 a.

trueno retumba y ruge la tempestad, es el mal espíritu que lanza gritos de desesperación; cuando el viento se enfurece y en mil torbellinos revueltos levanta nubes de polvo y de nieve que ciegan y desorientan, es el mal espíritu que pasa; cuando el indígena siente el mal sino de la adversidad, es el mal espíritu que descarga sobre su vida el golpe fatal de su certera venganza (1). Con todo, en medio de estas ideas aterradoras y obsesionantes con que les agobia el espíritu del mal, siempre queda flotante en su vida la idea del Ser supremo, espíritu del bien, conocido entre los indígenas de la costa con el nombre de *Nunalugtha*; *Agoughauk* le llaman muchos de los habitantes del Archipiélago; *Shliam-Shora* los de Kodiak y *Yeshl* o *Yehl* los de la estrecha faja costera colindante con Canadá (2).

Creen asimismo en la supervivencia del alma, con sus respectivos premios o castigos, conforme haya sido su modo de proceder en este mundo; los justos tendrán una vida bienaventurada y feliz, sumergidos en los fondos oceánicos donde los peces abundan (3). O como confesaba un mestizo al P. Llorente, hablándole de las creencias de los esquimales antiguos antes de que tuvieran rozamiento alguno ni con los ortodoxos ni con los católicos:

Los buenos—le decía—, los amigos del trabajo, los generosos, los que no se embriagaban cosa mayor, los que evitaban el robo y el homicidio, los veraces..., todos éstos, al morir, pasarían sin dificultad alguna el anchuroso río que separa esta vida mortal de la eterna. En cambio los malos, los embusteros, los ladrones, los homicidas y los borrachos empedernidos serían anegados en las ondas turbulentas de aquellas corrientes, que los arrastraría a un lugar pavoroso, donde se verían constreñidos a trabajar sin descanso, incapaces siempre de saciar el hambre, que los devoraría. Los buenos, después de arribar a las playas eternas, tendrían

(1) A. RAGARU, S. J.: *Alaska: Moeurs et coutumes, Etudes*, t. 60, 300.

(2) R. CRIMONT, S. J.: *V. Catholic Encyclopedia: Alaska*.

(3) H. DE LAGREVOL, S. J.: *Avec les Esquimaux de l'Alaska*. J. M., enero 1936, 8.

caza, tabaco, azúcar, todo cuanto quisiesen, en la abundancia que lo quisiesen y con un trabajo casi nulo (1).

Dentro de cierta unidad fundamental existen grandes diferencias entre las ideas religiosas de las tribus del E. y del O. Común a todas es el animismo y el *Chamanismo*. El *chaman*, llamado *angedkok*, cuyo poder deriva del *Tornassuk*, espíritu superior, especie de espíritu del mal, es el que preside las danzas rituales, y ejerce la magia y la medicina, utilizando especialmente mil máscaras grotescas. El esquimal cree también en la influencia de un espíritu (*tornak*) en todo ser, y entre estos espíritus los hay que son hostiles al hombre y le ocasionan desastres. El hombre tiene un alma (dos y tres entre algunas tribus). Sin embargo, el desarrollo ritualista de la religión esquimal es pobre; antes de comenzar el invierno tienen lugar los grandes festivales religiosos (2).

Su creencia en la transmigración de las almas es origen de las más tontas y ridículas supersticiones; según ella, pasan a informar otras sustancias, aunque sea la de un palo seco. El P. Judge, S. I., nos cuenta a este propósito un caso curiosísimo que le fué dado presenciar. Al acercarse a un pueblo esquimal, topó en las afueras con un buen grupo de vecinos que, acurrucados en torno a unas estacas, estaban como en actitud de orar. En un momento comprendió el porqué de aquella pantomima; y con esa flemma y tranquilidad tan propia del norteamericano, despójase de su abrigo, lo cuelga en una de las estacas sagradas y sin más preámbulos les habló un buen rato sobre la ridiculez de aquellas tontas y supersticiosas creencias.

Los esquimales, por lo común, no celebran ceremonias mortuorias cuando pierden uno de los suyos; sin embargo, temen a los aparecidos, y sus adivinos tratan de conjurar el maleficio. Temen a *Tunya*, el espíritu invisible que vive en la tierra, en el agua y en el cielo; y a *Kiolya*, el espíritu de la aurora boreal; y cuando se ven obligados a salir de

(1) LLORENTE: AB., 216.

(2) Inst. Gallach, *Las Razas Humanas*, t. II, 37.

noche, sin estrellas, se arman de un bastón de marfil para apartar los genios maléficos.

La mitología de los esquimales es muy rica e interesante. El mito más divulgado es el de la diosa *Sedna*, de la que dependen los animales marinos utilizados por los esquimales, nacidos de sus dedos, y que ella envía a los hombres, excepto cuando es molestada por animales dañinos; en este caso debe aplacarla el *chaman* o *angekok*. Según otros mitos, el hombre proviene del perro; los peces, de virutas, etc. (1).

Dada aquí una vista de conjunto de la primitiva religión alaskaña, vamos ahora a descender a más pequeños detalles: comenzaremos primero por los indios; después hablaremos de los esquimales.

2. Como los buenos espíritus no inspiran ningún temor, de ahí que los indios no les prestan atención ninguna. Su ocupación única será, por lo tanto, aplacar a los espíritus malignos; con lo que toda su religión viene a reducirse al culto de Satanás: eso es el *Chamanismo*.

Créense víctimas de dos clases de enfermedades distintas: unas que les roban el alma; y originadas otras por algún hechicero mal intencionado que les envía un espíritu para atormentarles el cuerpo. Ambas pueden desaparecer por medio de encantamientos, redobles de tambor, sesiones de ventriloquía y estricta observancia de los *tabús*, tanto por el paciente como por los miembros restantes de la familia.

Sus prácticas, por lo tanto, no consistirán más que en ofrendas y supersticiones a los genios del mal, con el fin de verse libres de su nefasta influencia. El *chaman*, a cuyo cargo corren los ritos del culto, es a un mismo tiempo el hechicero y el médico de sus tribus; a su poder se someten no ya sólo los espíritus, pero aun las enfermedades y los elementos; él es dueño de la prosperidad y la adversidad, de la buena y mala fortuna; según sea el número de espíritus a que se extiende su acción, será el honor y reverencia que

(1) *Inst. Gallach, Las Razas Humanas, t. II, 37.*

los indios le tributen, y el medio de que él se valga para redondear su fortuna (1).

El P. Jetté en una de sus cartas, fechada en Nulato el 11 de agosto de 1902, nos habla de dos clases de *chamans*. «Hay aquí entre nuestra gente dos clases de chamans o hechiceros; habrá notado ya que me abstengo de llamarlos *medicine man* (*hombres de medicina*), y es porque también tenemos *medicine women*, hechiceras con idéntico poder de chamans que los hombres. Pues bien, tenemos chamans de dos clases: los que lo son en virtud del *sen* y los que lo son en virtud del *kaghúnik*. El *sen* es un espíritu, o más bien una comunicación sobrenatural del espíritu; el *kaghúnik* es un talismán a manera de hueso, muy raro, que al ser recibido e impuesto con un complejo ceremonial de ayunos y sacrificios de determinados animales rituales, transforma a su poseedor en chamán. Ambas clases chamanísticas son veneradas y temidas por los indígenas supersticiosos» (2).

El P. Tosi, por su parte, añade los siguientes datos (3): No hay duda ninguna de que algunas veces en las supersticiones y sortilegios de los chaman hay comunicación directa con el demonio; aunque en la mayoría de los casos no se trata más que de astucia y brujería para engañar a los infelices y vivir guapamente a su costa. Si hay alguno que se les ponga de frente, al punto se dan por derrotados.

Una noche se juntaron una docena de hechiceros para *hacer la medicina*, como ellos dicen, en torno a la casa del Padre, a fin de atraerle alguna enfermedad. El P. Tosi sonreía bonachonamente a sus extravagantes conjuros; su salud siguió sana y robusta como nunca, y los hechiceros se disculparon tranquilamente diciendo que sus espíritus no tenían poder sobre los extranjeros.

La dignidad se transmite de padres a hijos, a no ser que otro extraño pague una buena cantidad de pieles para ser admitido en la casta. Su arte consiste en adivinar las cosas

(1) BAETS: *Mgr. Seghers*, p. LXXX.

(2) WL., 1902, p. 332.

(3) P. TOSI, S. J.: *L'Alaska e i suoi primi esplotari*, 64 s.

ocultas, conocer las lejanas, predecir el futuro, curar las enfermedades y otras semejantes. Según ellos, todo es obra del espíritu maligno, que no puede ser eliminado sino por otro espíritu más fuerte y más perverso que él. Por consiguiente, toda labor del hechicero ha de consistir en obligar a este espíritu más poderoso y maligno a remediar los males hechos por su compañero más débil; para conseguirlo ha de trabajar insistentemente el chaman, y es necesario, por consiguiente, remunerarlos con esplendidez. Y será menester tenerlos siempre contentos, ya que son ellos los que no sólo podrán revelarles los acontecimientos futuros, descubrir el paradero de individuos u objetos perdidos, alejar los peligros inminentes y prometer abundancia de alimentos, sino también curar a los indígenas de sus enfermedades cotidianas, matar a los rebeldes con secretos encantamientos y ejercer un poder mágico y eficaz sobre las aves del cielo, sobre las fieras del bosque y sobre los peces de los ríos y del mar (1).

Asistamos a una de las sesiones en que ejercita el chaman su influencia. Va a comenzar la ceremonia al ponerse el sol y durará hasta la aurora; unámonos también nosotros a los que, deseosos de tomar parte en ella, se dirigen en tropel al *kasino* popular.

El *casino*, *kazin* o *kasin*, es la gran institución de Alaska; consiste en un gran cuadrángulo subterráneo, con paredes de madera, cerrado por todas partes, excepto en el techo, donde hay un agujero cubierto con una piel, para dar salida al humo y ventilar la estancia. En el centro suele haber un hoyo para encender fuego, cuando hiciese falta. Alrededor de las paredes hay unos salientes de madera que sirven de asientos. Estando a cierta distancia, nadie podría distinguir de un sencillo montículo aquel cuadrado singular rematado en una techumbre de maderos ásperos recubiertos con tierra. Puerta, propiamente, no la tiene: consiste en un túnel pequeño, a través del cual hay que deslizarse a gatas para llegar a aquel salón original.

(1) G. FLYNN, S. J.: *Spiriti e Superstizione*, MCG. 1927, 437-440.



Foto 41.—*Madre y niño esquimal de las islas Diomedes.*



Foto 42.—*Una pareja venerable.*



Foto 43.—*Longevidad venerable en Alaska.*



Foto 44.—*Familia numerosa esquimal: 1 y 2, padres; 3, nieta; los demás, hijos.*



Foto 45.—*Dioses de los Thinklets en las regiones del Sur.*



Foto 46.—*Rachando leña para el invierno.*

Es de propiedad común y sirve para todo: es el lugar del mercado, el *club* de la localidad, el restaurante obligado, casa de contratación, el lugar de baño, hospital para los enfermos, teatro, hotel para los extraños y a veces también capilla del misionero. En conformidad con la etiqueta esquimal, el *casino* está reservado únicamente para los hombres: los niños y las mujeres jamás invadirán su recinto. Dentro hace un calor insoportable: el fuego del hoyo central, cuando lo hubiere si se tratase de baño, y sin más la condensación causada por la concurrencia apiñada y el cambio brusco de temperatura, arranca de todos los poros del cuerpo un sudor copiosísimo que limpia el organismo mejor que cualquier baño impregnado de oloroso jabón (1).

Este es, pues, el lugar, tan típico en Alaska, donde va a reunirse la población en torno de su chaman; allí está el hechicero vestido de sus oropeles y con un disfraz en el rostro; gira en torno a la puerta, y al ritmo del tambor multiplica los bruscos movimientos de sus piernas y de su cuerpo; agítase cada vez con más vivas convulsiones y giran sus ojos dentro de las órbitas hasta el punto de no dejar ver más que el blanco de los mismos.

De repente se detiene, mira sin pestañear hacia el tambor, al mismo tiempo que de su boca lanza estridentes sonidos; ha cesado ya el estruendo de los cantos, y todas las miradas se clavan en el hechicero, los oídos todos se afinan para poder percibir los inspirados oráculos del vate. Aparecen entonces al chaman los diferentes espíritus bajo las formas más extravagantes y diversas; y cambiando repentinamente de disfraz, se pone ya en comunicación directa con el genio en cuyo honor cada careta está consagrada.

Bancroft, citado por Sheldon Jackson, habla del *Chamanismo* en estos términos: «Densas y sombrías nubes preñadas de tempestad se ciernen sobre el salvaje durante su vida toda: murmuran los genios en las ondas del arroyuelo que corre; en las hojas del árbol que susurran déjase escuchar

(1) El P. Barnum hace una descripción muy detallada en su trabajo *Life on the Alaska Mission*; v. WL, 1893, 49 ss.

la respiración de la deidad; danzan los duendes en el crepúsculo vaporoso y escóndense los espíritus en las tinieblas de la oscuridad. Todos hostiles al hombre, deben ser aplacados con ofrendas, preces y sacrificios» (1).

Ellos son los que infectan el aire, soplan en las tormentas, mugen en las cascadas, braman en el huracán; los que encrespan los lagos, descubren al cazador, dispersan los peces y engendran toda clase de enfermedades (2).

Lo que distingue al *Chamanismo* de todos los demás cultos conocidos es la carencia absoluta de dogmas. Esta especie de magia no tiene más que unas cuantas tradiciones confusas y a veces contradictorias (3).

De donde resulta que el chamán ni formula preceptos algunos, ni se ocupa lo más mínimo de instruir a sus adeptos. Por lo demás, aquellas inmensas soledades desérticas, aquellas planicies interminables de nieve, aquel silencio sepulcral, aquella naturaleza áspera y repulsiva, son lo más a propósito para alimentar en el corazón de los salvajes un espíritu imbuído en temores religiosos y superstición (4).

(1) BAETS: *O. c.*, p. LXXXI.

(2) DUCHAUSSOIS: *O. c.*, 52.

(3) BAETS: *O. c.*, p. LXXXIII.

(4) No carecerá de interés hacer una comparación entre lo dicho de los chamanes alaskenos y las observaciones del célebre almirante ruso Wrangel, sobre los chamanes siberianos. (*Le Nord de la Sibirie*, par M. de Wrangel, Paris. Amyot, 1843.)

«No es *Chaman* un cualquiera; necesitase, según el común sentir de los *Tchouktchas*, haber recibido la inspiración para llegar a ser ministro de un culto tan singular. Los *Chamanes* ni pertenecen a casta alguna particular, ni forman un cuerpo organizado con su fin específico y propio: cada uno de por sí se instruye a sí mismo en el arte adivinatorio. Muy niño aún, y dotado de una imaginación impresionable y vivaz, escucha con avidez y retiene con cuidado las historietas fantásticas que oye de los ancianos sobre el poder de los espíritus y la influencia que de ellos reciben sus ministros los *Chamanes*. Así preparado, y con una imaginación predispuesta para toda clase de alucinaciones, vase a casa de los *Chamanes*, estudia con horror y estremecimiento las convulsiones violentas que los agitan al recibir la inspiración, y contempla con respeto y temor a un mismo tiempo a aquellos hombres misteriosos y temidos. También él experimenta entonces vivo deseo de comunicarse con las potestades invisibles y, huyendo de toda compañía, busca un lugar solitario donde sustentarse con irritantes alimentos que añadan nuevo fuego al hervor de su sangre. Y entonces, esas visiones tan suspiradas, esos infernales espíritus, revestidos de formas bizarras, no son ya para el neófito seres

Es enorme el daño que causan estos magos y brujos, ministros los más activos de Satanás, y que a fuerza de patrañas y embustes hácense creer intermediarios verdaderos entre los espíritus y los hombres. Y lo peor es que todo se lo tragan aquellos ingenuos indígenas, sin ocurrírseles siquiera examinar los hechos más absurdos.

Hace unos años hubo un eclipse de luna; para los indios aquello era señal inequívoca de lamentables sucesos. Tan pronto como se dan cuenta del extraño fenómeno, en tropel invaden la casa de sus dos hechiceros, pidiéndoles con súplicas y tristes lamentaciones quieran partir a la luna inmediatamente a fin de prevenir el inminente desastre. Se excusa uno de ellos, exponiendo lo arriesgado del viaje, mientras que el otro, tipo hábil de gran influencia, se ofrece a salvar a su tribu aun con riesgo de su vida propia.

Coge su *parki* y se dispone para la travesía; los indios, presa de angustia mortal y temblando por su suerte futura, permanecen dentro, guardándose bien de expiar los pasos del adivino; saben que de intentarlo morirían al instante; el mago por su parte, no bien hubo dejado los umbrales de la casa, dice que encontró un pajarraco de colosal tamaño y rara figura, y montando sobre él emprendió, rápido como el rayo, su vuelo hacia el satélite.

Horas después volvía fatigado y jadeante a la cabaña, y «*Salud*— les dice—; ya estáis a salvo de todo percance.» «*Netura*» (gracias), responden. Y pagan con larga mano la hazaña heroica del hechicero, que por salvarles la vida había expuesto a tan grave peligro su propia existencia.

3. Siendo tan fútiles y sin valor ninguno las normas morales que les enseña su culto idolátrico, nada tiene de extraño que entre estas tribus salvajes se desarrollen vicios

imaginarios, no; son algo real que contempla ante sus ojos y de quien recibe los estimados oráculos. Así se forman los *Chamanes*, sin que haya de su parte la menor hipocresía. Sólo resta ya consagrar al nuevo iniciado, ejercitarle en la danza misteriosa y enseñarle a producir en su *boubna* (tambor) sonidos determinados. La consagración tiene siempre lugar durante la noche.» BAETS: *Mgr. Seghers*, p. LXXXIII.

lamentables y degradantes; y siendo tan diversas las tribus que recorren las estepas alaskañas, es fuerza que también sus deficiencias revistan matices especiales; por eso las que aquí vamos a recordar convienen a una u otra, no a todas. Tan sólo citaremos algunas, propias más bien de las tribus canadienses en contacto con las tribus alaskanas.

Sabido es que la piedra de toque del valor moral de las sociedades humanas ha sido y es, en todo tiempo, la actitud de la fuerza ante la debilidad. Debilidad es la mujer, debilidad es el niño, debilidad es el anciano.

En todos los países incivilizados la carga más pesada y la degradación más profunda son el único patrimonio de la *mujer*; Alaska no había de ser una excepción. Ya desde su infancia estaban habituadas a toda clase de opresiones y miserias. La costumbre de hacer perecer a las niñas era bastante común en algunas tribus, dispersas a lo largo del Yukón. Hasta había madres indias que, para salvar a sus hijas de la infeliz existencia que las esperaba se internaban con ellas en el bosque, y llenándoles de musgo y hierbas la boca, las dejaban allí abandonadas para siempre. De ahí la llamativa desproporción que puede observarse en algunas tribus entre hombres y mujeres (1).

El Rdo. Kirby, misionero protestante, llega a hablar en estos términos sobre la triste condición de la mujer alaskaña: «Lo mismo que en todos los pueblos salvajes—dice—, los indios miran a sus mujeres como a unas simples esclavas, y las obligan a trabajos penosos y duros, mientras las contemplan ellos perezosamente, saboreando el deleite de la pipa, y recompensando a veces sus servicios con palabras groseras y brutales golpes. Son de más baja estatura y menos numerosas que los hombres; débese lo primero probablemente al trato cruel que reciben; y proviene en gran parte, lo segundo, de la práctica, demasiado extendida por desgracia, del infanticidio del sexo femenino. Varias madres, desoladas, me han confesado haber matado a sus hijas para

(1) BAETS: O. c., p. LXXXIV.

preservarlas de las miserias que ellas mismas han tenido que sufrir» (1). Habrá exageración sin duda, pero el fundamento histórico era cierto.

Tratando el P. Duchaussois, O. M. I., del estado en que al llegar habían encontrado los misioneros oblatos a los indios del *Athabaska* y *Mackenzie*, habla así, ilustrándolo con ejemplos, acerca del punto que venimos tratando: las pobres infelices, persuadidas de no poseer alma humana, se resignaban a su postración, hasta el extremo de creer que Dios no se interesaba por ellas, ni que la religión, por el misionero predicada, importase tanto a ellas como a los hombres (2).

En 1885 consolaba el P. Grandín a una montañesa bautizada, afligida por la muerte de su hijo:

«A fin de infundir más ánimo en tu pecho, he de prepararte diariamente a la primera comunión, para cuando por aquí pase el *Gran Sacerdote* (el Obispo).

Como la salvaje le mirara embobada, hubo de reiterarle la promesa el misionero:

—¿Me entiendes?

—¡No!

—Digo que te instruiré sobre la Sagrada Eucaristía para que puedas comulgar al visitarnos el *Gran Jefe de la Oración*.

—¡No entiendo! ¡No entiendo!

Desconcertado, acudió el Padre a una mestiza, conocedora de su idioma y del dialecto montañés.

—Ayúdame, porque mi *abuelita* todo lo entiende menos esto: téngole dicho que la voy a preparar para la primera comunión, y persiste en decirme que no comprende. Después de las explicaciones de la intérprete, la *abuelita* repuso: «¡Ah!... ¡Sí que entendía! Mas suponía yo que mi *nieto*, el *hombre de la Oración*, no me querría decir eso. ¿Quién iba a sospechar que una infeliz salvaje sería admitida a la Sagrada Comunión?» (3).

(1) L. c.

(2) DUCHAUSSOIS: O. c., 56.

(3) DUCHAUSSOIS: L. c.

Un salvaje del lago *Athabaska* vino cierto día en busca del mismo misionero, después de una instrucción que le había conmovido:

—¡Padre! Ahora comprendo que las mujeres tienen alma como nosotros.

—¡Si no hablé de ello!

—Al decirnos tú que el Hijo de Dios había escogido por Madre a una mujer, hartó entendí que para las mujeres, lo mismo que para los hombres, hay alma y cielo.

La Santísima Virgen, predicada por la Religión Católica, fue, por ende, la mano divina que restituyó a la mujer despreciada por el Paganismo esa aureola de veneración y afecto, que nunca brillará con demasiado esplendor sobre las frentes de nuestras madres cristianas. La mujer salvaje, al fin rehabilitada, bendice en las selvas a Jesucristo como la bendicen las mujeres civilizadas, que no han olvidado cuán triste fuera su suerte si El no hubiera venido a borrar el anatema lanzado contra ella en el paraíso: *Multiplicaré tus dolores*, y a colocarlas de nuevo por la predicación de sus Apóstoles en el trono de su dignidad humana (1).

4. El *niño* corrió también la misma suerte que la madre. En 1886 escribía Luis Veuillot: «El género humano ha experimentado siempre cierto placer criminal en la destrucción de los niños... Sólo el Cristianismo pudo combatir eficazmente este perverso instinto, y allí donde el Cristianismo cede, ese instinto, por él reprimido, vuelve a recuperar su mortífero imperio. Cuando el Cristianismo acabe, que no acabará nunca, ¿cómo se las habrá el progreso para conservar a los hombres?» (2).

Los varones, a excepción de los que nacían enclenques, eran de ordinario los bienvenidos en calidad de futuros cazadores. No bien el jovencito lograba matar un pájaro o alguna liebre, había gran fiesta en la familia; si alce o reno, la autoridad paterna debía eclipsarse, y el hijo, mejor caza-

(1) DUCHAUSSOIS: *L. c.*

(2) DUCHAUSSOIS: *L. c.*

dor que el padre, se constituía amo de la casa y disponíalo todo según su capricho.

En cambio, ¡suerte infeliz la de las hembras! Aun hoy día se vanagloriarán las madres de sus hijos y los presentarán a todo transeúnte diciendo: He aquí un hombrecito. De las hijas hablarán lo menos posible. En tiempo de crudo paganismo, la muerte acechaba a las niñas en el umbral mismo de la vida si el número requerido por las necesidades de la raza o los quehaceres del hogar se hallaba ya completo (1).

¿Y los *ancianos*? También los ancianos tienen que soportar su calvario. ¡Cuán lejos están aún nuestros convertidos de comprender la tierna solicitud con que les rodeamos, reservándoles siempre el mejor rinconcito del hogar doméstico los últimos días de nuestros cariñosos abuelos y de nuestras abuelas, rezadoras incansables de rosarios!

Alaska, como también otros pueblos dormidos en la noche del paganismo, pagó un razonable tributo a la barbarie que en tales pueblos predomina, y por sus vastas soledades heladas cundió la peste de lo que pudiéramos llamar senicidio. En las frecuentes correrías que hacían las tribus para procurarse lugares más acomodados, más abastecidos de peces y renos, los ancianos de paso tardo y de manos temblorosas eran abandonados en parajes helados y yermos, donde perecían de hambre y de frío, para convertirse pronto en excelente pasto de los osos blancos que merodeaban aquellos contornos (2).

El día en que el anciano no podía seguir la caravana era prevenido. Preparábanle una fogata, dejábanle las últimas provisiones, y cada cual le daba la mano recomendándole se acurrucase bajo un montón de leña preparada al efecto, cuando sintiera morir, porque no fueran sus despojos pasto de las fieras del bosque.

«Cuando volvamos, en las lunas del estío—le decían—,

(1) *Ibidem*, p. 57 s.

(2) LLORENTE: *Desde los hielos de Alaska* (S. M. (1931) 263).

enterraremos tus huesos y descansará en paz tu espíritu...» ¡Era el último adiós! (1).

Sólo el Cristianismo podía zanjar a favor de los débiles y menesterosos este doloroso problema enviando en socorro del anciano, del huérfano o de la doncella, al misionero y a la Hermana de la Caridad; y surgieron los hospitales, los orfanotrofios y los asilos, fuente perenne de caridad y amor cristiano.

5. Hasta aquí de los indios. Vengamos ya a los *esquimales*, cuyo carácter prometimos completar en el capítulo anterior. También aquí, ¡qué triste cuadro debiéramos trazar ahora! Apresurémonos, sin embargo, a decir con el P. Duchaussois, que la profunda degradación, los grandes vicios criminales cuyas principales manifestaciones vamos a señalar, *no convienen a todos, sino a la minoría* (2); añadiremos además que todos estos cargos dicen más bien con los del Norte del Canadá que con los esquimales alaskenos, de temple más pacífico al parecer.

Los esquimales, por ejemplo, que viven en Point Barrow son los hombres de carácter más suave y pacífico que se pueda imaginar. No tienen jefes ni electivos ni hereditarios y viven en perfecta igualdad. Jamás están en guerra los grupos de población limítrofes; jamás se castigan los delitos si por ventura se cometen. Apenas existe el derecho de propiedad, a no ser en lo que toca a los botes; así, el esquimal no siente reparo en coger lo que le conviene con tal de que el objeto no se encuentre en una choza o en un escondrijo; y, a la inversa, cuando le quitan algo, no reclama la restitución. Son desconocidas las disputas; en ninguna parte se oyen gritos; se ve a los niños jugar alegremente alrededor de las chozas u ocupados en limpiar el suelo, o entretenidos en construir pequeños iglús, o en amasar muñecos de nieve.

Las mujeres gozan de una perfecta igualdad con los hombres; ningún trato es definitivo mientras ellas no lo aprue-

(1) DUCHAUSSOIS: O. c., 59. .

(2) V. O. c., p. 445.



Foto 47 — *Reno derribado en una cacería.*



Foto 48.—*El animal más útil para el hombre en las regiones árticas.*



Foto 49.—*El P. Fox, misionero de Hooper.*



Foto 50.—*Nobile con los Padres Post y Lafortune.*



Foto 51.—*El P. Llorente vuelve de caza.*

ban; para el menor viaje hay que esperar a que hayan dado su parecer. Los matrimonios los realizan sin ningún aparato, pero por lo común precede un período de noviazgo durante el cual la prometida ayuda a sus futuros parientes. Por lo demás, el lazo del matrimonio se rompe a menudo, sobre todo en tiempo de expediciones de caza o pesca, en que las mujeres más débiles se quedan en la aldea con los enfermos y los viejos, en tanto que las más fuertes acompañan a los hombres útiles (1).

Los cristianos, sin embargo, son ajenos a todo ello, gustando como gustan las delicias morales que les proporciona la Religión; esa es precisamente la gloria de nuestros abnegados misioneros.

Los esquimales son mentirosos. Si les es difícil ocultarse mutuamente sus fechorías, ya que su habitual charlatanería lo hace todo del dominio público, capaces son de embaucar artificiosamente a cualquier extranjero. Esta destreza en el disimulo y fingimiento, importa decirlo, es herencia común de los Pieles Rojas.

Una vez tramada la urdimbre de la patraña y convenido el acuerdo de cómplices o testigos, no se retractarán jamás por más que los amenacen con la muerte.

Los asesinos de dos misioneros Oblatos en el Canadá repitieron cuatro años después del crimen, y sin tergiversar una sola palabra, las mentiras que habían concertado de antemano para justificarse delante de los blancos.

La expedición ártica canadiense dirigida por el doctor Anderson navegó largo tiempo por las aguas que la tribu de los asesinos frecuentaba, sin obtener de la desaparición de los misioneros más que historietas hábilmente zurcidas para desorientar cualquiera pesquisa. Interrogados acerca de la presencia de ciertos objetos comprometedores (sotanas, cáliz, casullas, breviarios) hallados entre ellos, respondían invariablemente que los blancos se los habían regalado (2).

(1) E. RECLUS: *Geografía: América*, t. I, 216.

(2) DUCHAUSSOIS: *L. c.*

6. Los esquimales son ladrones. Robo y mentira fraternizan de por sí. Los más honrados indígenas resisten difícilmente a la ambición y hechizo del lucro. Entre ellos, además, como entre los espartanos, el ladrón se avergonzará no ya de su fea acción, si le sorprenden, sino de su impericia, y será castigado únicamente por haberse dejado coger (1).

En cierta ocasión escribía desde las márgenes del Océano Glacial uno de sus misioneros: «Muchos hay de quienes uno no desconfiaría pues aparentan ser francos y son excelentes cazadores a los cuales nada falta; sin embargo, roban cuanto pueden por todas partes. De dos casas que tenían nuestros llorados Padres, los esquimales no han dejado sino las paredes, llevándose todo lo demás; hasta el más pequeño clavo han arrancado. ¡Hierro!..., ¡un pedazo de hierro!... ¡Ahí es nada!... Irían a buscarlo aunque fuese al centro de la tierra y a costa de todos los sacrificios. Reducirían a escombros una casa por coger el hierro que supieran hallarse en los cimientos...»

«Contábame un amigo—prosigue—que hallándose en viaje de exploración al Este del Lago Mayor del Oso, unos cuantos esquimales se le presentaron en corporación mientras descansaba bajo la tienda. Poco después llegaron otros a venderle pieles de reno, que iban echando a sus espaldas a medida que las iba pagando con plomo, pólvora, té, tabaco y vestidos. Sucediéronse, sin interrupción, otros vendedores ofreciendo siempre pieles de reno, hasta que las provisiones de cambio se agotaron. Entonces, los esquimales, que llenaban la tienda y sus alrededores, se retiraron con no pocas zalamerías salutations, a las que mi amigo, agradecido y conmovido, no sabía cómo responder.

Salido que fué el último salvaje, volvióse el blanco con la mano extendida para recoger y contar el rico botín... ¡Qué botín ni qué pieles! Los granujas estaban todos conve-

(1) DUCHAUSSOIS: *L. c.*

retiraban continuamente las mismas pieles, que triunfalmente volvían a vender dos, tres y cuatro veces» (1).

Los esquimales perversos no retroceden ante el *asesinato* para satisfacer su codicia. Y en martirizar a la víctima emplean la fría destreza que han adquirido en las largas horas de acecho y engaño, al fin de las cuales logran arponear a la morsa bravía. Saben esperar y tener paciencia. Llegado el momento asestan el golpe fatal, por la espalda siempre.

Livingstone, oficial de la bahía de Hudson que había ido a entablar con ellos relaciones comerciales, fué arrastrado pérfidamente a un islote del delta del Mackenzie, donde su séquito fué exterminado. Franklin, Richardson, Puller y Hooper corrieron el mismo riesgo en iguales parajes, y sólo debieron su salvación a su número y al terror que infundieron a los salvajes las armas de fuego. En 1912, Street y Radford caían bajo los puñales esquimales al Este del Golfo de la Coronación. ¡Y cuántos otros exploradores, cuyos cadáveres y embarcaciones jamás pudieron hallarse, han sido sus víctimas! El asesinato de los dos misioneros Oblatos, Padres Le Roux y Rouvière, es una confirmación de esto mismo (2).

El orgullo, el robo, la mentira, el placer del homicidio y aun la inmoralidad no serían, con todo, los mayores obstáculos a la evangelización de los salvajes ribereños del Océano Glacial. La barrera hasta ahora infranqueable ha sido la superstición y la hechicería.

7. El P. Frapsauce, O. M. I., resume así, completándolo, cuanto en bien y en mal llevamos dicho de los esquimales: «son gente de temperamento muy alegre; entre ellos no hay

(1) DUCHAUSSOIS: *L. c.*, 447.

(2) Los dos misioneros Oblatos, Padres *Le Roux* y *Rouvière*, habían sido enviados el año 1911 por Mons. Breynat, para dar comienzo a la evangelización de los esquimales del Norte del Canadá, en torno a la isla Victoria. Dos años más tarde, en 1913, ambos caían víctimas de puñal asesino. Dos esquimales, *Sinnisiak* y *Uluksak*, fueron los fautores del sacrílego asesinato. Para más pormenores y detalles sobre la vida y martirio de estos dos jóvenes Oblatos, que murieron a la temprana edad de 28 y 32 años, respectivamente, véase la obra *Aux Glaces Polaires*, pp. 454-466, o *El Siglo de las Misiones* (1926), p. 57: *Manchas de sangre sobre la nieve...*

ni tristes ni sombríos. Para ganarse sus simpatías basta estar siempre de buen humor. Cualquiera que hablase corrientemente su lengua y manejase bien los chistes, creo que estaría seguro de ellos. Son incansables en el trabajo y muy inteligentes. No se les puede llamar, como a los demás indios, *grandes chiquillos*. No tienen ni su simpleza ni su jactancia.

»Al revés de los deneses, que no se sacian de hacer admirar sus obras, a veces por cierto muy lindas, los esquimales serán los primeros en hallar defectos en sus obras maestras y en señalarlos, dispuestos a trabajar mejor.

»Aunque me duela hablar mal de estas gentes, pues las hay buenas, muy buenas, prosigue, ya que desean manifeste todas mis impresiones, lo haré. Sus costumbres son deplorables. Es raro que cambien de mujer, pero entre amigos se las prestan corrientemente. No hay inconveniencias que no se permitan. Por fin, salvo algunas raras excepciones, son mentirosos y ladrones. Fácilmente abandonan a los hijos nacidos en verano. Hace tres años (1916) estuve a punto de que me matara *Anantclick*, amigo de Sinnisiak, uno de los asesinos de nuestros misioneros. Me lo temía por entonces, mas lo supe después positivamente. El inspector de policía, Sr. French, se vió igualmente a dos pasos de la muerte dos años hace. En resumen: la inmoralidad y el robo son, a mi parecer, los vicios capitales más comunes, y el asesinato una simple consecuencia» (1).

8. No carecen, con todo, los esquimales de cualidades naturales ni de virtudes humanas. Su *hospitalidad*, aparatosa como en los orientales, tanto más aparatosa cuanto más pérfidos designios maquinan contra su huésped, parece ordinariamente sincera. El forastero llega a ser el dueño de la casa. Esta obsequiosidad había llamado singularmente la atención del P. Le Roux, quien tres meses antes de caer bajo el hierro homicida escribía: «Me han recibido los esquimales, como la primera vez, con muestras de regocijo. Todo el tiempo

(1) DUCHAUSSOIS: *O. c.*, 448.

que entre ellos he pasado me han tratado como a un huésped distinguido. Diéronme el mejor rincón de la única tienda que en el campamento había, y de ella podía disponer, por decirlo así, como dueño absoluto. El mismo propietario no entraba dentro sin pedirme permiso. En las comidas, lo mejorcito se reservaba para mí» (1).

Como quiera que los gobierna y rige un corazón frío, sobresale en ellos una cualidad: la *voluntad*. Punto de honor de la raza es que un hombre no se deje llevar jamás de la debilidad en la decisión y ejecución de sus designios. Permanecerá estoico en los reveses, y con su actitud reposada disimulará, si es menester, las emociones del alma. Teniendo en cuenta esta energía, todos los misioneros que han trabajado entre los esquimales han emitido el mismo pronóstico: Merced a su natural tenacidad, ha dicho el P. Turquetil, O. M. I., llegará el día en que estén tan arraigados en el bien como hoy día están aferrados al paganismo (2).

9. Es mucha verdad. Los esquimales cristianos, gozo y corona del misionero alaskeño, lo confirman con su ejemplo, como más adelante tendremos ocasión de comprobar. «No sé si es por el cariño que tengo a estos esquimales o por el que tengo a esta tierra, o tal vez porque así es la verdad—escribe un misionero—, lo cierto es que aquí en Alaska veo virtudes que, por desgracia, se echan a veces de menos en los países civilizados. Aquí, por ejemplo, jamás se frustrará el fin primario del matrimonio; para un matrimonio esquimal, la mayor bendición es tener muchos hijos. Y un hijo aquí es un rey sin corona. Los padres se derriten de amor y cariño ante las sonrisas incipientes de sus pequeñuelos.»

Si un hijo enferma, los padres corren peligro de enfermar también, no sólo por el dolor que les causa, sino por no separarse del enfermo hasta no verle fuera de peligro. Otra virtud preciosa es la caridad: siempre tienen las puertas abiertas para el caminante extraviado que busque abrigo

(1) DUCHAUSSOIS: O. c., 439.

(2) DUCHAUSSOIS: L. c.

y un sorbo de té hirviendo. Parece que todos se han puesto de acuerdo en recibirse mutuamente en sus casas cuando quiera que la necesidad les fuerce a buscar refugio en su vecino. Tal es el fruto que van recogiendo nuestros misioneros; diríamos que el Evangelio ha debido crear en aquellos pechos salvajes el amor conyugal, el amor paternal y el amor filial.

Por eso se sienten orgullosos y bien pagados sus misioneros. «Por lo que puedo entender de sus cartas—escribía el de Nulato, P. Eline, S. I.—, usted se imagina que estoy pasando aquí una vida muy dura. Destierre usted este pensamiento; en mi vida he tenido diez meses más felices que los que llevo aquí desde mi llegada en septiembre. El lugar, el trabajo, y más que nada los indígenas, me cautivaron desde el principio.

»Yo no cambiaría esta vida que llevo en el Norte de Alaska por ninguna otra ocupación o lugar que se pueda ofrecer a un sacerdote en la Provincia, ni recibiría con gusto la invitación de salir de aquí aunque fuese sólo para una visita. Ciertamente, no tenemos nosotros las comodidades de la vida que se encuentran en cualquiera otra parte, pero la ausencia de todo género de pesadumbres compensa más que suficientemente la falta de comodidades materiales. La paz del alma es, entre todos, el principal factor de una vida feliz, y ésta la tenemos nosotros en el Norte de Alaska, aun a N. grados bajo cero» (1).

Y el P. Llorente añade (2): «Dos cosas me consuelan aquí sobremanera. La *primera* es que Kotzebue es la estación católica más nortea del mundo. Sin embargo de estar tan remota, hay aquí una iglesia con su lámpara y Sagrario. Se esponja el alma al cantar en la Misa, con los brazos extendidos, el *Adveniat Regnum tuum*: venga a nos el tu reino, hágase tu voluntad, etc., etc.

»Luego, por la noche, da gusto orar ante el altar a solas, a dos pasos del Sagrario. Allí es donde se forjan nuevas tác-

(1) *Carta al P. Eduardo Whelan, S. I.*, 20 de mayo de 1921.

(2) *SM.*, abril-mayo 1939, p. 122.

ticas de ataque para derrocar a Satanás. Las tácticas son muy sencillas: se pide a Jesucristo que El los traiga. Y El se encarga de traerlos. El misionero es el martillo, y con él da Jesús los martillazos.

»La *segunda* cosa que también me consuela mucho es el silencio del lugar. Cuando me acuesto tengo la seguridad completa de que ningún ruido me va a perturbar el sueño. En mis viajes por los Estados Unidos, el ruido crudelísimo hizo riza en mis nervios y llegué a cobrar al tráfico verdadero pánico. Las calles son un infierno día y noche. Dentro de las casas tampoco hay silencio: el teléfono y la radio se encargan de romperlo. La pobre alma revolotea como pajarillo entre aves de rapiña buscando en vano una salida que no aparece.

»Cuando aterricé en Kotzebue me pareció soñar. Silencio, paz, sosiego, tranquilidad, bienandanza. Así puedo leer, estudiar la lengua, guisar, visitar a los cristianos, escribir cartas siempre y cuando me parezca oportuno. Este privilegio se me antoja tan inmenso que a veces creo ser un niño mimado. Pocas personas en el mundo gozan de semejante privilegio. Entre tanto, los pobres misioneros chinos viven entre dos fuegos, y los sacerdotes españoles de la zona roja son cazados como conejos. Hoy día, el lugar más seguro es el Polo Norte; y mientras más cerca del Polo, mejor.»

¡Qué bien concuerdan éstas con las palabras del P. Eline! La paz del alma es, entre todos, el principal factor de la vida feliz, y ésta la tenemos nosotros en el Polo Norte, aun a N. grados bajo cero.

Cierto que la virtud de estos héroes de la fe es la raíz principal de tales sentimientos; su celo abrasador que busca la imagen de Cristo en cada una de las almas arranca de sus pechos generosos tan sublimes actos de heroísmo. Pero tampoco cabe dudar que ayuda grandemente el mismo carácter y modo peculiar de ser del pueblo con quien tienen que tratar.

Por eso escriben tan bien impresionados esos hombres, que han encontrado atrayente al pueblo esquimal, que han

admirado sus recursos increíbles de voluntad, resistencia e ingeniosidad, que se han dejado conquistar por su buen humor, por su alegría perenne y las riquezas de una naturaleza más equilibrada de lo que en un principio pudiera parecer.

En suma, de entre todos los pueblos indígenas de las regiones glaciares, es el esquimal el más digno de ser civilizado (1).

(1) A. PERBAL, O. M. I.: *La Croix chez les Esquimaux*, en *Xaveriana* (1927), n. 46, p. 8.



Ortodoxos y Protestantes en Alaska.

VI

LOS ORTODOXOS RUSOS EN ALASKA

1. Los rusos en Alaska.—2. La iglesia rusa.—3. Deficiencias de su clero.—4. Nacionalismo ortodoxo.—5. La ortodoxia en Alaska.—6. Iván Veniaminoff.—7. La labor escolar.—8. La situación actual.

1. A mediados del siglo XVIII arribaba Vito Behring a las tierras del Nuevo Mundo. Una tras otra fueron siguiéndose en los años sucesivos las expediciones rusas, que en sus viajes de exploración hubieron de sufrir encuentros desagradables con fragatas inglesas que Albión enviaba periódicamente a reconocer los posibles límites del Canadá, y con flotillas españolas que los virreyes de Méjico aparejaban con el fin de extender los dominios españoles al Norte del río Columbia. Aún hoy llevan nombres españoles dos de los puertos principales del Sur de Alaska: el de *Valdez* y el de *Córdova*; conócense, además, dos islas con los nombres de *Aristizábal* y *Revillagigedo*, y no lejos de la bahía de Bucarelli se asienta la aldea de *Bellabella*.

Pero Inglaterra estaba ocupada con las turbulencias de la India y las enemistades de Francia, a quien pretendía arrebatar el dominio definitivo en las Colonias norteamericanas con la toma de Montreal. España tampoco creyó que merecía la pena reñir por el ensanche de Colonias de límites desconocidos, y el producto de estos factores fué dejar a Rusia dueña de la situación en las costas alaskeñas.

Rusia colonizó la península cívica y religiosamente. Aún se habla más ruso que inglés en las regiones relativamente populosas de *Kodiak* y *Seldovia*, y a lo largo del Yukón vense

medio arruinadas iglesias ortodoxas, testigos mudos del cielo de los misioneros ruso-ortodoxos, que catequizaron a los abuelos de los actuales esquimales, amparados por zares que ignoraban los nombres de Lenin y de Stalin (1).

Las caravanas procedentes de Siberia no se contentaron con extenderse en los mares nortños a lo largo de la costa; internadas en aquellos campos de muerte donde reinaba el silencio y la soledad más absoluta, sintiéronse pronto azuzados en sus correrías hacia el interior por una legión de animalejos diminutos que ostentaban entre aquella naturaleza salvaje y bravía las más vistosas irisaciones en su rico ropaje de pieles.

Rusos fueron los primeros que explotaron este venero único de riquezas ofrecidas a su ambición por los desconocidos hielos del Norte, y rusos fueron también los primeros en iluminar las noches eternas del Polo con la luz que irradiaba el Evangelio; desgraciadamente, eran cismáticos; rama desgajada del árbol que hace veinte siglos plantara Jesucristo, no podía dar frutos de vida eterna.

Recordemos algunos datos históricos.

2. Rusia había sido convertida al Cristianismo el año 988, en que el rey Wladimiro, con un buen número de sus subordinados, recibía el Bautismo de manos de misioneros griegos. La nueva cristiandad quedaba, por tanto, íntimamente ligada a la iglesia de Constantinopla, que junto con el Evangelio le había infiltrado sus ritos, sus Sacramentos, sus ideas, sus usos y sus prejuicios (2).

Cuando en tiempo de Miguel Cerulario se produjo el *cisma* entre Roma y la soberbia Bizancio (1054), Rusia permaneció fiel a su iglesia madre; no proclamó ella misma el cisma oficialmente, pero la ruptura con la Iglesia de Roma fué originándose poco a poco, sin violencia ninguna. Vivió durante algún tiempo bajo la tutela del Patriarcado de Constantinopla, con su centro metropolitano en *Kiew*. Más tarde,

(1) LLORENTE: AB., 7 s.

(2) J. BOUSQUET: *L'Unité de l'Eglise et le Schisme grec*, 294.

con la invasión de los tártaros en el siglo XIII, el centro del Imperio ruso se trasladó de Kiew a *Moscú*, donde los nuevos dominadores, no aceptando la tutela religiosa de Bizancio, nombraban un metropolitano ruso independiente (1).

Finalmente, a raíz de la invasión turca del siglo XV, en que Constantinopla pasó a formar parte del formidable Imperio otomano, sólo subyugado y vencido por la coalición de la cristiandad en las aguas de Lepanto, Rusia rompió definitivamente con el patriarcado griego, proclamándose iglesia autónoma independiente. A fines del siglo XVI la Sede metropolitana de Moscú era reconocida por todos los demás Patriarcados del Oriente, y el metropolitano de la capital rusa quedaba nombrado Patriarca de Moscú con plena jurisdicción sobre toda la iglesia de Rusia (2).

3. Es necesario conocer las deficiencias lamentables de esta iglesia independiente para explicar la actuación de los misioneros que evangelizaron a Alaska; sólo así se explica la falta de consistencia de las nuevas doctrinas predicadas por los *popes* y que, combatidas frecuentemente por sus torcidos ejemplos, no lograban hacer arraigar en los hijos olvidados del hiperbóreo mundo.

Cierto que algunos de ellos desplegaron, como veremos en seguida, un celo de apóstoles digno de mejor causa; sin embargo, la dejadez y codicia de los más son la explicación apropiada de esas ruinas informes que surgen acá y allá a lo largo del Yukón.

¡Cuántas veces se han lamentado los indios de no ser debidamente atendidos por sus *popes*, que tenían consigo una familia que mantener, y cuyo celo muchas veces sólo se desplegaba en acaparar pieles con que aumentar su fortuna! (3).

Nombrados funcionarios del Gobierno en muchos lugares de la península, apenas si pretendían otra cosa que cobrar bonitamente su sueldo; y creían, o hacían creer, que iba

(1) J. CALVET: *Le problème catholique de l'Union des Eglises*, 58.

(2) CALVET: *O. c.*, 59.

(3) BAETS: *Mgr. Seghers*, LXXXIX.

extendiéndose el Cristianismo en el país por bautizar a algunos indígenas faltos de toda instrucción religiosa, que seguían practicando sin escrúpulo sus ridículas supersticiones paganas (1).

Veamos, pues, brevemente lo que significaba el Clero en Rusia, y de ahí colegiremos lo que los misioneros de Siberia, Kamtchatka y Alaska, más libres y más expuestos, hacían o podrían hacer en sus respectivos lugares.

4. Ante todo, hemos de recordar que un carácter capital de todas las iglesias ortodoxas es el ser esencialmente, exclusivamente, nacionales; es decir, que han sido especialmente constituídas para servir de marco religioso a los fieles de una sola nación, para adaptarse a los usos y costumbres de la misma, para consagrar y bendecir las instituciones civiles, para ser muchas veces mero instrumento de intereses políticos. Semejantes iglesias excluyen, claro está, toda idea de catolicidad, ya que no han sido establecidas para los extraños; más aún, son hostiles a todos aquellos que etnológica y políticamente sean adversos a su patria.

Por otra parte, no pueden colocar en primer plano la preocupación religiosa y sobrenatural por estar indisolublemente ligadas a la nación como tal, es decir, a un cuerpo formado por la comunidad de determinados elementos naturales e intereses humanos. Finalmente, no gozan de la independencia necesaria para el desempeño de su ministerio, porque el Estado, el poder civil, tiene contra ellas la fuerza, y ellas mismas, en caso de conflicto, no pueden recurrir a ninguna otra autoridad superior, aun en el orden moral y religioso (2).

Tal es lo que acontecía en la Iglesia rusa, donde el zar, si no de derecho, era al menos de hecho el jefe supremo en el orden espiritual y religioso. «Se nos dice que el emperador de Rusia—escribía Wladimiro Soloviev (3)—es hijo de la Iglesia. Así debería ser como jefe que es de un Estado cris-

(1) BAETS: *L. c.*, LXXXVIII.

(2) BOUSQUET: *O. c.*, 316 s.

(3) SOLOVIEV: *La Russie et l'Eglise universelle*, 73.

tiano; mas para que lo fuese efectivamente sería necesario que la Iglesia tuviese autoridad sobre él, que tuviera un poder independiente y superior al del Estado.»

Y esto es precisamente lo que a las Iglesias separadas falta; todo en ellas gira muchas veces en torno a intereses humanos y políticos, y es fuerza que los intereses más altos y sobrenaturales de la religión sufran en pugna con sus contrarios. De ahí que el clero ortodoxo posponga muchas veces los intereses religiosos a los patrios, y mientras los Arzobispos y Obispos desempeñan un cargo semejante al de los gobernadores y vicegobernadores, los simples sacerdotes vengán a ser en muchos lugares los vigilantes espirituales de la población, a modo de guardas rurales y agentes de policía (1).

Los miembros del clero inferior no pueden ser ordenados sino después de haber contraído matrimonio; las cargas de familia que desde sus primeros años ven en perspectiva les es, sin duda, una circunstancia atenuante; a pesar de todo suelen tener en todo el mundo ortodoxo fama de ser un tanto avariciosos. Aun el mismo matrimonio, llega a decirse, no les es más que un problema de carácter económico (2). Si a esto añadimos que a veces lo que más campea en ellos es una ignorancia supina (3), podríamos ya juzgar de la capacidad de tales ministros de las Iglesias separadas.

Así es como poco a poco ha ido perdiendo el clero ruso la dignidad debida a su estado, hasta el punto de poder afirmar sin injuria de ninguna clase que los *popes* de los pueblos dejaban a veces mucho que desear no menos en cultura que en dignidad moral (4).

5. Algo semejante pudiéramos decir de muchos de los misioneros que han ido recorriendo los campos de Siberia y Kamtchatka, primero, las estepas alaskañas después, im-

(1) BOUSQUET: *O. c.*, 319.

(2) BOUSQUET: *O. c.*, 337.

(3) BOUSQUET: *O. c.*, 339.

(4) CALVET: *Le problème catholique de l'Union des Eglises*, 60. Véase también A. PALMIERI, O. S. A., *La Chiesa Russa*, 332-350.

pulsados muchas veces no tanto por el celo sincero de extender entre los aborígenes sus doctrinas religiosas cuanto por la esperanza halagadora de un lucro terreno, escondido entre las nieves de aquellas campiñas inexploradas.

La misma Prensa rusa no se desdeñaba de reconocer la notoria esterilidad de esta misión, debida sobre todo a la falta de operarios celosos y dotados de cualidades eminentes (1). Les faltaba la savia verdadera de la fe y el espíritu vivificador de Jesucristo, y fruto de ambas deficiencias fué la poca pujanza y casi total desaparición de la Misión cismática en las regiones nortañas. Veámoslo.

Fué introducido en Alaska el Cristianismo el año 1794. Es cierto que antes de esa fecha habían hecho ya algunas tentativas de evangelización ciertos comerciantes rusos, especialmente Glotoff; pero si hemos de dar crédito a las palabras del cándido cronista Veniaminoff, no era tanto el ardor cristiano cuanto las miras particulares de sus negocios terrenos, lo que inducía a aquellos aventureros rusos a persuadir a los aleutianos aceptasen el Bautismo; los indígenas convertidos eran siempre más manejables, y, a fuer de agradecidos, habían de quedar sujetos a sus misioneros, con quienes efectuarían con predilección su intercambio comercial (2).

La primera tentativa de importancia para la cristianización de las tribus alaskañas debióse a Shelikoff, uno de los organizadores de la «Compañía Ruso Americana de Piel» (*Russian American Fur Company*), quien pidió en 1787 al Sínodo Ruso (3) enviase misioneros para la conversión de los aleutianos. Accedió gustoso el Santo Sínodo, prometiéndole además proveer al sustento y manutención de los enviados al nuevo campo misionero.

(1) A. PALMIERI, O. S. A.: *La Chiesa Russa*, 520.

(2) J. R. CRIMONT, S. J., en *The Catholic Encyclopedia*, v. *Alaska*.

(3) El Santo Sínodo Ruso era una especie de concilio permanente integrado por varios Arzobispos, Obispos y funcionarios civiles. Al frente de él estaba un procurador general que representaba al emperador, y a cuyo cargo corría comunicar al Sínodo los deseos y voluntad del monarca. De ese modo el zar venía a ser el único jefe supremo de la Iglesia rusa. Una de sus principales incumbencias consistía en conciliar la actividad del Clero con las exigencias y leyes del Estado.

En un *ukase* fechado en junio de 1793 ordenaba Catalina II al Metropolitano Gabriel escogiese material apropiado para la apertura de la nueva Misión; y al año siguiente ocho eclesiásticos y dos laicos abandonaban San Petersburgo con dirección a *Kodiak*, centro comercial desde hacía algún tiempo de la «Compañía Ruso Americana de Pieles». Llegados allá los diez expedicionarios bajo las órdenes del Archimandrita (1) Ivassoff se dispersaron muy pronto en diversas direcciones, apoyados siempre en la protección y tutela de los comerciantes rusos.

De entre todos ellos, dos se distinguieron especialmente: Macario y Juvenal; aquél en *Unalaska*, donde comenzó muy pronto a bautizar a los naturales; Juvenal, en la isla de *Kodiak* y sus contornos, donde dos años después era asesinado vilmente por los mismos indígenas por reprenderles ásperamente e intentar acabar de una vez con el vicio de la poligamia; hombre de carácter enérgico, hizo él solo más que el resto de sus compañeros en la propagación de las doctrinas rusas.

El año 1798 era promovido el jefe de la expedición, Ivassoff, al Arzobispado de *Irkutsk*, en Siberia, perdiéndose al año siguiente en el mar. Con esto la labor misionera quedó interrumpida por algún tiempo hasta la llegada de Alejandro Baranoff, que pidió un sacerdote para *Sitka*, el nuevo centro de la «Compañía Ruso Americana de Pieles».

6. En 1823 la Misión rusa comenzaba en Alaska una nueva etapa de actividad: acababa de arribar a sus costas el más conocido y a la vez más activo y celoso de todos los misioneros rusos en aquellas regiones: Iván Veniaminoff, conocido con el nombre de *instructor y maestro de los aleutianos*. Durante su largo apostolado de cerca de treinta años desplegó un celo intensísimo predicando las doctrinas evangélicas en una vasta extensión del territorio y visitando sin cesar no sólo los campos de las islas Aleutianas sino toda

(1) Dignidad eclesiástica del estado regular, inferior a la del Obispo; suelen tenerla algunos superiores de los monasterios griegos.

la costa del Continente, desde la bahía *Bristol* hasta el río *Kuskokwim*. Era un hombre de excepcional habilidad y cualidades nada comunes que llegó a dominar las lenguas *thinklet* y *aleutiana*; tradujo a ella varios pasajes del Nuevo Testamento, compuso un catecismo y un libro de cantos y comenzó una búsqueda a fondo de las tradiciones, creencias, supersticiones, etc., de los aleutianos.

A raíz de la división de la diócesis de *Irkutsk* fué consagrado, el año 1840, Obispo de *Kamtchatka*, *Kurile* e *islas Aleutianas*, tomando, según la usanza rusa, el nombre de *Inocencio*. Durante su permanencia en el SE. de Alaska se consagró de lleno a la evangelización de los thinklets; fundó, además, en *Sitka* un Seminario para la instrucción de los naturales con miras al sacerdocio ruso, institución que se mantuvo firme durante muchos años.

Veniaminoff, de quien existe una biografía (1), es con razón altamente estimado como hombre celoso y escritor profundo. *Petroff* dice de él, sin embargo, que el éxito de su labor en la conversión de los naturales fué tan sólo temporal y caduco, pues no duraba más de lo que duraba su presencia entre los indios que evangelizaba (2).

En 1852 terminaba su labor misionera en las estepas del Norte por su traslado de sede a *Yakutsk*, y por fin, en 1879, moría, siendo Metropolitano de Moscú.

Al pasar Alaska a ser posesión de los Estados Unidos en 1867, el Vicariato ruso de las Aleutianas se suprimió; con todo, el Metropolitano Inocencio logró la erección de una diócesis en los Estados de Norteamérica el año 1870, de la cual dependerían todas las demás iglesias ortodoxas de aquellos lugares, a la sazón en número de nueve. Fué elegida la ciudad de *San Francisco* para residencia y sede episcopal, y con ello la Iglesia rusa tendría una representación en los Estados Unidos.

Pero ya aquella diócesis en plena decadencia daba mucho

(1) *Innocent of Moscow, the apostle of Kamtchatka and Alaska*, escrita por HALE.

(2) J. R. CRIMONT, S. J.: *Alaska*, en *The Catholic Encyclopedia*.



Foto 52.—*La Universidad de Alaska.*



Foto 53.—*Mons. Seghers, fundador de la Misión.*



Foto 54.—*El P. Llorente en Kotzebue con su buen abrigo de pieles.*



Foto 55.—*Las orillas del Yukón en Nulato.*



Foto 56.—*Trailla de perros dispuesta para partir.*

que pensar al Santo Sínodo Ruso, pues había de estar en continua lucha con sus enviados y misioneros, más interesados en el negocio de las pieles que en el negocio de las almas. Para mayor desventura, el primer Obispo titular de la nueva diócesis, hastiado de sí y los suyos, se arrojó al mar en la bahía de *St. Michael*, en 1884. Su sucesor, Wladimiro, tuvo que renunciar a su puesto el año siguiente por razones que está mejor el callar, y su sucesor inmediato, Nicolás, residía bonitamente en San Francisco, sin preocuparse poco ni mucho de sus alejados afiliados de la inhóspita Alaska (1).

A principios de siglo eran tres las diócesis: la de *Alaska*, la de las *Aleutianas* y la de *Brooklin*, cuyo Obispo llevaba el título de segundo vicario de la *Eparquia* (2) de las Aleutianas. Alaska figuraba como primer Vicariato de las mismas Aleutianas (3).

7. La labor de evangelización ortodoxa se completaba con la instrucción y educación de la niñez en las escuelas; acabamos de mencionar el seminario indígena abierto por Veniaminoff; ya mucho antes, en 1785, el mismo Shelikoff había abierto en *Three Saints* (Kodiak) la primera escuela que se conoció en Alaska, con el doble fin de la instrucción religiosa y profana. Diez años más tarde, en 1795, dos misioneros: Juvenal y Germán, fundaban en *Paulowsk* una escuela para niñas, iniciando con ella la actividad escolar de la iglesia ruso-ortodoxa; siguiéronse después los *orfanatos* de *Sitka* y *Unalaska*, abiertos en 1893 y cerrados en 1911, y el de *Kodiak*, abierto también en 1893 y clausurado finalmente el año 1916 (4).

A diez y siete llegaban las escuelas de 1890, y a principios de siglo, en 1903, el Informe sobre la Educación (*Report on Education*) asignaba a los ortodoxos de Alaska trein-

(1) TOSI: *L'Alaska e i suoi primi esploratori*, 54.

(2) Nombre con que se designa entre los orientales y los rusos la diócesis de un Obispo.

(3) PALMIERI: *La Chiesa Russa*, 518 s.

(4) MULLIN: *Alaska*, en *Universal Knowledge*

ta escuelas con 740 alumnos, añadiendo además que a su cuidado tenían diez y seis Parroquias con 10.225 fieles (1).

8. Finalmente, las misiones ruso-ortodoxas, amenazadas ya desde atrás por las intromisiones protestantes que iban invadiendo el país, y más tarde también por la Misión Católica, que poco a poco iba conquistando el terreno, quedaban llamadas a perecer casi por completo desde el momento en que la revolución comunista acabó con el Imperio de los zares. La Jerarquía asalariada que mantenía el zar en los hielos del Norte vióse en un momento privada de su principal apoyo, y la decadencia misionera comenzó a iniciarse, hasta que llegó por fin a quedar casi extinguida del todo.

Son interesantes los datos que sobre el particular nos proporciona el P. Robaut en una de sus primeras cartas: la escribe desde *Kossoriffsky* (Holy Cross) (2) a su Superior, P. Cataldo; había estado en *Anvik* un mes luchando con los protestantes, y trasladado a *Kossoriffsky* escribe así el 16 de junio de 1888:

«El sacerdote ruso de aquí es un mestizo, o, mejor dicho, un indio de pura cepa; ha removido cielos y tierra para impedir que me estableciese yo. Envió primero a su diácono; vino después él mismo en persona diversas veces; me amenazaba a mí y a los indios; les quitaba a estos últimos, usando de la violencia, las estampas y medallas que les había dado yo. Todos sus esfuerzos fueron en vano: ni uno solo de mis indios se pone de su parte, y a sus mismas narices, después de un largo discurso que les echó, le dijeron a una que mejor sería que se marchase, ya que ninguno quería quedarse con él.

»Innecesario juzgo añadir que me calumniaba a mí de todos los modos posibles y que les decía toda suerte de embustes sobre mi pobre persona; por ejemplo: que yo no era sacerdote, que no tenía pensado quedarme aquí, etc. Tuvo que

(1) CRIMONT: *L. c.*

(2) *Kossoriffsky* o *Kozyreffsky* es la antigua aldea donde se fundó la Misión católica llamada Holy Cross.

marcharse al fin imitando la conducta de los de *Nukloroyet* y *Nulato*, donde habían estado anteriormente varios sacerdotes y dos Obispos ortodoxos con algunos ministros protestantes, y donde a la sazón no queda ninguno.

»Este mismo sacerdote ruso de que vengo hablando quiso rebautizar una vez a un niño que había bautizado yo, porque mi bautismo, según decía, no era válido. No pudo conseguirlo; los demás indios le quitaron el infante y le expulsaron a él. Algún tiempo después me escribió una nota desde la desembocadura del *Shageluk* invitándome a ir allá, donde estaba él desde hacía algún tiempo con algunos de mis indios. Precisamente estaba el P. Tosi conmigo cuando recibí esta nota. Yo, a mi vez, le puse unas líneas de contestación pidiéndole mil perdones de no poder complacerle por el momento e invitándole con toda cortesía a que viniese él, donde le agasajaría yo dentro de mi casa. El P. Tosi añadió una *postscriptum*, mas en estilo bien diferente. Para ganar tiempo, le enviamos la misiva con el mismo indio que había traído su nota.

»El, astuto como es, y temiendo no fuese a tomar yo en serio su invitación, en cuanto vió al indio acercarse cogió su bote y a toda prisa marchó rápido hacia su misión, sin querer siquiera recibir mis noticias.

»Ahora está a 280 kilómetros de aquí; es un comerciante, y nada más; bautiza a todos los que se presenten y les envía en busca de pieles, viviendo a costa de su trabajo. Por lo demás, los indígenas de aquí no conocen ni los más simples rudimentos de la Religión Cristiana, ni aun la señal de la Cruz, y creen los infelices que todos los indios hasta el puesto de *Nulato* pertenecen a la Iglesia rusa por el mero hecho de haber sido bautizados.

»Podría decir otras muchas cosas sobre este sacerdote, pero mejor es callarlas. De seguro que será él el primero que diga y escriba mil calumnias de mí en cuanto tenga yo que salir de este puesto» (1).

(1) WL., 1889, 102 s. Carta del P. Robaut al P. Cataldo.

Hoy no se sabe cuáles son las relaciones que guarda la iglesia ortodoxa de Alaska con el Patriarcado de Moscú; con todo, los ortodoxos llegan a unos 7.000. De su vida fría y lánguida nos dan muestra algunos de nuestros misioneros en sus cartas. En 1927 escribía el P. Keyes haber recibido una visita de dos sacerdotes ortodoxos que se alegraban de que algunos de sus adeptos hubiesen ingresado en la Iglesia Católica; ellos, por su parte—añadía—, no hacían otra cosa sino amonestar a su gente no se dejase arrastrar por las doctrinas protestantes (1).

Y el P. Cunningham (2): «En mi último viaje me detuve quince días en un pueblecito ruso-ortodoxo en el que hay también varios católicos; aquí los rusos no son adversos a nuestras doctrinas, antes acuden en gran número a las instrucciones de catecismo para aprender algo de Dios y conocer en qué se diferencian la Iglesia Católica y la rusa.»

Terminemos esta sumaria exposición sobre la actuación ortodoxa en Alaska con los datos que el P. Delón nos proporciona en una de sus cartas, fechada el 27 de diciembre de 1928; en sus líneas déjanse entrever las agonías de una iglesia que sucumbe y que en un supremo esfuerzo pretende aún sostener el poder de su influencia:

«Los rusos ortodoxos—dice (3)—se esfuerzan por retener en sus errores a los indígenas alaskeños. El Obispo Amphihy ha conferido el sacerdocio a varios jóvenes indígenas sin más instrucción que la primaria de las escuelas públicas, para que vayan recorriendo el país celebrando los divinos misterios, bendiciendo los matrimonios, aun usando a veces para ello de violencia, y bautizando a los niños, a fin de ir perpetuando el cisma entre sus connaturales.

» ¡Cuántas veces tienen que escuchar de labios de semejantes pastores que las dos Iglesias, ortodoxa y Romana, en nada se diferencian; que ambas son Iglesias verdaderas de Cristo, como dos hermanas que luchan entre sí! Así lo creen,

(1) *NM.*, vol. II, p. 85 s.

(2) *NM.*, *L. c.*, 79.

(3) *NM.*, vol. II, p. 340.

por desgracia, muchos de ellos, y no ven la razón de abandonar las creencias que han venido observando sus mayores. Sin embargo, doquiera conocen al misionero católico, se confían a él con prontitud y alegría» (1).

Esta última aserción del P. Delón queda bien comprobada por los datos que nos proporcionó antes el P. Robaut. En definitiva, los ortodoxos no dan mucho que hacer a nuestros misioneros, aunque siempre constituyen, claro está, una pequeña rémora en el progreso de la evangelización en cuanto que muchos cismáticos están ya bien a gusto con sus creencias.

Ya en los primeros años de la Misión hacía el P. Barnum estas declaraciones y este pronóstico sobre la futura decadencia ortodoxa. Los ortodoxos no preocupan mucho a los misioneros: el Obispo ortodoxo reside en San Francisco más contento de quedarse en California que de visitar a sus súbditos allá en la lejana Alaska. Varias son las causas que contribuyen a la decadencia ortodoxa: los indígenas observan que sus *popes* no conservan la influencia que les habían pintado, pues ni los agentes de la Compañía Alaskana ni los oficiales del Gobierno les prestan poca ni mucha atención. A esto se añade el ejemplo destructor de muchos blancos ortodoxos que no se acomodan a sus creencias. Por otra parte, una gran mayoría del clero ortodoxo está compuesto de indígenas y mestizos que, tras un ligero baño de cultura

(1) Después de lo expuesto hasta aquí sobre el proceder de los *popes* ortodoxos, no estará mal recordar lo que el almirante Wrangell anota acerca de los popes misioneros de Siberia. «Bautizan—dice—a los infieles sin garantía ninguna de conversión sincera. Uno de los jefes de los Tchouktchas—cuenta él—, anciano venerable, reunió un día a sus hijos para declararles que estaba ya cansado de vivir; y terminó suplicándoles le quitasen la vida. Las palabras del anciano llenaron de pena a los hijos, pero convencidos de que condescendiendo con sus deseos cumplirían un santo deber, tuvieron la sangre fría de estrangularlo. ¡Qué costumbres! Hasta ahora han sido empleados en vano todos los remedios de persuasión para hacer renunciar a los Tchouktchas bautizados a sus costumbres sanguinarias, los Chamans han logrado triunfar. Estos mismos hechiceros que siempre les acompañan en sus expediciones son la causa de que no se haya abolido todavía otra de sus costumbres horrosas: la de los sacrificios humanos. De cristianos no tienen más que el nombre; muchos han recibido el bautismo por solo motivos de interés: unas libras de tabaco u otros objetos por el estilo son suficientes para atraerlos al Bautismo.» V. M. DE BAETS: O. c., LXXXVIII.

general en el Seminario de San Francisco, son juzgados aptos ya para desempeñar sus funciones. ¿Qué papel podrán desempeñar ante muchos blancos que tengan que dirigir quizá en sus misiones? Clero semejante no puede luchar, naturalmente, contra la influencia de los mineros, cazadores, comerciantes y aventureros, y mucho menos contra el auge creciente de los pastores protestantes. Todas estas razones van contribuyendo, sin contar ya la obra redentora de las misiones católicas, a hacer desaparecer totalmente las huellas mismas del cisma en Alaska (1).

(1) BARNUM: *Life on the Alaska Mission*, WL., 1893, 66.

VII

LOS PROTESTANTES

1. Intromisión protestante.—2. Primeros contactos con el pueblo esquimal.—3. La instrucción privada.—4. La intervención oficial en la industria y la enseñanza.—5. La secta presbiteriana.—6. Moravos y episcopalianos.—7. Luteranos suecos y *quakers*.—8. El estigma de la desunión.—9. Temores y esperanzas.

1. También los protestantes, en sus diversas sectas: anglicanos, adventistas, presbiterianos, moravos, metodistas, episcopalianos, luteranos suecos y quakers, han establecido sus centros evangélicos hasta en el extremo boreal. Ni podía ser menos. La intromisión protestante, que se había mantenido alejada de las estepas del Norte todo el tiempo que la península alaskana había sido feudo de los zares, dejaría en adelante sentir su perniciosa influencia desde el momento en que en 1867 pasaba a ser posesión de los Estados Unidos. Los nuevos pastores, favorecidos y apoyados por el Gobierno de los Estados federados, se extendieron muy pronto por el país cual gigantesca red que pretendiera aprisionar en sus mallas a todós los hijos del Polo.

No habían transcurrido aún veinte años y se lamentaba ya Mons. Seghers de la campaña calumniosa de los nuevos advenedizos contra la Iglesia de Roma. Desde *Juneau* escribía con fecha 21 de septiembre de 1885: «Después de mi última visita en 1879, varios aventureros, bajo el nombre de ministros presbiterianos, han ido recorriendo las costas de Alaska hasta el río *Chilkat* sembrando mil prejuicios y previniendo a los salvajes contra la Iglesia Católica.

»Con el pretexto de aducar a la juventud y fundar escuelas

laicas, han logrado obtener del Gobierno americano un subsidio anual de 25.000 dólares, que inícuamente invierten en pagar sueldos considerables a maestros y maestras del todo adictos a la causa presbiteriana, y a quienes procuran ir colocando en los puntos más estratégicos de la península. ¿Pero convierten a los salvajes? De ningún modo: hace pocos días me confesaba uno de éstos que su influencia entre los adultos es nula; por lo que a sus escuelas toca, todo eso que corre de boca en boca, y que los diarios mismos no se desdennan de publicar, es, por desgracia, muy cierto, tanto que aun de sólo escribirlo me ruborizaría. ¡Cuán bien encajan estos desventurados en aquella pintura que hace Nuestro Señor de algunos hipócritas que van recorriendo la tierra a fin de ganarse prosélitos: ellos no van al cielo e impiden que puedan ir los demás!» (1).

Quizá, es cierto, exagere un poco el celoso Prelado, pero no hay duda que muchas de las cosas que les atribuye eran por desgracia verdaderas.

2. Si bien la influencia luterana no entró en Alaska hasta la segunda mitad del siglo xix, tuvieron, sin embargo, contacto con algunos esquimales varios pastores aislados, que en alas de su celo, se dedicaron a la evangelización de las tierras boreales, al surgir en el siglo xvii la idea misionera entre los secuaces del apóstata agustino.

Sabido es que cuando hacia el 1664 lanzó el alemán Von Wetz la idea de formar una sociedad que tuviera por fin la conversión de los infieles, una nube de diatribas y burlas acogió tan peregrina ocurrencia: «Libradnos, Señor—exclamaba con gracejo un doctor de la iglesia luterana—; libradnos, Señor, de ese castigo, de esa impiedad, en la que el libro santo de Dios sería substituído a infames paganos.» (2).

¡Ojala hubiera arraigado en las almas escrupulosas de aquellos nuevos creyentes esa aversión a las Misiones de infieles, y no tuvieran hoy que lamentar nuestros misioneros

(1) BAETS: *O. c.*, 172.

(2) J. DEDIEU: *Instabilité du Protestantisme*, 157.

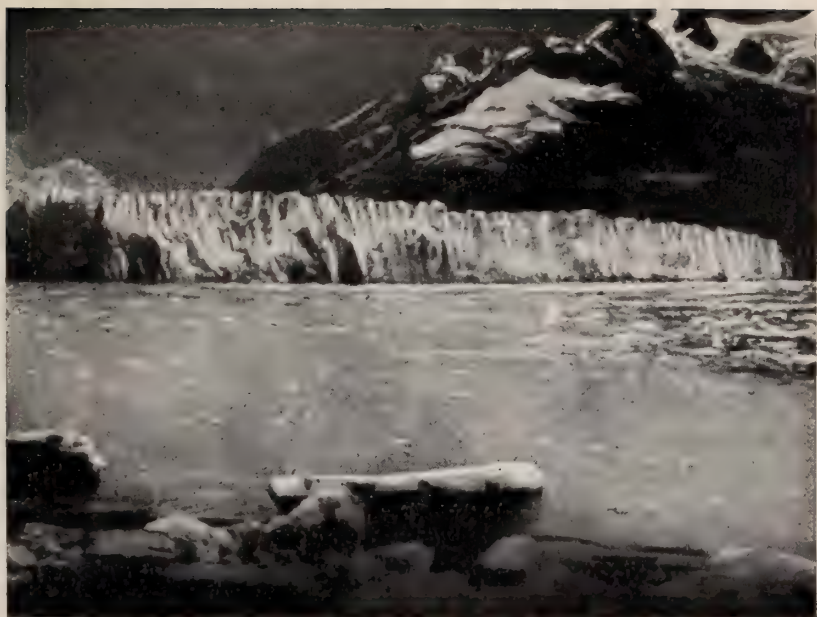


Foto 57.—Mar, glaciares y montañas.



Foto 58.—El país por que suspiraba el Arzobispo.



Foto 59.—Una de las aldeas que forman a lo largo del río.



Foto 60.—Esquimales construyendo la motora «Inmaculada» en Nome.

la contra de tantos falsos pastores que alteran el rebaño! Desgraciadamente no fué así: Von Wetz, que no llegó a persuadir a aquellos corazones endurecidos, fuese a morir en la Guayana holandesa, primera víctima de su ideal misionero.

A comienzos del siglo XVIII sintióse Alemania sacudida por el movimiento pietista, que en el ardor de su despertar místico, determinó organizar las Misiones. Ya algunos precursores aislados seguían los impulsos de su celo personal: en los Estados Unidos, John Eliot (1604-1690) se constituyó en apóstol de los indios y pieles rojas; y el pastor Hans Egède (1686-1758) se dirigió a Groenlandia, de donde tuvo que retirarse después de quince años de evangelización entre esquimales, sin haber podido lograr una sola conversión (1).

Unos diez años después le seguían Mateo y Cristian Stack, Cristian David y varios más que han ido sucediéndose hasta nuestros días. Todos ellos se contentaban con dar a conocer al pueblo las verdades más esenciales de la fe: la existencia de Dios, la creación del mundo y la caída de Adán, completando tan somera instrucción religiosa con las mil maravillas que les contaban del cielo, de la tierra y del ancho y extenso mar (2).

Ya en 1777 traducía John Beck al esquimal todo el Nuevo Testamento, algunos pasajes más interesantes del Antiguo y muchos sermones e himnos. Los Moravos, por su parte, erigieron también desde el principio varios centros misioneros entre los esquimales del Labrador (3).

Hoy a los nuevos conquistadores el mundo no les parece ya demasiado vasto ni demasiado rudo: la expansión protestante, que apenas hace un siglo que empezó, ha logrado extenderse con más o menos arraigo por los puntos esenciales del universo pagano.

3. En Alaska, así como la iglesia ortodoxa se introdujo con la dominación rusa, así también los ministros protes-

(1) DEDIEU: *O. c.*, 158.

(2) P. BARCLAY: *A Survey of Foreing Missions*, 220 s.

(3) BARCLAY: *L. c.*, 222.

tantes se introdujeron con los comerciantes americanos.

No fué, sin embargo, el Gobierno el primero que se preocupó de aquellos millares de infelices que ponía Rusia bajo su dominio. Y aunque es cierto que los norteamericanos han tenido siempre a gala enorgullecerse de sus métodos escolares y su ininterrumpido progreso en materia de educación, sin embargo los indios y esquimales alaskeños no parecían ser de importancia ninguna en los medios oficiales cuando nada se hacía por ellos en orden a su formación social y religiosa. Sólo en 1884, es decir, diez y siete años después de la adquisición de la colonia, se asignaban 25.000 dólares para la enseñanza en Alaska, a la vez que se designaba a Sheldon Jackson, fervoroso ministro protestante, inspector general de las escuelas, fundadas unas ya por el celo de varios particulares, y próximas a abrirse algunas más, en adelante, con el apoyo del Gobierno (1).

La primera escuela americana fundada en el Imperio de las Nieves data de 1868, en que los residentes de *Sitka* decidieron abrir un centro escolar para la instrucción y educación de sus pequeños; sólo existió durante seis años (2).

En cambio, la Compañía Comercial Alaskana, mediante un contrato formado con el Gobierno, en el que éste se comprometía a contribuir con una subvención, abrió dos escuelas el año 1870 en las islas de *San Jorge* y de *San Pablo*, donde podrían los indígenas atender a su formación. Pero esto, como es natural, no era suficiente ni mucho menos, y por aquellos contornos quedaban aún varios millares de sujetos sin instrucción alguna oficial, si se exceptúa la que procuraban darles las esposas de los funcionarios y oficiales del Ejército residente en *Sitka* (3).

4. A partir del año 1884, la intervención del Gobierno de los Estados Unidos comenzaba ya a ser segura y eficaz; la subvención escolar iba llegando de año en año y aumentan-

(1) JOHN J. UNDERWOOD: *Alaska, an Empire in the Making*, 304.

(2) MULLIN: *Alaska*, en *Universal Knowledge*.

(3) UNDERWOOD: *L. c.*

do progresivamente a medida que lo iban exigiendo la fundación de nuevas escuelas y colocación de sus respectivos maestros. Hablamos de escuelas y maestros, aunque más bien pudiéramos hablar de Misiones y pastores protestantes, ya que con el título de maestro de escuela enviaba el Gobierno yanqui, bien pagados, a auténticos ministros de la Biblia. En general podemos decir que en Alaska la palabra escuela, cuando ésta es gubernamental, es sinónima de Misión protestante. Al establecerse en Alaska los primeros Jesuitas, había ya en la península, según relación oficial de Sheldon Jackson, nombrado entonces superintendente general de las escuelas nacionales, 34 escuelas con sus respectivos maestros. Todas ellas estaban o en las islas o en la costa meridional de Alaska, y en los puntos más concurridos y de más fácil comunicación por el comercio. Naturalmente, con el tiempo fueron penetrando hacia el interior (1).

Antes, pues, de comenzar a esbozar la actividad de las sectas protestantes, que iniciaron su labor proselitista tan pronto como Alaska pasó a los Estados Unidos, veamos brevemente la intervención oficial en los diversos ramos del saber y comercio humano, en pro de sus nuevos patrocinados de los hielos nortños.

El año 1896 marca una fecha importante para la historia de Alaska, ya que entonces se inicia una industria hasta entonces desconocida en aquellas soledades, que iba a proporcionar a los desperdigados habitantes de la *tundra* una ocupación y una ganancia: la *cría del reno*. Quien contemple en nuestros días esos rebaños formidables que se pasean sin límite ni fronteras a través de aquellos páramos sin fin, comprenderá fácilmente el acierto de esta medida. Los mismos maestros que iba poniendo el Gobierno al frente de sus escuelas habían de ser, al mismo tiempo, inspectores de los campos de renos, y contribuir de ese modo al siempre creciente aumento de riquezas boreales (2).

(1) Tosi: *L'Alaska e i suoi primi esploratori*, 50.

(2) *The National Geographic Magazine*, t. XIV, 126-149, trae un estudio sobre los renos de Alaska.

Bien lo comprendió el senador Sr. Teller, cuando lograba obtener la ley que le permitía el establecimiento de la nueva industria. Nombrado por entonces el Sr. W. T. Lopp inspector general de la Educación en Alaska, fué también designado para regular la repartición por la península del millar y medio de renos importados de los campos de Siberia.

En 1939 había en Alaska unos 600.000 renos, de cuya guarda y cuidado se ocupaban 4.300 indígenas (1).

El coste de la educación e instrucción en Alaska—escribía en 1913 el Sr. Underwood—es aproximadamente de unos 100.000 dólares al año; pero el Gobierno, en cambio, está formando allí una industria tal con sus renos, que en unos años llegará a ganar varios millones de dólares; con lo que cada dólar empleado en Alaska vendrá a resultar en el pueblo americano en la proporción de cien por uno (2). Es mucha verdad.

También el Gobierno se ha encargado de proporcionar a los indígenas la instrucción necesaria en materias de medicina popular, saneamiento moral y oficios domésticos; y así los maestros y médicos, y demás personal al servicio del departamento, procuran ir elevando la condición intelectual y física de la raza, llegando a obtener, a pesar de los casos que aún se dan de enfermedades frecuentes, resultados satisfactorios (3).

Hay que confesar que gran parte de los maestros que tienen a su cargo la instrucción de los alaskeños vuelan allá a sepultarse entre las nieves eternas del Polo llevados por motivos elevados de altruísmo; cuántos de ellos viven en puntos donde el sol invernal permanece oculto durante un período de seis semanas, y donde las oportunidades del intercambio comercial han de estar forzosamente limitadas. Al igual que nuestros misioneros católicos, vense muchas veces separados por distancias de más de 200 kilómetros del compañero blanco de la próxima escuela oficial, contentándose con

(1) *The Statesman's Year-Book*, 1940, 656.

(2) UNDERWOOD: *O. c.*, 307.

(3) UNDERWOOD: *O. c.*, 306.

no recibir provisiones más que una vez cada año, entonces, sobre todo, cuando el empleo del aeroplano no era todavía de uso común y ordinario (1).

Hoy, sin embargo, aquella reclusión forzosa de los tiempos antiguos ha cambiado ya, y los aparatos que con harta frecuencia cruzan los aires del Norte, sirven para mantener frecuente y estrecha unión entre los blancos desterrados. Además, que el Gobierno de la Metrópoli ha llegado a levantar sus escuelas en casi todos los villorrios de alguna importancia, de manera que el P. Delón llegaba a escribir en 1928, un tanto apurado, pues los alumnos de nuestras escuelas de Misión dejarían de afluir muy pronto a nuestros centros misioneros tan pronto como vieses que en su mismo pueblo natal podrían encontrar la instrucción que hasta entonces habían de ir a buscar fuera. ¡Y la educación que en tales centros recibieran había de ser tan inferior a la que recibían de nuestros misioneros! (2).

Toda esta labor educativa podríamos resumirla en las siguientes estadísticas (3): en 1936 había 100 escuelas territoriales de blancos con 4.889 alumnos de enseñanza primaria, 1.292 de enseñanza media mantenida en 11 ciudades alaskanas y 728 alumnos en escuelas privadas. Los maestros eran en total 337. En 1939, el Gabinete de negocios indios mantenía 99 escuelas y dos nocturnas con 167 maestros y 4.996 alumnos. El Negociado de Educación del Gobierno Federal sostiene 101 escuelas de naturales con 219 maestros y 4.577 alumnos.

Alaska tiene además su *Universidad*. Es que las familias de blancos pudientes se pusieron de acuerdo e hicieron tanta presión al Gobierno, que éste hubo de levantar unos edificios docentes con aulas, pupitres y laboratorios. Allí, unos 300 estudiantes de ambos sexos adquieren el título de ingeniero y estudian preparatoria en Medicina y Leyes. La Universidad está en una colina a 20 kilómetros de *Fairbanks*, y los

(1) UNDERWOOD: *L. c.*

(2) J. M. PIET, S. J.: *Alaska: General News, NM.*, vol. II, 69.

(3) *The Statesman's Year-Book*, 1940, 655.

estudiantes van y vienen en autobuses. De ese modo pueden instruirse los blancos de Alaska sin verse obligados a salir a los Estados Unidos.

Con esto resulta que en la misma península se enseñan casi todos los ramos del saber, y la condición de los naturales, aun a pesar de las demoledoras influencias que nacen del contacto con los blancos, es hoy día mucho mejor de lo que era hace cuarenta o cincuenta años (1).

5. Toda esta labor educadora, comenzada por el Gobierno en 1884, había sido precedida por el trabajo sistemático, escolar también en su mayor parte, que venían desplegando las diversas sectas protestantes que desde 1867 habían poco a poco invadido el país.

Los *Presbiterianos* fueron los primeros en ocupar el campo, y en 1877 fundaban ya un internado y una escuela industrial para los naturales de *Wrangell*. Algún tiempo después abrían cinco escuelas más en el Sudeste de Alaska, de las cuales varias pasaban a la jurisdicción del *Bureau of Education* el año 1885. Los presbiterianos se quedaban con una escuela en *Point Barrow* y llevaban la dirección de la *Sheldon Jackson Industrial School* para los naturales de *Sitka* (2).

En 1880 llegaba el primer misionero a la Misión de *Haines*, en el arranque del *Canal Lynn*, y varios otros fueron llegando además en los años siguientes. Los indios, aunque un tanto descuidados en materia de moralidad, recibieron con agasajo a los misioneros y escuchaban con atención sus enseñanzas; no así los comerciantes de aquellos contornos, que, como veremos en seguida, nunca pudieron avenirse con los trabajos de civilización de los ministros protestantes (3).

Los presbiterianos han sido los que más han dado que hacer a nuestros misioneros católicos, como ya lo dejaba notar Mons. Seghers en la carta que arriba citamos. Hablando de ellos, Barclay dice que la Misión presbiteriana tenía un

(1) UNDERWOOD: *O. c.*, 306.

(2) MULLIN: *Alaska*, en *Universal Knowledge*.

(3) UNDERWOOD: *O. c.*, 304.

buen número de escuelas, frecuentadas por indios de todos los lugares de Alaska, donde se les enseñaban oficios que podrían desempeñar provechosamente en toda la región. Institución sumamente provechosa, pues a su sombra y en su tierra misma pudo desarrollarse la *Sociedad Científica de Alaska*, cuyo museo de etnología alaskaña es de los más interesantes, por contener numerosas esculturas, trajes y utensilios de la vida ordinaria, que ponen de manifiesto el carácter típico de los esquimales, aleutianos, athabasqueños, tinklets y demás indios de las tribus del interior (1).

6. A los presbiterianos les siguieron los *Moravos*, que abrían el año 1885 una escuela en *Bethel* y otra el año 1887 en *Carmel*. Ambas pasaron poco después a la jurisdicción del *Bureau of Education*, quedándose los moravos, últimamente, con la dirección de una escuela en *Inigillingok* (2). Desde un principio se establecieron en la desembocadura del Yukón, y más tarde abrieron varias Misiones junto a los ríos Kuskokwim y Nushagak, donde aún permanecen en nuestros días (3).

Las más importantes son las de *Bethel* y *Akiak*. Aquélla, debido a lo céntrico y estratégico de su posición, es considerada como la urbe del Suroeste, con cuatro almacenes, una población indígena considerable y un buen concurso de aventureros blancos—escandinavos en su mayoría—, que son luteranos de corazón porque sus antepasados lo fueron, pero que no tienen ya ni el más ligero baño de instrucción religiosa.

Akiak es un centro minero, con una población blanca nutrida. La población esquimal, lo mismo que la de *Bethel*, está a cargo de los moravos, que tienen una iglesia y escuela y les enseñan a ser buenos lo mejor que pueden.

Los naturales de todas estas regiones tenían, por lo común, un nivel bastante bajo de mentalidad y moralidad. y

(1) BARCLAY: *A Survey of Foreign Missions*, 219.

(2) MULLIN: *L. c.*

(3) UNDERWOOD: *O. c.*, 304 s.

presentaban un campo apropiadísimo para la labor misionera. Contentos parecían estar los moravos con los resultados obtenidos, cuando escribían llenos de celo y entusiasmo: «Nuestros corazones saltan de gozo, y no ansiamos más que enviar tan gratas nuevas a nuestros amigos, cuyos corazones palparán también al unísono con los nuestros cuando conozcan tan sabrosas nuevas de la joven Misión alaskaña, ya que los esquimales del Kuskokwin se apartan de sus vicios y buscan el nuevo camino que lleva a la vida eterna, al gozo y a la paz» (1).

Los *Episcopalianos* llegaron a tener doce escuelas para los indígenas de Alaska; la primera de las cuales fué fundada en *Anvik* el año 1887. Como todas las demás, fueron en su mayoría absorbidas por el *Bureau of Education* (2).

En nuestros días siguen trabajando entre los indios del interior; de su labor evangelizadora habla en estos términos el P. Llorente: «Va conmigo un matrimonio de veinticuatro horas. El es pastor episcopaliano; ella es también episcopaliana. Van a cuidar de la Misión que tiene la secta en *Tana-na*. Son personas muy afables y sinceras, convencidas de que el catolicismo y el protestantismo son dos caminos que convergen igualmente en la puerta del cielo.

»Yo, por ser español, miro todo lo protestante con el entrecejo fruncido. Sin embargo, confieso a boca llena que esta pareja no tenía de protestante más que el nombre. En su corazón eran dos almas buenas que se sacrificaban por el prójimo y que creían dar gloria a Dios salvándole almas. Tienen los episcopalianos una media docena de capillas evangélicas en esta sección central. Como los pastores están casados, no son muchas las conquistas que hacen. Pero reúnen un par de docenas de indios en cada capilla y allí cantan himnos y escuchan un sermón sobre aquello de la Biblia: *En el cielo hay muchas moradas*; es decir, moradas para los protestantes, para los judíos, para los católicos, para todos los

(1) BARCLAY: O. c., 220.

(2) MULLIN: L. c.



Foto 61.—*Trailla de canes arrastrando su trineo.*



Foto 62.—*Inocencia y alegría esquimal.*



Foto 63.—*La actual iglesia de Akulurak.*



Foto 64.—*La primera casa de los Padres en Akulurak*

que creen que Jesús es bueno y nos redimió del pecado y de la muerte eterna. Luego el pastor aconseja no emborracharse, no mentir, no darse al juego... y hasta el domingo. Este tal pastor está convencido de que Jesucristo le tuvo presente en la memoria cuando dijo: *Rogad al Señor de la mies que envíe operarios a su viña*» (1).

7. Hacia el 1880 se establecieron en *Kotzebue* los llamados *Amigos*, *Friends* o *Quakers*. Región cruda, situada en la latitud misma del Círculo Polar, con unos trescientos habitantes, esquimales en su totalidad. Después de haberse ganado a gran parte de los indígenas, vinieron a hacerse odiosos a los recién convertidos, viéndose, por fin, obligados a abandonar el campo. Quedaban, por lo tanto, todos aquellos pobrecitos como rebaño sin pastor, mies abundante para laboriosos segadores. ¿No convendría correr cuanto antes en su socorro?

«Grandemente desearíamos—escribía el P. Delón—abrir una Misión en aquellas latitudes, pues había de contribuir muchísimo a la extensión del Reino de Cristo. Desde allí nos quedaría abierta la entrada hacia el Septentrión, hasta ahora totalmente cerrado. Y si, por el contrario, dejáramos pasar la ocasión, otras sectas más próximas se apoderarían del campo. Pero ¿quién va a ser enviado? Faltan hombres» (2). No obstante, *Kotzebue* quedó fundada.

Era en julio de 1929. Los protestantes no habían cesado de repetir a sus adeptos que se había firmado un convenio entre los protestantes y el Papa, y, por lo tanto, donde estaban los ministros protestantes no podría establecerse misionero alguno católico. Pero cierto día volaba un avión por aquellas latitudes y un hombre bien envuelto en su *parki* descendía del misterioso aparato. Aquel hombre era un misionero católico, era el P. Delón. Y ese día de julio de 1929 ¿cómo podría refutar el ministro protestante un argumento tan pro-

(1) LLORENTE: *AB.*, 45.

(2) *NM.*, vol. II, 338. Carta de 29 de diciembre 1928.

digiosamente venido por los aires? Kotzebue tiene hoy su misionero y su capilla católica (1).

Hablando de los *quakers*, siempre con su gracejo inimitable, nos dice el P. Llorente (2): «Cuando se estrelló el aeroplano (el «Marquette», en 1930), los *quakers* aplaudieron y dieron gracias a Dios, que les había escuchado sus peticiones. Las peticiones eran que Dios barriera de la faz de la tierra —o por lo menos de la faz de Kotzebue— a todos los demonios católicos. Al sacar de entre las ruinas del aeroplano los cadáveres, los católicos estaban pálidos de asombro; los *quakers* se daban con el codo y se reían a carcajadas.

»También a los principios, los *quakers* nunca pasaban por delante de la iglesia católica, y cuando se veían forzados a hacerlo, lo hacían con la cara vuelta al lado opuesto. De vez en cuando creían dar gloria a Dios rompiendo un par de cristales al misionero católico para que entrase nieve y el misionero se fastidiase y se marchase.

»En la iglesia quákera se discutió todo un año cómo arreglárselas para que ningún esquimal se hiciera católico. Las calumnias adquirieron tal magnitud, que el P. Walsh—de veintinueve años de edad—visitó al misionero quákero, le agarró por las solapas y le retó a salir a la calle y resolver el problema a mojicones. El quákero, lleno de hijos, se amedrentó y amainó. Al P. Walsh le veían algunas veces llorar en silencio. Tuvo que levantar la casa él solo, dormía en un cobertizo sacudido por la borrasca y comía tocino de ballena, que a los blancos nos apesta. Tengo para mí que la muerte repentina en el aeroplano le llegó para verdadero alivio de penas.

»Hoy aquí yo estoy como un príncipe. Junto a la puerta tengo un bastón, con el que he amenazado romper el cráneo al primero que me rompa un cristal. Ningún cristiano ha sufrido desperfecto alguno. Por las tardes doy un paseo por la playa con el bastón, y los quákeros, cobardes, meten la barbilla en el pecho, temerosos de que se me ocurra empezar

(1) A. BROU, S. J.: *Cent ans de Missions*, 47.

(2) *SM.*, abril-mayo 1939, 120 s.

a bastonazos. El resultado ha sido muy famoso: veinte pasos antes de llegar a ellos sacan una sonrisa forzada y me saludan. Yo les enseño la dentadura recién cepillada, que lo mismo puede ser sonrisa infantil que amenaza de mastín. Son como niños, con una mentalidad primitiva, y como a tales hay que tratarlos.»

También los *evangelistas luteranos suecos* vinieron a establecerse en la Misión alaskaña. Después de haber dificultado grandemente nuestro apostolado en *Mountain Village*, un grupo de ellos fué corriéndose hacia *Akulurak*, donde, mediante una copiosa distribución de Biblias, prédicas y cánticos, tratan de atraer a los indígenas y ganarlos a sus doctrinas. Al poco tiempo lograron ya establecer un maestro de escuela en *Napareyaramiut* (Hooper Bay), escuela oficial la más importante en todo el litoral del mar de Behring (1).

No hay que extrañarse de ello, pues ese es el método favorito seguido por las diversas sectas para atraerse a los esquimales: ante todo procurarán conseguir el cargo de maestro de escuela para uno de sus adeptos, se valdrán después de la autoridad misma oficial para imponer sus doctrinas a los sencillos habitantes, y más tarde, no tendrán reparo en usurpar a la Iglesia católica sus cánticos y ceremonias, sus Sacramentos y devociones (2).

8. Después fueron llegando los *adventistas, anglicanos, congregacionalistas, metodistas* y otras sectas diferentes que iban estableciéndose indistintamente por el país, y estorbándose unas a otras en su trabajo de evangelización. Llegóse a tal extremo, que en 1907 hubieron de ponerse todas de acuerdo para repartirse buenamente el país entre las doce o más confesiones que trabajaban entre los indígenas. La causa que originaba tal división no era otra sino que el sencillo entendimiento de los naturales habría de sufrir una confusión enorme, si se encontrasen evangelizando el mismo lugar varias sectas diferentes.

(1) NM., vol. I, 435 s.

(2) F. MÉNAGER, S. J.: *Protestant Propaganda*, en NM., II, 357.

Los *presbiterianos*, que habían sido los primeros en ocupar el Sudeste, se quedaron en su puesto, y arrojaron de él a los demás; los *baptistas* se acomodaron en la ensenada de Cook y la región del Príncipe Guillermo; los *metodistas* escogieron el *Shumagin*, junto con las islas Aleutianas. Mientras los *moravos* preferían el valle del Kuskokwim y Nushagak, los misioneros *suecos* ocupaban la parte de Norton. Los *noruegos* se retiraron al distrito de Port Clarence, y los *quakers* siguieron en Kotzebue. Los *congregacionalistas* se establecieron en diversos puntos a lo largo de la costa del mar de Behring y su estrecho, y, por fin, los *episcopalianos* ocuparon el valle del Yukón y la región del Norte (1).

A pesar de todo, parece que semejante convenio no debió hacer mucha gracia a las iglesias y capillas evangélicas establecidas en los centros más populosos; prácticamente en todos los pueblos de alguna importancia va encontrándose hoy el viajero con iglesias de las diferentes confesiones (2).

Si no pudieron entenderse entre sí las diversas sectas que evangelizaban la misma región, por llevar innato en su ser el estigma de la división, una vez que tienen por principio dogmático el interpretar cada uno la Biblia Sagrada a su capricho, mucho menos habrán podido congeniar con los que no ya buscan el bien y provecho de las almas, antes se entierran entre las nieves del Norte, guiados únicamente por intereses terrenos y egoístas.

Así es en verdad. Lo mismo en los mares del Sur que en los hielos y regiones nortañas, los comerciantes y aventureros, que por lo general no tienen otro ideal que la explotación sistemática del indio, no pueden en modo alguno armonizar con el misionero, aunque sea protestante, que más o menos busca, al fin y al cabo, el bienestar de los indígenas. Esto es cabalmente lo que en la región alaskana sucedió entre los mercaderes y ministros protestantes.

(1) Para las características de todas y cada una de estas sectas protestantes, véanse las obras del P. CRIVELLI, S. J., sobre los protestantes en la *América Latina*.

(2) UNDERWOOD: O. c., 305.

Aquéllos, al menos en su gran mayoría, recuerdan con cierta melancólica tristeza los días bonancibles de tiempos mejores para su tráfico y su comercio, cuando los naturales, antes de que llegaran los misioneros, eran tan honrados, tan sinceros, tan amables por su ingenua sencillez, que eran incapaces de cometer una mentira o un robo. Hoy, en cambio, comparando aquellos tiempos con los actuales, no se atreve ya a ir uno con los zapatos mal sujetos al menor villorrio desconocido, sin temor de que los naturales se los arrebaten de sus mismos pies. Y rehaciendo con más o menos detalles las flaquezas reales o imaginarias de los misioneros, se complacen en hacer una pintura realmente conmovedora de aquellas razas intachables de salvajes, que han sido pervertidas por la perniciosa influencia de los mismos que los habían venido a civilizar (1).

A su vez, los ministros protestantes no pueden callar los escándalos de traficantes sin conciencia, y se lamentan sin cesar de la influencia corruptora de los blancos comerciantes, que han acarreado tantos males a los hijos del país. Ven cómo las tribus indígenas se han manchado ya con los vicios y pecados de los hombres extranjeros, cómo la región ha sido torpemente saqueada, cómo la caza y demás medios de subsistencia han sido destruídos, y lo peor de todo es que esas lamentaciones provienen realmente de hechos vergonzosos de los que han sido y son causa y origen los traficantes.

Es cierto que, por lo general, muestran éstos cierta solicitud por el bienestar de los naturales; pero teniendo como tienen un plan egoísta como fin, todos sus esfuerzos, a pesar de sus motivos altruísticos, dan pie a que, por lo menos, se sospeche y con razón. Es natural que no vean con buenos ojos al misionero que enseña a los indígenas a apreciar en su justo valor las diversas pieles y mercancías; razón por la cual no podrán comerciar como en aquellos días dichosos en que por una botella de licor, por unos anzuelos, un rifle anticuado y otros mil avalorios, se veían en posesión de mon-

(1) UNDERWOOD: *O. c.*, 299.

tones de finas pieles. El misionero, además, exhorta a los indios a abstenerse de licores alcohólicos, y con la ayuda de aduaneros y otros empleados se opone a que los blancos trafiquen con semejantes brebajes (1).

9. Lo expuesto, hasta aquí nos da ya una idea de la actividad protestante en los hielos del Norte. No se puede negar que muchos de los pastores trabajan con verdadero celo y buscan ante todo el bien espiritual de indios y esquimales. Otros, en cambio, más que el bien espiritual de sus adeptos, buscan su propio provecho, siendo ese el motivo principal que los retiene entre los fríos del invierno y la soledad de la tundra.

Tampoco puede negarse que los indígenas reportan de esos pastores bienes espirituales que sin ellos no hubieran podido conseguir: el conocimiento de Jesucristo y las principales verdades religiosas, que, aunque mezcladas, es cierto, con una multitud de burdos errores, podrán valerles quizá a algunos para abrirles las puertas del cielo. Sin embargo, bien pudiéramos decir que mayor es el mal que causan que los bienes que consiguen, pues, al fin y al cabo, son una rémora y un impedimento constante, contra el que tienen que luchar nuestros misioneros; y no echemos en olvido que los ministros luteranos trabajan patrocinados por el Gobierno de la República, sin cuya ayuda no hubieran podido obtener los resultados que de hecho han conseguido.

Y son un impedimento constante, porque todos esos enemigos del Catolicismo, tanto cismáticos como protestantes, han estado esparciendo a su sabor las más atroces calumnias contra la Iglesia de Roma. Allá, en los primeros tiempos, cuando el P. Lecorre visitó la tundra alaskana, cuéntase que cierto día se le acercaron varios indígenas revelándole con un poco de misterio que los católicos habían sido los asesinos del Salvador, pues la insignia de la cruz que ellos llevaban sobre el pecho claramente les delataba (2). Fruto ma-

(1) UNDERWOOD: *O. c.*, 300.

(2) BAETS: *O. c.*, XCI.

nifiesto de la cínica propaganda cismática y protestante.

¿Y en presencia de un estado tal de cosas habrán de acobardarse nuestros misioneros católicos, que tienen que luchar además contra los elementos continuamente desencadenados de una naturaleza salvaje y bravía? Ni pensarlo siquiera, diremos con Mons. Seghers; la razón la da él mismo en la carta arriba citada: «Desde que salí de Victoria—prosigue—no he escuchado en mi camino más que la reprobación unánime de la conducta seguida por los presbiterianos: se les echan en cara acusaciones las más degradantes, con pruebas evidentes y palpables; ahora mismo se halla en Wáshington una demanda firmada por todos los blancos de este territorio, en que se exige la expulsión de N., jefe de los ministros protestantes; es que un tribunal reunido en Sitka lo ha juzgado y condenado reo de cinco capítulos de acusación, todos ellos degradantes; en una palabra, la reputación de estos que se dicen misioneros anda por los suelos, y todos: blancos, aun protestantes, judíos e infieles me suplican instantemente les envíe sacerdotes católicos para destruir lo que han dado en llamar *dominación presbiteriana*. Por su parte, los indios de Wrangell y Sitka me confiesan estar ya cansados del yugo de esos ministros, y me prometen que el día en que uno de nuestros sacerdotes se presente en la región, la mayor parte de la población se irá tras él» (1).

Esto mismo confiesan nuestros misioneros actuales: «La única razón de no haber podido hasta ahora oponernos al imperio de Satán, es porque estas gentes no tienen quien les enseñe, y no tienen quien les enseñe porque no hay medios suficientes para mantener más misioneros ni más catequistas. El pueblo pide misioneros de todas partes, aun en aquellos lugares en que han estado los protestantes propalando mil mentiras contra nosotros durante más de veinte años. Buen ejemplo es Hooper Bay, donde hemos abierto una Misión y el pueblo ha respondido admirablemente, y eso que las patrañas allí inventadas por los ministros eran verdadera-

(1) BAETS: O. c., 172.

mente horripilantes. Cuidado hemos tenido en hacer una lista de ellas y enviarlas a Wáshington, para así informar al Gobierno de lo que han estado haciendo sus representantes en las escuelas públicas durante más de veinte años» (1).

Así escribía el P. Fox en 1929. Y el P. Lucchesi: «Se nos invita a ir a los pueblos de alguna importancia, ahora en manos de los protestantes, y nos faltan hombres» (2).

Si bien es verdad que cismáticos y protestantes constituyen una seria dificultad para que en Alaska vaya ganando terreno el verdadero reino de Dios, no lo es menos que a su vez el Señor se vale a veces de estos mismos enemigos para la implantación de su reinado; pues gracias a la indolencia de los unos y a la división siempre creciente de los otros, comprenden muchas veces los indígenas que religiones que tienen por ministros a unos hombres tan indolentes y divididos entre sí, es imposible tengan fundamentos sólidos sobre los que puedan construir el edificio de sus creencias.

Es curioso a este propósito un caso verdaderamente original: Cierta día, una de las tribus salvajes decidió enviar a cuatro de sus miembros a diversos ministros protestantes, establecidos en un radio de 100 a 200 kilómetros de distancia. Iban a interrogarles sobre algunas verdades religiosas para comparar después sus respuestas. Lo mismo hicieron con los sacerdotes católicos. Algunos días después, encontrando uno de los enviados al P. Tosi, le dice: «Vuestra religión es la verdadera, pues todos enseñáis la misma verdad; los protestantes, en cambio, no son más que apóstoles de la mentira.» Y le contaba con verdadera fruición la curiosa estratagema (3).

(1) NM., vol. II, 341.

(2) LUCCHESI: *News from Alaska*, en NM., vol. VI, 502.

(3) TOSI: O. c., 55.



Comienzos de la Misión.

VIII

EL ALBOREAR DE LA FE

1. Primeras tentativas y primeros héroes.—2. Mons. Seghers, obispo de Vancouver.—3. Primicias de apostolado por tierras desconocidas.—4. Arzobispo de Oregón.—5. Primeros contactos con los Jesuitas de las Montañas Roqueñas.—6. Camino de Alaska.—7. La separación dolorosa de Harper.—8. Hacia Nulato.—9. Muerte trágica del fundador de la Misión esquimal.—10. La sublimación del héroe.

1. Fué introducido en Alaska el Cristianismo el año 1794, cuando arribaron a *Kodiak* diez sacerdotes ruso-ortodoxos a las órdenes del Archimandrita Ivassoff. Durante todo el tiempo que estuvo Alaska bajo el dominio ruso no fué enviado misionero alguno católico (1).

El año 1862, uno de los misioneros del *Athabaska*, el P. Segouin, O. M. I., franqueando las últimas estribaciones de las Montañas Roqueñas, internóse por primera vez en territorio alaskeño (2). Logró fundar una Misión, pero hubo de cerciorarse muy pronto, con gran pena de su alma, que los 1.200 ó 1.300 indios de la región de *Fort Yukón* estaban invenciblemente apegados a los licores, al tabaco y al paganismo. Lo mismo habían de experimentar, unos años después, el . Petitot, Mons. Clut y el P. Lecorre, como veremos en seguida.

El principal culpable era el intérprete mismo, un apóstata que les predicaba con el mayor descaro la libertad de poligamia y el divorcio. El P. Segouin pasó todo el invierno sopor-

(1) GMC., 180 b.

(2) BAETS: O. c., XC.

tando el desprecio de los blancos y la arrogancia de los salvajes. El año 1863, en vista de las muchas dificultades que de todas partes surgían, fué llamado por su Prelado a la Misión canadiense, donde llegó después de treinta y cinco días de marcha y navegación extremadamente penosas. El primer intento misionero quedaba frustrado (1).

En 1870 trasponía también las montañas el ya referido P. Petitot, O. M. I.; en su rápida excursión pudo comprobar que los misioneros católicos hallarían ahora, al menos, favor y protección por parte de la autoridad (2).

Dos años después, en 1872, Mons. Clut, O. M. I., recibió del Sr. Mercier, jefe del fortín Yukón (3), la apremiante invitación de trasladarse a dicho lugar para tratar de convertir a los salvajes. Llevando en su compañía el P. Lecorre, O. M. I., a quien deseaba poner al frente de aquellos territorios, dirigióse Mons. Clut a emprender la nueva conquista.

Bajaron por el río Mackenzie y, atravesando a pie las Montañas Roqueñas, llegaron a la vertiente del Pacífico; metidos ambos en su canoa de piel de alce se dirigieron al Yukón por uno de sus afluentes, tan escabroso como pintoresco. No habían contado con la prematura llegada del invierno. El viento Norte soplabá sin intermitencia, y pocos días después la canoa era lanzada por la corriente contra un amasijo de témpanos. El P. Lecorre, que había caído enfermo poco después de la salida, apenas podía moverse. Cuando los viajeros se hallaban a medio camino, entre las Montañas Roqueñas y el fortín Yukón, la terrible barrera de hielos esta-

(1) El P. Segouin había sido el primer compañero del P. Grollier, también Oblato, fundador de la Misión «Nuestra Señora de la Buena Esperanza», en la factoría de Good-Hope, allende el Círculo Polar. Muerto el P. Grollier, quedó como director de la Misión el P. Segouin, que acompañado únicamente del H. Kearney estuvo entre sus indios durante cuarenta y un años. En 1931, habiendo quedado casi del todo ciego, fué enviado por Mons. Grouard a Europa con la esperanza de que los especialistas remediasen en algo siquiera su enfermedad. Todo fué en vano. El paciente, devorado por la nostalgia de sus Misiones, murió al año siguiente. (V. DUCHAUSSOIS: *O. c.*, 114.)

(2) BAETS: *L. c.*

(3) Era este fortín uno de los apostaderos comerciales de cierta Compañía de San Francisco, que traficaba en toda la vertiente de dicho río.

cionarios obstruyó el río. Y ellos se encontraban sin trineo, sin víveres, sin esperanza alguna de topar con ser humano.

Por fortuna, pudieron encontrar una familia de indios compasivos, detenida igualmente por los hielos en su navegación al fortín Yukón. Les ofrecieron parte de sus provisiones, un trineo y algunos perros, y juntos reanudaron la marcha a través de un suelo hórrido y congelado. Mons. Clut, hacha en mano, iba abriendo paso a los trineos, cayendo una y mil veces sobre témpanos puntiagudos, rompiendo con el peso de su cuerpo los hielos, poco consistentes aún, y hundiéndose continuamente en pantanos cenagosos. El P. Lecorre, aunque repuesto algún tanto, le seguía también, cayendo y levantando. Así llegaron al fortín Yukón, donde el Sr. Mercier, católico fervoroso, les acogió en su mansión. Gustosos aceptaron pasar bajo su techo el invierno; invierno de amarguras para el alma de aquellos dos apóstoles: ni un solo indio quiso convertirse: tales y tantos prejuicios habían sembrado allí contra los católicos los ministros protestantes.

En el deshiele del 1873, los misioneros *sacudieron el polvo de sus pies*, si esta frase cabe en los hielos alaskenses, y bajaron por el Yukón hasta la isla de St. Michael, a 64 kilómetros de la desembocadura del río en el mar de Behring. De paso administraron el bautismo a más de 150 niños. Aquellos indios y esquimales de Alaska, la antigua América rusa, aún se acordaban de los *popes* ortodoxos que antaño habían visto, y mostraban cierta simpatía por el culto católico.

Grande fué su desencanto en St. Michael, donde Mons. Clut contaba hallarse con algunos Oblatos y acopio de provisiones. El mismo había pedido el arribo de dichos refuerzos, vía San Francisco, por el vapor de la compañía de Yukón-Alaska; su carta, despachada un año antes, no había llegado, ni llegaría jamás a su destino. Los misioneros subieron por el Yukón hasta *Anvik*, sitio que les pareció propicio para establecer una Misión. Resignóse el P. Lecorre a quedarse solo en Alaska en espera de los compañeros y socorros pedidos. Aquel año pasó el invierno en *Kutlik*, en el delta del

Yukón. Mons. Clut bendijo paternalmente a su apóstol y emprendió solo el viaje de regreso (1).

Más tarde se descubrió que Alaska pertenecía a la jurisdicción de Vancouver, y el P. Lecorre, llamado por su Prelado, regresaba también en 1874 a su Misión (2).

Tuvieron, sin embargo, ambos misioneros el consuelo y la honra de haber sido, puede decirse, los primeros misioneros católicos que recorrieron las tierras y las aguas de la inhospitalaria Alaska (2). El fortín Yukón había recibido ya las visitas, poco menos que infructuosas, del P. Segouin, en 1862, y del P. Petitot, en 1870.

2. Mientras exploraba el P. Lecorre el centro de la península, llegaba a Sitka, Kodiak y las Aleutianas el que había de ser fundador y primer mártir de la Misión esquimal, Monseñor Carlos Seghers, obispo de Vancouver. Sigamos sus vicisitudes; sólo así podremos comprender la heroicidad que supone una fundación que había de costarle la propia vida.

Había nacido Carlos Seghers en Gante de Bélgica, el año 1839, y hechos sus estudios en Gante y Lovaina, partía, ya sacerdote, para las Misiones de Vancouver, en la Colombia

(1) Monseñor Clut, conocido por el significativo nombre de *el Obispo obrero*, había nacido el año 1832 en San Ramberto del Ródano (Francia). El día 8 de diciembre de 1854 pronunciaba sus votos perpetuos como Oblato de María Inmaculada. Ordenado sacerdote en 1857, llegaba el año siguiente a la Misión de Athabaska, y en 1867 recibía en ella la ordenación de los Pontífices. Siempre empleado en su oscura tarea, eclipsado por su humildad y modestia, viajó, trabajó y sufrió sin decir nunca *basta*. El 31 de julio de 1903, una apoplejía lo llevó al sepulcro. Con razón se le conoce con el apelativo de *el Obispo obrero*.

(2) El P. Lecorre había sido ordenado de sacerdote por Mons. Clut el año 1870; en 1876 profesaba en los Oblatos de María Inmaculada y ya le hemos visto viajar con su Prelado por las estepas alaskañas, en las que por especial protección de la Providencia pudo escapar varias veces al puñal o fusil de los hechiceros, que habían jurado e intentado matarle. Cuando escribía su obra el P. Duchaussois: *Aux Glaces Polaires*, decía: el P. Lecorre actualmente está en San Alberto, casa de retiro para nuestros veteranos, alejado del mundo por una ceguera que contrajo en las nieves del Norte, pero disfrutando todavía de las activas cualidades de su alma, consagradas exclusivamente al apostolado mediante sus producciones en prosa y verso, que no se cansa de escribir. (V. O. c., 346.)

(3) DUCHAUSSOIS: O. c., 216 s.

británica. Diez años después de su llegada era nombrado por Pío IX, Obispo de Vancouver, en el Consistorio celebrado el 23 de marzo de 1873 (1).

La Sagrada Escritura, en uno de esos pasajes en que derrocha las riquezas de la imaginación oriental, describe en dos palabras al conquistador que mide con su mirada las tierras que va a someter a su dominio: *stetit, et mensus est terram* (2). Del mismo modo tendía el nuevo Prelado sus ojos sobre el vasto territorio que acababa de ser confiado a sus cuidados de pastor: la isla de Vancouver, con las Misiones entre blancos que sostener y entre indios que fundar o consolidar.

Pero su ojo escrutador dirigió una mirada más allá, salvó las olas encrespadas del Pacífico, y fijóse en aquella Alaska abandonada, perdida entre las nieves del Polo, donde vivían también almas que ignoraban el camino del cielo. Y ese territorio inmenso, confiado a sus cuidados de pastor, sugirióle pronto la enérgica determinación que sólo la obediencia o la muerte pudieron atajar: ante todo había que reconocer a Alaska (3).

Ya a poco de su llegada a Vancouver había manifestado intensos deseos de llegarse a aquella región inmensa e inhóspita para predicar la fe a los indios y esquimales. Con vivas instancias se lo pidió varias veces a su Prelado, pero éste, atendiendo a la débil complexión de su subordinado y a las dificultades insuperables casi de aquella empresa, no quiso concederle esa gracia; además, que le apreciaba sobremedida por sus muestras de virtud y sus dotes de ingenio. Se lo llevó consigo a Roma, como teólogo suyo, al Concilio Vaticano, y vueltos a América, le cedió parte del gobierno de la Diócesis, como su administrador y secretario particular.

Como queda dicho, en 1873, era él mismo creado Obispo de Vancouver: a su jurisdicción pertenecía el territorio de Alaska, recién adquirido por los Estados Unidos: era el terri-

(1) BAETS: *Mgr. Seghers l'Apôtre de l'Alaska*, 37.

(2) *Habac.*, 3, 6.

(3) BAETS: *O. c.*, 41.

torio misterioso de sus ensueños juveniles. ¿Qué haría Carlos Seghers?

3. No había transcurrido aún un mes desde su Consagración episcopal, y ya el celoso pastor pedía pasaje a bordo de una embarcación del Gobierno. El 21 de julio de 1873 llegaba a *Sitka*, y seguía internándose hacia el Oeste hasta *Kodiak* y *Unalaska*, una de las islas Aleutianas. Dos meses después volvía a entrar en Victoria, su ciudad episcopal, donde consagraba la Diócesis al Sagrado Corazón, el Domingo de Resurrección, 5 de abril de 1874 (1).

Pero él tenía fijos siempre sus ojos en aquellas regiones olvidadas de la pródiga Naturaleza, y buscaba tan sólo una ocasión para poder explorar la parte Noroeste de la península. Se le ofreció ésta cuatro años más tarde, y el 8 de junio de 1877 zarpaba de Victoria con rumbo al Norte: era su segunda expedición; esta vez le acompañaba uno de sus sacerdotes, el P. Mandart, que había visitado ya varias veces la parte meridional del incógnito país (2).

El 14 de julio llegaban ambos expedicionarios a St. Michael, punto céntrico de reunión de los traficantes de las comarcas vecinas. Permanecieron allí varios días y contrataron a un esquimal para que en su barca los trasladase a unos 70 kilómetros más al Norte, al lugar llamado *Unalaklet*. Desde aquí, en compañía de otros dos esquimales, a pie y con sus bagajes al hombro, atravesaron el territorio en una distancia de 150 kilómetros hasta llegar al Yukón. Afortunadamente pasaba entonces la embarcación de un traficante de pieles que se encaminaba a Nulato, adonde precisamente pensaban marchar también los dos misioneros.

Monseñor Seghers hizo algunas escapadas de exploración, dejando siempre en Nulato al P. Mandart. En octubre partió el Obispo en compañía de un canadiense y un ruso a visitar los alrededores del río *Koyklotzena* (el Koyukuk), ex-

(1) BAETS: O. c., 42.

(2) BAETS: O. c., 62 s.

pedición en que casi había de tocar el Círculo Polar. El 11 de noviembre volvía a entrar en Nulato (1).

El mes de marzo, estando aún helado el Yukón, lo remontaron ambos en trineo arrastrado por canes hasta cerca de *Nukloroyet*, en la confluencia del Tanana. Iban con la intención de explorar el terreno hasta las fuentes mismas del río en las Montañas de la Cadena Alaskana, y proseguir después hacia el mar del Sur siguiendo el curso del Copper. Pero ya por lo peligroso del camino, ya por la escasez de provisiones o por la barbarie de los indios que vivían en aquellas regiones inexploradas, decidieron abandonar tan arduo proyecto, según les aconsejaban todos, y esperar en Nulato que se abriese de nuevo el camino para volver a St. Michael y emprender por mar el viaje de vuelta a los Estados Unidos (2).

Los indios *Tchaitski* tuvieron la suerte de ser los primeros en aprovechar las primicias de su apostolado; reunidos en las orillas del río, les explicaba Monseñor Seghers todas las enseñanzas más importantes de la Doctrina Cristiana a media mañana, y con gran satisfacción de su espíritu de Padre volvía a verlos de nuevo junto a sí después de comer, ávidos de escuchar sus enseñanzas.

Cuánto tuvo que sufrir, sin embargo, por no poder comunicarse directamente con ellos, viéndose obligado a dirigirles la palabra por medio de intérpretes, no siempre acertados en la traducción exacta de las sublimes verdades que les enseñaba. Un ejemplo: les explicaba en cierta ocasión el dogma de la Santísima Trinidad, exponiendo con sumo cuidado cómo en un solo Dios hay tres distintas Personas: Padre, Hijo y Espíritu Santo. El intérprete, que no encontraba un término apropiado para designar la tercera, tradujo sencillamente: el Padre, el Hijo y... la Madre. Afortunadamente, conocía el Obispo este último vocablo, y apresuróse a protestar contra la nueva herejía. Es de creer que no sería éste el único

(1) BAETS, 76.

(2) TOSI: O. c., 8.

error debido a los intérpretes: *ab uno disce omnes*, que dice el adagio latino: *para muestra basta un botón*, traduce el refrán castellano (1).

En Nulato se alojaron en una pequeña cabaña de madera, propiedad de un indio llamado *Kereka*. A diez dólares subió el alquiler de esta residencia episcopal, barrida algún tiempo después por una de las inundaciones del Yukón. Durante el invierno tuvieron que soportar enormes privaciones: ninguno de los dos sabía cocinar, y fueron incapaces de hacer pan a pesar de que habían llevado consigo harina. Tan pronto como el río permitió de nuevo la navegación se volvieron a St. Michael. Antes de partir prometió a sus indios que volvería al año siguiente a establecer de un modo definitivo una Misión permanente. El 3 de abril dejaban también St. Michael y llegaban por fin a Victoria el 20 de septiembre de 1878. La expedición le había llevado quince meses, y en ella había podido visitar y aun bautizar un buen número de indios.

4. Volvía lleno de planes y proyectos para la evangelización del inmenso país que acababa de recorrer. ¿Cuál no sería, pues, su asombro y su dolor al comunicársele la noticia de que acababa de ser nombrado Coadjutor con derecho a sucesión del Arzobispo de Oregón? Quedó pálido el intrépido misionero; ¡era tan vivo el amor que había cobrado a sus alaskenos, y tan grande el sacrificio que se le imponía al alejársele para siempre de su lado! Aceptó con sumisión la ordenación de la Obediencia, e inmediatamente puso unas líneas a su nuevo Superior, pidiéndole permiso para ultimar ciertos asuntos de la Diócesis y visitar por última vez a sus carísimos hijos.

De nuevo se embarcaba para Alaska el 2 de abril del año 79, visitando a *Sitka* y *Wrangell*, donde dejaba un sacerdote al cuidado de la pequeña iglesia que se acababa de construir; más tarde hubo de regresar a Vancouver, donde se necesitaban sus servicios. A fines de mayo volvía Monseñor

(1) BAETS: 73 s.



Foto 65.—*Región de fiords alaskanos.*



Foto 66.—*Uno de los glaciares alaskanos del Sur.*



Foto 67.—*El P. Tosi (en el centro) con dos cristianos de la Misión*



Foto 68.—*Vista parcial del puerto de Wrangell.*

Seghers a Victoria para encaminarse inmediatamente a su nuevo destino (1).

Por dimisión de Monseñor Blanchet, sucedíale su Coadjutor en el gobierno de la Archidiócesis; el 15 de agosto de 1881 recibía con toda solemnidad la investidura del Palio, y con él los planes del Obispo misionero parecían morir para siempre (2). ¡Cuán otros, sin embargo, eran los planes de Dios! Le había elegido para apóstol y mártir de Alaska, y esa elección había de tener pleno cumplimiento.

Hacia tiempo que había surgido entre el Episcopado americano la idea de reunirse en Concilio. Fué sometido el plan a la aprobación del Sumo Pontífice, y éste, después de largas vacilaciones, justificadas por la importancia del asunto, y para que tuviese la reunión mayores garantías de buen éxito, decidió convocar a Roma a todos los Arzobispos americanos, a fin de que los trabajos preliminares se comenzasen bajo la dirección del Vicario de Jesucristo. Respondiendo a la convocatoria del Papa, los Arzobispos se embarcaron para Roma; entre ellos iba el de Oregón, Mons. Seghers (3).

Pasemos por alto otros asuntos para ocuparnos tan sólo del que a nosotros interesa. Algunos días después de la primera reunión de Arzobispos, tuvo el de Oregón una entrevista con el Prefecto de Propaganda, Cardenal Simeoni. Acababa de ser erigido el Vicariato de Montana, y Mons. Brondel, sucesor de Mons. Seghers en Vancouver, había sido encargado de gobernarlo. Por otra parte, el P. Jonckau, elegido para Obispo de la Diócesis vacante, había rehusado, por razones de salud, la mitra que se le ofrecía. El Cardenal Simeoni consultó entonces al Arzobispo: «Monseñor, ¿qué vamos a hacer con Alaska? Ese inmenso territorio está completamente abandonado, y ni los Oblatos ni los Jesuitas pueden encargarse de él.»

«La cosa es bien sencilla, Eminencia—le respondió el Ar-

(1) BAETS: 107 s.

(2) BAETS, 133.

(3) BAETS, 152.

zobispo—. Que me trasladen de nuevo a Victoria, y yo me encargaré de evangelizarlo.»

«¿Y vais a abandonar una Archidiócesis que gobernáis tan bien?»

«¿Por qué no, si el Papa bendice y aprueba mi deseo?»

Insinuóle entonces el Cardenal que hablase de ello con el Papa, pero Mons. Seghers expresóle sus deseos de que se encargase él mismo de pedir el consentimiento al Sumo Pontífice (1). Prometióselo el Cardenal, y aquella misma tarde recibía una carta del Arzobispo, en la que éste le recordaba por escrito las razones arriba apuntadas que apoyaban su demanda.

«Vuestra Eminencia sabe—le decía—que desde 1863 hasta 1879 estuve trabajando en las Misiones de la Diócesis de Vancouver y en el territorio de Alaska o América Rusa. Fui nombrado entonces, V. Em. lo sabe también, Coadjutor con derecho a sucesión del Arzobispado de Oregón City. No hubiera dado yo mi consentimiento, si no hubiera creído cumplir la voluntad de Dios, haciendo la del Soberano Pontífice. Pues bien, visto el traslado de Mons. Brondel, de la Diócesis de Vancouver a la administración del Vicariato Apostólico de Montana, y el mal estado de salud del R. M. Jonckau, nombrado Coadjutor del Obispo de Vancouver, con lo que la Iglesia de Vancouver se queda sin Pastor, con gran detrimento de la religión, sobre todo en lo concerniente al territorio de Alaska, ahora abandonado de todos; considerando además que no será fácil encontrar para Vancouver un Obispo apto que tome a su cargo el cuidado de Alaska, y confiando por otra parte que el nombramiento de un Arzobispo para Oregón City no presentará dificultades mayores, impulsado sobre todo por el amor que siempre he tenido al puesto de Vancouver, pido a V. Em., como una gracia y un favor, tenga a bien la Santa Sede concederme la facultad de renunciar a la Iglesia metropolitana de Oregón y volver al Obispado de Vancouver...

»Si V. Em. juzga aceptable mi petición y digna de ser pre-

(1) BAETS, 154.

sentada al Sumo Pontífice, dado sobre todo que Mons. Bron-del sea trasladado de su Diócesis de Vancouver, pido con humilde insistencia se decida cuanto antes este punto, para que durante mi permanencia en Europa pueda proveerme de sacerdotes, recursos, vestidos y lo demás necesario para fundar la Misión de Alaska.

»De V. Em. humilde servidor en Jesucristo, *Carlos Juan Seghers*, Arzobispo de Oregón-City» (1).

Varios días después era llamado el Arzobispo de Oregón a una audiencia con el Santo Padre.

«¿Cuánto tiempo fuisteis Obispo de Vancouver?»

«Seis años, Santísimo Padre; pero he pasado diez y seis en esas Misiones. Vuestra Santidad conocerá ya mi ofrecimiento para mi anterior Diócesis.»

«Algo me ha hablado el Cardenal Simeoni. ¿Pero es que encontráis alguna dificultad con vuestro Clero de Oregón?»

«Ninguna», respondió el Arzobispo.

El diálogo se continuó durante algún tiempo. León XIII, profundamente conmovido ante semejante abnegación y humildad, ante un espíritu tan inflamado en celo apostólico, sintió varias veces sus ojos humedecidos por las lágrimas; y con esa majestad sencilla y emocionante suya, le dijo estas solas palabras: *Lo apruebo; id* (2).

Con verdadera fruición, y siempre medio llorando de consuelo, contaba el Arzobispo esta escena al P. Tosi. En la Propaganda, si bien admiraban el celo ardoroso de aquel Arzobispo, no se inclinaban fácilmente a hacer el traslado; no quedaba otro recurso más que acudir al mismo Papa. Contaba Mons. Seghers que, recibido al fin en audiencia, se arrojó a los pies del Santo Padre, y bañados los ojos en lágrimas le decía con las manos extendidas hacia él: «Santidad, no me levantaré de aquí si no me concede de nuevo la Diócesis de Vancouver y la evangelización de Alaska.» Dice entonces que León XIII, todo conmovido, se levantó de su asiento, y echando sus brazos al cuello del Arzobispo, le respondió: «Muy

(1) BAETS: 155 s.

(2) BAETS: 156 s.

bien, id allá con la bendición de Dios y de esta Sede Apostólica.»

«Fué tan grande mi alegría—prosigue el Arzobispo—, y me llegó tan al fondo de mi alma aquella palabra del Papa: *id*, que sentí mis fauces resecas y sedientas y no fui capaz de pronunciar ni una sola sílaba de agradecimiento.» Mucho hablaron los periódicos de entonces de esta renuncia a una Sede Arzobispal rica y próspera por una pequeña y pobre diócesis, y todo con el único fin nobilísimo de consagrarse de lleno al apostolado entre los esquimales (1).

Monseñor Seghers volvía a Vancouver; los designios del cielo iban a cumplirse en breve; la fe en Alaska comenzaba a alborear.

El día 2 de abril de 1885 tomaba posesión de la Diócesis el nuevo Arzobispo-Obispo de Vancouver. Aunque Ordinario de una simple Diócesis, conservaba sin embargo como título personal la dignidad de Arzobispo; mas el Santo Padre, como señal de su paternal complacencia, le envió de nuevo el Pallio que había depuesto él al abandonar la metropolitana de Oregón.

La causa única de su vuelta a Victoria no era otra sino el propósito firme de establecer en Alaska el reino de Jesucristo; por eso, una vez visitados los puestos principales de la Diócesis, salía por cuarta vez para el Sur de Alaska. Los frutos de esta visita fueron la fundación de dos centros misioneros, confiados a uno de sus sacerdotes, en *Sitka* y en *Juneau* (2).

5. A fines de 1885 volvía a entrar en Victoria; iba a completar ya los últimos preparativos para la definitiva apertura de la Misión en el interior de la península. Como entre su clero no tenía misioneros disponibles para la grandiosa empresa, decidió encomendar el cuidado de la futura Misión a alguna Orden religiosa. Con este fin acudió a varias de ellas, y ninguna pudo poner misioneros a su disposición. Acudió

(1) TOSI: O. c., 10.

(2) BAETS, 177.

por fin a los Jesuítas de la Misión de las Montañas Roqueñas, y el P. José María Cataldo, Superior de la Misión, que entonces precisamente acababa de recibir de Europa una nueva expedición de jóvenes operarios, respondió al Arzobispo y le envió dos Padres para que le acompañasen en su viaje y de paso explorasen la comarca, aunque todavía sin intención de encargarse de aquella Misión extraña.

Estos dos Jesuítas designados eran el P. Pascual Tosi, italiano, y el P. Luis Robaut, francés; con ellos iba Francisco Fuller, que había servido a los Padres durante algunos años, y que ahora espontáneamente se les había ofrecido de compañero.

Antes de proseguir adelante, y en previsión de acontecimientos futuros, conviene que asentemos ya desde el principio quién era este personaje, *Fuller*, que va a jugar un papel importantísimo en los hechos que se siguen. En una carta —la última conocida— que Mons. Seghers envió a su Vicario General P. Jonckau, el 31 de agosto de 1886, dándole cuenta de cómo iba realizándose el viaje, al hablar de este Francisco Fuller le da siempre el apelativo de Hermano, como si fuera Jesuíta (1).

Por otra parte, como Fuller había estado varios años con los Jesuítas en las Montañas Roqueñas y con dos de ellos emprendía la arriesgada empresa de fundar una Misión en una de las regiones más inhospitalarias del globo, resulta que no pocos contemporáneos que leyeron la carta del Arzobispo vinieron a creer que el tal Fuller era en realidad un Hermano Coadjutor de la Compañía de Jesús.

No es cierto; Francisco Fuller no fué jamás ni Coadjutor ni postulante en la Compañía; si Mons. Seghers le da siempre el calificativo de Hermano, es porque habiendo intimado mucho con los Jesuítas de las Montañas Roqueñas, aunque sabía perfectamente que Fuller no pertenecía a la Compañía de Jesús, sin embargo, por la bondad paternal de su corazón de Padre, se complacía en honrar al criado con tan

(1) V. la carta en *W.L.*, 1887, 55 ss.

preciado título. Quizá en razón del hábito que ya tenía de llamarle así, se le escapó al Arzobispo el lamentable error de seguir dándole ese nombre en su carta. *Fuller* no perteneció jamás a la Compañía de Jesús (1).

Llegados a Victoria los dos Jesuitas con *Fuller*, comenzaron a disponer los preparativos del viaje. El día 13 de julio de 1886 embarcaban en el *Ancón*; ese mismo día envió el Arzobispo una carta al Cardenal Simeoni dándole cuenta de que salía para Alaska acompañado de los dos Jesuitas. Al atardecer zarpaba el *Ancón* del puerto de Victoria.

«Parto para Alaska—dijo a su Clero al despedirse—; sólo Dios sabe cuándo podré volver..., si es que puedo volver. Rogad por mí.» Fueron las últimas palabras que dirigió a sus sacerdotes. Seis días después, el 19, anclaban en el puerto de Juneau, donde se detuvieron un día: allí estaba de párroco desde el año anterior el P. Althoff, que les recomendó a un tal Antonio Prevost: quedó admitido en la comitiva como cocinero. Al día siguiente llegaron a *Chilcoot*, término del viaje en el *Ancón*.

6. Para la sucesión de los datos que se siguen vamos a seguir el artículo publicado por el P. Barnum en las *Woodstock Letters* del año 1893 sobre el asesinato del Arzobispo, y la carta del mismo Arzobispo, dirigida el 31 de agosto de 1886—por lo tanto, durante el viaje—al P. Jonckau, su Vicario General, y finalmente de los datos que también nos proporciona el P. Tosi en su relación de 1893.

«Los caminos para entrar en Alaska—escribía el Arzobispo—son dos: o el nacimiento o la desembocadura del Yukón. El año 1877 entré yo en Alaska por la desembocadura del Yukón hasta Nulato; este año escogí el otro camino y atravesé la Cadena montañosa costera en busca de las fuentes del Yukón, por dos razones: la primera, porque aunque el acceso

(1) BARNUM: *An account of the murder of Archbishop Seghers*, en *WL.*, 1893, 436 ss.; un artículo sobre lo mismo también en *WL.*, 1887, 270 ss.

TOSI: *L'Alaska e i suoi primi esploratori*, 19.

por la desembocadura es fácil, pero la navegación río arriba es larga, tardía y dificultosa; además, que el viaje por la desembocadura sería muy largo, mientras que desde Victoria, buscando las fuentes del río, acorta enormemente la distancia; es cierto que el paso de la Cadena costera y algunos de los rápidos del río son difíciles de salvar, pero una vez pasadas estas dificultades, la navegación hacia el interior desde un extremo al otro de Alaska está libre de fatigas y peligros, y es por demás interesante.

La segunda razón de haber escogido este camino es el que así puedo visitar y conocer nuevas regiones, cultivar una tierra aún virgen, explorar unos parajes que no han sido antes visitados y trabajar con unos indígenas a quienes no ha predicado aún misionero alguno de ninguna denominación.»

De todos modos, por ambos caminos iba a cumplir los deseos y las promesas hechas a los indios en su primera expedición por los helados yermos de Alaska.

Había que atravesar, pues, la Cordillera costera, y a pie. En *Chilcoot* alquilaron varios indios para que les transportasen las provisiones y demás bagajes de la comitiva al otro lado de la línea divisoria montañosa. El paso de la montaña fué difícil: durante el trayecto tuvieron que vadear un buen número de arroyuelos, cinco de ellos bastante anchos y profundos y además fríos como el hielo; en una ocasión estuvo a punto el Arzobispo de ser arrastrado por la corriente impetuosa.

El 26 de julio alcanzaron el *Lago Cráter*, que es ya una de las fuentes del río Yukón. Mons. Seghers no deja de apuntar como feliz coincidencia que precisamente ese mismo día había visto por primera vez las aguas del Yukón el año 77.

Unos días después llegaron al lago *Lindeman* y vieron la necesidad de construir una almadía. Un día, mientras estaban empleados en este trabajo, se llegó el P. Tosi al lugar en que estaba *Prevost* preparando unas cosillas para un indio. *Prevost* se quejaba de neuralgia. El P. Tosi le aconsejó se retirase a la tienda y procurase dormir, añadiendo que ya le llamaría con el tiempo suficiente para prepararles la cena.

A las cuatro en punto fué a llamarle como había convenido, pero no halló rastro alguno de Prevost. Le buscaron varios días y Prevost no apareció: había desertado y ya no volvieron a tener más noticias de él: era un desesperado que había fracasado en sus negocios. Consigo no llevó más que un pequeño revólver. Este episodio causó, como es natural, grande pena al Arzobispo.

Terminada la almadía, la echaron al agua, pero se hundió a la salida del lago; el trayecto siguiente que va hasta el lago próximo es una serie de rápidos de peligrosa navegación, que aconseja más bien salvarlos a pie. Para estas fechas se les había juntado ya una partida de aventureros, y ambos convinieron que la comitiva del Arzobispo trasladaría a pie todas las provisiones, mientras, en pago de este servicio, le construirían los mineros una chalana. Diez días tardaron en construirla.

Después de una dilación de varias semanas, emprendieron de nuevo el viaje peligroso; en aquel paraje, en que habían tenido que detenerse forzosamente, quisieron dejar un recuerdo que perpetuase su estancia; sobre uno de los árboles dejaron escritas estas palabras: «El Arzobispo Seghers, de Victoria, V. I., acompañado de los Padres Tosi y Robaut, acamparon aquí y ofrecieron el Santo Sacrificio de la Misa. Julio, 30, 1886.»

Contentos prosiguieron el viaje hacia Alaska. Los incidentes y privaciones de este arduo camino nos son conocidos por una carta del P. Tosi: «Sólo Dios sabe—dice—los sufrimientos y peligros que encontramos en esta difícil travesía de diez y ocho días, hasta que llegamos a la confluencia del Yukón con el Stewart. Mil veces estuvimos a punto de ser tragados por la corriente, o estrellados contra los peñascos por la violencia de la tempestad. Mas quiso el Señor salvarnos y darnos valor para sufrir por su gloria y la salvación de las almas, único objeto de esta empresa soberanamente arriesgada. El Arzobispo mismo hacía de piloto y nos daba ejemplo de una confianza ilimitada en Dios, a la vez que nos



Foto 69.—*Mons. Crimont en su visita a Akulurak. Sentados, de izquierda a derecha: P. Lucchesi, Mons. Crimont P. Post; de pie: H. Murphy, P. Willebrand, H. Chiaudano.*



Foto 70.—*Agarrado a los barrotes del trineo atraviesa la tundra helada.*



Foto 71.—*Monseñor Rafael Crimont, primer Obispo de Alaska.*



Foto 72.—País encantado de Alaska.



Foto 73.—La trailla de perros dispuesta para la marcha.

animaba y sostenía con sus palabras de Padre y Apóstol» (1).

Precisamente en este viaje de intimidad entre los misioneros y el Arzobispo, les manifestó éste, con gran extrañeza de aquéllos, sus ansias ardientes de entrar en la Compañía de Jesús. Nos complacemos con el P. Barnum en dar a conocer este dato tan interesante, generalmente desconocido de todos, y que no llegó a recoger su mismo biógrafo Maurice de Baets.

Su determinación era la siguiente, según se lo confesó a ambos Padres Jesuitas: una vez que quedase totalmente asegurado el establecimiento de la Misión, pensaba presentar al Sumo Pontífice la renuncia de su cargo, y entrar en la Compañía de Jesús para trabajar como sencillo *operario* en aquella misma Misión que fundara como Arzobispo. La muerte trágica que iba a sufrir en breve le impidió la realización de tan acariciado propósito. Mons. Seghers, el fundador de la Misión Alaskana, si no fué Jesuita de hecho, lo fué al menos en la intención (2).

Atravesada ya la cadena de los lagos *Cráter, Lindeman, Bennet, Takoo, Marsh, Labarge*, desembocaron en el río *Lewes* y llegaron al *Miles Cañón*, una de las más grandes bellezas canadienses. La navegación aquí se hace sumamente peligrosa. Tiene el Miles Cañón una milla de longitud, y sus laderas, cortadas a pico, están formadas de enormes columnas basálticas, por entre las cuales se encajona el río a veces en una anchura de solo cinco pies, con lo que la corriente pasa a velocidades insospechadas. El agua hierve en remolinos de espuma al chocar con las paredes basálticas, formando un remolino en la mitad, de manera que no es posible pase objeto alguno por la corriente sin chocar violentamente acá y allá contra las rocas duras de basalto.

Ambas orillas corren casi totalmente paralelas en una longitud de unos 470 metros; después se abren un poco, y la corriente se hace más remansada, desfilando entre dos remolinos; después de este pequeño ensanchamiento embiste con

(1) TOSI: *L'Alaska e i suoi primi esploratori*, 12.

(2) BARNUM: *Life on the Alaska Mission*, en WL., 1893, 39.

violencia contra una roca de enfrente, se precipita de nuevo en otro angosto desfiladero y sale del Cañón rugiente y espumosa, como queriendo testimoniar con ello su furia mal contenida.

La comitiva enfiló sus barquichuelas a través del angosto Cañón: Fuller empuñaba el timón, el P. Robaut atendía a los remos, y el Arzobispo, reloj en mano, iba de pie en la proa para tener el gusto de medir la velocidad con que caminaban. Protestaron todos contra el riesgo a que se exponía, pero el Arzobispo era un jefe intrépido y no se dejaba amedrentar por el peligro. De hecho, jamás parecía tener preocupación alguna por el peligro que pudiera correr: así animaba a sus compañeros de viaje, dejando entrever su confianza y serenidad. Dada la orden de marcha, partió veloz la navecilla, y en un instante fué empujada por la corriente espumosa contra los tenebrosos antros del Cañón; unos momentos de angustia terrible: tres minutos y veinticinco segundos más tarde habían ganado ya las aguas tranquilas y remansadas de la salida.

7. El 7 de septiembre llegaron al puesto comercial de *Harper*, en la confluencia misma del *Yukón* y el *Stewart*: allí estaban también unos 50 exploradores acampados para invernar. Como además aquellos alrededores estaban bastante poblados de tribus indias, parecióles un campo a propósito para comenzar su apostolado; juzgó con todo el Arzobispo ser mucho tres sacerdotes para un mismo lugar y se pensó seriamente en una temporal división de la comitiva: una casual información adquirida allí mismo determinó tan infausta decisión: se enteró el Arzobispo que un pastor protestante llamado Parquer estaba entonces en St. Michael con su mujer y familia esperando el tiempo más a propósito para subir río arriba hacia Nulato. Naturalmente, estas noticias le causaron honda impresión: él, que había pasado un invierno en Nulato y había prometido a sus indios volver, ¿iba a permitir que le tomasen otros la delantera? Un pequeño retraso, y quizá llegase ya demasiado tarde; es verdad que Nulato

quedaba a 2.000 kilómetros de distancia, pero no le arredaban las fatigas inherentes a un camino tan largo a través de una tundra desoladora y en lo más crudo del tiempo invernal.

Por otra parte, no le parecía oportuno dejar abandonados tantos indios infieles en las regiones altas del río: se impuso, pues, como única solución la temporal separación de los misioneros: los dos Jesuítas se quedarían allí, mientras él, acompañado de Fuller, saldría camino del interior en dirección a Nulato, donde a su vez se encontrarían todos en el verano siguiente. Los dos Jesuítas se opusieron tenazmente a la realización de esta idea; a lo más Fuller podría quedarse en Harper, y uno de los Padres iría acompañando al Arzobispo; todo fué en vano; hubieron de someterse a la decisión del Prelado.

Los dos Jesuítas quedarían, pues, en Harper hasta la primavera, en que podrían dirigirse a *Nukloroyet*, y el Arzobispo con Fuller marcharía a Nulato, a fin de llegar allá antes de que se echase encima lo más crudo del invierno; si se les hiciese imposible continuar a lo largo del Yukón, proseguirían en trineo su camino, pero había que llegar, era necesario entrar en Nulato antes de que los Protestantes se les pudieran anticipar. Tal era su determinación y su impaciencia, que al día siguiente, 8 de septiembre, después de decir la Misa, emprendió con Fuller el camino: unas lágrimas temblorosas rodaron por sus mejillas cuando los dos Jesuítas se arrodillaron ante él implorando su bendición.

Mientras acercaban el esquife a las aguas, el P. Tosi dijo a Fuller estas únicas palabras: «Fuller, ten mucho cuidado del Arzobispo.» El esquife se deslizó rápido por la corriente, y poco después se perdió de vista tras un recodo del río. Carlos Seghers los miró por última vez: era la última mirada del corazón paternal y noble de aquel santo caudillo, cuya sangre generosa iba a enrojecer muy pronto el armiño inmaculado de aquellas nieves eternas, que habían sido por tantos años la meta constante de todas sus aspiraciones. Antes de salir de Harper aprovechó la vuelta de un minero que volvía a Juneau, para enviar a su Vicario General la carta de que

nos hemos servido para muchos de los detalles de este relato.

¿De qué dependía la insistente oposición de los dos Jesuítas a la separación y marcha del Arzobispo con Fuller? Naturalmente, en primer lugar, por el empeño que tenían en no apartarse de tan ilustre Prelado; y después por la mala impresión que el criado Fuller les venía causando desde que salieron de Victoria: las muchas extravagancias y muestras inconfundibles de manifiesta demencia hacían a los Padres desconfiar, y así se lo habían advertido más de una vez al Arzobispo. El P. Tosi en particular había propuesto a Monseñor Seghers que en vista de la conducta observada por Fuller en el viaje desde Victoria al Sur de Alaska, le volviese a remitir a Victoria cuando el *Ancón* diese la vuelta a los Estados Unidos; le parecía una temeridad lanzarse a un viaje tan largo y trabajoso en compañía de un hombre de tal condición. En este mismo viaje, acercándose en cierta ocasión Fuller al P. Robaut, le hizo esta confidencia: «Antes tenía enemigos en todas partes; ahora los llevo a bordo.» ¿Por quién decía estas incoherencias? ¿Por los Jesuítas? ¿Por el Arzobispo?

Monseñor Seghers, por su parte, juzgando que los servicios de aquel criado serían sumamente necesarios tanto para el largo viaje como para la forzosa internada en un país lleno de dificultades, optó por llevar la cosa adelante, con la esperanza de que el excéntrico proceder de Fuller, debido sin duda a la manía de que los blancos exigían el sacrificio de su vida, se apaciguaría al fin cuando se viese lejos de ellos. Este cambio extraño no parecía llegar; a pesar de todo, el Arzobispo, llevado en alas de su celo, consintió en separarse de los Padres y emprender sólo el camino hacia el interior acompañado de un hombre de tan notorias extravagancias.

Partió, pues, el Arzobispo, y los Padres se quedaron en Harper; como dijimos arriba, se hallaba situado este puerto comercial en la confluencia misma del Stewart con el Yukón. Unas millas más al Norte, Dawson City, tan célebre después por sus ricas minas auríferas. Ambos lugares están dentro de los dominios del Canadá, y en ambos ejercitaron sus

primeros ministerios los Jesuítas en el territorio del Yukón; en Dawson se haría célebre el P. Guillermo Judge; en la confluencia del Stewart, donde hoy se levanta la ciudad de su mismo nombre, invernarón los PP. Tosi y Robaut el año 1886-1887, primicias en la fundación de la Misión Alaskan. Las órdenes que les había dejado el Arzobispo eran las siguientes: permanecer allí mientras se pasaba el invierno, trabajando con mineros y naturales, y emprender el viaje con la primavera a lo largo del Yukón hasta Nukloroyet, tan pronto como el río quedase libre de hielos.

Y después, ¿qué harían? Ambos lo consultaron entre sí y con el Superior de las Montañas Roqueñas: uno de los dos se quedaría en Alaska, mientras el otro volvería a los Estados Unidos acompañando al Arzobispo; por su parte, el P. Cataldo pediría órdenes concretas al P. General de la Compañía de Jesús, para fundar o no una Misión en territorio alaskano. De acuerdo con esta determinación, los dos Jesuítas emprendieron el camino hacia el interior al llegar el mes de mayo, para encontrarse, según lo convenido, con el Arzobispo.

8. Pero sigamos antes las vicisitudes de éste en su camino hacia Nulato. La estación del año en curso no era la más favorable para navegar a través del Yukón, que en lo largo de su curso llega a alcanzar y aun sobrepasar la línea del Círculo Polar. Las dificultades que tuvieron que experimentar fueron constantes y peligrosas; cuántas veces el pequeño esquife estuvo a punto de ser aplastado entre las grandes masas de hielos flotantes, que cabalgaban sobre las ondas, logrando a duras penas quedar libres de un inminente naufragio. Peligros, privaciones, frío, fatigas fueron los compañeros inseparables de su viaje. Así llegaron finalmente a Nukloroyet (1), donde se había establecido una colonia de comerciantes de pieles.

Era imposible proseguir el viaje por el río: el Yukón se

(1) En algunos mapas se encuentra mal escrito este pueblo, pues lo suelen confundir con Nuklukayet, y con este nombre lo designaban también nuestros misioneros en los primeros tiempos de la Misión.

había *cerrado*; tenían que esperar, pues, en Nukloroyet hasta que el río se hiciese más consistente y a que la nieve cayese en la cantidad suficiente para hacer algo más cómodo el viaje en trineo a lo largo también del helado Yukón.

Por este tiempo Fuller estaba ya malhumorado y comenzaba a tratar a veces con insolencia al Arzobispo. Trabajó además muy pronto íntima amistad con uno de los comerciantes, llamado Walker. Había además dos aventureros pasando el invierno, y Fuller acostumbraba a tener con ellos largas conversaciones, quejándose siempre del Arzobispo. Walker era enemigo acérrimo de que se estableciese una Misión católica en aquella región. Naturalmente, la simpatía y los perversos consejos de estos aventureros contribuyeron a excitar más y más la irritabilidad de Fuller. Mons. Seghers cayó en seguida en la cuenta y decidió marchar a *Tozikakat*, situado a corta distancia de Nukloroyet. Pensaba construir allí una pequeña casita de madera y hacer tiempo, pero tropezaba con la resistencia de Fuller, que se oponía obstinadamente a la realización de este proyecto.

Sólo dos semanas pudieron permanecer en *Tozikakat*: hubieron de volverse a Nukloroyet. Durante el camino, sabedor el Arzobispo de que uno de los indios que les acompañaban estaba poco arropado y sufría lo indecible por lo riguroso de la estación, le dió uno de los *parkis* de los indígenas. Este acto sencillo de caritativa generosidad fué mal interpretado por Fuller, que al llegar a Nukloroyet propaló entre sus amigos haber descubierto cómo el Arzobispo sobornaba a los indios.

En otra ocasión en que Fuller estaba recogiendo leña para el fuego, comenzó a quejarse ante los mineros que le escuchaban de que estaba sobrecargado de trabajo; ellos le aconsejaron que no volviese a trabajar más; volvióse entonces a casa y dijo a Mons. Seghers que si quería calentarse que fuera él mismo por la leña. Y fuera de sí, en un acceso de locura, cogió un rifle y apuntó al Arzobispo. El Prelado logró calmarle, y bajándole el arma quedó extático con sus ojos clavados en él; éste dejó el rifle y salió fuera.

Plenamente convencido ya de que no podía estar seguro en compañía de Fuller, intentó persuadir a Walker precisamente que les acompañase a un lugar más cercano de Nulato. Como Walker se negase a ello, le pidió al menos que señalase a uno de sus subalternos. Todo fué en vano. Simpatizaba con Fuller y ambos se negaban a ir. Desesperando ya de poder encontrar otro acompañante entre los blancos, escogió dos indios, llamados *Sennétoh* y *Koihatoy*, que cuidaban de los perros. Continuaba insolente la conducta de Fuller. Un comerciante ruso de *Melozikakat*, llamado Korkorin, estaba tan indignado con el proceder injusto del criado, que dijo más tarde: «Si no hubiera sido por mi enfermedad y mis años, yo mismo hubiera acompañado al Arzobispo.»

El trayecto hasta Nulato en trineo llevaba generalmente diez días, y ya no les faltaba mucho para llegar a su término. Era un viernes por la tarde; la comitiva acampó por última vez en la orilla del helado río. Sólo quedaba un día de viaje, y el Arzobispo, cuyas ansias de llegar a Nulato aumentaban por momentos, exhaló de su pecho dolorido estas palabras: «Dios sea bendito; éste es el último día.» Más tarde dijo Fuller que él supuso que el Arzobispo quería significar con ellas que era para él el último día, juzgando que el Arzobispo le quería matar.

9. El lugar en que acamparon está en la ladera de un pequeño promontorio que sobresale sobre la ribera Norte del río. Se le llamaba *Yissetlatoh* o *Wolf-head Point*, y no está muy lejos del lugar en que el *Koiklotzena* (el Koyukuk) entra en el Yukón. Los dos indios esperaban encontrar en los contornos algún albergue y salieron a hacer pesquisas por los alrededores. No encontraron más que una pequeña cabaña de verano, al estilo de las que suelen construirse durante la temporada de la pesca del salmón. En esta pobre y mísera choza fué donde el Apóstol de Alaska encontró la muerte.

El Arzobispo extendió la piel de oso que le servía de lecho durante el viaje en uno de los ángulos de la cabaña. Los dos indios ocuparon el ángulo opuesto; Fuller dormía junto

al Arzobispo. Muy temprano todavía, se levantó Fuller y salió en busca del rifle, que estaba en el fondo de su trineo; poco después entraba con él en la choza. En el centro había una pequeña fogata para mantener el ambiente a una temperatura templada. Fuller se puso a atizar el fuego, despertó después a *Koihatoy* y le envió a llenar de hielo un caldero. Sennétoh, que se había despertado también, tenía aún su cabeza arropada con la manta, cuando oyó patalear a Fuller y gritar al Arzobispo que se levantara.

A los gritos, el Arzobispo se levantó. Fuller estaba exaltado; su gesto era terrible y su mirada feroz; su rostro, agitado y convulso, aparecía siniestramente iluminado por el chisporroteo del rusiente fuego. Mons. Seghers comprendió en un momento que su hora había llegado: con sus ojos clavados en el cielo, caía desplomado, atravesado su corazón por un balazo. Era el 28 de noviembre de 1886.

La muerte fué instantánea. El Arzobispo no había pronunciado una sola palabra desde el momento de despertarse. Sennétoh se puso de un salto en pie y arrebató el rifle de las manos de Fuller en el preciso momento en que se disponía éste a disparar por segunda vez. El otro indio, *Kohiatoy*, entró a todo correr en la choza, y ambos interpelaron a Fuller si quería matarlos también a ellos. Fuller replicó secamente: «Yo necesitaba matar solamente a este hombre malvado.»

El cuerpo del mártir quedó tendido y abandonado en el mismo lugar en que cayó dentro de la cabaña, y los tres viajeros prosiguieron su camino hacia Nulato.

La noticia del suceso produjo pronto una intensa excitación. Algunos indios de Nulato que estaban haciendo preparativos para una excursión de caza, cuando se enteraron se quedaron todos en el pueblo. El Arzobispo se había hecho querer durante su estancia en Nulato, y se pusieron furiosos cuando se enteraron de que había sido asesinado cuando precisamente se hallaba otra vez tan cerca de ellos. Quisieron linchar allí mismo al desdichado Fuller, y hubieran cumplido ciertamente sus intentos si no hubiera intervenido un comerciante. Cuando más tarde se enteraron del fallo del Tri-



Foto 74.—*Los perros, jadeantes, se tumban a descansar.*



Foto 75.—*Viaje fatigoso a través de la nieve reblandecida.*

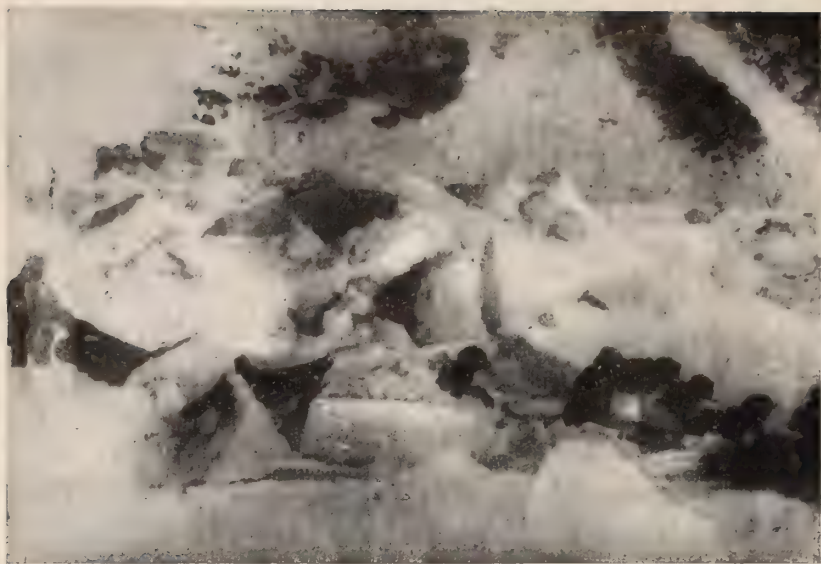


Foto 76.—*Por entre bloques de hielo y pirámides heladas*



Foto 77.—*La absolución sacramental en medio de la tundra.*

bunal de Sitka, deploraban con amargura haberse dejado influir por las palabras de un extranjero.

Durante el invierno de 1877-1878, cuando Mons. Seghers había estado en Nulato, vivió, como queda dicho, en una casa alquilada a un indio llamado Kereka. Este sujeto había quedado particularmente prendado del Arzobispo, y tan pronto como se enteró del asesinato, aparejó su trineo y en compañía de otro amigo llamado Vanka partió veloz para *Yissetlatoh*, a fin de recoger el cadáver. Fuller los acompañaba también. En el entretanto, una mestiza que vivía cerca y había oído la descarga del fusil, se fué a la choza al día siguiente para ver qué es lo que había pasado. Descubrió el cuerpo, y viendo que era un blanco se llenó de terror y salió sin decir nada. Las piernas estaban cubiertas de nieve; ella la retiró y las cubrió cuidadosamente con una manta (1).

Cuando Kereka llegó, ya los ratones, que abundan en Alaska, habían roído parte de la carne alrededor de los ojos. Esta circunstancia hizo creer por algún tiempo que el tiro lo había recibido en la cabeza. El cadáver fué llevado a Nulato y metido en un ataúd, junto con el breviario manchado en sangre. Dos semanas después fué transportado a St. Michael. Sennétoh y Kihatoy habían huído a Nukloroyet.

En la traslación del cadáver de Nulato a St. Michael iban tres trineos: en uno iba Fuller con un minero llamado Peter Johnson; en otro, dos indios: Tonultoh y Manuska; el tercero, arrastrado por seis canes, llevaba el féretro y era conducido por los fieles Kereka y Vanka. Al llegar a St. Michael, Fuller aseguró que él había matado, sí, al Arzobispo, pero en acto de propia defensa; y presentó una carta de recomendación robada al Arzobispo. Esta circunstancia fué de gran provecho para él, pues se creyeron al pronto sus razones y aun fué admitido en una oficina de una factoría comercial; no le duró mucho tiempo el empleo, pues escl-

(1) Esta misma mujer estuvo presente en la erección de la cruz que los Padres levantaron en Yissetlatoh el 28 de agosto de 1892 en memoria de su Arzobispo. Más adelante hablaremos de este suceso.

recido el asunto fué llevado preso hacia el Sur, como veremos en seguida.

El ataúd fué encerrado en una caja de cinc y depositado en la iglesia rusa en espera de tiempo oportuno para trasladarlo a Vancouver. En el acto mismo del entierro insistió Fuller se abriese el ataúd para revestir al Arzobispo con ornamentos episcopales. Naturalmente, no se le hizo caso ninguno.

Durante su permanencia en St. Michael, escribió Fuller una carta a Walker, dándole cuenta de lo que había hecho, según los consejos que había recibido de él: «desembarracémonos de este hombre y habrá acabado el Catolicismo en Alaska». Walker, a su vez, contestó a esta carta de Fuller con expresiones igualmente comprometedoras. Llegado Walker a St. Michael tuvieron ambos un agrio altercado, y Fuller le amenazó con estas palabras: «Acordaos que aún conservo en mi poder vuestra última carta.» Ambos vinieron a un acuerdo y destruyeron tan comprometedora correspondencia. Por confidencias hechas por ambos a varios de sus amigos han podido llegar hasta nosotros estos pequeños pormenores.

Pero Fuller no podía permanecer mucho tiempo en Saint Michael; la presencia de un asesino en pleno uso de su libertad indignaba a los hombres honrados y de conciencia; por eso se pensó en trasladarle a *Andrewsky*, en pleno delta del Yukón. Cuenta el canadiense Juan Beaudoin, que le llevó consigo, que todos los viernes por la tarde le daban violentos ataques de locura. Durante los instantes de mayor paroxismo daba vueltas alrededor de la casa gritando que había que llegar el sábado a Nulato. En el verano, Fuller fué conducido primero a *Anvik* y más tarde de nuevo a St. Michael.

Mientras tanto, los PP. Tosi y Robaut, que habían quedado en el puesto de Harper con mil privaciones que soportar y una temperatura frecuente de 18° a 20° bajo cero, tan pronto como quedó abierta la navegación por el río se prepararon para marchar según lo convenido al puesto de Nukloroyet y reunirse allí con el Arzobispo. Durante su viaje hacia el interior, y muy cerca ya de Fort Yukón, reci-

bieron la aplanadora noticia del asesinato del Arzobispo.

Aunque reacios en creer en un principio noticias tan amargas, hubieron de rendirse a la evidencia; su dolor no tuvo límites. En presencia de un estado tal de cosas no pensaron ya en Nukloroyet; lo único que podían hacer era proseguir adelante su camino hasta St. Michael. Ambos celebraron los funerales por su prelado, y después de tan tristes ceremonias, el P. Robaut marchó a vivir entre las tribus indias de *Anvik*, mientras se embarcaba el P. Tosi para Vancouver, a fin de dar a conocer al mundo civilizado la trágica y dolorosa noticia. El 28 de junio de 1887 se embarcaba en St. Michael a bordo del «Dora».

En el entretanto, el ministro protestante que estaba en St. Michael había escrito a *Unalaska* que uno de los sacerdotes había asesinado al Arzobispo. El influjo de esta maliciosa noticia se extendió por todas partes hasta *Nushagak*. Más tarde se excusó Mr. Parker negando hubiese escrito él semejante noticia; lo había hecho su mujer. Al llegar el «Dora» a Unalaska subió a bordo un delegado oficial para enterarse de qué sacerdote había matado al Arzobispo. El P. Tosi hizo una relación de los hechos, y se dió orden de prisión contra Fuller.

Salió el «Bear» en busca del asesino, y entre dos filas de soldados armados pasó Fuller a bordo del barco y fué conducido ante un tribunal de Sitka. Como apareció por el proceso instruído, este desgraciado había cometido un homicidio en el Canadá y evadido las pesquisas de la policía, internándose en los Estados Unidos, donde incluso cambió de nombre. Cuentan que preso y todo se le oía decir: «¡Qué lástima que me hayan apresado; ya no podré matar a los dos Jesuítas!» El juicio se tuvo en Sitka a fines de 1887, y Fuller fué condenado a mil dólares de multa y diez años de trabajos forzados (1). Loco y todo, fué llevado al presidio de la isla de McNeill, junto a Seattle (2).

Por lo que toca a Walker, tuvo también un fin misera-

(1) BAETS: O. c., 219.

(2) LLORENTE: AB., 11.

ble: en 1891 se había trasladado a San Francisco con la intención de volver a Alaska el año siguiente, pero murió allí por los excesos de una vida disipada y rota; su muerte ocurrió en un violento ataque de *delirium tremens*. Dos de sus hijos quedaban al cuidado de nuestros misioneros en la escolita incipiente de Holy Cross.

10. El dolor que la pérdida del Arzobispo causó en toda América fué intenso y profundo, en aquellas provincias sobre todo que tuvieron la dicha de gozar de su acción misionera y apreciar sus virtudes heroicas. En todas partes, entre las demostraciones de duelo, parecían vislumbrarse a su vez los esplendores del triunfo: el sentimiento cedía su puesto a la admiración: se lloraba al Obispo muerto y se cantaba al Obispo mártir.

Mons. Brondel se expresaba así al comunicar la nueva a su fieles: «Hemos perdido al que visitó tantas veces nuestra misión de Montana, al que obtuvo de la Santa Sede la creación de este territorio en Diócesis y a Nos nos trajo a vosotros. Hemos perdido al apóstol de Alaska, enviado desde Roma por León XIII para llevar la fe católica a las más apartadas extremidades de la tierra. Hemos perdido al Santo, quien a imitación de S. Livino de Dublín, que dejó su Sede episcopal para predicar la fe entre los salvajes de Flandes, renunció en nuestros días a la Sede arzobispal de Oregón, para abrirse paso, como buen misionero, entre los hielos del Yukón y llevar la fe a los esquimales. Hemos perdido al amigo de toda nuestra vida, quien en el acto último de su existencia nos enseñó a morir valerosamente por el servicio de Dios. Su recuerdo será siempre bendito, y sin anticiparnos a la voz de la autoridad, nos consolamos en pensar que ha sucumbido con la muerte del mártir» (1).

Los restos mortales del Arzobispo, depositados primeramente en la iglesia rusa, fueron trasladados después al fortín que los rusos habían edificado años antes para defensa

(1) BAETS: O. c., 216.

del puerto. El nombre entero de esta localidad es el de *Saint Michael's Redoubt*, Fortín de San Miguel. Los Padres seguían trabajando para poder transportarlos definitivamente a su sede de Victoria. Merced a los vigorosos esfuerzos hechos por el cónsul *yankee* en Victoria, el Gobierno envió al año siguiente el navío «Thetis» para traer los restos del Arzobispo.

El 11 de septiembre de 1888 fueron exhumados los restos y trasladados a bordo; el «Thetis» salió con dirección a Victoria, donde se tuvieron los últimos funerales solemnes el 16 de noviembre. El cónsul Stevens recibió públicas muestras de agradecimiento tanto por parte del clero como de los fieles todos de la Diócesis de Victoria.

Hoy, los restos del primer mártir alaskeño descansan bajo las naves de su antigua catedral (1).

*Datos biográficos de Mons. Carlos Seghers,
Arzobispo-Obispo de Victoria.*

Nació en Gante (Bélgica), el 26 de diciembre de 1839.

Ordenado de sacerdote en Malinas, el 30 de mayo de 1863.

Obispo de Victoria, el 29 de junio de 1873.

(1) Como dijimos al comenzar este relato, nos hemos servido para la más integral composición de él de las siguientes fuentes:

a) Un artículo publicado por el P. FRANCISCO BARNUM en la colección de *Woodstock Letters*, 1893, 436-449, bajo el título general de: *An account of the murder of Archbishop Seghers*. Es la principal.

b) La carta misma del Arzobispo escrita desde la confluencia del Lewes y el Stewart en Harper's Place con fecha 31 de agosto de 1886 a su Vicario General Rev. Jonckau; publicada asimismo en la colección de *Woodstock Letters*, 1887, 55-68.

c) Unos datos anónimos en este mismo tomo y colección, ps. 270-274; contiene algunas inexactitudes.

d) La relación que hace sobre el mismo asunto su biógrafo, M. DE BAETS, en su obra tantas veces citada.

e) La Memoria publicada en la *Civiltà Cattolica* por el P. Tosi en 1893 y reeditada en 1926 por la mismo *Civiltà* bajo el título general de: *L'Alaska e i suoi primi esploratori*.

f) Finalmente, un artículo del mismo P. Tosi, publicado en la revista francesa *Études*, tomo 60 (1898), ps. 94-116, con el título general: *Alaska: Le Pays. Un voyage de pénétration*.

Primera visita á Alaska boreal, en julio de 1877.
Coadjutor de Oregón, 10 de diciembre de 1878.
Arzobispo de Oregón, 10 de diciembre de 1880.
Vuelta a la Sede de Victoria, 7 de marzo de 1884.
Partida para Alaska, 13 de julio de 1886.
Asesinado en el Yukón el 28 de noviembre de 1886.
Enterrado en St. Michael el 10 de julio de 1887.
Traslado de sus restos a Victoria, 11 de septiembre de 1888.
Cruz conmemorativa en el Yukón, 28 de agosto de 1892.

IX

LOS JESUITAS EN ALASKA

1. Los sucesores del mártir.—2. Los Jesuítas aceptan las Misiones de Alaska.—3. El P. José María Cataldo.—4. Recordando añejas añoranzas.—5. La reunión en Nukloroyet.—6. La Ortodoxia y el Protestantismo al comenzar las Misiones católicas.—7. Nukloroyet, Nulato y Anvik.—8. El puesto central de Nulato.—9. La cruz de Yissetlatoh.—10. La región de Kozirefsky.—11. La primera escuela.—12. La Misión de la costa.—13. En las márgenes del Akulurak.

1. Había desaparecido el fundador de la evangelización católica en Alaska: un ideal hondamente sentido y entrañado en lo más íntimo del alma le había inducido a posponer las comodidades y el honor de una archidiócesis norteamericana a las duras fatigas y asperezas de una región desconocida e inexplorada, inhóspita como ninguna y dura y cruel a prueba de heroísmo; y al fin, como valiente cayó esmaltado en su propia sangre en el campo de batalla.

Y ahora, ¿habrá continuadores de una empresa tan soberanamente difícil y arriesgada? Los dos Jesuítas, PP. Tosi y Robaut, habían recibido de su Superior de las Montañas Roqueñas el encargo de servir de compañeros de viaje del malogrado Arzobispo y explorar al mismo tiempo las condiciones del terreno. El Arzobispo había sucumbido gloriosamente, y en consecuencia, el cometido de los dos Jesuítas había tocado a su fin. Si el P. Tosi se había embarcado para los Estados Unidos dejando en Alaska al P. Robaut con el fin de esclarecer los hechos ante el mundo civilizado, mal informado quizá del desarrollo de los mismos, el P. Robaut permanecía en Alaska para dar un mentís rotundo a la calum-

nia malévola, que muy pronto comenzó a rodar, de que habían sido los Jesuítas los propios asesinos del Arzobispo.

De hecho, la desaparición de ambos Jesuítas de las estepas nevadas hubiera contribuido a dar cuerpo entre los indígenas a la malhadada calumnia, cuya paternidad no es fácil determinar a punto fijo.

Así, pudiéramos decir que la malévola intención de los que tal inventaron fué uno de los móviles primeros que decidió el establecimiento de una Misión permanente; de lo contrario, ambos misioneros hubieran vuelto de nuevo a su primitivo destino; la Providencia de Dios sabe llegar a su fin por caminos desconocidos (1).

Pero, ante todo, quede asentado que al morir el Arzobispo a las puertas de Nulato la nueva Misión que se pensaba fundar no estaba oficialmente encomendada a la Compañía.

Queda dicho cómo en el Consistorio del 15 de julio de 1878 Mons. Seghers había sido trasladado de la Sede de Vancouver a la titular de Canea y nombrado Coadjutor con futura sucesión de Mons. Blanchet, Arzobispo de Oregón. Este nombramiento daba en tierra con sus designios; el nuevo Arzobispo, obediente, aceptó la voluntad de Dios, mas no por eso dejó de preocuparse de su misión predilecta. Acudió inmediatamente a varias Ordenes religiosas instándolas a que se encargasen de aquella ardua empresa; insistió de modo particular ante el P. Cataldo, Superior entonces de la Misión Jesuítica de las Montañas Roqueñas, rogándole insistentemente aceptase bajo su propia jurisdicción las tierras abandonadas de la lejana Alaska.

Desgraciadamente, por mucho que fuera el celo de los Jesuítas italianos y el deseo ardiente de satisfacer las ansias del Prelado de Vancouver, los sujetos disponibles eran muy pocos, insuficientes por lo demás para las necesidades de su Misión; y por otra parte, no se conocían más noticias de aquellos remotos países que las que el propio Prelado tenía a bien comunicarles en sus cartas. De hecho, aunque la pen-

(1) TOSI: *O. c.*, 20.



Los Jesuitas en Alaska.

ínsula era frecuentemente visitada por los traficantes en pieles, se mantenían éstos, sin embargo, en la más absoluta reserva, como convenía a sus propios intereses; las noticias comunicadas por el propio Gobierno estadounidense apenas si comprendían las regiones costeras, y eran además escasas e insuficientes, como más tarde lo pudieron comprobar nuestros mismos misioneros.

En el entretanto, Mons. Seghers, Arzobispo de Oregón, y que topaba por tanto con dificultades mayores, intentó un último esfuerzo. Queda más arriba relatada la ocasión y vicisitudes de su viaje a Europa; le hemos visto a los piés del Vicario de Cristo pidiéndole con lágrimas su traslado a Vancouver. En Fiésóle se encontraba por entonces el P. General de la Compañía; Mons. Seghers no dudó en ponerse en camino hacia la histórica ciudad italiana para exponer personalmente al P. Becks sus atrevidos proyectos; era el año 1884. Del General de los Jesuitas, no pudo obtener más que vagas palabras y no muy firmes promesas.

Vuelto a América, y de regreso en Vancouver, buscó en vano misioneros entre las varias naciones de Europa; resolvió acudir de nuevo al Superior de los Jesuitas, P. Cataldo. Entonces precisamente acababa de recibir una nueva expedición de Jesuitas jóvenes italianos, y el Superior de las Montañas Roqueñas, sin querer imponerse obligaciones de ningún género, y sólo, sí, a título de compañeros de viaje y exploración, envió al Arzobispo misionero a los PP. Tosi y Robaut. Los acontecimientos de este viaje quedan relatados convenientemente en el capítulo anterior.

El 18 de julio de 1887 llegó el P. Tosi a San Francisco, e inmediatamente cursó varios despachos anunciando el asesinato del Arzobispo; entre ellos, uno era para las Montañas Roqueñas, en el que encargaba al P. Cataldo se trasladase a Portland, donde debía detenerse algunos días en su viaje a Victoria. El P. Cataldo acudió a la cita acompañado del padre Canestrelli.

Refirió el P. Tosi a su Superior regular todo lo sucedido, e insistió en la necesidad de aceptar y mantener a toda costa

la nueva Misión alaskaña: una Misión fecundada con la sangre de un mártir no podía menos de ser campo fértil en méritos para los misioneros y de grandes frutos para el cielo.

2. Tres eran las razones principales que le impulsaban a ello: *primera*, el mucho bien que en realidad podría hacerse entre aquellos indígenas; *después*, porque antes que ellos ningún otro sacerdote católico había penetrado en aquellas regiones, y en *tercer lugar* para salvar su propio honor, culpados como estaban, aunque calumniosamente, de ser los propios asesinos del Arzobispo (1).

Añadía además que los salvajes se habían aficionado grandemente a sus personas, y que los mismos agentes de la Compañía comercial, aunque protestantes o judíos, les habían rogado no abandonasen el campo, prometiéndoles ayuda y favor. Ante el peso de estas razones, el P. Cataldo determinó tomar la siguiente decisión: que convenía por entonces seguir con la Misión, y mientras tanto alcanzar el debido permiso del P. General. El consuelo del P. Tosi no tuvo límites: había prometido al P. Robaut, al despedirse de él en St. Michael, que volvería al año siguiente, y ahora podría ya cumplirlo acompañado de nuevos misioneros. El primero que se ofreció fué el mismo P. Canestrelli, allí presente, pero su salud no era muy robusta para resistir las molestias de un viaje difícil y las privaciones extremas de aquel país alejado.

Por telegrama fueron llamados el P. Luis Ragaru y el H. Carmelo Giordano, pertenecientes ambos a la Misión de las Montañas Roqueñas. Diez días después llegaron los dos a Victoria dispuestos a emprender la partida. En la entrevista tenida con el Reverendo Jonckau, Vicario General de Victoria y Superior Eclesiástico de la región alaskana como sucesor inmediato de Mons. Seghers, el P. Tosi halló nuevos motivos

(1) El P. Tosi creía que antes que ellos ningún otro sacerdote católico había pisado el suelo alaskano; nosotros ya sabemos que antes que ellos habían recorrido las estepas alaskañas, aunque sin resultados mayores, cuatro Oblatos de María Inmaculada: PP. Segouin y Petitot, Mons. Clut y el P. Lecorre.

de consuelo: no sólo prometió mantener la Misión a toda costa, sino escribir a sus Superiores respectivos para que quedase definitiva y oficialmente confiada a la Compañía de Jesús. Prometiéndoles proveerles de todo lo necesario, les encomendó la apertura de escuelas, confiaba recibir subsidios por parte del Gobierno y otras personas pías, y les aseguró que pronto podría enviarles algunas Religiosas para la enseñanza de las niñas.

Los Jesuitas consideran al P. Jonckau como un segundo fundador de la Misión alaskana; de hecho, el poco tiempo que aún le duró la vida no pudo hacer más en favor de aquellas lejanas tierras (1).

Los tres misioneros se pusieron en camino para Alaska; un año después, en 1888, recibida ya la contestación de Roma, podía escribir el P. Cataldo: «La única noticia importante es que nuestro P. General me dice que haga todo lo que pueda por Alaska.» Y con cierto dejo de triste amargura añadía: «Pero lo que ahora puedo hacer es bien poco sin la ayuda eficaz de algunas otras Provincias.» De hecho, esa ayuda eficaz llegó; lo importante era que la Misión alaskana quedaba definitivamente encomendada a la Compañía de Jesús. En adelante, los Jesuitas habían de mirar a la Misión de Alaska como una de sus Misiones, la más difícil, pero también la más estimada.

Antes de seguir adelante, y por el papel importante que desempeña en el desenvolvimiento de la Misión, cuyo primer Superior fué durante varios años, y cuyos campos evangelizó más adelante como simple misionero, juzgamos conveniente decir unas palabras sobre el P. Cataldo, uno de los misioneros más interesantes de nuestros últimos tiempos; bien merece que le consagremos unas líneas, ya que tanta intervención tuvo en los primeros fastos de la Misión.

3. El P. José Benjamín María Cataldo, siciliano, nació en Terasino, archidiócesis de Monreale, el 17 de marzo

(1) Tosi: *O. c.*, 25 s.

de 1837. En 1852, a los quince años de edad, y algo enfermizo de salud, entró en la Compañía de Jesús el 22 de diciembre. Expulsado de su patria por los acontecimientos políticos del 60, fué con los demás a Roma, donde manifestó al P. General sus deseos de ser destinado a Misiones. Estudió la Sagrada Teología en Bélgica y fué ordenado en 1862.

Poco después fué destinado a las Montañas Roqueñas, y en 1865 comenzaba de lleno sus tareas apostólicas, aunque siempre con una salud endeble que amenazaba una tuberculosis aguda. Le acompañaba en muchas de sus correrías el P. Tosi, que iba muy pronto a ser el primer misionero de la Misión alaskana.

En 1877 estalló en los Estados Unidos la guerra entre los indios y el Gobierno central. La labor del P. Cataldo en estas circunstancias peligrosas queda resumida en aquella frase significativa pronunciada en pleno Congreso por uno de los Generales norteamericanos: «Dadme un Cataldo u otro misionero igual, y con él me adentraré yo entre las tribus más belicosas» (1).

Este mismo año fué nombrado Superior general de la Misión y estableció su residencia en Spokane; con razón se le tiene como el *padre* de esta ciudad, pues supo él defender sus comienzos contra los aventureros y comerciantes que querían establecer otra en otro lugar. El P. Cataldo compró un extenso terreno, fundó en él la primera parroquia, abrió una escuela, y levantó el colegio *Gonzaga*, que más tarde, en 1912, había de ser elevado al grado de Universidad.

Después de diez y seis años de superiorato dejó el cargo en 1893. Cuando contaba ya sesenta de edad fué designado, en 1897, por el P. General de la Compañía, como Visitador en su nombre de la Misión de Alaska, que en diez y seis meses pudo recorrer y visitar entera con toda detención. Vuelto a las Montañas Roqueñas, prosiguió su vida de operario, y de nuevo volvió a Alaska como simple misionero; a pesar de sus años—tenía ya sesenta y cuatro—, en ella

(1) *MSJ.*, vol. III, 392.

trabajó desde 1901 a 1903 en Nulato y Nome, luchando valientemente contra las dificultades de la lengua, contra el clima, los habitantes y todo el medio ambiente tan distinto del de sus Montañas Roqueñas.

Enfermo ya y septuagenario fué destinado a San José de California para encargarse allí de una parroquia de mineros italianos. Cierta día tuvo una mala caída y se fracturó un brazo y un pie; no era esto una cosa nueva para él; ya antes se había roto dos veces una pierna en sus ininterrumpidas correrías a través de los pagos indios. En adelante tuvo que valerse de dos muletas para poder caminar. Así llegó a los noventa años—setenta y cinco de vida religiosa—, sumamente querido de sus indios y justamente estimado de las autoridades norteamericanas: el mismo Presidente de la República, Coolidge, le felicitó, y lo mismo hicieron los Emmos. Cardenales de Nueva York y de Boston, el P. General de la Compañía y otros muchísimos Obispos cuando el P. Cataldo llegó a cumplir sus noventa años de edad (1).

El día 9 de abril de 1928 se extinguía plácidamente su vida a los noventa y dos años de edad y setenta y siete de Compañía. El P. Cataldo fué todo un héroe misionero; por lo que a Alaska se refiere, él concedió a Mons. Seghers los dos Padres primeros, él recibió del Obispo aquella Misión como patrimonio de heredad, él consiguió del P. General el establecimiento de la Misión permanente; él, en fin, la rigió, visitó y misionó durante algunos años, como señal inequívoca de que la llevaba muy dentro del alma. Bien merece, pues, que siquiera le dediquemos estas líneas como agradecimiento y homenaje póstumo en nuestro trabajo sobre los Jesuitas en Alaska.

4. Los tres expedicionarios, PP. Tosi, Ragaru y H. Gior-dano, zarparon del puerto de Victoria el 9 de agosto (1887), y por no poder hacer el viaje vía St. Michael hubieron de repetir el camino recorrido el año anterior con el Arzobispo.

(1) *MSJ.*, vol. III, p. 389-394.

El día 5 de septiembre llegaban a la desembocadura del Stewart, al sitio mismo donde habían pasado el invierno anterior los PP. Tosi y Robaut. Después de un viaje agotador de veinte días se imponía un pequeño descanso, y el P. Tosi escogió para reposar la cabaña edificada por sus propias manos el año antes.

Todo aquello le era perfectamente conocido, le traía gratos recuerdos a su memoria, y aprovechó la ocasión para contar a sus acompañantes sus ministerios del invierno. Aquella casucha, primera residencia de los Jesuitas que iban a evangelizar el Polo, no tenía más que 3,65 metros de larga por tres de ancha, construída con unos cuantos maderos recubiertos de musgos y líquenes y medio sepultada en el suelo. El invierno se les había echado encima, el sol no rondaba más que unas horas sobre el horizonte y la noche iba tornándose más negra y oscura a medida que disminuía la luz crepuscular. El termómetro bajó hasta 30° bajo cero, manteniéndose una temperatura media entre —17° y —20°.

No tenían intención, naturalmente, de fundar allí una cristiandad, ya que ni hubiera podido mantenerla en aquellos principios ni era aquella la finalidad de su viaje misionero. Sin embargo, emplearon el tiempo visitando a los salvajes del contorno, aprendiendo con diligencia su idioma, instruyéndoles en la fe, y llegaron a bautizar algunos infantes y ancianos moribundos. Por falta de vino no podían decir más que una Misa al día, aunque los domingos y días festivos decían Misa los dos y reunían a los indios del contorno, ávidos de escuchar la palabra de Dios y de abrazar la fe del Evangelio. Por desgracia, poco después un ministro protestante vino a destruir la labor desarrollada por ambos Jesuitas. Cinco años más tarde llevó el P. Tosi a cinco niños de esta región a las escuelas de Holy Cross; y aunque no se llegó a cumplir, siempre tuvo deseos de fundar un puesto misionero en estos parajes que recogieron sus sudores y fatigas primeras (1).

(1) Tosi: *O. c.*, 13.

Al día siguiente, 6 de septiembre, prosiguieron el camino hacia *Forty Miles Creek*, importante puesto minero. Habían pasado lo más arduo del viaje, y aunque aún les restaba otro tanto por andar, mas no encontrarían ya especiales dificultades; el Yukón, en que iban a entrar, era de buen cauce, lento y espacioso. En *Tatotlikdu*, pueblecito indio, todos a coro les pidieron se quedasen allí, ofreciéndoles sus niños para instruirlos. No era posible por entonces. Esta tribu mantenía relaciones con los indios del Tanana, que viven en el interior del país y tienen la misma lengua.

Por fin, el 25 de septiembre llegaron a Nukloroyet, donde impaciente y ansioso los esperaba el P. Robaut. El P. Tosi había cumplido su promesa: volvía, y volvía acompañado de nuevos misioneros.

5. El P. Robaut dió cuenta a su compañero de lo hecho durante su ausencia; el mismo Padre nos lo cuenta en carta al P. Cataldo fechada en Kossoriffsky (Holy Cross) el 16 de junio de 1888. Dice así (1):

«Después de enterrar en la iglesia rusa el cadáver del Arzobispo salí para *Anvik* acompañado de dos protestantes que tenían allí una casa y pensaban fundar una escuela. Allí me detuve un mes (julio), pero apenas si podía sacar la nariz fuera de casa a causa de los mosquitos impertinentes, tan abundantes que podrían cortarse en la atmósfera con un cuchillo lo mismo que se corta la mantequilla en el plato. Durante el tiempo que estuve allí, los indios—unos 150—gustaban mucho de mi compañía, no así los dos protestantes.

»Después subí hasta Nukloroyet, donde esperaba encontrar al P. Tosi o a algún otro Padre con quien cambiar impresiones. Con gran sorpresa mía los encontré a mediados de septiembre, cuando yo esperaba encontrarlos lo antes para mediados de octubre, si es que podían llegar a Nukloroyet, pues pensaba que quizá se quedasen aquel invierno entre los mineros. Hablamos los tres y decidimos separarnos de

(1) WL., 1889, 102.

nuevo. El P. Ragaru se quedó en Nukloroyet; el P. Tosi siguió hasta Nulato, y yo, con el H. Giordano, bajé hasta Anvik.»

Y el P. Tosi, en carta al P. Cataldo también, añade: «Nukloroyet está en la desembocadura del Tanana; los habitantes están más o menos pervertidos por los protestantes; en cambio, hay algunas otras tribus no tocadas aún. Ha estado este año algún tiempo de misionero el P. Robaut, que antes estuvo un mes en Anvik» (1).

Tenemos en Nukloroyet reunidos a todos los misioneros de Alaska; son cuatro: tres Padres y un Hermano Coadjutor. Es a fines de septiembre de 1887. Van a repartirse la labor, y antes es menester dar una ojeada de conjunto a todo el país que piensan evangelizar. Dos son los elementos extraños que pueden disputarles el terreno: los rusos ortodoxos y los protestantes. ¿Cuál era su situación en la península alaskana cuando la Iglesia Católica por medio de la Compañía de Jesús iba a comenzar su labor? Veámoslo en rápido bosquejo.

6. Los *ortodoxos*, a decir verdad, no eran enemigos temibles; hacía tiempo que venían decaendo aparatosamente. En el Sur tenían puestos misioneros en *Sitka*, *Nushagak*, *Unalaska*, islas *Prybiloff* y *Kodiak*; en el interior, estaban establecidos en *St. Michael*, y Yukón arriba, en *Kogomut*; estas dos estaciones a cargo de un mismo misionero (2).

Su labor se reducía a bautizar a los indígenas sin señales alguna de instrucción, ya que en adelante seguían viviendo como si nunca en sus tierras hubieran aparecido los *popes* ortodoxos. El mismo P. Tosi, hablando de ellos, no dudaba en escribir: «Hoy no hay en Alaska más que seis popes rusos: cuatro en las costas del Sur y dos en el Norte. Viéndose ahora rodeados por todas partes de sectas protestantes, y sobre todo admirando la actividad de los misioneros católicos, han comenzado a trabajar con un poco más de entu-

(1) WL., 1888, 326. Carta de julio.

(2) BARNUM: *Life on the Alaska Mission*, en WL., 1893, 66.



Foto 78.—Cuatro cachorros del P. Llorente.



Foto 79.—Magnífico perro de tiro.



Foto 80.—*En la nevada reciente el trineo se hunde.*



Foto 81.—*El P. Lucchesi en su barca, navegando por el Yukón.*

siasmo, pero sin fruto; así, van de día en día perdiendo terreno; no pasará mucho tiempo para que la Misión rusa de Alaska venga a ser un dato más en la Historia» (1).

Más peligrosos eran los protestantes, que iban extendiendo su radio de acción por todas partes y tenían para entonces establecidas unas veinte Misiones propiamente dichas. Los *presbiterianos* controlaban casi todo el Sur de Alaska, con puestos especiales en *Sitka, Juneau, Hoonah, Klawak, Howkan y Wrangell*; como trabajaban todo a lo largo de la ruta marítima, gozaban de grandes facilidades en la correspondencia y el suministro; tenían además otro puesto importante en *Point Barrow*.

Los *anglicanos* estaban establecidos en *Point Hope*, y, dentro del valle del Yukón, en *Anvik*. Los *congregacionalistas*, frente a Siberia, en el cabo *Príncipe de Gales*. Los *evangelistas suecos*, en *Yakutat y Unalaklik*; esta última es una plaza de inmejorable condición en la costa y llave de la bahía de Norton: ya había puesto en ella los ojos el Arzobispo Seghers, pero se perdió por dilación. Los *moravos* de Pensilvania tenían la región del Kuskokwin con tres puestos de Misión. *Unalaska y Unga* estaban bajo el control de los *metodistas*. El puerto de *San Pablo* pertenecía a los *anabaptistas*, y la isla *Douglas*, con sus minas auríferas de *Treadwell*, a los *quákeros* (2).

7. Tal era la situación religiosa cuando iban a comenzar su labor los Jesuitas en las Misiones de Alaska. Es cierto que aún quedaba libre una inmensa región, virgen todavía de toda influencia extraña: todo el delta del Yukón, la región de la bahía Kotzebue y gran parte del Kuskokwim, puestos todos ellos importantísimos y que nuestros misioneros pensaban ocupar en cuanto les llegasen refuerzos. Si el P. Tosi hubiera podido disponer de sólo media docena de hombres en este crítico momento, hubieran sido los amos en gran parte del territorio, que muy pronto iba a caer en otras

(1) TOSI: *L'Alaska e...*, 55.

(2) BARNUM: *L. c.*, 41.

manos; pero allí, en Nukloroyet, no había más que tres: eran todos los efectivos de la Misión que iba a comenzar. Decidióse, pues, la apertura de tres puestos misioneros: *Nukloroyet*, *Nulato* y *Anvik*.

El P. Ragaru, solo, sin conocer el idioma del lugar, con un capital de 20 dólares, se quedaría en Nukloroyet como misionero del puesto; tenía éste una situación estratégica, dominando todo el valle del Tanana, y era necesario conservarlo a toda costa. En tales circunstancias, para el Padre Ragaru el problema principal era el problema de la lengua, y la solución más fácil de ese problema era hacerse él mismo discípulo de los niños del lugar; para atraerlos a la Misión no halló medio más eficaz que la música, aprovechando la singular disposición que para el canto tienen los salvajes. Y aquellos niños salían todas las mañanas y tardes de su casa haciendo resonar por primera vez aquellas imponentes soledades con variadísimos cantos religiosos aprendidos en la escuela del misionero.

Superadas las primeras dificultades de la lengua, pudo el P. Ragaru comenzar sus instrucciones catequéticas y aumentar el número de cristianos, sobre todo con el bautismo de nuevos infantes. Pasado el invierno, estimó más conveniente fundar la Misión estable en *Tozikakat*, seis millas al Sur, sobre el Tanana, para sustraer a los niños al contacto y mal proceder de los traficantes blancos (1).

Desgraciadamente, ni Nukloroyet ni Tozikakat pudieron seguir adelante; con el tiempo iban abriéndose nuevos centros de Misión en posiciones más estratégicas, y la escasez de personal no era suficiente para todos. Razones poderosas obligaron al P. Tosi a cerrarlo definitivamente; en realidad, no iba a ser mucho el bien que se podría esperar de una región maleada ya por la afluencia de aventureros, mientras en otras partes se abrían amplios campos de acción en favor de indígenas no contaminados aún. Además, aprovechando una corta ausencia del Padre, se había aposentado en Nuklo-

(1) TOSI: O. c., 57, 59.

royet un pastor protestante con su esposa. En 1890 se cerró definitivamente esta Misión, y sólo de vez en cuando pasaría por allí el misionero de Nulato visitando los cristianos del lugar (1).

El centro misionero de Anvik, adonde había vuelto el P. Robaut con el H. Giordano, tampoco tuvo mucha duración; menos que Nukloroyet. Después de la entrevista entre los tres misioneros, el P. Robaut volvió a su puesto, llevándose consigo dos niños de un comerciante de Nukloroyet, nacidos en Anvik, y que conocían por consiguiente admirablemente el dialecto. Unos días después, el P. Robaut, enfermo de gravedad, estuvo a las puertas de la muerte; tanto, que llegó a ordenar al H. Giordano hiciese un ataúd con las tablas de la barca y, una vez libre el tránsito del río, trasladase su cadáver a Nulato. Afortunadamente, no fué necesario cumplir esta su postrera voluntad (2).

En Anvik había dos ministros protestantes, y mientras el Jesuíta estaba falto de todo, aquéllos se encontraban bien provistos y abundantes; y para los indios, es mejor aquel que más da. En vista de ello, tuvo por mejor abandonar este puesto y bajar unos 100 kilómetros hacia el Sur, donde había un villorrio con indios mejores y se vislumbraba una perspectiva mejor que la de Anvik.

El 23 de octubre (1887) salió para Kozirefsky (Holy Cross), donde fué recibido por los indígenas con los brazos abiertos; eran unos 250, contando los de los alrededores; 40 kilómetros más abajo había otro pueblo con 300, niños en su mayoría; 50 kilómetros hacia el Norte, otra aglomeración de unas 70 personas, y sólo a ocho kilómetros del lugar se encontraban las bocas del Shageluk con cinco pueblecitos, uno de ellos de cierta consideración (3).

De 1888 a 1890 fueron llegando los Padres Gaspar Genna, José Treca, Pablo Muset y Guillermo Judge con los Herma-

(1) Tosi: *L. c.*, 111, 115.

(2) *WL.*, 1889, 102.

(3) *Carta del P. Robaut al P. Cataldo*, en *WL.*, 1889, 102.

nos Juan Rossati, Juan Negro y Bernardo Cunningham (1). Aunque el P. Genna tuvo que regresar enfermo a las Montañas Roqueñas a mediados del 89, quedaban en Alaska el año 1890 seis Padres y cuatro Hermanos Coadjutores.

Como puestos misioneros figuraban estos tres: *Nulato*, *Kozirefsky* y *Tununak*, en la isla de Nelson. Detengámonos a estudiarlos un poco.

8. *Nulato*, y lo mismo *Kozirefsky*, se encuentran situados en pleno valle del Yukón. La primera impresión de todo extranjero al llegar a este valle inmenso es de desolación y de muerte. La población, ya de suyo pequeña, se agrupa tan sólo en torno a la costa o a lo largo de los ríos del interior; el resto del territorio está en general deshabitado, desolado. Los pueblecitos del Yukón no consisten más que en dos, tres o pocas familias más, debido a la dificultad en la búsqueda de alimentos; y es que son muy pocas las familias que se pueden aprovechar de lo poco que les ofrecen enormes extensiones de terreno, y que tienen que cambiar de emplazamiento cuando han agotado las subsistencias en un lugar.

El valle del Yukón se extiende entre la cordillera Endicott y las cadenas montañosas del Sur, todo a lo largo de las cuencas de los ríos Yukón y Kuskokwim, que paralelos siguen una misma dirección y sufren casi idénticas desviaciones en su curso; ambos nacen en el Sur, y juntos van a desembocar, a no muy larga distancia, en las costas de Behring. La región que los circunda está plagada de lagunas, algunas de considerable extensión; es la región de la *tundra*, con abundancia de musgos y líquenes en un terreno pantanoso y cenagoso en general. No se nota una línea clara divisoria de aguas, y frecuentemente ambas cuencas se confunden entre sí.

Hay montículos y pequeñas elevaciones del terreno, pero tan aislados, que no pueden constituir una verdadera línea divisoria entre ambas cuencas fluviales. Los montículos, de

(1) Véase el apéndice 1.

origen volcánico en general, son de sumo interés para el geólogo, pues de trecho en trecho surgen conos aislados que resaltan más aún, solitarios en medio de una planicie sin fin, con sus faldas recubiertas de fino musgo glacial (1).

Nulato fué la primera cristiandad permanente fundada en Alaska; en el primer reparto planteado en Nukloroyet quedó, como más céntrica, encomendada al P. Tosi, Superior de la Misión. Era entonces una pequeña aldea asomada a las aguas del Yukón, cerca de la desembocadura del Koyukuk, circunstancia que le daba un valor excepcional; por eso la había escogido Mons. Seghers como centro de evangelización en sus futuras campañas; a sus puertas cayó triunfante, bañado en su propia sangre. El P. Tosi estuvo en ella poco tiempo, pues una vez fundada Holy Cross (Kozirefsky) se trasladó allá como punto más central de la Misión y más cercano a los puertos de la costa. El, sin embargo, sembró los primeros gérmenes de vida religiosa, que habían de cultivar después los PP. Robaut y Ragaru, trasladado este último de Nukloroyet en 1888.

El P. Ragaru levantó este mismo año una modesta capilla. Más tarde fueron surgiendo poco a poco una casa más espaciosa, un campanario original, un pequeñito almacén, un modesto taller y, más tarde, una iglesia esbelta y capaz.

9. La Misión de Nulato se distinguió al principio de las demás no sólo por su origen fecundado y santificado por la sangre de un mártir, sino también y especialmente por la solidez de la fe de sus habitantes. Nulato era una cristiandad modelo. Agradecida al sacrificio de su Obispo misionero, quiso testimoniarle su afecto erigiendo un monumento en su honor. El sitio preciso del crimen estaba situado a unos 80 kilómetros hacia el Este de la población. En 1892 tuvo la satisfacción de cumplir sus ensueños.

Ya el P. Tosi tenía vivos deseos de levantar una cruz conmemorativa en el lugar mismo en que fué asesinado el

(1) BARUM: *Life of the Alaska Mission*, en WL., 1893, 420 s.

Arzobispo, la ladera de un montículo llamado *Yissetlatoh*, en la ribera norte del Yukón, a corta distancia de la confluencia del Koiklotzena o Koyukuk. El misionero de Nulato, P. Ragaru, tenía preparada una gran cruz con su pedestal cuando la motora «St. Michael» en el verano de 1892 pasó por Nulato a dejar a los misioneros los alimentos necesarios para el curso que iba a entrar (1).

Decidióse, pues, aprovechar la llegada del «St. Michael» para cumplir los deseos del P. Tosi, ausente entonces en Europa, y se preparó la expedición al lugar del asesinato. Subieron a bordo los PP. Treca, que hacía de Superior, Ragaru, Robaut y Barnum; asistían al acto también las Hermanas María Prudencia y María Anguibert, con siete u ocho pequeñas y varios niños de los mayorcitos de las escuelas de Holy Cross; estaban asimismo presentes varios Hermanos.

Llegaron al lugar al atardecer; un atardecer manso y apacible del mes de agosto. Al día siguiente, de mañana, los PP. Ragaru y Robaut buscaron el sitio mismo en que decían haber estado la casucha, arrastrada más tarde por una inundación, donde se había consumado el crimen. Los muchachos limpiaron de maleza el lugar, menos un rosal silvestre, que respetaron por complacer a las monjas. Se arregló un altar portátil, y el P. Treca dijo la Misa. Terminada ésta, se retiró a un lado el altar, y mientras decían su Misa

(1) La motora *St. Michael* era propiedad de la Misión y prestaba preciosísimos servicios para visitar las diversas cristiandades durante el verano y los innumerables campamentos pesqueros establecidos a lo largo del Yukón. Formaba parte del exiguo número que constituía la flotilla del Yukón, o por mejor decir, de Alaska. No eran más que cinco: el *Artic* y el *Yukón*, que eran los barcos mayores y pertenecían a la Compañía Comercial de Alaska (*Alaska Commercial Company*). Los rusos poseían otro, llamado el *Explorador*, con idéntico fin que los Jesuitas. El P. Tosi compró muy pronto el cuarto, el *St. Michael*. El quinto, *New Racquet*, era un vapor independiente, consagrado únicamente al uso exclusivo de los mineros. Todos ellos eran unas desmañadas chalanas de tipo primitivo, pero lo suficientemente buenas para aquellos desiertos helados, donde apenas si podían hacer más de un viaje anual.

El *St. Michael* era el más decente de toda la flotilla, como construido en talleres del Gobierno de los Estados Unidos. El H. Power, encargado de conducirlo, había sacado su título correspondiente antes de salir de San Francisco.

los PP. Ragaru y Barnum, unos cuantos de la tripulación se dispusieron a armar y levantar en alto la cruz; era de madera y medía unos cuatro metros y medio de altura; se clavó en un montículo natural en forma de tumba a sólo unos veinte metros de las orillas del río.

Después volvió a colocarse el altar delante de la cruz, y el P. Treca procedió a la bendición ritual. La extrañeza del acto había ido reuniendo algunos indios de los contornos, entre ellos la mujer misma que había encontrado el cadáver del Arzobispo y cubierto su cuerpo con una manta. Cuando el P. Treca terminó unas breves palabras que dirigió a los asistentes, el P. Robaut, compañero de Mons. Seghers, comenzó la Misa. Después se plegó el altar, arrancaron del rosal unas hojas como recuerdo del acto, y se volvieron a la Misión. Así honraba Nulato y toda la Misión alaskana la memoria de su fundador y primer mártir (1).

En 1894, durante el deshiele del Yukón, vieron los misioneros de Nulato una cruz clavada en uno de los bloques macizos que descendían majestuosamente por la corriente del río. Era la cruz dedicada a Mons. Seghers, que parecía tomar posesión de sus dominios todo a lo largo del Yukón. Los Padres la saludaron con emoción e hicieron repicar las campanas de la torre; inmediatamente los fieles se reunieron alrededor, y desde el fondo de sus corazones elevarían sus preces al cielo agradeciendo la sangre generosa vertida en su favor por un celoso Arzobispo.

La admiración creció de pronto cuando a la altura de Nulato la cruz se volvió hacia la iglesia y se detuvo unos instantes, como para reconocer y bendecir a su paso la obra en favor de la cual había ofrendado el Arzobispo su vida. Recordemos que por tomar la delantera a los protestantes había Mons. Seghers apresurado su viaje y puesto en peligro su vida.

La cruz no tardó en alejarse hacia el Oeste y fué a perderse de vista en dirección al Océano. Se pensó en seguida

(1) BARNUM: *L. c.*, 433 s.

en sustituirla con otra. En 1898 se repitió la ceremonia, colocándola ahora sobre una altura que la salvase de cualquier crecida del Yukón. Hoy extiende sus brazos sobre todo el valle interior, atrayendo todas las miradas de los viajeros que suben y bajan el curso del río (1).

10. *Kozirefsky* es el segundo puesto permanente establecido en Alaska. Ya vimos arriba cómo el P. Robaut había abandonado el puesto de Anvik y se había establecido unos kilómetros más al Sur, frente a las bocas del Shageluk, en el pueblecito de Kozirefsky. Los informes que había transmitido al P. Tosi sobre el carácter de los indios y esquimales, un tanto entremezclados ya en esta región, y sobre la apacible situación misma del sitio, eran inmejorables. El P. Tosi acudió desde Nulato a inspeccionar el lugar y se decidió a establecer en Kozirefsky un puesto misionero permanente en cuanto se presentase ocasión oportuna.

Kozirefsky era un pueblecito de unas 200 almas; no lejos del villorrio, en la ribera derecha del Yukón, a unos 700 kilómetros de la costa, se levantaba un pequeño promontorio de casi un kilómetro de longitud, resguardado al Oriente y Septentrión por una hermosa cadena montañosa de poca elevación, cuyas pendientes suaves venían a morir al lado del promontorio. Este lugar delicioso, admirablemente defendido de los vientos helados del Polo y de los no menos crudos del Este continental, fué el elegido para plantilla de la nueva Misión. Faltaba comenzar las construcciones; el P. Robaut no se había equivocado en la elección del sitio (2).

Apenas tomada esta decisión llegó la noticia de que iban a desembarcar en St. Michael el P. Genna, el H. Rossati y tres Hermanas de Santa Ana, que, enviadas por el Reverendo Jonckau, venían a encargarse de las futuras escuelas de las Misiones de Alaska.

La noticia era todo un acontecimiento: era la primera

(1) J. B. RENÉ, S. J.: *L'Alaska: Observations d'un missionnaire*, en *Etudes*, t. 76, 1898, 367 s.

(2) Tosi: O. c., 75.



Foto 82.—*Sobre el fondo en llamas perfílanse siluetas morenas.*



Foto 83.—*El P. Llorente en Akulurak con un grupo de Hijas de María.*



Foto 84.—*Así viven los indígenas amontonados en sus iglús.*



Foto 85.—*Un matrimonio feliz.*



Foto 86.—*La época veraniega se consume en la pesca.*

expedición que llegaba y las primeras Religiosas que, a decir verdad, se presentaban en la Misión antes de que se les hubiese preparado acomodo. Los Padres se trasladaron a Saint Michael a recibir a los nuevos expedicionarios. Estamos en junio de 1888.

Las Religiosas recién llegadas se prestaban a soportar cualquier clase de sacrificios en tanto durase la construcción de su nueva morada en Kozirefsky; no habían venido hasta el extremo del Mundo para hacer tan sólo a medias su sacrificio. En vista de ello, se determinó comenzar inmediatamente las obras, y en el entretanto vivir en tiendas improvisadas. La nueva Misión llevaría por nombre «Santa Cruz» (Holy Cross), pues sólo la Cruz de Jesucristo podría hacer dulces y suaves todas las privaciones que amenazaba. Este nombre es el que hoy perdura y eclipsa al nombre oficial y antiguo de Kozirefsky. El P. Ragaru salió inmediatamente camino de Holy Cross para dar comienzo a las obras, y el resto de la comitiva le siguió algún tiempo después.

11. Así comenzó a surgir el puesto de Holy Cross, del que hablaremos más adelante con todo detenimiento, hoy casa central de la Misión. Lo principal de Holy Cross son sus escuelas; difíciles fueron sus primeros comienzos; hoy son la mejor gloria de la Misión alaskana.

Los PP. Genna y Ragaru marcharon con el H. Rossati a Nulato. Los PP. Tosi y Robaut, con el H. Giordano, se quedaron en Holy Cross para atender a las monjas y establecer las escuelas. El primer alumno fué el pequeño *Andrewska*, primer indio bautizado por el mismo Mons. Seghers (1).

El primer año sólo pudieron venir tres niños de St. Michael con el pequeño *Andrewska*, que jamás quiso separarse de los Padres. Entre los indígenas se notaba mucha falta de decisión y cierto espíritu de temor, inculcado por la propaganda cismática y protestante, que llegó a hacer creer a

(1) RENÉ: *L. c.*, *Etudes*, t. 7^o (1898), 369.

muchos infelices que las monjas traían consigo ocultas en las cajas unas serpientes espantosas, destinadas a destrozar a los niños que pisasen aquellas escuelas católicas (1).

Llegado el verano siguiente, el pequeño Andrewska marchó a Nulato a hacer propaganda de la escuela; no podía encomendarse este asunto a mejores manos: supo hacerlo tan bien, habló con tanto entusiasmo de la escuela y sus misioneros, que poco tiempo después volvía triunfante a Holy Cross acompañado de diez niños y otras tantas rapazas. Aquellos comienzos fríos de las escuelas católicas se han transformado hoy en las escuelas modelo de toda la península alaskana.

En 1890, dos años después de abierta la escuela, o por mejor decir uno, pues los cuatro alumnos primeros habían sido bien poca cosa, fué enviado a Alaska por los Estados Unidos, a fin de hacer un censo de toda la región, el Sr. Juan Petroff; he aquí lo que escribía sobre Holy Cross en su relación al Gobierno (2).

«Llegamos a Kozirefsky, donde han fundado los Jesuítas una Misión hace dos años y una escuela excelente, dirigida por las Hermanas de Santa Ana; en poco tiempo éstas han dado prueba de lo que se puede obtener de los indígenas con una buena educación. Llegué a la Misión de madrugada, después de un fatigoso viaje de noche; acepté con gusto la cama de uno de los Padres que me ofrecieron para descansar. Después de unas horas de sueño, me despertó el sonido de un rumor fuera de mi habitación; al principio se me hacía difícil imaginar lo que pudiera ser, porque era un rumor de chiquillos que gritaban y reían, y hablaban en inglés. Salí del cuarto y me encontré con los niños en recreo. Eran veinticuatro entre niños y niñas de diferentes tribus. Nadie llevaba más de dos años en la escuela, y ya todos, tanto dentro como fuera de las clases, hablaban en inglés. Después del recreo los reunieron las Hermanas para que en mi presencia demostraran lo que sabían, y en verdad que mostraron estar bien instruídos en los varios ramos del saber.

(1) TOSI: *L. c.*, 76.

(2) TOSI: *L. c.*, 85.

»Después me invitaron a un pequeño entremés en que todos tomaron parte. El argumento estaba compuesto por uno de los Padres y contenía una lección moral. Todos sabían admirablemente su papel, y lo interpretaban con acciones apropiadas; se veía que estaban ellos tan satisfechos de su actuación como lo estábamos los mismos espectadores. Para terminar, uno de los niños me dirigió unas palabras de agradecimiento por haberlos animado con mi presencia y haber asistido a su representación. Después me entregó su discurso escrito de su puño y letra, y firmado así: me llamo José y tengo siete años.»

12. *La isla de Nelson.* Siguiendo las indicaciones de P. Robaut en su carta del 16 de junio de 1888, el P. Tosi determinó hacer un viaje de exploración desde Holy Cross, por la costa, hasta la isla de Nelson, con el fin de estudiar el asentamiento de una nueva Misión, que de hecho se fundó en *Tununak* en cuanto llegó la siguiente expedición: se había de llamar *Coast Mission*, Misión de la Costa. En carta detallada, en la que transcribe gran parte de su diario de viaje, da cuenta de todo el mismo P. Tosi a su Superior P. Cataldo, con fecha 20 de mayo de 1889 (1).

Salió de Holy Cross el 1 de marzo con su trineo y sus perros, acompañado de un indio y un mestizo, a los que se unió después un ferviente católico de Russian Mission. Pasó por Paimut, Russian Mission, Andrewskey, Rosbonsky y algunos otros villorrios de poca importancia a lo largo del Yukón, muchos de los cuales han desaparecido. Toda esta región había sido cultivada por los *popes* ortodoxos; éstos trataron con gran consideración al P. Tosi, que supo mantener con ellos interesantes conversaciones. La ignorancia de los indígenas en materia religiosa era supina: los ortodoxos no se ocupaban mucho de enseñársela.

Entonces pudo enterarse que el obispo ortodoxo de San Francisco pensaba enviar diez monjes de misioneros a Alas-

(1) WL., 1889, 333-351.

ka. El P. Treca, en carta al P. Cataldo desde St. Michael el 7 de julio de 1889, por lo tanto, a raíz de su llegada, confirma esta misma noticia. De ahí las angustias del P. Tosi en su carta al P. Cataldo, y las insistentes peticiones a su Superior de nuevos operarios, para no dejarse arrebatar los puestos cuando estos prometidos monjes llegaran a Alaska.

Llegados a la costa viraron hacia el Sur con dirección a la isla de Nelson, último término del proyectado viaje; por aquí apenas si existía la influencia rusa; los indígenas eran buenos, pacíficos, hospitalarios, deseosos de instrucción y agradecidos a todo cuanto se hacía por ellos; al fin no muy distintos de las demás tribus esquimales (1). Religiosamente aún no estaban cultivados por nadie.

Llegaron, por fin, a la isla de Nelson, que recorrieron entera, pareciéndoles el sitio más a propósito para la fundación de la Misión el cabo Vancouver. Desde aquí hasta la bahía del Kuskokwim, a lo largo de la costa, había unos 15 villorrios bastante poblados y no cultivados aún por misionero ninguno. El P. Tosi no los pudo visitar, pero recogió de todos ellos interesantes noticias.

A pesar de estar situada a 62° de latitud septentrional, por lo que la isla de Nelson debería estar sometida a las mismas condiciones climatológicas de Alaska, sin embargo tiene un clima bastante más suave, a causa de las corrientes cálidas que suben desde el Japón, bañando sus costas y atemperando su ambiente. Por esta razón estaba toda la isla poblada de pequeños villorrios sin morada fija, que al vaivén de las estaciones emigraban de un lugar a otro en busca de alimentación.

En el viaje de vuelta no siguieron el mismo camino, pues volvieron por St. Michael a esperar la nueva expedición que se había anunciado. En todo el diario va dando datos interesantes sobre los pueblos visitados, los habitantes que tienen, disposición en que están... No juzgamos oportuno detenernos a recordarlo, pues nos alargaría demasiado, y además

(1) Tosi: *O. c.*, 92.

porque una buena cantidad de villorrios han desaparecido ya, dado el carácter provisional que tienen muchos pueblos alaskanos. Lo importante es que volvía decidido a fundar la *Misión de la Costa*.

Esta se fundó como punto céntrico en Tununak, cabo de Vancouver, en la isla de Nelson. El P. Treca fué encargado de hacerlo en cuanto llegó a St. Michael en el verano de 1889. Tununak está situada entre dos pequeñas cadenas montañosas que cierran el horizonte al Norte y Sur, y a través de las cuales se desliza en la llanura intermedia un pequeño riachuelo que va a desembocar en el mar, hacia la mitad de la bahía (1). Pero la Misión de la Costa no había de comprender tan sólo la isla de Nelson, sino toda la costa continental; abarcaría, pues, la isla de Nelson, llamada entonces *Kalaooyet*, el delta del Yukón y toda la región costera hasta el Kuskokwim y la vecina isla de Nunivak.

En 1890 vivían en ella los PP. Treca y Muset con el H. Rossati. El P. Muset se encargaba de explorar la región meridional y el P. Treca la parte del Norte. Los Moravos tenían una estación en el Kuskokwim, y los rusos ocupaban el delta del Yukón, de manera que el P. Muset tenía que luchar en el Sur contra la herejía protestante, y en el Norte el P. Treca contra el cisma.

La región continental del delta era, como ya hemos descrito, una vasta llanura despoblada, sin arbolado, sin vegetación, terrenos de lava volcánica y cráteres extinguidos; llanuras sin fin conocidas por los rusos con el nombre de *tundras*: eso es la región costera que bordea el mar de Behring, recubierta siempre con una gruesa capa de musgo. Panorama monótono y pesado. Un mar frío y grisáceo, con una franja de tierra, fría y grisácea también, cubierta asimismo con un cielo grisáceo y frío. Las brillantes descripciones sobre el escenario alaskano, con sus volcanes activos y glaciares milenarios que derrochan belleza natural, se refieren al Sur de

(1) RENÉ: *L'Alaska...*, *Etudes*, t. 76 (1898), 370.

la península; aquí no hay más que soledad y grisácea monotonía (1).

En la expedición del año 91 llegaron el P. Francisco Barnum y el H. Tomás Power. La Providencia enviaba en aquella ocasión a Tununak la persona más apropiada para el conveniente desarrollo de una Misión en gran parte desconocida e inexplorada. El P. Barnum era el hombre ideal, pues además de ser un misionero ferviente, era un científico cabal. En otro capítulo de esta obra hemos dado detalles sobre la vida y trabajos del P. Barnum. Aquí recogeremos tan sólo algunos referentes a la Misión de Tununak.

El P. Barnum, en sus excursiones apostólicas iba levantando mapas de las regiones recorridas con todo cuidado y corrección, tanto más de estimar cuanto que los del Gobierno no eran guías muy seguros para adentrarse mucho en territorio de Alaska. Hizo el P. Barnum un mapa detallado de toda la costa, desde el cabo Vancouver hasta el puerto St. Michael. Igualmente fijó en mapas precisos la región del Yukón y sus afluentes, dando con toda exactitud las distancias entre dicho río y los lugares visitados en el interior. Si algún turista o aventurero se lanzaba a recorrer los lugares transitados por el Padre, no quería prescindir de ninguno de sus mapas, a fin de viajar con mayor seguridad. Para los que tienen que viajar desde Holy Cross al Kuskokwim, el P. Barnum trazó un sendero a través de las montañas, conocido con el nombre de Paso de Barnum, *Barnum's Pass* (2).

Una experiencia de tres años vino a demostrar que por entonces la Misión de Tununak no era el lugar más apropiado para fundar una escuela, y mucho menos para que llegasen a ella las alimentos y demás necesario con regularidad. En consecuencia, el mes de junio, poco antes de su salida para Europa, el P. Tosi encargó al P. Treca y H. Cunningham de Tununak, que buscasen un sitio más a propósito en la región meridional del delta del Yukón. Después de una tentativa infructuosa a orillas del Kanilik, encontraron final-

(1) BARNUM: *Life on the Ataska Mission*, en WL., 1893, 44 s.

(2) POWER, S. J.: WL., 1894, 389. Carta al P. Gleeson, 20 dic. 1893.

mente la posición deseada a orillas del Akulurak. De este modo, el actual puesto de Akulurak nació para reemplazar al de Tununak, que vino a ser, después de la enfermedad del P. Parodi, que quedó allí de modo provisional, una estación de segundo orden, sólo visitada de tiempo en tiempo durante el decurso del año. Sucedió esto a mediados del año 1893 (1).

13. *Akulurak*. Es el último de los grandes puestos misioneros abiertos en la primera época de la Misión alaskana, antes de que ésta comenzase, en 1894, a caminar por nuevos y más avanzados derroteros. Situada en una de esas llanuras llamadas *tundras*, está en la ribera más elevada del Akulurak. Forma este río una de las bocas del delta del Yukón. Algún tiempo antes había sido el lecho mismo del río. Es uno de los brazos más largos, pero tan relleno de sedimentos y maleza, acumulados a través de los siglos, que se hace sumamente peligroso para toda navegación. Los nombres indios de los dos brazos importantes del Yukón indican este cambio en el régimen del río: porque uno de ellos, el del Sur, es llamado *Knishlok*, o río antiguo; el otro, más septentrional, *Knishpak*, que es el nombre actual del Yukón en lengua esquimal.

El Akulurak corre primero en línea recta, después forma una especie de elipse muy alargada por su bifurcación en dos brazos, llamado el uno Kanilik, el más cercano al gran río, y el otro Akulurak, nombre que retiene hasta el punto en que, unidos de nuevo, los dos van a confluír al Yukón bajo el nombre de Kuimlek. El puesto misionero de Akulurak está situado en uno de los numerosos repliegues del Akulurak, casi en el punto medio de la elipse; está, pues, en una pequeña isla de unos tres kilómetros y medio de anchura, por unos 35 de longitud (2).

Los pequeños villorrios esquimales esparcidos alrededor justificaban plenamente la elección del sitio escogido; todos ellos podrían recorrerse en una sola jornada, y aun algunos,

(1) RENÉ: *L. c.*, 371.

(2) RENÉ: *L. c.*, 372.

tan cercanos como Kanilik, podrían enviar diariamente sus niños a la escuela. En un radio un poco mayor podrían tocarse unos veinte villorrios más en un camino de dos o tres días. En fin, los esquimales que podrían ser directamente atendidos por esta Misión, podrían ser, y aun pasar algo del millar: ¡cuánto más práctico resultaba este punto que el perdido allá dentro del mar en la pequeña isla de Nelson!

Desde el primer año, el recuento de todos los habitantes de la región del delta, hecho con todo cuidado bajo la dirección del P. Treca, arrojaba una cifra total de 1.600, cuyos nombres y casas se conocían perfectamente.

El mayor obstáculo para el misionero era allí, lo mismo que en otras partes, la oposición de los hechiceros que fomentaban la ignorancia y superstición de los indígenas con miras interesadas (1).

Hemos podido ver cómo el paulatino desarrollo de la Misión alaskana siguió, por así decirlo, un orden gradual y metódico: primero se estableció en Nulato, el punto más céntrico de Alaska, con el fin de atender a los indios del interior; después se fundó Kozirefsky, punto fronterizo entre los indios del interior y los esquimales de la costa; por fin surgió Akulurak, en plena región esquimal, punto de apoyo para nuevas fundaciones más norteñas, sobre todo, en Kotzebue, cuyas regiones llegó a visitar el P. Tosi en una atrevida excursión. Estamos a principios del año 94: el personal misionero podría repartirse así: los PP. Ragaru, Robaut y Barnum, en Holy Cross; el P. Judge, en Nulato, y en Akulurak, los PP. Treca, Parodi, Monroe y Muset; había además siete Hermanos coadjutores repartidos en los tres puestos. El P. Tosi estaba en Europa, adonde asuntos urgentes de la Misión le habían llevado a prosternarse a los pies del P. General y del Vicario de Jesucristo. Lo veremos en el capítulo siguiente.

(1) RENÉ: *L. c.*, 373.



Desarrollo de la Misión.

X

DESARROLLO DE LA MISION

1. A los pies del Sumo Pontífice.—2. Los yacimientos mineros del Sur.—3. La Misión de Alaska Austral.—4. En el Kuskokwim y Shageluk.—5. El grato recuerdo del P. Tosi.—6. Impresiones del P. René.—7. Oro en las fronteras del Este.—8. Hervor minero en el Estrecho de Behring.—9. El puesto de Saint Michael.—10. El P. Rafael Crimont.—11. La fundación de Fairbanks.—12. El régimen interior en las Misiones de Alaska.—13. Un desarrollo constante.

1. En la segunda mitad del año 1892, el P. Tosi, dejando en Alaska como Vicesuperior al P. Treca, salió con dirección a la Ciudad Eterna para comunicar directamente, como testigo inmediato, al P. General de la Compañía de Jesús y al Sumo Pontífice de Roma, las noticias consoladoras de la incipiente Misión; pretendía, además, que ésta, con fuerzas suficientes para bastarse a sí misma, emprendiese un camino de cierta autonomía, al igual que otras circunscripciones eclesiásticas; porque Alaska, en lo jurídico y en lo religioso, era una Misión dependiente y, por decirlo así, sin vida propia; esto, como es lógico, entorpecía ciertos movimientos de apostolado, que era necesario solucionar de una manera rápida y conveniente.

Jurídicamente, el territorio de Alaska formaba parte de la Diócesis de Vancouver. Mons. Seghers había emprendido sus anteriores viajes animado, sí, de un ardiente espíritu misionero, pero también por el deseo de recorrer aquellas regiones lejanas, sometidas al dominio de su jurisdicción. Asesinado en las estepas heladas, sus inmediatos sucesores, primero el R. Jonckau como Vicario, y después Mons. Juan Ni-

colás Lemmens, como Obispo titular de la sede de Vancouver, eran los Ordinarios inmediatos de aquellas soledades situadas a miles de kilómetros de distancia. Los nuevos misioneros que se llegaban a la Misión habían de pasar antes por la sede de Victoria, a fin de recibir de su Ordinario legítimo las facultades necesarias para el fiel desempeño de su ministerio apostólico.

Desde el punto de vista religioso, Alaska tampoco era una región autónoma, pues formaba parte integrante de la Misión que los Padres italianos de Turín dirigían en las Montañas Roqueñas. El Superior de los Jesuitas de Alaska estaba, pues, sometido al de las Montañas Roqueñas, y para algunos asuntos necesitaba conocer antes su decisión. La Misión, por otra parte, iba adquiriendo un desarrollo importante, y el P. Tosi creyó conveniente tratarlo con las mismas autoridades de Roma, a quienes pensaba, además, presentar sus ulteriores proyectos. El mismo P. Tosi nos cuenta las razones que le movieron a emprender un viaje tal (1).

«Hacia algún tiempo ya—nos dice—que andaba yo pensando en un viaje a Roma, para dar a conocer personalmente lo mejor posible a los Superiores eclesiásticos el estado de la Misión, buscar refuerzos de misioneros y recoger algunas limosnas para alivio de nuestra estrechez. En especial, cuanto más iba avanzando la Misión, tanto más se iba notando la necesidad de unos poderes espirituales más amplios para el bien de las almas. Alaska dependía eclesiásticamente de la Diócesis de Vancouver, y dadas la distancia de los lugares y las dificultades de comunicación, no era posible proceder con seguridad de conciencia en aquellos casos difíciles e imprevistos que pueden acontecer, sin una jurisdicción propia, al menos de Prefectura apostólica. Además, teniendo intención firme de visitar las costas de Siberia oriental, y siendo imposible ponerse en comunicación con el Obispo de Moscú, en la Rusia europea, del que dependen aquellas regiones, se

(1) TOSI: *L'Alaska e i suoi primi esploratori*, 121.

hacía necesario conseguir directamente tales facultades de la Sede apostólica.»

En vista de esto, el P. Tosi determinó hacer el viaje a Roma; precisamente aquellos días llegó un despacho postal anunciando la muerte del General de la Compañía. El P. Tosi no esperó más: estaban a punto de celebrarse las fiestas jubilares de Su Santidad, y, por otra parte, tendría ocasión de conocer personalmente y tratar con el nuevo General elegido (1). En el mes de julio del año 92 salió de la Misión de Alaska camino de San Francisco. A Roma llegó al finalizar ese mismo año de 1892.

Sus negociaciones en Roma nos las resume él mismo (2). El Cardenal Prefecto de la Propaganda le acogió con benevolencia suma, y abogó por que le fuesen concedidas todas las gracias y particulares poderes de jurisdicción pedidos. Al mismo tiempo le prometía procurar la erección de la Misión al grado de Prefectura apostólica. El nuevo General de los Jesuitas le mostró suma solicitud en todas sus cosas, y le prometió también aprovechar cualquier ocasión en que pudiera ayudarles. Al volver a la Misión el P. Tosi, le entregó la carta preciosa que más adelante daremos a conocer.

Lo que más le emocionó fué la entrevista con el Santo Padre. «Me acogió—dice—con bondad y afabilidad de Padre. Me trajo a la memoria el recuerdo de Mons. Seghers y aquel *Andate: id* solemne, con el cual, por una particular inspiración de Dios, había creído oportuno confiarle, según sus deseos, nuestra difícil misión. Quiso informarse de todo lo concerniente a ella, aun de los detalles más menudos de nuestros salvajes. Tuvo palabras de grande ánimo para todos los misioneros y Hermanas de Santa Ana, alabando su ardiente celo y el afán con que sobrellevan tantas incomodidades por la conversión de aquellos pobres indígenas. Finalmente, con un grato recuerdo, dió su apostólica bendición a todos y cada uno de nuestros recordados religiosos y misioneros.»

Lo que se olvidó decir el P. Tosi, fué que, al despedirse,

(1) Lo fué el español R. P. Luis Martín.

(2) Tosi: O. c., 122.

le dijo León XIII aquellas palabras: *Andate, fate voi da Papa in quelle regione: Id, y haced vos mismo de Papa en aquellas regiones* (1).

A mediados de 1894 estaba de vuelta en las Misiones de Alaska. En el entretanto habían ido llegando a la Misión nuevas expediciones de misioneros: el P. Monroe, con los HH. Twohig, Sullivan y Marchisio, en 1893; y el P. Rafael Crimont, en 1894.

Un decreto pontificio de 27 de julio de 1894 separaba los territorios de Alaska de la jurisdicción de Vancouver, y erigía la nueva Prefectura Apostólica de Alaska (2). El R. Padre Pascual Tosi era designado por la Santa Sede como Prefecto Apostólico de la nueva Prefectura alaskense (3).

Al mismo tiempo, salía otro decreto del P. General desprendiendo de la Misión de las Montañas Roqueñas los territorios de Alaska, y constituyendo con ellos una Misión independiente. Asimismo, el P. Tosi era nombrado Superior Regular de la Misión. En los años siguientes figuraría, pues, el P. Tosi como Superior Regular de la Misión (hasta entonces no había sido más que Vicesuperior dependiente del de las Montañas Roqueñas) y su primer Prefecto Apostólico.

2. El año 1895 iba a traer a la Misión de Alaska una nueva modalidad en que no habían pensado sus misioneros: el trabajo con los blancos. En aquel territorio salvaje y solitario, cargado de brumas invernales y de hielos perpetuos, acababan de descubrirse yacimientos de oro. Y cuando la dorada perspectiva del codiciado metal comenzó a arrastrar en pos de sí bandadas de aventureros de todos los países del mundo, los misioneros vieron un nuevo campo de apostolado abierto a las ansias de su celo: había comenzado con indígenas e iba a simultanearse con blancos. Cuatro fueron los puntos principales: las minas de la faja costera del Sur, las arenas

(1) MCG., *Strenna*, 1939, 5-12.

(2) GMC., 281 a.

(3) Hubo al principio una pequeña confusión, creyéndose que el P. Tosi había sido nombrado Prefecto con carácter episcopal.

del Klondike, en Dawson (Canadá); los yacimientos de Nome, en las costas de Behring, y las minas de Fairbanks en el interior alaskano. En todos ellos iban a fundar puestos permanentes los Jesuitas de Alaska.

Prolóngase el Sur de Alaska en una faja estrecha, accidentada y montañosa, que corre paralela a la frontera canadiense. En frente, un tupido archipiélago de grandes y pequeños islotes. Todas las islas del Pacífico vecinas a la costa, la del *Príncipe de Gales*, *Etholino*, *La Kembo*, *Kake*, *Kuiu*, *Kuprianoff*, *Baranoff*, *Admiralty*, *Chikagoff*, *Revillegigedo* y muchas más, por no nombrar más que las principales, quedan comprendidas dentro de este territorio. Hasta entonces no habitaban aquellos islotes más que indígenas solitarios pertenecientes a tribus diversas, con idioma particular. Algunas islas eran una guarida de osos y otros animales salvajes que hacían peligroso todo intento de penetración hacia el interior.

Pero los americanos no tardaron en caer en la cuenta que aquellas regiones montañosas del Sur encerraban ricas venas auríferas, sobre todo, en las cercanías de *Treadwell* y en los alrededores de *Juneau*. Esta ciudad, sobre todo, alcanzó una importancia capital, por ser además un punto céntrico, lugar obligado de cita para todos los comerciantes y aventureros que desde aquí tenían fácil camino de acceso a los demás puntos importantes de todo el distrito minero: *Douglas*, *Sitka*, *Wrangell* y *Baranoff*. Muy pronto todas estas regiones se vieron frecuentadas por millares de aventureros, que con la efervescencia de tiempos antiguos, característica de la búsqueda de *El Dorado*, acudían alocados por la fiebre de adquirir en poco tiempo soñadas fortunas.

3. El año 1895 precisamente, la primitiva y única Misión de Alaska se desdobra en dos, que empiezan a figurar en los anales históricos de la Misión alaskana con los nombres de *Boreal* y *Austral*. Estudiemos un poco esta última, que en sus primeros tiempos aparece íntimamente ligada con los primeros hervores mineros: ambas formaban una misma Prefectura y estaban gobernadas por un mismo Superior.

Los Obispos de Vancouver, a quienes pertenecían hasta entonces estas regiones del Sur, no habían abandonado totalmente su cultivo religioso, como ya hemos hecho notar en más de una ocasión. Pero, desgraciadamente, a pesar de todo el celo ferviente de sus Obispos, y en particular de Mons. Seghers, que había consagrado su vida a la evangelización de Alaska, la falta absoluta de personal y recursos había impedido el envío de convenientes operarios evangélicos que cultivasen el terreno. Tan sólo un sacerdote secular residió primero en *Wrangell* y más tarde en *Juneau*.

En cambio, varios ministros protestantes se habían adelantado y apoderándose de las principales posiciones. Por su parte, los popes ortodoxos proseguían lo mismo que antes manteniendo el culto oriental entre los indígenas convertidos. Su Obispo, residente en San Francisco, visitaba todos los años, en un barco de guerra puesto a su disposición por el Gobierno ruso, los puestos más importantes de su Diócesis inmensa. Juneau era asimismo la sede episcopal del Obispo episcopaliano, aunque aún no había aparecido por allá desde su consagración.

Los presbiterianos dirigían una escuela industrial en Juneau para solo indios, y otra en Sitka. Es significativo el hecho que sucedió al P. Tosi a su paso por esta última localidad, pues el pope ruso de Sitka le suplicó abriese una escuela católica en la ciudad para enviar a ella a los niños rusos, que—decía él—se iban pervirtiendo en la escuela presbiteriana (1).

Por lo que se refiere a las Misiones católicas, Mons. Seghers es el fundador de la iglesia de Juneau, y lo mismo de las de Wrangell y Sitka, como más tarde lo fué de la de Nulato. En 1877, en compañía del P. Mandart, había hecho un viaje apostólico a través de Alaska del Norte, había penetrado en el valle del Yukón desde St. Michael hasta Nulato y Nuklo-royet. Dos años después, y antes de marchar a su nueva Archidiócesis de Oregón, hizo otro viaje, ahora al Sur de

(1) RENÉ: *Alaska: Chercheurs d'or*, en *Etudes*, t. 70 (1897), 369-371.

Alaska, que ya había visitado años antes, en 1873. Este año, 1879, fundó la parroquia de Santa Rosa de Lima en Wrangell y la encomendó al P. Juan Althoff, un sacerdote joven de gran talento y energía, llegado recientemente de Lovaina. El solo había de soportar durante quince años todo el peso de este rudo ministerio apostólico. Ese mismo año fundaba también la iglesia de San Gregorio Nazianceno de Sitka, y la encomendaba asimismo a los cuidados del P. Althoff.

De Juneau entonces ni se hablaba; unos años más tarde llegaría a ser la activa metrópoli de la Alaska meridional; entonces no era más que una soledad agreste, madriguera de fieras salvajes que apenas podían abrirse paso a través de selvas impenetrables. Las montañas, donde se agitarían después cien minas en explotación, como las famosas de *Treadwell*, *Mexican*, *Red-Bullion*, *Sumdum*, *Sheepcreeck* y *Silver-Bow-Bassin*, aún no habían revelado los tesoros escondidos en sus entrañas. Hacia 1880 comenzó a surgir la ciudad de Juneau, e iba, aunque lentamente, adquiriendo el paulatino desarrollo que le daba su posición estratégica. Mons. Seghers cayó en la cuenta de ello y ordenó al P. Althoff que se dirigiera a Juneau y estableciese allí su residencia como punto más céntrico entre Sitka y Fort Wrangell.

El primer acto apostólico del P. Althoff en Juneau lleva la fecha de 24 de diciembre de 1885. Ya vimos en un capítulo anterior cómo recibió al Arzobispo y sus dos expedicionarios en el viaje a Alaska Boreal en 1886. Este mismo año se establecían en Juneau varias Hermanas de Santa Ana, que fundaron una escuela y un hospital. Unos meses antes se había abierto al culto una elegante y espaciosa iglesia, fruto del celo paciente y laborioso del P. Althoff.

Por decreto de 27 de julio de 1894, el territorio de Alaska pasaba de la jurisdicción de los Obispos de Vancouver a la jurisdicción de un Prefecto Apostólico. El P. Althoff retornó a su Diócesis y el Delegado Apostólico en los Estados Unidos, Mons. Satolli, pidió el R. P. Van Gorp, S. J., Superior entonces de la Misión Jesuítica de las Montañas Roqueñas, como inmediato sucesor del P. Cataldo. que enviase a Juneau un

Padre de la Compañía de Jesús que sustituyese al P. Althoff. El P. Juan Bautista René fué el elegido, y desde Missousa se trasladó a Juneau a principios del mes de septiembre de 1894. Así comenzó la Compañía de Jesús sus ministerios apostólicos en la región de Alaska meridional.

En julio de 1896 llegó también el P. *Pedro Bougis* para ayudar al P. René, y poco después llegaba el P. *Treca*, que había estado el año anterior reponiendo en San Francisco su salud perdida en el delta del Yukón. La pequeña residencia, construída para un solo misionero, fué agrandada; con la ayuda de los dos nuevos misioneros, PP. Treca y Bougis, pudo extenderse el campo de acción de un modo permanente y regular, de manera que además de atender a Wrangell y Sitka, pudo construirse una nueva residencia en la isla *Douglas*. La capilla abierta al culto el 8 de diciembre estaba dedicada a Nuestra Señora de las Minas.

A unos dos kilómetros de Juneau se construyó además una pequeña iglesita consagrada a la Virgen del Rosario, dedicada exclusivamente a la instrucción de los indios en lengua *thinklet* (1).

Con el correr de los años fueron fundándose en el Sur los puestos de *Skagway* (1898), *Ketchikan* (1907), *Valdez* (1908), *Córdova* (1910), *Anchorage* (1916) y *Seward* (1917). Actualmente (1941), hay misioneros Jesuítas en Juneau (residencia ordinaria del Vicario Apostólico), en Ketchikan y Wrangell. Los puestos de Anchorage, Seward, Córdoba, Skagway y Valdez están encargados a otros tantos sacerdotes del Clero secular.

Eclesiásticamente, la región de Alaska Austral ha formado siempre parte, primero de la Prefectura y después del Vicariato Alaskense. Desde el punto de vista religioso ha tenido varias fluctuaciones que conviene hacer notar: en 1899 se separó de la región Boreal y pasó a formar parte, como parte integrante, de la Misión de las Montañas Roqueñas, transformada jurídicamente el año 1909 en Provincia *sui iuris* con

(1) RENÉ: *Alaska: Observ. d'un Missionn.*, en *Etudes*, 76 (1898), 375 s.



Alaska.—Faja costera del Sur.

el nombre de California (1). Entretanto, y a partir de 1907, la Misión de Alaska Boreal había sido encomendada a la nueva Provincia del Canadá, erigida en el mes de junio (2).

Desde esta época, ambas Misiones alaskanas, aunque siempre dependientes de un mismo Superior eclesiástico, con residencia en Juneau, han venido figurando en los Catálogos de la Compañía de Jesús, y subsiguiente régimen interior, como dos Misiones distintas: *Austral* y *Boreal*.

4. La región Boreal había proseguido su desarrollo durante los años 95 y 96. Durante aquél se habían fundado puestos misioneros en *Okragamut* (río Kuskokwim), consagrado a San Ignacio, y en *Shageluk*, dedicado el Sagrado Corazón. Ninguno de los dos fué duradero. En *Shageluk* había construído el P. Judge una iglesia y una residencia, y en él estuvieron de misioneros los PP. Ragaru y Judge. Abierto este puesto en 1895, se cerró definitivamente en 1899; había otros puntos de una importancia vital, y ante la escasez de personal tuvieron que ser sacrificados los pequeños.

El puesto del Kuskokwim duró algunos años más, pues no desapareció hasta el año 1907, aunque estuvo algunos años sin propio misionero. El P. Robaut fué encargado de evangelizarlo durante ese tiempo. La causa de su desaparición se debió en parte a una desgracia siniestra: un incendio voraz acabó en unas horas con casa, iglesia y demás, hasta sus cimientos; y aunque el P. Robaut siguió prestándole sus auxilios durante algún tiempo, más era de un modo esporádico y discontinuo que tendía a un total abandono de aquella región.

El incendio tuvo lugar en 1903: a eso de la media noche del 30 de noviembre, el P. Robaut se despertó medio sofocado por el humo. Se levantó y abrió la ventana: pronto pudo convencerse con pena que el piso ardía bajo sus pies. Nada pudo salvarse; en unas horas la hermosa residencia quedó reducida a pavesas; no pudo salvarse ni aun el Santísimo

(1) *ARSJ.*, 1906-1910, 145 s.

(2) *ARSJ.*, 1906-1910, 82 s.

Sacramento. El P. Robaut tuvo que pedir prestados a los indios unos vestidos para marchar a Holy Cross. Con el fuego desaparecieron dos hermosas capillitas de viaje, varios libros, las provisiones de todo el año y toda la colección de papeles y escritos del mismo P. Robaut. Las pérdidas se calcularon en unos 6.000 dólares. Lo peor de todo era que el P. Robaut quedaba privado de los medios necesarios para hacer sus viajes apostólicos durante el invierno a través de la región, donde pueblos de alguna importancia pedían insistentemente la ayuda del misionero católico contra las intromisiones de los rusos ortodoxos (1).

5. El P. Tosi había proseguido infatigable sus excursiones misioneras, impuestas desde su vuelta de Europa por una doble obligación de Superior Regular y de Prefecto Apostólico de Alaska. En las páginas que llevamos escritas quedan reseñados mil rasgos de su vida apostólica a través de las tundras nevadas, en las cuatro direcciones de la península. A mediados del año 97, aquella salud de hierro que había sufrido tantos embates, primero en las Montañas Roqueñas, y después en las regiones heladas, comenzó a doblegarse, agobiada con tantos trabajos y fatigas. Su primer cuidado fué pedir un sucesor para los dos altos cargos que ostentaba, y éste le fué concedido en el misionero de Juneau, P. René, que con fecha 3 de marzo del año 97 era nombrado Prefecto Apostólico y Superior de Alaska. En el verano tuvo que marchar enfermo a Juneau, donde murió el 14 de enero siguiente.

Había nacido el 28 de abril de 1835 en San Vito (Forlì), en Italia. Ordenado de sacerdote, entró en la Compañía de Jesús después de haber ejercitado durante diez meses el ministerio apostólico. Tenía entonces veintisiete años. Tres años más tarde se embarcaba destinado a la Misión de los Pielos Rojas en las Montañas Roqueñas. La eximia virtud y extraordinarias prendas naturales que le distinguían, fueron durante sus veintiún años de Misión el gran instrumento para la salvación de las almas.

(1) WL., 1904, 105.

Su fortaleza de espíritu, su prontitud y acierto en las decisiones, la superioridad que mostraba en los peligros, la audacia en afrontarlos..., todo, en fin, le caracterizaba como el más apto compañero del fundador de la Misión de Alaska.

Nombrado desde un principio Superior, su actividad toda no conocía límites ni otro fin que el bien espiritual de sus esquimales. A fin de allanar las muchas dificultades que entorpecían su apostolado, decidió hacer un viaje a Europa; el año 1892 llegaba a Roma, donde fué cariñosamente recibido por Su Santidad y por el nuevo General de los Jesuítas, Luis Martín, que le entregó la carta preciosa que más adelante transcribiremos en estas páginas. Al partir de nuevo a la Misión volvía sumamente consolado: llevaba del Santo Padre una bendición especial para todos sus misioneros y la facultad de administrar el Sacramento de la Confirmación a los convertidos. Ya sabemos, además, que al ser erigida la Misión en Prefectura, fué escogido el P. Tosi para administrarla.

Desfallecido por sus muchos trabajos y fatigas, aumentados sobremanera en sus diez años de Superiorato, hubo de abandonar el gobierno para retirarse a Juneau a descansar. Al zarpar de St. Michael el barco que lo llevaba a bordo, una triple salva de los cañones del fuerte rindió homenaje al héroe que los dejaba. Seis meses después, en enero de 1898, moriría repentinamente al intentar levantarse, herido por un nuevo ataque de apoplejía (1).

El nombre de este Padre providencial se conserva en los anales de Alaska con veneración sacrosanta. Diez años le bastaron para recorrer palmo a palmo los cuatro puntos cardinales de la península y establecer puestos de Misión en los sitios más céntricos, que iba arrebatando a los protestantes. No hay blanco que haya recorrido jamás en trineo distancias semejantes a las que él cubrió con el suyo desde Nulato a Akulurak, volviendo por St. Michael y por el atajo de Kal-tag: 3.000 kilómetros aproximadamente.

(1) TESTORE, S. J.: *Un apóstol en el país de sol de media noche*, en SM., 1929, número extraordinario.

Con sus dotes de gobierno extraordinarias y sus habilidades de procurador nada comunes, al cabo de diez años dejó residencias y escuelas en los puntos más estratégicos del Yukón, un vapor de 12.000 dólares para proveerlos durante el verano y un depósito de 25.000 en metálico para seguir levantando iglesias y casas de misión.

Aun a riesgo de repetir algunos datos, no podemos dejar de transcribir aquí lo que el *Alaskan News* publicó, primeramente a raíz de un gran viaje de exploración y después con ocasión de la muerte del P. Tosi. Gracias a esos datos caeremos en la cuenta de lo mucho que no sólo la Religión, pero aun la misma Ciencia, deben a las fatigas y al ingenio del misionero (1).

«Sin temor de equivocarnos, se puede afirmar que de todos los que han viajado por Alaska, ninguno la recorrió tan enteramente como el P. Tosi: desde la isla de *Attu*, del archipiélago Aleutiano, hasta el último confín septentrional de Alaska, el *Point Barrow*. Durante su permanencia de diez años en el valle del Yukón, anduvo miles y miles de kilómetros a través de un territorio jamás hollado por hombre alguno. En este mismo año emprendió este valiente misionero un viaje por tierra en trineo, sin albergue, con la sola compañía de un muchacho indígena, desde la desembocadura del río *Porcupine* hasta el Océano Artico; añadid el desolador aspecto de este país, del cual ninguna noticia se poseía entonces: es una inmensa soledad en la que ninguna huella se descubre, ni rastro alguno de vida animal ni vegetativa.

»Y éste fué sólo uno de sus numerosos viajes en los que desafiando enormes fatigas y soportando indecibles trabajos, únicamente pretendía el bienestar temporal, y sobre todo el espiritual, de los indígenas del interior.

»En sus arriesgadas expediciones más de una vez el trineo, arrastrado velozmente por los perros, se lanzaba a través de bancos de hielo que la creciente marea o el mismo aire, cuando estaba templado, separaba de la tierra. Más de

(1) WL., 1896, 222-229.

una vez, en medio de las escabrosidades del Yukón, o al repentino presentarse de los osos polares, vióse a punto de perecer; pero hacía entonces un acto de contrición, repetía un ardiente acto de confianza y siempre salía victorioso de aquellas terribles pruebas. En una de sus correrías apostólicas al lago *Silawih* hizo varias y preciosas observaciones: consignó que aquel lago estaba sujeto a las mareas, que parte de sus aguas eran saladas y parte dulces, distribuídas según su densidad. En las aldeas situadas alrededor del lago encontró gran cantidad de gigantescas osamentas: restos de mastodontes conservados en muy buen estado, de todo lo cual sacaba notas, hoy tan apreciadas por los paleontólogos (1).

»Contribuyó, pues, al avance de la ciencia, de la cultura y de la Religión, y si su nombre era poco conocido en Italia, en cambio en América a nadie se le ocultaban sus relevantes prendas; diversos fueron los testimonios que dieron de él los institutos más conocidos, entre los cuales el más autorizado es el *Circle City*, constituido en el mismo Círculo Polar Artico; y su diccionario y gramática indígena lo imprimió a sus propias expensas el Gobierno de los Estados Unidos.

»El P. Tosi descubrió a sus indígenas los inefables misterios de la Fe, y consagró sin reserva a su servicio sus fuerzas, su inteligencia y su corazón. Al fin el excesivo cansancio produjo en él una afección cardíaca, que le ocasionó repetidos ataques el pasado verano. Entonces fué designado otro Padre para sustituirlo; y los Superiores le aconsejaron probase si con el clima más suave de California lograba recuperar las perdidas fuerzas; mas él replicó le permitieran permanecer en Alaska, y sólo consintió en dejar el Norte para ser trasladado a Juneau. Arribó a esta ciudad el 7 de octubre, y aunque enfermo, celebraba muy a menudo el Santo Sacrificio de la Misa. Hacia los primeros días de enero parecía un tanto mejorado y soñaba en volver al Septentrión; pero su obra estaba ya consumada y Dios le preparaba la palma.

(1) RENÉ: *Alaska: Voyage au pays des Mammouths*, en *Etudes*, 70, 373-380.

»El 13 de enero celebró aún la Santa Misa; en la mañana del 14 se levantó con intención de dirigirse a la iglesia, pero flaqueáronle las fuerzas; aquel corazón que tanto había amado a Dios y a sus inolvidables hermanos se consumió en un postrero acto de amor. ¡Era un espectáculo verdaderamente indescriptible el contemplar aquella muchedumbre que se agolpaba en derredor de sus restos, expuestos en la iglesia! Lloraban todos, rogaban por él, y cuando se trató de conducirlo al cementerio desengancharon los caballos y lo colocaron sobre sus hombros.

»Así moría el más grande Apóstol de Alaska. Fino manto de nieve cubre su tumba, pero su espíritu sobrevive aún, y desde lo alto del cielo infundirá valor a los que con él compartían las arduas fatigas del Apostolado. Protegerá a las Misiones y bendecirá a sus queridos salvajes» (1).

Los paisanos y parientes del P. Tosi le erigieron tres años después un magnífico mausoleo de mármol con esta inscripción, compendio de las glorias del apóstol:

*Ni la muda soledad de las nieves perpetuas,
Ni el bárbaro lenguaje, ni enemigas insidias,
Ni el carecer de toda humana providencia,
Pudieron amilanar su intrepidez
en los doce años
de apostólicas fatigas y peligrosos viajes
a través de regiones desoladas* (2).

6. Como hemos dicho más arriba, al P. Tosi le sucedió como Superior y Prefecto Apostólico el P. Juan Bautista René, nombrado en marzo del 1897 (3). Inmediatamente salió de Juneau para visitar las Misiones del Norte; a su vuelta

(1) *Cartas Edif. Prov. de Turín*, 1893-1896, p. 67 ss.

(2) CASAGRANDI, S. J.: *De claris sodalibus Prov. Taur., S. J.*, 1906. 279 ss.

(3) Hubo una pequeña confusión cuando su nombramiento, pues la Prensa cambió erróneamente los nombres. No tardó mucho en esclarecerse, y el P. René quedó nombrado Prefecto Apostólico de Alaska.

escribía estas impresiones al Director de las *Woodstock Letters*: «Estoy sumamente consolado por la paciencia, ardor y gozo con que sobrellevan todos tan grandes penalidades. Cuando les consultaba yo sobre las cosas necesarias para conseguir el éxito de nuestra misión, todos abundaban en una misma opinión y apuntaban las mismas indicaciones: la falta de hombres para una empresa de tanta magnitud como es la evangelización de Alaska.

»Yo soy también de la misma opinión: no dudo en decir que tenemos ante nosotros una gran labor en Alaska, y para cumplirla con éxito necesitamos mucha gracia de Dios, mucho tiempo y muchos hombres. Las dos primeras condiciones no faltan, pero ¿dónde voy a encontrar hombres que consuman sus vidas en estas tundras inhóspitas por la salvación de las almas de este pobre pueblo, imbuído en su mayor parte en las supersticiones del Chamanismo?

»Nuestra Misión está aún en ciernes; de todos los grandes distritos de Alaska, ocupamos sólo dos: el de Juneau y el del Yukón, y eso imperfectísimamente. Sólo tenemos un puesto en el valle del Kuskokwim; ninguno en el distrito ártico, ninguno en el de Nushagak, ninguno en las islas Aleutianas y ninguno en el de Kodiak, que se extiende desde el monte San Elías a través del valle del Copper hasta la península de Alaska: todos ellos, desgraciadamente, se encuentran en manos de rusos y protestantes» (1).

Estas impresiones se escribían al finalizar el año 97. Y precisamente entonces iban a surgir otros dos centros de irradiación misionera en dos puntos extremos de Alaska: *Eagle City*, *Circle City*, *Dawson*, *Fairbanks* en el Este, y *Nome* en la región occidental del Estrecho de Behring. Ambos los habían de originar los diferentes movimientos mineros.

7. Aunque el hallazgo del polvillo de oro venía de años atrás en la región del Klondike, pero era tan insuficiente, que

(1) WL., 1897, 522. Carta de 31 de octubre 1897.

no atraía grandes cantidades de aventureros; la verdadera efervescencia minera comenzó por los años 95 y 96, y aquellos años comenzó a derivarse una avalancha tal de mineros hacia el límite geográfico de Alaska y el Canadá, que sin querer hacía recordar la fiebre aurífera australiana de otros tiempos. El punto central se ceñía a las riberas del Klondike, un pequeño riachuelo de aguas negruzcas que, engrosado con una infinidad de pequeños afluentes, va a desembocar en el Yukón a la altura de Dawson.

En sus alrededores, más o menos cercanos, había también otros núcleos mineros: *Forty Miles*, *Circle City*, *Eagle*, *Dawson*. A nosotros nos interesan sobre todo estos últimos, porque, aunque provisionalmente, hubo en ellos durante algunos años puestos misioneros. De *Dawson*, perteneciente al Canadá, y por lo tanto bajo la jurisdicción de los Padres Oblatos, hablaremos con detención más adelante en otro capítulo; en él se distinguió, como veremos, el P. Judge, llegado allá, mediante convenio con los PP. Oblatos, el año 97; muerto el Padre en enero del 99, el puesto de Dawson pasó definitivamente al cuidado de los Oblatos del Canadá, a quienes de suyo pertenecía.

Eagle, en territorio alaskano, rodeado de montañas por todas partes, era un puesto militar con una guarnición de 100 soldados; en ella residía el coronel, jefe de los diversos puestos del Yukón. En 1899 (ya había pasado la fiebre minera) quedaban en *Eagle* unas 1.500 personas, de ellas católicos unos 100. Las minas de Nome acabaron de arrastrar aquel gentío, y *Eagle* se quedó tan sólo con un centenar; también los católicos se trasladaron casi todos a Nome (1).

Para atenderlos, primero estuvo unos meses el P. Judge, antes de marchar a Dawson, y tres años más tarde, cuando apareció de nuevo el núcleo minero de Fairbanks, *Eagle* era otra vez el punto central, desde donde los PP. Monroe y Camille Rogaciano atendieron de 1901 a 1904 a los centros mineros establecidos en *Fortymiles*, *Circle City*, valle del Ta-

(1) CAMILLE, S. J.: *Lettres de Jersey*, 1900, 287.



Foto 87.—*El P. Juan Lucas
Lucchesi.*

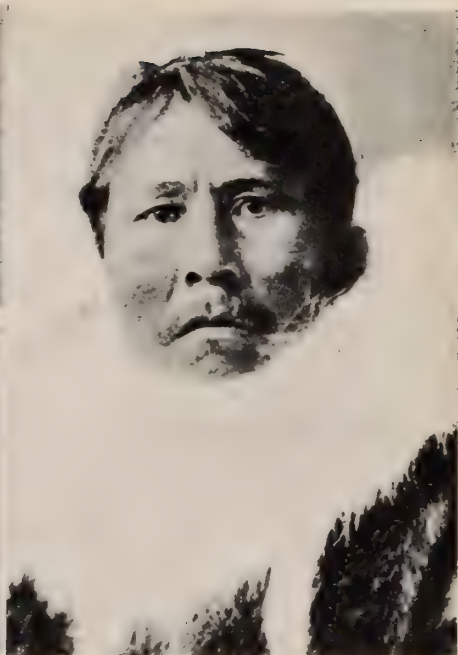


Foto 88.—*Tipo esquimal
de Alaska.*



Foto 89.—*Dando gracias después de la Misa.*



Foto 90.—*En la Alaska del buen humor.*



Foto 91.—*Gozo íntimo de ser y sentirse cristiano.*



Foto 92.—*Siempre sonriente, a pesar del crudo temporal.*

nana y *Rampart*. En 1904, al pasar el P. Monroe a fundar la Misión de *Fairbanks*, *Eagle* se cerró definitivamente, y sólo de vez en cuando era visitada por los misioneros de *Fairbanks*.

8. Más resonancia tuvieron los yacimientos mineros de *Nome*. La efervescencia comenzó el año 99; por entonces no vivían allí más que unos cuantos esquimales pescadores de focas marinas; unos años después, *Nome* era ya otra cosa: bullía y se agitaba una ciudad en regla, a la que nada faltaba del *comfort* americano. ¿Qué había sucedido?

Era el año 1899. Durante la primavera, una banda de aventureros y buscadores de oro, suecos en su mayoría, hicieron alto junto a las riberas de un perezoso riachuelo. Llamóles al pronto la atención el color negruzco de la arena del río, y, examinándola con más detenimiento, encontraron, alborozados, diminutas partículas de oro; en los contornos del río toparon también con nuevos yacimientos auríferos. La conmoción fué indescriptible. Salieron precipitados a *St. Michael*, compraron provisiones en abundancia y volvieron inmediatamente a instalarse en aquellos lugares venturosos.

En el mes de agosto había crecido ya considerablemente el número de advenedizos, que trabajaban sin parar la rica arena del río. En sólo unos meses quedaron limpios y lucientes varios montones de oro purísimo. La noticia cruzó veloz por los ámbitos de Norteamérica: en los labios *yankees* sólo resonaba la voz de *Nome* con sus inmensas riquezas: intento de los más era hacer una escapada rápida a *Nome*, inclinarse para recoger la arena de la playa, llenarse hasta arriba los bolsillos y volverse sin más a la paz de la familia con una fortuna sin igual tan fácilmente ganada. De hecho, casi todos los aventureros de Dawson y del Klondike se corrieron en apretada avalancha hacia el Estrecho de Behring. Los yacimientos canadienses comenzaban a fallar, y en los alrededores de *Nome* se les presentaba una fortuna. En 1900, *Eagle*, la ciudad alaskana de 1.500 habitantes e importante

puesto militar, quedaba casi desierta, reducida a un escaso centenar (1).

Pero volvamos a Nome. Los primeros meses se trabajó solamente con la arena de la playa; era muy rica, sí, pero su riqueza no iba a ser indefinida, y pocos meses después estaba a punto de agotarse. El invierno se echaba encima, y en Nome no había más que dos o tres casas de madera; los demás vivían en tiendas improvisadas; el invierno a su vez prometía ser crudo, y lo fué. Allí no había leña para calentarse, las provisiones escaseaban, las tempestades se sucedían sin interrupción. No importaba; en la lobreguez pesada de aquella estación permanecía luciendo siempre el eterno sol minero: la Esperanza; allá en la primavera podrían rehacer sus fuerzas consumidas; lo importante era pasar indemnes aquel crudísimo temporal.

Los pocos que se atrevieron a penetrar hacia el interior remontaron el río *Snake* y levantaron acta formal de posesión de lotes numerosos, llamados *claims*, que prometían ser abundosos en el codiciado metal. Un bosque de palos desnudos y rescos denunciaban el nombre de su respectivo poseedor. Pero vino pronto la nieve, cubriéndolo todo y convirtiendo la región en una llanura inmensa, blanca como el armiño. Los títulos efímeros que apoyasen reclamaciones futuras desaparecieron también, arrastrados por el vendaval, que empujaba a la nieve en mil entrelazados torbellinos.

Mientras en Alaska rugía furioso el invierno, en la Metrópoli Nome presentaba una cara más risueña. ¡Sus arenas negruzcas brillaban con tal esplendor! ¡Aquella tundra desoladora podía ocultar tantos millones! La emoción crecía y crecía; llegó a ser una verdadera obsesión: no se hablaba más que de Nome, todos querían ir hasta Nome. Nome, Nome era el país de las mayores riquezas que nadie jamás pudiera soñar.

Los más impetuosos y exaltados no esperaron siquiera a que quedasen abiertos los senos de los mares, y se pusieron

(1) *The National Geographic Magazine*, t. XI, 15-23, y t. XIX, 384-85, tiene detalles interesantes sobre las minas de oro de Nome.

en marcha a través del Canadá: fué la primera avalancha, que comenzó a llegar en febrero; no reparaban en gastos: se pagaban miles de dólares por un desvencijado trineo con su buena bina de canes. ¿Qué importaba? Nome los había de devolver centuplicados; lo importante era llegar cuanto antes. En junio llegó la segunda avalancha; ésta venía por mar, pagando unos billetes fabulosos. Se presentaba bien equipada, con provisiones en abundancia y copia de máquinas y material.

El primer año fué de una confusión sin precedentes: todos se disputaban los lotes anteriormente escogidos, que afirmaban rotundamente ser de su auténtica propiedad; pero faltaban los títulos que avalasen la razón de primer ocupante, llevados sabe Dios dónde por la furia del vendaval. Así transcurrieron los mejores meses del año, enzarzados en mil litigios y pleitos, sin que pudiesen sacar provecho alguno del tan decantado tesoro minero: los únicos que pudieron sacar alguna ventaja fueron los abogados y jueces del Estado.

Aquello comenzaba a ser una amarga desilusión: el invierno se echaba encima otra vez, y bien podía decirse que los trabajos aún no estaban empezados. El Gobierno americano envió a St. Michael varios buques de transporte para repatriar a los más exaltados y violentos, que hubieran podido turbar con sus posibles excesos la paz y tranquilidad característica de la tundra pacífica y solitaria.

Llegó el invierno al fin; el mar quedó aprisionado por los hielos nortños, y en los contornos de Nome volvió a reinar su privativo silencio; aún se ventilaban los últimos pormenores de alguno que otro proceso, pero estaban todos ya tan hastiados, que sólo ansiaban gozar de una temporada de tranquilidad y de calma. El invierno iba transcurriendo pacífico y silencioso, sí, pero tan crudo y violento como el invierno anterior, aunque augurando un verano más ganancioso y confortable. Comenzó con él la explotación minera en regla: Nome era entonces un mosaico completo de las más diversas nacionalidades: americanos, europeos, indios y esquimales.

En esta situación fué cuando se presentaron también en Nome los Jesuítas misioneros: no iban en busca del metal precioso, iban buscando un tesoro que valía mucho más: las almas de aquellos aventureros, más materializadas aún que el metal que arrancaban al seno de la tierra.

Como queda dicho, los mismos mineros, aquellos, sobre todo, que llegaron de Dawson, pidieron con insistencia un Padre, ofreciendo amplio terreno para edificar una casa con iglesia. En los primeros meses, la falta de personal misionero no permitió atender a sus ruegos; pero en 1901 pudo llegar ya el P. Van der Pol, reforzado al año siguiente con otro, el P. Jacquet, canadiense de nación. La iglesia quedó terminada muy pronto, con una capacidad total para unas 350 personas. En la cima del campanario brillaba todas las noches una cruz gigantesca, iluminada con nueve focos eléctricos, y divisada en la oscuridad desde más de 40 kilómetros de distancia: *la estrella de los hombres blancos, que salva la vida a los hombres perdidos*, como la llamaban los esquimales. De hecho, sirvió de faro salvador a multitud de viajeros errantes: era un símbolo al fin, de lo que los misioneros querían hacer con las almas de todos aquellos indios, blancos y esquimales.

En 1902 llegaron también cuatro Religiosas de la Providencia para levantar un hospital: los accidentes frecuentes de las minas procuraban trabajo abundante a Religiosas y misioneros, que atendían a salvar a un tiempo los cuerpos y las almas de aquellos desgraciados. En medio del indiferentismo religioso de los más, no faltaban conversiones de los que, edificados por la abnegación constante y trabajo desinteresado de los enviados de Jesucristo, se convertían por fin a una vida fervorosa (1).

Los misioneros de Nome—lo fueron en estos años de hervor minero los PP. Van der Pol, Jacquet, Deviné, Lafortune

(1) *Lettres de Jersey*, 1902, 289; de una carta del P. CAMILLE ROGACIANO, fechada en Nome el 24 de febrero de 1902.

Woodstock Letters, 1904, 28; de una carta del P. CATALDO, fechada en Spokane el 17 de noviembre de 1903.

y Cataldo—visitaban también otros importantes centros mineros al Norte y al Sur en sus alrededores. Al Norte, en la misma península de Seward, eran visitados por el P. Deviné los pueblos de *Teller*, pueblecito de la costa, donde se albergaban unos 1.500 mineros; *Goldren* y *Behring City*; y más al Norte aún, *Candle*, en la Bahía Kotzebue, que tendría por entonces unos 900 habitantes.

Al Norte de *Candle*, en plena región de Kotzebue, vivían multitud de esquimales, sin que pudieran ser visitados, a pesar de que en varias ocasiones habían pedido misionero. El P. Van der Pol se ofreció a cultivarlos, pero no se lo permitió el Superior por falta de personal. La fundación de Kotzebue, donde recordaremos que estuvo también el P. Tosi, no había de tener lugar hasta el 1929.

Hacia el Sur, bajando por la costa, visitaban los misioneros los pueblos de *Solomón* y *Council*, donde abundaban asimismo los aventureros buscadores de oro (1).

9. El Superiorato del P. René terminó con la fundación de St. Michael, pueblo importante en la bahía de Norton, término de navegación de los navíos que parten de los Estados Unidos con dirección a Alaska, y centro comercial de algún valor. En varias ocasiones hemos hablado de este lugar, pero hasta la fecha no habían podido fundar los misioneros un puesto permanente. En 1898 lo comenzó el P. Jetté, a quien siguió el P. Treca en 1900. Tenía entonces St. Michael unos 200 esquimales—católicos, ortodoxos e infieles—y cerca de 400 blancos. Además había 100 soldados del Gobierno para los servicios de vigilancia. El misionero daba clases de francés (2).

En 1904 tuvo que abandonar el gobierno el P. René por no avenirse Alaska con su constitución orgánica. Volvió enfermo a la Misión de las Montañas Roqueñas, y en el *Gonzaga College* de Spokane pasó los últimos años de su vida, en-

(1) CATALDO: *WL.*, 1904, 28-35. Carta de 17 de nov. 1903.

(2) CATALDO: *L. c.*

cargado de algunas clases. El día 6 de abril de 1916 murió, en Los Gatos (California).

Había nacido el P. René en Montrevaux, Anjou (Francia), el año 1841; entró en Angers en la Compañía de Jesús, a los veintiún años de edad, una vez terminada su carrera con gran brillantez. Hizo sus estudios eclesiásticos en Laval y St. Beunos (Gales), donde fué ordenado de sacerdote en 1876. Durante un año, después de su ordenación sacerdotal, fué director de la Escuela Apostólica de Poitiers, y de allí pasó a Paray-le-Monial a hacer la Tercera Probación. De 1882 a 1888 fué director y rector de la Escuela Apostólica de Mungret. En 1890 fué enviado como misionero a las Montañas Roqueñas, donde fué rector del Colegio Gonzaga de Spokane. En 1895 fué encargado por el P. Van Gorp de la nueva región de Alaska Austral, que a raíz de la erección de la Misión en Prefectura Apostólica, quedaba encomendada a la Compañía de Jesús. Fué durante siete años Prefecto Apostólico de Alaska y cinco Superior de la Misión; aunque de residencia habitual en Juneau, recorría, como se lo imponía su cargo, todos los años los diferentes puestos avanzados de Alaska Boreal. Durante los años de su gobierno intentó llevar a Alaska monjes Trapenses, que ayudasen con sus oraciones y penitencias a la conversión de los esquimales; pero fué tal el cúmulo de dificultades que surgieron, que no tuvo más remedio que desistir.

Las crecientes enfermedades que agotaban su salud le obligaron a retirarse a un clima más benigno. Los últimos años de su vida los pasó enseñando Teología y Sagrada Escritura en el Colegio Gonzaga, como queda dicho más arriba. Al morir tenía setenta y cinco años de edad y había pasado cincuenta y cuatro en la Compañía (1).

Dentro del régimen administrativo de este período hay una circunstancia que señalar, y es que también la Misión Boreal, a partir del año 1902, pasó a depender directamente del Superior común de las Montañas Roqueñas; la Austral lo esta-

(1) WL., 1918, 358.

ba desde 1899. Este régimen había de durar hasta mediados de 1907, como veremos en su lugar.

10. Por decreto del 28 de marzo de 1904 fué nombrado nuevo Prefecto Apostólico el P. Crimont. Había nacido este Padre en Ferrières de Francia (Amiens), el 5 de febrero de 1858. A los diez años entró en el colegio que los Jesuitas dirigen en Amiens, y en la Compañía de Jesús en Saint Acheul el 1875, a los diez y siete años de edad. Hechos allí los dos años de noviciado, más otros dos de estudios humanísticos, cursó durante otros tres los estudios de Filosofía.

Cuéntase como rasgo extraordinario de su vida en esta época de su formación, que pasando el entonces Don Bosco por el Colegio en que el joven Crimont completaba sus estudios eclesiásticos, se le acercó el joven Jesuita después de ayudarle a Misa, pidiéndole como favor especial le obtuviera del cielo la gracia de ser misionero. Y San Bosco, posando su mano sobre la cabeza del joven, respondió con visión profética: «Sí, hijo mío; tú llegarás a ser un gran misionero» (1).

La profecía se ha cumplido plenamente: no hay en Alaska río que no haya atravesado, ni monte que no haya rodeado, ni llanura que no haya cruzado. Ha viajado en canoa, en trineo, en aeroplano, en raquetas, en barcos fluviales, en todo. Por eso son tan de agradecer las instrucciones que da a sus noveles misioneros sobre el modo de reaccionar en las múltiples contingencias de aquella vida tan dura.

Al terminar los estudios filosóficos, atravesó el Océano destinado a la Misión de los Indios de América. En 1886 lo encontramos en el Colegio de Woodstock, donde era ordenado de sacerdote, después de dos años de Teología, por el Eminentísimo Cardenal Gibbons. Después de su ordenación trabajó primero entre los indios de la tribu de los Cuervos, en Montana. Más tarde, durante el verano del año 1894, pasó como misionero a Alaska Boreal, y en ella estuvo misionando los puestos de Nulato y Holy Cross como Vicario General

(1) LLORENTE: *AB.*, 27.

del Prefecto Apostólico hasta el 1901, en que fué llamado a las Montañas Roqueñas para encargarse como Rector del Colegio Gonzaga, de Spokane. En él le sorprendió el nombramiento de Prefecto Apostólico, para sustituir al P. René (1).

Al ser elevada la Prefectura a Vicariato Apostólico, en diciembre de 1916, el P. Crimont era preconizado Obispo titular de Ammaedara, el 22 de marzo de 1917, y consagrado el 25 de julio del mismo año como Vicario Apostólico de Alaska. Aún vive, y a pesar de sus ochenta años, no deja pasar un verano sin visitar los cuatro ángulos de aquella Misión sin límites. Esta carga era demasiado pesada ya para aquellas espaldas, que habían aguantado firmes ochenta y cinco años. La Santa Sede acaba de darle un Obispo Coadjutor ardiente y emprendedor en el P. Fitzgerald, austríaco.

Pero no importa; diremos con el Prelado venerable: «Yo soy un árbol seco a punto de venirse abajo; pero caigo sin pena al ver que a mi lado brotan retoños que han de continuar esparciendo verdor y lozanía por estas desoladas regiones. Me dan ganas de entonar el *Nunc dimittis*» (2).

El Estado general de la Misión, al encargarse el P. Crimont de su gobierno, podría resumirse en la siguiente estadística, que pertenece al año 1905:

Habitantes, 72.000; de ellos *católicos*, 15.000 (5.000 *indígenas*).

<i>Personal misionero:</i>	{	15 Padres	} en Alaska Boreal.
		9 Hermanos	
		4 Padres en Alaska Austral.	
		8 Hermanas de la Caridad Siervas de	
		de los Pobres.	
		3 Ursulinas.	
		22 Hermanas de Santa Ana.	

Conventos de Religiosas, 5.

Pequeñas Academias, 2 (Juneau y Douglas City).

Hospitales, 4 (Juneau, Eagle, Douglas y Nome).

(1) A. PASINETTI, S. J.: *MCG.*, 1917, 242.

(2) LLORENTE: *AB.*, 27.



Foto 93.—*Huerfanitos de Pilgrim Springs.*



Foto 94.—*Los Jesuítas poseen el secreto de hacer buenos...*



Foto 95.—*Una clase de catecismo del P. Llorente en Akulurak.*



Foto 96.—*Falta absoluta de fáciles comunicaciones.*



Foto 97.—*Dos tumbas de misioneros en Akulurak.*



Foto 98.—*Sacrificio del P. Ruppert en la soledad nevada.*

Orfanato y Escuela Industrial, 1 (en Holy Cross).

Alumnos en total, 288 (1).

En esta misma época (1905) hubo un intento de establecer Hermanos de las Escuelas Cristianas que dirigieran las escuelas de la Misión: en 1905 había en Alaska *dos* Hermanos: uno en la escuela de Tanana y otro en el Kuskokwim. El año siguiente eran *tres*: el de Tanana y dos en las escuelas de Holy Cross; no sabemos por qué no pudo cuajar esta benemérita Congregación en el suelo alaskano: a mediados de 1907 abandonaron los tres Hermanos la Misión.

11. El primer establecimiento nuevo de esta época fué la fundación de *Fairbanks*, debida al hallazgo de nuevos núcleos auríferos. El descubrimiento de las minas ocurrió hacia 1902; unos meses después se daba a conocer al mundo exterior, y en 1903 comenzó a llegar la avalancha de aventureros. El P. Monroe estaba entonces en Eagle, y viendo la importancia que iban tomando los nuevos campos de minas, se corrió hasta Fairbanks, compró un pequeño terreno y comenzó la construcción de casa, iglesia y hospital. Era el año 1904.

Del hospital se encargaron las Hermanas de Santa Ana primero, y después las Hermanas de la Providencia: en 1906 comenzó a funcionar. Se recibían en él toda clase de enfermos, sin atender ni a su patria ni a su religión. Siempre estaba repleto de enfermos, por los muchos accidentes ocurridos en el trabajo. La labor principal era la visita a los campos mineros, y aunque la caridad cristiana ablandaba muchos corazones ingratos, con todo no era fácil influenciar el alma de aquel minero materializado y perdido, con la práctica de la Religión: tenía que trabajar como un esclavo a todas horas entre semana, y era natural que se desmandase sin freno ninguno en los días festivos.

Entonces Fairbanks comenzó ya a ser una pequeña ciudad modernizada de negocios y oficinas, luz eléctrica, telé-

(1) CRIMONT: *Alaska*, en *Catholic Encyclopedia*.

fono, salones, periódicos, etc., y hasta un pequeño ferrocarril unía la ciudad con los campos de minas (1).

De idéntico modo que Fairbanks han ido surgiendo nuevos puestos misioneros, provisionales los más, que funcionaban por lo general permanentemente en relación con la mayor o menor actividad minera y mayor o menor abundancia de misioneros. Así *Tanana*, que prosiguió con marcadas alternativas desde 1905 hasta 1931; *Kaltag*, que tuvo misionero de 1905 a 1906; *Kokrines*, que lo tuvo de 1907 a 1913, y *Ruby*, donde desde 1913 a 1915 estuvo el P. Desjardins.

De los puestos subsiguientes y que existen en la actualidad: *Pulgrim Springs* (1918), *Mountain Village* (1921), *Hooper Bay* y *Kashunak* (1928), *Kotzebue* (1929), *King Island* (1929) e isla *Diomedes* (1937), hablaremos con más detención en un capítulo posterior. Los puestos de *Mary's Igloo* (1910-1918), *Pymute* (1913-1930, con un largo intervalo de catorce años intermedios sin misionero permanente), *Pilot Station* (1914-1933, también con largas ausencias) y *Arvinak* (1929-1930), no tienen interés especial, y siempre vienen a ser clausurados por escasez de misioneros, que hacen más falta en otro lugar.

12. Réstanos, antes de terminar este capítulo, dar una reseña de los importantes cambios que en el régimen interior han experimentado las Misiones de Alaska en lo que llevamos de siglo.

Como queda dicho, la Misión de Alaska nació formando parte de la Misión de las Montañas Roqueñas, perteneciente entonces a la Provincia jesuítica italiana de Turín. En 1894 se erigió en Misión independiente, aunque seguía encomendada a la misma Provincia religiosa. Cinco años después se separó la región Austral, que pasó a formar parte integrante de las Montañas Roqueñas. De 1902 a 1907 dependieron ambas Misiones alaskananas del mismo Superior de esta Misión.

El 7 de junio de 1907, el P. General de la Compañía de

(1) E. LECOMPTE, S. J.: Provincial de Canadá en su visita a Alaska, en *WL.*, 1909, 325-341.

Jesús, Francisco Javier Wernz, firmaba en Roma dos decretos: el primero fundaba como Provincia religiosa *sui iuris* la nueva Provincia del Canadá, y establecía que la Misión de Alaska Boreal pasase de la jurisdicción de la Provincia de Turín a la recién fundada del Canadá (1); el segundo decreto unía en una sola Misión las Misiones parciales de California, Montañas Roqueñas, Alaska Austral y los dos Estados meridional y septentrional de Dakota bajo el nombre común de Misión de California y Montañas Roqueñas; quedaba encomendada a la misma Provincia de Turín. Los dos Estados Dakota formaban antes parte de la Misión de Búffalo, perteneciente a la Provincia de Alemania (2).

Por otro decreto de 31 de julio de 1909 se decreta la erección de la nueva Provincia religiosa de California, y en su consecuencia la región de Alaska Austral se separa de la Provincia italiana de Turín y se encomienda a la nueva Provincia norteamericana de California (3).

Un nuevo decreto, fechado en Roma el 24 de mayo de 1913, establecía que por razones de más cómoda administración, la Misión de Alaska Boreal, encomendada a la Provincia canadiense en 1907, volviese de nuevo a la jurisdicción de la Provincia de California (4). De este modo otra vez ambas Misiones alaskanas volvían a depender de la misma Provincia madre, antigua Misión de las Montañas Roqueñas.

En 1930 otro decreto del P. General, fechado el 26 de noviembre, separaba de la ya florecientísima Provincia de California toda su región septentrional, con miras a constituir más adelante una nueva Provincia religiosa, y la constituía en Viceprovincia con Superior propio e independiente; a ella quedaban encomendadas las Misiones de Alaska (5). El Superior de la nueva Viceprovincia decretada era el P. Guillermo Fitzgerald, actual Obispo Coadjutor del Vicariato de Alaska.

(1) *ARSJ.*, 1906-1910, 82 s.

(2) *ARSJ.*, 1906-1910, 88 s.

(3) *ARSJ.*, 1906-1910, 145 s.

(4) *ARSJ.*, 1913, 54.

(5) *ARSJ.*, 1930, 677.

Un año después, el 8 de diciembre de 1931, salía por fin el anunciado decreto, creando la Provincia de Oregón con los territorios separados de la antigua de California. Desde esta fecha las dos Misiones de Alaska, Boreal y Austral, pertenecen jurídicamente a la Provincia norteamericana de Oregón (1).

Desde el punto de vista de jurisdicción eclesiástica, las Misiones de Alaska, erigidas en Prefectura en 1894, eran elevadas al grado de Vicariato por documento pontificio de 22 de diciembre de 1916 (2). En el decreto de erección el Sumo Pontífice decía así: «Por los consoladores aumentos que ha experimentado en estos últimos años la religión católica en la Prefectura Alaskense, y para promover más aún el mayor bien de las almas, nuestros Venerables Hermanos el Arzobispo y Obispos de la Provincia eclesiástica de Oregón en los Estados Unidos de América Septentrional, han pedido intensamente a esta Silla Apostólica que la antedicha Prefectura fuese erigida en Vicariato. Nos, que no tenemos mayor deseo que el que se abra camino seguro a la administración de las cosas sagradas, en aquellas tierras especialmente que más alejadas y apartadas están de este nuestro centro de la católica cristiandad, habiéndolo tratado con NN. VV. HH. los Cardenales de la Santa Iglesia Romana, encargados de los negocios de la Propagación de la Fe, y teniendo sobre todo en cuenta las condiciones propias de aquella Prefectura; oídos los votos de todos, tenemos por bien el concederlo con agrado.

»Siendo esto así, con Nuestra Apostólica Autoridad, por el tenor de las presentes, por Motu Proprio y con Nuestra cierta y suprema deliberación, erigimos la Prefectura Alaskense, con el mismo territorio y nombre que ahora tiene, en Vicariato Apostólico, con Vicario propio consagrado con carácter episcopal.»

13. De este modo quedaban las Misiones de Alaska eri-

(1) *ARSJ.*, 1931, 869.

(2) *Acta Apostolicae Sedis*, 1 marzo 1917, 99 s.

gidas en Vicariato. Comparemos ahora las estadísticas de la Misión, al ser erigida en Vicariato, con las de 1925 y actual:

	1916	1925	1937
Habitantes	—	52.000	62.000
Católicos	7.150	9.400	12.240
Ortodoxos y protestantes.	—	12.900	26.500 (1)
Infieles	23.350	29.500	22.270
Padres Jesuítas	21	21	22
Hermanos Jesuítas	10	11	10
Sacerdotes seculares ...	—	2	5
Religiosas... ..	32	50	54
Templos	36	40	—
Hospitales... ..	3	4	4
Alumnos	270	—	1.425

Actualmente entre las dos Misiones tienen 21 centros misionales con su iglesia y misionero permanente: *ocho* en la Austral en otras tantas localidades: *Juneau* (Residencia del Vicario Apostólico), *Ketchikan*, *Wrangell*, *Skagway*, *Córdova*, *Valdez*, *Seward* y *Anchorage*, servidos cinco de ellos por sacerdotes del Clero secular.

La parte Boreal tiene *trece*, que son: *Holy Cross*, *Nulato*, *Tununak*, *Akulurak*, *St. Michael*, *Nome*, *Fairbanks*, *Pilgrim Springs*, *Mountain Village*, *Hooper Bay*, *Kotzebue*, *Diomedes* y *Kind Island*.

Siendo en el Norte 135 los pueblos visitados y otros 23 en el Sur, resulta un total de 158 cristiandades en los hielos alaseños (2).

(1) Sorprende el aumento de protestantes; no hay que extrañarse de ello: se debe a la mayor y más eficaz ayuda gubernamental, y sobre todo al hecho de que los protestantes exigen muy poco de los nuevos adeptos para admitirlos en sus sectas. Los católicos progresan con más lentitud por la mayor exigencia en la preparación y por las muchas bajas de mineros católicos que han ido abandonando el país a medida que las minas iban decayendo en producción.

(2) *NM.*, vol. VIII, 81, *Alaska*.

XI

EL MISIONERO

1. El P. Felipe Delón.—2. A través de la tundra nevada.—3. Duro lecho de nieve.—4. Envueltos por el vendaval.—5. Los compañeros asiduos del misionero: perros y trineos.—6. Las consecuencias de una temperatura glacial.—7. Una operación quirúrgica arriesgada.—8. El misionero errante sufre y ora.—9. La aviación al servicio del Apostolado.—10. La muerte del héroe.

1. ¡Cuán sublime nos parece la figura del misionero, mensajero de paz, de amor, de felicidad, de cielo! Pero misionero significa más, significa sacrificio, abandono, soledad; tales son las características que presenta especialmente el misionero de Alaska, los tres clavos que le sujetan al madero de su cruz, de su vida misionera sacrificada.

Esa vida del misionero alaskaño no se reduce más que a ir de pueblo en pueblo, de campamento en campamento, catequizando, bautizando, administrando los Sacramentos. Ir de pueblo en pueblo. ¿Sabéis lo que esto significa? Sigámosle en una de sus jiras apostólicas; ella nos dirá cuál es la vida del misionero en Alaska.

El P. Delón, Superior de la Misión durante varios años, será nuestro guía en su camino. Francés de nación y hechos sus primeros estudios en una de nuestras Escuelas Apostólicas de Francia, partía para los Estados Unidos en 1891, cuando contaba quince años de edad; al año siguiente entraba en la Compañía de Jesús en California. Ordenado de sacerdote, pidió ser destinado a la evangelización de los indios de las Montañas Roqueñas. Seis años llevaba trabajando entre ellos, cuando en 1914, al ser adjudicada la Misión de Alaska a la nueva

provincia de California, partía para aquella Misión, donde le estaba reservada una muerte tan trágica como gloriosa.

Como genuino misionero francés, era intrépido y arriesgado, sin que le arredrasen obstáculos de ningún género, exponiendo mil veces la vida por la salvación de las almas, al estilo del P. Lievens; como él gustaba de escribir a sus amigos las peripecias de sus viajes, no en caballos del Indostán, sino en trineos de Alaska.

«Aún perdura en mi corazón—escribe el P. Llorente—el eco de aquellas saludables impresiones que recibí con la lectura de una de sus cartas. Allá por el invierno del año 24 al 25 salió, como de costumbre, a visitar la docena de pueblos a él confiados, y que diseminados en un área considerable, distaban entre sí 50, 100, 150 kilómetros. El espesor de la nieve era de dos metros en la llanura, y donde los ventisqueros soplaban con más intensidad, la nieve barrida de las cumbres de los cerros rellenaba los valles, hasta levantar su nivel a 20 y 30 metros de altura. Un viento helado había endurecido de tal modo la corteza de la nieve, que el paso del trineo no dejaba más huella que la que deja un automóvil en el asfalto de las modernas carreteras» (1).

2. Fatigas y sufrimientos, todo lo arrostra con gusto el misionero, puesto que así puede extender en las almas el reino de Dios. Preparados los víveres y demás prerequisites para una excursión de uno, dos, tres meses, lánzanse los perros lobos a la carrera a través de los páramos helados. El P. Delón comienza su Diario: va desde Akulurak hasta Tununak, en la isla de Nelsón, y lo describe así en su carta al P. Provincial, fechada en Akulurak el 29 de mayo de 1916 (2).

«15 de marzo. Salida. El termómetro marca 33° bajo cero. Afortunadamente el viento no sopla aún, de manera que el frío no es tan penetrante. El pueblo entero se reunió para vernos partir. El trineo va bien sobrecargado; cada perro tiene un peso de 100 libras que arrastrar; la pista está pasable,

(1) LLORENTE: *En los hielos de Alaska*, SM., 1931, 44.

(2) DELÓN, en WL., 1917, 306-329.



Foto 99.—*El cementerio es tan extenso como la tundra misma.*



Foto 100.—*El P. Robaut en pleno apostolado.*



Foto 101.—*Una pequeña excursión de las Religiosas por el río.*



Foto 102.—*La carne de reno, plato exquisito de Alaska.*



Foto 103.—*Preparando salmón para el invierno.*

pues ha estado mala unas semanas y casi nadie ha viajado desde ese tiempo. Dos de nuestros perros—llevábamos nueve—quedaron fuera de combate poco después de la partida. A las cinco horas de marcha topamos casualmente con un viajero que marchaba hacia la Misión, y aprovechamos la ocasión para devolver por su medio uno de los perros estropeados: nos quedábamos sólo con ocho para el viaje íntegro, y de ellos sólo cinco o seis en buenas condiciones de tiro. Después de once horas de camino hacemos alto por primera vez: tres chozas forman el pueblo. Sacamos del trineo algún alimento y nos instalamos en una choza con la familia. Terminada nuestra frugal cena dirijo las oraciones de toda la casa y nos echamos sobre el suelo a pasar con alguna comodidad el resto de la noche.

16 de marzo. A las cinco, en pie; digo la Misa sobre un improvisado altar, y de nuevo a correr en dirección hacia el Sur. Pasamos varios villorrios en nuestro camino y nos paramos a medio día para comer pan, pescado helado y tomar un sorbo de café caliente conservado en nuestros termos. A las siete de la noche nos hallamos junto a las colinas de los montes *Kulsiwak*; no son muy altos por cierto, pero como son el único accidente en ésta monótona tundra desde la costa marítima hasta cien millas al interior, se divisan desde todas partes en los días claros; son para el viajero, en estas jiras de invierno, lo que es para los marinos el faro cuando vuelven de alta mar; para nosotros son un punto precioso de orientación dentro de la monotonía de un cielo sereno y una tundra siempre igual. En este villorrio encuentro una jovencita de doce años que estuvo algún tiempo en la escuela de la Misión, donde hizo su primera Comunión; estaba contentísima de poder recibirla de nuevo, y así fué, antes de nuestra partida. ¡Imaginaos su consuelo!

17 de marzo. Llegamos a *Chinigmiut*, donde esperábamos encontrar a un esquimal que había acompañado otras veces al P. Treca en sus viajes a Tununak. ¡Cuál fué nuestra desilusión cuando nos enteramos que esta vez no podía acompañarnos! Mi guía no estaba muy seguro del trayecto, pero

había que seguir adelante. La Providencia Divina y los Angeles de la Guarda nos protegerían en nuestro camino.

18 de marzo. Salimos hacia el Sur; el sol brilla de modo espléndido; lo frío de la temperatura hace más briosos a los canes, que se encuentran en su elemento cuando el termómetro marca cerca de los 30° bajo cero; entonces es cuando ellos no paran en distancias y suelen caminar a un trote sostenido y ligero durante horas enteras sin las menores señales de cansancio. Delante de nosotros extiéndese un desierto de nieve hasta el infinito; bandadas de *ptármings* se echan a volar a nuestra presencia; la noche se nos vino encima sin que hubiéramos podido encontrar un mal refugio; el cielo está sereno, brilla espléndida una luna llena cuyos rayos se reflejan en la blancura inmaculada de aquella planicie sin fin; el silencio es tan absoluto que se percibe distintamente nuestra respiración.

Nuestros perros han quedado tan cansados de la larga caminata, que se tienden en la nieve sin dejarnos lugar a quitarles los arreos; devoran su porción de pescado helado y se enrollan en la nieve para dormir. Una lata de sardinas, tan heladas que había que hacerlas saltar con los dientes del tenedor, y una rebanada de pan, constituye nuestra regia cena. Después abrimos un pequeño agujero en la nieve, deshacemos el lío de mantas y nos enfundamos en nuestros *parkis* de dormir para descansar unas horas. A poco siento mis miembros todos arrecidos por el frío. De un salto me pongo en pie, me froto con un puñado de nieve, y para volver a entrar en calor comienzo a ejecutar una danza pintoresca a la que sólo hubiera faltado un buen acompañamiento de música.

Así estuve de quince a veinte minutos; cuando sentí que el vigor había vuelto a mis miembros, me volví de nuevo a las mantas, pero el frío era tan intenso que estaban rígidas como lona y no tuve más remedio que decir mil jaculatorias y hacer una aplicación práctica del punto quinto de los peccados propios.

19 de marzo. La fiesta de San José, y domingo. Sin Misa,

es una pena. Tomamos un pedazo de pan helado y un puñado de nieve en vez de café y continuamos la marcha hacia el Sur. Después de un par de horas, nuestros Angeles de la Guarda hicieron topásemos con las huellas recientes de un cazador de zorras y liebres alaskanas, y no muy lejos con una aldeúca de dos casas, donde muy pronto olvidamos las penalidades de la noche anterior. Allí había dos chavales que estaban tan sólo esperando al misionero para ser hijos de Dios. ¡Esto sí que consuela después de tantas fatigas!

Aquí me encontré con un nuevo estilo de habitaciones indígenas: un miserable cobertizo con techo bajo, de unos veinte pies cuadrados; en el centro, un hoyo pequeño, de poco más de un pie de profundidad: era el sumidero obligado de los desechos de la casa; y allá había que descender si quería uno gozar del privilegio de estar derecho. Allí me coloqué yo para conferir el bautismo al último miembro de la familia, que sostenía la madre en su regazo, sentada, o por mejor decir, recostada en la porción de suelo un poco elevado que les servía de cama.

Después de comer salimos para *Alarkarak*, a tres horas de camino; hace años era esto una aglomeración importante; hoy no queda más que una sola familia. La casa es un antro miserable; el suelo, un charco de agua. Había allí un mozallete de siete años a quien su padre, pagano aún, no había permitido bautizarse, pero que ahora le concedía recibir el Sacramento, con gran consuelo del chaval. El mismo respondía inclinando la cabeza aquel *sí, renuncio, creo, quiero*, durante la ceremonia bautismal. Le puse por nombre *Daniel José*.

Por la noche esparcimos unas ramas secas sobre el suelo, extendimos encima nuestras pieles, y a dormir. Mi cabeza estaba junto a la puerta, a través de cuyas rendijas se colaba el viento hacia el interior. Para protegerme me envolví en mi manto de pieles, y pronto me quedé dormido. El resto del suelo quedó ocupado por los demás miembros de la familia y por mi guía. Eramos *diez* personas en este diminuto agujero. A la mañana siguiente dije Misa bajo la ventana o tragaluz que, según la costumbre de estas regiones, está en

la mitad justa de la baja techumbre. La familia estaba acurrucada alrededor; podía, sí, estar de rodillas, pero de ningún modo de pie, por lo bajo del tejado. Yo mismo apenas si podía volverme para decir el *Dominus vobiscum*. En otras muchas ocasiones he tenido que decir la Misa sin poder siquiera estar de pie.

20 de marzo. Después de desayunar proseguimos el camino. A las tres horas y media llegamos a *Kegetmiut*, donde teníamos que pernoctar porque el próximo villorrio estaba muy lejos para poder alcanzarlo aquel mismo día. Había dos familias a quienes enseñé a rezar, pues es difícil que los que viven muy lejos de la Misión sepan hacerlo por ellos mismos.

21 de marzo. Nos levantamos a las tres y media de la mañana y preparé inmediatamente las cosas para la Misa, que celebré sobre la estufa de la casa como altar. Antes de partir bauticé a un chaval, y a otro más tarde al pasar de camino por otro villorrio. La jornada de hoy fué para mí de un interés geológico grandísimo. Estábamos atravesando una región volcánica; no había, es cierto, volcanes en actividad, pero a pesar de la nieve aún se percibían sobre los montículos los cráteres de volcanes extinguidos que sobresalían del resto de la llanura en un par de centenares de pies. Según tradiciones antiguas, el mar había anegado otro tiempo el distrito entero; a juzgar por la formación misma del terreno, nos encontrábamos sobre un vasto *iceberg* cubierto con una capa de tierra. De hecho, en ninguna parte pudimos ahondar más de dos o tres pies de profundidad, aun en la cima de los montículos, sin encontrarnos con hielo o con suelo totalmente congelado. La tundra se diferenciaba muy poco de un verdadero pantano, pues en seguida saltaba el agua a poco que caváramos. Está recubierta con una capa espesa de musgo, en la que indefectiblemente se hunde uno al pisar.

Por la tarde, nuestro camino nos permitió pasar junto a unos bloques roquizos que sobresalían algo sobre la nieve. Como desde mi llegada a Alaska no había visto una roca igual ni aun siquiera un guijarro semejante, no pude resistir a la tentación de examinarlas un poco. Vi que eran parecidas

a las rocas volcánicas de las cercanías de Spokane, redondeadas, escoriáceas y procedentes de lava. Me guardé un ejemplar para examinarlo después con mayor detenimiento.

Hacia el atardecer vimos una tenue columna de humo que allá a lo lejos se destacaba entre la monótona llanura: era *Nannaváronak*, que sólo tiene una casa. Me acogieron con un cariñoso saludo cuando me reconocieron como sucesor del P. Treca. Calentamos al punto unas tazas de té para poder acercar algo caliente a los labios. Mi guía y yo tomamos una copa cada uno y lo demás lo dimos a la familia, que fueron tomando copa tras copa hasta que se acabó el agua caliente en que hacíamos el té. Un pequeñín estaba esperando las aguas del Bautismo.

22 de marzo. Levantando un altar con unas cajas, y poniendo encima de ellas la mía, celebré la Misa junto a la estufa, colocado en el centro de la casa y siempre bajo la rústica claraboya del tejado. El agua estaba goteando por todos costados a causa del paulatino derretimiento de la nieve y de la escarcha de la claraboya. Después, en marcha de nuevo. La jornada de hoy se desliza a través de una llanura tristona y pesada, sin señal alguna de vida en su derredor. Esta vez el viento norte sopla glacial y la luz del sol ciega nuestros ojos; los perros, jadeantes, no pueden más por la fatiga; la nieve está muy blanda y el trineo se hunde. Aun así estamos caminando el día entero. A medio día hacemos alto para comer recostados tras del trineo, a fin de resguardarnos del cierzo glacial. Ya de mañana habíamos divisado allá en lontananza los montes de Tununak, en la isla de Nelson, término final de nuestro viaje; aún tardaríamos dos días en llegar.

Al entrar en *Katwaramiut* uno de nuestros perros se cae por la ventana de una de las casas del pueblo. Yo me extraño, a la verdad, de que esto no nos suceda con más frecuencia; hallándose la techumbre casi al ras del mismo suelo y con la ventana en la mitad, nada más natural que pasar por encima y plantarse así bonitamente en medio de la casa. Había catorce personas, bautizadas todas por nuestros Padres; en-

tre ellos un pobre viejo cercano a la sepultura, a juzgar por sus muchos años y el frío que ya sentía, síntoma de mal agüero entre los esquimales de Alaska. Le instruí en los principales artículos de la fe, le preparé como mejor pude, dados mis escasos conocimientos del esquimal, para la muerte y le administré el Sacramento de la Extrema Unción.

23 de marzo. Seis horas de camino nos pusieron en el próximo punto de parada. A medio viaje nos encontramos con *Loska*, el antiguo amigo de nuestros primeros Padres de la *Misión de la Costa*. Con tres trineos y tres traillas de canes se dirigía al Yukón para comerciar allí con los blancos y traer harina y té, del que carecía desde hacía algunos meses. Esta entrevista fué una grata sorpresa para ambos, y sobre todo para mí. Poco después nos paramos a comer en una casa que encontramos en nuestro camino; había en ella un niño de seis meses y le administré el Bautismo.

En *Kayaliuwigmiut*, cinco bautismos más. Reúno después a los niños y les enseño la doctrina, la señal de la Cruz y algunas oraciones. Si pudiéramos hacer orar a los esquimales todos los días, bien seguro que el Señor los miraría aún con más amor. Más, si tuviéramos el consuelo de permanecer varias semanas en cada pueblo podríamos entonces hacer una labor intensa y duradera y que en pocos años fuese el Señor Divino Rey de Alaska.

24 de marzo. El temporal se enfurece, el cielo amanece cubierto, la nieve cae sin cesar y el viento norte que sopla forma con los copos furiosos torbellinos. Pasamos por algunos villorrios abandonados, pues sus habitantes se han trasladado a la costa en busca de focas. Nos detenemos a tomar algo en uno de ellos, y después de una breve pausa y comida nos encontramos ante el mar un campo inmenso de hielo, en el que los bloques helados, cabalgando unos sobre otros, dificultan la circulación.

Aún hicimos una pequeña parada en *Niluluwaramiut*, donde me detuve a bautizar un chiquillo. A las siete y media entrábamos en *Tununak*, donde residieron nuestros Padres por varios años desde 1889. Los habitantes nos dispensaron

una entusiasta acogida, aunque se desilusionaron un poco porque no iba el P. Treca, su antiguo misionero. Se nos prepara una regia habitación en la casa de *Loska*; tenemos una jugosa comida caliente de pescado y arroz, y después de rezar en común las oraciones de la noche nos vamos a acostar, ¡raro lujo!, en una cama; no la habíamos vuelto a probar desde que salimos de la Misión.

25 de marzo. Fiesta de la Anunciación. En Misa, asistencia numerosa: treinta personas. Se han olvidado casi de las oraciones. ¡Como hace veinte años ya que están sin misionero! Por la mañana, catequesis a los niños; por la tarde, confesiones: veinte comuniones en total. Admirable jornada.

26 de marzo. Por la mañana, las oraciones de costumbre antes de la Misa, seguidas de unos fervorines para la Sagrada Comunión. Comuniones, veinte. ¡*Deo gratias!* Este es el único pueblo de la costa a quien se admite a la Sagrada Comunión. A las diez en punto salgo a visitar un par de pueblos en la costa sur de la isla; en el primero, un bautismo; en el segundo tuve el hondo consuelo de bautizar a quince de una vez: doce niñas y tres niños. Los habitantes de esta última localidad, verdaderos lobos de mar, me parecieron estupendamente preparados; todos ansiaban ardientemente tener a todos sus hijos bautizados.

27 de marzo. Después de la Misa y una pequeña instrucción volví de nuevo a Tununak; el día anterior había cogido un resfriado, y no pude enseñar el catecismo a los niños como había planeado.

28 de marzo. Misa a las cinco. A las siete estamos preparados para partir; a pesar del viento y la niebla pudimos ver reunido a todo el pueblo, que nos iba a despedir, y emprendimos nuestro camino de vuelta envueltos en brumas todo el día y a través de los numerosos montones de nieve helada que había acumulado el viento del Oeste el día anterior a todo lo largo de la costa. Hacemos el primer alto en una choza miserable construída a unos sesenta metros sobre el nivel del mar; no tenía más que unos tres metros cuadrados, y sin embargo allí viven amontonados seis o siete

sujetos; no había visto una choza tan miserable; el techo tan bajo que era imposible ponerse de pie, y así, sentado tuve que conferir un Bautismo. Después de la ceremonia di a la madre una medalla milagrosa con una cinta azul para que la colgase al cuello del nuevo cristiano. Le dejamos también el certificado de bautismo con el nombre que había puesto al muchacho.

Estamos tan sólo a unos kilómetros de Tununak y nos quedan aún 450 kilómetros para llegar a casa. La niebla es cerrada en toda la isla; junto a la costa, los bloques de hielo alcanzan alturas de ocho, diez y hasta veinte pies. Damos un pequeño rodeo para poder entrar en el mar; poco después la niebla se abre un poco, y con la ayuda de mis catalejos logro descubrir unas chozas abandonadas a nuestra derecha; nos fuimos derechos a ellas. Proseguimos el camino en zig-zag a derecha e izquierda, hasta que finalmente, cuando las sombras de la noche se nos echan encima, llegamos en la vasta llanura helada a un grupito de chozas destartaladas. Todas están deshechas, excepto una. Mi guía saltó por la ventana y despejó la entrada. Hemos hallado un refugio. Dios sea bendito; por esta noche estamos salvados. Después de una cena frugal rezamos las últimas oraciones y nos echamos a dormir. Un bloque cuadrado de hielo colocado ante la entrada nos defiende de toda enojosa corriente exterior.

29 de marzo. De mañanita digo Misa y despierto después al guía. Volvemos a partir, hacia el Nordeste ahora. A poco encontramos sobre la nieve unas pisadas recientes. Durante cuatro horas vamos detrás de ellas... para perdernos al fin, por desgracia. El infeliz cuyas son esas huellas se ha extraviado también y vagará errante sabe Dios por dónde. Torcemos algo hacia el Nordeste, y a la caída de la noche tuvimos la gran satisfacción de llegar a *Nrufkartule*. Administré dos bautismos, les di las consabidas instrucciones de catecismo, oraciones y cantos, recé las oraciones de la noche en presencia de los reunidos, y nos echamos a dormir después de haber tomado un trozo de pescado en parte helado y en parte a medio pudrir. Muy temprano, y antes de que la familia se



Foto 104.—Buena pesca de salmón.



Foto 105.—Miles de salmones se curan al sol.



Foto 106.—*Nieve, soledad, miseria.*



Foto 107.—*Iglesia y Hospital de Fairbanks.*

despertase, dije yo solo la Misa en el rincón que había escogido para descansar; plegué cuidadosamente mis mantas, coloqué encima de ellas mi pequeña caja de aseo, dirigí una ferviente oración a los Angeles de la Eucaristía para que sostuviesen aquel improvisado altar, y comencé el Santo Sacrificio de la Misa.

30 de marzo. Queríamos partir muy de mañana, pero el viento soplaba helado y la nieve revoloteaba en mil torbellinos apretados. Los indígenas nos dijeron ser un poco aventurado salir con aquel temporal y nos aconsejaron que nos quedáramos aquel día allí; mientras, descansarían los canes. Aceptamos la propuesta y aproveché el tiempo dándoles unas cuantas instrucciones sobre las principales verdades de la Fe. Por la tarde, en medio de la tempestad que rugía, llegó casi exhausto el infeliz caminante cuyas pisadas habíamos seguido el día anterior.

31 de marzo. La nieve está blanda y el trineo se hunde al caminar. Durante tres horas marchó yo el primero con mis botas de nieve a la cabeza de la trailla; el resto del día marchó detrás, agarrando con mis manos las barras del trineo. Así caminé once horas sin descansar un solo momento, excepto los pocos minutos que empleamos para comer. En una ocasión, mi pie se metió en una grieta en la nieve, y al ver agua en el agujero me incliné para probarla: estaba salada. Nos habíamos desviado demasiado hacia el Oeste. Después de otear sin fruto el horizonte nos envolvieron las tinieblas: era de noche y había que pasarla una vez más a cielo raso. Esta vez acomodé mi escondrijo a la vera de un bloque de hielo y me colé en un agujero en forma de ataúd que cavé sobre la nieve; el resto de la noche transcurrió pasablemente; me desperté una docena de veces por el violento catarro que había cogido durante mi estancia en Tununak.

1 de abril. Sin Misa. Después de unas horas de marcha en dirección NO. llegamos a un lugar donde había amontonada un poco de leña sobre la nieve. Nos paramos un momento e hicimos una fogata para hacer un poco de té. Yo estaba tan cansado que me tumbé cuan largo era sobre el

trineo y me quedé profundamente dormido. Unas copas de té caliente restablecieron nuestro vigor perdido y proseguimos el viaje hasta llegar a un pueblecito de dos o tres casas. No había niños que bautizar y seguimos adelante hacia *Kashunak*, a donde llegamos cuatro horas después, a las siete en punto de la noche. Es éste un pueblo importante, con una docena de casas y cien almas de población. Muchos de ellos son católicos, al menos de nombre. Pasamos la noche instalados en el *casino*, que a juzgar por su extensión podría dar cabida a unas 200 personas. Me acordaba entonces perfectamente de aquella descripción que sobre él nos hacía la pluma del P. Barnum durante mis días de noviciado en Desmet. Por eso éste me impresionó más y puse especial interés en ir examinando sus detalles.

¡Es una pena que no tengamos aquí un misionero de residencia! A mucha de esta gente no tenemos ocasión de darles enseñanzas oportunas sobre la Religión. En una visita ocasional de camino a otro punto de más distancia no podemos detenernos más que unos instantes: unas palabras de instrucción sobre Dios Nuestro Señor, la necesidad de salvarse, los Mandamientos de la Ley de Dios y el Credo de los Apóstoles es todo lo que podemos explicarles. Mas de un año para otro lo olvidan todo otra vez. Hoy por hoy (escribe en 1917), a causa de la dificultad enorme en traer provisiones y otras cosas necesarias al misionero, que además debería estar totalmente aislado, no puede pensarse en venir a convivir con estos esquimales. Esta fué también la razón de cerrar la antigua *Misión de la Costa*, que tenía su punto central en Tununak.

2 de abril. Como habíamos llegado muy tarde la noche anterior, decidí dejar los Bautismos para la mañana siguiente. Esto retrasó, naturalmente, nuestra partida para *Napareyaramiut* o *Eskimok*, como lo llamamos entre nosotros. Es éste sin duda ninguna el puesto más importante a todo lo largo de la costa: tiene veinticinco casas y 200 habitantes; existe una escuelita dirigida por un protestante a costa de grandes sacrificios. Pero no podíamos llegar allá el día mismo

que dejáramos Kashunak. Cuando llegamos a la costa, en la parte Sur de la bahía de Hooper, que debíamos atravesar, nos encontramos frente a frente con una barrera de elevados bloques de hielo que se extendía en toda la línea del horizonte; y no era cuestión ir bordeando la bahía hacia el interior pues nos llevaría más de dos días. Arremetimos de frente abriéndonos camino como mejor podíamos a través de aquel bosque de pirámides heladas; uno de los dos iba en cabeza escogiendo los sitios más fáciles y el otro iba detrás dirigiendo el trineo a fin de evitar vuelcos peligrosos.

Cayendo y levantando llegamos por fin a un campo de hielo ya libre de obstáculos. Seguimos caminando contra un viento frío que nos azotaba de frente. Nuestros perros comenzaban a dar muestras de cansancio; algunos se enrollaban en la nieve e intentaban descansar y dormir. Como esperábamos dar pronto vista a la población, seguimos azuzándolos sin cesar, pero se nos echó encima la noche y una niebla cerrada se apoderó de toda la bahía. No había más remedio que acampar otra vez a cielo raso: era la cuarta durante este viaje. Dimos a cada perro su ración de salmón ahumado y nosotros nos echamos a descansar resguardados por nuestro trineo; la nieve estaba tan dura que era imposible en ella abrir un miserable agujero; por otra parte, no había ningún témpano de hielo tras del cual nos resguardáramos del temporal: en último extremo determinamos defendernos con el trineo a medio volcar.

Pero nos fué imposible conciliar el sueño con una temperatura tan baja y un cierzo tan glacial; por eso decidimos seguir el camino muy de mañana, siempre en la dirección que nos señalaba un pequeño montículo donde se agrupaban las casas y la escuelita de la ciudad.

3 de abril. Tardamos en llegar dos horas. Tuvimos una entusiasta acogida por parte de aquellos esquimales de caras sucias que despedían un olor penetrante a aceite de foca. El maestro de la escuela, un metodista, nos dispensó también una acogida cordial. El y su esposa nos hicieron pasar un día agradable en aquella población. Yo llevaba para ellos

un paquete de correspondencia de los Estados Unidos, y fué ésta la mejor manera de hacer mi presentación; en realidad no había necesidad de ella, pues la hospitalidad es una de las virtudes mejor practicadas en Alaska, sobre todo entre la población blanca que vive tan alejada del mundo civilizado. Por la tarde hablé a muchachos y adultos en la escuela y bauticé después a los infantes nacidos durante el último año: catorce en total.

El siguiente día por la mañana bendije un matrimonio de jóvenes cristianos; la moral de la población está bastante baja: un buen número de las chicas que asisten a la escuela están ya casadas, algunas han cambiado varias veces de marido y uno de los magnates de la población es bígamo de pública notoriedad.

4 de abril. Dije Misa a las cinco y media; asistieron bastantes; después de ella tuve su correspondiente plática, enseñando al auditorio algunas jaculatorias que gracias a la bondad infinita de Dios podrán ser suficientes para la salvación de sus almas en caso de muerte. Ibamos a salir muy de mañana, pero la nieve caía violentamente en espesos torbellinos agitados por el vendaval. Parecía amenazarnos la presencia de un *blizzard*. Decidimos esperar hasta el día siguiente. Esto me permitió enterarme de algunas cosillas; por lo que vi y escuché, vine a concluir que todos aquellos rapaces acabados de bautizar, aunque católicos de nombre, iban a vivir más bien como meros paganos, o metodistas a lo más. ¿Qué le íbamos a hacer? La propaganda de los protestantes que allí vivían no podía menos de hacer sentir su perniciosa influencia.

5 de abril. Nuestras provisiones escaseaban y aún nos faltaban varias jornadas para llegar a la Misión. La familia protestante nos proveyó generosamente de pan, té, arroz, carne, etc. Les quedamos sumamente agradecidos y prometí encomendarles al Señor: ¡lo he hecho tantas veces desde entonces! *Retribuat eis Dominus!* Después de dejar atrás un diminuto villorrio, donde bauticé un infante, llegamos por la tarde al *Campo de Renos*, en las faldas de los *Montes Eskinok*.

Tuve aquí una bonita ocasión de contemplar a los renos; y de veras que lo estaba deseando, pues no había visto ninguno desde mi llegada a Alaska.

6 de abril. Bajando con lentitud las laderas de los Montes Eskinok llegamos a la casa de un blanco a quien sus negocios comerciales en pieles han enterrado en estos yerros solitarios durante un buen número de años. Añadió algunos regalos más a nuestras provisiones y a mí me hizo el presente de unas excelentes botas de agua. De veras que las necesitaba, pues la nieve estaba blanducha y el calor de mis botas era suficiente para fundirla, de modo que mi calzado de piel de foca iba a quedar muy pronto completamente empapado.

Al medio día llegamos a *Kotmiut*, y desde aquí en dos días a la Misión, sin ningún incidente digno de mención: doce horas de camino el primer día, y el segundo, 8 de abril, el último de nuestra jira, trece horas de marcha sin parar más que unos minutos a comer en medio de la tundra. Los perros estaban exhaustos, pero conocían que estaban ya cerca de casa y trotaban que era una maravilla. La tarde del 8 de abril entrábamos de nuevo en *Akulurak*, donde nos esperaban todos con impaciencia.

Ya lo veis: hay que caminar mucho a través de estos desiertos para hacer algo de bien. Durante esta jira de veinticinco días he podido administrar 56 bautismos, bendecir dos matrimonios, dar una Extrema Unción, oír 23 confesiones y repartir 50 comuniones. Todo ello podría sin dificultad hacerlo en un solo día un sacerdote en cualquier otro lugar que no fuera Alaska. Tal es, tomada de la realidad, la vida de nuestros misioneros errantes» (1).

Salta a la vista desde luego que este modo de evangelizar deja mucho que desear; pero es el mejor que hasta ahora se ha descubierto en Alaska y el que invariablemente siguen nuestros misioneros de hoy en la época del invierno. Con cuarenta villorrios de tres o cuatro casas cada uno, aparta-

(1) WL., 1917, 304-324.

dos unos de otros por distancias fenomenales, ¿qué otra cosa se puede hacer?

Un promedio de dos o tres visitas anuales a cada aldea, y se logra al menos que nadie muera sin el bautismo y que los adultos mueran con los Sacramentos relativamente recientes y con instrucciones concernientes al acto de contrición y a los principales artículos de la Fe. Sin misioneros, el distrito estaría envuelto en nubes de supersticiones, hechicerías, ignorancia y paganismo. Gracias a él el distrito es oficialmente católico, se celebra la Santa Misa en todo él y se reciben con devoción los Sacramentos; es decir, que los misioneros plantan y riegan confiados en que Dios ha de dar el incremento.

3. Juzgamos ya innecesario reproducir aquí más diarios invernales de las muchas excursiones apostólicas a través de los hielos polares; basta el anterior para darnos una idea de lo que significa aquel ir de pueblo en pueblo, de campamento en campamento, catequizando, bautizando, administrando los Sacramentos. En todos nos encontraríamos con iguales o parecidos incidentes; cómo, después de andar todo el día sin descubrir seres vivos en el horizonte, tiene que hacer alto en un llano el misionero con su fiel guía esquimal porque las tinieblas de la noche se espesan de modo que no dejan distinguir los objetos a dos pasos de distancia; cómo sueltan los perros del tiro para que descansen y los atan separadamente a los cuatro costados del trineo para que a la proximidad de algún oso blanco olfateado no emprendan la huida; y después de darles dos libras y media de pescado a cada uno toman también ellos sendas tazas de té hirviendo que les restituyan el calor perdido, y a continuación su refección de pescado helado en nada superior al de los canes. Pero es menester dormir, porque la caminata ha sido dura; y entonces, relevándose a pequeños intervalos, abren con el mango de una sartén una sepultura en el duro hielo y en ella se entierran envueltos en sus pieles de reno.

Luego, medio helados, tienen que levantarse, correr, sal-

tar, hacer gimnasia sueca hasta que corra en abundancia el sudor por sus sienes. Vueltos a la sepultura, descansan otro rato, y de nuevo a hacer gimnasia.

Ya hemos visto al P. Delón: varias noches tuvo que pasar al cielo raso: una, en una sepultura de nieve; la segunda, tras un témpano gigantesco que le defendía del viento glacial; la tercera fué la más dura: no había témpanos tras de los cuales pudiera guarecerse; el hielo estaba tan duro que el corte de la sartén se embotaba sin profundizar, y la oscuridad de una noche sin estrellas le cortaba toda esperanza de dar con el barrio que buscaba. Tuvo que dormir al cielo raso acurrucado tras del trineo; cuando amaneció tenía un catarro tan fuerte, que tres meses después el timbre de su voz era aún ronco y cavernoso.

4. Completemos este cuadro con lo que Mons. Grandín, O. M. I., refiere de sí mismo en uno de sus viajes a través de uno de los lagos helados del Norte del Canadá. Enfermizo, y lo que es más, debilitado por una larga caminata, iba con un jovencito a retaguardia de la caravana, formada por el correo y algunos salvajes. A un tercio de legua estaba la Misión cuando la cellisca aisló el trineo del Obispo.

«... De pronto—él mismo es quien lo narra—surge un viento violentísimo que levantando la nieve del lago y mezclándola con la que en abundancia caía nos impide distinguir los objetos, de modo que pronto perdimos las huellas del correo. Por el viento, único que guiarnos podía, se nos figura que vamos camino de la Misión, pero tornadizo como él solo, el viento había cambiado ya de dirección. Varias horas anduvimos antes que la noche cerrara gritando y escuchando por si alguien respondía a nuestras voces. Sólo la tormenta se oía.

»Esperando que los perros nos condujeran a sitio seguro les dejamos ir a su instinto en medio del lago que ante nosotros se desplegaba sin horizonte alguno. De hallarnos entre montones de nieve hubiéramos podido depararnos un abrigo donde pasar la noche sin helarnos, mas estábamos sobre el desnudo hielo, y como el viento barría la nieve al caer era

imposible nos sirviera de refugio. Comprendiendo que cuanto más avanzáramos más nos exponíamos, intentamos acampar sobre el hielo.

»Soltamos el trineo con la mayor diligencia, operación peligrosa ya que para deshacer los nudos y soltar las cuerdas era menester quitarse los *mitones*. Nos relevamos en esta faena, más larga de lo que se cree; y mientras el uno trabaja, el otro, para no helarse, se sacude fuertemente las espaldas. Para resguardarnos del viento nos colocamos detrás del trineo, de los perros, bajarones y mantas. Sentado yo sobre el hielo, apoyadas las espaldas contra el trineo, recostado el mozuelo sobre mí, cubiertos ambos con las mantas que el viento nos arrebatava a pesar de todas las precauciones, nos disponemos a morir. El pobre muchacho se confiesa conmigo y yo repito los actos de contrición y sumisión a la voluntad divina.

»Pronto nos sentimos arrecidos de frío y nos levantamos envueltos en sendas mantas; atamos a todo escape las demás sobre el trineo y reanudamos la marcha como para huir de la muerte que nos persigue. Harto frugal había sido la última comida, pues estábamos al fin del viaje y las provisiones se acababan; el hambre, sin embargo, no me acosaba y ni siquiera me molestaban entonces los pies enfermos. Largo rato caminamos así, deteniéndonos cuando no sentíamos demasiado frío. Pero el joven comenzaba a dormirse muy a pesar suyo y mío. Comprendo que el medio de salvarle la vida es acampar de nuevo. Afortunadamente vine a dar a un espeso ventisquero y abrí un hoyo con los *bajarones*: extendí encima las mantas y dentro acosté al pobrecillo. Coloqué en seguida los perros a su lado y cubrílo todo con nieve. Acabadas estas faenas me colé como pude hasta mi compañerito, mas hubiera necesitado tercera persona que, a su vez, me abrigara a mí.

»Por muchas precauciones que tomara, el viento penetraba siempre hasta nosotros. Sin embargo, con el trabajo de instalar la cama experimenté gran calor al principio, lo que contribuyó a deshacer la nieve de mis vestidos. Pronto el



Foto 108.—*Después de una inundación.*



Foto 109.—*A mis soledades voy, de mis soledades vengo.*

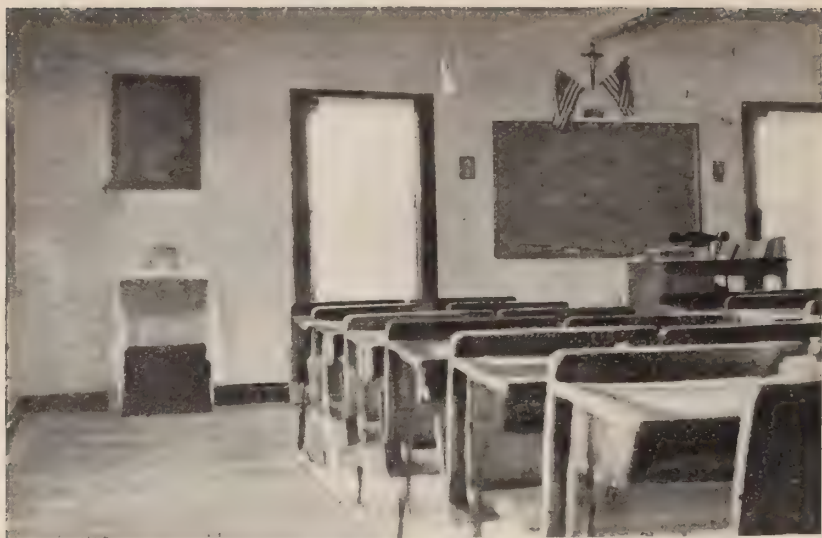


Foto 110.—*Una de las clases en las escuelas de Nulato.*



Foto 111.—*Holy Cross en verano.*

viento lo volvió a helar todo, de suerte que no sabía ya dónde poner las manos para que no se me helaran. Otro tanto le pasaba al muchacho. Así acostados se nos pasó la noche, removiéndonos, frotándonos y soplando para calentarnos. Por fin, no pudiendo resistir ya más, salgo de debajo de las mantas para respirar a mi gusto. Creí entonces divisar tierra; hago al punto levantarse a mi mozo, recogemos los bagajes y nos encaminamos a donde esperábamos hacer fuego y calentarnos. Mas al disponernos a ello me percaté de que tengo helado un calcañal y mi acompañante los dos; imposible por consiguiente calzarnos los bajarones. Sólo al cabo de una marcha bastante larga llegamos a tierra. Mucho hubimos de bregar para encontrar leña y más aún para poder encenderla. En esto divisamos dos trineos y gritamos con todos nuestros pulmones. Eran el padre y el tío de mi mozalbete, quienes venían en busca nuestra. Habíamos acampado en la isla donde se halla la Misión y estábamos sólo a un cuarto de hora de distancia» (1).

5. Hemos visto cómo pasa el misionero días enteros en aquellos mares de nieve sin más compañía que su criado fiel, sus perros y su trineo. Llegado el tiempo de partir coloca sobre éste su cargamento: un altar portátil, alimentos; un saco de té, vestidos y demás utensilios; engancha los perros, orienta al delantero en dirección a la próxima aldea, y... a correr, porque el frío hiela y el movimiento es fuente de calor y de vida.

¿Y qué es un trineo? Así lo describe un Obispo misionero de las regiones árticas del Canadá (2). Si alguno puede describirlo en todos sus detalles será precisamente un misionero, y un Obispo sobre todo, que enfundado en su *calesa* (3) episcopal ha de ir recorriendo una por una las diversas avanzadas de su infinito Vicariato.

(1) DUCHAUSSOIS: *Aux Glaces Polaires*, 77 s.

(2) Mons. Grouard, O. M. I., Vicario Apostólico de Athabaska-Mackenzie.

(3) Trineo especial forrado de piel de alce, embellecida con ciertos ribetes de pintura.

«¿Quién se figura—escribe—lo que son los trineos? Pudiéraselos creer parecidos a esos vehículos armados sobre patines ligeros, de uso corriente en ciudades y campos de países civilizados donde la larga duración de las nieves invernales exige su empleo. No poca, sin embargo, es la diferencia entre esos trineos y los nuestros.

»Coged tres tablillas de abedul de tres pulgadas y media de ancho por diez pies de largo; juntadlas con listones transversales sólidamente sujetos con delgadas correas, y dobladlas hacia arriba en la parte delantera a modo de voluta sostenida en alto con fuertes ataduras.

»Ras con ras del suelo, y a ambos lados, hay dos argollas de cuero a las que se enganchan los tiros de los perros. Estos últimos llevan arreos acomodados a su talle: una collera redonda apoyada en el morrillo y suficientemente grande para dejar pasar la cabeza; dos largas y fuertes tiras de cuero parten del susodicho collar para unirse al arreo siguiente: los tiros que atraviesan los costados de los perros, sostenidos a dicha altura por cortas sufras de flexible piel. Esta es la parte del arnés que a más adornos se presta; por eso casi siempre aparecen allí jaeces cargados de cascabeles. Las colleras llevan a veces esquilitas y encintados penachos. En una palabra, tanto cuidado se pone en enjaezar los perros cuanto en otras partes los caballos» (1).

De los perros habla por su parte Mons. Seghers en una de sus cartas (2): «Son tan necesarios los perros en Alaska como lo son los caballos en las restantes partes del Mundo. Son grandes, y con su pelo largo y espeso se asemejan a los lobos. Raras veces se les oye ladrar, pero expresan con gruñidos su impaciencia de partir o su gozo de llegar.

»¡Y cuántas veces no prueban la paciencia del misionero! ¿Hay en el bosque algún árbol junto al camino? Creeréis, sin duda, que todos irán por un mismo lado; y sin embargo no es así; uno irá por la derecha y otro por la izquierda; el árbol queda en el medio y todo se paraliza. Son, además,

(1) DUCHAUSSOIS: *O. c.*, 69 s.

(2) BAETS: *O. c.*, 77.

en extremo pendencieros. ¿Sucedé que alguna vez riñen dos de entre ellos? Muy pronto intervendrá un tercero, un cuarto..., y ya los tenéis a todos rodando y pegándose entre sí» (1).

El sólo engancharlos es un problema de bravura. Así que ven el correa, brincan y aúllan como leones hambrientos cuando olfatean carne desde la jaula. Una vez enganchados y sueltos, aquellos brutos se lanzan a la carrera de una manera veloz sin reparar en baches, peñascos, acequias, arbustos o matorrales. Allí no hay más que galopar y más galopar. Gracias a que para poder mantener el equilibrio sobresalen dos manillas detrás del trineo y hay abajo dos barrotes para los pies. Si la nieve está apelmazada, o si resbala sobre el hielo sin que pueda penetrar en él la reja que sirve de freno, no hay manera de pararlos.

No hay que dejar el trineo por nada de este mundo, so pena de que la trailla desaparezca en el horizonte y en el momento menos pensado se enreden unos con otros, se agarran y se desuellan. Si por ventura apareciese otro trineo en dirección contraria hay que apartarse lo más posible a fin de que todo acabe en aullidos y no haya que lamentar consecuencias desagradables; dos traillas enfrentadas son dos ejércitos enemigos veinticinco segundos antes de entrar a la bayoneta. Los perros de Alaska son pendencieros y celosos.

Y sin embargo, toda la garantía de buen éxito en el viaje radica en la confianza de que el perro *delantero*, que al lado del misionero visitó en el verano aquellos parajes sin nieve, les vaya ahora reconstruyendo con su instinto maravilloso y camine sin vacilar sobre la senda cubierta de hielo.

Si no yerra el camino, el misionero está salvado; pero si falla, *entonces...* ¿sabéis lo que significa ese *entonces*? Entonces el viaje es un ir y venir sin rumbo fijo por aquellas soledades, cuyo silencio eterno ha hecho perder el juicio a más de un expedicionario. Nadie pasa por allí: hielo, bruma,

(1) Estos animalitos son perros lobos en extremo feroces y resistentes: duermen tan tranquilos sobre la nieve con una temperatura de 40° bajo cero. Su valor, de 250 a 500 pesetas, sube casi a 3.000 tratándose de perros guías o delanteros. Corren unos 9 kilómetros por hora, y alrededor de 60 por día.

frío, soledad. Los víveres escasean; los perros, mal alimentados, se niegan a caminar, y el misionero, solo, que no se resigna a morir a los cuarenta años, lucha con esfuerzo de gigante contra toda la Naturaleza para prolongar los días de su vida, y de su angustioso pecho brota una plegaria a la Reina de las Misiones implorando vida para consumirla en la evangelización de los esquimales.

Nueve misioneros Oblatos de María Inmaculada han perecido ahogados en el Mackenzie porque, ignorando el camino, pasaron por el hielo frágil que ocultaba rápida corriente; y todo el mundo conoce la fotografía del P. Ruppert, S. J., hallado cadáver sobre la nieve.

6. Si bien la mayoría de los casos salva el misionero la vida, necesita, sin embargo, valor heroico para dejarse amputar un miembro gangrenado o para no quejarse del reumatismo allí cogido, cuyos dolores agudísimos semejan leznazos que se introdujesen a porfía hasta la medula de los huesos.

¿Queréis un ejemplo? Sucede en los hielos del Canadá. Llega una carta de su Prelado al misionero de Nuestra Señora de los Dolores invitándole a hacer con aquella reducida comunidad el retiro reglamentario del 10 al 17 de febrero. Tenía que recorrer 280 kilómetros. Emprende el P. Breynat la travesía con un frío que osciló durante el viaje entre 45 y 55 grados bajo cero. No acostumbrado aún al uso de los *bajarones* (1), aconséjanle que para evitar el tormento de las ampollas envuelva los pies en una piel fina de caribú. Mas debido a los fríos intensos el sudor más insignificante se hiela sobre la carne si no lo absorbe en seguida algún paño esponjoso.

Desde el primer día sintió ya el misionero unas como punzadas de alfiler en su pie derecho. Al descalzarse apare-

(1) Los *bajarones*, o el zapato del Norte, son una especie de paleta ovalada, ligeramente encorvada hacia arriba por delante y un tanto puntiaguda por detrás, cuyo cerco de madera está entretejido por finas mallas de piel. Una correa sujeta los dedos dentro de la malla y rodea el calcañal a fin de mantener el pie en la posición deseada. Usanlos los misioneros para las distancias cortas.

ció el dedo pulgar endurecido y blanquecino. Después de trágicas peripecias en las que hubo de sufrir lo indecible llegó al fin al término del viaje. Deslióse, no sin recelo, el vendaje en que los indios habían envuelto el pie del misionero en una de sus paradas durante el camino, y apareció el dedo negro ya y gangrenoso. ¡Vaya!—dijo el Prelado—, no es nada, gracias a Dios; cortémoslo pronto, y asunto concluído.

Uno de los Hermanos allí presentes afiló una vieja navaja de afeitar, y con ella se amputó el dedo en la juntura del metatarso. Y como ni había cloroformo para adormecer al paciente, ni cocaína con que insensibilizar el pie, hubo que prescindir de ambas cosas. Con todo, este percance no había de impedir al mutilado repetir innumerables veces la misma travesía (1).

Otras veces quiere Dios que el perro desorientado se oriente, y la tragedia que amenazaba no pasa de un susto. «Fueron—dice el P. Delón—muy angustiosas las horas que pasé desorientado, envuelto en los remolinos de nieve que levantaba el huracán; pero gracias a la pericia de mi perro salí ileso de aquel peligro de muerte y puedo ahora escribirle estas líneas.»

Como veis, esto se dice bien, y hasta puede resultar interesante oírlo al abrigo de una estufa, pero pasarlo debe ser ya otra cosa.

7. En otras ocasiones no es que el delantero se desorienta y pierda la dirección y ponga en peligro inminente la vida del misionero; son las dificultades mismas del camino, la soledad circundante, la falta absoluta de medios en cualquier caso de enfermedad. Todo hay que tenerlo en cuenta al tratar de la vida que llevan nuestros misioneros en Alaska. Queda bien manifiesto en el caso que vamos a recordar del P. Julio Jetté. Los datos los tomaremos de la relación que sobre el caso envió el P. Monroe, misionero de Fairbanks, al Superior de la Misión, P. Sifton.

(1) DUCHAUSSOIS: *O. c.*, 265-268.

El P. Jetté estaba de misionero en Tanana, que, bien considerado, está en una de las regiones de comunicaciones más fáciles en toda la Alaska boreal, y por lo pronto a no mucha distancia de Fairbanks, la ciudad más importante de aquel territorio. ¿Qué hubiera sucedido si el caso hubiera pasado en cualquiera de las ciudades horribles e inhospitalarias que bordean el Estrecho de Behring?

Pues bien, el P. Jetté, queriendo un día hacer astillas para uso de su calefacción y de la cocina, hizo un esfuerzo desmedido intentando levantar por sí solo un pesado tronco de madera. Este esfuerzo lo pagó caro: al día siguiente comenzó a sentir una gran hinchazón en el bajo vientre acompañada de agudísimos dolores. Naturalmente, ya no pudo decir Misa; mas lo peor del caso era que no había por allí nadie que pudiese examinar el mal y ajustarle el conveniente remedio. Providencia fué que el comerciante de Tanana don Andrés Vachon, íntimo amigo del Padre, pudiese avisar por teléfono a un médico de Fairbanks y consultar asimismo sobre el caso al de Nenana, médico de prestigio reconocido en toda la comarca; ambos convinieron en que se trataba sin duda de una hernia estrangulada; el de Fairbanks daba el caso por desesperado; el de Nenana, en cambio, aún dejaba entrever una débil esperanza si el enfermo podía llegar hasta allá.

Esta última condición era un tanto problemática, pues en los comienzos de octubre, por un lado, los bloques de hielo que circulan a lo largo del Yukón se hacen tan numerosos que impiden toda navegación, y por otro, el hielo no es aún lo suficientemente consistente para que pueda aguantar el paso de un trineo con su jadeante trailla de canes; además que el viaje había de hacerse por lugares desiertos e inhóspitos, sembrados de espinos y maleza, de troncos atravesados y otros mil impedimentos.

A pesar de todo, el Sr. Vachon no duda emprender el viaje; se trataba de la vida de un Padre a quien tanto amaba y que peligraba tanto más cuanto más tiempo permaneciese en Tanana. No ignoraba, además, que el P. Monroe, con un

médico de Fairbanks, les iba a salir al encuentro, no sólo para poder administrarle los Sacramentos, sino para proceder a la operación en el mismo camino si se llegaba a la extrema necesidad. Los de Tanana se dispusieron a la partida a través del medio helado Yukón y entre trozos de hielo, más consistentes aún por el frío de la noche. Prepararon dos embarcaciones que había de dirigir un indígena experto: en una de ellas, reclinado en un lecho mullido y bien envuelto en pieles, iba el P. Jetté, acompañado de su amigo Vachon; en la segunda, un trineo con once canes.

Habían llegado apenas, caminando con toda cautela y navegando con suma violencia y precaución a través de los bloques helados, a la ribera opuesta, cuando una nueva avalancha de hielos y un fuerte ventarrón que comenzó a soplar los obligaron a volver a la orilla primera, a la que tras largos esfuerzos pudieron por fin arribar un poco más abajo de Tanana. El ímpetu de la corriente era tan violento que era una temeridad confiarse a sus torbellinos. Haciendo un último esfuerzo logró el Sr. Vachon arribar a la orilla opuesta.

Atravesado ya el Yukón—Tanana está en la parte norte del mismo—emprendieron en trineo el arduo camino a través de lugares desiertos, atravesando lagunas cenagosas que dejaban quebrar sus carámbanos al peso de sus pies y llenaban de agua sus ya empapados vestidos. Tuvieron que hacer alto en el camino y encender una fogata con que calentar sus miembros ateridos y secar sus vestidos mojados, rígidos por el cierzo frío. Cuántas veces hubieron de abandonar el camino más directo, con la pérdida consiguiente de un tiempo precioso que no había que perder, porque multitud de obstáculos les obstruían el paso. Los dolores que hubo de sufrir el paciente durante esta travesía no son para descritos.

A medio camino, entre Tanana y Nenana, les encontró el P. Monroe; el médico Corbie le había precedido con alguna anticipación porque se había aprovechado del vehículo del correo arrastrado por caballos. Al verlos a su lado el Padre Jetté sonreía afablemente, pero la palidez en el rostro y la falta de lucidez, que se acentuaba por instantes, hablaban me-

jór que nadie del estado del enfermo. «Padre—dijo al misionero de Fairbanks—, esto comienza a supurar y muy pronto sobrevendrá una peritonitis y la muerte.» El P. Monroe le administró los últimos Sacramentos.

Se dudó si proseguir el camino al día siguiente; la noche tranquila y serena que acababa de pasar los animó a salir para *Tolovana*, aunque caminando con lentitud y precaución. La comitiva seguía chapoteando sobre el hielo sin cuajar y era menester ir deteniéndose para secar los vestidos alrededor de una fogata. Llegados a Tolovana, el Dr. Corbie pensó en hacerle allí mismo la operación; el de Nenana prefería esperar aún. Las últimas veinte millas que los separaban de Nenana pudieron recorrerlas en el tren que pasa por aquella localidad procedente de Fairbanks. Todo estaba preparado allí para una operación quirúrgica que se retrasó hasta el día siguiente con el fin de que el enfermo adquiriese nuevas fuerzas y vigor después del reposo tranquilo de una noche en calma.

La operación fué difícil y larga, pues los intestinos salían muchísimo y la misma vejiga se corría peligrosamente hacia la parte lesionada. Durante la operación aseguraba el doctor que todo iba bien, pero que estaba muy preocupado por la vida del Padre.

El Sr. Vachon, después que vió asegurada la operación, se volvió a Tanana. El P. Jetté, tras una breve convalecencia y fuera ya de todo peligro, pudo volver otra vez a su puesto misionero.

Así se vive en Alaska (1).

8. ¿Y en qué emplea el tiempo el misionero durante las ocho, diez, trece horas de camino? Arrancan los canes impacientes, y el Padre... no va siempre sobre el trineo; se le helarían los pies. «Las tres primeras horas—escribe el Padre Delón—caminé con mis zapatos de nieve delante de los perros; lo restante de la jornada, agarrado de una barra en

(1) *MSJ.*, vol. I, 704-707.



Foto 112.—*La iglesia de Nome en invierno.*



Foto 113.—*La iglesia de Holy Cross, la mejor de Alaska.*



Foto 114.—*Dos cristianas de Saint Michael.*



Foto 115.—*La enfermería en el colegio de las Religiosas. Holy Cross.*

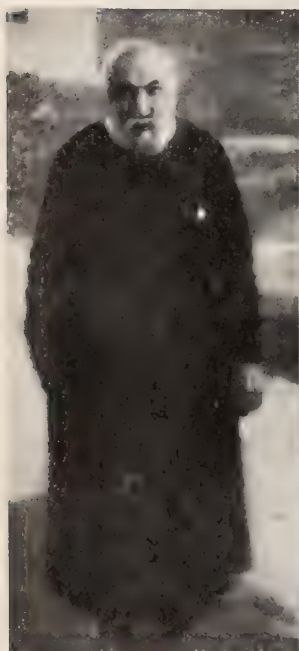


Foto 116.—*Un veterano de Alaska, el P. Luis Robaut*



Foto 117.—*El P. Federico Ruppert.*



Foto 118.—*El Hermano Prince, primero y único jesuita esquimal.*

la parte posterior del trineo; nunca pensé que pudiera ir tan a gusto; caminé siete horas seguidas sin descansar más que unos minutos para comer sobre la nieve; pero llegó un momento en que mis botas se abrieron, y sintiendo que se me entraba dentro el agua me incliné para probarla: estaba salada; nos habíamos alejado mucho. Después de un infructuoso examen del horizonte para descubrir alguna señal de poblado vinieron a envolverme las tinieblas» (1). Y ya sabemos nosotros cómo se pasa la noche a la intemperie.

Y poco después añade: «Desearía V. R. saber en qué me entretengo durante tantas horas a través de esas regiones desiertas. Ciertamente, no pierdo el tiempo: rezo mi Rosario, en el que invariablemente digo varios centenares de *Ave-marías*; esto y los santísimos nombres con unas cuantas jaculatorias más familiares, repetidas con frecuencia, mantienen mi espíritu recogido. Porque viajar en trineo no es lo mismo que viajar en tren; en el trineo no puede uno distraerse ni un momento: si va detrás, ha de ir guiándolo agarrado tras él; si montado, estar listo para cortar sacudidas y traqueteos a cada momento, pues cuando menos lo piense tropezará alguno de los corredores con algún bloque de hielo, y el trineo se volcará dando con uno en el suelo. Hay que estar siempre sobre sí mismo y saber mantenerse firme en el momento crítico» (2).

El viaje en trineo puede hacerse o sobre la cinta asfaltada de los ríos helados, o a campo traviesa a lo largo de la tundra. Cuando ha caído nieve suficiente para cubrir los cristales afilados que deja el hielo al endurecerse, el trineo vuela al deslizarse con la velocidad del rayo sobre sus desgastados patines. El pensamiento de que se va resbalando sobre una profundidad casi oceánica contrarresta al principio el placer natural que causa el plácido y veloz patinar sin tumbos ni tropezones.

Si sobre la superficie del río no aparece más que el carbámbano duro, petrificado por las sucesivas heladas, enton-

(1) WL., 1917, 318.

(2) WL., 1917, 323.

ces hay que cubrir las patas de los canes con unos saquitos, a modo de guantes, para defenderlos contra las heridas de los picachos puntiagudos; el viaje se hace entonces más penoso sin esa pista asfaltada de nieve endurecida.

A veces hay que apartarse del río para enfilar derecho la tundra nevada y desigual, sembrada de terraplenes, arroyos, baches, arbustos y matorrales. Naturalmente, el caminar se hace más fatigoso a través de campo traviesa, y sólo en último caso se aparta el esquimal de la carretera del río. El bamboleo del vehículo somete los músculos a un ejercicio durísimo, y el continuo trotar produce un sudor copioso, que se corta en el acto apenas se sienta uno a descansar. Si no se corre, se hiela uno; si se corre, el sudor congelado mortifica, y esta alternativa fastidiosa ha de tolerarla el viajero hasta el término de su camino.

Y todavía será un caminar confortable si no ha caído alguna nevada reciente que deshaga el efecto del suelo resbaladizo para poder patinar, o si el huracán desatado no levanta montículos de nieve, pues entonces el trineo cabecea por aquellas *dunas* como un barco se balancea en el oleaje de una tempestad.

Si la nevada es reciente, indefectiblemente el trineo se hunde y los perros se paran; al agarrar los barrotes del vehículo para ayudar a los canes, es el viajero el que se hunde hasta la cintura, y al forcejear para salir del atolladero se hunde más y más, y es menester arrastrarse y salir a gatas. A veces son los perros los que en un esfuerzo supremo halan tras sí el trineo y guías y cuanto se les pone delante, pero con el consabido peligro de salir arrastrando con las piernas quebradas hundidas hasta las rodillas. Cierto, a la media hora de este colosal ejercicio, las rodillas quedan tan maltrechas, que refunfuñan como niños mimados y se niegan a proseguir un paso más.

Esta es la realidad de los viajes por la tundra. Por eso los ríos son el camino preferido y la senda única por donde se puede rodar con relativa calma (1).

(1) LLORENTE: *AB.*, 114.

9. Pero este procedimiento de perros y trineo, aunque bastante seguro, por lo general, es muy lento, dadas las enormes distancias que se han de recorrer; surgió la idea del aeroplano. Mientras los perros van a cuatro millas por hora cuando más, el aeroplano vuela a 115 cuando menos. Pocos misioneros harían mucho, y se podría ir y venir por Alaska, lo mismo en verano que en invierno, a despecho de los icebergs y hielos del Estrecho de Behring, proveyendo a la vez de frutas, conservas y demás alimentos a los desterrados misioneros.

La idea fué tomando cuerpo, y los ideales se vieron pronto plasmados en realidad consoladora. La Asociación Marquette League, de los Estados Unidos, integrada casi exclusivamente por seglares, y cuyo fin es enviar limosnas y objetos útiles a los misioneros, compró por 15.000 dólares un aeroplano, le bautizó con el nombre de *Marquette* y se lo entregó al Vicario Apostólico de Alaska, Mons. Rafael Crimont. Un Hermano Coadjutor, Jorge Feltes, acudió por dos años a la escuela de aviación militar que tiene el Gobierno en San Francisco, y obtuvo en ella el diploma de aviador con mención honorífica; todo hacía presagiar que nuestro *Marquette* iría y vendría de Alaska, riéndose de los hielos, montañas y barrancos.

Tiempo hacía que se andaba dando vueltas a la idea de sustituir en el aeroplano la gasolina por el petróleo bruto, sin que ninguna Compañía se arriesgase a hacer la prueba, hasta que últimamente se aventuró una de Nueva York. El *Marquette* fué el primero de la serie, y de su resultado dependería el buen o mal éxito de la empresa que explotaba el nuevo tipo de motores. El primer vuelo resultó bien. Fué un viaje felicísimo desde Nueva York hasta San Francisco de California, en el que el H. Feltes demostró cualidades excelentes de piloto aviador.

De California subió sin novedad a Spokane, y de aquí salió con rumbo a Seattle, desde donde había de emprender el viaje para Alaska, siguiendo la costa del Canadá; pero como coincidiese su llegada con la próxima salida del barco para

Alaska, se creyó más oportuno desarmarle, y embarcado llevarle en el barco, como se hizo, hasta *Seward* (Alaska), y de aquí en tren hasta Fairbanks, centro minero del interior.

10. Ya está el aeroplano en Alaska. El reputado piloto norteamericano Ralph Wien pidió se le dejase hacer en él algunas pruebas, y entusiasmado con aquel aeroplano colosal, equipado para ocho pasajeros, se ofreció a llevar en él a los misioneros durante todo el mes de octubre. Con ese fin hizo un vuelo de 500 millas hasta Holy Cross, casa matriz de la Misión y residencia ordinaria del P. Delón, quien, encantado de los buenos resultados en los vuelos precedentes, y ansioso de visitar las Misiones del Norte, sobre todo la recién fundada de Kotzebue, emprendió de nuevo el vuelo y visitó Nome, salvando en tres horas y media las 400 millas que la separan de Holy Cross, y después Hot Springs y Kotzebue, pueblecito entonces de unas 200 almas, situado a 150 millas al Norte del Estrecho de Behring en la costa del mar Glacial.

El misionero de Kotzebue no era Jesuíta. En un viaje que hizo a los Estados Unidos Mons. Crimont, como hablase sobre Alaska con el sacerdote William F. Walsh, natural de Oakland (California), lleno de celo este buen sacerdote, le pidió ser admitido como misionero de los esquimales; al volver el Sr. Obispo le llevó consigo a la Misión, y desde hacía algún tiempo trabajaba incansable como misionero de Kotzebue.

Por causa del mal tiempo reinante, tuvo que permanecer varios días en Kotzebue, con gran placer del P. Walsh, que llevaba ya tanto tiempo solo sosteniendo agrias luchas con los protestantes, que en su rabia no perdonaban medio alguno de ataque, sin exceptuar la violencia.

Finalmente, el 12 de octubre, iban a partir para *Deering*, pueblecito no muy distante. El juicioso H. Feltes, prudentemente, no quería, temiendo que los sorprendiese una nevada en el camino. Pero como todo estaba listo y el motor llevaba dos horas funcionando, el P. Delón quiso proporcionar

un pequeño placer al P. Walsh, dando unas vueltas por encima del campo mismo. El piloto Wien vió que motor y aparato se encontraban en estado excelente. Los PP. Delón y Walsh subieron a bordo, el Hermano se quedó en tierra para evitar peso innecesario. El aparato despegó sin dificultad y comenzó a elevarse trazando círculos durante cerca de un cuarto de hora alrededor de Kotzebue.

Según lo que podemos conjeturar, el piloto, previendo quizá que iba a caer muy pronto una nevada finísima que impediría con todo la buena visibilidad, decidió tomar tierra; no pudo conseguirlo; volvió a elevarse; hizo algunas evoluciones; parecía flaquear el motor y el piloto lo puso a toda velocidad: en aquel momento había perdido ya el dominio del aparato. Poco después caía verticalmente, sin tiempo para planear, y quedaba incrustado en el suelo helado. Un grito de horror salió de los blancos y esquimales presentes; todos, con el Hermano al frente, corrieron al lugar de la catástrofe: sólo encontraron el artefacto hecho astillas y los cadáveres de los tres viajeros horriblemente mutilados. La muerte había sido instantánea. Era el 12 de octubre de 1930. Siete años antes, y a pocos kilómetros de aquel lugar, habían hallado sobre la nieve al P. Ruppert; así se muere en Alaska.

Ya puede uno imaginarse la impresión que tal desastre produjo, no sólo en Alaska, sino en toda América... Todos los diarios hablaron de la catástrofe; se recibieron pésames y condolencias de personas eminentes. Los que quedaban inconsolables eran los alumnos, pueblo y súbditos todos del P. Delón, tanto en Holy Cross como en Kotzebue.

Es que el P. Delón era un Superior modelo: había gobernado en Alaska durante seis años, y en ese tiempo había prosperado la Misión de un modo extraordinario. Hombre de profundo y vasto saber, de un celo ardiente e indomable, era un verdadero santo, muerto a sí mismo y ocupado siempre en procurar la gloria de Dios y la salvación de las almas. No sabía qué era recreación o descanso; trabajaba durante todo el día y buena parte de la noche; tan sólo concedía unas horas al sueño. Y como si esto no bastara, aún añadía severas

penitencias: tenía un verdadero arsenal de disciplinas, cilicios y cadenillas. De una alegría constante, y perfecto caballero, sabía ganarse al momento los corazones de todos, que lo admiraban y veneraban por sus relevantes dotes de inteligencia y corazón. Su muerte era una pérdida dolorosa para la Misión; y no menos lo era la del P. Walsh, que en toda su juventud prometía tanto para el porvenir por su ánimo arrojado y generoso. Dios los quiso llevar cuando su cooperación parecía más necesaria para el bien de la Misión (1).

A pesar del desastre, no se desechó por ello la idea del avión; muy al contrario, poco después comenzó a pensarse de nuevo en sustituir con otro al malogrado *Marquette*. La idea iba adelante: sería un nuevo aparato con motor Packard-Diesel, con seis asientos, y sería pilotado por el mismo H. Feltes, ayudado del H. Marcial Lapeyre, Jesuita también. El H. Feltes, para demostrar la importancia del aeroplano en la evangelización, había hecho las siguientes declaraciones:

El *Marquette*, antes de su catástrofe, había volado ya 24.000 kilómetros, y de ellos 3.000 en Alaska, sin el menor incidente. El accidente ocurrido no fué ocasionado ni por el aparato, ni por el motor, ni por las condiciones especiales de vuelo en Alaska, que son mejores aún de cuanto se podía esperar. En los tres años pasados, los varios servicios de aeroplanos civiles habían cubierto en Alaska 555.000 kilómetros de vuelo, con un transporte total de 1.000 pasajeros y 30.000 libras de equipaje, sin incidente ni daño ninguno.

Nosotros mismos, en las seis semanas que habíamos volado con el *Marquette*, habíamos cubierto tanto camino cuanto se necesitaría cubrir con un trineo y su trailla de canes durante seis a ocho meses. El primer vuelo de 915 kilómetros, desde Fairbanks a Holy Cross, nos llevó cuatro horas cuarenta minutos; con perros y trineo no hubiera durado menos de cuatro o cinco semanas. El gasto del vuelo no fué más que de 3 dólares y 80 centavos; en trineo hubiera costado 500. El aeroplano hará posible visitar mensualmente las cristiandades que

(1) GIAN L. LUCCHESI: *L'aviazione al servizio del Apostolato*, en *MCG.*, julio 1931, 301 s.

por ahora no se ven más que una vez al año; podrá transportar provisiones, ayudas, consuelos a los misioneros sepultados en la soledad y en la nieve, y con una visita regular a los diferentes puestos de la Misión, podrá el misionero ser atendido en caso de enfermedad o de alguna otra necesidad apremiante. Hasta aquí el H. Feltes (1).

Con todo, no sabemos que la Misión alaskaña tenga aparato propio; como el servicio del Gobierno funciona con regularidad en dirección a los cuatro puntos cardinales de la península, nuestros misioneros no han considerado apremiante la necesidad de un aparato propio, y para casos urgentes utilizan los del Gobierno. Pero de seguro que con aparato propio podría producir su trabajo más precioso rendimiento. Que la Iglesia aprovecha siempre los adelantos todos de la ciencia para el servicio de su Apostolado.

(1) MCG., L. c., 302.



Foto 119.—*Grupo de Religiosas de Alaska en verano.*



Foto 120.—*El P. Llorente en el pueblo de Takchak.*



Foto 121.—*Vista parcial de Akulurak.*



Foto 122.—*El P. Ménager, enfundado en su parki esquimal.*



Foto 123.—*El P. Segundo Llorente en 1940.*

XII

APOSTOLADO

1. La ofrenda del misionero alaskano.—2. En casa del P. Jetté.—3. Sus jiras veraniegas.—4. Descendiendo por el Yukón en una jira otoñal.—5. Pobreza ideológica del indígena alaskano.—6. Resultados que consuelan.—7. La gloria del misionero.—8. Carácter interno del misionero polar.—9. La labor educativa escolar.—10. Niños de cincuenta años.—11. Entre blancos: minas y mineros de todas procedencias y colores.—12. El P. Guillermo Judge.—13. En pos de El Dorado alaskano.—14. La actitud del misionero.

1. Mientras el misionero de China, India y Africa echa su red salvadora sobre compactas multitudes, valuando su labor por el número de almas que haya logrado sacar hasta la playa, el misionero errante de las estepas boreales ha de sumar al fin de su camino los kilómetros recorridos, los días de estrechez y pobreza, asiduos compañeros de su jira, y exclamará: *¡He aquí mi apostolado!*

Habrá en su viaje, blanqueado con las aguas bautismales, algún alma infantil; habrá administrado los Sacramentos de la Penitencia y Eucaristía entre sus fieles; habrá quizá ayudado a bien morir a algún venerable anciano, y al llegar de nuevo a su Residencia, postraráse a los pies de su Crucifijo y dirá lleno de amor y reconocimiento al Divino Maestro y Misionero que no llegó a lograr más que unas cuantas conversiones en la ingrata Palestina: «Señor, recibid los frutos que vuestro apóstol os entrega después de veinte, treinta, cuarenta días de duro y fatigoso apostolado.» La satisfacción de convertir grandes masas, muchedumbres compactas y aun naciones enteras, quedará para sus compañeros de países más

afortunados. Alaska no da más de sus solitarias estepas.

Es una Misión sin porvenir. Ni Colegios, ni Seminario, ni conversiones en masa. El misionero tiene que visitar una docena de villorrios que componen tugurios malolientes, y ahí se quedó su apostolado. Ha de pasarse en casa meses enteros leyendo libros, sin que tenga a tiro más de media docena de familias hambrientas sin ideales. Para un sacerdote que empleó la flor de su vida formándose en Filosofía y Teología, quizá en alguna carrera civil, el contraste es aplanador.

Como en China, la India, Africa y el Japón los paganos se cuentan por millones y millones, parecería que la mayor gloria de Dios pide trabajar donde el fruto alcance a millones, en vez de estrellarse en docenas y medias docenas. Pero la Santa Sede quiere una Misión en Alaska, y los Jesuitas obedecen al Vicario de Cristo, glorificando así a Dios con la obediencia y el sacrificio.

Es verdad: la Misión de Alaska no tiene ningún porvenir; así lo confesaba también a su hermano el P. Llorente en una carta fechada en Mountain Village el 25 de diciembre de 1936, cuando las alegres fiestas de Navidad habían de hacerle saltar de alegría dentro de las soledades de aquel villorrio. «Nuestro trabajo—le decía—muere aquí con nosotros; pero alguno tiene que atender a los esquimales mientras los haya. Esta vida de soledad es muy peligrosa para el carácter. Es un verdadero invernadero de manías y extravagancias. El manso se hace irascible; el locuaz, taciturno; el optimista se las bandea como puede; se lee todo lo que se atrapa y se alegra uno de haber venido a pasar por todo esto. Ahora veo que puede uno ser misionero y vivir hecho una criba de faltas. Ya lo dijo San Jerónimo: «No el vivir en Jerusalén, sino el vivir bien en Jerusalén, es de loar.» Aquí, como en todas partes, se impone el alerta.»

2. Hemos visto ya cómo ejercitan sus ministerios nuestros misioneros durante los meses crudos del invierno: el P. Delón fué guiándonos en su jira, y al despedirnos con una sonrisa en sus labios, pudo habernos indicado: así viven todos

los misioneros de Alaska. Ahora, otro Jesuíta, el P. Jetté, nos irá llevando de la mano en sus correrías veraniegas en busca de sus desperdigados cristianos, que sin lugar fijo ni determinado cambian cien veces sus tiendas en busca del apetecido salmón.

Por desgracia, julio y agosto son para los cristianos los meses de mayor peligro moral. Luce el sol tantas horas que, prácticamente, el día y la noche se confunden; más, el verano no conoce las noches en Alaska; y como acontece que muchas veces no tienen mucho en qué ocuparse, se dejan, naturalmente, arrastrar por esa vida perezosa y lánguida que suele traer consigo consecuencias tan funestas. Aconséjanles los misioneros que dediquen sus ocios en recoger leña para el próximo tiempo invernal, y no tengan que andar después *de la Ceca a la Meca* en sus trineos buscando con qué poder hervir sus tazas de té.

No debe hacerles, sin embargo, mucha gracia tener que llevar siempre consigo una pila de leña adondequiera que van; y por verse ahora libres de esta mínima molestia, tendrán que salir después, desafiando las furias de la cellisca y la tempestad, en busca de lo que durante el verano descuidaron. También aquí reina entre los indios la pereza y la imprevisión (1).

Es éste un defecto innato en el alma del esquimal. Si los misioneros lograsen conducir a este pueblo al conocimiento de Dios, y al uso cuidadoso y previsor de los escasos bienes materiales que le rodean, entonces puede decirse que nada faltaría ya para hacer un pueblo feliz y venturoso del honrado pueblo esquimal. Pero, por desgracia, la falta de previsión y cuidado del futuro la llevan ingénita en las entrañas; en cuanto tienen lo suficiente para el presente, no se preocupan de más, sin mirar si les ha de faltar para el día de mañana. Esta es la razón de por qué en cualquier calamidad pública, o de carestía, o de enfermedad epidémica, las víctimas son innumerables.

(1) JUAN FOX, S. J.: *Break up*, en *NM.*, vol. III, 363.

En este sentido puede decirse que los esquimales son niños de cien años, pues como los niños pequeños están en movimiento continuo, buscando tan sólo lo que baste para satisfacer sus necesidades de momento. Todos los días se ven partir cuatro o cinco trineos, que retornan a la tarde con unos troncos pequeños, los suficientes tan sólo para el consumo del día, sin preocuparse para nada de traer abundantes reservas para los días venideros.

Cuando se fundó la Misión de Akulurak, uno de los primeros cuidados de los misioneros fué amontonar grandes pilas de leña, diligentemente recogida y preparada por los huerfanitos de Holy Cross. Cuando los esquimales vieron tanta leña reunida, se admiraban y decían: «¿Y qué van a hacer todo el invierno si no salen en busca de leña?» Aún quiso el misionero reunir más en aquella estación favorable, y prometió a algunos de los esquimales darles varios kilos de té si le traían algunas cargas más. Lo hicieron, efectivamente, pero luego tuvo que soportar los inevitables efectos de aquella pequeña abundancia: hasta que no se acabaron las reservas, los esquimales permanecieron ociosos sin moverse del lugar, pues decían con gracia que si ellos traían más se gastaría más pronto, ya que las mujeres, sobre todo, no tienen mucho sentido común y gastan leña sin tasa ni medida: ya se ve que no son ellas quienes la tienen que ir a buscar (1).

A más de un misionero le han respondido alguna vez que el infierno es un sitio ideal para ellos. Allí hay fuego en abundancia y pueden calentarse a su sabor sin tener que ir al bosque a cortar leña cuando arrecia el vendaval. No hay por qué extrañarse de estas salidas. Recuérdese que han vivido en un ambiente desprovisto de ideas cristianas, imbuídos por sus abuelos en prácticas y costumbres supersticiosas y materialistas, para nosotros inconcebibles.

Las tribus nómadas del Norte viven abandonadas a la ley natural. Su continuo ir y venir por aquellas soledades hace imposible el establecimiento de una misión permanente, y

(1) A. KEYES, S. J.: *MCG.*, 1917, 23 s.

están sin misionero. De los 15.000 indios del Este, son católicos unos 3.000, bautizados en gran mayoría por el P. Jetté, muerto en 1927, y cuyo recuerdo vive aún fresco entre aquellos habitantes, pues el hueco que dejó es difícil de llenar. Vástago de una de las familias más ilustres del Canadá francés, y dotado personalmente de dotes extraordinarias en talento y en carácter, cambió la seda de sus vestidos por la sotana pobre de la Compañía de Jesús.

Apenas ordenado de sacerdote, pidió tan de veras la Misión de Alaska, que los Superiores se lo concedieron sin dilaciones, convencidos de que era Dios quien le llamaba. Llevó consigo una verdadera biblioteca, donde estaban ampliamente representadas la Teología, Filosofía, Literatura y Ciencias. Nada tan grato para él como entretener los ocios con un estudio serio y provechoso, «porque—decía él—corre peligro el misionero de convertirse en verdadero indio si no se nutre frecuentemente con manjar sólido, lo mismo en las ciencias profanas que en las divinas». Y añadía con gracia: «No sé por qué llaman profanas a esas ciencias; tal vez porque sean ellos los profanos en ellas.»

En su pobre casita de madera estaba todo tan ordenado y limpio, que los indios no se atrevían a entrar por temor a ensuciar el suelo con sus chanclos enlodados. Esto no le convenía a él, claro está, pues había de aprender la lengua a fuerza de escucharlos; y lo que hizo en adelante fué desordenarlo todo un poco; no barrer más que lo muy grueso y tener siempre abierta la puerta de par en par. Así logró que los indios, tímidos antes, se colasen ahora en grupos, sin escrúpulos ni temores de ningún género. Sentado con ellos parte del día y enseñándoles fotos y cuadros para entretenerlos, adquirió pleno dominio de la lengua, como lo demuestran la gramática y vocabulario que escribió en lengua *Ten'a* para ayuda de sus sucesores en el apostolado. El bien que hizo en los veintiocho años que allí estuvo, es incalculable (1).

(1) LLORENTE: *La M. de Alaska al comenzar el año 1933*, en *SM.*, 1933, 380.

3. Veamos, pues, el testimonio escrito que nos ha dejado, resumiendo a grandes rasgos su campaña veraniega y otoñal. En las *Woodstock Letters* tiene dos largas cartas en que va narrando sus incidentes en su excursión de verano de 1902, y en la del otoño de 1904 (1).

Hacia el Sur aparece el horizonte cortado por una cadena de montículos de unos 800 metros de elevación, cuyas cimas permanecen durante ocho o diez meses sepultadas entre blanca nieve. Es la cadena montañosa del centro, llamada *Kayar*, que se extiende al Sur del Yukón en unos 180 kilómetros y termina 150 más abajo de Nulato. La accidentada llanura que se extiende desde estas cumbres montañosas hasta los bordes mismos del Yukón es lo que propiamente se llama la región de *Kayar*: una explanada de 75 kilómetros de anchura y 180 de longitud. Salpicada acá y allá de lagunas numerosas, marismas sin cuento y raquíticos bosquecillos. Está drenada por numerosos arroyuelos y ríos, tributarios todos del Yukón, y de los cuales el más importante es el *Rotol*, o Rotolno (el Innoko), que serpentea desde las faldas mismas de la montaña hasta el Yukón, atravesando en toda su extensión la accidentada llanura.

Este es el distrito del P. Jetté, dependiente del puesto de Nulato. Estamos en pleno verano; el país, bastante poblado de suyo dentro de la escasez de la población alaskana, está casi desierto, ocupados como están los indios en sus pescas a lo largo de los ríos. Pertenecen todos a la tribu de los Ten'as. Lo mismo que el buen pastor, ha de seguir el misionero a su rebaño errante; si se les dejase solos, olvidarían presto las creencias religiosas para echarse de nuevo en manos de sus hechiceros y entregarse a todas sus prácticas supersticiosas.

Las tradiciones indias cuentan que la región de *Kayar* era antiguamente un distrito bien poblado, y sus habitantes constituían una tribu diferente de los indios del Yukón. Los antiguos documentos rusos confirman lo mismo. Los rusos recorrieron el distrito de *Kayar*, que llamaron *Tchaitsky*; y en

(1) WL., 1902, 329-351, y 1907, 274-290.

1868, el explorador *Dall* describe a estos indios como pertenecientes a una tribu distinta de las demás. Restos evidentes de una mayor densidad de habitantes son las numerosas ruinas de poblaciones situadas entre los claros que dejaban los arbustos y las matas, recubiertas hoy de una vegetación exuberante de césped tupido y hierbazales de cinco a seis pies de altura, indicios de la pródiga naturaleza y fertilidad del terreno en los pocos meses veraniegos que lo dejan libre los hielos alaskanos.

Los cementerios y sepulturas solitarias que abundan en los contornos, testimonian la existencia de antiguos villorrios, en cuyas proximidades sepultaban los indios los cadáveres de sus muertos. Hoy la región es poco menos que un desierto. Los descendientes de aquellas generaciones forman hoy indistintamente los indios del Yukón que habitan las poblaciones de *Rodokakat*, *Kaltag*, *Nuloyit*, *Nikulirkakat* y más de la mitad de los hijos de Nulato. Son los fieles del P. Jetté.

Dos veces al año salen a las pescas y cacerías de sus mayores, y permanecen quietos en el *Kayar* durante el invierno y el deshiele del Yukón. En todos tiempos el gran río, sus lagos y sus riachuelos pululan en peces, patos y gansos, y sus bosques en caza de varias especies; durante el verano vagarán en su busca para asegurarse con sus presas un invierno confortable. El misionero no puede dejarlos solos: en su canoa de motor sube y baja por el río buscando siempre los campamentos fluviales.

El P. Jetté tenía que recorrer un territorio que desde Nulato se extendía 180 kilómetros hacia arriba y más de 200 hacia abajo a lo largo del Yukón. Salió el 12 de julio, a medio día, pilotando su canoa *Petersborough*; iba acompañado de un joven indio, llamado *Kobalog*, y navegaban según la costumbre india, lo más pegado a la orilla, para evitar por un lado la violencia de la corriente y gozar, por otro, de una brisa continua rejuvenecedora.

Primer alto en *Tekenaloten*, donde dos mujeres solamente preparaban su internada: aprovecharon la ocasión y comieron caliente. Después en camino otra vez, empleando

ahora el segundo método de navegación común en todo el Yukón, dondequiera que sea violento el ímpetu de la corriente y las riberas confortables para poder caminar: consiste en ir andando remolcando tras de sí la ligera canoa. La costa, desde Nulato hasta la próxima villa, *Koyeqasten*, es áspera y montañosa, cubierta a veces de cantos rodados y áspera arenisca que no dejan caminar halando tras sí la barca; había que volverse de nuevo al río. Llegaron a un lugar donde existe una cueva encantada, según el sentir de los indios; el Padre tuvo interés en ver qué tenía de particular aquel antro y se dispuso a trasponer la angosta puerta de entrada. Su acompañante le agarró por un pie, diciéndole asustado: «¿A qué peligro se expone usted?» No le hizo caso ninguno y desapareció tras el agujero, con la consiguiente ansiedad del indio; pudo examinarla a su sabor, y, cierto, no halló señal de presencia alguna de espíritus.

Es que los espíritus, como queda dicho en otro lugar, tienen una importancia capital dentro de las creencias paganas. Es curioso el interés con que examinan toda pintura en la que aparezca representada cualquier clase de demonios: es que en ellas ven de un modo palpable esos seres de que han oído hablar tantas veces, y su curiosidad, excitada tan largo tiempo, viene a quedar en parte así satisfecha. El año antes había llevado del Canadá la Hermana María Estéfana dos cuadros que representaban la muerte del justo y del pecador, esta última con una buena representación de espíritus infernales; pues bien, la primera no les despertaba gran interés, mientras que la segunda les era objeto de un detenido examen: todos los detalles eran escudriñados uno tras otro, todos y cada uno de los demonios examinados con atención, sus diversas actitudes interpretadas con misterio; ¿cómo no lo iba a tener, pues, la caverna del Yukón?

Poco después llegaron al lugar donde vivía un hechicero o *chamán*, llamado *Kapsul*; no tenía gran influencia entre el pueblo, pues además de pertenecer a la segunda clase de chamanes que veíamos en un capítulo anterior, había sufrido serias equivocaciones que le restaban autoridad: terminado



Foto 124.—*Vista general de Nome en invierno.*



Foto 125.—*Los cristianos de Nelson, satisfechos porque ha vuelto el Padre.*



Foto 126.—*Tres niños simpáticos de Akulurak.*

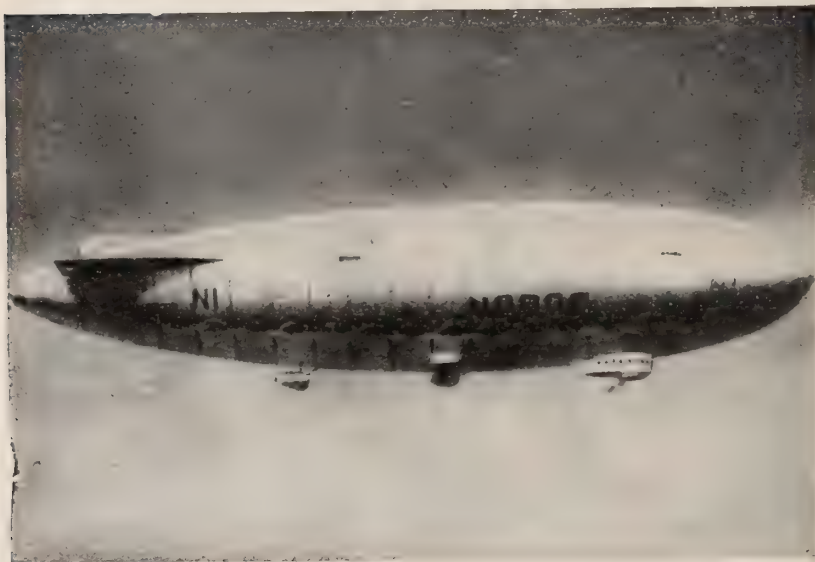


Foto 127.—*El «Norge» en vuelo hacia Teller*

el invierno todos estaban esperando la inundación del Yukón; Kapsul sentenció con autoritarismo que aquel año las aguas del río no subirían más; su fracaso fué rotundo: la inundación de aquel año, 1901, fué tan espantosa, que los habitantes de Nulato tuvieron que abandonar su moradas y acogerse con sus principales enseres a las colinas circundantes más elevadas. Los cristianos del lugar aprendieron prácticamente que el poder del *chamán* es un mito, y los indios del contorno empezaron, por lo menos, a desconfiar. Nuevos fracasos acabaron más tarde con todo su prestigio.

Así llegaron a *Koyeqasten*, donde determinaron pasar la noche. En este pueblecito, a unos 20 kilómetros de Nulato, hay unos cristianos buenos y fervorosos que recibieron al día siguiente la Comunión. Allí vivía una anciana venerable, cristiana modelo, aunque un tanto original; gozaba de gran autoridad entre su tribu, y su poder era absoluto: los Ten'as no tienen jefes. Se llamaba *Noidolan*.

Esta *abuela* original, como ella misma se llamaba, no había tenido ningún hijo, pero, sin embargo, había criado a diez, entre ellos a su propio marido: muerto su primer esposo, volvió a casarse con uno de sus antiguos *bebés*; a pesar de todo formaban un matrimonio modelo, aunque no se cumpliera en él el consejo de San Pablo de que la mujer esté sujeta a su marido. Todas las tardes reunía su tribu para rezar y dirigir las oraciones. Sobre el fondo en llamas del horizonte donde muere el sol, perfilábanse inmóviles aquellas siluetas morenas; parecía un asunto de magia.

Les regalaron con una regia comida e improvisaron en su honor una fiesta; estaban en el apogeo del salmón y era menester celebrar con un banquete la abundancia de la pesca. Debemos hacer notar que todo a lo largo del viaje, los indios fueron ofreciendo al misionero sus mejores alimentos y peces; los Ten'as son indios agradecidos, a pesar de que los blancos no suelen ser generosos, pues piensan que por el mero hecho de serlo, tienen ya recursos suficientes para *granjearse* una vida llena de comodidades y *confort*.

El domingo celebró Misa en la tienda más capaz del cam-

pamento, con sermón antes de comenzar, homilía después del Evangelio y fervorines antes de la Comunión; quizá no sea tan conforme al rito litúrgico esta división original de la homilía; de otro modo sería poco menos que imposible mantener la atención del auditorio; al contrario de los esquimales, si se les hablase más de treinta minutos seguidos se dormirían de seguro casi todos. Así son los Ten'as de las riberas del Yukón.

Después de la Misa pudo administrar la Extrema Unción a un pobre niño que se moría de consunción; expiró unos días después de salir el misionero.

Había determinado salir aquella misma tarde, pero un ventarrón violento que comenzó a soplar le impuso un pequeño retraso. Aprovechó el tiempo para echarles una plática según el método de Astete, con preguntas y respuestas: los actores eran el misionero, la abuelita *Noidolan* y su sobrino *Koltsik*; la concurrencia seguía con gran interés la escena, y es de suponer que sacarían algún provecho.

Después de cenar había amainado el viento, y el P. Jetté prosiguió por el río su jira veraniega; serían las siete y navegaron hasta las diez. Como estaban en pleno verano, la noche brillaba por su ausencia, y el sol, como sin querer trasponerse del todo, rondaba los cuatro puntos cardinales del horizonte antes de ocultarse por breves momentos. Habían llegado a una pequeña isleta que forma el Yukón, y en la que habían improvisado un campamento pesquero los naturales; dormían ya; envuelto por una nube de mosquitos llamó el misionero a una puerta, que se le abrió inmediatamente, y se echó también él a descansar. El día siguiente lo pasó adoctrinando a los fieles.

Prosiguiendo su camino atravesaron el río junto a las rocas hoy llamadas del Obispo, en recuerdo de Mons. Seghers, que fué en sus laderas asesinado. Llegaron a otro campamento fluvial que llevaba el nombre de *Naghaghadotilten*; comenzó las visitas y charlas con los conocidos. Uno de ellos estaba grave por un ataque de pulmonía: sus familiares, naturalmente, alarmados; el misionero llegaba a tiempo para

atenderle en el cuerpo y en el alma. En el mismo campamento había algunos enfermos más que quedaron sumamente agradecidos a la visita del misionero.

Pudo adquirir algunas medicinas de un blanco, amigo del P. Ragaru, y logró con ellas aliviar a los enfermos; al mismo tiempo bautizó tres nenes nacidos después de su última visita; oyó doce confesiones, y al día siguiente les dió la Comunión durante la Misa: tres comulgaron por primera vez. Hubiera querido quedarse con ellos todo el domingo, pero juzgó más oportuno dejarlos para que prosiguieran su pesca. La pesca del salmón es el tiempo más precioso para el indígena alaskano, y queda justificado el que trabajen los días de fiesta.

Por la tarde llegaron a *Kentotsitsten*, donde administró un bautismo más y se quedaron a descansar por la noche. El 24 por la tarde salieron para el puesto de *Kokrines*, un pueblo bastante grande, pero donde entonces no había sino dos familias, una de ellas cristiana en su totalidad; antes había sido cismática; bautizó dos niños, y con ellos el número de bautismos llegaba a diez.

Desde *Kokrines* salieron para el último puesto que tenían que visitar, *Tiltsa Nughoyit*, que los blancos, gracias al Padre Ragaru, habían cambiado por el nombre de *Mouse Point*. Este pueblecito era más protestante que católico, por las frecuentes visitas del ministro protestante de Tanana. Desde aquí volvieron directamente a Nulato, pues el P. Jetté tenía sumo interés en pasar con los demás misioneros el día de San Ignacio. Llegaron el mismo día 31 por la tarde (1).

4. La jira otoñal poco tiene que añadir a los incidentes propios de las excursiones veraniegas; en la anterior se había ceñido tan sólo a remontar las aguas del río en busca de campamentos pesqueros y a detenerse en los pueblos asentados en las riberas del río. En esta jira otoñal sigue la dirección contraria y baja por el río hacia el Sur, bien en su

(1) WL., 1902, 329-351. De una carta del P. JETTÉ.

ligera canoa, o a través de los eriales árticos al hacerse peligrosa la navegación, cuando comienzan a cabalgar sobre las ondas del río los primeros bloques de hielo que prenuncian la pronta llegada del tiempo invernal.

Como incidente típico de esta jira, cuenta la visita hecha al Campo de los Renos, con el fin de obtener los datos necesarios para el informe anual que debía mandar al Gobierno. La Misión de Nulato tenía entonces lo que no poseía ninguna otra Misión de Alaska, y quizá, quizá, ninguna Misión de la Compañía: un rebaño de renos. El Gobierno de los Estados Unidos había confiado por cinco años a la Misión un centenar de cabezas y un pastor apropiado con un sueldo de 500 dólares al año. La Misión, a su vez, se encargaba de buscar los ayudantes, uno, dos o más, según las necesidades. La única obligación de la Misión era devolver al Gobierno tantos renos como había recibido y en la misma proporción de machos y hembras; todo aumento pasaba a ser de su propiedad.

Tenía entonces, el cuarto año, 213 cabezas; para el año próximo pensaba llegar a 300; de manera que, devolviendo las 100 al Gobierno, quedarían unas 200 como propiedad auténtica de la Misión. Durante los cinco años del contrato tenía que enviar a Wáshington un informe detallado de cómo marchaba el rebaño. Por eso, el P. Jetté se desvió un poco de su excursión apostólica y se llegó hasta el Campo de los Renos, con el fin de recoger los datos necesarios; al mismo tiempo, atendería espiritualmente al pastor y sus ayudantes. Los renos que posee ahora la Misión alaskaña, y de los que hablaremos después en su lugar conveniente, tienen aquí su origen; es una buena ayuda para la Misión, a quien provee a sus tiempos de alimentos y vestidos.

Para llegar hasta el Campo tuvieron que dejar la canoa junto al río y emprender un ejercicio gimnástico agotador a través de los eriales árticos de la tundra: una llanura pantanosa que llega a perderse de vista, salpicada constantemente de puntitos negros, pequeños islotes herbosos que afloran a la superficie del agua. Con el consiguiente peligro de resbalar y hundirse en el cieno fueron saltando de mata en mata

con extremada prudencia. Tres horas de este pesado ejercicio dejan molidos los huesos al más fornido gimnasta. Así, contorneando aquí una pequeña laguna, vadeando allá un riachuelo perezoso, cruzando otro más allá con el agua hasta la cintura, y parándose de tiempo en vez a comer alguna mora refrescante de las que abundan en la llanura, o a respirar en campo abierto a todo pulmón, llegaron al Campo de los Renos.

Los días que se siguen se les van en visitar los diversos rebaños y confesar y dar la Comunión a sus respectivos guardas. Después, otra vez el ejercicio gimnástico hasta llegar al Yukón. Proseguía su excursión apostólica.

En el primer campamento le contaron los cristianos una anécdota interesante que había tenido lugar el invierno anterior. Se trataba de una conversación acalorada entre dos indios y un sacerdote ruso ortodoxo. Se habían encontrado con él en *Unalaklet*, adonde habían ido los indios en busca de provisiones; el ortodoxo les dijo que pensaba visitar en seguida a los indios del Yukón. Replicaron ellos que no tenían necesidad ninguna de su visita: «Tenemos sacerdotes propios que viven con nosotros, nos atienden con cariño, nos ayudan en nuestras necesidades y hacen con nosotros el oficio de padres queridos. Por eso creemos en sus enseñanzas y nos entregamos a ellos totalmente. Vosotros, en cambio, ¿qué hacéis? No os vemos nunca, no os conocemos, no os necesitamos.»

«Sois todos míos—les respondió el ortodoxo—; vuestros nombres están escritos aquí en mis notas de bautismos. No sois católicos, sois rusos. Los rusos os han bautizado a todos y cada uno de vosotros. ¿Qué provecho se os sigue de entregaros a otros?»

«Si vosotros nos habéis bautizado, ¿por qué no os acordáis de nosotros después? Nos habéis bautizado y después necesitáis de nosotros que no os vemos la cara jamás. ¿Es que es este el modo de tener cuidado de nosotros? En cambio, estos otros sacerdotes, que no nos han bautizado, están con nosotros, nos visitan con frecuencia, nos dan medicinas en

nuestras enfermedades, enseñan a nuestros hijos y son más bondadosos y cariñosos con nosotros que vosotros que nos habéis bautizado. Creednos—insistieron—, perderíais el tiempo y la paciencia si quisierais ir al Yukón; nadie os hará caso.»

Así era; los cismáticos se iban persuadiendo, bien a su pesar, que había otros extranjeros que les minaban el terreno; no podían competir con los misioneros católicos en sacrificio, trabajo, bondad y cariño con los indígenas del Yukón. Resultado necesario de tan diversa actuación había de ser para el clero ortodoxo ir ensayando una paulatina retirada: lo confirman las ruinas de capillas ortodoxas a lo largo del Yukón.

El día 3 de octubre liaron de nuevo el equipaje y, acomodados en su barquita, remontaron el Yukón camino de Nulato. Dos días y medio tardaron en salvar los 120 kilómetros que los separaban de la Residencia central (1).

Así es el apostolado durante los meses de verano y otoño: con el altar portátil en su barquilla, se visitan las pesqueras más concurridas, logrando así que la inmensa mayoría reciba los Sacramentos y escuche una platiquita que los levante un poco sobre el nivel material de redes y salmones. Algunas pesqueras están muy concurridas y, naturalmente, abunda en ellas la embriaguez más de lo justo. Si el misionero no da un vistazo de vez en cuando, el nivel moral de esas pesqueras baja hasta lo increíble. En cambio, basta que se les visite un par de veces para que el nivel se mantenga un tanto elevado.

Quedan, sin embargo, muchas familias perdidas en toda esa red de ríos y arroyuelos, que no tienen oportunidad de ver al misionero en todo el verano. Este se pasa pronto, los campamentos fluviales se levantan, comienza a soplar el viento helado y glacial, cada familia retorna a su choza y la nieve espesa comienza a descender en copos apiñadísimos para sepultar el terreno en un sudario sin fin. Volvemos a las nieves

(1) JETTÉ: *WL.*, 1907, 274-290.

eternas, a las jiras en trineo, arrastrado por una trailla de canes. Ocho, nueve meses, a veces más; es la Alaska auténtica, el país de los eternos hielos.

5. Así se ejercita el apostolado en aquellas soledades, tanto en los meses crudos del invierno, como en los más soportables del otoño y del estío. Y ahora cabe preguntar: ¿Pero los esquimales, una vez convertidos, estiman el sagrado tesoro de las nuevas creencias? Los misioneros nos dicen que sí, y que lo demuestran en los largos viajes que emprenden para venir al centro de la Misión en las festividades de Semana Santa y Navidad, en el valor con que saben resistir a las falsas persuasiones de los protestantes, en la firmeza y respeto con que han guardado sus creencias pueblos que durante largas temporadas han permanecido incomunicados con sus misioneros.

¡Y cuán dura y erizada de dificultades se les presenta la labor evangelizadora de estos pobrecitos! Y eso, ¿por qué? La razón es muy sencilla: teniendo poquísimas ideas en su cabeza, no pueden, como es natural, seguir siempre las explicaciones sagradas. Cuántas veces piensa el misionero que los oyentes van siguiéndole en sus instrucciones, y tiene que comprobar apenado en el decurso de la explicación que no tienen ni la menor idea. He aquí el porqué de que algunas verdades religiosas sean tan difíciles de entender para aquellas cabecitas vacías. ¿Lo queréis ver?

Quiere exponer el Padre la Parábola del *Buen Pastor*; pero... si aquellos pobrecitos en su vida han visto una *oveja*; preguntadles, al enseñarles alguna estampa del Buen Pastor, qué es lo que lleva en sus hombros, y os responderán sin vacilar: es un *perro*; y viene la dificultad de que ellos no ven razón ninguna que les haga amables los perros. ¿Qué hacer, pues? No queda otro remedio que pintarles la figura de un guarda de *renos*, llamando de esa manera al Buen Pastor, y exhortarles a ser buenos renos de tan buen Guardián.

Otro tanto les acontece con el misterio de la Eucaristía; y ¿qué de extraño tiene, si jamás han visto un racimo de

uvas, y hasta hace unos años no más les era del todo desconocido el pan?

Cuando a veces con una máquina portátil de cine mudo presenta el misionero películas matusalénicas con escenas a propósito para entretener a la rapacería, es curioso observarles, con los ojos clavados en el telón, comentando a voces y risadas lo que ven, y disfrutando más que el sibarita mejor entretenido.

Son incapaces de seguir el hilo de la historia. Tampoco sabrán apreciar situaciones que recrean el entendimiento. Ellos se reirán porque el hombre de la pantalla es o muy gordo o muy feo, o porque el caballo da una coz, o porque dos hermanitos se tiran de las orejas y la madre pone fin a la riña con un par de cachetes a cada uno (1).

Después de haber enterrado a uno de sus compañeros, preguntó el Padre cuántos querrían morirse aquel mismo día, y vió con asombro que todos levantaban el dedo y respondían a coro:

—¡Yo!

Son demasiado obtusos para hacerse cargo del significado de la muerte. Nómadas por naturaleza, les gusta viajar y cambiar de vivienda; para ellos la muerte es una ocasión admirable de viajar a la eternidad, donde, sin duda, le esperan a uno sorpresas a granel (2).

En cambio nos ganan a los cultos en un suceso de actualidad: la guerra. La guerra, y en esto sí que aventajan al mundo civilizado, es algo que no les cabe en el magín. Es cierto que no les preocupa gran cosa lo que pueda ocurrir allá en el exterior, pero con todo no dejan de preguntar de vez en cuando si siguen pegándose los blancos y cuál de los dos bandos es el que se lleva las mayores ventajas. Por otra parte, la guerra la conciben a su modo: ¿combaten con fusiles de verdad como los que emplean ellos en la caza del caribú trashumante? ¿Tendrán que pagar los cartuchos? ¿Dis-

(1) LLORENTE: *AB.*, 105.

(2) LLORENTE: *AB.*, 189.



Foto 128.—*Habitaciones isleñas en las costas roquizas de King Island.*



Foto 129.—*P. Lafortune, el héroe de King Island.*



Foto 130.—*El P. Julio Jetté*



Foto 131.—Grupo de Religiosas de Alaska en invierno.



Foto 132.—Bajo el cuidado de las Religiosas se prepara el salmón.

pararán de verdad unos contra otros? Son preguntas auténticas de los esquimales a un misionero de la bahía de Hudson.

Pensativo y preocupado, incapaz de asimilar estas ideas, no sabe sacar de su cerebro esquimal sino esta significativa conclusión: *¡issumakrarunghaertut*: han perdido la cabeza!

Ellos, que no conocen los límites de su propiedad común, que no pueden violar jamás las posesiones de un propietario ajeno porque no los hay, que caminan jornadas enteras sin encontrar rastro siquiera de persona viviente que perturbe su paz secular, no conciben, no pueden concebir que por unas pulgadas de terreno se odien las naciones hasta el punto de pretender el aniquilamiento total del adversario: *¡Issumakrarunghaertut*: han perdido la cabeza!

Sabido es que en Alaska no hay provincias, ni municipios, ni gobernadores, ni alcaldes. En otras regiones bárbaras del Continente—aun en las más bárbaras—hubo y hay caciques, como lo atestiguan las Montañas Roqueñas y las tribus de Hispanoamérica. Aquí no hay tribus ni caciques, ni habrá jamás. Alaska pertenece por igual a todos y a cada uno de los que en ella tienen la gloria de nacer, y ninguno tiene derecho a imponer su voluntad a nadie.

El Gobierno yanqui ha dividido la península en cuatro territorios judiciales, poco menos que imaginarios, y en cada uno ha colocado un policía con un aeroplano a su disposición y con plenos poderes para multar y encarcelar borrachos y criminales. En las ciudades mineras del Sur, habitadas casi exclusivamente por blancos, hay ya alcaldes y policías como en cualquier ciudad norteamericana; pero los esquimales genuinos del Yukón ignoran la existencia de dichas ciudades, que para ellos son como si estuvieran en Australia o en la Patagonia.

Dedúzcase de todo esto la dificultad que tiene que vencer el misionero cuando quiere predicar sobre Cristo Rey, sobre los Reyes Magos, sobre la autoridad legítima constituida y otros temas similares. Sin embargo, valiéndose de grandes cuadros y láminas catequísticas bien detallados que suplan lo que falta a su escasez ideológica, y sobre todo con la gracia

del Señor que se derrama en abundancia sobre su buena voluntad, se logra al fin que puedan comprender nuestras verdades religiosas (1).

A tres capítulos reducía el P. Perron los obstáculos que más se oponen a la labor del misionero, los tres de orden moral. Es *el primero* la incuria y descuido innato de los indígenas, a quienes con dificultad se les puede inducir a hacer un esfuerzo y cambiar de vida: parecen incapaces de hacer una promesa formal y más incapaces aún de cumplirla. *El segundo* es peor aún, y proviene de los blancos, que traen consigo abundancia de licores para vender a los indígenas: su permanencia en Alaska es una gran piedra de tropiezo, para las jóvenes sobre todo, que ya de su parte no tienen gran idea de prudencia y moderación, y, aun sin malicia, se echan ellas mismas, sin pensar, en el peligro.

Refiriéndose a esto mismo escribía en 1900 el pacífico y dulce P. Lucchesi, lleno de insólita indignación: «ya podían marcharse también estos bárbaros que se dicen civilizados; ellos son los que traen aquí, con el uso de sus licores y con la desvergüenza más descarada, la corrupción y la ruina de los indígenas. ¡Cuánto mal han causado! Los indios eran antes sencillos, parcos, contentos con su pescado seco y obedientes a todo; ahora quieren imitar a los blancos, nada les satisface; y después, es un escándalo ver a todos estos hombres modernos, paganos sin una práctica de religión y más parecidos a brutos animales que a seres inteligentes dotados de razón.»

El tercer capítulo de obstáculos en la evangelización proviene de la común cohabitación que llevan muchos indios en una misma morada. Para remediar este inconveniente, abrieron desde un principio los misioneros varias escuelas, a fin de educar convenientemente a los niños de ambos sexos por separado, bajo la diligente colaboración de Hermanos y Religiosas (2).

(1) F. M. MÉNAGER, S. J.: *Nel regno delle Foche*, en *MCG.*, 1931, 410.

(2) TOST: *O. c.*, 131.

6. A pesar de todo, el Evangelio ha ido ganando terreno, y los misioneros se consuelan al ver cada día aumentar el número de sus cristianos.

Por eso escriben esperanzados al sentir que sus fieles responden al llamamiento de la gracia. ¡Es para ellos un consuelo tan grande! Ved cómo se expresan: «Los domingos—dice el de *Nulato*—son algo digno de verse: una o dos horas antes de que comience la Misa, van llegando agua arriba y agua abajo barquillas y lanchas cargadas de seres humanos que de varias leguas a la redonde vienen a oír Misa a la Misión. La algarabía que arman es indescriptible. Ya en Misa, cantamos infaliblemente todos los domingos la Misa gregoriana, y la cantan todos: hombres y mujeres, grandes y pequeños, niños y viejos. Tal es el fruto de largos años de labor. Y aquí sí que cumplimos aquel mandato del Señor de evangelizar a todas las naciones hasta las últimos confines de la tierra.»

«Una prueba más del fervor de mis fieles—escribe el de *Kashunak*—la tuve el día de Navidad; expúseles en la plática cómo el Niño Dios venía a este mundo para salvar a todos los hombres, y no sólo a los de *Kashunak*; que a imitación, por lo tanto, de los que acá y allá nos habían ayudado a fundar esta Misión, debíamos también nosotros ayudar a los demás, para que también ellos pudieran ser participantes de la misma gracia; de ese modo contribuiríamos también a conseguir el sublime fin para el cual Jesús se había hecho Niño.

No habían transcurrido aún veinticuatro horas, y ya los caros feligreses de mi pueblecito me habían entregado en pescado y otros productos su óbolo para la obra misional; a siete dólares y medio subió la colecta, cantidad que ciertamente sería una insignificancia para los blancos, mas no así para mis esquimales, que, salvo poquísimas excepciones, son todos pobrísimos, y aun los mejor acomodados es bien poco lo que tienen. Sin embargo, esa pobreza les es una gran ayuda para mantenerse fieles a su Dios» (1).

(1) JUAN FOX, S. J.: *Un viaggio avventuroso*, en *MGG.*, 1931, 130.

Y el P. Hubbard (1) añade: «He pasado la Pascua en *Akulurak*, en pleno país esquimal. Ciertos exploradores modernos, que muchas veces buscan más la sorpresa del público que relatar la verdad, propalan que los esquimales son groseros y degenerados, sin que llegue a encontrarse entre ellos rastro alguno de civilización. Ciertamente, habrá en Alaska, lo mismo que en otras partes, aun en las más modernas y populosas ciudades, gente inmoral, viciosa y degenerada. Pero, por lo que a mí toca, puedo decir que los esquimales que he ido encontrando en mis largos viajes son gente pacífica y delicada, con una moral y vida religiosa elevadísima, más intensa aún, iba a decir, que la que he podido observar por otras partes en mis diversos viajes.

Familias enteras de esquimales llegaban en trineos a *Akulurak* desde el fondo de sus estepas inmensas, para asistir a las funciones de la Semana de nuestra Redención. Ya los misioneros habían ido recorriendo durante el invierno sus cristiandades, para que pudiesen todos cumplir con sus deberes de cristianos; sin embargo, no habían dudado emprender un viaje de cinco y seis días en trineo para volver a recibir la Sagrada Comunión el día de Pascua. También aquí la fe se mantiene viva, como en otro tiempo entre los cristianos de los primeros siglos de la Iglesia» (2).

7. Con estas muestras de fervor cristiano se sienten los misioneros largamente compensados de sus fatigas y trabajos en pro de las almas. ¡Qué contraste más consolador ofrecen a sus ojos estos esquimales, cristianos fervorosos, que ayer contemplaran formando parte del número de aquellos indígenas viciados que describíamos en los primeros capítulos! Los cristianos de Alaska son para el misionero alaskéño

(1) El P. Bernardo J. Hubbard, S. J., director de la Selección de Geología de la Universidad de Santa Clara (California), fué enviado a Alaska en 1931 para filmar las escenas invernales de los misioneros en aquellos páramos solitarios. Para sacar un film verdadero y real, recurrió al medio más apropiado: hacer lo que hacen los misioneros. Algunas de sus impresiones son las que aquí anotamos.

(2) HUBBARD: *Il Pretre dei ghiacciai*, en MCG., 1932, 56.

lo que eran para el Apóstol de las Gentes sus primeros convertidos: *gaudium et corona mea: su gozo y su corona*.

Aquí a la vista tenemos una carta del P. Llorente; vuelto a los Estados Unidos, después de dos años de apostolado entre las nieves, para hacer la Tercera Probación, escribe a su hermano desde una de las más populosas ciudades de la República Federal, donde, acostumbrado al eterno silencio de los hielos, el ruido de los autos no le dejaba pegar ojo en toda la noche; y en medio del *confort* moderno que le ofrece la civilización de nuestros días, estampa así en el papel sus sentimientos de apóstol: «Voy al hospital—dice—a sustituir al Capellán, que desea descansar en el campo un par de días. Me dan un cuarto regio; con sofás, en los que me hundo hasta las orejas... Una Hermanita de setenta y cinco años, que cuida de mi cuarto, me trae a ratos uvas doradas y ciruelas negruzcas muy maduras.

Comparo este trato al que se me dió cuando vivía vida de judío errante en Alaska, comiendo pescado ahumado, y... se me llena el espíritu de añoranzas. En algunos ratos de ocio me pongo a tararear algunas tonadas que me enseñaron en Akulurak, y que tocaba yo luego con el acordeón..., y se me llenan de agua los ojos. Yo pertenezco a Akulurak. Yo no quiero sofás, ni uvas doradas, ni ciruelas maduras, ni camas blandas, ni atenciones inmerecidas. Yo quiero pescado ahumado y trineo y dormir en el suelo con los esquimales y cantar con ellos tonadas al son del acordeón» (1).

¿Y cómo no va a sentirse orgulloso el misionero cuando ve que sus hijos son intachables en su vida cotidiana y verdaderamente delicados de conciencia, libre aun de las manchas más leves de pecado?

Su devoción tierna y afectuosa déjase traslucir en sus continuos obsequios al Corazón Divino de Jesús, cuyo escapulario ostentan orgullosos en su pecho; y todos los viernes primeros de mes los contemplará chorreando devoción reunidos en torno al altar, deleitándose en cantar mil loores y ala-

(1) Carta de agosto de 1937.

banzas al Rey de Reyes, cuya pobre mansión alaskaña procurarán con frecuencia visitar. También el Rosario es para ellos un tesoro; cuántas veces, visitando el Padre a sus enfermos, ha encontrado reunida a toda la familia rezando su Rosario en derredor del paciente. Esto les ensancha el corazón y hace que amen a sus fieles con verdadero amor paternal (1).

Si aun para sus juegos y fiestas quieren contar con la aprobación del misionero: «Mientras pergeñaba estas líneas—escribe el P. Fox—llamaron a mi puerta varios hombres de la vecindad. ¿Qué querían? Al momento me lo supuse: era aquel el último día de la serie de festejos y danzas habidas, como es costumbre de estas gentes, durante dos semanas enteras, y venían a pedirme cambiase la hora del Rosario y demás oraciones vespertinas (a las seis en vez de las siete y media), y lo mismo de la Misa del día siguiente (a las ocho y no a las siete, como era costumbre), porque los festejos habían de durar durante toda la noche, y no querían perder ambas funciones religiosas.

Mostréles en un principio cierta dificultad; pero después, considerando la inocua naturaleza de sus juegos y danzas (2), accedí a su petición, a condición de que no faltase nadie a la función religiosa, mostrándome así con su fervor que semejantes diversiones no acarrean daño ninguno a sus almas» (3).

En fin, los misioneros se sienten contentos; y aunque su ingente trabajo no rinde en conversiones lo que en otros países pudiera rendir, logra al menos que los pocos indígenas que van ganando para la causa de Dios sean cristianos fervorosos. Por eso, lleno de consolación dice el P. Lucchesi: «Para nosotros, viejos operarios ya en la viña del Señor, es un consuelo muy grande ver cómo se multiplica el número

(1) MÉNAGER: *Nel regno delle Foche*, en *MCG.*, 1931, 411.

(2) Es aquí el baile la diversión más inocua que se puede imaginar: consiste en una especie de pantomima en la que los bailarines han de mantener sus pies en completo reposo, y mover con cierto ritmo manos, brazos y cabeza. El único defecto que se le pudiera oponer es que roban un tiempo precioso que pudieran emplear en sus cazas y pescas. mejorando de ese modo su condición pecuniaria.

(3) Fox: *Un viaggio avventuroso*, en *MCG.*, 1931, 130.

de misioneros, y admirar a tantos jóvenes venir en alas de su celo apostólico, rebosando valor y confianza. También la helada Alaska goza los frutos de su fervor misionero. ¡Qué cambio se ha operado ya, y sigue operándose, en unos años! (1).

Los pocos y mal instruidos cristianos de antaño—prosi-gue el P. Lucchesi—forman hoy cristiandades fervorosas. Las numerosas iglesitas y capillas que, gracias a la generosidad de nuestros caros bienhechores, surgen acá y allá en los centros más importantes de estas heladas estepas, permiten al misionero visitar y juntar con cierta frecuencia a sus dispersas ovejas para apacentarlas con la doctrina y los Sacramentos. Hoy, en vez de ir corriendo continuamente a través de las nieves, puede el misionero vivir en su modesta casita, pegada a la escuela, y contemplar complacido el fervor de sus neófitos esquimales. ¡Es un consuelo!» (2).

(1) El P. Gian Luca Lucchesi, llamado «el querido santo del río Yukón», murió el 30 de noviembre de 1937, después de casi cuarenta años de trabajos y sacrificios entre indios, esquimales y blancos; tenía al morir ochenta años.

Había nacido en Génova el 19 de octubre de 1858, donde estudió sus primeras letras y entró en el Seminario. El 19 de julio de 1891, ya sacerdote, entró en la Compañía de Jesús a los treinta y tres años. En 1892 y 1893 estuvo en Génova consagrado a Misiones populares y dirigiendo asociaciones católicas. Después pasó unos años a Bastia; en el otoño del 97 desembarcaba en los Estados Unidos. En 1898 fué destinado a la casa de Holy Cross, donde se dedicó al estudio de las lenguas india y esquimal. Desde entonces consagró ya toda su vida al servicio de los esquimales, sobre todo el Bajo Yukón.

Estuvo veinte años en Holy Cross, catorce en Akulurak, dos en Mt. Village, uno en Nulato, uno en Pimute, uno en Pilgrim Springs y uno en Hooper Bay. Gobernó la Misión como Superior Regular en dos ocasiones: de 1909 a 1914 y de 1930 a 1931.

Era un misionero infatigable. Aun con sus setenta años encima guiaba él mismo la trailla de canes y les trazaba él mismo la pista en más de una ocasión. Tuvo que dormir frecuentemente al cielo raso en sus jiras apostólicas, cubierto con una piel de alce y varios centímetros de nieve, que le conservaban el calor durante sus horas de sueño. En su largo y duro caminar solía repetir en alta voz: «Mirad cómo el Señor en su Providencia ayuda amorosamente a estas almas.»

Descansó en el Señor el 30 de noviembre de 1937 en la casa de Holy Cross, y allí en su cementerio esperan sus restos venerandos la resurrección de los justos.

(2) LUCCHESI: *Frutti della Preghiera e del Sacrificio*, en MCG., 1934, 405.

8. Y conforme con este modo de vida, debe ser el carácter que ha de procurar tener el misionero. Medio en broma medio en serio describe así el P. Llorente las cualidades que deben adornar al misionero de Alaska: *Estudios bien hechos*, pues no ha de encontrar a mano un profesor salomónico o un moralista profesional que resuelva dudas y casos de conciencia; porque hay que tener en cuenta que en las Misiones se presentan casos enredosos y más inverosímilmente enmarañados que los inventados por los mismos moralistas. *Paciencia* en abundancia, pues de lo contrario los esquimales huirán aterrados sin atrever a presentarse ante el misionero, que se impacienta ante sus mil extravagancias. Cuántas veces preguntará el catequista qué va a responder a los que le preguntan si el Padre puede decir la Misa sin vino; pues es cosa dura y ardua predicar a la continua contra la borrachera nefanda, y luego beber vino en la Misa así en público ante la atónita concurrencia; eso es más de lo que los esquimales pueden aguantar.

Afición a la fotografía para poder complacer a los admiradores y bienhechores de fuera con fotos abundantes que les presenten al vivo lo que se les dice por cartas. *Fidelidad en la correspondencia*; la razón es bien clara: si el misionero no escribe, tampoco nadie le escribirá; y si nadie le escribe, se verá de la noche a la mañana solo, huérfano, abandonado, desligado de la patria y de los amigos, y se aburrirá y pasará ratos horribles en medio de la vasta soledad que le acongoja. Escribir, sí, escribir y mucho, pero no de mal humor; hay que desterrar el pesimismo; el misionero ha de sembrar optimismo siempre y mostrar continuamente a los demás su buen humor y contento, aunque tenga después que sufrir a solas tragos a veces muy amargos; el que tenga carácter pesimista, y no acierte a ver más que el lado triste de las cosas. ése que se despida de las tundras alaskeñas, no está cortado para misionero boreal; como tampoco lo está el de conciencia escrupulosa, pues ha de pasarse los meses, incluso los años, sin ver a su lado a otro sacerdote misionero, ente-



Foto 133.—Sala de recreo en el colegio de Religiosas de Akulurak.



Foto 134.—La cruz en el Polo Norte.



Foto 135.—*En los rapaces de Alaska nunca falta el buen humor.*

rrado entre nieves perpetuas, endurecidas por las heladas y apelmazadas por el huracán.

Y en Alaska sobre todo se hace necesaria *una vida intensa de Sagrario*, pues notará bien pronto que no bastan ni la correspondencia, ni las conversiones, ni los esquimales para hacerle hombre feliz; será bien al contrario infeliz, vivirá días aciagos y meses amargos y miserables si no tiene la dicha de intimar mucho con Jesucristo. Para el misionero tiene que ser Jesucristo la luz que ilumine sus ojos, el aliento que le sostenga en la vida, el motivo que impulse sus acciones, el amigo a quien confíe sus cuitas, la piedra filosofal que le convierta en dulzuras todas las hieles inherentes a la vida en las lomas del Polo Norte. Tal es y debe ser la silueta escueta del misionero solitario de las campiñas nevadas (1).

El P. Lucchesi, por su parte, nos hace esta descripción en la carta del 1 de enero de 1906: «El que venga acá y quiera hacer algo, ha de tener facilidad para las lenguas, salud robusta, cabeza serena y práctica, ingenio para vivir y viajar solo con su Angel de la Guarda, habilidad para viajar en invierno sobre nieve y hielo con raquetas y un frío intensísimo, y en verano en kayak o en canoa, cuya sola vista hiela la sangre, rodeado de mosquitos a millares. Y todo eso para darse por contento de encontrar dos, tres, cinco indios, instruirlos algo si quieren ellos y escuchan (que no lo hacen siempre), y comer un trozo de pescado ahumado. ¡Este es el misionero de Alaska! Pero ¡cuán difícil en la práctica! Salud—virtud—sentido práctico de la vida—prudencia—celo—humildad—paciencia, etc. Difícil es encontrarlo todo junto en un hermoso ejemplar (2).

9. Este apostolado misionero complétase con la labor escolar. También en Alaska hay escuelas: esos niños esquimales, rechonchos y juguetones, son precisamente los que constituyen las esperanzas del misionero para el porvenir. Por

(1) LLORENTE, S. M.: Enero 1941, 23-27. *Una carta de envergadura*.

(2) A. LUCHETTI: *Gesuiti Genovesi, Missionari in Alaska*, 168.

eso, cuando en 1928 se vieron amenazadas nuestras escuelas por el Gobierno americano, sintieron los misioneros que les tocaban las fibras más íntimas del alma; corrían grave riesgo de desaparecer, porque el Gobierno comenzaba a levantar escuelas en todos los puestos de mayor importancia en la península. En adelante todos aquellos angelitos educados en la Misión podrían estudiar en sus propias localidades; y la educación que recibieran en aquellos centros ¡sería tan inferior a la que se les daba en las escuelas de la Misión Católica! (1).

No ha faltado, sin embargo, quien haya creído excesiva tanta instrucción a niños que han de vivir de la caza y de la pesca, o extrayendo mineral en un ambiente tan vacío de cultura y nobles ideales como pletórico del más crudo y abyecto materialismo. A esto podríamos responder que dar a sentir lo hermoso es obra de misericordia, y que el que ha aprendido a distinguir de lo delicado lo vulgar, lo feo de lo hermoso, lleva hecha ya media jornada para distinguir lo malo de lo bueno.

La Iglesia Católica es esencialmente maestra y educadora; quiere a sus hijos instruídos y doctos, y sus ministros llevan consigo, al par que la religión verdadera, la cultura y el saber, diluídos en máximas de armonía y orden.

Ni que decir tiene que la parte religiosa lleva, naturalmente, la preeminencia sobre todas las demás, y que a la Misa diaria y comunión semanal, al rosario en común y a las horas de catecismo, se añaden los Ejercicios de San Ignacio acomodados a sus alcances y con todas las formalidades de silencio y quietud exterior. Desde un principio se les inculca la piedad y el temor de Dios. Los sábados ofrecen sus obsequios a la Santísima Virgen, y los viernes están dedicados al culto del Sagrado Corazón. En todas, ya estén bajo la inmediata dirección de Religiosas, como sucede en los puestos de más importancia: *Holy Cross*, *Akulurak*, *Pilgrim Springs*, etc., ya a cargo de catequistas bajo los auspicios del misionero, va

(1) J. M. PIET, S. J.: *Alaska, General News*, en *NM.*, vol. II, 69.

notándose ese resultado consolador que forma la delicia de nuestros Padres.

Nadie tan apto para imbuir a los niños en estas delicadezas de espíritu como las Religiosas. Jamás se les borran a los huérfanos de Holy Cross las tiernas escenas de sus infantiles años, pasados en aquel cálido nido bajo el amparo de aquellas Madres, que les querían y acariciaban; en verdad que es inmenso el cariño que las Monjas les profesan. Ni deja de haber en ello un plan preconcebido: con sus solicitudes maternas, con ese cariño que Dios puso en el corazón de la mujer y que realzan ellas con su virginidad, atentas a que en los niños no se arraigue la apatía, la desconfianza, la frialdad, hijas todas de la orfandad, procuran por todos los medios depositar en aquellos tiernos corazones semillas de amor, de cariño afectuoso que llene el vacío del de la madre, porque saben que criar a un niño sin cariño y sin amor, es criarlo para la cárcel y el presidio.

Además allí se enseña a las niñas a manejar la aguja desde el simple remiendo hasta las más finas labores de bordado; y niños y niñas, todos aprenden suficientemente el inglés, geografía, matemáticas, ortografía, música, historia sagrada y profana (1).

10. Aun los adultos quieren aprovecharse de nuestras escuelas. Escribía en 1931 el misionero de *Kashunak*: «Acabamos de fundar esta escuela de Kashunak, y ya los 40 niños que la frecuentan, después de siete meses de curso, han aprendido a leer, escribir y contar, más la suma, resta y multiplicación. También los viejos se quieren aprovechar; es por demás divertido el espectáculo de verles forcejear para escribir sus propios nombres, copiados antes por mí delante de sus ojos. Mas ni por esas: empiezan unos por la mitad de la palabra y de derecha a izquierda, como los chinos; otros comienzan bien, por el principio, pero escriben las letras al revés. Se ve que voy demasiado aprisa para que pue-

(1) LLORENTE: SM., 1931, 264.

dan fijarse bien por qué parte comienzo a escribir» (1).

La importancia que tiene en esta Misión la labor escolar, no necesita de pruebas: siendo extremadamente difícil la labor apostólica en aquellos inmensos eriales, sólo la enseñanza en las escuelas será el medio más apto y eficaz para formar hoy a los que han de ser mañana los padres de familia que eduquen a sus hijos por el camino del cielo. Sólo así podrá hacerse de Alaska una parte del Reino universal de Jesucristo.

Abrióse la primera escuela el año 1888, dos años después de iniciada la Misión, y hoy podemos dar la siguiente estadística escolar: Dirige la Misión: 10 escuelas de párvulos con 343 niños y 367 niñas; siete profesionales, con 51 alumnos y 69 alumnas. Las más importantes se hallan en *Holy Cross*, *Akulurak*, *Pilgrim Springs* y *Skagway*, que suman en total 182 alumnos y 212 alumnas. Donde aún no se ha podido abrir una escuela vense forzados los niños católicos a frecuentar las del Gobierno. Sostiene éste para el elemento indígena escuelas inferiores en 103 localidades, con 206 maestros y 4.560 alumnos (católicos, 900); una escuela superior con 122 (católicos, 5), y una profesional con 130 (católicos, 7). Para los blancos tiene 88 escuelas elementales, con 4.461 niños (católicos, 1.465), y 17 colegios con 968 (católicos, 170). Los protestantes apenas tienen, y sus adeptos frecuentan las del Gobierno (2).

Más adelante, cuando hablemos, en el capítulo próximo, del Orfanato de Holy Cross, completaremos con nuevos datos la labor de nuestros misioneros en el terreno de la enseñanza.

Ya en los primeros años de la Misión lo reconoció públicamente el protestante Wert en pleno Senado. Era hacia el año 1890: «Los misioneros católicos—decía—y los Jesuitas poseen el secreto de hacer buenos a los salvajes, mientras que los muchachos que salen de las escuelas protestantes salen hechos unos viciosos, unos ladrones y unos deshonestos» (3).

(1) Fox: *Un viaggio avventuroso*, en MCG., 1931, 130.

(2) NM., vol. VIII, 83, *Alaska*.

(3) Tosi: *L'Alaska e i suoi primi esploratori*, 52.

Veamos ahora una nueva fase de apostolado con los emigrados de estas regiones.

11. En Alaska no hay sólo indios y esquimales; dijimos que pasan de 28.000 los blancos; con ellos trabajan también los misioneros desde 1895. En un principio no atraía Alaska más que a algún raro viajero y a los comerciantes de pieles; nadie podía sospechar entonces las riquezas que yacían ocultas en las entrañas de aquellas soledades. Región cruda si las hay, fríos intensos y duraderos, ríos congelados hasta dos y tres metros de profundidad, más de metro y medio de nieve helada sobre el suelo.

Durante ocho meses enteros permanecen los puertos bloqueados por los hielos, siendo tan sólo en verano posible la circulación hacia Vancouver. Más, en los comienzos de la Misión no recibían los misioneros más que un correo por año; y lo que los mapas señalaban como pueblos, venían a reducirse a cuatro o cinco cabañas separadas entre sí por varios centenares de kilómetros. La población total apenas si llegaba a los 25.000. En el litoral, *esquimales* dedicados a la pesca; 1.500 *indios* en las Aleutinas, *Ten'as* y *Thinklets* en el interior, y en los archipiélagos costeros en torno a la capital, Juneau, unos cuantos americanos y europeos (1).

En 1895 se amplía un tanto el apostolado. Prolóngase el Sur de Alaska en una banda estrecha, accidentada y montañosa, bordeada por un tupido archipiélago de pequeños islotes. Habíanse descubierto yacimientos de oro, y en un momento comenzó la abigarrada afluencia de aventureros; mezclados entre esa turbamulta confusa y compacta, venían también algunos católicos, a quienes era menester atender, para que no olvidaran su fe, deslumbrados quizá por el brillo del oro.

En seguida nuevos descubrimientos auríferos: en 1895 en el Yukón, en 1896 en el Klondike, límite oriental de Alaska. También hacia allá comenzó a desbordarse una avalan-

(1) A. BROU, S. J.: *Cent ans de Missions*, 44.

cha tal de aventureros, que, sin querer, hacía recordar la efervescencia californiana o australiana de otros tiempos. En unos meses surgían del suelo como por encanto efímeras ciudades, pletóricas de vida y actividad, que poco después volvían a desaparecer de nuevo.

Había que plantar también allí la enseña bendita de la Cruz.

12. Situado el Klondike en posesiones inglesas, teóricamente dependía de los Padres Oblatos de la Colombia Británica. ¡Pero se hallaban éstos tan lejos! Establecióse un convenio provisional entre ambas Misiones, y varios Jesuítas de Alaska partieron a organizar un comienzo de apostolado. Héroe de la Misión fué el P. William Judge, que al morir en 1899 dejó entre aquellos aventureros gran fama de santidad (1).

Supo de tal manera ganarse la voluntad de aquellos mineros, que al correrse más tarde hacia el Estrecho de Behring, en 1900, pidieron en seguida otro Padre, ofreciendo para ello en Nome amplio terreno para una iglesia con su residencia.

Ni podía ser menos, pues su labor sacrificada y benéfica todo se lo merecía. Había nacido el P. Judge en Baltimore (Estados Unidos), el 28 de noviembre de 1850, de familia piadosísima y que gozaba de buena posición. Terminada su carrera brillantemente, le ofrecieron una buena colocación como arquitecto, pero él lo sacrificó todo con entusiasmo para entrar en la Compañía de Jesús en 1875, a los veinticinco años de edad.

Más adelante sus estudios de arquitectura le habían de ser utilísimos en su vida de misionero, para construir residencias, hospitales y capillas. Ordenado de sacerdote, pidió con insistencia la recién fundada Misión alaskaña, llena de ensueños y heroísmos; y el año 1890 le encontramos ya en Holy Cross en compañía del P. Tosi y de los HH. Negro y Cunningham.

(1) A. BROU: *O. c.*, 45 s.

Como misionero operativo evangelizó los indios del *Shageluk*, y a fines del año 92 pasaba como misionero a Nulato, cuya lengua llegó a entender medianamente. Siempre con la sonrisa en los labios, el buen Padre iba y venía lo mismo en barca que en trineo, y no había aldea que no visitase por más que arreciase la tormenta o escaseasen las provisiones. Los indios *Ten'as* le querían en extremo, y él se había compenetrado con ellos hasta lo increíble.

Cuando más afanado estaba en la evangelización de los indígenas del *Shageluk*, recibió una carta del P. Tosi que le atravesó el corazón como una espada de dos filos: en *Dawson* los mineros eran millares y no tenían misionero; el misionero, obediente, luchando contra sus propias inclinaciones, se puso inmediatamente camino de *Dawson*, 1.500 kilómetros al Este de Nulato.

Su aparición cambió en seguida los derroteros de aquel campo minero. Tan sólo cuarenta y nueve años tenía cuando expiró, en enero de 1899, y sin embargo en Dawson no se le conocía más que con el apelativo de *el viejo Padre* o *el viejo Sacerdote*; tanto se había gastado en servicio de sus mineros.

Todos, católicos y protestantes, convenían en admirar su celo y su caridad. Cuando llegó a Dawson con los primeros mineros (marzo de 1897), todo estaba por hacer: servicio religioso y cuidado de los enfermos, pues en estas escapadas y fiebres auríferas—*auri sacra fames* la llamaban los misioneros de entonces—iban sucumbiendo por doquier mil infelices, o por los estragos de un frío congelador, o a consecuencias de las privaciones sin cuento que forzosamente había de imponerles su vida de aventureros errantes.

Con limosnas que él se supo agenciar entre los mineros venturosos, levantó muy pronto un hospital a la moderna y una iglesia capaz con una habitación para él y el Hermano que le acompañaba, más otro edificio para las Hermanas. Docenas de infelices aventureros, medio derrotados por las fatigas de tantas marchas forzadas por parajes asperísimos, morían en aquel hospital, atendidos en sus últimos momentos por el P. Judge. Durante el invierno de 1897-1898, el hos-

pital estuvo abarrotado de enfermos, que el buen Padre cuidaba por sí mismo, haciéndose todo a todos según el consejo de San Pablo, y sin distinción de religiones o personas, fueran católicos o protestantes.

Hubo meses enteros en que el P. Judge no pudo dormir más que a ratos y sobre el suelo, por estar todas las camas ocupadas. Los mineros le empezaron a mirar con una especie de veneración sobrenatural, y hubieran dado todo, su misma vida, para demostrar el amor intenso que profesaban a aquel *viejo Sacerdote*, a aquel *viejo Padre*.

Cierto día, el encargado de las compras del hospital se presentó en un almacén pidiendo una cosa que no había más que allí, y que por añadidura era el último ejemplar. El precio elevadísimo, naturalmente, pero era necesario aquel objeto y no había más remedio que comprarlo.

—¿Es para el P. Judge?—le interrogó el comerciante.

—Sí—respondió el comprador.

—Entonces, lléveselo usted de balde.

Casos semejantes se repetían con frecuencia entre los habitantes de Dawson. El apenas comía, cierto, pero a todas horas del día se le veía acompañado de las Hermanas, preocupado de que nada le faltase a sus enfermos.

«Allí está el P. Judge—decía un canadiense con admiración—; son las once de la noche; pues bien, aún le falta por visitar toda la sala, y mañana tempranito, a las tres, le veremos por aquí otra vez» (1).

Así no podía durar mucho, aunque tuviese una naturaleza de hierro. Un catarro maligno que atacó a los mineros le atacó también a él, y por estar las camas todas ocupadas, se acostó en el suelo, donde murió abrasado por la fiebre. Aquel día la bandera del hospital, a media asta, caía lacia y mortecina envolviéndose junto al palo, y los ojos de aquellos mineros, rudos y embrutecidos, lloraban lágrimas de amargura indefinible, porque desaparecía de su lado el hombre que más amaban.

(1)- R. CAMILLE, S. J.: *Etudes*, t. 83 (1900), 101.

«Cuando me enteré de su muerte—decía uno de ellos—, lo dejé todo al instante y corrí al hospital para poder ver una vez más a aquel que todos amábamos como padre.»

Su cadáver fué enterrado dentro de aquella iglesia construída por él mismo, que dominaba toda Dawson.

La ciudad, agradecida, quiso tener un recuerdo perdurable de la abnegación de su apóstol: por eso levantó un monumento de mármol sobre la tumba de aquel Jesuíta, que había sido el primer evangelizador de su comarca. En su base, y grabada con letras de oro, puede leerse esta inscripción:

*Hic est sepultum corpus
P. Gulielmi Judge, S. J.
Viri charitate pleni
Qui primus in civitate Dawson.
Aegris habitaculum
Deo templum. .
Cunctis cooperantibus erexit
Universaque plebe lugente
Pie decessit in Domino.
Die 16 Jan. 1899.*

Aquí yacen los restos del P. William Judge, S. J., un hombre lleno de caridad, que con la cooperación de los demás, fué el primero que levantó aquí una casa para los enfermos y un templo para Dios; y que llorado de todos, descansó piadosamente en el Señor el 16 de enero 1899 (1).

13. Ese mismo año de 1899 le tocaba su turno a Nome; unos años antes, aquello no era más que una región desolada, los típicos eriales árticos que abruma con su monótona pesantez a todos los que no sean hijos de las heladas estepas: varios centenares de esquimales, honrados y pacíficos, se repartían extensiones inmensas, teniendo por única ocupación la caza de focas marinas.

(1) WL., 1909, 327.

Pero durante la primavera del 99, una banda de aventureros topó con unos arroyuelos de arenas negruzcas, que criadas y recriadas, dejaban unas partículas diminutas, que fascinaban con su brillo amarillento y resplandeciente. ¡Oro! En Nome, lo mismo que en el Klondike, se habían encontrado ricos yacimientos de oro.

Queda arriba descrita la efervescencia minera que causó el nuevo hallazgo: esa *auri sacra fames* que jamás se pudo saciar, empujó ahora hacia Behring la avalancha de aventureros errantes. Los misioneros no los dejaron solos. Los PP. Jacquet, Deviné, Van der Pol y Lafortune acompañaron esa movediza avalancha buscando algo más precioso que el oro: ¡almas! En la cima del campanario lucía sin cesar, desgarrando las tinieblas de la noche, una cruz eléctrica, que el misionero encendía como faro salvador a los posibles errantes y como símbolo significativo de lo que quisieran hacer con las almas de aquellos aventureros, materializados los más, y despreocupados del verdadero tesoro escondido que Jesucristo nos descubrió en su Evangelio.

Unos años después, nuevos hallazgos en *Eagle, Kokrines, Ruby, Fairbanks*. Nuevas sacudidas de estremecimiento, agitación; la avalancha se desplaza de nuevo, esta vez hacia el interior. *Fairbanks* era el punto céntrico; por eso el P. Monroe, visitador de aquellos campos mineros, levantó en Fairbanks una iglesia católica con su residencia, echando entonces los gérmenes de la actual cristiandad.

De idéntico modo que éstas, surgieron otras ciudades de tres y cinco mil habitantes: *Juneau, Córdova, Sitka, Valdez...*; paralizadas durante el invierno por el manto de nieve que las cubre, vuelven a revivir de nuevo tan pronto como empieza a apuntar la primavera, hasta llenarse de turistas en los meses del verano. Con ser la región más fácil de habitar, es al mismo tiempo la más difícil de convertir, poblada como está por blancos, más o menos instruídos, pero divorciados por sistema del mundo espiritual, y entregados en cuerpo y alma al tráfico y a los negocios.

La siguiente conversación, tenida por el P. Llorente con

uno de esos mineros, nos revela por sí sola el estado en que se encontraba aquella gente. «Estuve—le decía—en las minas de oro de Nome allá por el 98. ¡Qué días aquellos! Allí estábamos de veinte nacionalidades. Al principio hubo un poco de alboroto. Pero nos reunimos en consejo y convinimos en que no se había de preguntar a nadie ni por el nombre, ni por la patria, ni por la religión, ni si estaba casado o soltero. Luego, después de un debate acalorado, convinimos en que el que robase un céntimo tenía que salir del territorio en el término de veinticuatro horas. Si no tenía dinero, le pagábamos el viaje. Si rehusaba salir o, si después de salir, volvía, le ahorcaríamos sin preguntarle siquiera por qué había vuelto.

¿Le parecerá a usted duro? Pues no había otro remedio. Eramos 15.000 mineros amontonados sin orden ni concierto, sin policía, sin autoridad que representase a Wáshington. Y créame, todo salía a pedir de boca. Jamás se cerraba una puerta. Sobre las mesas teníamos torres de pepitas de oro y pedruscos de mineral saturado de oro casi puro. Después de refinarlo, juntábamos hasta 10.000 dólares... y allí estaban en pilas por los rincones, sobre la cama, en las sillas, en cualquier sitio.

El domingo descansábamos. Todas las religiones estaban allí representadas con capillas y misioneros. Un pastor luterano para los escandinavos, que eran la mayoría; un episcopaliano para los yanquis; un ortodoxo para los rusos; un Jesuíta para los católicos; y los que no teníamos religión pasábamos la mañana en la taberna. ¡Qué lástima que se agotasen aquellas minas! Y como aquéllas había una docena en Alaska por aquel entonces.»

Con esta gentecita tenían que lidiar nuestros misioneros, que no siempre eran tratados por aquellos corazones, sólo codiciosos del precioso metal, cual conviniera a enviados de Jesucristo.

14. Con todo, no se impaciente el misionero; vístase la vestidura de Cristo, y a la pobreza en que vive añadida ayunos

voluntarios; a noches en oración, sucedan días de sudor y de fatiga; pague su cuerpo casto las demasías de sus paganos con ásperos cilicios y disciplinas cruentas, sin amor demasiado a la propia vida...; y, si él no convierte, convertirán los apóstoles que le sucedan, quienes recogerán con gozo lo que sembró él con lágrimas. Morirá solo y olvidado, pero su muerte será la del grano de trigo, que de su seno enterrado y putrefacto brota una lozana espiga, cuyos dorados granos son recogidos en graneros.

A aquellos días de soledad congojosa, de tristeza honda y corrosiva melancolía, en que el mundo le era extraño y la vida le daba tedio, sucederán días acá abajo (no para él, sino para otro) en los que el gozo interno inunde el pecho y reviente en aquellas exclamaciones: *Basta, Señor, basta*, cuando se canse el brazo de bautizar y surjan por doquiera comunidades de fieles neófitos.

Todo está en atinar con el sentido de aquellas alentadoras palabras: *Sed perfectos como vuestro Padre celestial lo es*; y aquellas otras: *A los que escogió les predestinó para hacerles en un todo conformes a la imagen de su Hijo*. Y ya sabemos que la imagen de Jesucristo es una cruz con espinas, clavos-y sangre.

Muera en esa cruz el misionero, aunque esté en la flor de los treinta y tres años, y será otro Cristo, quien al verle subir al cielo le dirá con ojos amables y rostro gracioso: *Te conozco; vienes sellado con los estigmas de mi Pasión: lágrimas, amor, dolor, sangre. Ven que te abrace para siempre* (1).

(1) LLORENTE: *¡Sacrificio!*, en *SM.*, 1931, 322-323.

XIII

HEROES DE LOS HIELOS POLARES

1. Obedientes al Pontífice.—2. El P. Tornielli.—3. El sacrificio del P. Ruppert.—4. La figura del P. Treca.—5. El «viejo» P. Monroe.—6. El benemérito P. Robaut.—7. Ante el espectro del hambre.—8. Como el «sitio» del Calvario.—9. La oftalmía de las nieves.—10. La soledad de la tundra.—11. La furia del mar en tierra firme.—12. La tercera plaga de Egipto.—13. Consolando como Padre.

1. Los misioneros de Alaska son unos héroes. Creemos que ya lo hasta aquí expuesto nos da derecho para hacer esta afirmación. Ese continuo vivir entre la vida y la muerte, sepultados como están entre montañas de nieve, les hace con justicia acreedores al honroso título que les damos. Sin embargo, no es tan sólo el clima el enemigo mortal que acecha sus pasos; acosados como se ven por un sinfín de dificultades de todo género, saben los misioneros luchar hasta morir.

Como la Misión no era más que una sepultura, un consumidor voraz de noveles misioneros (1), y el fruto recogido era escasísimo; y como, por otra parte, en Africa y China, Japón y la India permanecían sentados en las sombras de la gentilidad más de mil millones de paganos esperando un hombre que les fuese a convertir, se llegó a pensar por los Superiores en abandonar aquellas estepas solitarias.

(1) V. en los Apéndices el insistente número de bajas que suele haber todos los años.

De hecho, en 1899 los *siete* puestos misioneros que había entonces en la región boreal se redujeron a *dos*: Nulato y Holy Cross, concentrando en ellos a todos los misioneros; la vida aislada en puestos solitarios a centenares de kilómetros de distancia, sin posible comunicación entre sí y con mil penalidades en la vida y cotidiana alimentación había quebrado la salud robusta de no pocos misioneros y aun trastornado el juicio de algunos, que tenían que ir a recuperar la salud perdida en climas más apacibles de los Estados Unidos.

Doce años llevaba funcionando la Misión; veintitrés eran en total los misioneros que habían ido llegando a las tundras nevadas, y de esos *veintitrés*, *once* habían tenido que volverse enfermos a los Estados Unidos; habían muerto tres Padres: Muset, Tosi y Judge; uno, el Padre Parodi, había perdido la razón, y los restantes, los PP. Genna, Treca y Barnum, más los HH. Campopiano, Power, Sullivan y Rosati, habían tenido que abandonar deshechos aquellas regiones heladas a las que habían marchado con todos los anhelos de su alma. Las bajas, dolorosas siempre, se multiplicaban todos los años. Por eso, en 1899 determinaron los Superiores concentrar en solos dos puestos a todos los misioneros dispersos, y aun se llegó a pensar en abandonar definitivamente la Misión. Recuérdese que en 1886 Mons. Seghers no había podido encontrar colaboradores entre otras Ordenes religiosas, y en último término había tenido que acudir a la Compañía de Jesús. Ahora la realidad era angustiosa y había que tomar una determinación. Aquí tuvo una intervención el Sumo Pontífice; su corazón, lleno de amor paternal, no podía sufrir que aquellos hijos queridos se quedasen sin el pan, alimento de sus almas. Si la Compañía de Jesús abandonaba la Misión, ¿qué otra familia religiosa podría venir a aceptarla? ¿No eran también los esquimales hijos de Dios, redimidos con su Sangre, con derecho por consiguiente al Reino de los Cielos? Los Jesuitas tenían un voto especial que los ligaba a su voluntad y a la vida misionera; seguirían, pues, adelante, y el Cora-

zón del Rey Divino bendeciría largamente su desinteresado sacrificio (1).

Lo quería el Vicario de Jesucristo, y la Compañía de Jesús siguió; por eso sigue enviando quienes vayan a sustituir a los caídos. Serán *franceses, italianos, canadienses, norteamericanos, belgas, alemanes, españoles, portugueses...* (2); todos son hijos de una misma madre y saben que allá, muy cerca del Polo, hay unas almas que por estar más apartadas son también especialmente queridas del Santo Padre. Ven que por un puñado de oro pasan aventureros su vida sepultados entre nieves y glaciares, que buscando mejor fortuna desafían otros las furias del mar, y ellos saben que un alma vale más que todo eso: vale la Sangre de Cristo; vale más que el Mundo entero.

2. Un ejemplo que muestra el espíritu del misionero alaskeño. El P. Filiberto Tornielli, más conocido en América con el nombre de Turnell, anciano venerable de ochenta y cuatro años, pedía en 1935 permiso a sus Superiores para volver a su inolvidable Alaska; treinta y cuatro años de apostolado entre aquellos indígenas se la habían grabado indeleblemente en el corazón. Obligado a abandonar aquellas soledades glaciales por falta de salud, no sabía vivir sin sus alaskeños. Los Superiores le concedieron el permiso. Antes de su primera ida a Alaska había evangelizado ya durante varios años a los Indios de los Estados Unidos (3). Su padre se había ordenado de sacerdote a la muerte de su esposa, hermana de Gregorio XVI, y precisamente cuando el joven Filiberto, a la sazón estudiante de Derecho en Padua, oía el elogio fúnebre de su padre, fué cuando sintió en su pecho

(1) LLORENTE: *En los hielos de Alaska*, en SM., 1931, 47 s.

Este dato lo encontramos en este pasaje citado del P. Llorente, sin que hayamos podido encontrar confirmación escrita de él en ningún otro lugar. Con todo, las razones que nosotros damos en las líneas precedentes hacen muy probable la afirmación de nuestro misionero español alaskeño.

(2) GMC., 123* a.

(3) V. *Noticias de la prov. de Toledo*, febrero 1936.

la llama de la vocación al estudio sacerdotal y religioso.

Había llegado a la Misión austral el año 1898 y en ella permaneció invariablemente hasta el año 1926, veintiocho años, evangelizando los diversos puestos de la Misión: Juneau, Douglas, Anchorage y Skagway, puesto en que estuvo quince años; en 1927, a pesar de sus setenta y seis años de edad, pasaba como misionero a la región boreal, donde estuvo seis años de misionero en Fairbanks. El año 1933 tuvo que trasladarse enfermo y achacoso a la Provincia: tenía ochenta y dos años. Repuesto, sin embargo, algún tanto, volvió a pedir a los Superiores le enviasen de nuevo a la Misión alaskaña. En 1936 aparece otra vez como misionero de Ketchikán; pero no podía más, eran mucho ochenta y seis años para aquellas aventuras; tuvo que volver al año siguiente a la Provincia, y en Spokane moría el 26 de octubre de 1938. Tenía ochenta y nueve años de edad y había estado treinta y cuatro en Alaska, veintiocho en la austral y seis en la boreal. ¡Así son los héroes de Alaska!

¿Quién era el P. Turnell? En el hospital del Sagrado Corazón de Spokane, donde murió, aquel anciano misionero era sencillamente conocido con el nombre de P. Turnell, y muy pocos, aun de aquellos mismos que vivían con él, sabían que era el Conde Filiberto Tornielli. Sólo sabían que había llegado de Venecia para ser misionero de Alaska, que había empleado cincuenta y cinco años de su vida en actividades misioneras y treinta y cuatro de ellos en una de las Misiones más difíciles de la Tierra, en Alaska.

Había nacido el P. Tornielli el año 1850, hijo heredero del Conde Jorge Tornielli, de Venecia; niño aún, había perdido a su madre la Condesa, y unos años después se ordenaba su padre de sacerdote; en aquella época no mostraba aún el joven Conde las inclinaciones religiosas de su padre; se matriculó en la Universidad de Padua en Leyes, a fin de sacar una brillante carrera como la de su padre, prestigiosísimo abogado. Su tío materno había llegado hasta el solio Pontificio con el nombre de Gregorio XVI. La muerte inesperada de su padre le hizo pensar, y retirado en Turín hizo los Ejerc-

cicios Espirituales de San Ignacio bajo la dirección de los Jesuítas.

La víspera de la Anunciación, 1873, el joven Conde entraba en el Noviciado de la Compañía de Jesús en Mónaco; unos meses después se trasladaba con el Noviciado a Chieri y en él hacía los votos religiosos dos años después. Tres años más tarde se embarcaba para América. Durante veinte años trabajó entre los indios de Colville (Wáshington), en Montana, con la tribu de los Cuervos, y más tarde en la Misión de San Ignacio.

Llevaba veinte años misionando ya, y puede decirse que su carrera misional iba a comenzar; le esperaban otros treinta y cuatro en Alaska.

El año 1898 le encontramos en Skagway. Era entonces Skagway una ciudad un poco romántica, donde se amontonaban a centenares los buscadores de oro, que preferían pasar allí tranquilos el invierno en vez de exponer su vida en los campos auríferos del Klondike. Cuando el 8 de septiembre llegó allá el P. Turnell no encontró nada, ni siquiera una mísera capilla donde poder celebrar el Santo sacrificio de la Misa. Una familia católica le hospedó venturosa en su casa, feliz de tener un sacerdote en su compañía.

Siete años más tarde el P. Turnell abandonaba Skagway para fundar en otro lugar una nueva Misión; tres años de ausencia, y de nuevo volvió a Skagway, donde había de permanecer hasta 1916. El año siguiente estuvo en Juneau, de nuevo un año en Skagway, dos en Douglas, y el año 20 volvió a Juneau; en Anchorage estuvo otro año, y el año 27 lo encontramos en Fairbanks. En 1932, la pérdida casi total de la vista le obligó a retirarse a los Estados Unidos; ya vimos cómo aún volvió a trabajar unos meses en Ketchikán; una nueva recaída en su enfermedad le volvió a los Estados Unidos, aunque nunca llegó a perder sus esperanzas de volver a la Misión.

En abril del año 36 y. después, en enero del 37, rogaba aún a sus Superiores que le enviasen de nuevo a las regiones heladas de Alaska; recurrió al mismo señor Obispo para que

quisiese intervenir en su favor. Tenía ochenta y siete años, y su única ilusión era trabajar en aquel país hasta que le llegase la muerte. Las cartas que se conservan del señor Obispo demuestran la fuerza y el celo con que el P. Turnell presentaba sus razones.

El 3 de mayo del 36 el Obispo le escribía: «Esta vez mi contestación le causará displacer... No puedo aconsejarle su retorno a Alaska. Más tarde quizá Dios nos depare nuevas circunstancias en su sabia Providencia... Usted está ahora en la Montaña santa con Nuestro Señor y pasa la noche entera en oración: noche de veinticuatro horas, ya que sus ojos no le sirven bien y la incipiente sordera viene a agravar sus tinieblas...»

Y el 21 de enero de 1937 le contestaba así: «Usted se asemeja al Santo Padre, que está decidido a trabajar sin descanso a pesar de sus muchos sufrimientos y de la debilidad que le aqueja: yo no puedo menos de admirar sus deseos vehementes de trabajar en Alaska. Sus razones están ciertamente fundadas en argumentos de fuerza y nobilísimos que me enternecen el corazón. Quiera Dios que convengan también mi mente y la de mis consultores. Por ahora debo resignarme a oír tocar a la puerta de Alaska sin poder decir: Entre.»

¡Como revelan estos datos el alma de aquel hombre de Dios, viejo, ciego, y todavía tan ansioso de heroísmos! Hombre verdaderamente noble por su nacimiento, por su temple de alma, y digno heredero espiritual de su tío materno el Pontífice Gregorio XVI (1).

3. Hemos dicho que la Misión no era más que una sepultura de misioneros. ¡Cuánta verdad encierran estas palabras! Sin querer se nos vienen a la memoria tres víctimas de los hielos alaskenos: el H. Paquín, a quien ya conocemos, y los PP. Treca y Ruppert. Unas palabras, no más, que revelen el relato de su heroico sacrificio. Brevemente; los de-

(1) W. A. KEATING, S. J.: *Il Conte Tornielli dell'Alaska*, en *MCG.*, 1939, 191-193.

talles quitarían quizá grandeza al sacrificio de los mártires de la caridad y del amor de las almas.

La víspera de Navidad del año 1923, una noticia esparcida por los hilos telegráficos en la América del Norte vino a conmover los corazones de todos: el P. Ruppert había muerto víctima de las nieves en Alaska. Era verdad. Habiendo prometido a sus niños de *Nome* traerles para Navidad juguetes y dulces, volvía contento y gozoso pensando en la satisfacción que causaría en sus pequeños el ansiado cargamento que llevaba, cuando a medio camino fué sorprendido por el huracán. En vano esperarían ya sus pequeños la llegada de su Padre con los apetecidos regalos; la luz del nuevo día iluminaba medrosa un bulto negro medio cubierto con nieve: era el P. Ruppert, que había caído víctima del crudo blizzard alaskeño.

Hoy descansan sus restos en el cementerio de Pilgrim Springs, sito en un altozano como a un kilómetro de las escuelas. Entre crucecitas de niños se alza la cruz del Padre Ruppert.

Los que le ven en el cuadro del Vaticano tendido en la nieve con el perro al lado, a modo de centinela, no experimentan ni la mitad del escalofrío que le corre a uno cuando se para a rezar un *De profundis* en la sepultura cubierta de nieve.

En Alaska están seguros de que el P. Ruppert pereció víctima de un desequilibrio mental muy común en estas regiones solitarias. Mas ¿aminora esta circunstancia la grandeza de su sacrificio?

Aunque tenía un guía muy experto que había recorrido cien veces aquellos parajes y los sabía de memoria, el Padre insistió en querer probar fortuna por un atajo que a él le pareció que lo era, pero que al avisado guía le pareció un disparate rotundo. El Padre cortó por lo sano, despidiendo al guía y lanzándose solo por el presunto y desdichado atajo en la mañana frigidísima del 16 de diciembre de 1923.

Al día siguiente llegó a la Misión, suelto y asustadizo, uno de los perros del trineo. Por la tarde llegó otro perro,

suelto y asustadizo, como el primero. Por la noche llegó otro. Aquello se iba poniendo demasiado malo, y el corazón comenzó a latir un poco de prisa.

Al amanecer salieron dos Hermanos, pero no encontraron nada. Volvieron al día siguiente con un chico que los quiso acompañar, y a poco encontraron la gorra del Padre—una gorra de piel de castor—, medio comida por los perros. Siguieron un rastro que se extendía por círculos extraviados, y al doblar un terraplén vieron sobre el hielo del río a *Mink*, el perro delantero, acurrucado junto al cadáver. Estaba tendido boca arriba, con los brazos extendidos, helado y tieso como hierro. Llevado penosamente a la Misión, le reblandecieron con agua hasta que lograron doblarle los brazos y ajustarle en el ataúd. Hubo lágrimas amargas al par que resignadas, y en la Misión todos adoraron los inescrutables juicios de Dios.

Se buscó en vano el trineo por todos los alrededores, hasta que ya avanzada la primavera, el H. Hansen, que se dirigía a Nome, lo halló donde nadie lo esperaba. Allí estaban los arreos de los perros, recogidos y cuidadosamente doblados.

Cerca estaba un cajón de naranjas, ya podridas. Más allá estaba el *parkí* o abrigo de pieles, muy bien dobladito, sobre la copa de un arbusto pequeño repleto de ramaje. En el trineo había un sobre con dos billetes de cien dólares cada uno. Era el dinero para una estatua de San José que habían encargado.

Este hallazgo peregrino convenció finalmente a los Padres que el malogrado P. Ruppert se extravió, vagó en todas direcciones y, como tal vez el perro delantero tiraba para donde al Padre le parecía que no era razón tirar, soltó los perros y se dirigió a pie, solo, de noche, hambriento y tiritando, hasta que no pudo más. Probablemente dió voces y escuchó, pero con una montaña de por medio, ¿quién le iba a responder? Dios le había exigido el sacrificio de su vida (1).

(1) LLORENTE: *El oasis del Pilgrim Springs* (SM..., 1939, 256-258).

4. El P. Treca, víctima también de las nieves alaskañas y verdadero apóstol de aquellas soledades, fué uno de los primeros operarios de la Misión. El P. Juan Fox escribía así en 1926 sobre la muerte de su inolvidable compañero: «Acaba de sucumbir gloriosamente otra víctima de la Misión. Hace ya dos años que el P. José Treca, S. I., volvía de bautizar a unos niños en varias aldeas distantes como unos 20 kilómetros de su residencia. Por efecto de las nieves perdió el rumbo y le sorprendió la noche en medio de un desierto helado. Como no viajaba a la sazón con lo necesario para dormir a la intemperie, siguió adelante esperando dar todavía con su casa. Pero cansados ya lo mismo él que sus perros, determinó por fin hacer alto. Buscó algunas malezas para esparcirlas sobre el suelo, y extendiendo sobre ellas una manta se echó a descansar.

A la madrugada sintió que apenas podía moverse a causa de un agudo dolor del costado derecho. Sin embargo, se arrastró como pudo hasta la Misión, en donde por falta de médico—el más cercano se hallaba a 830 kilómetros de distancia—continuó el Padre sufriendo su mal en silencio durante año y medio. Mas vencido al fin por la fuerza de los dolores, dejóse trasladar a los Estados Unidos. Allí, los doctores le dieron por desahuciado y resolvieron como supremo recurso amputarle la pierna derecha.

Al darle la noticia, el Padre estrechó su Crucifijo diciendo: *Sea lo que Dios quiera; estoy indiferente*. Recibió los últimos Sacramentos el 15 de septiembre, fiesta de la Virgen de los Dolores, y preguntado por el P. Rector cómo se encontraba, respondió: *Dentro de algunas horas tal vez, veré en el cielo a nuestra Madre bendita*. Pocas horas después pasó el enfermo a gozar de aquel Señor a quien había servido por espacio de treinta y siete años entre los hielos de Alaska» (1).

Sin duda, se acordaba entonces de aquel favor extraordinario que quiso el Señor concederle en los días tan lejanos ya de su niñez. Era el día de su primera Comunión; mien-

(1) J. Fox, S. J.: *Nuevos héroes desconocidos*, en *SM*. (1927), 95.

tras esperaba en el comulgatorio divisó una Forma consagrada separada de las demás y notó, con gran admiración suya, que estaba rodeada de grandes resplandores; fué entonces cuando apareció en su lugar un Niño hermosísimo: era el mismo Jesucristo, que quería inundar así su alma pura y angelical de celestial consuelo aquel día precisamente que deja tan gratos recuerdos para todo el decurso de la vida. Después de muchos años lo contó una vez a su confesor en Alaska, imponiéndole la obligación de no revelarlo a nadie hasta después que hubiera pasado a mejor vida (1).

Había nacido el P. Treca, el segundo de los tres hijos de una familia piadosísima de Douai (Francia), el 6 de marzo de 1854. En sus primeros años fué confiado a la guarda particular de un sacerdote ejemplar de su ciudad natal, bajo cuya dirección fué haciendo notables progresos en Ciencias y virtud. A los doce años recibió la primera Comunión con el favor extraordinario arriba citado.

Al año siguiente entró en el colegio que los Jesuítas dirigían en Amiens, y fué allí donde se determinó a ingresar en la Compañía de Jesús; tenía diez y nueve años cuando pidió el ingreso y fué recibido en el Noviciado de St. Acheul, junto a Amiens, el 2 de noviembre de 1873. Allí mismo hizo dos años de estudios humanísticos y a continuación tres de Magisterio en Amiens; la Filosofía la estudió después en Jersey, y la Teología allí mismo también. Las lecturas y conferencias misionales que tuvo ocasión de oír durante sus estudios teológicos despertaron en su pecho la vocación misionera, alimentada constantemente por las cartas innumerables con que los misioneros Jesuítas relataban sus actividades en las cinco partes del Mundo.

Muchos de sus compañeros marcharon a las Misiones de China; el P. Treca pidió las Montañas Roqueñas, atraído por las hazañas del P. De Smet.

Ordenado de sacerdote partió para los Estados Unidos y llegó a Nueva York en septiembre de 1885. Hizo la tercera

(1) M. S. J.: Vol. II, 688; WL., 1927, 357.

Probación en Santa Clara de California, e inmediatamente fué destinado a la Misión india de De Smet, en Idaho. Su vida misionera en Alaska comienza tres años después, en el verano de 1889, en que llegó, acompañado del H. Negro (1).

En adelante había de estar dos años en Holy Cross, tres en Tununak, uno en St. Michael, tres en Nome, cuatro en Juneau, dos enfermo en California y veintidós en Akulurak.

Al sentir este valiente misionero, cuando comenzó su apostolado, la repugnancia de su naturaleza a una vida tan austera, en medio de un pueblo tan primitivo, en una soledad tan espantosa y con un clima tan glacial, no dudó en hacer el voto, verdaderamente heroico, de no abandonar jamás su puesto si a ello no le obligase la Obediencia. Ya apenas llegado a la Misión escribía desde St. Michael el 7 de julio de 1889 a su Superior P. Cataldo: «Por lo que a mí toca, soy completamente feliz desde que me veo en Alaska. Me siento completamente cambiado, y he resuelto vivir y sufrir y morir aquí con el consuelo más grande por la gloria de Dios; es una cosa dura, lo sé, pero para el corazón amante todo le resulta fácil» (2).

¿Qué de extraño tiene, pues, que la Superiora en cuyo hospital se encontraba moribundo reuniese a sonido de campana a todas sus Religiosas para decirlas: «Vamos a presenciar cómo mueren los santos»? (3).

¡Y pensar que todos los misioneros pueden de la noche a la mañana acabar como han acabado éstos! Sin duda que su galardón será muy grande en el Reino de los Cielos.

5. En diversos lugares de esta obra van quedando descritas las biografías ilustres de algunos misioneros que merecen eterna recordación: PP. Barnum, Jetté, Tosi, Crimont, etcétera. Antes de pasar adelante juzgamos oportuno mencionar aquí a otros que se llevan la palma por su sacrificio

(1) W. L., 1927, 355-360.

(2) WL., 1889, 353.

(3) GIAN-LUCA LUCCHESI, S. I.: *Frutti della Preghiera e del Sacrificio* (MCG. (1934), 406).

y largo apostolado: el P. Monroe y el P. Robaut, fundador de la Misión alaskaña; ambos misionaron las campiñas alaskanas durante cuarenta y cinco años.

El P. Francisco Monroe había nacido en Lyon, de Francia, el 2 de junio de 1855; a los veinte años ingresaba en la Compañía de Jesús, y en 1886 era ordenado de sacerdote. Dos años después se embarcaba para América. En Europa había sido condiscípulo del P. Rafael Crimont y del futuro mariscal Foch; él mismo tenía también un hermano general.

Pasó los cuatro primeros años como misionero en las Montañas Roqueñas; en 1892 llegó destinado a la Misión de Alaska, que no debía abandonar ya más hasta el día de su muerte.

En la región boreal estuvo treinta y dos años: veinte en Fairbanks, cuatro en Nulato, tres en Eagle, tres en Akulurak, uno en Tanana y otro en Holy Cross. A los setenta años de edad su salud no resistía ya los rigores alaskaños: no quiso, sin embargo, ser trasladado a la Provincia, y quedó como misionero durante trece años más en la Alaska austral: once en Wrangell, uno en Juneau y otro en Ketchikán.

Al igual que el P. Judge, el P. Monroe es el Padre benemérito del apostolado minero, al que consagró veinticuatro años de los treinta y dos pasados en Alaska boreal. Con el andar del tiempo y el desarrollo de la minería y demás industrias surgieron pronto las ciudades alaskanas, necesitadas de iglesias católicas, hospitales para enfermos y escuelas para los niños: él fué el promotor asiduo de todas estas obras. Destinado a Fairbanks en 1904, él fué el fundador del nuevo puesto misionero y el arquitecto de la bonita iglesia de la Inmaculada, Catedral otro tiempo de Mons. Crimont, y hoy de Mons. Fitzgerald. Allí pasó veinte años entregado de lleno al apostolado de los blancos, cuyas almas confortaba con el alimento espiritual, y cuyos cuerpos enfermos curaba en el hospital de Fairbanks. Un ejemplo tan sólo. Era un día crudo de invierno; camino de Holy Cross pasó por Fairbanks un viajero dejando la noticia de que a 25 kilómetros de la ciudad se moría en su mísera choza, y falto de toda ayuda, un minero infeliz, presa del escorbuto.

El P. Monroe aderezó inmediatamente el trineo, escogió dos ayudantes y emprendió a toda velocidad el camino. Prestó al doliente las primeras curas de urgencia y le aconsejó después se dejase llevar a Fairbanks, donde sería atendido con más esmero.

—¿A Fairbanks? ¿A la Misión Católica? Prefiero morir-me aquí.

Toda la elocuencia ardorosa del misionero parecía apagarse contra la frialdad de aquella alma obstinada. El Padre Monroe no se desalentó por eso; sabía que iba a prestarle un gran favor, y con la ayuda de sus compañeros colocó al paciente cuidadosamente sobre el trineo y regresaron a Fairbanks.

Una cama del hospital y unas almas cariñosas sustituyeron al suelo duro de su choza miserable y a las garras despiadadas de una estación invernal.

No habían llegado aún a Fairbanks, y ya el enfermo sintió un cambio considerable: a la adustez y repulsas del principio sucedía una cara risueña y alegre; a la desconfianza y desagrado anterior, una situación de alegría y buen humor; el paciente comenzó a cantar: la caridad desinteresada del misionero le había tocado el corazón.

Restablecido totalmente, no quiso marchar de nuevo a las minas; voluntariamente quiso permanecer varios meses con su misionero trabajando desinteresadamente en favor de la Misión; que así tocan los corazones las palabras y las obras de los santos.

En 1925 pasó, como dijimos, a la Misión de Alaska austral: primero a Juneau y después a Ketchikán y Wrangell. También aquí levantó una iglesia preciosa, y a pesar de la carga de sus años multiplicaba su actividad catequizando y administrando los Sacramentos. La actividad y el buen humor lo conservó toda la vida. «El apartar la nieve—escribía desde Wrangell—es un buen ejercicio para un octogenario, que de otro modo tendría que verse quizá condenado a sobrellevar una vida sedentaria.»

Al fin de su vida se embarcó para Spokane con el fin de

consultar un médico, someterse a una pequeña cura y volverse de nuevo a Wrangell; tenía ochenta y cinco años. Empeoró en un principio, mas luego comenzó a mejorar, y con ello renacía en su corazón la esperanza de volver a su Misión. «Si llego a ponerme regularmente bien para poder tornar allá—decía él—, bien sé que mi buen Obispo Mons. Crimont me encontrará algún rinconcito para morir entre mis fieles.» El, mientras tanto, no los olvidaba: «Mi vida se acaba—escribía a su sustituto—; tomad el cuidado de mis parroquianos y hacedles todo el bien que podáis, como yo mismo quisiera hacerlo.»

Cuatro días antes de expirar, él, que sabía muy bien lo que era hacer un viaje en Alaska, escribía a otro compañero: «Aquí Dios quiere darme tiempo suficiente para la preparación de mi último viaje.» Era el 9 de enero de 1940; mientras una ligera nevada blanqueaba la ciudad y el aire cortaba por su crudeza glacial, mientras un sol agonizante enviaba sus últimos destellos mortecinos sobre la casa de San Miguel, allá en una habitación pobre, sí, pero arreglada, expiraba rodeado de la Comunidad el más anciano de todos los misioneros de Alaska. Había trabajado en la Misión cuarenta y cinco años (1).

6. El P. Robaut murió el 18 de diciembre de 1930 en Holy Cross, a los setenta y seis años de edad, cincuenta y ocho de Compañía y cuarenta y cinco de misionero en Alaska. De carácter austero y sumamente emprendedor. Hablaba poco, casi nada, pero hacía mucho. Naturaleza robusta, fuerte y austera, cual convenía a un misionero alaskense. En las excursiones no había hombre que pudiese resistir acompañándole una semana. Tenía una musculatura recia, como pocas, y un estómago capaz de digerir piedras. Sólo así se explica que en sus viajes no hiciese más que dos comidas: una después de Misa y otra al acostarse por la noche, sin

(1) W. MC. GARRY AGNEW, S. J.: *Il grande vecchio dell'Alaska*, MCG., junio 1940, 168-170.

que jamás se detuviese ni a tomar una taza de té durante el día (1).

Sin embargo, su aclimatación primera al clima alaskano fué en extremo dura. Cuando estaba en Anvik, en los comienzos mismos de la Misión, una impertinente fiebre tifoidea le puso en diciembre a las puertas de la muerte. No podía llevar bocado a la boca, y sus delirios extravagantes eran tan frecuentes y tétricos que el pobre Hermano que le acompañaba sentía verdadero miedo por las noches. Estaban solos, no conocían a los indios ni sabían su lengua. En un momento de lucidez que tuvo la víspera de Año Nuevo pudo hacerse cargo el P. Robaut de su gravedad, y llamando al Hermano a su cabecera le encargó con viva instancia encerrarse su cadáver en un ataúd y lo llevase a Nulato para recibir sepultura en el lugar mismo en que había matado Fuller al Arzobispo.

Por fortuna, el Padre sanó, mas para verse de nuevo poco después otra vez cara a la muerte. Una noche, el Hermano se cansó de esperar por él, y temiendo algo grave, se caló las raquetas y con dos indios se dirigió en su busca. Corría una brisa maligna que lo helaba todo. Los indios y el Hermano daban voces acá y allá y encendían cerillas en todas direcciones, hasta que oyeron una voz en lo más intrincado del matorral.

Allí encontraron al P. Robaut, todo arrecido, que les abrazó de consuelo por haberlo salvado la vida.

Había perdido la dirección, hasta que se rindió y se internó en los arbustos para hacer un acto de contrición y morir en la paz del Señor. Ignoraba entonces el Padre que había de vivir aún más de cuarenta años en Alaska (2). Después, su aclimatación fué ya completa, como lo acreditan innumerables hechos de su vida. Escogeremos sólo el siguiente:

Yendo una vez de camino con un esquimal, como les sor-

(1) LLORENTE: *Un paseo por la nieve de las Montañas Roqueñas*, S. M. (1931), 82.

(2) LLORENTE: *AB.*, 13 s.

prendiese la noche en un valle lejos de todo poblado, se metieron en sendos sacos de dormir que les cubrían por completo, y se acostaron entre unos bloques de hielo que allí había. El Padre cogió un sueño tan profundo, que se pasó la noche de un tirón, como dicen, sin advertir en la nieve que caía. No así el esquimal, quien entrando y saliendo del saco con frecuencia para calentarse haciendo gimnasia, cuando amaneció comenzó a llamar al Padre, y como nada oía y nada veía, creyó que se había ido, y comenzó a llorar. En esto vió que un bulto de nieve se movía, y pudo ver debajo al P. Robaut, que despertó con el llanto del esquimal, y que merced al poco aire que se consume durante el sueño, había pasado gran parte de la noche sepultado bajo la nieve (1).

Todas estas auteridades resbalaban sobre aquella naturaleza de acero como el agua resbala sobre la pizarra. Unicamente el año 1924, a los setenta de edad, comenzó a sentir fuertes dolores de reumatismo que dos años más tarde degeneraron en parálisis. Invitósele entonces a volver a los Estados Unidos, pero respondió que quería dejar los huesos entre sus amados esquimales.

La parálisis le atacó fuertemente la lengua, privándole por completo del uso de la palabra; y al poco tiempo perdía también casi totalmente la vista. Dejó el Breviario a más no poder, pero no la Misa, diciendo una de la Virgen, que sabía de memoria.

La segunda mitad del año 29 y todo el año 30 lo pasó inválido, empleando los días en rezar y orar por los esquimales. Desde 1886, en que llegó a Alaska, hasta el día mismo de su muerte, no abandonó jamás la Misión de Alaska boreal; como misionero había estado veintiocho años en Holy Cross, residencia que él mismo fundara en los primeros tiempos de la Misión; ocho años en el Kuskokwim como misionero ambulante de las aldeas indígenas; cuatro en Nulato; dos en Akulurak, dos en St. Michael y uno en Pymute.

Había nacido en Francia en 1855 y entrado en la Com-

(1) LLORENTE: *Un paseo por la nieve de las Montañas Roqueñas*, en *SM.*, 1931, 82.

pañía de Jesús en 1873. El 18 de diciembre de 1930, después de cuarenta y cinco años llenos de fructuoso apostolado, una parálisis dolorosa lo llevó al sepulcro en Holy Cross. El P. Luis Robaut es el misionero alaskense cien por cien.

Desde luego, salta a la vista que como Dios no deja sin recompensa un vaso de agua fresca dada por su amor al sediento caminante, mucho menos se olvidará de galardonar tantos sufrimientos padecidos por su amor. ¡Así se muere en Alaska! (1).

7. Pero sigamos adelante. Una gran dificultad de la Misión proviene en gran parte de la alimentación defectuosa de nuestros misioneros. Sólo en los meses de verano pueden arribar los barcos norteamericanos a los puertos de Alaska, y durante el largo invierno están condenados los Padres a comer solamente carne de reno y pescado helado, porque aquella naturaleza madrastra no produce en el interior legumbres ni vegetales algunos. Con sólo carne y pescado, el organismo necesita hidrocarburos, que al cabo de algún tiempo se hacen indispensables, so pena de la vida. Los esquimales van a buscarlos en los buches de los renos, y se disputan el liquen hecho papilla que en ellos encuentran. Pero esto no es posible para el misionero, pues tendría que convertirse en cazador de renos en vez de cazador de almas.

También las conservas constituyen una parte importante de la alimentación. Ni que decir tiene que a la larga no será muy agradable. Con ellas alterna el pescado condimentado en todas las posibles combinaciones y formas inventadas por los esquimales: ahumado, salado, helado, etc., pero siempre lo mismo.

O como decía el P. Bernard en una de sus cartas al Padre Rector de Enghien (2): «Nuestro menú varía de pescado cocido a pescado ahumado, de pescado ahumado a pescado seco, de pescado seco a pescado salado; y para variar, pa-

(1) LLORENTE: *L. c.*, 82.

(2) *Lettres de Jersey*, 1908, 89.

samos del pescado helado al pescado seco, del pescado seco al pescado ahumado y del pescado ahumado al pescado cocido. Hay todavía otro modo de preparar el pescado, pero éste no excita mucho nuestro apetito; es sumamente sencillo, y haría buen papel entre nuestras recetas caseras: tome usted pescado fresco, preferentemente salmón; entiérrelo en un hoyo de 1,50 metros de profundidad y 0,30 metros de longitud, cúbralo cuidadosamente con una piel de morsa bien pringada de aceite, rellene después el hoyo con tierra y arena y déjelo fermentar a su gusto conservado durante seis meses por un frío glacial de 40° bajo cero, cuando el apéndice nasal pierde toda sensación del mundo exterior. Los esquimales lo saborean ni más ni menos que saborean ahí los civilizados un buen trozo de Roquefort; químicamente hablando, el proceso de elaboración es el mismo.»

Y sin embargo, por contentos se dan misioneros y esquimales si durante el invierno tienen, aunque monótono, un plato seguro en que confiar. ¿Han cogido pesca abundante en verano? El invierno, a pesar de la crudeza de sus nieves y torbellinos, presenta, con todo, cara risueña a aquellos indígenas, que encontrarán calor y alimento medio enterrados en sus iglús y casas de invierno. Pero si en los meses del estío la pesca faltó, entonces... ¡ah!, entonces el monstruo del hambre se les presenta en toda su horrura, con el agravante, como arriba queda dicho, de tener que salir, desafiando la cellisca y la tempestad, en busca de subsistencias.

También de Alaska pudiéramos decir lo que Mons. Grandín escribía de sus Misiones del Norte del Canadá, cuando en 1880 la Congregación de Propaganda planteaba a los Obispos misioneros esta pregunta: ¿Cuáles son las enfermedades más comunes? «La más frecuente—respondió—, y pudiera decir la más peligrosa, sin comparación, es el *hambre*. El hambre es en mi Diócesis como la persecución en la primitiva Iglesia; siempre ha de existir en algún sitio, y seguro estoy de que ni un solo niño salvaje de siete años hay que no haya pasado varios días sin comer. Muchos, para no morir, comen alimentos corrompidos, raíces y plantas, y hasta

devoran, acosados por el hambre, sus vestidos de pieles y la tienda (1).

El salvaje pagano se come mujer e hijos. Y no sólo el salvaje padece de hambre; también el misionero está expuesto a rigurosos ayunos, principalmente en los viajes; también él está obligado a echar mano de ciertos recursos para conservar la existencia. En este último invierno, sin ir más lejos, dos Padres de la parte sudoeste de la Diócesis se vieron en la necesidad de comer lobo envenenado (mátanse los lobos con veneno muy activo), perros e infinidad de cosas de las que nadie pensara que el hombre pudiera alimentarse...»

En definitiva, el hambre es la negra soberana de aquellas perdidas inmensidades; en su mano espectral debiéramos poner la pluma que narrase la vida del Norte con descripciones ajustadas a la realidad. Ella es la que moviliza las correrías de grupos nómadas a través de las estepas y bosques; ella la que diezma las familias, las tribus y la nación; ella la que extermina campamentos enteros cuyos cadáveres aparecen destrozados sobre el suelo al deshacerse la nieve; ella la que nos informaría, sin duda, sobre el paradero de esos comerciantes, exploradores y criados, cuyos supervivientes contaron haberse extraviado en la cellisca, mas cuyos sangrientos despojos, reconocidos más tarde por los indios, delatan el triunfo canibalesco de los más fuertes sobre los más débiles (2).

Un vocablo de nuestro léxico, cuyo sentido ha ido atemperándose más y más para nosotros, perdura con toda su crudeza en los idiomas salvajes del Norte; es el verbo *ayunar*.

Ayunar es no haber comido nada durante varios días, semanas a veces. El último cazador ha vuelto *sin haber visto nada*. Perdida ya toda esperanza, los famélicos, devorados por la fiebre de sus entrañas y la combustión del frío, se encaminan, apoyados en dos bastones, a la choza del misionero.

(1) DUCHAUSSOIS: O. c., 125.

(2) DUCHAUSSOIS: L. c.

No pocos caen en el camino, y los lobos, que por instinto siguen aquellas lúgubres caravanas, se encargan de despa-
char a las víctimas.

Ojos denegridos y sin vida en sus espaciosas y negras ór-
bitas, dientes afilados y secos en sus desangradas encías. la-
bios pegados a las mandíbulas, piel descolorida, apagada. arru-
gada hasta las uñas..., aquellos espectros caen de hinojos ante
el misionero, sin fuerzas siquiera para formular un quejido,
una súplica... (1).

La infecundidad de un suelo eternamente helado, el ex-
tremo aislamiento de las regiones árticas, la miseria de los
salvajes; he ahí el verdadero cuadro de vida y acción en
que vemos desarrollarse la vida del misionero alaskaño.

Sí, el invierno que el hambre aprieta, la desolación es im-
ponente y aterradora; mas la Providencia Divina, que ha ne-
gado la fecundidad a aquellas estepas, cría pesca abundante
en sus lagos y en sus ríos. Con todo, el sacrificio del misio-
nero no deja de ser heroico. Los que habitamos estas regiones
cálidas y civilizadas, bien provistas por otro lado de todo lo
que puede conservar y alegrar la vida, no podemos darnos
idea de lo que supone esa monotonía minadora de la salud,
en la alimentación; los misioneros que tienen que sufrir sus
consecuencias nos dirán que eso sólo puede hacerse por Dios
y por las almas.

8. Parece paradoja y, sin embargo, es realidad. Por uno
de esos contrastes de la caprichosa Naturaleza, los misio-
neros de Alaska, sepultados todo el año entre montes de nieve
y hielo, se mueren de *sed*. ¿Es posible? Quizá nuestras pa-
labras no merecieran fe a nuestros lectores; dejemos que los
mismos misioneros expresen su agonía, como en otro tiempo
la expresara Jesús en el Calvario: «Si escribe usted—dice
uno—sobre nuestros países, subraye que la peor de las tor-
turas es la *sed*, la sed de Tántalo; el viajero ansía arrojar
a cada paso sobre la tentadora nieve, y no puede hacerlo.

(1) DUCHAUSSOIS: *O. c.*, 126.

porque en aquellas sofocantes correrías le sería fatal» (1).

Y otro, la víspera misma de su muerte (2), ponía fin así a las memorias de sus cuarenta y siete años de apostolado: «A lo que jamás me avine fué a la sed. ¡Sí, la sed! ¡Cuánto sufrí aquellas horas en que no podía detenerme para deshacer un poquito de nieve y no había medio de romper el hielo demasiado grueso!

¡Cómo envidiaba la suerte de los perros, que lamiendo la nieve se refrescaban! Mas al llegar a algún paraje donde sabía que la corriente impetuosa adelgazaba el hielo, de dos hachazos hacía brotar agua líquida y bebía. A la primera bocanada hubiérase dicho que una bola de hielo se formaba en mi cerebro.

¡Cuánto amor de Dios y de las almas (véolo ahora) ha sido necesario para soportar todo esto! La sed, la sed en las caminatas de invierno fué el verdadero sacrificio de mi vida de misionero, ¡el único!. Los demás no cuentan. ¡Plegue a Dios, quien pronto habrá de juzgarme, que ese mi sacrificio le haya sido grato! ¡Cuántas veces se lo he ofrecido, junto con aquel *sitio* del Calvario, por la conversión y perseverancia de mis entrañables hijos los salvajes!» (3). Ante tales expresiones juzgamos inoportuno todo comentario.

9. Y esa misma nieve que, o no puede calmar la sed devoradora del sediento caminante, o que introducida en la boca pudiera ocasionarle una muerte fatal, es causa al mismo tiempo de intensos dolores en los ojos: la *oftalmía* de las nieves, el *mal de nieve*, que no perdona sino a los miopes: cuanto mejor es la vista, más agudos son los dolores en aquellos que por naturaleza no le son refractarios. Es el primer regalo de la primavera boreal.

Llegado abril, el sol se desquita de su larga noche, lanzando el fuego de sus inacabables días sobre la planicie de

(1) DUCHAUSSOIS: *O. c.*, 83.

(2) El P. Laity, misionero en el Athabaska Mackenzie, muerto el 29 de diciembre de 1915.

(3) DUCHAUSSOIS: *O. c.*, 84.

los grandes lagos, de los anchurosos ríos y la tundra solitaria. La reverberación de sus rayos en la blanca, tersa y reflectora llanura, transforma en breve la piel europea en piel roja, y la roja en negra: tuéstase la epidermis, se seca y va cayendo en escamas. Esos mismos rayos luminosos penetran los ojos, y en menos de un día de marcha a través de la hoguera helada, se ponen encendidos como carbones. El órgano visual se inyecta de sangre en los primeros resquemores, agudos como lancetas. Pústulas cáusticas cubren en seguida la esclerótica y la córnea.

Algunos salvajes se revuelcan en el hielo muertos de dolor, y otros se quedan ciegos para toda la vida. Para protegerse, muchos indios colocan una tela negra delante de la cara; los esquimales se ajustan una visera de corteza abierta por medio, y los blancos recurren a las gafas verdes; mas nada hay verdaderamente eficaz contra el mal de nieve, sobre todo si el sol se oculta tras alguna nube que, sin disminuir mucho la luz, la esparce, y obliga a tender la vista sobre la planicie blanca, sin sombra ni relieve para distinguir los caminos.

Oigamos los lamentos del P. Gascón, Oblato de María Inmaculada: «Una hora antes de llegar—dice—, la vista me negó su ayuda. Vime obligado a acostarme sobre el trineo y resignarme a sufrir. Después de haber estrechado la mano a los salvajes, bauticé a un niño en peligro de muerte; mas la luz de la vela acabó de irritarme los ojos. Tuve entonces que despedirme de la luz, cerrar bien los ojos durante dos o tres días y tres noches y resignarme al martirio. Los salvajes, que sufrían al verme sufrir, me aconsejaron bañara los ojos en agua caliente, hervida con un puñado de té. Seguí dicho consejo al pie de la letra. Mas la tercera noche, de tal modo estaban inflamados, y tales dolores me causaban, que verdaderamente creí perderlos para siempre. El menor movimiento en casa, la más ligera corriente de aire bastaba para causarme agudísimos dolores. No sabiendo ya qué hacer, me decidí a darles un tercer baño, y hubo de ser algo eficaz, puesto que los días que siguieron ya no sufrí tanto. Mi mayor pena ha sido no poder rezar el Breviario ni ofrecer el santo sacri-

ficio de la Misa. Durante más de un mes sentí punzadas en los ojos. El temor de quedarme ciego e incapacitarme para trabajar en la salvación de tantas almas abandonadas, me apenaba muchísimo» (1).

10. Un hermoso día de verano, el misionero de uno de los pueblos más avanzados en el Estrecho de Behring, vió pasar un vapor a relativa distancia. Queriendo saludarles, para dar a conocer su presencia, hízoles señas con un pedazo de tela amarrado al extremo de un palo. La señal fué divisada desde el vapor, y pronto un pequeño bote se deslizaba con dirección a la costa.

En él venía, con algunos marineros, el capitán del buque, un inglés dedicado a viajes de exploración. «Padre mío—le dijo con cierta conmiseración—, me parece que ustedes los misioneros deben de estar medio locos, pues de otra manera no puede concebirse quieran venir a habitar estos desiertos.» Y el misionero respondió: «Sin duda que no ignora usted que Nuestro Señor Jesucristo ha venido a este mundo para salvar a todos los pueblos y naciones. ¿Podremos hacer una excepción con éste de Alaska, y abandonarlos sin enseñarles el camino del cielo?» (2).

La *soledad*, sí, ese compañero inseparable del misionero alaskeno, déjase sentir en toda su crudeza, separados como están del mundo civilizado, y separados también entre sí por un gigantesco mar de nieves y de hielo.

Se interna uno en cualquier bosquecillo cercano, y allí, sentado sobre un tronco, comienza a meditar. Reina el silencio más absoluto que se puede dar en el punto más solitario del globo. Queda uno ensimismado, con la respiración contenida, esperando escuchar algún leve murmullo; nada. Pasan varios minutos sin rumor alguno perceptible; a lo sumo, allá a los cien pasos se percibe lo que pudiera ser la caída de una hoja desprendida al rozar con el entreseco ramaje. Sigue un vacío perfecto. El tímpano, en vez de descan-

(1) DUCHAUSSOIS: *O. c.*, 299 s.

(2) *SM.* (1932), 350: *En la región de los hielos eternos.*

sar, se inquieta, y al poco rato el silencio es ya rumoroso y un zumbido persistente le quiere dar a uno la impresión de que hay vida alrededor y que la tierra se mueve y no está uno en la tumba. Es el silencio de la pampa alaskaña, de la *tundra*, como la llamaron los rusos por el parecido que tiene con las estepas siberianas.

Soledades peligrosas para la imaginación que divaga demasiado y origina manías y acaba en locura inocua. Es un hecho que confirma la experiencia, que nada acelera tanto la manía y aun la locura como la soledad: habla uno en voz alta y acaba por responderse a sí mismo; no para hasta entablar conversación animada con los arbustos del bosque que le circunda. En su imaginación la soledad ha cesado, por doquiera ve paisajes fantásticos, ciudades que se levantan como una ilusión de ensueños, transeúntes y trineos que su cruzan y le dirigen la palabra: él mismo se pregunta y se responde. Espejismos acariciadores que se dan con la misma frecuencia en las campiñas heladas de la tundra alaskaña como en las dunas abrasadas del desierto africano. En medio de la soledad silenciosa de una tundra sin fin, cree encontrarse dentro de una populosa ciudad del mundo civilizado: está loco.

Pero a veces qué saludables son para el alma estos ratos de soledad. Allí, en aquella paz profunda y reposo absoluto, se borran las ideas, desaparecen las preocupaciones, se ve uno aislado en el fin del mundo, y el corazón se levanta a Dios con una tendencia innata.

Quisiera uno que aquel estado de alma se prolongase varios centenares de años. Aquí sí que tienen cabida aquellas sentidas frases de nuestro poeta:

*A mis soledades voy,
de mis soledades vengo;
porque para andar conmigo
me bastan mis pensamientos (1).*

(1) LOPE DE VEGA en *La Dorotea*.

Cuando a fines del siglo pasado se establecieron los Jesuitas en Alaska, se concibieron planes por demás lisonjeros para el porvenir. El célebre P. Cataldo escribía lleno de optimismo: «Estoy cierto que dentro de cincuenta años habitarán la península cinco millones de blancos; abundan en ella las pieles, el salmón, la madera, y encierra sierras elevadísimas, cuyas montañas sean tal vez venero de los más preciosos metales» (1).

Parecía cierto; las aguas del *Klondike* reflejaban en sus ondas majestuosas ciudades de varios miles de habitantes: acababan de descubrirse riquísimas pepitas de oro, y una red de millares de aventureros fué extendiéndose por las riberas del río. Sagaces políticos y negociantes de los Estados Unidos creyeron haber descubierto aquel Dorado legendario que los exploradores del siglo xvi buscaron en vano, e hicieron presión en el Gobierno para que se uniesen con vía férrea los centros mineros y los puertos del Sur.

La empresa era difícil por demás, debido a los ríos anchísimos que se habían de atravesar y a los montes roquizos que había que perforar allí donde faltaba todo; pero la coincidencia de haberse terminado el canal de Panamá con tanta gloria, vino a plasmar en realidad lo que a muchos les parecía un sueño. Los ingenieros del Canal se embarcaron para Alaska con peones bien pagados y herramientas modernas en abundancia. A los dos años estaba concluída ya aquella obra de gigantes; con ella parecía unida para siempre la vida de Alaska a la del mundo civilizado, y se cumplían los vaticinios del ilustre misionero.

Pero..., pasaron los años, cesó el río de arrastrar pepitas de oro en su corriente, el polvo amarillo se agotó, desmanteláronse y se deshicieron las ciudades con la misma rapidez con que habían sido levantadas, volvió a quedar el esquimal dueño absoluto de la región y las zarzas y demás maleza se espesaron en los travesaños del ferrocarril. Ahora, el tren hace el recorrido una vez a la semana y aun así va vacío.

(1) WL., 1904, p. 35: *Our Mission in Alaska as it is to-day.*

Para no hundirse del todo, han levantado los agentes el precio de los transportes; procedimiento que, si cede en beneficio de la empresa, agobia y oprime más a la ya oprimida y necesitada Misión.

Los hechos muestran, pues, con clarividencia que el P. Cataldo se equivocó y que los hombres de negocios no acertaron. Alaska es hoy la misma que encontraron los primeros misioneros, con sus nieves y sus focas, su soledad y su miseria (1).

El que no lo ha experimentado—escribía el P. Lucchesi—no puede imaginarse lo que significa el sentido de soledad, casi de desesperación, que se experimenta al sentirse sepultado entre hielos, bosquecillos, lagunas y soledad, caminando siempre sin encontrar persona viviente a quien preguntar la dirección o pedir auxilio. Y después, cuánto desespera aquel continuado volcarse del trineo. ¡Cómo se entorpecen los brazos al empujarlo y dirigirlo! Hay que correr sin parar horas y más horas detrás de los perros, y a veces delante para excitarlos a caminar; las mil peripecias que acontecen, los espejismos que engañan, actúan tan poderosamente sobre la imaginación, que el solitario viajero, extenuado y triste, está a punto de acabar de una vez, como un niño caprichoso y refunfuón, gritando con violencia: ¡no camino más! Luego viene la noche, y está uno solo, y, cansado y deshecho, tiene que buscar él mismo la leña para encender una pequeña fogata, si la encuentra, y cenar algo caliente y poder conciliar el sueño a fin de poder caminar a la mañana siguiente (2).

11. Cuando el misionero, llevado del amor a Cristo, se sepulta por vez primera entre los hielos del Norte, se figura tal vez que las tempestades de nieve y el frío intentísimo son sus únicos enemigos. Pronto, sin embargo, verá que también del lado contrario se presentan asechanzas a su vida. De vez en cuando, en efecto, los vientos tibios y huracanados del Sudoeste lanzan sobre las tierras bajas de la tundra alaskana

(1) LLORENTE: *SM.* (1933), 381.

(2) TOSI: *L'Alaska e i suoi primi esploratori*, 129.

inmensas mareas, que al *inundar* la región siembran la desolación y la muerte entre sus sufridos habitantes.

Tal la que el 25 de noviembre de 1932 sorprendió al P. Fox en *Hooper Bay*, y que con ímpetu desacostumbrado comenzó a invadir las tierras de su distrito, arrastrando en su corriente una legión de icebergs. El mismo P. Fox nos cuenta cómo logró poner un dique a la inmensa oleada que se les venía encima.

«Viendo—dice—que las aguas avanzaban cada vez más, y amenazaban anegarnos a todos, tomé en mis manos la cruz parroquial y, después de fervorosa súplica al Señor, salí acompañado de todo el pueblo al encuentro de las aguas, plantando la cruz hasta el límite adonde había llegado la última ola, y rogando al Todopoderoso no permitiese que la marea pasase de aquel límite señalado por la enseña bendita de su cruz. Gracias sean dadas a Dios, las aguas no avanzaron ni un milímetro más, y empezaron pronto a retirarse. Al tiempo de la bendición de la tarde cesó también el viento y se alejó totalmente el peligro. Anuncié al pueblo una Comunión general para el día siguiente en acción de gracias por nuestra providencial salvación, a la que el pueblo entero respondió con inusitado fervor» (1).

Así favorece el cielo a los que tan generosamente sacrifican su vida por las almas; mas no siempre han de hacerse milagros, siendo cierto que, por lo común, deja Dios obrar a las causas segundas. Doce días más tarde se desencadenaba de nuevo furioso vendaval del Sudoeste, inundando en poco tiempo toda la planicie de la Misión, filtrándose en las casas e iglesia con una altura de varios pies sobre el nivel del suelo.

El espectáculo era por demás desolador: las aguas barrían con sus olas cuanto encontraban menos cimentado en su camino; a poca distancia de la iglesia era juguete de las olas una pequeña choza que hacía de granero. ¡Triste perspectiva de privaciones y de hambre si salíamos con vida del peligro!

(1) SM. (1933), p. 74: *Prodigiosa salvación del P. Fox y sus esqui-males de Alaska.*

La marea siguió subiendo aún durante varias horas, causando no pocas víctimas y destruyendo en unos momentos las provisiones de muchos pueblos (1).

En otras ocasiones es el Yukón el que se desborda impetuoso y barre sin compasión cuanto encuentra en su camino; algunas de sus inundaciones han dejado tristes recuerdos en las llanuras de Alaska.

12. A todo esto se añaden los *mosquitos*: una verdadera plaga de insectos impertinentes que agotan la paciencia del misionero: es el azote del estío polar; nacen con los primeros rayos de mayo, aun antes de que los hielos se fundan, para morir con los últimos calores. Atormentan al pobre viajero, no ya por legiones, por millares y millones; caen en plagas sobre manjares y bebidas, y apenas ha abierto uno la boca para hablar o respirar, cuando más de media docena se le han metido ya hasta la misma garganta, siendo necesario un violento acceso de tos para poder expulsarlos. Sueña uno sin querer en la *tercera plaga de Egipto* (2).

Ellos son la causa de que los veteranos de Alaska prefieran las calamidades de dos inviernos reunidas, a las de sólo un verano. «El mosquito de Alaska—dice el P. Llorente—merece una elegía que no se ha escrito aún. No sólo su grandor, que es inmenso: ni su número, que supera con mucho al de las estrellas de los cielos; sino su voracidad es lo que los hace temibles y repulsivos. Un jeringazo... y ya están hinchados de sangre. Para defendernos de sus trompas—dice—llevamos mosquiteros qué cubren cabeza, cara y cuello. Delante de mi mosquitero los he visto revolotear furiosos y espesos como las abejas a mediodía ante la entrada de la colmena. Son temibles en las llanuras; tampoco le permiten a uno bañarse en los lagos; pero donde hacen imposible la vida es en el bosque o entre los arbustos. Lo sé por experiencia (3).

Ensáñanse contra todo ser viviente, mas con furor de pre-

(1) *Ibidem*, p. 75 s.; P. J. Fox, S. I.: *A big flood* en NM., vol. III, 162.

(2) BAETS: *Mgr. Seghers*, p. 67.

(3) LLORENTE: *AB.*, 148.

dilección contra los blancos, recién llegados, sobre todo, cual si la sangre de éstos fuera para su voracidad más succulenta que la de los naturales. «Mayor suplicio no conozco—escribe un misionero—, que verme acosado por esos millones de enemigos inasequibles: la debilidad misma en sí y el más tiránico e irresistible poder tomados en conjunto. Miríadas de *zumbadores* y *chupadores*, que, ya los mismos, ya relevándose, no cejan en su persecución y que dondequiera y siempre son bastante numerosos para oscurecer el cielo, rodearle a uno, hostigarle, exasperarle, cubrirle el rostro, las manos y todas las partes del cuerpo accesibles a su aguijón, zumbarle a los oídos, metérsele en la nariz y picarle la piel hasta hartarse de sangre» (1).

«¡Ni tregua ni gracia!—escribe otro—. No había sino lanzarse con la cabeza inclinada por entre los enemigos, abrir un boquete dentro de sus filas y ganar a paso precipitado las márgenes del río, donde podríamos respirar a nuestro gusto. Nuestro plan tuvo éxito felicísimo, si bien con derramamiento de sangre por ambas partes.»

Sin hablar de avispas y tábanos, que no faltan, mencionaremos otra especie de *chupadores*, que se burlan de las más finas mosquiteras: los *quemadores*.

Animalejos invisibles—dice el P. Lecuyer, misionero Oblato en la desembocadura del Mackenzie—, bichitos que, criados para expiación de nuestros pecados, por todas partes penetran, atraviesan mantas y vestidos y su picadura quema como brasa incandescente (de donde el nombre vulgar de *quemadores*). ¿Cuál es la procedencia de este reino diminuto? No sabría indicarlo, porque no aguardan a que se les busque, sino que, como por ensalmo, surgen ora de la enramada, ora de los huecos de las rocas, y en un abrir y cerrar de ojos se aprestan en batalla a devorarlos (2).

Es tal la abundancia con que se lanzan contra el indefenso caminante, que según el P. Robaut solía decir gráfica-

(1) DUCHAUSSOIS: *Aux Glaces Polaires*, 87.

(2) *Ibidem*.

mente, podrían cortarse en el aire con un cuchillo como se corta la mantequilla en el plato (1).

Los insectos y mosquitos—añadía en otra carta el mismo Padre—son tan abundantes, que llenan todo el aire del contorno y oscurecen de tal manera el ambiente que llegan a impedirme la vista. Continuamente, día y noche, llevo conmigo los guantes, y no me los quito ni aun para comer ni escribir. En cierta ocasión en que tuve que ir a visitar a una indígena enferma a medio kilómetro de distancia, apenas podía abrirme paso con el pañuelo a través de aquel ejército tupido de animalejos (2).

De su número infinito nos da idea la siguiente leyenda sobre su origen: Vivió en un tiempo sobre la tierra un gigante, cuya pasión era beber sangre humana. Se le tenía por invulnerable. Al amenazar de muerte un natural al hijo del gigante, amedrentado le refirió que su padre tenía el corazón en el talón. Lo mismo que Aquiles en la antigüedad. el gigante fué herido por una flecha en el talón, y al morir exclamó: aunque me has matado y me quemarás, sin embargo te seguiré comiendo. El esquimal se rió, le quemó y arrojó sus cenizas a los cuatro vientos; pero cada partícula de aquellas cenizas convirtiéndose en un mosquito. Y ahora, a juzgar por las nubes de mosquitos que aparecen en verano, sacan la conclusión de que el famoso gigante debió de gozar de unas proporciones verdaderamente gigantescas (3).

Ansía el misionero la pronta venida del verano para que a una con la Naturaleza rejuvenecida se ensanche también su corazón oprimido por las nieves invernales, y no bien venido, tiene que luchar contra escuadrones cerrados de diminutos insectos, que le hacen de nuevo suspirar por los hielos y glaciares del invierno. ¡Pobre Alaska! Nieve, hielos, aislamiento, mosquitos, mosquitos y mosquitos.

13. Aún pudieran enumerarse otras muchas dificultades

(1) Carta del 16 de junio 1888, WL., 1889, 100.

(2) Tosi: *O. c.*, 127.

(3) SM., 1932, 256: *En la Región de los Eternos Hielos.*

que van acrisolando la virtud del misionero. Bien lo comprendió el P. General Luis Martín cuando entregó al P. Tosi en Roma aquellas líneas, que más que líneas parecen tiras y pedazos de su corazón de padre, todo entusiasmo y amor: «¿Cómo podría yo—dice—no sentirme conmovido de todo corazón contemplando tantos magnánimos hijos de la Compañía, quienes por sacrificarse enteramente a sí mismos, hasta dar su propia vida por la gloria de Dios y la salvación de las almas, después de abandonar la patria y cuanto se encerraba en ella de más querido, renunciadas todas las comodidades de la vida y habiéndose aventurado a la más ardua de las empresas, corrieron a sepultarse en las más remotas playas, desprovistos de todo alivio y llenos por otra parte de las penalidades que aquella triste y estéril región suministra tan pródiga al misionero?

¿Cómo no sentirme conmovido cuando considero que viven en chozas, tugurios y cuevas, en donde mejor se diría moran sepultados; cuando pienso que el resto de su penosa vida está en consonancia, por lo trabajoso, con estas tan miserables viviendas?

A través de mil fatigas, consumidos por el excesivo trabajo, acosados por innumerables contratiempos, sin tomar un momento de reposo, vuelan pronto a cualquier parte, según que lo reclame la gloria de Dios y la salvación de las almas, despreciando los padecimientos y asperezas del viaje. Es en verdad admirable y digno del Dios de los ángeles y de los hombres el espectáculo que se presenta ante nuestros ojos, a la vista de tantos misioneros verdaderamente crucificados al mundo y para quienes el mismo mundo está crucificado.

De estos ejemplos deduzco fácilmente que no se ha agotado aún la prístina virtud de nuestros mayores, ejemplo que me sirve de aliento en mi difícilísimo cargo.

Y no puede menor de ser así; porque desde aquellos remotos confines surge una esplendorosa luz, indicio cierto de todas las virtudes, que fulgura ante las miradas de todos, arrebatando los corazones y los llena de admiración, e infunde al mismo tiempo suma esperanza de que la Compañía no

será abandonada de Dios en estos luctuosísimos tiempos, mientras por su singular bondad le conceda tantos medios y estímulos para practicar la virtud.

Con placer me congratulo con tan genuinos hijos de la Compañía y les doy cuantas gracias puedo en nombre de la Compañía universal, que con justo título se siente orgullosa y se promete con tan buenos ejemplos grandes aumentos para el porvenir. ¡Ojalá pudiera enviarles oportunos socorros de hombres y material para aliviar en algo sus muchos trabajos y estrechez! Lo deseo, lo pido con toda mi alma y lo procuraré cumplir tan pronto como lo permitan los tiempos y una más favorable situación de la Compañía. Tengan por muy cierto que ellos constituyen la mayor y mejor parte de mis desvelos, y que lo que con mi autoridad y cariño pudiera hacer en su favor, lo cumpliré y haré con el mayor empeño. En el entretanto, que eleven sus almas a Dios, por cuyo honor han abrazado estas cosas, y que confíen en El, pues va anotando con cuentas de oro todas sus obras, a fin de darles un galardón copiosísimo. Bendigo con todo amor y me encomiendo en los santos sacrificios y oraciones de V. R. y de todos los Padres y Hermanos de la Misión de Alaska. De V. R. siervo en Cristo, / *Luis Martín, S. J.* / Fiésolle, 14 de marzo de 1893» (1).

Así son los misioneros de las nieves: acosados como se ven por un sinnúmero de dificultades y peligros, saben luchar hasta morir: lucha por la vida en primer lugar, y lucha también, más dura aún, contra las hostilidades y prejuicios de las tribus que aún quedan por convertir; lucha encarnizada contra el frío y la soledad; lucha paciente contra las dificultades de la lengua; lucha, en fin, dolorosa contra la mala voluntad de las gentes, contra la rabia mal reprimida de los hechiceros, contra la tenaz desconfianza de los indios, contra la solapada hostilidad de los agentes extranjeros.

Y todas estas luchas en una Misión, la más difícil que hoy tiene la Iglesia de Dios, ¿no nos dan derecho para llamar a

(1) WL., 1894, 50 s.

Alaska la Misión heroica y a sus operarios los heroicos misioneros?

Cayó el fundador en la pelea, dejando un reguero de sangre roja sobre aquella nítida blancura boreal; no importa, también el Fundador de la Misión primera cayó en la lid, y, sin embargo, desde la Cruz sigue dirigiendo los pasos de su Iglesia.

Los que van completando esa labor siguen adelante y caerán, aquí un P. Ruppert, Treca o Paquín, víctimas de los hielos polares; dejaránse aquéllos amputar un miembro helado en sus correrías apostólicas; lucharán todos con tenacidad inaudita contra los elementos de una naturaleza salvaje y glacial; pero esa lucha les dará derecho a una victoria: ante el misionero de Alaska deberíamos descubrirnos como ante la presencia de un héroe.

XIV

LA MISIÓN

1. Los puestos de Alaska Austral.—2. Alaska Boreal: Fairbanks.
3. La estación de Nulato.—4. Holy Cross: su orfanato y sus escuelas.—5. Actividad juvenil.—6. El primer Jesuita esquimal.—7. Los huerfanitos de Holy Cross y el vicario de Jesucristo.—8. Residencia de Mountain Village.

1. Antes de terminar el presente estudio sobre los hielos de Alaska, no estará de más hacer una jira a través de sus heladas estepas, visitando los centros principales de la Misión, bañados en su mayoría por las aguas del Yukón durante el verano, y bloqueados en invierno por la rigidez y espesor de sus helados carámbanos. El viaje será largo y un tanto penoso quizá; pero sólo así podremos apreciar con exactitud la labor heroica llevada a cabo en el extremo Norte por los intrépidos misioneros de Jesucristo.

De los puestos misioneros de Alaska Austral: *Juneau, Ketchikán, Wrangell, Skagway, Córdova, Valdez, Seward y Anchorage* no diremos más que dos palabras, por no ofrecer mayor dificultad, situados como están en un clima menos crudo y riguroso, y gozar, en parte, de las comodidades que hoy se tienen en nuestras ciudades modernas.

Después, saliendo de Fairbanks, descenderemos por el Yukón, la gran arteria alaskaña, hasta su desembocadura en el mar, bajaremos unos kilómetros para visitar Kashunak, Hooper Bay y Tununak, y subiremos en seguida hacia Nome y demás puntos extremos del Círculo Polar.

Ketchikán, en la isla de Revillagigedo, es una ciudad de unos 4.000 habitantes; es, por lo tanto, una ciudad pobladísima en Alaska, donde tales concentraciones humanas son para los esquimales puramente imaginarias. Ketchikán es típica por sus construcciones originales, pues las dos terceras partes de las casas—todas de madera—están levantadas sobre plataformas de tablones sostenidos por maderos elevados en el mar. Entre los dos barrios—el indio y el blanco—está la iglesia y casa de los Padres, y junto a la iglesia se levanta uno de los edificios más respetables de la población: es el hospital, propiedad de las Hermanas de la Caridad, que atienden con esmero lo mismo a indios que a blancos, a católicos lo mismo que a protestantes o ateos. Su hospital es el único, y a él van a parar todos los enfermos. Sus habitantes viven generalmente de las minas, de la pesca y de la madera.

Wrangell es la ciudad del benemérito P. Monroe, anciano venerable, que ya era célebre en Alaska allá por los años de 1890. En medio de un jardín primorosamente cuidado se levanta la iglesia y la casa del misionero; y no lejos de allí se ven los fantásticos yacimientos pesqueros donde se almacenan barcos y más barcos de salmón: al año se empaquetan más de tres millones de cajas.

Córdova y *Valdez* son dos poblaciones situadas ambas a poca distancia una de otra en el golfo de Alaska, y que revelan claramente las huellas de los primeros españoles que recorrieron aquellos contornos. Son muy frecuentes las lluvias en sus cielos, persistentemente encapotados (1).

Skagway es un pueblo que tuvo relativa importancia cuando la efervescencia minera del Klondike, adonde conducía una vía fácil que partía de Skagway; hoy ha decaído enormemente. El puesto misionero de este pueblo corre a cargo de un sacerdote del Clero secular que se ha puesto a disposición del Sr. Obispo de Alaska, lo mismo que los de Anchorage, *Seward*, *Córdova* y *Valdez*.

(1) *Córdova*, la escriben con *v*, a pesar de ser un nombre de origen español. *Valdez*, español, fué uno de los principales colaboradores de Vancouver al trazar los mapas de estas regiones.



La Misión de Alaska. (Región del Sur y central.)

Seward es una aldehuela en la costa Sur de Alaska. No hay más que blancos, que viven del tráfico del puerto, lazo de unión entre el interior de Alaska y el mundo civilizado. Son unos 400 habitantes, y para atenderlos han levantado los Jesuitas su casa e iglesia, punto de partida además para otras estaciones limítrofes. La iglesia, muy mona, tiene su armonio, su coro y sus diez y seis bancos con respaldos; allá, frente a la puerta, se divisan unos montes elevadísimos coronados de nieve; es el paisaje típico de Alaska: ya en el Sur de la península comienzan a reinar las nieves perpetuas.

Anchorage no tiene otra importancia que ser residencia de casi todos los empleados en barcos fluviales, vía férrea y aviación, y ser, por decirlo así, el límite que va a dividir a la Alaska Austral de la Boreal; tiene unos 2.300 habitantes.

Y por fin *Juneau*, la capital de Alaska, es una ciudad de unos 4.000 habitantes y residencia del Vicario Apostólico; centro minero de importancia y con bosques multiseculares en las afueras, que proveen de material a las sierras y ebanistas. Ya Mons. Seghers la describía así en una de sus cartas: «Al extranjero que ve a Juneau por primera vez antójansele sus casas como caídas del cielo sin orden ni concierto alguno: ésta mira al Oeste y aquélla parece buscar las caricias del sol naciente; la de más allá da espaldas al mar y mira de frente a la montaña como si se aprestase a escalar las escarpadas pendientes de sus peñas; otras, en fin, más que asentadas en tierra firme, parecen adheridas a la roca y suspendidas en un flanco de la montaña. Por todas partes, excepto el mar, escarpados picachos de aspecto imponente, que se elevan hasta 1.200 metros, están defendiendo este Gibraltar americano contra ataques posibles de enemigos desconocidos; y allá en el mar, un navío que se enorgullece de su nombre airoso de *Pinta*, parece apostado en vela continua espiando quizá los ataques de las ballenas» (1).

Bonita descripción, por cierto, y llena de poesía boreal que pinta en breves rasgos lo encantador del paisaje que

(1) BAETS: O. c., 176.

circunda la capital alaskaña. No lejos de la casa episcopal se levanta un hospital precioso, dirigido por Ursulinas franco-canadienses. Se publica una pequeña revistilla semanario que lleva por título: «The Alaska Catholic». A 20 millas de la ciudad hay una casa de ejercicios, dirigida por el P. Levasseur.

Actualmente no es Juneau la aldea primitiva que pintara el Arzobispo; la capital de Alaska actual tiene hoy todas las ambiciones de una capital moderna.

2. *Fairbanks* es una pequeña ciudad cosmopolita, donde, entre sus 2.200 almas, tienen todas las naciones de Europa y América sus representantes: aventureros, buscadores de oro, comerciantes de pieles. Los católicos apenas si pasan de los 300, irlandeses en su mayoría; pero que constituyen sin duda una de las cristiandades más fervorosas de la Misión (1).

También los protestantes asisten en buen número a la Misa cantada y sermón de la tarde todos los domingos. Aun, los días que pasa la temperatura de 40° bajo cero, acuden bastantes fieles a Misa, y no hay día en que no se acerquen varios a comulgar. Entre sus devociones principales hemos de mencionar la *Hora Santa*, que tiene lugar todas las vísperas de primer viernes, con dos o tres platiquillas entreveradas con cantos y un rato de meditación; la Misa de los *primeros viernes* de mes en honor del Sagrado Corazón; la Novena de la *Inmaculada*; las *Cuarenta Horas*; *Semana Santa* y *Corpus Christi*, que celebran con toda solemnidad, y en las que chorrean devoción, formando así las complacencias del misionero (2).

Los Padres dirigen la Parroquia, el hospital, y tienen a su cargo los campos de minas: apostolado ingrato y difícil por la frialdad, cuando no hostilidad manifiesta, de aquellos aventureros y mineros, que tras un rudo y continuo trabajo hambreadan diversiones y pasatiempos violentos y groseros. Las Hermanas de la Providencia, enfermeras del hospital, pueden

(1) SEVERIN: *Par delà le Cercle Arctique*, en *Xaveriana* (1930), n. 76, página 18.

(2) J. M. PIET, S. I.: *Alaska: Fairbanks NM.*, vol. II, p. 77.

con todo contar en su haber gran número de conversiones.

Fairbanks es hoy, además, toda una ciudad, modernizada con su aeropuerto, del que salen todos los días aviones con rumbo a Nulato y Nome, en Alaska Septentrional, y a Anchorage, Seward y Juneau, en el Sur; y mientras hace unos años tardaba el correo dos semanas para salvar en trineo los 865 kilómetros que separan a Fairbanks de Nome, hoy lo hace el avión en siete horas. Uno de los Padres de Fairbanks va todos los meses a Nenana, 90 kilómetros al Oeste, pueblo de unos 300 habitantes, protestantes todos ellos, excepto una docena de católicos, con su pequeña y bonita capilla (1).

Nenana tuvo 1.500 habitantes hace años, cuando sus minas de oro estaban florecientes. Pero el oro se agotó, los mineros blancos se desperdigaron, y la ciudad quedó tan desmantelada que hoy es un montón de ruinas y escombros. Junto a la estación hay un par de tabernas; luego una callejuela con varias tiendas, y acá y allá, entre arbustos y maleza, se ven casas miserables de indios y mestizos en amigable convivencia con algunos blancos que echaron raíces en este suelo.

Creyendo que Nenana continuaría siendo lo que era, el P. Monroe levantó una capilla y una casita muy mona. A pesar de las frecuentes visitas del misionero de Fairbanks, los cristianos de Nenana son fríos, envueltos en un ambiente de paganismo materialista, fruto sin duda del hervor minero de otros tiempos.

3. Sigamos por el río 750 kilómetros al Oeste, y entraremos en *Nulato*, una de las más antiguas factorías de pieles, punto de reunión de numerosos esquimales para su tráfico y su comercio. Región sombría y brumosa en verano y tempestuosa en extremo durante el invierno; su parte septentrional es una serie ininterrumpida de glaciares (2). Nulato fué la primera residencia de Mons. Seghers, y en ella pensaba él establecer su centro de irradiación misionera. Extiéndese

(1) SEVERIN: *L. c.*, 18.

(2) L. ELINE, S. I.: Carta de 20 de mayo de 1921; v. *Cartas edificantes de la Prov. de Castilla* (1921), 359.

su distrito en una longitud de más de 500 kilómetros a lo largo del Yukón.

El conjunto lo forman cuatro edificios que dominan sobre todo el resto de la población: la casa del misionero, con dos Padres y un Hermano; la iglesia, muy hermosa, con coro y unos 30 bancos grandes con respaldo; la escuela, o dos aulas muy iluminadas por una cristalería envidiable, con calefacción, mapas, encerados en abundancia y pupitres para 60 muchachos, y, finalmente, la casita de las monjas, tres religiosas yanquis que enseñan en la escuela y cuidan de la limpieza de la iglesia. El P. Mc Elmeel, su misionero, es el personaje más ilustre en cien leguas a la redonda. El visita todas las aldeas del Yukón, desde Tanana hasta Holy Cross, una distancia de unos 800 kilómetros, y él ha bautizado a todos los menores de quince años (1).

La Misión es pobre en extremo, y los indios Ten'as y Thinklets, que la habitan, no son de los más fervorosos que digamos; la proximidad de los blancos, bien poco edificantes por cierto; los matrimonios mixtos; el cine..., no pueden menos de hacer sentir su influencia; además que las cadenas montañosas que cruzan el país hacen rudo y difícil el trabajo del misionero (2).

Con todo, a las notas transcritas sobre estos fieles en el capítulo anterior, hemos de añadir aquí los siguientes datos del P. Luis Eline: «En la Misa del domingo—dice—se llena la iglesia, y canta todo el pueblo en canto gregoriano. La primera vez que les oí la Misa, no pude menos de emocionarme: cantan en un tono claro, y el conjunto hace muy buena impresión; saben cinco misas, todas en latín. Las Hermanas de Santa Ana dirigen las escuelas» (3).

Lo mismo que Fairbanks, tiene su aeropuerto, que presta grandes servicios en ocasiones al misionero.

Los tres puestos más importantes de este distrito son: *Tanana*, *Ruby* y *Kaltag*, a orillas los tres del caudaloso Yukón.

(1) LLORENTE, AB.: 53.

(2) SEVERIN: *Par delà le cercle Arctique*, Xaveriana, 1930, n. 76, 19.

(3) L. ELINE: *L. c.*

Tanana, pueblo de unas 300 almas, se halla en la confluencia misma del Tanana con el Yukón, y como ambos ríos son ya navegables por separado, lo que forman al confluir es un verdadero mar.

La Residencia de Tanana es capaz de satisfacer las ansias de soledad y pobreza de un San Francisco de Asís: una capillita de madera con bancos toscos, y sin armonio; una habitación detrás de ella, con un banco ancho, atestado de mantas, y cocinilla con un saco de carbón en un rincón. Entre el banco y la pared hay una ventana, donde se sienta el misionero para escribir y leer (1).

A dos días de Tanana está *Ruby*, pueblecito pintoresco por su situación en una loma repleta de arbustos, pero de casas pobrísimas, todas de madera. También aquí tienen los Jesuitas casa e iglesia, o mejor, choza y capilla, visitada a lo más dos o tres veces al año (2).

Kaltag es una aldea poco más abajo de Nulato, donde el P. Mc Elmeel tiene también sus «cuarteles»; los de siempre: una capillita con su habitación adosada.

Y después..., soledad, la soledad más absoluta, un día entero de navegación a lo largo del río sin descubrir una mísera choza de pescadores. ¿Qué ha pasado? Nada; hace cosa de veinte años cundió por allí una peste que barrió pueblos enteros. El indio, supersticioso, creyó que este paraje estaba habitado por malignos espíritus, y lió sus bártulos camino de... ¿qué sabía él?; pero se fué lejos, lo más lejos que pudo (3).

4. Cinco días de navegación por el Yukón y llegamos a *Holy Cross*, a 500 kilómetros de Nulato. Entre las diversas casas que los Jesuitas tienen en Alaska Boreal, hay una que por la solidez de su construcción, por su talle esbelto y airoso y por su gran número de ventanas, nos indica abiertamente que no se levantó como las demás, para servir de mansión a

(1) LLORENTE: AB., 49.

(2) *Ibidem*, 50.

(3) *Ibidem*, 58 s.

un solo misionero con sus perros. Las aguas majestuosas del Yukón la reflejan en su fondo, y a su lado vense, acá y allá, casas pequeñas, propiedad todas ellas de la Misión: es Holy Croos, casa matriz de la Misión de Alaska y amparo de los pobres huerfanitos de la región (1).

La iglesia, las residencias de los Padres y de las Hermanas, los talleres, el jardín y los prados forman un tan bello conjunto, que con razón se la ha llamado el *Paraíso de Alaska* (2). Su obra principal es el Orfanato y las escuelas. Los niños y las niñas del Orfanato viven separados en tres grupos que pudiéramos llamar divisiones: desde los tres años hasta los nueve viven juntos niños y niñas, sin separarse más que en los dormitorios; y cuando llegan a esta edad se separan definitivamente, formando dos comunidades. Los pequeños y las niñas están a cargo de las Hermanas de Santa Ana, canadienses de nación; y al cuidado de los mayores están Hermanos Coadjutores de la Compañía de Jesús.

Todo allí tiene aspecto de algo que quiere ser Colegio: clases con bancos y pizarras, estantes rebosando libros y papeles, tránsitos y campos de juego. Es de notar que en Alaska, lo mismo que en los Estados Unidos, se da al juego una importancia que raya en adoración. Notables son en Holy Cross los partidos de balón a las *doce de la noche*, cuando en julio y agosto ronda el sol los cuatro horizontes sin acabarse nunca de poner. Los Padres y Hermanos patrocinan a uno de los equipos y las Madres hacen lo propio con el otro. Al vencedor se le concede un día de campo, y aquellos alaskenses se embisten como tigres entre la gritería de los compañeros, que aplauden o vituperan. Y aun en invierno, cuántas veces se les ha visto jugando al balón aun a la temperatura de 35 grados bajo cero (3).

Todo el material escolar que estos ejercicios requieren lo reciben gratis en la Misión, lo mismo que la comida, vestidos y demás. Ahora bien, como el promedio de huérfanos es de

(1) LLORENTE: *Desde los Hielos de Alaska* (SM. [1931]. 263).

(2) SEVERIN: *L. c.*, 22.

(3) SEVERIN: *L. c.*

170, más 10 monjas y 6 Jesuítas, salta a la vista que, o hay una fuente perenne de riquezas, cuya corriente va a morir en el Orfanato, o Dios alimenta milagrosamente a aquellos sus hijos como en otro tiempo lo hacía con los Antonios y Pablos del desierto. En cuanto a lo primero, bien saben los lectores que las tales fuentes son pura leyenda, aun para los habitantes de la isla de *Utopía*. Ya no hay Ponces de León que se arriesguen a equipar una carabela, costear las Bahamas y entrar a Dios y a ventura por las selvas de la Florida en busca de la Fuente de Vida, cuyas aguas, bebidas, daban la inmortalidad; ni se arman expediciones para descubrir el Vellochino de Oro por las cordilleras de los Andes.

En cuanto a lo segundo, no tenemos noticias de que las aves marinas del Estrecho de Behring hayan descendido a los tugurios de los esquimales para alimentarles con el tierno bollo de pan que en sus picos llevaran. ¿Qué les queda, pues, y cómo viven en aquellas latitudes, dejados como están a merced de sus alcances? Vamos a responder con las mismas palabras de un exmisionero de Holy Cross.

5. Con las limosnas que llegan a la Misión se compra en Seattle, puerto de los Estados Unidos, harina, maíz, telas fuertes y material de imprenta. Eso es todo lo que se importa del exterior. Antes de relatar lo que produce el interior, hay que hacer una observación. Cuando los huérfanos llegan a los quince años, dejan la escuela y aprenden un oficio. La Misión tiene carpintería, sastrería y zapatería. En estas oficinas se proveen de calzado y vestido, y con los pinos que en las orillas del Yukón abundan, amueblan la casa y se adiestran en levantar otras nuevas, pobres, pero decentes y duraderas.

Otros se dedican a la caza o pesca, con mayor o menor contingente de focas y pescados. Además, posee la Misión un rebaño de renos, pastoreados por los jóvenes, que los llevan, como en otro tiempo los pastores de Abraham, por todas las regiones comarcanas sin el embarazo de fronteras municipales. Los sábados por la tarde se mata un reno, que da un

bocado de carne a mediodía y un vestido al que lo necesite con más urgencia. En los alrededores del Orfanato se allanaron y cavaron extensas parcelas de terreno, y después de varios experimentos y frustraciones, se vió que en los cuatro meses de verano se recogían patatas, berzas, guisantes y cebollas. Se cercaron en seguida las parcelas y todos los años se cosechan estas hortalizas cultivadas por los mismos niños (1).

Seducidos por este ejemplo, quisieron también algunos indígenas hacerse con su jardincito; pero esta gente no tiene paciencia: arrancan las patatas cuando apenas están como canicas, y aún se ha llegado a dar el caso de uno que, habiendo sembrado sus patatas según todas las reglas del arte, las volvía a desenterrar al día siguiente y... las comía (2).

Cuando los niños llegan a los diez y ocho años, aproximadamente, instruidos como están y habituados al trabajo, dejan la casa misión y buscan colocación, bien entre los parientes de sus respectivas tribus, bien en alguno de los grupos de los buscadores de oro. Lo ordinario es que se casen pronto, y que tomen por esposas a las mismas jóvenes del Orfanato con quienes se educaron. Así van saliendo matrimonios católicos, excelentes padres de familia y madres cabales, que no creen en agüeros ni en supersticiones.

Cuando el hechicero les diga: «Yo soy el dios de la pesca y de la caza; yo llamo a las focas y vienen; conjuro a los renos y se van; yo me sumerjo hasta el profundo del Océano y converso siete días con los peces, sobre los que impero a mi capricho; dame carne y te llenaré las redes», nuestros recién casados les responderán con sonrisa burlona que ellos piensan más alto, que se deje de cuentos tártaros y se convierta y bautice, si no quiere sumergirse en los infiernos y conversar eternamente con los demonios.

Estos matrimonios son el sostén de los misioneros de las tribus, sus catequistas gratuitos, los defensores en público de su fama calumniada: son su gozo y su corona. Son la

(1) LLORENTE: *SM.*, 1931, 266.

(2) SEVERIN: *L. c.*, 23.

levada a que en el seno de su pequeñez encierra la virtud maravillosa de hacer fermentar la ingente masa que, informe, la cubre y la rodea (1).

6. Ni han parado aquí los frutos de tan benéfica institución: de entre estos niños juguetones que alegran la aridez boreal con sus cantos y sus juegos, brotó la primera vocación para la Compañía: el H. José Prince ha sido el primer esquimal que vistió la sotana de San Ignacio. Nacido en 1908, de padres paganos, en una choza de nieve entre St. Michael y las costas del mar de Behring, y bautizado por uno de los sacerdotes rusos de rito ortodoxo que habían quedado por aquellas regiones, fué rebautizado *sub conditione* por el Padre Ruppert, quien, en 1918, le envió en calidad de huérfano a Holy Cross (2).

Hermoso aspecto el que se ofreció a su vista apenas traspuso los umbrales del recinto: niños bulliciosos y juguetones entregados con pasión a sus juegos infantiles; madres cariñosas que le sonreían, y un ambiente celeste que le confortaba con nuevo vigor. Pasaron los días. A la timidez del principio sucedió una expansión ingenua y atractiva, y pronto José Prince se hizo amar en la comunidad.

En 1926 le escogió el P. Delón para representar a la Misión en el Congreso Eucarístico de Chicago, prueba de que algo bueno se encerraba en aquel exterior regocijado. Después de haber lucido en Chicago el típico traje alaskano de piel de reno con guantes y gorro de piel de foca, se ofreció a seguir de guía al P. Delón en una de sus jiras apostólicas por el distrito; en ella completó los últimos detalles de su vocación, y Prince quedaba admitido para Hermano Coadjutor en la Compañía.

En la primavera de 1928 lo vemos haciendo las primeras pruebas en la casa de Tercera Probación de Port Townsend (Estados Unidos), y en diciembre del mismo año partía para el Noviciado de California. El clima paradisíal de esta región

(1) LLORENTE: *Desde los Hielos de Alaska (SM.)* (1931), 266.

(2) NM., vol. IV, p. 39, *Death of First Eskimo Jesuit*.

sufre un pequeño paréntesis en la estación de los fríos, pero nadie creyó que los 15° positivos de diciembre atormentasen al hijo de aquellas temperaturas de 40° bajo cero. Sin embargo, el H. Prince se quejaba de frío. Camisetas, elásticos, gabanes, de nada servían. Nadie se explicaba la paradoja, pero el hecho se daba, y el H. Prince, aunque era buen carpintero, con habilidades no comunes para la albañilería, fué destinado a trabajar en la fragua, donde le veían invariablemente cosido con el horno y amagando a los hierros hechos ascuas.

Aquella naturaleza, modelada en un ambiente de continuo batallar contra las inclemencias de los hielos sin despojarse de las pieles que la aprisionaban, no se avino con el clima templado que constituye las delicias de los blancos. Pasó menos mal el primer año, pero en el invierno del segundo se sintió mal y de pronto arrojó tal cantidad de sangre que se temió seriamente por su vida. Se le envió más al Norte, en el Estado de Oregon; pero, lejos de mejorar, empeoró. Entonces le enviaron como último remedio a la Misión de San Ignacio, enclavada en el corazón de las Montañas Roqueñas, entre picos de nieves perpetuas; tal vez la vista de la nieve y la brisa fría restaurarían lo que los aires de los naranjos y limoneros habían destrozado.

¡Ya era tarde! El Superior le comunicó que el desenlace final se avecinaba, y el H. Prince se dispuso a prepararse para dar buena cuenta de sí en el tribunal divino. Realmente, no había mucha tela que cortar. Hasta los nueve años, siguiendo inocentemente a su madre y hermano mayor en busca de focas y pescados. Luego a Holy Cross, comulgando semanalmente al principio y diariamente al fin. Dos años de Noviciado habían coronado la carrera. No es, pues, extraño que el P. Superior viese a José Prince llorar de placer y de agradecimiento por morir novicio de la Compañía de Jesús.

Para colmo de felicidad llegó una carta del P. Provincial concediéndole los votos del bienio. Se dijo una Misa en su habitación y, de rodillas en la cama, recitó la fórmula delante de la Sagrada Hostia. Pocos días después, en un violento ata-

que de tos y una fuerte hemorragia pulmonar, perdió el color y la vista y se durmió en el Señor. Era la madrugada del 8 de enero de 1931. Al lado de Jesucristo estaría sin duda San Ignacio para recibir en sus brazos al primer hijo de las nieves que sus misioneros le enviaban (1).

7. Los demás huerfanitos de Holy Cross, que lloraron su muerte sin consuelo, si no tuvieron la dicha de seguir los pasos de su inolvidable Prince, al menos procuraron imitarle en aquel fervor que admiraron en él cuando le tenían en su compañía. Para corresponder de algún modo al cariño que el Santo Padre les había mostrado no permitiendo quedasen sin misioneros, con ocasión de sus fiestas jubilares el año 1929, le enviaron esta carta, rebotante de amor filial (2): «Santísimo Padre: Vuestros hijos queridos, los niños y niñas esquimales de la Misión de Holy Cross (Alaska), en compañía de sus maestros y maestras: Hermanas de Santa Ana y Padres y Hermanos Jesuitas, ofrecen con todo respeto a Vuestra Santidad esta muestra de su tierno amor y humilde acatamiento:

Misas	1.716
Comuniones	1.614
Viacrucis	661
Rosarios	2.170
Oraciones	82.337
Mortificaciones	6.514
Buenas obras	6.655

El Santo Padre, a su vez, conmovido hondamente por una muestra tan cariñosa de filial respeto, no pudo menos de manifestar al P. General sus sentimientos por medio de estas líneas que en nombre suyo le dirigió el Cardenal Pacelli, Secretario de Estado a la sazón:

(1) LLORENTE: *Desde los Hielos de Alaska* (SM. (1931). 268-270) NM., vol. IV, p. 40, *Death of First Eskimo Jesuit*.

(2) NM., vol. III, p. 361, *Alaska*.

«Del Vaticano, 27 de junio 1930.

Reverendísimo Padre:

Entre las muchísimas pruebas de filial devoción que desde todas las partes del mundo católico han llegado al Padre común de los fieles durante la celebración jubilar de su sacerdocio, cierto, ha acogido con particular afecto la que le han enviado los católicos esquimales de Alaska y los buenísimos misioneros Jesuítas de aquella lejana región ártica, y que V. P. Reverendísima tuvo el placer de presentar al Trono Augusto de Su Santidad.

El Santo Padre ha admirado con íntima conmoción de su alma el arte ingenuo con que la ruda, pero significativa corteza de abedul está historiada con figuras graciosas, que demuestran la fe vigorosa y el amor ardiente de aquellos sus hijos carísimos; y ha recibido con el corazón abierto a la más viva gratitud el rico manojito de obsequios espirituales que van anotados en el centro de la pintura.

Le encargo por ello a V. P. tenga a bien manifestar a aquellos sus hijos queridos su agradecimiento paternal y asegurarles al mismo tiempo que el Vicario de Jesucristo, a la vez que les tiene a todos presentes en su corazón con aquel amor con que abarca a toda la familia cristiana, les recuerda de un modo especial en sus oraciones para que el Señor les conceda la abundancia de sus gracias y favores.

En prueba de lo cual, Su Santidad da con particular benevolencia a los misioneros y fieles de Alaska, y muy especialmente a los de la Misión de Holy Cross, la Bendición Apostólica.

Con sentimientos de sincera y especial estima me reafirmo de V. P. Reverendísima affmo. en el Señor,

E. Card. Pacelli (1).

Tiene Holy Cross unos 1.200 cristianos; su fe es profunda; su ejemplo, alentador. Nada tan imponente como los ejercicios anuales: desde la plática de apertura reina en el

(1) *ARSJ.*, vol. VI, 1930, 569.

vecindario el silencio más absoluto: acordeones y demás instrumentos de música se relegan esos días a un rincón; desaparecen charlas y visitas; y hay que notar que para esta gente, en extremo charlatana y amiga de visiteos, constituye todo esto un sacrificio harto meritorio.

Por eso es este retiro un tiempo pletórico de bendiciones del cielo (1).

8. Bajando por el Yukón, y no lejos de la desembocadura del mismo, llegamos a *Mountain Village*; no lejos de ella se levanta la que ha sido por largo tiempo ciudad central de la religión ortodoxa, Russian Mission. Como es natural, los ortodoxos abundan por esta región, pero hemos de confesar que son, por lo general, afectos a nuestras doctrinas. Hace unos años escribía su misionero, P. Keyes (2), cómo dos sacerdotes rusos, un monje y un secular, le habían hecho una visita, expresándole su contento y satisfacción de que algunas familias de su propia fe se hubiesen pasado a los católicos; ellos, por su parte, no cesaban de amonestar a los suyos que no asistiesen a la Iglesia protestante (3).

Mountain Village, a 80 kilómetros de Akulurak, es ya un pueblecito de cierta importancia, situado sobre un ribazo cerca del delta del Yukón. El Gobierno lo ha escogido para montar en él un hospital territorial que atienda a los enfermos de los contornos. Es un edificio de madera, pero muy

(1) SEVERIN: *Par delà le Cercle Arctique* (Xaveriana [1930], n. 76, página 23).

(2) El P. Antonio Chiavassa, o Keyes, como se le solía llamar en las Provincias de América, nació en Turín (Italia) en 1866; en 1882 entró en la Compañía de Jesús; marchó a las Montañas Roqueñas, Misión perteneciente entonces a su Provincia, en 1899, y el año siguiente, 1900, fué destinado como misionero a Alaska, donde trabajó durante veintisiete años: ocho en Akulurak, siete en Pilot Station, siete en Mountain Village, cuatro en St. Michael y uno en Holy Cross. A causa de una grave enfermedad fué trasladado a California durante una pequeña temporada, en 1926, pero apenas estuvo un tanto restablecido, volvió a pedir con instancia se le volviese a su Misión. Volvió de hecho, pero las fuerzas le faltaban, se le repitieron ataques agudos de parálisis, y el 1 de octubre de 1928 descansaba en la paz del Señor: sus restos mortales quedan enterrados en el cementerio de Holy Cross.

(3) J. M. PIET, S. J.: *NM.*, vol. II, 85.

resistente y con habitaciones para uso exclusivo de los indígenas, a quienes se atiende gratis. Los blancos que quieran ser atendidos en él tienen que pagar una pensión subida. Inmediatamente detrás del hospital se ve un cementerio con una verdadera selva de cruces; es que casi toda la población indígena es católica.

La iglesia de la Misión es muy mona, con armonio y bancos pintados de nogalina. En la casa hay una buena colección de láminas y cuadros para explicar el catecismo. En conjunto parece un nido ideal para pasar un par de meses. Su misionero (1937), el P. Sifton, veterano de las regiones del Yukón, puede decirse que fué casi el único blanco que dominó la lengua del país con relativa facilidad (1).

Para la celebración de las grandes fiestas litúrgicas llegan de los alrededores trineos sin número que van a parar a la casa común del misionero. Allí, en un saloncito preparado para el caso, se divierte la concurrencia jugando al billar, ajedrez, damas, baraja, dominó y encendiendo un cigarro

(1) En 1938, el P. Sifton pasó de residencia a Akulurak, y el puesto de Mountain Village se cerró temporalmente, hasta el 1941, en que fué destinado a él el P. Endal.

El P. Juan Bautista Sifton es otro veterano benemérito de la Misión alaskaña, que evangelizó desde 1912, por lo tanto, veintisiete años, y de ellos catorce como Superior General en dos ocasiones: de 1913 a 1924 y de 1934 a 1937. Había estado doce años en St. Michael, siete en Akulurak, cuatro en Mountain Village, tres en Holy Cross y uno en Hooper Bay, donde murió el día 20 de octubre de 1940.

Había nacido el P. Sifton en Kruth, de Alsacia, de una familia alemana, en 1871. Estudió Latín y Humanidades en una escuela apostólica de Inglaterra. Entró en la Compañía de Jesús en 1889, y muy joven aún se embarcó para los Estados Unidos, como voluntario a la Misión de las Montañas Roqueñas. Talento privilegiado como se han visto pocos, durante sus estudios aprendió las lenguas con una facilidad asombrosa.

Hizo su prueba de Magisterio en una escuela de la Misión de las Montañas Roqueñas, y allá volvió de nuevo, después de ordenado de sacerdote, a misionar a los indios. Al volver un día de sus ministerios por el distrito se encontró con la carta del P. Provincial, que le mandaba ir a Alaska inmediatamente como Superior General de la Misión. Las lenguas india y esquimal se las aprendió en seguida, sin necesidad de apuntes ni lecciones.

Para más detalles sobre la biografía de este Padre singular, consúltese el *Siglo de las Misiones*, noviembre 1941, págs. 306-310, donde el P. Llorente, que le conoció en Akulurak, escribe un artículo recordatorio con ocasión de su muerte.

con la colilla del anterior, en tanto se llega la hora de la función religiosa.

Los cristianos de Mountain Village son cristianos fervorosos, cristianos francotes y abiertos que llenan al misionero de un orgullo santo y merecido. Esos días, la casa del Padre parece una colmena en plena efervescencia: familias que le saludan, niños que se arrastran por el suelo y lo tiran todo, viejas sentadas en el suelo que charlan como cotorras, chicos y mozuelos que juegan al billar o a otros juegos sedentarios, hombres rechonchos y satisfechos que llenan la casa de humo y de sonidos esquimales, disparados entre risotadas a coro cuando algún infeliz tiene la desgracia de perder tres veces arreo.

A Mountain Village corresponde *Pilot Station*, hoy una cristiandad insignificante, pero en la que hace años comulgaban más de 80 personas todos los domingos, y donde residieron un Padre y un Hermano durante siete años. ¡Qué cambios en tan poco tiempo!

Pitka Point, aldea diminuta, con una familia católica. Sus habitantes no se han convertido al catolicismo por hallar más fácil de practicar la religión ortodoxa que predicaron allí hace cien años los misioneros de los Zares.

Takchack, con su residencia modestísima: una habitación de cuatro metros de larga por tres de ancha, que comunica con la capilla, donde se pueden sentar cómodamente 50 personas. La habitación hace de cocina, de dormitorio, de sala de recibir: de todo.

Tiene unos esquimales saladísimos y en extremo simpáticos, a lo que unen un fervor religioso nada común. Hace veinte años toda la aldea era ortodoxa; hoy más de las dos terceras partes se han pasado al catolicismo, y los restantes no tardarán en hacerlo. En Takchak pasa el misionero temporadas deliciosas y experimenta consuelos tan hondos como los experimentara otro tiempo Francisco Javier (1).

Y allá, por fin, en las llanuras del bajo Yukón, se asienta

(1) LLORENTE: AB., 228.

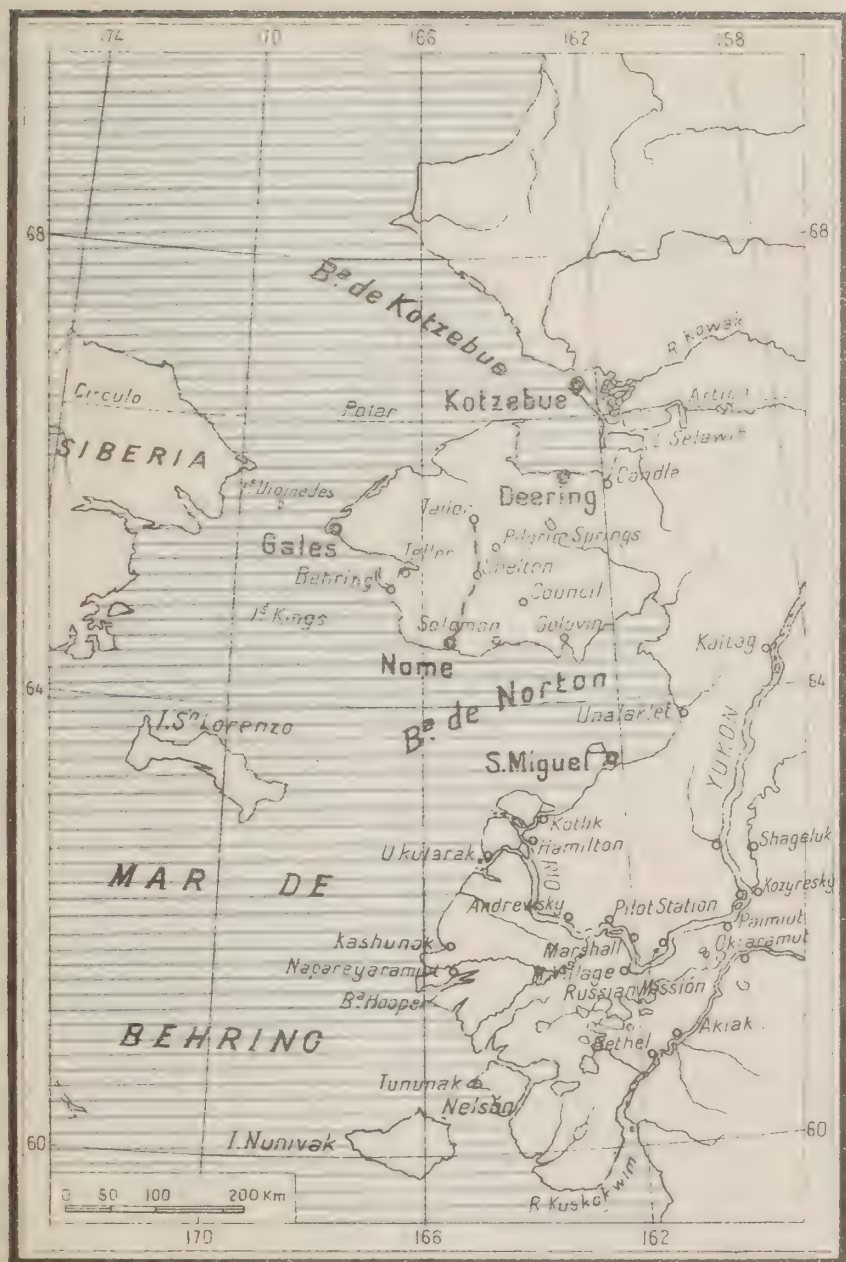
Marshall, orgullosa de su papel de corte en la inmensa explanada, y que por serlo no puede menos de presentar sus ribetes de incredulidad y ateísmo.

En *Marshall* residen el juez, el policía del distrito, el comisario de caza y pesca, el carcelero con su cárcel en toda regla, el cartero, dos mercaderes con su almacenes bien repuestos, varios jefes de minas y otros empleados, todos blancos, pero ninguno católico, y sí casi todos ateos o muy cerca de serlo, con unas ideas sobre Dios y el alma que espantan.

Sin embargo, por el bien de los neófitos, hay que evitar discordias y convivir en amor y compañía, sin pretender siquiera convertir al más despabilado.

Así es *Marshall*: mientras los esquimales asisten por la mañana a la iglesia para oír Misa y comulgar, y por la tarde al Rosario, se está el blanco bien arrellenado en su poltrona con un montón de revistas variadísimas, atiborradas de artículos los más avanzados en cuestiones políticas, religiosas y sociales, destacándose las que versan sobre novela, psicología sexual y filosofía materialista de la vida (1).

(1) LLORENTE: *O. c.*, 234.



Bordeando el Estrecho de Behring.

XV

BORDEANDO EL ESTRECHO DE BEHRING

1. Akulurak.—2. Kashunak y Hooper Bay.—3. Tununak en la isla de Nelson.—4. El puerto de Saint Michael.—5. La ciudad de Nome.—6. El oasis de Pilgrim Springs.—7. Kotzebue en el Círculo Polar.—8. Entre dos mundos o islas Diomedes.—9. La cristiandad de King Island.

1. Llegamos a Akulurak, a 560 kilómetros de Holy Cross, en el interior del delta del río. Nos encontramos en la región de las marismas y pantanos, en el reino del silencio y la soledad; sin bosques, sin vegetación, nada; un distrito inmenso, cuyos pueblécitos de tres a cuatro chozas subterráneas se pierden en aquella tundra desoladora, donde con monotonía fastidiosa se suceden sin interrupción un páramo, un desierto, una estepa, una planicie inculta y cien marismas cenagosas. No asoma por allí ni un solo barco, y en trineo o canoa hay que remontarse hasta St. Michael en busca de subsistencias. Estamos en el intrincado delta del Yukón con sus 17 bocas marinas y sus 80 kilómetros de extensión.

Cuando llegaron por vez primera los misioneros, allí no había más que una región inmensa de desolación y de muerte. Pronto, en torno a la primera capilla de los Padres fué agrupándose un pequeño núcleo esquimal, del mismo modo que en nuestros países se levantaba un poblado en la Edad Media dondequiera levantaban los monjes su monasterio.

Había en la isla de Nelson dos Padres y un Hermano; pareciéndoles, y con razón, todo un derroche de personal para

solos 200 esquimales, salió el P. Treca en busca de un sitio céntrico donde pudiese edificar una escuela-orfanotrofio, que fuese como el fermento de la región. Estamos en 1893. Al cabo de tres meses de vida errante por el delta del Yukón, fijó las tiendas en las márgenes del Kanilik. Cuando en el junio próximo vino el deshiele, la inundación fué tal, que se dieron por dichosos al escapar incólumes.

Nuevas pesquisas por ríos y riachuelos dieron por resultado la fundación de una escuela en las márgenes del Akulurak, que tiene orillas altas y secas. Durante el deshiele, cuando toda la llanura es un verdadero mar, la casa de Akulurak se yergue a manera de atalaya entre yerbazales húmedos pero no inundados.

El P. Treca consiguió cuatro Madres Ursulinas y se abrió oficialmente la escuela, que ha venido educando esquimales por espacio de cincuenta años. Hoy ocupa el centro geográfico de una región relativamente poblada de esquimales incontaminados con los blancos.

Al principio, los niños, a los dos o tres años, eran reclamados por sus padres, con lo que, vueltos a sus parientes, olvidaban pronto las oraciones y el fervor cristiano que se les inculcaba en la escuela. ¡La vida era muy dura en Akulurak!, tanto, que en 1899 hubo de cerrarse el puesto, que permaneció cerrado hasta 1902; este año vino a abrirlo de nuevo el P. Keyes.

Para que nada faltase a consumir el sacrificio completo, crueles pruebas vinieron a sobrecargar más aún la pesada cruz del misionero: en la mañana del 15 de agosto de 1929, un incendio repentino devoraba la iglesia en un instante. Nada se pudo salvar: cálices, copones, ornamentos, órgano; todo fué en unos momentos pasto de las llamas. Una humilde capilla hubo de servir de refugio provisional, esperando la hora de la caridad cristiana (1).

Su construcción la describe así su misionero: «Hoy tengo una novedad que contarles, y es que he construído una ca-

(1) SEVERIN: *Par de là le Cercle Arctique*. (Xaveriana [1930], n. 76, 25.)

pilla al estilo del país: en vez de edificarla sobre el suelo, lo he hecho debajo de la tierra. Creo que ha sido un acierto. Cavé una buena superficie cuadrada a bastante profundidad, levanté unas paredes con troncos de árboles y un techo de lo mismo, lo recubrí todo con tierra y maleza, ... ahí tiene usted mi moderna capilla. Un altarcito, bancos muy toscos, una chimenea y una lámpara de aceite de foca. Comparada con el exterior, el ambiente de la capilla es un horno. Así consigo que mis cristianos vengan con gusto y salgan a disgusto. Terminada la Misa, corro una cortina delante del altar y doy comienzo al catecismo: es la escuela».

La falta absoluta de todo creaba mil obstáculos al apostolado, y los Superiores decidieron abandonar el distrito; pero he aquí que una gripe maligna vino a acabar con los padres de casi todos los niños de la escuela. Imposible abandonar a aquellos angelitos, y nuestros misioneros, imponiéndose una nueva carga, siguieron adelante: Dios recompensa su sacrificio. Por eso escribía en 1928 el P. Lucchesi al P. Caltaldo: «Si quiere usted darse una vuelta por Akulurak, quedará gratamente sorprendido del progreso realizado estos últimos años. Tenemos ya un centenar de chiquillos, y ahora más que nunca ansían los padres de familia entregarnos a sus niños. Si esto continúa, habrá que preparar un nuevo local para las niñas. Es de veras consolador ir así preparando tan buenas generaciones de cristianos para el porvenir» (1).

Hoy la Misión de Akulurak es una Misión en toda regla. En el centro se alza una de las mayores iglesias de Alaska, con asientos para 250 personas, órgano y calefacción. A su derecha está la escuela, o dos aulas modelo con cien pupitres, mapas, encerados, estanterías repletas de libros y demás material escolar. Sigue luego el edificio de las Ursulinas y niñas, muy amplio, con dormitorios, comedor, capilla, salón, que utilizan para labores, recreo y estudio. Detrás está el lavadero, la panadería y los cobertizos para perros y trineos y el edificio de los Padres, en el que se albergan 30 niños creci-

(1) J. M. PIET, S. J.: *Alaska: Akulurak* (NM., vol. II, 73.)

ditos, con salón espacioso para estudiar y jugar, y con una capilla muy mona para cuando la tormenta de nieve hace punto menos que imposible el acceso a la iglesia central.

Todos esos niños y niñas han sido traídos de los villorrios alaskenos, saturados de chiquillos que se crían sucios y harapientos en un ambiente de miseria, medio salvajes, muchos de ellos huérfanos recogidos por familias cercanas y amontonados en viviendas asquerosas sin ventilación ni limpieza, venero de piojos y yacimiento riquísimo de bacilos de tisis y otras enfermedades. Las ocupaciones de toda esta rapacería quedan comentadas arriba cuando hablamos de las escuelas de Holy Cross.

Akulurak fué la primera residencia del P. Llorente al llegar a la Misión; allí pasó sus primeros años, deliciosos según cuenta, cuyas impresiones dejó magníficamente estampadas en su obrita sobre *Alaska Boreal*. Como puede verse, en Akulurak no se sufre mucho por parte de la soledad característica de Alaska. En esta escuela la vida es muy llevadera, aun desde el punto de vista humano. Consuela mucho el pensamiento de que en ella se están formando futuros padres de familia cristianos.

Hoy ya no puede ni soñarse en cerrarla; si algún día, por falta de recursos, fuera forzoso el hacerlo, los ángeles de la Guardia llorarían tamaño crimen con lágrimas de fuego (1).

Akulurak, lo mismo que los otros puntos céntricos de la Misión tiene sus puestos secundarios, que han de visitar los misioneros en tiempos estratégicos del año.

Alarnak es un pueblecito a tres kilómetros del Estrecho de Behring, en la desembocadura del Yukón, habitado por unas 50 personas en nueve casas de madera. Una de ellas es la del misionero: en un rincón hay una cocinilla que calienta el recinto; en la esquina opuesta, un pesebre alargado con varias mantas, que le dicen a uno que aquello es la cama del Padre, mucho más cómoda sin duda que el pesebre del portal de Belén. En el centro, ocho bancos, y enfrente

(1) LLORENTE: *AB.*, 96.

se alza un altar decentito: es la capilla de Alarnak (1).

Semejante a esto es *Kwiguk*, sólo que hoy no es ni sombra de lo que fué. Hubo allí hace años una pesquera famosa, en la que se embalaban miles de cajas de salmón. Afluían pescadores de todas partes, y, para atenderlos en lo espiritual, levantaron los misioneros una iglesia muy mona. Hoy *Kwiguk* no es más que tres chozas de indígenas, otra de un mestizo y el almacén de la Compañía Comercial del Norte, adonde vienen a trocar sus mercancías los esquimales de los contornos.

En *Emanok*, por el contrario, se alzan ocho casas de reciente construcción, relativamente capaces; pero de un olor a pescado podrido que apestan. Sus habitantes se han congregado de diferentes lugares y están en una ignorancia supina: mujeres, casadas ya, que no han hecho la primera Comunión. Todos están bautizados. El nombre que mejor les cuadraría sería el de «cristianos paganos» (2).

A cinco horas de camino, *Kwigemeut*. ¡Pobre villa! *Kwigemeut* tiene una casa. A veinte pasos de ella una perrera, y detrás, clavadas a los arbustos, una docena de sepulturas o cajas repletas de esqueletos. Antes hubo allí una aldea muy poblada. La peste de 1919 diezmó la población, y ésta abandonó el lugar y se desparramó lo más lejos que pudo.

Sólo un blanco, escandinavo de nación, tuvo fuerza de voluntad para quedarse: creyó que aquellos contornos no tenían igual en punto a zorras y nutrias, y se quedó cazando y enviando pieles a los Estados Unidos.

Aunque luterano de nacimiento, su esposa—una esquimal—y sus hijos están bautizados y son católicos (3).

¿Y para qué seguir? Así son todos los demás villorrios alaskanos dependientes de un distrito.

2. Bajemos unos kilómetros hacia el Sur, donde las dos cristiandades de *Kashunak* y *Hooper Bay* nos esperan. Diría-

(1) *Ibidem*, 123.

(2) *Ibidem*, 129.

(3) *Ibidem*, 133.

se que estos esquimales tan pobres y tan sencillos de la región más inhospitalaria de Alaska, adonde puede decirse que aún no ha llegado la civilización, han recibido del cielo grandes riquezas espirituales. Bien supieron arraigar la fe en aquellos corazones con sus continuos sacrificios y plegarias dos santos misioneros como los PP. Treca y Chiavassa, quienes con sus arduas y peligrosas correrías a través de aquellos páramos invernales, iban de pueblo en pueblo bautizando y catequizando, repartiendo por doquiera su bondad y su cariño (1).

Medio siglo hace ya que comenzaron nuestros Padres la evangelización del bajo Yukón, en la costa, en torno a Kashunak y Hooper Bay; sin embargo, fué imposible, en los veinte primeros años, regular la labor misionera en aquellas áridas soledades. Hacia 1910 comenzó a pensarse seriamente en la erección de una Misión: compráronse los materiales de construcción; se fijaron los planos del edificio, y el P. Robaut estaba ya pronto a partir; pero surgieron imprevistos contratiempos y hubo que diferir la fundación para ocasión más oportuna.

Sólo cuando, hacia el 1925, varios ministros protestantes fueron recorriendo el país con intención manifiesta de establecerse en aquellos parajes, urgió Mons. Crimont la pronta apertura de una escuela y el establecimiento de una Misión permanente. En los primeros años de Superiorato, hizo el P. Delón un viaje de exploración por el distrito: era su intención volver a abrir la residencia de Tununak, en la isla de Nelson, y desde allí misionar después hacia el Norte hasta Akulurak. Pero tropezaba con la dificultad de enviar provisiones a la isla.

Por fin, cuando después de un viaje a Tununak, expuso a sus Superiores el P. Lonneux todos los detalles que había podido reunir sobre las intromisiones de los luteranos suecos, Mons. Crimont decidió ya definitivamente establecer una Misión, prometiendo pagar él todos los gastos (2).

(1) LUCCHESI: *Frutti della Preghiera e del Sacrificio* (MCG., 1934, 405.)

(2) PIET: *Alaska: Kashunak and Hooper Bay* (NM., vol. II, 81-82.)

Las dificultades y sacrificios que la nueva Misión imponía a los misioneros, bien se nos revelan en esta carta del P. Delón, fechada el 3 de febrero de 1928: «*De Kashunak*—dice—, donde el P. Ménager ha estado solito desde su llegada a Alaska, no tengo más que una fuente de noticias, aunque digna de toda confianza: el P. Lucchesi, a quien mandé ir inmediatamente después del deshiele, no tan sólo para animar al novel misionero, sino con plenos poderes para cerrar la Misión si lo juzgara conveniente y volverse con el Padre a Akulurak. El P. Lucchesi me informa que el P. Ménager está haciéndolo admirablemente bien, entregándose a su labor con toda la energía de un genuino misionero que no busca otra cosa más que el bien de las almas.

El pueblo pasa de los 200 habitantes; todos los días asisten a Misa de 60 a 75 personas, y más de un centenar al catecismo; y cuando se trata de aprender nuevos cantos, acude prácticamente el pueblo entero. Todos los días tiene el catequista una instrucción a un buen grupo de hombres, y son alrededor de unos 60 los que entre niños y aun gente mayor acuden a la escuela que el mismo P. Ménager tiene a su cargo.

El P. Lucchesi los oyó durante su estancia más de media docena de himnos en esquimal, compuestos por el P. Robaut; y con razón quedaba admirado ante la sorprendente facilidad que muestran los esquimales para la música, expresando todo su corazón y su alma en sus himnos y sus cantos (1). Cerrada actualmente, desde 1930, la atiende el misionero vecino de Napareyaramiut en la Hooper Bay.

También los de *Hooper Bay* son un consuelo para el misionero, pues saben mantenerse firmes a su fe, a pesar de las dificultades que les asedian. Hooper Bay, uno de los baluartes del fanatismo protestante, ha tenido que sufrir por largo tiempo la influencia perniciosa de ministros sin conciencia, que trataban de corromper la juventud en la escuela del Estado. En todo ese tiempo jamás han oído de labios de

(1) PIET: *L. c.*, págs. 83-84.

sus maestros una palabra en pro de la Iglesia Católica; más, los tres últimos años antes de la llegada de nuestros Padres habían tenido a un luterano sueco, que les llenó de las más groseras e inconcebibles calumnias contra la Iglesia de Roma (1).

Ya en los primeros años fué alguna vez visitada por nuestros misioneros, aunque a costa de innumerables sacrificios y viajes heroicos a través de sus hielos perpetuos. De hecho recibieron algunos el santo Bautismo, siendo instruidos en las verdades de la fe; pero como no había aún residencia estable, era imposible que fuese el fruto permanente y duradero. El P. Treca perdió su salud en la demanda; los PP. Keyes, O'Brien, Lucchesi y Delón contribuyeron también con sus sudores, y el heroico P. Parodi, misionero en Tununak llegó a perder la razón a causa de tanta soledad y miseria. Hoy premia Dios los sacrificios de tantos mártires del deber, y los cristianos de Hooper Bay son una gloria de los misioneros del Polo (2).

No lejos de Hooper Bay se encuentran *Akiak* y *Bethel*.

Akiak es un centro minero de importancia, con una población blanca numerosa. Hay media docena de familias franco-canadienses. El resto son casi exclusivamente escandinavos, en su mayoría noruegos. La población esquimal es protestante y están a cargo de los Moravos. Los canadienses de Akiak están casados con indígenas y son católicos porque sus madres los bautizaron allá en Canadá; en la actualidad han perdido casi la noción de las verdades religiosas. Gracias que son bonachones por naturaleza y se les entra con facilidad.

Bethel es toda una ciudad, cuyas casas se alínean a lo largo del Kuskokwim. Su posición céntrica y estratégica la coloca en primer plano entre las grandes «urbes» del Suroeste alaskano. La población indígena es considerable, y los blancos son una flota de aventureros, escandinavos casi todos, que viven explotando las minas, pescando salmón en el verano y cazando zorras en el invierno.

(1) PIET: *L. c.*, págs. 83-84.

(2) F. MÉNAGER, S. I.: *Alaska* (NM. vol. II, p. 353.)

Son de estatura gigantesca, rubios, ojos azules, pechos de atleta y derechos como postes. Por desgracia, son luteranos porque sus antepasados lo fueron, aunque de ello no conservan más que el nombre.

Hay en Bethel unas dos docenas de católicos, mestizos de blanco e indígena, antiguos alumnos de Holy Cross, pero casi totalmente abandonados en la actualidad por falta de Residencia y de misionero que los visite con regularidad. Confundidos entre protestantes y ateos, nada de extraño tiene que hayan olvidado casi del todo sus deberes para con Dios.

3. También a *Tununak* le llegó su hora. Fué ésta una de las tres primeras cristiandades abiertas por nuestros misioneros en Alaska; pero por el difícil acceso a la isla se hizo necesaria su clausura. Por fin pudo abrirse de nuevo, y cuando en 1934 se dirigió allá el P. Deschout, para quedarse definitivamente entre aquellos abandonados isleños, no supieron éstos dar otra muestra más significativa de su profundo agradecimiento, que dirigirse en masa a su pequeña iglesia y permanecer de rodillas orando durante dos horas, para agradecer de ese modo al Dios de las bondades tan inestimable beneficio. ¡Cuántos aquel día, no pudiendo contener su emoción dentro del pecho, viéronse traicionados por sus ojos arrasados en dulces lágrimas!

También de la vecina isla de *Nunivak* acuden los naturales, atravesando las 40 millas de mar que los separan, para recibir en Tununak los sacramentos. ¡Espectáculo consolador que llena de emoción al misionero! (1).

Recientemente acaban de celebrar los isleños de Nelson sus fiestas jubilares con asistencia del recién consagrado Obispo Coadjutor de Alaska, Mons. Walter J. Fitzgerald, S. J., que administró de paso el Sacramento de la Confirmación a 54 naturales. ¡Con qué agradecimiento y amor recordaban tantos sacrificios sobrellevados por los misioneros en aquellos cincuenta años dedicados a instruirles en la fe!

(1) NM., vol. VIII, 84, *Alaska*.

Los primeros pasos fueron azarosos de verdad, tanto por parte de los isleños, como por parte de la misma Naturaleza. Aquéllos cobraron tal pánico a la vista de los blancos, que no había manera de acercarse a ellos. Luego ya se fueron acercando, pero siempre recelosos y sumamente reservados. Apenas pronunciaba el Padre alguna palabra esquimal, soltaban ellos la carcajada asombrados ante la idiotez del blanco.

La Naturaleza a su vez dejaba ver su cara hosca y huraña envuelta entre pliegues de adustez letal. Un viento huracanado, que a veces no amainaba en una semana, barrió tal cantidad de nieve sobre la choza, que ésta más parecía un montón de nieve que una vivienda. Hubo allí horas y días y meses amargos, aprisionados por las mallas del más crudo de los inviernos. Sin libros con que entretener los largos ocios forzosos, y sin ánimos para aventurarse mucho en busca de leña con que calentarse.

Al fin llegó la primavera, los Padres recorrieron la isla, y a fines del verano habían escrito en el Registro «parroquial» 138 bautismos, de los que 36 eran de adultos; centenares de comuniones y un matrimonio.

El P. Musset fué pronto sustituido por el P. Barnum (1891). Pero dos Padres y un Hermano para 200 esquimales, que pasaban la vida en el mar a caza de focas, parecía demasiado derroche de personal. Una gasolinera conducía al año siguiente al P. Treca con dirección a la costa en busca de un sitio céntrico para abrir un nuevo puesto misionero. Así nació Akulurak. En Tununak quedaba el P. Parodi, que había llegado en 1892.

La debilidad mental de este último, que ocasionó su retiro a Akulurak, privó a Tununak de misionero. Sólo una vez al año visitaban a los isleños los Padres de Akulurak. Por fin, en 1927, llegó el P. Lonneux; mandó edificar la actual residencia y permaneció un año en la isla antes de volverse a Akulurak. Al marchar después a St. Michael se encargaba de Tununak el P. Juan Fox, que acababa de establecerse en Kashunak, cerca, por lo tanto, de Hooper Bay y de Nelson.

Benemérito de Tununak será siempre un celoso catequis-

ta que trabajó sin descanso en la instrucción religiosa de sus paisanos. Se llamaba Simeón Sipary. En sólo dos años pudo presentar al P. Fox un buen número de esquimales sólidamente instruídos, que recibieron de manos del Padre el Bautismo. Lástima que una muerte prematura le arrebatara en 1931. Había comenzado su labor catequizante en 1928, y en sólo dos años dejaba realizados trabajos dignos de eterno galardón y eterna gloria.

Por fortuna, vinieron a ocupar su puesto, y con no menor prestigio, sus parientes Iván Sipary y su esposa Maggie, que siguiendo las pisadas del anterior, se pusieron a disposición del P. Deschout, nuevo misionero de Tununak. Gracias a ellos pudo abrirse en Nigmiut una nueva cristiandad.

Las fiestas jubilares se celebraron con todo entusiasmo en Tununak, donde el pueblo en pleno, unos 250 habitantes, se acercó a comulgar, dando con su compostura y fervor buena prueba de su amor a la Eucaristía. Numerosos esquimales de los villorrios vecinos se llegaron aquel día a Tununak a tomar parte en las fiestas y besar el anillo pastoral. Todo terminó con un solemne Te Deum y la bendición del Santísimo. Hoy son unos 600 los católicos esquimales de la isla de Nelson.

Quiera el Señor—les decía aquel día Mons. Fitzgerald—seguir bendiciendo los trabajos de nuestros Padres de la Misión alaskaña, y quiera también inspirar a otros misioneros que vengan a las estepas del Norte, donde el campo es muy grande y los trabajadores son pocos (1).

4. A 700 kilómetros al Norte de Hooper Bay se asienta *Saint Michael*, ciudad de relativa importancia y centro comercial adonde arriban numerosos navíos.

Saint Michael está en una isla desoladora; a su alrededor se levantan algunas montañas volcánicas, antiguos cráteres extinguidos como su misma forma lo indica; no existe un solo árbol en toda la región. La tundra, vasta llanura cubierta de musgo espeso, reposa sobre un auténtico glaciar;

(1) W. J. FITZGERALD, S. J.: *Jubilee on Nelson Island (NM.)* Vol. IX. 217-20.

a poco que se ahonde se topa en seguida con hielo, y nada más. De trecho en trecho crecen a veces algunos sauces raquíticos, que son despiadadamente tronchados por el vendaval en cuanto levantan unos palmos sobre el suelo. Lo más terrible es el viento, pues la isla queda totalmente barrida por un cierzo glacial que baja sin obstáculo ninguno desde el mismo Polo. Cuando al viento frío se une la cellisca nevera que se confunde en mil torbellinos, tenemos entonces el panorama auténtico de St. Michael.

Durante el invierno ruge fiera la tempestad; en cambio, en verano, goza de una situación pintoresca y florida, centro turístico de un buen grupo de extranjeros, que se juntan en aquellas latitudes para disfrutar de los atractivos de una mansa navegación, y desaparecen de nuevo con el último bote que zarpa al comenzar el otoño.

En torno a la modesta iglesita se agrupan algunos católicos blancos y esquimales; el núcleo de la población es ortodoxo, pero abandonados como están desde la revolución bolchevique, van poco a poco acercándose a los misioneros, y el movimiento de simpatía hacia la Iglesia de Roma va creciendo de día en día notablemente (1).

El misionero de este distrito es un auténtico misionero alaskaño, que sabe matar las penas de la soledad circundante con su eterno buen humor; el que decidió la fundación definitiva de Tununak y residió todo el primer año con los isleños de Nelson.

El P. Martín Lonneux es un belga castizo y empedernido charlista; de complexión recia, seco de carnes, enjuto de rostro y gran madrugador; una de las figuras más prominentes en toda la costa del Estrecho de Behring. Tiene a su cargo siete pueblos a lo largo del río, desde Nánvaruk hasta St. Michael.

Como es buen carpintero y albañil excelente, fueron tantas las mejoras que introdujo en las viviendas de los indígenas, que el Gobernador del territorio, en agradecimiento, le

(1) SEVERIN: *Par delà le Cercle Arctique* (Xaveriana, 1930, n. 76, p. 26).

ayí a adquirir un barquito que él ha mejorado hasta convertirlo en verdadero yate. En él vive desde junio a septiembre, visitando constantemente los campamentos pesqueros a lo largo del río. El invierno lo pasa en el interior, catequizando nómadas y viviendo en sus chozas como uno de ellos.

Al llegar a un pueblo por primera vez, tenía que acarrear madera y cinc y levantar la casa e iglesia con la ayuda de un par de esquimales. Luego las pintaba y decoraba de modo que daba gloria vivir en ellas. Por eso no tiene reparo en confesar a cualquier visitante con ese humor que le caracteriza: «Pues mire usted, yo soy pintor, cocinero, carpintero, piloto, pescador, cazador, sastre, cortador de leña, viajante y... *también digo Misa*.

Ahora que se le olvida decir que tiene ya catalogadas más de 7.000 palabras indígenas para un diccionario esquimal, y que sus cristianos saben las oraciones mejor que los de otros distritos. Los de Nánvaruk, por ejemplo, son una delicia; viviendo con ellos se anima el misionero y cobra alientos para vivir en Alaska hasta los cien años cumplidos (1).

5. *Nome*, la ciudad del P. Ruppert, cuyo recuerdo no se borra fácilmente de la mente de aquellos esquimales. Y bien se lo mereció el celo y abnegación de aquel apóstol misionero. Apenas llegado a la ciudad, una epidemia cruel diezmaba en 1919 la población. «La epidemia—escribía su compañero—nos cogió a todos de improviso, sin víveres, ni leña, ni médico, ni medicinas. Desde un principio subían en número los fallecidos por día, y pronto hubo de cerrarse el hospital por falta de personal.

El P. Ruppert puso manos a la obra, nada le arredraba, y a un mismo tiempo hacía de médico, enfermero y enterrador. No había casa que no fuese a visitar, y ¡qué visitas aquellas, Dios mío! Allí encontrábamos familias enteras muertas

(1) LLORENTE: *AB.*, 77 s.

hacia ya varios días; con todo pudimos salvar la vida a más de 80 criaturas que yacían medio muertas de frío y hambre junto a los cadáveres de sus padres.

Agotado, en fin, por tan continuos excesos, cayó también el víctima de la peste. A falta de otros recursos, decidí trasladarle a *Pilgrim Springs*. Pero, ¡ah!, el viaje: 130 kilómetros que salvar en trineo con 40 grados bajo cero. Tres días nos costó la travesía. Soplaban el viento con una violencia tal que al atravesar un río helado nos vimos volar por los aires, y hombres, perros y trineos fuimos a dar en la orilla opuesta entre unos espesos matorrales. Cuando, pasadas tres semanas, entraba convaleciente en Nome el P. Ruppert, los supervivientes le aclamaban sin cesar como a su héroe salvador. Así vivía el que había de perecer en 1923 víctima de las nieves.»

Hoy, los bravos esquimales de Nome forman una cristiandad fervorosa, convirtiéndose en apóstoles y ganando para la fe a todos sus hermanos de raza cuando vienen en verano a comerciar con sus pieles a la ciudad (1).

¡Cuánto ha cambiado el aspecto de Nome en sólo unos años! Allá por la primavera del 99, unos exploradores, curtidos a todos los temporales y arriesgados como pocos, después de mil fracasos por montes, valles y playas, descubrieron pepitas de oro en las arenas de la playa, que bautizaron con el nombre de Nome, y dos años más tarde las gaviotas vieron, asustadas, hileras interminables de tiendas de lona donde se albergaban 25.000 mineros procedentes de los cuatro puntos cardinales.

En aquella multitud abigarrada de aventureros había un crecido número de católicos. En 1901 llegaron los Padres Van der Pol y Jacquet y levantaron la iglesia actual, cuya esbelta torre es el orgullo de la población. La cruz, en que remata, fué decorada con bombillas eléctricas, y aquella cruz iluminada salvó centenares de vidas en tormentas, borrascas y

(1) SEVERIN: *L. c.*, 26-27.

tinieblas invernales cuando navegantes y exploradores se extraviaban en la lejanía.

Años más tarde, en 1914, los yacimientos auríferos vinieron a menos, y la Compañía eléctrica, con la excusa de que no podía sufragar los gastos, cortó la corriente y la cruz cesó de brillar en la oscuridad. Era entonces Nome una ciudad floreciente, con Instituto, periódicos, calles, almacenes, cuatro Sociedades secretas y trabajo para todos en abundancia. En 1903 arribó el P. Lafortune. Pequeño de cuerpo, canadiense de nación, industrioso como pocos y habilidoso como el que más, tomó a su cargo los indígenas de Nome y sus cercanías y levantó para ellos iglesia aparte, donde les predicaba en su propia lengua. Bautizó a no pocos esquimales, y se acostumbró a vivir y comer como ellos, sin que por eso dejara de ser con los blancos el sacerdote urbano y cortés, cuya santidad admiraban de consuno.

Hoy día, Nome es una sombra del pasado. Quedan, sí, calles y muchas casas, pero no todas están habitadas. Desde 1906 hasta 1919 hubo en Nome un hospital católico regentado por Hermanas de la Caridad, amables y abnegadas como es proverbial en ellas. Pero Nome es una excepción en el Mundo. Nome es el tipo clásico del pueblo venido a menos, habitado por tipos de una pedantería soez que consideran progreso pertenecer a la masonería, creer en la evolución, dudar filosóficamente de la existencia de Dios y evitar todo contacto con el catolicismo retrógrado y opresor de las conciencias. La presencia de un hospital católico entre sus chozas, atiborradas de revistas indecentes, era un reto al progreso y a la libertad de pensamiento.

Después de muchas juntas y disputas decidieron llamar a los protestantes, a quienes aseguraron que favorecerían contra la institución católica. Así lo hicieron. Las Hermanas se trasladaron al Sur de la península y dejaron el campo a los metodistas. Ahora, el hospital está regentado por gente de negocio, que se cuida más del dólar que del dolor de los enfermos. Los viejos marrulleros que invitaron a los metodistas, vieron el error y escribieron cartas a las Hermanas

rogándolas volver. Ninguna de las cartas recibió contestación. Así escarmientan otros en cabeza ajena (1).

La villa de Nome se extiende sobre tres o cuatro kilómetros a lo largo de la costa, pero sin ninguna profundidad. Detrás de ella, la tundra: vasta llanura blanca en invierno y un inmenso aguazal en verano alimentado por mil arroyuelos llamados *creeks*, auríferos o no, pero cuyas arenas eran cribadas y recribadas con afán. Después, allá, en último plano, la montaña, bastante elevada, pero sin un árbol; montañas de cimas redondeadas, de pendientes suaves que vienen a morir a los pies de una llanura sin fin. Sin un árbol solitario en todo el horizonte; es la soledad, la inmensidad infinita delante de la cual se siente uno anonadado (2). Su población actual es de unos 1.300 habitantes.

Dentro de la monotonía característica de una pequeña ciudad de los yermos alaskanos vino a tener resonancia un acontecimiento acaecido el año 1926, cuyos protagonistas hubieron de permanecer una quincena estacionados en Nome.

Nos referimos al viaje explorador capitaneado por Amundsen y Nobile, que dejó caer en las lomas mismas del Polo una cruz bendecida por el Padre Santo. A su vuelta deberían tomar tierra en Nome, pero debido a la niebla espesa del día y a un pequeño error en las indicaciones geográficas, confundieron a Nome con Teller, y en medio de una tempestad que desgajó la navecilla del resto del dirigible *Norge*, tomaron tierra todos ellos, sanos y salvos, en este pueblecito alaskano. Todos sabemos que la otra expedición de Nobile el año 28 con el dirigible *Italia* tuvo más tristes consecuencias. En la del año 26, los habitantes de Nome estaban ya preparados para recibir con una entusiástica acogida a los expedicionarios italianos. En una de las calles de la pequeña ciudad aparecía un arco de triunfo sobriamente adornado que lucía esta inscripción: *From Rome to Nome*:

(1) LLORENTE: *Dos meses en Nome*, en *SM.*, 1939, 292.

(2) R. CAMILLE, S. J.: en *Lettres de Jersey*, 1902, 293.

Desde Roma a Nome. Lo demás nos lo cuenta el mismo protagonista, Umberto Nobile, en el libro que escribió más tarde sobre esta expedición, titulado *In volo alla conquista del Secreto Polar*.

«Abandoné Teller — dice — con mis compañeros italianos —eran seis— en la mañana del 31 de mayo. En dos o tres horas nos condujeron los trineos al mar helado hasta el límite de los hielos. El mío era conducido por el capitán Petersen en persona, que quiso personalmente cumplir hasta el fin sus deberes de hospitalidad. En el límite de los hielos encontramos un vapor guardacostas americano. Estaba mandado por el capitán Cross, comandante del puesto de Nome, quien apenas se enteró de mi aterrizaje en Teller se apresuró a ponerse a mi disposición. En unas doce horas llegamos a Nome.

Desembarcamos a las dos de la mañana; en el muelle esperaban los dos Padres Jesuítas de la Misión de Nome—lo eran entonces los PP. Lafortune y Humberto Post—, una representación del Comité formado entre los hijos de Nome para acoger y festejar a los italianos de la expedición, y Polet, uno de nuestros dos paisanos residentes en Nome. Fuimos acogidos con gran cordialidad por toda la población.

Los dos Jesuítas, jubilosos por el mensaje que les había traído desde Roma de parte del Prepósito General de los Jesuítas, Padre Wlodimiro Ledochowsky, y admirados sobre todo de que aquélla fuese la primera y única carta llegada desde Europa a América por un camino tan inusitado, nos colmaron de afectuosas atenciones. Ellos fueron mi más grata compañía durante los quince días que permanecemos en Nome.

En Nome se hablaba, naturalmente, con desprecio de Teller, aquel minúsculo villorrio cuya misma existencia parecían muchos ignorar. En realidad debemos reconocer que en comparación de Teller, Nome, con sus mil habitantes, era una gran ciudad. Había un cine y un salón de baile, donde tuvo lugar una gran recepción en honor de nosotros, italianos. Esto no obstante, si no hubiera sido por la compañía de los

dos Jesuitas, hubiera preferido sin duda ninguna la vida silenciosa de Teller» (1).

Mientras Nobile hubo de permanecer en Nome para responder a los innumerables telegramas de congratulación que le llegaban de todas las partes del Mundo, sus otros cinco compañeros de expedición se llegaron hasta Pilgrim Springs, donde fueron agasajados y atendidos durante cuatro días por su benemérito paisano el P. Lucchesi.

Unos días después embarcaban los expedicionarios y abandonaban definitivamente las tierras hospitalarias de Nome; en adelante, la ciudad alaskana, que había vivido por excepción unos días de actividad febril, volvería a quedar envuelta, como siempre, en las lóbregues de su soledad circundante.

6. Más al Norte, *Pilgrim Springs*. Entramos ya en las soledades que forman lúgubre y perpetuo cortejo al Círculo Polar. La ciudad se esconde entre las faldas de una montaña volcánica de 900 metros de altura, cuyos picachos afilados están eternamente sepultados por la nieve; sin embargo, no muy lejos de allí borbotan manantiales de agua caliente con propiedades medicinales, que saltan de un suelo helado hasta 200 metros de profundidad.

El lugar está admirablemente escogido; más de un misionero lo ha llamado con razón *un oasis en el desierto de Alaska*. Mientras en el resto de la comarca baja la temperatura durante el invierno a 40 y 50 grados bajo cero, la residencia de Pilgrim Springs, con sus manantiales de aguas termales, mantiene dentro de casa una temperatura grata y confortable; un baño tomado a tiempo, cuando llega el misionero derrotado después de un caminar fatigoso agarrado del trineo a través de tundras heladas sin fin, devuelve la vida y el vigor al que llega a casa medio agotado y medio muerto. Y en el verano, cuando la tundra se convierte en una ciénaga sin límites plagada de mosquitos, los alrededores de Pilgrim Springs conservan una vegetación exube-

(1) A. LUCHETTI: *Gesuiti Genovesi, Missionari in Alaska*, 106 s.

rante dentro de aquel oasis singular de los desiertos alaskanos (1).

La fundación de este puesto tuvo lugar en 1919. Los misioneros de Nome se internaron una vez en la península Seward y pernoctaron en una pequeña venta que se alzaba en las márgenes confortables de un diminuto arroyuelo. A través de aquel suelo congelado brotaban unos manantiales de agua caliente, casi hirviendo, y allá acudían a tomar las aguas los mineros afectados de reumatismo. En aquella venta se habían jugado fortunas enteras, y en ella la borrachera se había convertido en artículo de primera necesidad.

Los Padres y el ventero llegaron a un acuerdo, y la Misión Católica compró la venta con la propiedad adyacente, incluyendo los manantiales termales. Surgieron pronto unos edificios provisionales, y al año siguiente ya funcionaba una escuela. Todo ello se conocía bajo el nombre de *Hot Springs* (manantiales calientes); más tarde, en 1924, comienza a llamársele con el nombre actual de *Pilgrim Springs* (Balnearios del Peregrino).

En un principio había dos Padres y dos Hermanos. Uno de los Padres tenía a su cargo la escuela, las Hermanas y el grupo de cristianos que vivía alrededor de la Misión, y el otro era misionero de la desolada península Seward, de las costas de Behring, al Norte de Nome, del océano Artico e islas adyacentes, entre las costas siberianas y alaskañas. Después, ante la escasez de personal, hubo de contentarse Pilgrim Springs con un solo sacerdote y dos Hermanos misioneros que atendieran a la rapacería. Hoy funciona un Orfelinato, donde las Religiosas Ursulinas, a quienes ni la adusta severidad de un clima polar ni la lúgubre soledad de un ambiente alaskano pueden apartar de su ingrato campo de labor, educan con cariños de madre a más de 50 huerfanitos, que serán el día de mañana, a no dudarlo, los apóstoles y catequistas de las tribus nómadas del Extremo Norte (2).

(1) J. LEDIT, S. J.: *WL.*, 1922, 418.

(2) SEVERIN: *L. c.*, 31; *WL.*, 1922, 418.

7. Y llegamos a *Kotzebue*, puesto el más avanzado de la Misión alaskaña. Hasta hace unos años no era más que un foco de irradiación protestante, donde los ministros de las sectas disidentes pretendían con sus atroces y groseras calumnias retener en sus errores a los sencillos indígenas, que de sobra comprendían la futilidad de sus creencias.

Un día del mes de julio, en 1929, descendía de su aparato el P. Delón, que iba a visitar aquellos yermos helados; mientras surcaba de nuevo los aires para volver a Holy Cross hubiérasele visto afanoso y pensativo trazando planes: poco después *Kotzebue* tenía ya su iglesia y su misionero católico, quien en lucha continua con los agentes de la Reforma contempla lleno de gozo cómo va creciendo de día en día el reducido rebaño encomendado a sus cuidados de pastor (1).

He aquí cómo resume en unos plumazos su historia el misionero actual, Padre Llorente (2): «En 1898 se descubrían por aquí varias minas de oro. Miles de blancos se esparcieron por estas latitudes en busca del precioso metal. Se abrieron almacenes y se armaron buques especiales que transportaban mercancías a estas playas del fin del Mundo. Hoy, el oro ha desaparecido acá y allá, donde viven hombres barbudos embrutecidos por el trabajo y la vida semisalvaje.

Algunos cuákeros, restos desligados de algo que fué protestante, vieron que aquí no había iglesia de ningún género. Se sintieron apóstoles y abrieron una misión en cada una de estas aldeas. El código que predicaban no tenía más que tres artículos:

- 1.º Pagar diezmos a la Iglesia de Dios.
- 2.º No jugar, no beber, no bailar, no ir al cine, no reírse.
- 3.º Los cuákeros, y sólo ellos, se salvan. Los demás se condenan.

Cuando en 1929 abrieron aquí los Jesuítas una Misión, se añadió un cuarto artículo a su código de marras: Los católicos son demonios disfrazados de hombres.

Y estos pobres esquimales han venido pagando diezmos

(1) SEVERIN, S. J.: *L. c.*, 31.

(2) *SM.*, abril-mayo, 1939, p. 119 s.

a estos aventureros del dólar por espacio de cuarenta años. Si cazan diez zorras, una es para el cuákero predicador. Si cazan una y la venden por veinte dólares, dos dólares son para el misionero, etc., etc. Cuando un misionero se hace rico deja el puesto a otro, y éste a otro, etc., etc. Lutero no soñó que sus premisas llevaban forzosamente a estas conclusiones.

Como los cuákeros son el pueblo escogido, no necesitan bautismo. Nacen como ángeles y no necesitan ser lavados. Todos los esquimales de estas comarcas, hasta 1929, murieron sin el bautismo.

Para suplir la falta de altares, velas, incienso y Sacramentos, se da poder a todos y a cada uno de los esquimales para predicar la palabra de Dios en el templo. Y así es que en las reuniones religiosas se levantan a exponer a los demás el medio más rápido de asegurarse la salvación. Pero como el corazón humano necesita algún consuelo, algo de regocijo, diversiones y demás, y como el código cuákero prohíbe todo esto, muchos esquimales mandaron el código a paseo y se fueron al otro extremo, llenando las aldeas de borrachos y de hijos ilegítimos.

En 1929 se abrió esta casa. A los dos años había en el registro 123 bautismos, contando niños. Todas las almas sinceras vieron la diferencia y se nos vinieron con los brazos abiertos. Pero a los demás les halagaba demasiado la idea de que eran el pueblo escogido, el arca de Noé, fuera de la cual se ahogaba todo el mundo. Por eso se quedaron. Además, en nuestra iglesia no les estaba permitido levantarse los domingos durante la Misa y exponer algún pasaje del Deuteronomio a los circunstantes. Por eso se quedaron. Claro que los diezmos son en sí cosa peliaguda; pero prefieren seguirlos dando.

Hoy, Kotzebue es esto: una aldea de 350 habitantes; 40 blancos ateos, 80 católicos y el resto, nada.

De entre esos 80 hay unas 30 personas verdaderamente buenas. Jamás pierden la Misa los domingos y días festivos, y viven como Dios manda, que es mucho decir. Hay en ese

grupo siete personas que vienen diariamente a Misa aunque se caiga el cielo. Antes de comenzar la Misa toman una hostia y la depositan en el altar. Así no hay que andar preguntando cuántos quieren comulgar.

Las aldeas más próximas distan de aquí dos días en trineo. En todas ellas hay un esquimal o una esquimala con una Biblia, que reúne los domingos a la gente y les explica el Evangelio. ¡Dios santo, qué confusión de ideas! Pero hablan bien la lengua, y con dos palabras sarcásticas de doble sentido le ponen al misionero fuera de combate. El misionero tiene que aprender la lengua o tomar las de Villadiego.

En mis cálculos—prosigue el Padre—he puesto a un lado tres años de machaqueo con este dialecto aquí en este nido de Kotzebue.

Luego tengo que hacerme con un trineo de primera clase. Para entonces ya tendremos aquí otro misionero de refuerzo y comenzaremos a explorar la costa hasta Point Barrow, que es el lugar alaskeño más próximo al Polo Norte.

Unos ambicionarán escribir libros eruditos, otros aprender de memoria las distinciones sofísticas de Capréolo y Cayetano, otros otras cosas no menos nobles. El misionero de Kotzebue ambiciona explorar la costa norteña desde esta península hasta Point Barrow y dejar en cada aldea una casita cuadrangular donde sea fácil reunir a los desperdigados esquimales en las escasas correrías por esas latitudes» (1).

8. Bordeando desde aquí la costa con rumbo al Antiguo Continente, tropezamos, tras varias horas de navegación, con dos abruptos islotes, que por estar enclavados a 30 kilómetros no más de ambas costas siberianas y alaskeñas constituyen la frontera de dos mundos: son las *islas Diomedes*. Situadas en la mitad del Estrecho de Behring, son dos bloques roqueños de 500 metros de altura que forman todo un paraíso de delicias para los esquimales, asiduos cazadores de pajarracos, focas, osos y ballenas.

(1) LLORENTE: *SM.*, junio 1939, p. 144.

Tiene la mayor una superficie de nueve millas cuadradas y tres de contorno la menor (1). En esta última han abierto recientemente una Misión los misioneros de Alaska, y como los cristianos pasan libremente de una a otra isla, resulta que la Misión tiene también contacto con la Unión de Repúblicas Soviéticas Socialistas (2).

Las dos están habitadas por esquimales de pura cepa. Los de Diomedes la Grande son paganos porque así lo ha dispuesto Stalin; los de Diomedes la Chica son en su mayoría católicos porque tienen la dicha de albergar en su isla al misionero Jesuita P. Tomás Cunningham, de treinta y tres años, natural de Nueva Zelanda, que es ni más ni menos el centro geográfico de los antípodas de España.

Llegado en 1935 a Alaska, junto con el P. Llorente pasó en Nome el primer invierno polar. Enterado en el verano de las condiciones favorables de estos pequeños islotes, se decidió a probar fortuna. Reunió a toda prisa el material necesario para levantar una capilla y navegó impertérrito por entre los bloques de hielo en una barcaza de piel de morsa.

Cuando cerró el invierno y cayó sobre la isla el primer manto de nieve, el Padre remachó los últimos clavos del tejado y se pudo guarecer adentro junto a la estufa. La novedad atrajo a los isleños, que empezaron a convertirse con toda ingenuidad y sencillez.

Esto es el puesto de Diomedes. No hay periódico, ni telégrafo, ni siquiera radio. La soledad que les rodea contrasta con las bandadas incontables de focas mofletudas y morsas gigantescas que se divierten sin cesar a corta distancia de la costa. En Diomedes la Chica no hay más mundo que las olas, el hielo, la caza, la pesca, la aldea y las estrellas.

Ahora se alza en la islita una iglesia, donde se bautizan y rezan los esquimales, y donde vive oculto el mismo Jesucristo de nuestras catedrales. Antes todo era superstición. Ahora ya saben que cuando van de caza es mejor rezar que

(1) NM., vol. VII, p. 440: *Alaska: Détroit de Behring*.

(2) NM., vol. VIII, 84, *Alaska*.

acogerse a las antiguas supercherías; y rezan con una fe primitiva y sincera que les acarrea del cielo todo género de bendiciones.

9. Unos setenta kilómetros más al Sur surge *King Island*, cuyos sencillos isleños son, en boca de Mons. Crimont: «Héroes como los que más entre los hijos de Dios, que con su vida santa adornan las melancólicas peñas de su isla con la refulgente aureola de la santidad» (1).

Al amparo de Cristo Rey, cuya estatua se eleva airosa en la cima del más elevado peñón de la ingente mole roqueña, y a quien en octubre del 37 consagraban llenos de celo su mansión, viven contentos y felices aquellos olvidados esquimales, sin acordarse siquiera de la imponente soledad que los circunda. Hacia las estepas siberianas extiende el Redentor sus brazos suplicantes, ofreciendo a los pobrecitos que gimen agobiados bajo la tiranía de los que se dicen defensores de la libertad, la paz y tranquilidad que concede a sus isleños.

Allá en la embocadura del helado Estrecho de Behring, a ochenta kilómetros de la costa alaskana, se alza una gigantesca mole roqueña bloqueada en el invierno por los hielos polares y duramente batida en el verano por las olas cargadas de bloques de hielo flotante. Es la isla de King, tan estrecha, que su anchura no pasa de dos kilómetros, y tan corta, que su largura escasamente llega a cuatro.

No la encontraréis en los mapas, ni habrá llegado acaso a vuestros oídos la bravura de sus habitantes; pero sea como fuere, lo cierto es que en aquel helado y yermo berrocal habita una colonia de 200 esquimales que, cuando más arrecia la tormenta y las olas rebotan con más furia en los cimientos de las rocas, mandando la espuma hasta los astros y amenazando tragarse a los indefensos isleños, sentados en los picos más elevados se burlan de la furia de la tempestad enseñando los dientes a las olas y entonando en son de triunfo canciones rústicas, cuyas melodías se pierden en el bramido

(1) LEDIT, S. I.: *Los isleños de King Island*, SM., 1922, 168.

de la tormenta y en el ronco chocar de los hielos contra las peñas (1).

Hasta el año 1903 ningún misionero había visitado la isla por la sencilla razón de que ignoraban su existencia; y aunque hacía ya algún tiempo residían en ella protestantes adventistas y episcopalianos, los habitantes eran paganos en su mayoría, imbuídos en las supersticiones más absurdas. En el verano de 1903 tuvo noticia de ella y sus habitantes el Padre Belarmino Lafortune, canadiense de nación y misionero en Nome. Fué un hecho providencial.

Cierto día uno de los jóvenes isleños, por nombre Iván, dirigióse a Nome a fin de vender sus mercancías a los blancos, pero enfermó gravemente y hubo de ser conducido al hospital. Los médicos le dieron por desahuciado. Tomóle entonces por su cuenta el misionero, y a la vez que iba prodigándole un sinfín de cuidados y cariños en orden a conseguir su salud corporal, iba también hablándole de la admirable religión traída por Cristo del cielo para los pobres y desgraciados. Escuchaba el joven con atención, y en poco tiempo quedaba bien enterado de todo; pidió el Bautismo, y no mucho después comenzó su convalecencia. Aun antes de estar completamente restablecido quiso volver a su islita: «Tengo que llevar a mi tribu la buena nueva de esta admirable religión», dijo; y Cristo tuvo en Iván un apóstol (2).

Pasaron unas semanas, y un día quedó el Padre sorprendido al ver delante de su casa a su amigo Iván con otros catorce esquimales a quienes no conocía. Venían de King Island. «Padre, queremos ser bautizados inmediatamente.» El Padre sonrió y felicitó a Iván; era un apóstol y Dios estaba contento de él. Pero bautizar inmediatamente a aquellos catorce esquimales, eso era otra cosa. Debían antes ser instruídos. Algunos eran ya viejos, y el misionero pensó que no pocas instrucciones serían necesarias para hacer penetrar la doctrina cristiana en aquellas cabecitas duras y vacías.

(1) LLORENTE: *Una isla singular*, SM., 1931, p. 186.

(2) LEDIT, S. I.: *Los isleños de King Island*, SM., 1922, 168.

«Padre, ya saben todo lo que usted me enseñó; pregúnteles», dijo Iván.

El Padre les interrogó y quedó gratamente sorprendido, pues sabían lo necesario para recibir el Sacramento. En la mañana del día siguiente recibió la Iglesia Católica a catorce nuevos hijos (1). Vueltos a su islote, construyeron junto a sus chozas una casa *muy grande*: era la iglesia y la residencia del Padre; sólo faltaba volver a Nome en busca del misionero.

Estaba el P. Lafortune rezando su Breviario delante de su casita cuando se le presentaron tres esquimales, y sin más ceremonias le pidieron les acompañase a su isla, donde otros muchos le estaban esperando con ansiedad. El misionero vió en este mensaje la voluntad de Dios, y al día siguiente se acomodaba con ellos en su diminuto esquife. Cuando vió con sus ojos lo que sólo sabía de oídas creyó que valía la pena establecer una Misión en toda regla, y en dos o tres viajes consecutivos que hizo a Nome reunió los elementos necesarios para soportar una larga permanencia entre aquellos isleños.

Eran éstos bravos en todo extremo, criados como estaban entre peligros sin cuento, y por sus venas corría sangre de libertad e independencia, de la que gozaban a sus anchas merced a la soledad y al aislamiento de su madre patria. Allí no hay playas; el acantilado le forman ingentes rocas cortadas a tajo, y en la cima de una de ellas vense sus casuchas, fabricadas toscamente con los maderos que caritativamente arrastran las olas a sus costas.

Así tuvo origen la cristiandad de King Island; unos meses después lograba bautizarlos a todos; King Island es un pueblo católico donde no hay ya protestantes ni paganos. ¡Cuán otro era ya el aspecto de la isla!

Aquellos que en su paganismo tenían la mentira por virtud, ya no mentían; a los cantares obscenos y danzas deshonestas sucedieron himnos a la Santísima Virgen y al Sagrado Corazón; en las tablas descarnadas de sus chozas veíanse innumerables estampas, y las muchas placas del Corazón

(1) LEDIT: L. c., p. 169.

de Jesús indicaban que Cristo Rey había tomado posesión de la isla y fijado entre ellos su morada.

El amor que llegaron a cobrar al misionero rayaba en adoración, y gracias a estas simpatías pudo el Padre entretener con amenidad los ocios de aquellas noches de veintidós horas que por allí reinan desde primeros de octubre hasta fines de mayo (1).

El cacique de la isla se aventajaba a todos en el amor a Jesucristo, y pronto se vió que aquel amor tenía más de real y práctico que de platónico. Un día llegó a la isla lleno de heridas y con la cara ensangrentada. ¿Qué había pasado? Muy sencillo: había ido a Nome, como de costumbre, a comerciar con los blancos y una noche le atacaron dos bandidos para robarle el poco dinero que llevaba. Acuchillaron horriblemente su cabeza y huyeron, dejándole por muerto. El llegó después a la isla como pudo, y el Padre, que acudió al momento a su cabecera, viendo el peligro en que estaba, comenzó a prepararle para la muerte.

Al hablarle de perdonar a sus enemigos respondió con una sonrisa de cielo: «Padre, yo pude matar a esos ladrones. Ya tenía mi mano en el rifle y no faltaba más que disparar. Pero pensé que todo lo había dispuesto así el Señor, y preferí quedar muerto antes que enviar a aquellos dos al infierno» (2).

Desde entonces para acá el fervor de aquellos esquimales ha ido siempre en aumento. El P. Lafortune, haciéndose isleño como ellos, pasaba los veranos en Nome y los inviernos en la isla; veinticinco inviernos, uno tras otro, pasó solo y desterrado en aquel peñón sin tratar con los blancos, sin recibir correspondencia, porque allí no llegan las cartas en invierno, y sin embargo, era feliz. Desde 1929 ha quedado con ellos todo el año, y ésta puede tenerse como la fecha definitiva de la fundación de esta Misión.

«Mis isleños—dice en una carta—me tienen avergonzado. Hablan del cielo y de Jesucristo mejor que yo. Todos los días,

(1) LLORENTE: *Una isla singular*, SM, 1931, 187 s.

(2) LEDIT: *Los isleños de King Island*. SM., 1922, 170.

al atardecer, rezan juntos el rosario y a continuación tienen una conferencia espiritual lo mismo que la teníamos nosotros en el noviciado. Se están criando unos niños tan bien inclinados, que no les cambiaría yo por los que ahí se educan con monjas o religiosos» (1).

Así habla él de sus esquimales. En cambio, de su fisonomía moral nos ha trazado un excelente retrato una de las figuras que más llenaron durante varias semanas las columnas de los periódicos los años 26 y 28: Humberto Nobile.

Acababan de aterrizar en Teller los expedicionarios italianos después de circunvolar el Polo, y acto seguido se encaminaron a Nome. Dejamos aquí la palabra al comandante de la expedición, que nos dice así en su Memoria *In volo alla conquista del Secreto Polar*: «Nos esperaban los dos Padres Jesuitas de la Misión de Nome, que fueron nuestros más queridos amigos en los quince días que permanecimos en la ciudad. Eran admirables. Gocé, sobre todo, con el trato del P. Lafortune, un canadiense que había dedicado ya veinticinco años a la educación de los esquimales, exponiéndose a mil sacrificios con riesgo de la propia vida. Conocía como nadie su idiosincrasia, sus costumbres, sus necesidades, su lengua. Era infatigable. En Nome se le miraba con reverencia, y decíase de él: «Es un hombre santo.» Trabajaba de la mañana a la noche y a veces durante la noche misma, siempre contento y alegre.

Aquella época del año era de las más fáciles y menos peligrosas para su actividad; en cambio, en invierno sus largas caminatas en trineo, necesarias para llegar hasta sus esquimales, eran fatigantes y peligrosas. El recuerdo del pobre P. Ruppert, muerto de frío en Alaska, perdura aún muy vivo en la memoria de todos.

Era conmovedor oír al P. Lafortune hablar de sus esquimales: «Son buenos e inteligentes—me decía—y honrados por naturaleza. Tienen un amor entrañable a sus hijos y un sentimiento de la justicia que se echa de menos a veces en los blancos.»

(1) LORENTE: *L. c.*, 192.

Su rostro se nublaba cuando me aducía las razones por que este pueblo estaba fatalmente condenado a morir: «El contacto con la civilización blanca les perjudica sobremanera. Si no quieren desaparecer, es necesario que vivan según su modo de ser, sus costumbres tradicionales, su alimentación acostumbrada. El uso de la harina, del té y de la carne es perjudicial a su salud. Conviene que sigan alimentándose de carne cruda.» Y después añadía: «Los misioneros protestantes no han caído en la cuenta de ello y ocasionan un daño grande a los esquimales al hacerles adoptar usos y costumbres que no se amoldan a su organismo. La única esperanza de acudir en ayuda de este pueblo descansa únicamente en las Misiones católicas.»

Me hablaba después de la mezcolanza con los blancos: «El contacto con los blancos da resultados funestos, pero el cruzamiento con ellos es aún mucho peor. Los hijos de madre esquimal y de padre blanco son, es verdad, físicamente hermosos, pero mucho menos inteligentes que los esquimales puros, y destinados por ello a una muerte prematura. La tuberculosis se ensaña en sus organismos.»

Amaba a sus esquimales, y a su vez era idolatrado por ellos. En aquellas gentes sencillas, cuyas mentes no conocían más que engendros diabólicos alimentados por una naturaleza madrastra, iba depositando él ideas consoladoras de un Dios bienhechor. Para ellos, el P. Lafortune no era solamente el Sacerdote; era el Padre bueno a quien acudían en demanda de consejo para la educación de sus hijos y a quien exponían sus dificultades y necesidades domésticas. De hecho, de cuando en cuando una llamada a la puerta venía a interrumpir nuestra conversación animada: eran esquimales que aun desde muy lejos venían a buscar ayuda y consejo en el Padre bueno.

«¡Están diseminados—decía—en lugares tan alejados, y es tan difícil llegar hasta ellos! Y sobre todo en invierno, ¡es tanto el tiempo que se pierde viajando en estos trineos! Si pudiera disponer de un aeroplano sería mucho mejor; podría visitarlos con más frecuencia.» Me hablaba de la avia-

ción con un gesto sobrio y sereno. No aparecía en sus ojos ni la más leve señal o deseo de querer experimentar emociones desconocidas. ¡Deseos de este género eran tan ajenos a su espíritu! El aeroplano era sencillamente para él un medio de locomoción más rápido que el trineo multisecular y le haría posible poder multiplicarse en su labor benéfica entre todos los que le rodeaban» (1).

Con estos trazos sentidos y sobrios recuerda Humberto Nobile sus días de placidez transcurridos en Nome. La figura sencilla y abnegada de su amigo el P. Lafortune no se borraría fácilmente de entre sus recuerdos más queridos.

El P. Lafortune es un hombre de Dios, y sus esquimales no hacen más que seguir los ejemplos de su misionero; por eso en King Island no se conoce el respeto humano; con valentía y magnanimidad han aceptado entusiasmados todas las prácticas de penitencia cristiana: unos, como preparación a las fiestas de Navidad, ayunan hasta quince días seguidos sin tomar más que un pedazo de pan por las mañanas; suben otros todos los domingos a la cima más alta de su islote, y allí, de rodillas sobre la nieve, oran largos ratos para imitar a Jesucristo, que oraba también retirado sobre los montes (2).

Así ha premiado Dios la perseverancia del P. Lafortune. Y, sin embargo, nadie sabe que exista tal Padre. Pero ¿qué importa que nadie lo sepa? El hombre espiritual se encoge de hombros ante la fama gacetesca con que le pudiera brindar este mundo lisonjero, que quema incienso ante las aras de un boxeador o un futbolista. Otros son los valores que él codicia: imitar a Jesucristo escondido treinta años en Nazaret, predicador del Evangelio y muerto en la cruz, ése es el móvil que lleva al misionero a desterrarse para siempre. Lo demás le hace sonreír con lágrimas. ¡Así es el misionero de Alaska!

(1) A. LUCHETTI: *Gesuiti Genovesi, Missionari in Alaska*, 107-109.

(2) SEVERIN: *Par delà le Cercle Arctique*, en *Xaveriana*, 1930, n. 76, 28.
LEDIT, S. J.: WL., 1922, 421.

XVI

CONCLUSION

1. La escasez de misioneros.—2. Ayudas del Hermano Coadjutor.
3. Las Religiosas en el Círculo Polar.—4. Primera floración norteña, o la Congregación indígena de Nuestra Señora de la Nieve.—
5. Conclusión.

1. Acabamos de recorrer los centros principales del extremo Norte, que en su irradiación misionera surgen cual centelleantes focos de luz, que van esclareciendo con sus rayos las sombras de aquellas interminables noches alaskianas. Pero ¿qué son veinte focos, por muy potentes que sean, para iluminar y caldear una región de millón y medio de kilómetros cuadrados sepultados por la nieve?

«Si pudiera multiplicarme por seis—escribe el P. Fox con cierto dejo de amargura—aún estaría abrumado de trabajo.» Pero esa multiplicación es imposible, y el misionero, que tiene seis, diez, veinte y más puestos que atender con su iglesia y sus escuelas, tiene que resignarse a permanecer varios años sin visitar a sus apartados fieles (1).

¡La escasez de misioneros! ¡Ah!, esto sí que arranca gritos de dolor a los corazones de esos héroes desconocidos, que ven progresar con suma lentitud las obras de su celo... porque faltan operarios.

«Por amor de Dios y la salvación de estas almas—escribe uno—ayúdenos a formar vocaciones para Alaska, y ganar

(1) *JM.* (abril, 1936, p. 23).

amigos que con sus limosnas y oraciones nos ayuden a llevar siempre adelante nuestro trabajo. Si el demonio reina aquí todavía, es porque los indígenas no han podido aún ponerse en contacto con el misionero católico; y si no han podido, es sencillamente porque no tenemos medios con que sostener ni más catequistas, ni más operarios. Los pueblos nos piden misioneros, aquellos incluso que han tenido que escuchar durante largos años las mentiras y calumnias propaladas por los protestantes contra la Iglesia de Dios; y nosotros no podemos acudir en su socorro» (1).

Y el P. Delón añadía: «Estamos completamente faltos de hombres. Es simplemente imposible hacer todo cuanto se debiera hacer. Oprimidos por todas partes por nuestros numerosos contrarios, no haremos poco si logramos conservar nuestras conquistas» (2).

2. Entre los auxiliares más importantes del Misionero están los Hermanos Coadjutores, y en Alaska más que en ninguna otra parte del mundo. También ellos son auténticos misioneros; sin su labor eficaz no hubiera sido posible obtener resultados de importancia: es la vida tan ardua en aquel desierto de hielos, que sería realmente imposible al sacerdote atender con libertad a sus ministerios espirituales en la conversión de las almas.

Ellos han conseguido, por ejemplo, con su trabajo manual, prescindir de la importación de numerosos artículos alimenticios que había necesariamente que traer de los Estados Unidos, con la circunstancia agravante de las elevadas tarifas en el transporte marítimo: 60 dólares por tonelada. De ahí que la situación económica agobiante fuera empeorando cada vez más, de manera que para poder seguir viviendo y avanzando en las obras de evangelización se hacía necesaria una evidente intervención de la Providencia Divina, y una estrecha economía con el trabajo asiduo y vigilante atención en sacar todo el partido posible de los recursos naturales del

(1) *En la región de los Eternos Hielos, SM.*, 1932, 351-352.

(2) F. DELÓN, S. I.: *Alaska, NM.*, vol. II, 338.

mismo suelo alaskano: he ahí la obra de los HH. Coadjutores, con la generosa e inteligente cooperación de las religiosas.

Sólo unos ejemplos: En Holy Cross, donde el terreno es algo mejor e incluso cultivable, se ha formado una huerta excelente que, agrandada con los años y cultivada según los métodos científicos modernos, produce patatas, café, remolacha, guisantes, etc., que incluso vendido a los blancos constituye una fuente inagotable de ingresos. Además, puede proveerse de legumbres a otros centros misioneros que no tienen terrenos de cultivo, y aun ayudar, si la cosecha es copiosa, a los mismos esquimales.

Los Hermanos enseñan diversos oficios a los rapaces, y ayudados por ellos salen en busca de leña para la construcción de casas e iglesias, barcazas de todos los tamaños y ruedas ingentes para la pesca del salmón. En Akulurak, país desolado y estéril, un verdadero desierto, es la pesca la ocupación más provechosa que tiene empleados durante una larga temporada a Hermanos y Religiosas, a alumnos y alumnas de la Misión. Se pesca y prepara salmón para todo el año y hasta, debidamente seco y salado, llega a venderse en los Estados Unidos a cambio de alimentos, vestidos, gasolina y otras cosas útiles a la vida.

Los Hermanos navegan centenares de millas a lo largo del Yukón, recogiendo troncos y leños arrastrados por la corriente, y que cortados después producirán un calor precioso para el largo y rígido invierno. El viento huracanado, persistente y frío, que tantos perjuicios y daños ocasionaba antiguamente, es hoy rico productor del fluido eléctrico que alumbr y lava y proporciona otros mil servicios de incalculable valor. Imposible sería aun sólo enumerar lo que estos Hermanos hacen por la Misión: todo en Alaska habla de su labor benemérita: capillas, iglesias, casas, hospitales, orfanotrofios, barcazas, maquinaria, todo. Ni aun las bellezas del arte se les escapan: esculturas preciosas en madera y marfil, pinturas, música, arquitectura. Y todo con una intención elevada, con un amor acendrado: lo hacen por su Misión.

3. A los gritos angustiosos de dolor que piden auxilio y favor para tantas almas, han respondido también conscientes de su sacrificio, las heroicas *Religiosas*. ¿Cómo concluir un trabajo sobre los Hielos del Polo sin decir unas palabras de esas almas sencillas, que en su debilidad femenina lo sacrifican todo en aras del amor a Jesucristo? Ni los hielos del invierno las intimidan, ni la escasez de los víveres las arredra, ni la lejanía de la madre patria las espanta. Saben cuánto vale un alma, y ellas quieren comprarlas con su vida de heroísmo, esas alma alaskañas, más blancas a veces y más puras que el ampo mismo de sus nieves perpetuas. Así son esas 27 Hermanas de Santa Ana, esas 11 monjas Ursulinas, esas ocho Hijas de la Caridad, Siervas de los Pobres; esas seis Hermanas de San José de Newark, y esas monjitas indígenas de la recién fundada Congregación esquimal de Nuestra Señora de la Nieve.

La Congregación de las Hermanas de Santa Ana de Lachine (*Soeurs de Sainte-Anne*), fundada en 1850, vió definitivamente aprobadas sus Constituciones en 1900. Se dedican exclusivamente a la educación de la juventud femenina (1). Ya en 1858 iniciaban su labor misionera entre los indios del Canadá y la Colombia Británica, y treinta años más tarde, en 1888, llegaban también las tres primeras Hermanas a la recién fundada Misión de Alaska. En 1934 había ya 27: 14 canadienses, 10 americanas, dos irlandesas y una alemana (2).

Su introducción se debió especialmente a las gestiones del Vicario General de la Diócesis de Victoria, Reverendo Jonckau. Ya hemos visto en un capítulo anterior cómo el Obispo de esta Diócesis Mons. Seghèrs murió en las orillas del Yukón cuando en 1886 marchó con dos Jesuítas a Alaska para fundar la Misión. El territorio alaskaño dependía eclesiásticamente de la Diócesis de Victoria. El Obispo pereció, pero los trabajos comenzados por el intrépido prelado fueron continuados entusiásticamente por su Vicario General, un sacerdote santo y ejemplar, que fué nombrado Administrador Apos-

(1) GMC., 470 b.

(2) *Guida delle Missioni Cattoliche*, p. 123* a.

tólico de la Diócesis. Hasta su muerte hizo todo lo que estuvo en su poder el Reverendo Jonckau para que la nueva Misión marchase siempre adelante, y a sus esfuerzos celosos se debió el que las Hermanas de Santa Ana entrasen a trabajar en Alaska.

En la primavera de 1888 escribió a la Madre General dándole cuenta de sus ardientes deseos de fundar una escuela para los niños indios en las riberas del Yukón y le rogaba al mismo tiempo aceptasen ellas la dirección. Esta primera petición no pudo ser atendida en vista de la escasez de religiosas y las muchas ocupaciones que pesaban ya sobre la Congregación. El Reverendo Jonckau, que ansiaba ardientemente la cooperación de esas religiosas precisamente, no se desanimó a la primera negativa, repitió de nuevo la petición, esta vez por telegrama, que las necesitaba urgentemente, pues iba a salir muy pronto un navío para Alaska.

La Madre General, al recibir este telegrama quedó perpleja ante él y decidió consultar al Arzobispo Mons. Fabre. Este, que tenía en el mayor aprecio al P. Jonckau, le respondió estas palabras: «es un santo el que os hace esta petición, respondedle que sí». Poco después se recibía en Victoria otro telegrama anunciando la próxima llegada de tres Religiosas. Las Hermanas de Santa Ana comenzaban de este modo providencial sus trabajos en Alaska.

Fueron designadas las Hermanas María Estefanía, irlandesa; María Josefa, belga, y María Paulina, canadiense, que llegaron a Victoria y recibieron las últimas instrucciones del P. Jonckau. También fué ésta la última diligencia suya por la Misión, pues muy poco después una santa muerte ponía fin a su largo apostolado: la lejana Misión del Ártico le tiene como su segundo fundador.

En mayo de 1888 se embarcaban para Alaska a bordo del *St. Paul*; los únicos pasajeros eran unos cuantos empleados de la Compañía de Pielés y dos Jesuítas: el P. Gaspar Genna y el H. Juan Rossati. Llegados a Unalaska tuvieron que hacer una parada forzosa de un mes, mientras el *St. Paul* hacía una visita a las islas de las Focas. A su vuelta prosiguieron el

viaje, y el 26 de junio entraban en St. Michael. El P. Tosi estaba esperándoles en el puerto; las Religiosas, que dicho sea de paso no eran esperadas tan pronto, hubieron de quedarse unos meses en St Michael, mientras en Holy Cross les preparaban la casa: el primer convento de Monjas en la región de las nieves.

A principios de septiembre entraban en Holy Cross; no iban solas; consigo llevaban una mestiza de tres años llamada Ana, que fué la primera alumna de la escuela de la Misión. Después fueron llegando más niñas, y la escuela comenzó a funcionar en regla. Los indígenas que visitaban la Misión se quedaban admirados de los adelantos hechos por las alumnas y del amor íntimo y tierno que profesaban a las Religiosas. Los comerciantes comenzaron a enviarles sus hijos y los naturales siguieron inmediatamente su ejemplo. La escuela deseada por el P. Jonckau era una realidad; las Hermanas de Santa Ana dirigían la escuela católica más cercana del Polo.

Durante el verano de 1891 llegaron tres religiosas más: los Hermanas María Ceferina, María Prudencia y María Anguilbert; crecían las maestras y crecía al mismo tiempo la escuela; niñas y niños pequeños comenzaron a ser, en medio de aquellos páramos solitarios, la alegría de la Misión. Las escuelas de Holy Cross tienen hoy fama especial en toda la península de Alaska (1).

No juzgamos oportuno pasar por alto en esta ocasión el heroísmo callado y profundo de una de esas tres primeras Religiosas, la Hermana María Josefa. El P. Tosi lo contaba con fruición en su venida a Europa allá por los años del 93 y 94. Los primeros años de la Misión fueron difíciles de verdad y hubo que experimentar dolorosas bajas, porque la salud de los misioneros no resistía fácilmente los rigores del clima alaskano. El mismo P. Genna, a los dos años, y el H. Rosati, algunos después, tuvieron que abandonar deshechos la

(1) WL., 1893, 450-456; P. Tosi: *L'Alaska e i suoi primi esploratori*, 73.

Misión alaskaña para ir a recuperar su salud en un clima más propicio y con una vida más confortable. Citamos estos dos ejemplos aquí por la única razón de que precisamente estos dos misioneros arribaron a la Misión con las primeras Religiosas de Santa Ana. Los ejemplos pudieran multiplicarse. Uno de ellos es, precisamente, el de la Hermana María Josefa.

Al año de su llegada cayó enferma de tal manera, que no había modo alguno de poder de nuevo reanimarla. En vista de ello la ordenó el P. Tosi se dispusiera a partir de nuevo al Canadá a ver si en su convento de Vancouver lograba recuperar la salud que en Alaska había perdido. Bien a pesar suyo tuvo que abandonar su escuela de Holy Cross y sus queridas rapazas, no sin antes protestar de su propósito firme de morir voluntariamente en el puesto que Dios le había señalado. No hubo remedio; con el P. Tosi partió en 1892, acompañada de una jovencita esquimal. Desembarcados en San Francisco, mientras el P. Tosi proseguía su viaje hacia Europa, la Hermana Josefa salió con dirección al Canadá.

Más tarde, por carta de la Madre General de las Hermanas de Santa Ana, pudo enterarse el P. Tosi de los datos siguientes: después de dos meses de curas y cuidados inútiles, resolvieron los médicos que tenía que someterse la Hermana a una operación dolorosa y difícil. Era de sumo peligro, es cierto, pero le devolvería la salud si resultaba bien. La operación no era necesaria, de suyo; la Hermana podría vivir varios años más, muy enfermiza siempre, pero en medio de los cuidados solícitos de sus compañeras, en un convento de un país civilizado.

La Hermana Josefa, anhelosa de su retorno a Alaska, recabó primero la promesa de su Superiora de que la permitiría volver a la Misión en cuanto estuviese curada; después, dispuesta a morir si fuese necesario, se ofreció con acto verdaderamente heroico al suplicio doloroso. La operación salió bien, los médicos la dieron pronto de alta, y contenta hasta lo indecible esperaba en San Francisco con impaciencia la vuelta del P. Tosi para embarcarse de nuevo a la Misión amada. Con ella irían algunas religiosas más, seguramente

atraídas y edificadas con el noble ejemplo de su valiente compañera y hermana (1).

Las Ursulinas de la Unión Romana (Orsoline dell' Unione Romana), Congregación fundada en 1535 por Santa Angela Merici, se dedican especialmente a la educación de las jóvenes y a otras obras de misericordia. Su forma actual data del año 1900, en que León XIII reunió en una sola todas las ramas existentes de Ursulinas, bajo la denominación de Ursulinas de la Unión Romana (2). En 1909 llegaban a Alaska las primeras Religiosas, y eran 11 en 1934: seis americanas, dos alemanas, una irlandesa, una belga y una italiana (3).

Las Hijas de la Caridad y Siervas de los Pobres (*Soeurs de la Providence*), forman una Congregación fundada en Montreal (Canadá) el año 1843, y se dedican principalmente a las obras de caridad, y sólo en lugar secundario a la educación de la juventud. Las ocho que hay en Alaska son canadienses (4).

Las Hermanas de San José de Newark (*Sisters of St. Joseph of Newark*) deben su fundación al Obispo de Nottingham (Inglaterra) el año 1888. Fin de su Instituto es la educación e instrucción de las niñas, y la fundación y erección de pensionados. También se dedican a obras de beneficencia en hospitales, orfanotrofios, etc. Las únicas que trabajan en campo de Misiones están en Alaska: tres americanas, dos irlandesas y una canadiense (5).

4. Merecen especial mención las Religiosas indígenas de *Nuestra Señora de la Nieve*; Congregación fundada por Monseñor Crimont en 1933 para atender especialmente a las obras de enseñanza. Vocaciones no faltan en las estepas de Alaska, pero ¡son tantos los obstáculos que se oponen a su ideal!

Infinitas distancias que recorrer con tan pocas o ninguna comodidad en los viajes, especialmente para mujeres, una

(1) P. TOSI: *L'Alaska e i suoi primi esploratori*, 89 s.

(2) GMC., págs. 416 b-417 a.

(3) *Ibidem*, p. 123* a.

(4) *Ibidem*, p. 467 a y b.

(5) *Ibidem*, págs. 477 a-478 a y b.

tenaz oposición por parte de sus padres y parientes, debida, por decirlo así, a los matrimonios prematuros, ya que, según sus inveteradas costumbres, son a veces prometidas aún muy niñas, a jóvenes que, en virtud de tan tempranos esponsales, quedan obligados a permanecer y trabajar en casa de la novia para ganar los recursos suficientes con que mantenerla y adquirir algún peculio para su futura vida de cónyuges (1). No nos hemos de extrañar: son cristianos de ayer, y aún no tienen fe tan robusta para tales sacrificios y generosidades. Sin embargo, todo se andará con el tiempo y la ayuda del Altísimo.

El número de las admitidas, aunque con lentitud, va subiendo poco a poco; algunas han volado ya a las mansiones eternas con la aureola gloriosa de mártires de la caridad; tal las dos esquimales que durante una epidemia se consagraban en 1934 al cuidado de los enfermos; también ellas fueron al fin presas del mal, y morían poco después víctimas de su abnegación (2). Alaska encierra en realidad corazones más preciosos que el oro codiciado por tantos aventureros.

5. Esto es Alaska, con sus inmensidades monótonas donde se extiende sin fin el armiño de la nieve, con su espantosa soledad privada de toda vida; desolados horizontes, sólo interrumpidos por montañas sin vegetación, glaciares milenarios donde los rayos medrosos de un sol de media noche se confunden con los destellos azulados de una aurora boreal.

Tierra de oro, sepultado en las entrañas de un subsuelo congelado; patria inhospitalaria de seres humanos que, lo mismo que las fieras, han de amontonarse en sus antros subterráneos para defenderse de los rigores de una naturaleza glacial.

Excursiones peligrosas de más de 300 kilómetros, sobre un tapiz ininterrumpido de nieve, para acudir en socorro de las almas; jadeantes caminatas, en las que, al igual que en los Trópicos de fuego, os abrasáis de sed, sin que la tentado-

(1) LUCCHESI: *New from Alaska, NM.*, vol. VI, 501.

(2) *SM.*, 1935, 18.

ra nieve pueda refrescar vuestra garganta; vida de mártir acosado durante el verano por legiones tupidas de insaciables *maringuinos*, y sepultado en invierno en esos iglús fétidos y nauseabundos.

Nada de grandes conquistas en la evangelización; aquí no se fatiga el misionero, como otro tiempo Javier en las tierras de la India, cansados sus brazos de tanto bautizar, ni puede experimentar esos dulces consuelos que producen las masas compactas de malgaches, o el colectivismo ferviente de las cristiandades del Africa de negro color. En Alaska no se siega, solamente se espiga.

¿Pues, entonces... *ut quid perditio haec?* ¿Por qué tanto despilfarro?

Así razonaba Judas al ver correr el perfume por los pies del Salvador. ¿Por qué? *Porque* esas almas, en su roche boreal, esperan también hace veinte siglos los rayos de la luz verdadera que arde en nuestros pechos; *porque* allá en los fondos de esos iglús miserables, se esconden almas más blancas y más puras que la misma blancura de la nieve; *porque* el Rey Divino mandó predicar a sus Apóstoles la buena nueva desde el uno al otro Polo de la Tierra; *porque* también El tuvo que salvar una distancia infinita cuando vino a traer la Luz a los que medrosos temblábamos en las sombras de la noche.

Cuando un Nansen, un Peary, un Cook, un Amudsen o un Nobile tratan de explorar las regiones misteriosas del helado Polo, se equipan con toda minuciosidad y no reparan en gastos costosos para preparar convenientemente su expedición lanzada ya a los cuatro vientos en alas de la Prensa. El misionero católico, el Obispo del Canadá y el Jesuíta alaskanos afrontan animosos semejantes empresas con una serenidad sublime sin precedentes en la Historia de la Humanidad; no es una expedición pasajera que puede tener a un mismo tiempo mucho de científica y mucho también de aventura y turista; el misionero católico va a enterrarse para toda su vida entre las nieves persistentes de una tundra desolante, y no lleva consigo más que una pobreza voluntaria jurada

con voto ante el altar. Si ello constituye un peligro, constituye al mismo tiempo su gloria y su corona.

Sólo por Dios tiende al mundo católico su mano sagrada y bienhechora de pobre; sólo por Dios lucha y conserva su vida, disputada día a día por la adustez plomiza de una naturaleza madrastra; sólo por Dios rotura aquel terreno infecundo, y trabaja y sufre regando con lágrimas la mies de sus **almas**.

La vida más dura que uno puede imaginar en aquella región desolada la acepta él, la busca gustoso sólo por Dios y las **almas**: *Da mihi animas, coetera tolle*: **almas**, Señor, dadme **almas**, y Vos podéis quedaros con todo lo demás.

Bienaventurados aquellos que buscan en esa región de hielos eternos algo más valioso que pieles y pepitas de oro; y bienaventurados también los que no saben olvidarse en su abundancia de la escasez y miseria de estas lúgubres soledades.

El árbol que da buenos frutos, no empobrece jamás.

ESTADISTICA 1937 ⁽¹⁾

Católicos	12.240				
Catecúmenos	200				
Protestantes y ortodoxos	26.500				
Paganos	22.270				
Misioneros.. ...	{	Jesuítas	{	Sacerdotes	21
				Coadjutores	10
		Sacerdotes seculares			5
		Religiosas	{	Extranjeras	47
				Indígenas	7
		Catequistas	{	Hombres	15
Mujeres	50				
Escuelas ...	{	de preces	8	Alumnos	482
		inferiores... ..	10	»	710
		industriales	7	»	120
		medias... ..	1	»	13
Orfanotrofios	4	Huérfanos	140		
Hospitales	4	Camas	220		
Botiquines	13	Curas	6.060		
Periódicos	1				
Bautismos	{	<i>in artículo mortis</i>			263
		de adultos			89
		de niños			263
Comuniones				453.540	
Matrimonios				115	

(1) Las circunstancias especiales en que se desarrolla la guerra, no han permitido que podamos tener a mano una estadística posterior; por esta razón damos aquí la perteneciente al año citado.

APÉNDICE I

Este Apéndice está hecho a base de los Catálogos de la Compañía de Jesús en las diversas Provincias a que perteneció la Misión de Alaska, desde 1886 hasta 1941, inclusive; es decir, de los Catálogos de la *Provincia de Turín*, desde 1886 hasta 1908, tiempo en que le perteneció toda la Misión, y desde 1908 hasta 1910, en que le perteneció tan sólo la Misión Austral; de los Catálogos de la *Provincia de Canadá*, desde 1908 hasta 1913, tiempo en que le perteneció la Misión de Alaska Boreal; de los de la *Provincia de California*, desde 1910 hasta 1932, tiempo en que le pertenecieron ambas Misiones: la Austral desde el principio y la Boreal desde 1913, y, finalmente, de los Catálogos de la *Provincia de Oregón*, desde 1932 hasta 1941, por depender de ella desde esa fecha ambas Misiones alaskanas.

Para mejor inteligencia del mismo, juzgamos conveniente hacer las siguientes advertencias: 1) van en letra bastardilla los nombres de aquellos misioneros que en los distintos años comienzan a figurar por primera vez en la Misión; 2) en notas puestas al final de cada año van, en bastardilla también, los misioneros que por cualquier razón hubieron de abandonar la Misión, aunque sólo fuera temporalmente; añadimos al mismo tiempo algunos datos que juzgamos pueden ser de algún interés; y aunque pocas veces se especifica la causa por que abandonan la Misión, en la mayoría de los casos es por incompatibilidad de su salud con el riguroso clima boreal, origen o de enfermedades ya contraídas o próximas a contraer; 3) durante algún tiempo el Prefecto Apostólico de toda la Misión residía en la Región Austral, y por esta razón en el cómputo de misioneros aparece, no entre los de la Boreal, sino entre los de la Austral, a pesar de figurar a la cabeza de todos ellos; 4) finalmente, en él van los nombres de todos los misioneros: Sacerdotes, Hermanos o Estudiantes, que han ido pasando por la Misión desde el año mismo de su fundación; el orden con que en cada año aparecen es el orden de antigüedad de su llegada a la Misión.

1886-1887

Mons. Carlos Seghers.

P. Tosi, Pascual.

P. Robaut, Luis.

3

1887-1888

P. Tosi, Vicesuperior.

» *Robaut.*

» *Ragaru, Luis.*

3

H. Giordano, Carmelo.

1

Mons. Seghers murió asesinado a las puertas de Nulato el 28 de noviembre de 1886.

1888-1889

P. Tosi, Vicesuperior.

» *Robaut.*

» *Ragaru.*

» *Genna, Gaspar.*

4

H. Giordano.

» *Campopiano, Miguel Angel.*

» *Rosatti, Juan.*

3

1889-1890

P. Tosi, Vicesuperior.

» *Robaut.*

» *Ragaru.*

» *Treca, José.*

» *Muset, Pablo.*

5

H. Giordano.

» *Rosati.*

» *Negro Juan.*

3

El *P. Genna* volvió a los Estados Unidos, dejando la Misión; murió en Spokane el año 1911. No pudo estar en Alaska más de un año; su salud no pudo avenirse al clima rígido de la Misión.

El *H. Campopiano* volvió a los Estados Unidos, donde murió en 1909. Creemos que, aunque destinado a Alaska, no llegó a estar en la Misión.

1890-1891

- | | |
|-------------------------------|--------------------------------|
| P. Tosi, <i>Vicesuperior.</i> | |
| » Robaut. | |
| » Ragaru. | H. Giordano. |
| » Treca. | » Rosati. |
| » Muset. | » Negro. |
| » Judge, <i>Guillermo.</i> | » <i>Cunningham, Bernardo.</i> |

6

4

1891-1892

- | | |
|-------------------------------|------------------------|
| P. Tosi, <i>Vicesuperior.</i> | |
| » Robaut. | |
| » Ragaru. | H. Giordano. |
| » Treca. | » Rosati. |
| » Muset. | » Negro. |
| » Judge. | » <i>Cunningham.</i> |
| » <i>Barnum, Francisco.</i> | » <i>Power, Tomás.</i> |

7

5

1892-1893

- | | |
|-------------------------------|----------------------|
| P. Tosi, <i>Vicesuperior.</i> | |
| » Robaut. | |
| » Ragaru. | |
| » Treca. | H. Giordano. |
| » Muset. | » Rosati. |
| » Judge. | » Negro. |
| » Barnum. | » <i>Cunningham.</i> |
| » <i>Parodi, Luis.</i> | » <i>Power.</i> |

8

5

1893-1894

- | | |
|-------------------------------|--------------------------------|
| P. Tosi, <i>Vicesuperior.</i> | |
| » Robaut. | |
| » Ragaru. | H. Giordano. |
| » Treca. | » Rosati. |
| » Muset. | » Negro. |
| » Judge. | » <i>Cunningham.</i> |
| » Barnum. | » <i>Twohig, Juan.</i> |
| » Parodi. | » <i>Sullivan, Santiago.</i> |
| » <i>Monroe, Francisco.</i> | » <i>Marchisio, Bartolomé.</i> |

9

7

El *H. Power* volvió enfermo a la Misión de las Montañas Roqueñas; había llegado a Alaska en 1891. Murió en la Provincia de California el año 1926.

1894-1895

R. P. Tosi. *Prefecto Apostólico y Superior de la Misión.*

P. Robaut.

» Ragaru.

» Treca.

» Judge.

» Barnum.

» Parodi.

» Monroe.

» *Crimont, Rafael.*

H. Giordano.

» Rosati.

» Negro.

» Cunningham.

» Twohig.

» Marchisio.

9

6

El *P. Muset* volvió enfermo a las Montañas Roqueñas; había llegado a Alaska en 1889; poco después moría, el 7 de noviembre de 1897 en las mismas Montañas Roqueñas.

El *H. Sullivan* volvió a la Misión de las Montañas Roqueñas; había llegado a Alaska el año antes.

1895-1896

ALASKA BOREAL

R. P. Tosi. *Prefecto Apostólico y Superior de la Misión.*

P. Robaut.

» Ragaru.

» Judge.

» Parodi.

» Monroe.

» Crimont.

» *Post, Juan Bautista.*

H. Giordano.

» Negro.

» Cunningham.

» Twohig.

» Marchisio.

» *O'Hare, José Vicente.*

8

6

El *P. Treca* tuvo que ir enfermo a California; volvió al año siguiente a Alaska Austral, y más tarde de nuevo a la Boreal.

El *P. Barnum* fué a los Estados Unidos a publicar unos apuntes; volvió al año siguiente a la Misión.

El *H. Rosati* volvió enfermo a la Misión de las Montañas Roqueñas; el año 1902 volvió a Alaska Austral.

ALASKA AUSTRAL (1)

P. René, Juan Bautista.

1.

(1) Este año aparece por primera vez la división de Alaska en dos Misiones distintas.

1896-1897

ALASKA BOREAL

R. P. Tosi, Pref. y Sup. Reg.

P. Robaut.

» Ragaru.

» Judge.

» Parodi.

» Barnum.

» Monroe.

» Crimont.

» Post.

9

H. Giordano.

» Negro.

» Cunningham.

» Twohig.

» Marchisio.

» O'Hare.

» Brancoli, *Pedro.*

7

ALASKA AUSTRAL

P. René.

» Treca.

» *Bougis, Pedro.*

3

1897-1898

ALASKA BOREAL

R. P. René, Juan Bta., Pref. y Sup. Reg. (1).

P. Robaut.

» Ragaru.

» Judge.

» Parodi.

» Barnum.

» Monroe.

» Crimont, *Vic. Gen.*

» Post.

8

H. Giordano.

» Negro.

» Cunningham.

» Twohig.

» Marchisio.

» O'Hare.

» Brancoli.

7

El *P. Tosi* tuvo que trasladarse enfermo a Alaska Austral, donde murió al año siguiente.

(1) Como residía en la región Austral, aparece computado en ésta y no en la Boreal.

ALASKA AUSTRAL

R. P. René.
» Treca.
» Tosi.
» Bougis.

4

1898-1899

ALASKA BOREAL

R. P. René, *Pref. y Super. Reg.*

P. Robaut.
» Ragaru.
» Judge.
» Parodi.
» Monroe.
» Crimont.
» Post.
» *Lucchesi, Juan Lucas.*
» *Jetté, Julio.*
» *Perron, José.*

10

H. Giordano.
» Negro.
» Cunningham.
» Twohig.
» Marchisio.
» O'Hare.
» Brancoli.

7

El *P. Tosi* murió el 14 de enero de 1898 en Juneau; fué el fundador de la Misión Alaskana, su primer Superior y su primer Prefecto Apostólico.

El *P. Barnum* marchó definitivamente a su Provincia, dejando la Misión; murió el año 1921; había estado en la Misión ocho años.

ALASKA AUSTRAL

R. P. René.
P. Treca.
» Bougis.
» *Tornielli, Filiberto.*

4

1899-1900

ALASKA BOREAL

R. P. René, *Pref. y Sup. Reg. de Alaska Boreal.*

P. Robaut.

» Ragaru.

» Monroe.

» Crimont.

» Post.

» Lucchesi.

» Jetté.

» Perron.

» *Camille, Rogaciano.*

9

H. Giordano.

» Negro.

» Cunningham.

» Twohig.

» Marchisio.

» O'Hare.

» Brancoli.

7

El *P. Judge* murió el 16 de enero de 1899 cuidando de los mineros de Dawson City; había llegado a Alaska en 1890.

El *P. Parodi* pasó este año a Alaska Austral; volvió a la Boreal el año siguiente.

ALASKA AUSTRAL

R. P. Van Gorp, Leopoldo., Sup. de Alaska Austral.

R. P. René.

P. Treca.

» Bougis.

» Tornielli.

4

El *P. Van Gorp* residía en la Misión de las Montañas Roqueñas, de la que era Superior; más tarde fué como misionero a Alaska.

1900-1901

ALASKA BOREAL

R. P. René, *Pref. y Sup. Reg. de Alaska Boreal.*

P. Robaut.

» Ragaru.

» Treca.

» Parodi.

» Monroe.

P. Crimont.

» Post.

» Lucchesi.

» Jetté.

» Perron.

» Camille.

» Keyes (*Chiavassa*), *Ant.*

» Rossi, *Crispino*.

13

H. Giordano.

» Cunningham.

» Twohig.

» Marchisio.

» O'Hare.

» Brancoli.

» Chiaudano, *Bartolomé*.

7

El *H. Negro* pasó a la Misión de Alaska Austral.

ALASKA AUSTRAL

R. P. Jorge de la Motte, Sup. Reg. de Alaska Austral.

R. P. René.

» Bougis.

» Tornielli.

3

H. Negro.

1

El *P. De la Motte* era Superior de las Montañas Roqueñas, donde residía.

El *P. Treca* volvió a la Boreal plenamente restablecido de sus dolencias.

1901-1902

ALASKA BOREAL

R. P. René, Pref. y Sup. Reg. de Alaska Boreal.

P. Robaut.

» Treca.

» Monroe.

» Lucchesi.

» Jetté.

» Perron.

» Camille.

» Keyes.

» Rossi.

» Cataldo, *José*.

» Van Gorp, *Leopoldo*

» Pasino, *Pedro*.

» Van der Pol, *Juan*.

» Jacquet, *Luis*.

14

H. Giordano.

» Twohig.

» Marchisio.

» O'Hare.

» Brancoli.

» Chiaudano.

» Markham, *Luis*.

7

El *P. Ragaru* pasó a la Misión de las Montañas Roqueñas, donde estuvo dos años; volvió a la Misión en 1903.

El *P. Parodi* marchó enfermo a las Montañas Roqueñas; no volvió ya a la Misión; había llegado en 1892; murió en el Canadá en 1928. La soledad y el clima le trastornaron el juicio durante algún tiempo.

El *P. Crimont* fué nombrado Rector del Colegio de Spokane; en 1904 volvió a la Misión como Prefecto Apostólico.

El *P. Post* marchó a las Montañas Roqueñas; ya no volvió a la Misión; había llegado en 1895; murió en 1940.

El *H. Cunningham* marchó a las Montañas Roqueñas; ya no volvió a la Misión; había llegado en 1890, y murió en Spokane el año 1912.

ALASKA AUSTRAL

R. P. De la Motte, *Sup. Reg.*

R. P. René.

» Bougis.

» Tornielli.

» Trivelli, *Alberto*.

4

H. Negro.

» Montaldo, *Félix*.

2

1902-1903

ALASKA BOREAL

R. P. René, *Prefecto Apostólico*.

R. P. De la Motte, *Sup. Reg.* (1).

P. Robaut.

» Treca.

» Monroe.

» Lucchesi.

» Jetté.

» Perron.

» Camille.

» Keyes.

» Rossi.

» Cataldo.

» Pasino.

» Deviné, *Eduardo*.

12

H. Giordano.

» Twohig.

» Marchisio.

» O'Hare.

» Brancoli.

» Chiaudano.

» Markham.

» Hordwedel, *Eduardo*.

» Lefebvove, *Eugenio*.

» Montaldo.

10

El *P. De la Motte*, aunque Superior regular de la Misión alaska-
na, residía en la de las Montañas Roqueñas, pues era también al
mismo tiempo Superior de la misma.

El *P. Van Gorp* volvió a las Montañas Roqueñas, dejando defini-
tivamente la Misión; había llegado el año antes.

El *P. Van der Pol* pasó este año a las Montañas Roqueñas; vol-
vió al año siguiente.

El *P. Jacquet* tuvo que marchar enfermo al Canadá y ya no
volvió a Alaska; había estado en ella solamente un año; el clima
y la soledad le pusieron loco.

(1) Este año las dos Misiones de Alaska pasaron a depender
directamente del propio Superior de las Montañas Roqueñas; en
realidad este Padre no fué misionero de Alaska.

ALASKA AUSTRAL

R. P. René.

P. Bougis .

» Tornielli.

» Cardon, José.

H. Rosati.

4

1

El *P. Trivelli* marchó a las Montañas Roqueñas; ya no volvió
a la Misión; había llegado el año antes.

El *H. Montaldo* pasó este año a la Misión de Alaska Boreal; el
año antes había llegado a la Austral.

El *H. Negro* marchó a las Montañas Roqueñas; ya no volvió
a la Misión; había estado en ella doce años; murió en 1912.

1903-1904

ALASKA BOREAL

R. P. René, *Prefecto Apostólico*.

R. P. De la Motte, *Sup. Reg.*

P. Robaut.

» Ragaru.

» Treca.

» Monroe.

» Lucchesi.

» Jetté.

» Perron.

» Camille.

H. Giordano..

» Marchisio.

» O'Hare.

P. Keyes
 » Rossi.
 » Pasino.
 » Van der Pol.
 » Deviné.
 » *Lafortune, Belarmino.*

14

H. Brancoli.
 » Chiaudano.
 » Markham.
 » Hordwedel.
 » Lefebvre.
 » Montaldo.

9

El *P. Cataldo* pasó este año a Spokane, en las Montañas Roqueñas, dejando definitivamente la Misión. Siendo Superior de las Montañas Roqueñas, envió a los PP. Tosi y Robaut con Mons. Seghers a fundar la Misión Alaskana, que más tarde recorrió, el año 1897, en calidad de Visitador, y como misionero después los años 1901 a 1903, a los sesenta y cinco años de edad; murió en 1928, a los noventa y dos años.

El *P. Jetté*, aunque aparece en el Catálogo, estuvo este año como Profesor en un Colegio del Canadá; volvió a Alaska el año siguiente; aprovechó la ocasión para imprimir un devocionario en lengua Ten'a.

ALASKA AUSTRAL

R. P. René.
 P. Bougis.
 » Tornielli.
 » Cardon.

4

H. Bartz, Adán.

1

El *H. Rosati* pasó este año a las Montañas Roqueñas, de donde ya no volvió; había estado siete años en Alaska Boreal, donde enfermó, y uno en la Austral, que este año dejó también definitivamente. Murió después en San José de California el año 1935.

1904-1905

ALASKA BOREAL

R. P. Crimont, Rafael, *Prefecto Apostólico.*
 R. P. De la Motte, *Sup. Reg.*

P. Robaut.
 » Ragaru.
 » Treca.

P. Monroe.
 » Lucchesi.
 » Jetté.
 » Perron.
 » Camille.
 » Keyes.
 » Rossi.
 » Pasino.
 » Van der Pol.
 » Lafortune.

13

H. Giordano.
 » Twohig.
 » Marchisio.
 » O'Hare.
 » Brancoli.
 » Chiaudano.
 » Markham.
 » Hordwedel.
 » Lefebvre.
 » Montaldo.

10

El *R. P. René* pasó como Profesor al «Gonzaga Collège» de Spokane; su salud no pudo resistir por más tiempo el duro clima alaskano. Había llegado en 1895 a la Misión; fué durante cinco años Superior Regular y durante siete Prefecto Apostólico. Murió el 6 de abril de 1916.

El *P. Deviné* volvió a su Provincia dejando la Misión; había llegado a Alaska dos años antes. Murió en Toronto del Canadá el año 1927.

ALASKA AUSTRAL

R. P. Crimont.
 P. Bougis.
 » Tornielli.
 » *Brown, Eduardo.*

4

El *P. Cardon* marchó a hacer la Tercera Probación a su Provincia y ya no volvió a la Misión, en la que había estado dos años. Murió en Seattle el año 1929.

El *H. Bartz* volvió de nuevo y definitivamente a las Montañas Roqueñas; había llegado a Alaska Austral el año antes. Murió en Santa Clara de California el año 1930.

1905-1906

ALASKA BOREAL

R. P. Crimont, *Pref. Apost.*
 R. P. De la Motte, *Sup. Reg.*

P. Robaut.
» Ragaru.
» Treca.
» Monroe.
» Lucchesi.
» Jetté.
» Perron.
» Camille.
» Keyes.
» Rossi.
» Van der Pol.
» Lafortune.
» *Bruno, Aquiles.*
» *Carrol, Juan Bautista.*

14

H. Twohig.
» Marchisio.
» O'Hare.
» Brancoli.
» Chiaudano.
» Markham.
» Hordwedel.
» Lefebvre.
» Montaldo.

9

El *P. Pasino* marchó a las Montañas Roqueñas, de donde ya no volvió; había estado en Alaska Boreal durante cuatro años. Murió en Spokane el año 1926.

El *H. Giordano* pasó dos años a las Montañas Roqueñas; volvió a Alaska Boreal el año 1907.

ALASKA AUSTRAL

R. P. Crimont.
P. Bougis.
» Tornielli.
» Brown.

4

1906-1907

ALASKA BOREAL

R. P. Crimont, *Pref. Apost.*
R. P. De la Motte, *Sup. Reg.*

P. Robaut.
» Treca.
» Monroe.
» Lucchesi.
» Jetté.
» Perron.
» Camille.
» Keyes.

H. Twohig.
» Marchisio.
» O'Hare.

P. Rossi.
 » Lafortune.
 » Bruno.
 » Carroll.
 » *Balestra, Miguel.*
 » *Bernard, José.*

14

H. Brancoli.
 » Chiaudano.
 » Markham.
 » Hordwedel.
 » Lefebvre.
 » Montaldo

9

El *P. Ragaru* pasó definitivamente a las Montañas Roqueñas; había llegado a Alaska en 1887; murió después en Montreal del Canadá el año 1921.

El *P. Van der Pol* pasó este año a la región de Alaska Austral, donde había de estar aún diez y siete años de misionero.

ALASKA AUSTRAL

R. P. Crimont.
 P. Bougis.
 » Tornielli.
 » Brown.
 » Van der Pol.

5.

1907-1908

ALASKA BOREAL

R. P. Crimont, *Pref. Apost.*
 R. P. Perron, *Vicesuperior Reg.*

P. Robaut.
 » Trecá.
 » Monroe.
 » Lucchesi.
 » Jetté.
 » Keyes.
 » Rossi.
 » Lafortune.
 » Carroll.
 » Bernard.
 » *Vandriesche, Carlos.*
 » *Corbley, Santiago.*
 » *Chapdelaine, José.*

14

H. Giordano
 » Twohig.
 » Marchisio.
 » O'Hare.
 » Brancoli.
 » Chiaudano.
 » Markham.
 » Hordwedel.
 » Lefebvre.
 » Montaldo.

10

El *P. De la Motte* deja de figurar en el Catálogo de Alaska, pues este año pasó la Boreal a la Provincia de Canadá, y el referido Padre era Superior de las Montañas Roqueñas, Misión que pertenecía a la Provincia de Turín. Propiamente no fué misionero de Alaska, aunque como Superior Regular la visitase todos los años. Murió años después en Francia en 1918.

El *P. Camille* murió en St. Michael el 30 de julio de 1907; había llegado a la Misión el año 1899; un fuerte ataque de apoplejía lo llevó en cuatro horas al sepulcro.

El *P. Bruno* marchó este año al Canadá, y ya no volvió a la Misión; había estado en Alaska durante dos años.

El *P. Balestra* marchó a las Montañas Roqueñas; había llegado a la Misión alaskaná el año antes.

ALASKA AUSTRAL

- R. P. Crimont.
- P. Bougis.
- » Tornielli.
- » Brown.
- » Van der Pol.
- » *Sweere, Adrián.*

6

1908-1909

ALASKA BOREAL

- R. P. Crimont, *Pref. Apost.*
- R. P. Perron, *Vicesuperior Reg.*

- | | |
|----------------------|--------------------|
| P. Robaut. | H. Giordano. |
| » Treca. | » Twohig. |
| » Monroe. | » Marchisio. |
| » Lucchesi. | » O'Hare. |
| » Jetté. | » Brancoli. |
| » Keyes. | » Chiaudano. |
| » Rossi. | » Hordwedel. |
| » Lafortune. | » Lefebvre. |
| » Bernard. | » Montaldo. |
| » Chapdelaine. | » Dugas, Alejo. |
| » Desjardins, José. | » Clancy, Juan. |
| » Ferron, Hormisdas. | » Lemire, Alfonso. |
| » Forhan, Juan. | |

El *P. Carroll* marchó a las Montañas Roqueñas; había llegado a la Misión hacía tres años.

El *P. Vandriesche* marchó a su Provincia del Canadá; había llegado a la Misión el año antes.

El *P. Corbley* volvió a su Provincia dejando la Misión; había llegado el año anterior. Murió en Detroit del Canadá el año 1927.

El *H. Markham* marchó a las Montañas Roqueñas; ya no volvió a la Misión; había llegado a ella el año 1901.

ALASKA AUSTRAL

R. P. Crimont.

P. Tornielli.

» Brown.

» Sweere.

» *Gabriel, Enrique.*

» *Schmitt, Matías.*

6

El *P. Bougis* marchó a las Montañas Roqueñas; no volvió a la Misión; en ella estuvo durante doce años, siempre en la Austral. Murió en la Provincia de California el año 1920.

El *P. Van des Pol* estuvo este año y el siguiente en las Montañas Roqueñas; volvió después a la Misión Austral.

1909-1910

ALASKA BOREAL

R. P. Crimont, *Pref. Apost.*

R. P. Lucchesi, *Sup. Reg.*

P. Robaut.

» Treca.

» Monroe.

» Jetté Esc. *Sigouin, León.*

» Perron.

» Keyes.

» Rossi.

» Lafortune.

» Chapdelaine.

» Desjardins.

» Ferron.

» Forhan.

H. Twohig.

» Marchisio.

» Chiaudano.

» Lefebvre.

» Dugas.

» Clancy.

» Lemire.

» *Alarie, Eduardo.*

El *P. Bernard* estuvo este año haciendo la Tercera Probación; volvió el año siguiente.

El *H. Giordano* marchó este año a la Provincia del Canadá; ya no volvió a la Misión; estuvo en ella desde 1887, por lo tanto, veintidós años.

El *H. O'Hare* salió este año de la Misión y ya no volvió a ella; había estado en Alaska catorce años.

El *H. Brancoli* marchó a la Provincia de California; no volvió a la Misión; había llegado a ella en 1896. Murió en 1940.

El *H. Montaldo* marchó a su Provincia del Canadá; no volvió a la Misión, a la que había llegado en 1901.

El *H. Hordwedel* estuvo tres años en la Provincia de California; volvió en 1912.

ALASKA AUSTRAL

P. Tornielli.

» *Brown.*

» *Sweere.*

» *Schmitt.*

» *Bruckert, José.*

5

El *R. P. Crimont* pasó a vivir a Fairbanks. En adelante le contaremos como misionero de la Región Boreal.

El *P. Gabriel* marchó este año a la Provincia de California; no volvió a la Misión, a la que había llegado el año anterior.

1910-1911

ALASKA BOREAL

R. P. Crimont, Pref. Apost.

R. P. Lucchesi, Sup. Reg.

P. Robaut. Esc. *Sigouin.*

» *Treca.* » *Lacouture, Onésimo.*

» *Monroe.*

» *Jetté.*

» *Perron.*

» *Keyes.*

» *Rossi.*

» *Lafortune.*

» *Chapdelaine.*

H. Twohig.

» *Marchisio.*

» *Chiaudano.*

» *Lefebvre.*

» *Dugas.*

P. Bernard.
 » Desjardins.
 » Ferron.
 » Forhan.

15

2

H. Lemire.
 » Alario.
 » Rousseau, Teófilo.
 » Paquín, Ulrico.

9

El *H. Clancy* volvió a su Provincia del Canadá; había llegado a la Misión dos años antes. Murió en 1939.

ALASKA AUSTRAL

P. Tornielli.
 » Brown.
 » Sweere.
 » Bruckert.
 » Van der Pol.

5

El *P. Schmitt* marchó a su Provincia de California; ya no volvió a la Misión, a la que había llegado el 1908. Murió en la Misión de Dakota (Indios de Estados Unidos) en 1936.

1911-1912

ALASKA BOREAL

R. P. Crimont, *Pref. Apost.*
 R. P. Lucchesi, *Sup. Reg.*

P. Robaut.
 » Trecá.
 » Monroe.
 » Jetté.
 » Perron.
 » Keyes.
 » Rossi.
 » Lafortune.
 » Bernard.
 » Chapdelaine.
 » Desjardins.
 » Ferron.
 » Forhan.

15

Esc. Sigouin.
 » Laçouture.

H. Twohig.
 » Marchisio.
 » Chiaudano.
 » Lefevbre.
 » Dugas.
 » Lemire.
 » Alarie.
 » Rousseau.

8

2

El *H. Paquin* murió junto a St. Michael el 27 de enero de 1911, extraviado en una tormenta de nieve; había llegado a la Misión en el verano anterior.

ALASKA AUSTRAL

P. Tornielli.
» Brown.
» Bruckert.
» Van der Pol.

4

El *P. Sweere* murió el 1 de julio de 1911 en los Estados Unidos; había estado en la Misión Austral cinco años.

1912-1913

ALASKA BOREAL

R. P. Crimont, *Pref. Apost.*
R. P. Lucchesi, *Sup. Reg.*

P. Robaut.

» Treca.

» Monroe.

» Jetté.

» Perron.

» Keyes.

» Rossi.

» Lafortune.

» Chapdelaine.

» Bernard.

» Desjardins.

» Ferron.

» Forhan.

» Sifton, *Juan Bautista.*

» O'Mailley, *Miguel.*

Esc. Sigouin.

» Lacouture.

H. Twohig.

» Marchisio.

» Chiaudano.

» Herdwedel.

» Lemire.

» Alarie.

» Rousseau.

» Demers, *Audomaro.*

» Côté, *José.*

El *H. Lefebvre* murió en Holy Cross el 19 de mayo de 1912; había llegado a Alaska Boreal en 1902.

El *H. Dugas* volvió a su Provincia del Canadá, dejando la Misión; había estado en Alaska cuatro años.

ALASKA AUSTRAL

- P. Tornielli.
 » Brown.
 » Bruckert.
 » Van der Pol.
 » *Shepherd, Guillermo.*

5

1913-1914

ALASKA BOREAL

- R. P. Crimont, *Pref. Apost.*
 R. P. Sifton, *Sup. Reg.*

- | | |
|----------------|---------------------------------|
| P. Robaut. | |
| » Trecá. | Esc. <i>Williams, Federico.</i> |
| » Monroe . | |
| » Lucchesi. | H. Marchisio. |
| » Jetté. | » Chiaudano. |
| » Keyes. | » Hordwedel. |
| » Rossi. | » Alarie. |
| » Lafortune. | » Rousseau. |
| » Chapdelaine. | » Demers. |
| » Bernard. | » Côté. |
| » Desjardins. | » <i>Murphy, Alfredo.</i> |
| » Ferron. | » <i>Callahan, Tomás.</i> |
| » Forhan. | » <i>Corrigan, José.</i> |

15

1

10

El *P. Perron* estuvo dos años en la Provincia de California; volvió en 1915.

El *P. O'Mailley* fué a hacer la Tercera Probación a los Estados Unidos; volvió a la Misión Austral en 1917; había estado en la Boreal sólo un año.

El *H. Sigouin* volvió a la Provincia a continuar sus estudios.

El *H. Lacouture* volvió a la Provincia a continuar sus estudios.

El *H. Twohig* marchó este año a California; volvió a la Misión el año siguiente.

El *H. Lemire* murió en Seattle el 30 de mayo de 1913. Había llegado a Alaska en 1908.

ALASKA AUSTRAL

- P. Tornielli.
- » Bruckert.
- » Van der Pol.
- » Shepherd.
- » Drathman, Antonio.
- » Hayes, Juan.

6

El *P. Brown* marchó a California y ya no volvió a la Misión; había estado en Alaska Austral durante nueve años. Murió el año 1925 en la Provincia de California.

1914-1915

ALASKA BOREAL

- R. P. Crimont, *Pref. Apost.*
- R. P. Sifton, *Sup. Reg.*

- P. Robaut.
- » Treca.
- » Monroe.
- » Lucchesi.
- » Jetté.
- » Keyes.
- » Rossi.
- » Lafortune.
- » Chapdelaine.
- » Bernard.
- » Desjardins.
- » Post, Humberto.

14

- H. Twohig.
- » Marchisio.
- » Chiaudano.
- » Hordwedel.
- » Demers.
- » Murphy.
- » Callahan.
- » Corrigan.
- » Heßs, Juan.

9

El *P. Ferron* volvió a su Provincia del Canadá, dejando la Misión; había llegado a Alaska en 1908; murió en Montreal tres años más tarde, en 1917.

El *P. Forhan* marchó a la Provincia de California; había estado en Alaska seis años; murió al año siguiente en San Francisco.

El *H. Williams* volvió a continuar sus estudios a la Provincia.

El *H. Alarie* marchó a California; había llegado a Alaska en 1909; murió en 1923 en Los Angeles.

El *H. Rousseau* volvió a su Provincia del Canadá, dejando la Misión; había estado en Alaska cuatro años. Murió en Montreal en 1936.

El *H. Côté* volvió a su Provincia del Canadá; había llegado a la Misión dos años antes.

ALASKA AUSTRAL

- P. Tornielli.
- » Bruckert.
- » Van der Pol.
- » Shepherd.
- » Kennelly, *Santiago*.
- » Bailey, *Jorge*.
- » Kern, *Pablo*.

7

El *P. Drathman* marchó a California, dejando la Misión; había llegado el año anterior a Alaska Austral.

El *P. Hayes* volvió a California; había llegado a Alaska Austral el año anterior.

1915-1916

ALASKA BOREAL

- R. P. Crimont, *Pref. Apost.*
- R. P. Sifton, *Sup. Reg.*

- | | |
|--------------------------|---------------------------------|
| P. Robaut. | |
| » Treca. | |
| » Monroe. | H. Twohig. |
| » Lucchesi. | » Marchisio. |
| » Jetté. | » Chiaudano. |
| » Perron. | » Hordwedel. |
| » Keyes. | » Demers. |
| » Rossi. | » Murphy. |
| » Lafortune. | » Callahan. |
| » Chapdelaine. | » Corrigan. |
| » Post. | » Hess. |
| » Delon, <i>Felipe</i> . | » Mc Sweeney, <i>Jeremias</i> . |

14

10

El *P. Desjardins* volvió a su Provincia del Canadá, dejando la Misión; había estado en Alaska siete años.

El *P. Bernard* marchó a su Provincia de Champagne (Francia)

por causa de la guerra del 14; estuvo varios años sirviendo en el Ejército francés como Capellán castrense; no volvió a la Misión. Había estado en Alaska nueve años.

ALASKA AUSTRAL

- P. Tornielli.
- » Bruckert.
- » Van der Pol.
- » Shepherd.
- » Kennelly.
- » Kern.
- » *Roccati, Luis.*
- » *Corbett, Juan.*

8

El *P. Bailey* marchó a California; había llegado el año anterior a la Misión de Alaska Austral.

1916-1917

ALASKA BOREAL

- R. P. Crimont, *Pref. Apost.*
- R. P. Sifton, *Sup. Reg.* *

- P. Robaut.
- » Treca.
- » Monroe.
- » Lucchesi.
- » Jetté.
- » Perroh.
- » Keyes.
- » Rossi.
- » Lafortune.
- » Chapdelaine.
- » Post.
- » Delón.

14

- H. Twohig.
- » Marchisio.
- » Chiaudano.
- » Hordwedel.
- » Demers.
- » Murphy.
- » Callahan.
- » Hess.
- » Mc Sweeney.
- » *Wilhelm, Pedro.*

10

El *H. Corrigan* marchó a California; había llegado a la Misión en 1913.

ALASKA AUSTRAL

- P. Tornielli.
 » Bruckert.
 » Van der Pol.
 » Shepherd.
 » Kern.
 » Roccati.
 » *Fletcher, Alfonso.*

7

El *P. Kennelly* marchó a California; había llegado dos años antes a la Misión de Alaska Austral; murió en Tacoma el año 1927.

El *P. Corbett* marchó a California; había llegado el año anterior a la Misión Austral.

1917-1918

ALASKA BOREAL

Mons. Crimont, Vicario Apost. de Alaska.
R. P. Sifton, Superior Regular.

- P. Robaut.
 » Treca.
 » Monroe.
 » Lucchesi.
 » Jetté.
 » Perron.
 » Keyes.
 » Rossi.
 » Lafortune.
 » Post.
 » Delón.

13

- H. Twohig.
 » Marchisio.
 » Chiaudano.
 » Hordwedel.
 » Murphy.
 » Callahan.
 » Hess.
 » Mc Sweeney.
 » Wilhalm.
 » *Horan, Hugo.*

10

El *P. Chapdelaine* volvió a su Provincia del Canadá, dejando la Misión; había llegado en 1907. Murió en Montreal el año 1937.

El *H. Demers* volvió a su Provincia del Canadá, dejando la Misión; había llegado a Alaska en 1912; murió en Montreal el año 1941.

ALASKA AUSTRAL

- P. Tornielli.
 » Van der Pol.
 » Shepherd.
 » Kern.
 » Roccati.
 » Fletcher.
 » O'Mailley, Miguel.

7

El *P. Bruckert* volvió a su Provincia de California; había estado ocho años en la Misión de Alaska Austral.

1918-1919

ALASKA BOREAL

Mons. Crimont, *Vicario Apost.*
 R. P. Sifton, *Sup. Reg.*

- | | |
|-----------------------------|---------------|
| P. Robaut. | H. Twohig. |
| » Treca. | » Marchisio. |
| » Monroe. | » Chiaudano. |
| » Lucchesi. | » Hordwedel. |
| » Jetté. | » Murphy. |
| » Perron. | » Callahan. |
| » Keyes. | » Hoss. |
| » Rossi. | » Mc Sweeney. |
| » Lafortune. | » Wilhalm. |
| » Delón. | » Horan. |
| » <i>Ruppert, Federico.</i> | |

13

10

El *P. Post* marchó este año a California; volvió el año siguiente.

ALASKA AUSTRAL

- P. Tornielli.
 » Van der Pol.
 » Shepherd.
 » Kern.
 » Roccati.
 » *Mc Millan, Guillermo.*

6

El *P. Fletcher* volvió de nuevo a la Provincia de California; había llegado a la Misión dos años antes.

El *P. O'Mailley* volvió de nuevo a la Provincia de California; había llegado a la Misión Austral el año anterior; en la Boreal había estado el año 1912 a 1913.

1919-1920

ALASKA BOREAL

Mons. Crimont, *Vicario Apost.*

R. P. Sifton, *Sup. Reg.*

P. Robaut.

» Trecá.

» Monroe.

» Lucchesi.

» Jetté.

» Perron.

» Keyes.

» Rossi.

» Lafortune.

» Post.

» Delón.

» Ruppert.

14

H. Twohig.

» Marchisio.

» Chiaudano.

» Hordwedel.

» Murphy.

» Hess.

» Mc Sweeney.

» Wilhalm.

» Horan.

» Hansen, Juan.

10

El *H. Callahan* volvió de nuevo a la Provincia de California; llevaba en la Misión seis años.

ALASKA AUSTRAL

P. Tornielli.

» Van der Pol.

» Shepherd.

» Roccati.

» Mc Millan.

5

El *P. Kern* volvió a la Provincia de California; había llegado en 1914 a la Misión de Alaska Austral. Murió el año 1934.

1920-1921

ALASKA BOREAL

Mons. Crimont, *Vicario Apost.*R. P. Sifton, *Sup. Reg.*

P. Robaut.

» Treca.

» Monroe.

» Lucchesi.

» Jetté.

» Perron.

» Keyes.

» Rossi.

» Lafortune.

» Post.

» Delón.

» Ruppert.

» *Elíne, Luis.*

15

H. Twohig.

» Marchisio.

» Chiaudano.

» Hordwedel.

» Murphy.

» Hess.

» Wilhelm.

» Horan.

» Mc Sweeney.

» Hansen.

10

ALASKA AUSTRAL

P. Tornielli.

» Van der Pol.

» Roccati.

» Mc Millan.

4

El *P. Shepherd* volvió de nuevo a la Provincia de California; había estado ocho años en Alaska Austral.

1921-1922

ALASKA BOREAL

Mons. Crimont, *Vicario Apost.*R. P. Sifton, *Sup. Reg.*

P. Robaut

» Treca

» Monroe

» Lucchesi.

» Jetté

» Perron

H. Twohig

» Marchisio

P. Keyes.	» Chiaudano.
» Rossi	» Hordwedel
» Lafortune	» Murphy
» Post	» Hess
» Delón	» Horan
» Eline	» Wilhalm
» Ruppert.	» Mc Sweeney.
» O'Brien, Carlos	» Hansen
16	10

ALASKA AUSTRAL

P. Tornielli.
» Van der Pol.
» Roccati.
» Mc Millan.
4

1292-1923

ALASKA BOREAL

Mons. Crimont, *Vicario Apost.*
R. P. Sifton, *Sup. Reg.*

P. Robaut	H. Twohig
» Treca	» Marchisio
» Monroe.	» Chiaudano.
» Lucchesi	» Hordwedel
» Jetté	» Murphy
» Keyes	» Hess
» Rossi	» Mc Sweeney.
» Lafortune	» Wilhalm.
» Post	» Horan.
» Delón	» Hansen.
» Ruppert	
» Eline	
» Cunningham, Eduardo	
15	10

El P. Perron volvió a la Provincia de California, dejando la Misión; había llegado a Alaska Boreal en 1898; por lo tanto, veinticuatro años de apostolado, dos de ellos como Vicesuperior.

El *P. O'Brien* murió en Akulurak el 15 de junio de 1922; había llegado el año anterior a la Misión.

ALASKA AUSTRAL

P. Tornielli.
» Van der Pol.
» Roccati.
» Mc Millan.

4

1923-1924

ALASKA BOREAL

Mons. Crimont, *Vicario Apost.*
R. P. Sifton, *Sup. Reg.*

P. Robaut.
» Treca.
» Monroe.
» Lucchesi.
» Jetté.
» Keyes.
» Rossi.
» Lafortune.
» Post.
» Delón.
» Eline.
» Cunningham.

14

H. Twohig.
» Marchisio.
» Chiaudano.
» Hordwedel.
» Murphy.
» Hess.
» Mc Sweeney.
» Wilhalm.
» Horan.
» Hansen.

10

El *P. Ruppert* murió de frío, desorientado en la tundra junto a Pilgrim Springs el 15 de diciembre de 1923; había llegado a Alaska en 1918.

ALASKA AUSTRAL

P. Tornielli.
» Van der Pol.
» Roccati.
» Mc Millan.

4

1924-1925

ALASKA BOREAL

Mons. Crimont, *Vicario Apost.*R. P. Delón, *Sup. Reg.*

P. Robaut.

» Treca.

» Monroe.

» Lucchesi.

» Keyes.

» Rosi.

» Lafortune.

» Post.

» Sifton.

» Eline.

» Cunningham.

» *Mc Elmeel, José.*» *Lonneux, Martín.*

15

H. Marchisio.

» Chiaudano.

» Hordwedel.

» Murphy.

» Hess.

» Mc Sweeney.

» Wilhalm.

» Horan.

» Hansen.

» *Ryan, Alfredo.*

10

El *P. Jetté* marchó este año a la Provincia; volvió el año siguiente a la Misión.

El *H. Twohig* marchó este año a la Provincia, donde murió el 27 de junio de 1932. Había estado en Alaska Boreal treinta y dos años.

ALASKA AUSTRAL

P. Tornielli.

» Van der Pol.

» Roccati.

» Mc Millan.

4

1925-1926

ALASKA BOREAL

Mons. Crimont, *Vicario Apost.*R. P. Delón, *Sup. Reg.*

P. Robaut.
 » Treca.
 » Lucchesi.
 » Jetté.
 » Keyes.
 » Rossi.
 » Lafortune.
 » Post.
 » Sifton.
 » Eline.
 » Cunningham.
 » Mc Elmeel.
 » Lonneux.
 » *La Motta, Julio.*

16

H. Marchisio.
 » Chiaudano.
 » Hordwedel.
 » Murphy.
 » Hess.
 » Mc Sweeney.
 » Wilhalm.
 » Horan.
 » Hansen.
 » Ryan.
 » *Laird, Luis.*

11

El *P. Monroe* pasó este año a la Misión de Alaska Austral, donde permanecerá ya hasta su muerte; llevaba en Alaska Boreal desde 1893; por lo tanto, treinta y dos años, y tenía ya setenta de edad.

ALASKA AUSTRAL

P. Monroe.
 » Tornielli.
 » Mc Millan.
 » *Hayes, Juan F.*
 » *Bolster, Juan J.*

5

El *P. Van der Pol* volvió a la Provincia de California; había estado en la Misión desde 1901; el año 1906 había pasado a la región Austral; murió en Spokane el 16 de mayo de 1930.

El *P. Roccati* volvió a la Provincia de California; había estado diez años de misionero en la región Austral.

1926-1927

ALASKA BOREAL

Mons. Crimont, *Vicario Apost.*
 R. P. Delón, *Sup. Reg.*

P. Robaut.
 » Lucchesi.
 » Jetté.
 » Keyes.

P. Rossi.
 » Lafortune.
 » Post.
 » Sifton.
 » Cunningham.
 » Mc Elmeel.
 » Lonneux.
 » Tornielli.
 » *Concannon, Juan.*
 » *O'Reilly, Patricio.*

16

H. Chiaudano.
 » Hordwedel.
 » Murphy.
 » Hess.
 » Mc Sweeney.
 » Wilhalm.
 » Horan.
 » Hansen.
 » Ryan.
 » Laird.

10

El *P. Treca* murió el 16 de septiembre de 1926, en Seattle; había llegado a la Misión Boreal en 1889; por lo tanto, había estado treinta y siete años de misionero, de ellos cuatro en la región Austral.

El *P. Eline* estuvo los tres años siguientes en la Provincia, volvió a la Misión en 1929.

El *P. La Motta* volvió de nuevo a la Provincia; había llegado el año anterior.

El *H. Marchisio* murió en Fairbanks el 2 de julio de 1926; había llegado en 1893; por tanto, treinta y tres años de misionero.

ALASKA AUSTRAL

P. Monroe.
 » Mc Millan.
 » Hayes.
 » *Farrell, José.*
 » *Dane, Godofredo.*

5

El *P. Tornielli*, a pesar de sus setenta y seis años de edad, pasó este año como misionero a Alaska Boreal; en la Austral llevaba desde 1898; por lo tanto, veintisiete años.

El *P. Bolster* volvió de nuevo a la Provincia; había llegado el año anterior.

1927-1928

ALASKA BOREAL

Mons. Crimont, *Vicario Apost.*
 R. P. Delón, *Sup. Reg.*

P. Robaut.	
» Lucchesi.	
» Keyes.	
» Lafortune.	
» Tornielli.	H. Chiaudano.
» Post.	» Hordwedel.
» Sifton.	» Murphy.
» Cunningham.	» Hess.
» Mc Elmeel.	» Mc Sweeney.
» Lonneux.	» Wilhalm.
» Concannon.	» Horan.
» O'Reilly.	» Hansen.
» Fox, Juan.	» Ryan.
» Ménager, Francisco.	» Laird.
» Savage, Patricio.	» Prince, José, en EE. UU.

17

11

El *P. Jetté* murió en Akulurak el 4 de febrero de 1927; había llegado a la Misión en 1898.

El *P. Rossi* murió en Holy Cros el 18 de marzo de 1927; había llegado en 1900.

ALASKA AUSTRAL

P. Monroe.
» Mc Millan.
» Hayes.
» Farrell.
» Dane.

5

1928-1929

ALASKA BOREAL

Mons. Crimont, *Vicario Apost.*
R. P. Delón, *Sup. Reg.*

P. Robaut.	
» Lucchesi.	
» Lafortune.	
» Tornielli.	
» Post.	
» Sifton.	H. Chiaudano.
» Cunningham.	» Hordwedel.

P. Mc Elmeel.

» Lonneux.

» Concannon.

» Fox.

» Ménager, F.

» Savage.

» Willebrand, Luis.

» Prange, Francisco.

» Hayes, Juan F.

18

H. Murphy.

» Hess.

» Mc Sweeney.

» Wilhalm.

» Horan.

» Hansen.

» Laird.

» Prince, en EE. UU.

» Heaney, Patricio

11

El P. Keyes (Chiavassa) murió en Holy Cross el 1 de octubre de 1928; había llegado en 1900: por lo tanto, veintisiete años de apostolado.

El P. O'Reilly volvió a la Provincia; había estado dos años en la Misión; en 1940 volvió a la Misión Austral.

El H. Ryan estuvo este año en la Provincia; volvió a la Misión el año siguiente.

ALASKA AUSTRAL

P. Monroe.

» Mc Millan.

» Dane.

» Budde, Eduardo.

» Ménager, Gabriel.

5

El P. Hayes pasó como misionero a Alaska Boreal; en la Austral llevaba tres años.

El P. Farrell volvió a la Provincia; había estado dos años en la región Austral.

1929-1930

ALASKA BOREAL

Mons. Crimont, Vicario Apost.

R. P. Delón, Sup. Reg.

P. Robaut.

» Lucchesi.

» Lafortune.

» Tornielli.

Esc., Baud, Juan.

1

P. Post.	
» Sifton.	
» Eline.	
» Cunningham.	H. Chiaudano.
» Lonneux.	» Hordwedel.
» Concannon.	» Hess.
» Fox.	» Wilhalm.
» Ménager, F.	» Horan.
» Savage.	» Hansen.
» Willebrand.	» Laird.
» Prange.	» Ryan.
» Baltussen, Pedro.	» Prince, en EE. UU.
» Durgan, Juan.	» Heaney.

19

10

El *P. Mc Elmeel* estuvo este año en la Provincia; volvió el año siguiente a la Misión.

El *P. Hayes* volvió a la Provincia; había estado tres años en región Austral y uno en la Boreal.

El *H. Murphy* estuvo este año en la Provincia; volvió el año siguiente a la Misión.

El *H. Mc Sweeney* murió en Holy Cross el 6 de marzo de 1929; había llegado en 1915; por lo tanto, trece años de misionero.

ALASKA AUSTRAL

- P. Monroe.
- » Mc Millan.
- » Dane.
- » Budde.
- » Ménager, G.

5

1930-1931

ALASKA BOREAL

Mons. Crimont, *Vicar. Apost.*
R. P. Lucchesi, *Sup. Reg.*

- P. Lafortune.
- » Tornielli. Esc., *Cunningham, Tomás.*
- » Post.
- » Sifton.

P. Eline.
 » Cunningham.
 » Lonneux.
 » Mc Elmeel.
 » Ménager, F.
 » Savage.
 » Prange.
 » Baltussen.
 » Deschout, Pablo.
 » O'Conbor, Pablo.

16

H. Chiaudano.
 » Hordwedel.
 » Murphy.
 » Hess.
 » Wilhalm.
 » Horan.
 » Hansen.
 » Ryan.
 » Heaney.
 » Feltes, Jorge.

10

El P. *Robaut* murió en Holy Cross el 18 de diciembre de 1930; había fundado la Misión con el P. Tosi; estuvo en Alaska Boreal sin salir nunca de ella durante cuarenta y cinco años.

El P. *Delón* murió en el accidente del «Marquette» el 12 de octubre de 1930; había llegado a la Misión en 1915; por lo tanto, catorce años de apostolado, de ellos siete como Superior.

El P. *Concannon* estuvo este año en la Provincia; volvió a la Misión el año siguiente.

El P. *Fox* fué a hacer este año la Tercera Probación a California; volvió el año siguiente.

El P. *Willebrand* fué a hacer la Tercera Probación a California; volvió el año siguiente.

El P. *Durgan* volvió a California; había llegado a la Misión el año antes; murió en Portland el año 1940.

El H. *Baud* volvió a continuar sus estudios a la Provincia; volvió a la Misión el año 1935.

El H. *Laird* marchó a la Provincia, donde estuvo hasta el año 1938, en que volvió de nuevo a Alaska Boreal.

El H. *Prince* murió el 7 de enero de 1931; había entrado en la Compañía en 1928; es el único Jesuita esquimal.

ALASKA AUSTRAL

P. Monroe.
 » Mc Millan.
 » Dane.
 » Budde
 » Levasseur, Guillermo.

5

El P. *Ménager*, G., fué a la Provincia; en 1933 volvió como misionero a Alaska Boreal.

1931-1932

ALASKA BOREAL

Mons. Crimont, *Vicar. Apost.*

R. P. Ménager, F., *Sup. Reg.*

P. Lucchesi.

» Lafortune.

» Tornielli.

» Post.

» Sifton.

» Eline.

» Cunningham.

» Lonneux.

» Concannon.

» Fox.

» Mc Elmeel.

» Willebrand.

» Baltussen.

» Deschout.

» O'Connor.

» Budde, Eduardo.

» *Mc Key, Tomás.*

H. Chiaudano.

» Hordwedel.

» Murphy.

» Hess.

» Wilhalm.

» Horan.

» Hansen.

» Ryan.

» Feltes.

» *Lapeyre, Marcial.*

19

10

El *P. Prange* estuvo en la Provincia hasta 1935, en que volvió de nuevo a la Misión.

El *P. Savage* volvió a la Provincia; había llegado a Alaska hacía cuatro años.

El *H. Cunningham*, Tomás, volvió a la Provincia a continuar sus estudios; volvió a la Misión en 1935.

El *H. Heaney* murió en Holy Cross el 23 de marzo de 1931; había llegado a Alaska en 1928.

ALASKA AUSTRAL

P. Monroe.

» Mc Millan.

» Dane.

» Levasseur.

» *Tomkin, José.*

El *P. Budde* pasó de misionero a Alaska Boreal; en la Austral llevaba tres años.

1932-1933

ALASKA BOREAL

Mons. Crimont, *Vicar. Apost*
R. P. Ménager F., *Sup. Reg*

P. Lucchesi.
» Lafortune.
» Post.
» Sifton.
» Eline.
» Cunningham.
» Lonneux.
» Concannon.
» Fox.
» **Mc Elmeel.**
» Willebrand.
» Baltussen.
» Deschout.
» O'Connor.
» Budde.
» McKey.
» Tomkin.

H. Chiaudano.
» Hordwedel.
» Murphy.
» Hess.
» Wilhalm.
» Horan.
» Hansen.
» Ryan.
» Feltes.

19

9

El *P. Tornelli* estuvo en la Provincia hasta el 1936, en que volvió a la región Austral, a pesar de sus ochenta y cinco años; en la Boreal llevaba seis años, y en la Austral había estado veintisiete.

El *H. Lapuyre* volvió a la Provincia; había llegado a Alaska el año anterior.

ALASKA AUSTRAL

P. Monroe.
» Mc Millan.
» Dane.
» Levasseur.
» *Buckley, Horaldo.*

El *P. Tomkin* pasó de la Austral a la Boreal; había llegado a la Austral el año antes.

1933-1934

ALASKA BOREAL

Mons. Crimont, *Vicar. Apost*
R. P. Sifton, *Sup. Reg.*

P. Lucchesi.
» Lafortune.
» Post.
» Eline.
» Cunningham.
» Lonneux.
» Ménager, F.
» Fox.
» Mc Elmeel.
» Willebrand.
» Baltussen.
» Deschout.
» Tomkin.
» Mc Millan.
» Ménager, G.

H. Chiaudano.
» Hordwedel.
» Murphy.
» Hess.
» Wilhalm.
» Horan.
» Hansen.
» Ryan.
» Feltes.

17

9

El *P. Concannon* estuvo en la Provincia hasta el 1937, en que volvió de nuevo a la Misión.

El *P. O'Connor* estuvo este año en la Provincia; volvió a la Misión al año siguiente.

El *P. Budde* volvió de nuevo a la Misión de Alaska Austral; había estado en la Boreal dos años.

El *P. Mc Key* volvió de nuevo a la Provincia; había estado dos años en la Misión.

ALASKA AUSTRAL

P. Monroe.
» Levasseur.
» Budde.
» Buckley.

4

Además, dos Sacerdotes Seculares.

El *P. Mc Millan* pasó a la Boreal; había estado en la Austral durante quince años.

El *P. Dane* volvió de nuevo a la Provincia; había llegado en 1926 a la región Austral.

1934-1935

ALASKA BOREAL

Mons. Crimont, *Vicar. Apost.*

R. P. Sifton, *Sup. Reg.*

P. Lucchesi.

» Lafortune.

» Post.

» Eline.

» Lonneux.

» Ménager, F.

» Fox.

» Mc Elmeel.

» Deschout.

» O'Connor.

» Tomkin.

» Ménager, G.

» Prange.

15

H. Chiaudano.

» Hordwedel.

» Murphy.

» Hess.

» Wilhalm.

» Horan.

» Hansen.

» Ryan.

» Feltes.

9

El *P. Cunningham* pasó este año a Alaska Austral; volvió a la Boreal el año siguiente.

El *P. Willebrand* volvió a la Provincia; había estado en Alaska desde 1928.

El *P. Baltussen* volvió a la Provincia; había llegado a Alaska en 1929.

El *P. Mc Millan* volvió a la Provincia, donde murió al año siguiente, 15 de julio de 1936; en Alaska había estado diez y seis años: quince en la Austral y uno en la Boreal.

ALASKA AUSTRAL

P. Monroe.

» Levasseur.

» Cunningham.

» Buckley.

» Budde.

5

Además, cuatro Sacerdotes Seculares.

1935-1936

ALASKA BOREAL

Mons. Crimont, *Vicar. Apost.*
R. P. Sifton, *Sup. Reg.*

P. Lucchesi.
» Lafortune.
» Post.
» Eline.
» Cunningham, E.
» Lonneux.
» Ménager, F.
» Fox.
» Mc Elmeel.
» O'Connor.
» Tomkin.
» Prange.
» Llorente, *Segundo*.
» Cunningham, *Tomás*.
» Baud, *Juan Bautista*.

17

H. Chiaudano.
» Hordwedel.
» Murphy.
» Hess.
» Wilhalm.
» Horan.
» Hansen.
» Ryan.
» Feltes.
» Wickart, *Carlos*.

10

El *P. Doschout* estuvo este año en la Provincia; volvió a la Misión el año siguiente.

El *P. Ménager, G.*, volvió a la Provincia; había estado en Alaska cuatro años de misionero: dos en la Austral y los otros dos en la Boreal.

ALASKA AUSTRAL

P. Monroe.
» Tornielli.
» Levasseur.
» Budde.
» Buckley.

5

Además, cuatro Sacerdotes del Clero Secular.

El *P. Cunningham, Ed.*, pasó de nuevo a la Misión Boreal, después de haber estado un año en la Austral.

1936-1937

ALASKA BOREAL

Mons. Crimont, *Vicar. Apost.*R. P. Prange, *Sup. Reg.*

P. Lucchesi.
 » Lafortune.
 » Sifton.
 » Eline.
 » Cunningham, E.
 » Lonneux.
 » Ménager.
 » Fox.
 » Mc Elmeel.
 » Deschout.
 » O'Connor.
 » Llorente.
 » Cunningham, T.
 » Baud.
 » Endal, Jorge

17

H. Chiaudano.
 » Hordwedel.
 » Murphy.
 » Hess.
 » Wilhalm.
 » Horan.
 » Hansen.
 » Ryan.
 » Feltes.
 » Wickart.

10

El *P. Post* volvió enfermo a la Provincia y no volvió a la Misión; llevaba en ella desde 1914; por lo tanto, veintidós años; murió en Spokane el año 1940.

El *P. Tomkin* murió en Fairbanks el 4 de octubre de 1936; había llegado a Alaska en 1931, y después de dos años en la Austral pasó, en 1933, a la Boreal.

ALASKA AUSTRAL

P. Monroe.
 » Levasseur.
 » Budde.
 » Dinand, Agustín

4

Además, cinco Sacerdotes del Clero Secular.

El *P. Tornielli* volvió enfermo a la Provincia, y murió en Spokane el 26 de octubre de 1938, a los ochenta y ocho años de

edad; había estado en Alaska treinta y cuatro años: veintiocho en la Austral y seis en la Boreal.

El P. Buckley volvió a la Provincia; había llegado a la Misión Austral en 1932.

1937-1938

ALASKA BOREAL

Mons. Crimont, *Vicar. Apost.*

R. P. Prange, *Sup. Reg.*

P. Lucchesi.
» Lafortune.
» Sifton.
» Eline.
» Cunningham, E.
» Lonneux.
» Concannon.
» Ménager.
» Fox.
» Mc Elmeel.
» O'Connor.
» Deschout.
» Cunningham, T.
» Baud.
» Endal.
» Glancy, *Timoteo.*

18

H. Chiaudano.
» Hordwedel.
» Murphy.
» Hess.
» Wilhalm.
» Horan.
» Hansen.
» Ryan.
» Feltes.
» Wickart.

10

El P. Llorente fué a hacer la Tercera Probación a los Estados Unidos; volvió a la Misión el año siguiente.

ALASKA AUSTRAL

P. Monroe.
» Levasseur.
» Budde.
» Dinand.

4

Además, cinco Sacerdotes del Clero Secular.

1938-1939

ALASKA BOREAL

Mons. Crimont, *Vicar. Apost.*R. P. Mc Elmeel, *Sup. Reg.*

P. Lafortune.

» Sifton.

Esc., *Landon, Gregorio.*

» Eline.

» *Mc Intyre, Guillermo.*

» Cunningham, E.

» Lonneux.

» Ménager.

H. Chiaudano.

» Fox.

» Hordwedel.

» Deschout.

» Murphy.

» O'Connor.

» Hess.

» Llorente.

» Wilhalm.

» Cunningham, T.

» Horan.

» Baud.

» Ryan.

» Endal.

» Feltes.

» *Anable, Edmundo.*

» Wickart.

» *Spils, Santiago.*

» Laird.

17

2

10

El P. *Lucchesi* murió en Holy Cross el 30 de noviembre de 1937; había llegado a Alaska en 1898; por lo tanto, estuvo treinta y nueve años de misionero.

El P. *Concannon* volvió a la Provincia; había llegado a Alaska en 1926.

El P. *Glancy* volvió a la Provincia; había llegado a la Misión el año anterior.

El P. *Prange* volvió a la Provincia; había estado en Alaska siete años, dos de ellos como Superior de la Misión.

El H. *Hansen* murió en Nome el 29 de enero de 1938; había llegado en 1919 a la Misión Boreal.

ALASKA AUSTRAL

P. Monroe.

» Levasseur.

» Budde.

» *Coudeyre Agustín.*

4

Además, cinco Sacerdotes del Clero Secular.

El *P. Dinand* murió el 4 de agosto de 1939; misionó dos años en Alaska Austral.

1939-1940

ALASKA BOREAL

Mons. Crimont, *Vicar. Apost.*

Mons. *Fitzgerald* Walter, *Coadj. Vicar. Apost*

R. P. Mc Elmeel, *Sup. Reg.*

P. Lafortune.

» Sifton.

» Eline.

Esc., Landon.

» Cunningham, E.

» Mc Intyre.

» Lonneux.

» Ménager.

H. Chiaudano.

» Fox.

» Hordwedel.

» Deschout.

» Murphy.

» O'Connor.

» Hess.

» Llorente.

» Wilhalm.

» Baud.

» Horan.

» Endal.

» Feltes.

» Anable

» Wickart.

» Spils.

» Laird.

17

2

9

El *P. Cunningham, T.*, fué a hacer la Tercera Probacion al Canadá; volvió el año siguiente a la Misión.

El *H. Ryan* se retiró a la Provincia; llevaba en Alaska desde el año 1924.

ALASKA AUSTRAL

P. Levasseur.

» Budde.

» *Maruca Natal.*

» *Mc Namara, Eduardo.*

4

Además, cinco Sacerdotes del Clero Secular.

El *P. Monroe* se retiró enfermo a Spokane, donde murió el 9 de enero de 1940; había llegado a la Misión alaskaña en 1893; estuvo cuarenta y cinco años de misionero en ambas Misiones alaskanass: treinta y dos en la Boreal y trece en la Austral.

El *P. Coudeyre* murió en Seattle el 14 de octubre de 1939; había llegado a Alaska Austral el año anterior.

1940-1941

ALASKA BOREAL

Mons. Crimont, *Vicar. Apost.*

Mons. Fitzgerald, *Obispo Coadjutor.*

R. P. Mc Elmeel. *Sup. Reg.*

P. Lafortune.

» Eline.

» Cunningham, E.

» Lonneux.

Esc. Landon.

» Ménager.

» *Murphy, Cornelio.*

» Fox.

» Deschout.

» O'Connor.

» Llorente.

H. Murphy.

» Cunningham, T

» Hess.

» Baud.

» Wilhalm.

» Endal.

» Horan.

» Anable.

» Feltes.

» Spils.

» Wickart.

» *Mc Hugh, José.*

» Laird.

18

2

7

El *P. Sifton* murió en Hooper Bay el 20 de octubre de 1940. Había llegado a la Misión en 1912. De sus veintisiete años de misionero en Alaska Boreal había pasado catorce de Superior General.

El *H. Chiaudano* murió en Akulurak el 27 de mayo de 1940; había llegado a la Misión Boreal en 1900; estuvo, por lo tanto, treinta y nueve años de misionero.

El *H. Hordwedel* murió en Fairbanks el 27 de diciembre de 1939; había llegado a la Misión en 1902; por lo tanto, estuvo treinta y siete años de misionero en Alaska.

El *H. McIntyre* volvió a la Provincia a continuar sus estudios.

ALASKA AUSTRAL

P. Levasseur.

» Budde

» Maruca.

» O'Reilly.

‡

Además, cinco Sacerdotes del Clero Secular.

El *P. Mc Namara* volvió a la Provincia de nuevo.

El *P. O'Reilly* ya estuvo en Alaska Boreal los años 1926 a 1928.

APÉNDICE II

En este segundo Apéndice damos varios cuadros sinópticos de los Misioneros en relación con la Misión misma, para que si alguno tiene interés pueda seguir todo el movimiento del personal misionero desde los comienzos de la Misión. Además, con ellos se entenderá mucho mejor lo que queda expuesto en los diversos capítulos de esta obra.

En el número 1 señalaremos los diversos Superiores, así eclesiásticos como regulares, que ha tenido la Misión alaskana desde su fundación.

En el número 2 ponemos, en orden alfabético, los nombres de todos los Padres, Hermanos y Escolares que han pasado por la Misión de Alaska Boreal; de cada uno de ellos damos los datos siguientes: *Nac.*, nacimiento; *Ingr.*, ingreso en la Compañía; *Lleg.*, llegada a la Misión; *Muerte*; y finalmente anotamos con un * los Misioneros actuales en 1941. Los números puestos bajo el encabezamiento de *Años* significan los años que cada uno ha estado en la Misión Boreal, *B*; los que ha estado en la Austral, *A*, y, por fin, el número total, *T*, en ambas Misiones.

En el número 3 hacemos lo mismo con los Misioneros de la región Austral, dejando en blanco los datos biográficos de aquellos Misioneros que aparecen en la Boreal; así aparece claro también al mismo tiempo los que solamente han misionado en la región Austral.

En el número 4 damos los nombres de los Misioneros que han evangelizado más años en los hielos polares; con un * anotamos los que aún seguían el año 1941.

En el número 5 damos los nombres de los Misioneros que han fallecido en Alaska y cuyos restos descansan aún en la región de los eternos hielos; a continuación aparecen el lugar y año de su muerte y sepultura, y los años que misionaron en Alaska.

En el número 6, finalmente, aparecen los diversos puestos de la Misión, antiguos y actuales (éstos con un *), con la relación de los Misioneros y número de años que cada uno estuvo en ellos; abarca hasta el año 1941; los Misioneros siguen por orden cronológico de llegada a la Misión.

1

SUPERIORES ECLESIASTICOS DE LA MISION

Mons. Carlos Seghers.

R. P. Pascual Tosi, Prefecto Apostólico	1894-1897
» Juan Bta. René, Prefecto Apostólico	1897-1904
» Rafael Crimont, Prefecto Apostólico	1904-1917
Mons. Rafael Crimont, Vicario Apostólico	1917
» Walter Fitzgerald, Obispo Coadjutor	1940

SUPERIORES REGULARES DE LA MISION

R. P. Pascual Tosi, Vicesuperior Regular	1886-1894
» Pascual Tosi, Superior Regular	1894-1897
» Juan Bta. René, Superior Regular	1897-1902
» Jorge de la Motte, Superior Regular	1902-1907
» José Perron, Vicesuperior Regular	1907-1909
» Juan Lucas Lucchesi, Superior Regular.....	1909-1913
» Juan Bta. Sifton, Superior Regular	1913-1923
» Felipe Delón, Superior Regular	1923-1930
» Juan L. Lucchesi, Superior Regular	1930-1931
» Francisco Ménager, Superior Regular	1931-1933
» Juan Bta. Sifton, Superior Regular	1933-1936
» Francisco Prange, Superior Regular	1936-1938
» José Mc Elmeel, Superior Regular	1938

2

MISIONEROS EN ALASKA BOREAL

NOMBRES	Nac.	Ingr.	Lleg.	Muerte	Años			Actua- les
					B.	A.	T.	
P. Anable, Edmundo	1903	1924	1938		3	3		*
» Balestra, Miguel	1873	1890	1906		1	1		
» Baltusen, Pedro	1896	1915	1929		6	6		
» Barnum, Francisco	1849	1880	1891	3-11-1921	8	8		
» Baud, Juan	1897	1919	1935		6	6		*
» Bernard, José	1875	1894	1906		9	9		
» Bruno, Aquiles	1869	1886	1905		2	2		
» Budde, Eduardo	1881	1902	1928		2	11	13	
» Camille, Rogaciano ...	1863	1882	1899	30-7-1907	8	8		

N O M B R E S	Nac.	Ingr.	Lleg.	Muerte	Años			Actua- les
					B.	A.	T.	
P. Carroll, Juan Bautista.	1866	1885	1905		3	3		
» Cataldo, José	1837	1852	1901	9-4-1928	3	3		
» Concannon, Juan	1890	1909	1926		7	7		
» Corbley, Santiago	1857	1876	1908	16-5-1927	1	1		
» <i>Crimont, Rafael</i>	1858	1875	1894		46	46(1)	*	
» Cunningham, Eduardo	1881	1903	1922	23-1-1941	18	1	19	
» Cunningham, Tomás...	1906	1924	1936		6	6		*
» Chapdelaine, José	1868	1889	1907	28-4-1937	10	10		
» Delón, Felipe	1876	1892	1915	12-10-1930	14	14		
» Deschout, Pablo	1900	1919	1930		11	11		*
» Desjardins, José	1867	1886	1908		7	7		
» Deviné, Eduardo	1860	1879	1902	5-11-1927	2	2		
» Durgan, Juan	1867	1887	1929	17-10-1940	1	1		
» Eline, Luis	1878	1903	1920		20	20		*
» Endal, Jorge	1902	1918	1936		5	5		*
» Ferron, Hormisdas ..	1859	1881	1908	20-8-1917	7	7		
» <i>Fitzgerald, Walter</i>	1883	1902	1939		2	2		*
» Forhan, Juan	1854	1879	1908	11-8-1916	6	6		
» Fox, Juan	1892	1913	1927		14	14		*
» Genna, Gaspar	1843	1868	1888	28-3-1911	1	1		
» Glancy, Timoteo	1897	1921	1937		1	1		
» Gorp (Van), Leopoldo.	1834	1855	1899	7-4-1905	1	1		
» Hayes, Juan Francisco	1872	1900	1925		1	3	4	
» Jacquet, Luis	1854	1872	1901	27-3-1922	1	1		
» Jetté, Julio	1864	1882	1898	4-2-1927	28	28		
» Judge, Guillermo	1850	1875	1890	16-1-1899	9	9		
» Keyes (Chiavassa), A.	1866	1882	1900	1-10-1928	27	27		
» Lafortune, Belarmino.	1869	1890	1903		38	38		*
» La Motta, Julio	1885	1908	1925		1	1		
» Lonneux, Martín	1890	1912	1924		17	17		*
» Lucchesi, Juan Luc. ...	1858	1891	1898	30-11-1937	39	39		
» Llorente, Segundo	1906	1923	1935		6	6		*
» Mc Elmeel, José	1884	1905	1924		17	17		*
» Mc Hugh, José	1901	1925	1940		1	1		*
» Mc Key, Tomás	1895	1916	1931		2	2		
» Mc Millan, Guillermo	1864	1888	1918	15-7-1936	1	15	16	
» Ménager, Francisco ...	1886	1907	1927		14	14		*
» Ménager, Gabriel	1887	1908	1928		2	2	4	

El Sando Prefecto y Vicario vivía indistintamente en Juneau o en Alaska Boreal que en todo caso visitaba todos los años.

NOMBRES	Nac.	Ingr.	Lleg.	Muerte	Años			Actua- les
					B.	A.	T.	
P. Monroe, Francisco	1855	1874	1893	9-1-1940	32	13	45	
» Muset, Pablo	1854	1873	1889	7-11-1897	6		6	
» O'Brien, Carlos	1879	1900	1921	15-6-1922	1		1	
» O'Connor, Pablo	1897	1915	1930		11		11	*
» O'Malley, Miguel	1875	1897	1913		1	1	2	
» O'Reilly, Patricio	1872	1893	1926		2	1	3	
» Parodi, Luis	1846	1873	1892	15-4-1928	9	1	10	
» Pasino, Pedro	1868	1890	1901	14-3-1926	4		4	
» Perron, José	1864	1886	1898		24		24	
» Post, Humberto	1863	1883	1914	18-12-1940	22		22	
» Post, Juan Bautista ...	1855	1882	1895	27-12-1940	7		7	
» Prange, Francisco	1893	1910	1928		7		7	
» Ragaru, Luis	1847	1869	1887	24-5-1921	17		17	
» René, Juan Bautista...	1841	1862	1895	6-4-1916		10	10	
» Robaut, Luis	1855	1873	1886	18-12-1930	45		45	
» Rossi, Crispino	1857	1889	1900	18-3-1927	26		26	
» Ruppert, Federico	1879	1892	1918	15-12-1923	5		5	
» Savage, Patricio	1884	1903	1927		4		4	
» Seghers, Carlos	1839		1873	28-11-1886	2		2	
» Sifton, Juan Bautista.	1871	1889	1912	20-10-1940	27		27	
» Spils, Santiago	1901	1923	1938		3		3	
» Tomkin, José	1871	1892	1931	4-10-1936	3	2	5	
» Tornielli, Filiberto ...	1850	1873	1898	26-10-1938	6	28	34	
» Tosi, Pascual	1837	1862	1886	14-1-1898	11		12	
» Treca, José	1854	1873	1889	16-9-1926	33		37	
» Van der Pol, Juan ...	1862	1883	1901	16-5-1930	8	17	25	
» Vandriesche, Carlos ...	1877	1903	1907		1		1	
» Willebrand, Luis	1895	1915	1928		6		6	
H. Alarie, Eduardo	1867	1889	1909	5-11-1923	6		6	
» Brancoli, Pedro	1874	1893	1896	14-12-1940	13		13	
» Callahan, Tomás	1877	1909	1913		6		6	
» Campopiano, Miguel...	1834	1855	1888	16-5-1909	1		1	
» Clancy, Juan	1869	1891	1908	13-3-1939	2		2	
» Corrigan, José	1877	1904	1913		4		4	
» Côté, José	1879	1901	1912		2		2	
» Cunningham, Bern. ...	1838	1875	1890	20-2-1912	12		12	
» Chiaudano, Bartolomé	1871	1890	1900	27-5-1940	39		39	
» Demers, Audomaro ...	1880	1904	1912	17-3-1941	6		6	
» Dugas, Alejo	1877	1895	1908		1		4	
» Feltes, Jorge	1898	1916	1930		11		11	*

N O M B R E S	Nac.	Ingr.	Lleg	Muerte	Años			Actua- les
					B.	A.	T.	
H. Giordano, Carmelo	1860	1884	1887		22		22	
» Hansen, Juan	1881	1916	1919	29-1-1938	17		17	
» Heaney, Patricio	1892	1920	1928	23-3-1931	3		3	
» Hess, Juan	1883	1910	1914		27		27	*
» Horan, Hugo	1874	1915	1917		24		24	*
» Hordwedel, Eduardo..	1864	1894	1902	27-12-1939	37		37	
» Laird, Luis	1899	1922	1925		8		8	
» Lapeyre, Marcial	1908	1927	1931		1		1	
» Lefebvre, Eugenio	1855	1883	1902	19-5-1912	10		10	
» Lemire, Alfonso	1858	1883	1908	30-3-1913	6		6	
» Marchisio, Bartolomé.	1865	1889	1893	2-7-1926	33		33	
» Markham, Luis	1867	1886	1901		8		8	
» Mc Sweeney, Jeremías.	1877	1912	1915	6-3-1929	13		13	
» Montaldo, Félix	1872	1894	1901		8	1	9	
» Murphy, Alfredo	1887	1911	1913		28		28	*
» Negro, Juan	1841	1866	1890	16-2-1912	10	2	12	
» O'Hare, José Vic.	1872	1888	1895		14		14	
» Paquin, Ulrico	1875	1902	1910	27-1-1911	1		1	
» Power, Tomás	1847	1867	1891	23-8-1926	3		3	
» Prince, José	1908	1928		7-1-1931				(1)
» Rosati, Juan Bautista.	1856	1878	1888	13-4-1935	7	1	8	
» Rousseau, Teófilo	1876	1898	1910	15-11-1936	4		4	
» Ryan, Alfredo	1878	1916	1924		16		16	
» Sullivan, Santiago ...	1854	1878	1893		1		1	
» Twohig, Santiago	1854	1888	1893	27-6-1932	32		32	
» Wickart, Carlos	1897	1932	1935		6		6	*
» Wilhalm, Pedro	1885	1909	1916		25		25	*
Esc. Baud, Juan Bta. ...	1897	1910	1929		1		1	(2)
» Cunningham, T.	1906	1924	1930		1		1	(1)
» Lacouture, Onésimo	1881	1902	1910		3		3	
» Landon, Gregorio ...	1913	1931	1938		3		3	*
» Mc Intyre, Guillermo	1910	1931	1938		2		2	
» Murphy, Cornelio ...	1911	1931	1940		1		1	*
» Sigouin, León	1881	1902	1909		4		4	
» Williams, Federico..	1881	1903	1913		1		1	

(1) Esquimaí de origen, no llegó a estar en su tierra como Jesuita, pues murió apenas terminado el Noviciado.

(2) Terminado el Magisterio, volvió a continuar los estudios a la Provincia, y ordenado de sacerdote, volvió de nuevo a la Misión; por eso aparece también en la lista de los Padres.

3

MISIONEROS EN ALASKA AUSTRAL

NOMBRES	Nac.	Ingr.	Lleg.	Muerte	Años			Actua- les
					B.	A.	T.	
P. Bailey, Jorge	1878	1897	1914			1	1	
» Bolster, Juan J.	1879	1896	1925			1	1	
» Bougis, Pedro	1860	1879	1896	27-3-1920		12	12	
» Brown, Eduardo	1860	1879	1904	22-6-1925		9	9	
» Bruckert, José	1869	1889	1909			8	8	
» Buckley, Haroldo	1894	1912	1932			4	4	
» Budde, Eduardo.....						2	11	13(1) *
» Cardon, José	1866	1886	1902	31-12-1929		2	2	
» Corbett, Juan	1874	1891	1915			1	1	
» Coudeyre, Agustín	1875	1894	1938	14-10-1939		1	1	
» <i>Crimont, Rafael</i>						46		46 (2)
» Cunningham, E.						18	1	19
» Dane, Godofredo	1865	1882	1926			8	8	
» Dinand, Agustín	1872	1894	1936	4-8-1939		2	2	
» Drathman, Antonio ...	1878	1892	1913			1	1	
» Farrell, José	1875	1904	1926			2	2	
» Fletcher, Alfonso	1871	1894	1916			2	2	
» Gabriel, Enrique	1860	1883	1908			1	1	
» Hayes, Juan	1875	1891	1913			1	1	
» Hayes, Juan Franc.º ..						1	3	4
» Kennelly, Santiago	1866	1885	1914	8-3-1927		2	2	
» Kern, Pablo	1871	1890	1914	7-11-1934		6	6	
» Levasseur, Guillermo..	1876	1904	1930			11	11	*
» Maruca, Natal	1893	1911	1939			2	2	*
» Mc Millan, Guillermo						1	15	16
» Mc Namara, Eduardo.	1882	1902	1939			1	1	
» Ménager, Gabriel M...						2	2	4
» Monroe, Francisco						32	13	45
» Motte, Jorge de la	1861	1878	1900	29-3-1918		7	7	
» O'Malley, Miguel						1	1	2
» O'Reilly, Patricio						2	1	3 *
» René, Juan Bautista...						10	10	

(1) Los que quedan en blanco es porque han sido también misioneros de la Misión Boreal y en ella se dan sus datos respectivos.

(2) Siendo Prefecto y Vicario Apostólico, vivía indistintamente en Juneau o en la Alaska Boreal, que en todo caso visitaba todos los años.

NOMBRES	Nac.	Ingr.	Lleg.	Muerte	Años			Actua- les
					B.	A.	T.	
P. Roccatti, Luis	1878	1894	1915		10	10		
» Schmitt, Matías	1862	1889	1908	12-12-1936	3	3		
» Shepherd, Guillermo...	1874	1895	1912		8	8		
» Sweere, Adrián	1841	1867	1907	1-7-1911	5	5		
» Tomkin, José					3	2	5	
» Tornielli, Filiberto ...					6	28	34	
» Tosi, Pascual					11	1	12	
» Treca, José					33	4	37	
» Trivelli, Alberto	1863	1880	1901	8-4-1922	1	1		
» Van der Pol, Juan ...					8	17	25	
H. Bartz, Adán	1858	1888	1903	25-2-1930	1	1		

4

HEROES DE LOS HIELOS POLARES

NOMBRES	Años	Ac- tuales
Mons. Rafael Crimont	46	*
P. Luis Robaut	45	
» Francisco Monroe	45	
» Juan Lucas Lucchesi	39	
» Belarmino Lafortune	38	*
» José Treca	37	
» Filiberto Tornielli	34	
» Julio Jetté	28	
» Juan Bautista Sifton	27	
» Antonio Keyes (Chiavassa)	27	
» Crispino Rossi	26	
» Juan Van der Pol	25	
» José Perron	24	
» Humberto Post	22	
» Luis Eline	20	*
H. Bartolomé Chiaudano	39	
» Eduardo Hordwedel	37	

NOMBRES	Años	Ac- tuales
H. Bartolomé Marchisio	33	
» Santiago Twohig	32	
» Alfredo Murphy	28	*
» Juan Hess	27	*
» Pedro Wilhelm	25	*
» Hugo Horan	24	
» Carmelo Giordano	22	

5

MISIONEROS CUYOS RESTOS DESCANSAN EN ALASKA

NOMBRES	Lugar	Año	Misionero
H. Eugenio Lefebvre	Holy Cross	1912	10
P. Crispino Rossi	»	1927	26
» Antonio Keyes (Chiavassa)	»	1928	27
H. Jeremías Mc Sweeney	»	1929	13
P. Luis Robaut	»	1930	45
H. Patricio Heaney	»	1931	3
P. Juan Lucas Lucchesi	»	1937	39
» Carlos O'Brien	Akulurak	1922	1
» Julio Jetté	»	1927	28
H. Bartolomé Chiaudano	»	1940	39
» Bartolomé Marchisio	Fairbanks	1926	33
P. José Tomkin	»	1936	5
H. Eduardo Hordwedel	»	1939	37
P. Rogaciano Camille	St. Michael	1907	8
H. Ulrico Paquin	»	1911	1
P. Federico Ruppert	Pilg. Springs	1923	5
» Eduardo Cunningham	»	1941	19
» Felipe Delón	Kotzebue (1)	1930	14
H. Juan Hansen	Nome	1938	17
P. Juan Bautista Sifton	Hooper Bay	1940	27
» Pascual Tosi	Juneau	1898	12
» Guillermo Judge	Dawson	1899	9

(1) Fué trasladado más tarde a los Estados Unidos.

6

PUESTOS Y MISIONEROS

(1886-1941)

HOLY CROSS *

P. Robaut	1887-1888; 1889-1890; 1892-1895; 1899-1901; 1902-1904; 1907-1913; 1914-1916; 1919-1931.
» Tosi	1887-1897.
» Ragaru	1893-1895; 1897-1899.
» Genna	1888-1889.
» Judge	1890-1892.
» Muset	1892-1893.
» Barnum	1892-1895; 1896-1898.
» Crimont	1895-1901.
» Lucchesi	1898-1907; 1907-1913; 1916-1918; 1927-1928; 1930-1931; 1935-1938.
» Perron	1898-1899; 1901-1913; 1915-1916; 1919-1921.
» Monroe	1899-1900.
» Post	1899-1900.
» Parodi	1900-1901.
» Keyes	1900-1901.
» Rossi	1900-1901; 1913-1914; 1916-1919.
» Van Gorp	1901-1902.
» Treca	1901-1902; 1918-1919.
» Pasino	1903-1905.
» Desjardins	1908-1909.
» Sigouin	1909-1913.
» Lacoutere	1910-1913.
» Sifton	1912-1916.
» Williams	1913-1914.
» Delón	1918-1930.
» Ruppert	1921-1922.
» Cunningham	1922-1928; 1931-1934.
» Concannon	1928-1930.
» Baud	1929-1930.
» O'Connor	1930-1931.
» Cunningham, T.	1930-1931.
» Ménager, F.	1931-1932; 1938
» Post, H.	1931-1933; 1934-1936.
» Tomkin	1932-1936.

P. Prange	1934-1938.
» Endal	1936-1938.
» Glancy	1937-1938.
» Spils	1938
» Landon	1938
» Mc Intyre	1938-1940.
» Murphy	1940
H. Giordano	1887-1888; 1892-1893; 1904-1905.
» Campopiano	1888-1889.
» Rosati	1888-1890; 1893-1895.
» Negro	1889-1895; 1897-1899.
» Cunningham	1890-1892; 1895-1897; 1899-1900.
» Power	1891-1892.
» Marchisio	1892-1895; 1897-1902; 1903-1913; 1916-1926.
» Sullivan	1893-1894.
» O'Hare	1895-1904.
» Brancoli	1899-1903.
» Chiaudano	1900-1901.
» Markham	1901-1908.
» Twohig	1901-1902; 1910-1912.
» Hordwedel	1902-1909; 1912-1932.
» Lefebvre	1902-1912.
» Dugas	1908-1910.
» Montaldo	1908-1909.
» Clancy	1908-1910.
» Rousseau	1910-1913.
» Demers	1912-1916.
» Callahan	1913-1914; 1916-1919.
» Corrigan	1913-1916.
» Hess	1914.
» Mc Sweeney	1915-1929.
» Horan	1918-1919; 1925-1931; 1933.
» Ryan	1924-1928; 1929-1940.
» Laird	1925-1930; 1938.
» Heaney	1928-1931.
» Feltes	1930-1939.
» Lapeyre	1931-1932.

NULATO *

P. Tosi	1887.
» Robaut	1888-1889; 1890-1892.
» Ragaru	1888-1893; 1895-1897; 1899-1901; 1903-1904.

P. Judge	1892-1895.
» Crimont	1894-1895.
» Monroe	1895-1898.
» Jetté	1899-1905; 1913-1914.
» Perron	1899-1901; 1917-1919.
» Camille	1899-1900.
» Cataldo	1901-1902.
» Rossi	1901-1913; 1915-1917; 1919-1927
» Pasino	1901-1903.
» Bruno	1905-1907.
» Desjardins	1909-1913.
» Lucchesi	1913-1914.
» Eline	1920-1921; 1922-1924.
» Mc Elmeel	1924-1929; 1931.
» Concannon	1927-1928.
» Prange	1928-1931.
» Durgan	1929-1930.
» Savage	1930-1931.
» Mc Key	1931-1933.
» Baud	1935-1936; 1937
» Budde	1936-1937.
H. Giordano	1888-1892; 1893-1904
» Rosati	1892-1893.
» Twohig	1899-1901; 1905-1906
» Negro	1899-1900.
» Marchisio	1902-1903; 1913-1916.
» Brancoli	1903-1909.
» O'Hare	1906-1907.
» Alarie	1909-1914.
» Chiaudano	1916-1917.
» Horan	1919-1924.
» Hordwedel	1932-1939.

NUKLOROYET

P. Ragaru	1887-1888.
-----------------	------------

TUNUNAK *

P. Treca	1889-1893.
» Muset	1889-1892.
» Barnum	1891-1892.
» Parodi	1892-1893.

H. Rosati	1890-1892.
» Cunningham	1892-1893.
» Power	1892-1893.
X. X. (1)	1893-1933.
P. Deschout	1933-1935; 1936.

AKULURAK *

P. Treca	1893-1895; 1902-1915; 1919-1926.
» Parodi	1893-1899.
» Monroe	1893-1895.
» Muset	1893-1894.
» Post	1895-1899.
X. X. (1)	1899-1902.
P. Keyes	1902-1907; 1910-1914.
» Balestra	1906-1907.
» Lucchesi	1907-1909; 1914-1916; 1918-1925; 1931-1933; 1934-1935.
» Chapdelaine	1909-1910.
» Delón	1915-1918.
» Robaut	1916-1918.
» O'Brien	1921-1922.
» Lonneux	1924-1927.
» La Motta	1925-1926.
» Jetté	1926-1927.
» Fox	1927-1928.
» Sifton	1928-1933; 1937-1939.
» Willebrand	1928-1930; 1933-1934.
» Deschout	1930-1933.
» Post	1933-1934.
» O'Connor	1934.
» Llorente	1935-1937; 1941 (2).
» Anable	1938.
» Endal	1938-1940.
H. Cunningham	1893-1895.
» Twohig	1893-1899; 1902-1904; 1906-1910; 1912-1913; 1916-1924.
» Negro	1895-1897.
» Brancoli	1897-1899.

(1) Estos años estuvo cerrado el puesto sin misionero.

(2) Ha sido trasladado este año como Superior a esta Residencia.

X. X. (1)	1899-1902.
H. Montaldo	1904-1906.
» Chiaudano	1906-1907; 1910-1916; 1921-1927; 1928-1940.
» Murphy	1915-1929; 1930.
» Horan	1924-1925.
» Wickart	1935-1938.
» Feltes	1939.

KUSKOKWIM

P. Robaut	1895-1899; 1901-1902; 1904-1907.
X. X. (1)	1899-1901; 1902-1904.
H. Marchisio	1895-1897.

SHAGELUK

P. Judge	1895-1897.
» Ragaru	1896-1899.
H. Brancoli	1896-1897.

DAWSON CITY

P. Judge	1897-1899.
H. Cunningham	1897-1899.

ST. MICHAEL *

P. Robaut	1886; 1918-1919.
X. X. (1)	1887-1898.
P. Jetté	1898-1899.
X. X. (1)	1899-1900.
P. Treca	1900-1901.
» Post	1900-1901.
» Keyes	1901-1902; 1907-1910.
» Camille	1901-1907.
» Chapdelaine	1907-1909; 1910-1917.
» Sifton	1916-1928.
» Lonneux	1928.

(1) Véase la nota anterior.

H. Cunningham	1900-1901.
» Chiaudano	1901-1902; 1907-1910.
» Montaldo	1902-1904.
» O'Hare	1904-1905.
» Paquin	1910-1911.

EAGLE CITY

P. Monroe	1900-1904.
» Camille	1900-1901.

NOME *

P. Van der Pol	1901-1902; 1903-1906.
» Jacquet	1901-1902.
» Cataldo	1902-1903.
» Deviné	1902-1904.
» Lafortune	1903-1915; 1921-1929; 1934-1935; 1936-1937; 1938-1939.
» Carroll	1905-1908.
» Bernard	1906-1909.
» Forhan	1908-1914.
» O'Malley	1912-1913.
» Post	1914-1918; 1925-1926; 1930-1931.
» Treca	1915-1918.
» Ruppert	1918-1921; 1922-1923.
» Concannon	1926-1927; 1937-1938.
» Savage	1927-1930.
» Budde	1931-1933.
» Ménager, G.	1932-1934.
» Cunningham, T.	1935-1936.
» Mc Hugh	1939.
H. Chiaudano	1902-1906; 1917-1918.
» Montaldo	1906-1908.
» Lemire	1908-1913.
» Murphy	1913-1915.
» Twohig	1915-1916.
» Demers	1916-1917.

TANANA

P. Ragaru	1904-1906.
» Jetté	1906-1907; 1914-1924.

X. X. (1)	1907-1909; 1925-1930.
P. Ferron	1909-1914.
» Monroe	1924-1925.
» Mc Elmeel	1930-1931.
H. Twohig	1904-1905.
» Rousseau	1913-1914.

FAIRBANKS *

P. Monroe	1904-1924.
» Vandriesche	1907-1908.
» Corbley	1907-1908.
» Ferron	1908-1909.
» Crimont	1909-1915.
» Eline	1921-1922; 1924-1926; 1929
» Jetté	1925-1926.
» O'Reilly	1926-1928.
» Tornielli	1926-1932.
» Hayes	1928-1929.
» Mc Millan	1933-1934.
» Fitzgerald	1939.
H. O'Hare	1904-1905.
» Chiaudano	1907-1908.
» Giordano	1908-1909.
» Côté	1912-1914.
» Callahan	1914-1916.
» Wilhalm	1916-1919.

KALTAG

P. Jetté	1905-1906.
----------------	------------

KOKRINES

P. Jetté	1907-1913.
H. O'Hare	1907-1909.

(1) Véase la nota anterior.

MARY'S IGLOO

P. Bernard	1910-1915.
» Lafortune	1915-1918.
H. Dugas	1910-1912.

RUBY

P. Desjardins	1913-1915.
---------------------	------------

PYMUTE

P. Robaut	1913-1914.
X. X.	1914-1928.
P. Cunningham	1928-1929.
» Lucchesi	1929-1930.

PILOT STATION

P. Keyes	1914-1921.
» Perron	1921-1922.
X. X.	1922-1931.
P. O. Connor	1931-1933.
H. Twohig	1914-1915.
» Horan	1917-1918.
» Chiaudano	1918-1921.

PILGRIM SPRINGS *

P. Lafortuné	1918-1921.
» Post	1919-1925; 1926-1930
» Lucchesi	1925-1926.
» Baltusen	1930-1931; 1932-1934.
» Concannon	1931-1932.
» Willebrand	1931-1933.
» Ménager, G.	1924-1935.
» Cunningham, E.	1935 (1).

(1) Acaba de morir en este mismo puesto, en enero de 1941.

H. Hansen	1919-1938.
» Wilhalm	1919.
» Wickart	1938.

MOUNTAIN VILLAGE *

P. Keyes	1921-1928.
» Lucchesi	1926-1927; 1928-1929.
» Cunningham, E.	1929-1931.
X. X.	1931-1933; 1936-1940.
P. Sifton	1933-1936.
» Endal	1940.
H. Chiaudano	1927-1928.

KASHUNAK

P. Ménager, F.	1927-1928.
» Fox	1928-1930.

HOOPER BAY * (Napareyaramiut)

P. Ménager, F.	1928-1931.
» Fox	1931.
» Lucchesi	1933-1934.
» Sifton	1939-1940.
H. Horan	1931-1933.

ARVINAK

P. Baltussen	1929-1930.
--------------------	------------

KOTZEBUE *

P. Walsh (s. s.)	1929-1930.
X. X.	1930-1931.
P. Baltussen	1931-1932.
» Concannon	1932-1933.
» Ménager, F.	1933-1938.
» Llorente	1938 (1).

(1) En 1941 ha sido trasladado como Superior a Akulurak.

KING ISLAND * (1)

P. Lafortune	1929-1936; 1937.
» Cunningham, T.	1936-1937.

DIOMEDES *

P. Cunningham, T.	1937-1939; 1940.
------------------------	------------------

JUNEAU *

P. René	1894-1904.
» Treca	1896-1900.
» Tosi	1897-1898.
» Bougis	1896-1899.
» Trivelli	1901-1902.
» Cardon	1902-1904.
» Crimont	1904-1909; 1916.
» Brown	1904-1913.
» Tornielli	1905-1908; 1916-1917; 1919-1924.
» Drathman	1913-1914.
» Kennelly	1914-1916.
» Bailey	1914-1915.
» Roccati	1915-1925.
» Hayes, J. F.	1925-1928.
» Monroe	1925-1926.
» Dane	1927-1930.
» Ménager, G.	1928-1930.
» Levasseur	1930.
» Budde	1933.
» Cunningham	1934-1935.
H. Negro	1899-1902.
» Montaldo	1901-1902.
» Rosati	1902-1903.
» Bartz	1903-1904.

SKAGWAI *

P. Tornielli	1898-1905; 1908-1916; 1917-1918.
» Parodi	1899-1900.

(1) Visitado desde 1904, todos los inviernos, por el P. Lafortune.

P. Bougis	1905-1908.
X. X.	1916-1917; 1918-1926; 1927-1934.
P. Dane	1926-1927.
Sacerdote secular	1934.

DOUGLAS

P. Bougis	1899-1904.
Sacerdote secular	1904-1905.
P. Van der Pol	1906-1908; 1919-1920.
» Gabriel	1908-1909.
» Bruckert	1909-1917.
» O'Malley	1917-1918.
» Tornielli	1918-1919.

KETCHIKAN *

P. Sweere	1907-1912.
» Shepherd	1912-1913; 1919-1920.
» Hayes	1913-1914.
» Kern	1914-1919.
» Van der Pol	1920-1925.
» Bolster	1925-1926.
» Farrell	1926-1928.
» Budde	1928-1931.
» Monroe	1928-1929.
» Tomkin	1931-1932.
» Buckley	1932-1936.
» Tornielli	1935-1936.
» Dinand	1936-1938.
» Coudeyre	1938-1939.
» Maruca	1939.

VALDEZ *

P. Schmitt	1908-1910.
X. X.	1910-1912; 1925-1936.
P. Van der Pol	1912-1916; 1917-1919.
» Shepherd	1912-1916.
» Corbett	1915-1916.
» Fletcher	1916-1917.
» Mc Millan	1919-1925.
Sacerdote secular	1936.

CORDOVA *

P. Van der Pol	1910-1913.
X. X.	1913-1925.
P. Mc Millan	1925-1933.
Sacerdote secular	1933.

ANCHORAGE *

P. Shepherd	1916-1919.
X. X.	1919-1925; 1926-1930
P. Tornielli	1925-1926.
• Dane	1930-1933.
Sacerdote secular	1933.

SEWARD *

P. Fletcher	1917-1918.
• Mc Millan	1918-1919.
X. X.	1919-1934.
Sacerdote secular	1934.

WRANGELL *

P. Monroe	1926-1928; 1929-1940.
X. X.	1928-1929.
P. Mc Namara	1939-1940.
• O'Reilly	1940.

ERRATAS PRINCIPALES

Página	Línea	Dice	Corrijase
53	3	corbeta	fragata
79	11	Bahring	Behring
130	2	Hegède	Egède
187	17	posteriptum	postdata
226	7	Parquer	Parker
249	16	Unalaklik	Unalaklet
280	17	Jadge	Judge
290	12	Pulgrim	Pilgrim
428	3	despiadamente	despiadadamente
469	3	Lefebvore	Lefebvre
496	10	O'Conbor	O'Connor

INDICE ALFABETICO GEOGRAFICO Y PERSONAL

- ABRUZZOS (Duque de), 35.
 Acapulco, 67.
 Admiralty, 269.
 Afognak, 36.
 Aghileens, 28.
 Aglemiut, 127.
 Agostini, 43.
 Agoughauk, 156.
 Aiwanat, 127.
 Akiak, 199, 424.
 Aklavik, 129.
 Akulurak, 23, 139, 141, 147, 203,
 263, 264, 275, 293, 296, 309, 332,
 348, 349, 351, 354, 356, 375, 376,
 380, 413, 414, **417-420**, 422, 423,
 426, 449, 519.
 Akulurak (Río), 263, 418.
 Alarie, Eduardo (S. J.), 476-481,
 511, 518.
 Alarkarak, 299.
 Alarnak, 420.
 Alaska, *passim*.
 Alaska Range, 36, 215.
 Al-ay-ek-sa, 42.
 Albión, 177.
 Alejandro (Archipiélago), 35.
 Alejandro de Rusia, 76.
 Aleutas, 127.
 Aleutianas, 26-28, **36**, 37, 43, 47,
 48, 62, 84, 91, 132, 183, 184, 185,
 204, 212, 214, 279, 357.
 Aleutian Range, 36.
 Almirantazgo (Bahía), 67.
 Alsacia, 414.
 Althoff, 222, 271, 272.
 Amberes, 30.
 Amiens, 374.
 Ammaedara, 288.
 Amphiloy, 188.
 Amundsen Roald, 432, 456.
 Anable, Edmundo (S. J.), 504-506,
 509, 519.
 Anaikchak, 27.
 Anantclick, 172.
 Ancón, 222, 228.
 Anchorage, 87, 272, 293, 368, 369,
 399, 400, **401**, 403, 527.
 Anderson, 169.
 Anderson (Río), 122.
 Andreasnow, 120.
 Andrews Clarence, 14.
 Andrewska, 257, 258.
 Andrewskey, 234, 259.
 Angekok, 157.
 Angers, 286.
 Anguibert, 254.
 Anjou, 286.
 Anvik, 186, 200, 211, 234, 235, 247-
 251, 256, 379.
 Aphoon, 40.
 Aranda (Conde de), 58, 73, 74.
 Argonauta (Paquebote), 66, 72.
 Aristizábal, 177.
 Arriaga, Julián, 52.
 Arteaga, Ignacio, 59, 61, 62, 71, 72.
 Artes-Kutchin, 122.
 Artic, 254.
 Arvinak, 290, 524.
 Athabaska (Río), 108, 165, 166,
 209.
 Atka, 26, 119.
 Atlante, 43.
 Atlin, 86.
 Atrevida (Corbeta), 67.
 Attu, 26, 119, 276.
 Ayala, Juan, 55.
 BABILONIA, 115.
 Baets, Mauricia de, 12, **28**, 225
 (*frecuentemente en las notas*).

- Baffin (Tierra de), 126, 130, 131.
 Bahía de Hudson (Vicariato), 130.
 Bailey, Jorge (S. J.), 482-483, 513, 525.
 Baird, 39.
 Balestra, Miguel (S. J.), 474, 475, 509, 519.
 Baltimore, 135, 358.
 Baltussen, Pedro (S. J.), 495-500, 509, 523, 524.
 Bancroft, 14, 161.
 Baranoff, Alejandro, 76, 183.
 Baranoff (Isla), 269.
 Barclay, R. P., 12, 193, 198, 199, 200.
 Bernum, Francisco (S. J.), 12, 134, 135, 138, 139, 141, 189, 222, 225, 237, 254, 255, 262, 264, 306, 366, 375, 426, 463-464, 465, 466, 509, 516, 518.
 Bernum's Pass, 262.
 Bartz, Adán (S. J.), 471, 472, 514, 525.
 Bathurst (Cabo de), 126, 127.
 Baud, Juan (S. J.), 494-496, 501-506, 509, 512, 516, 518.
 Bear, 235.
 Beaudoin, 234.
 Beck, John, 193.
 Becks, Pedro (S. J.), 241.
 Behring (Bahía), 67.
 Behring City, 285.
 Behring (Estrecho), 26, 37, 38, 39, 40, 43, 46, 60, 71, 77, 79, 89, 92, 117, 119, 126, 133, 134, 141, 145, 203, 204, 211, 281, 318, 362, 387, 420, 438.
 Behring, Vito, 45, 46, 65, 177.
 Bélgica, 43, 50, 212, 237, 244.
 Bellabella, 177.
 Bennet, 39, 225.
 Bernard, José (S. J.), 12, 83, 381, 474-477, 478-482, 509, 522, 523.
 Bethel, 199, 424, 425.
 Billingo, 60.
 Bizancio, 178, 179.
 Blanchet (Monseñor), 217, 240.
 Bodega, Juan Francisco, 55, 56, 59, 67, 70, 71.
 Bolster, Juan J. (S. J.), 491, 492, 513, 526.
 Boothia, 126.
 Bosco (San), 287.
 Boston, 58, 245.
 Bougis, Pedro (S. J.), 272, 465-476, 513, 525, 526.
 Bousquet, J., 12, 178, 180, 181.
 Brancoli, Pedro (S. J.), 465-477, 511, 517-520.
 Brandywine, 58.
 Breynat (Monseñor, O. M. I.), 128, 129, 171, 316.
 Brinton, 123.
 Bristol (Bahía de), 26, 38, 91, 184.
 Brondel (Monseñor), 217, 218, 219, 236.
 Brooklin, 58, 185.
 Brou, Alejandro (S. J.), 13, 202, 357, 358.
 Brown, Eduardo (S. J.), 472-481, 513, 525.
 Bruce, 14.
 Brucker, José (S. J.), 477-485, 513, 526.
 Bruno, Aquiles (S. J.), 473-475, 509, 518.
 Bucarelli, Antonio, 52, 70.
 Bucarelli (Bahía), 57, 61, 71, 177.
 Buckley, Haroldo (S. J.), 498-503, 513, 526.
 Budde, Eduardo (S. J.), 494-507, 509, 513, 518, 521, 525, 526.
 Buenos Aires, 69.
 Buentempo (Monte), 68.
 Búffalo (Estados Unidos), 291.
 Burr, Agnes, 14.
 Bustamante Guerra, 67.
 CABRILLO, 51.
 Cádiz, 67, 68.
 California, 26, 52, 61, 65, 69, 70, 77, 110, 277, 286, 291, 323, 375, 461.
 Callaham, Tomás (S. J.), 480-486, 511, 517, 522.
 Callao, 67.
 Calvet, J., 13, 179, 181.
 Cambrai, 49.
 Camille, Rogaciano, (S. J.), 12, 101, 280, 360, 432, 467-475, 509, 515, 518, 520, 521.
 Campo (Marqués del), 73, 75.
 Campopiano, Miguel (S. J.), 366, 462, 511, 517.
 Canadá, 117, 121, 122, 128, 131, 132, 133, 169, 171, 177, 228, 235, 280, 283, 450, 453, 461.
 Candle, 285.

- Canea, 240.
 Canestrelli (S. J.), 241, 242.
 Cañón Miles, 225.
 Cañón Wood, 41.
 Cap. Esquimau, 130.
 Carbonell, 51.
 Cardon, José (S. J.), 470-472, 513, 525.
 Carlos IV de España, 73.
 Carmel, 199.
 Carrión de los Condes, 17, 18, 22.
 Carroll, Juan Bautista (S. J.), 473-476, 510.
 Casagrandi (S. J.), 278.
 Catalina I de Rusia, 45.
 Catalina II de Rusia, 46, 183.
 Cataldo, José (S. J.), 12, 186, 221, 229, 240, 241, 242, **243**, 244, 245, 247, 248, 259, 260, 271, 285, 375, 389, 390, 419, 468-471, 510, 518, 521.
 Ceilán, 50.
 Cermeño, 51.
 Cerulario, Miguel, 178.
 Circle City, 40, 86, 277, 279, 280.
 Clancy, Juan (S. J.), 475-478, 511, 517.
 Clark, H. W., 14.
 Clut (Monseñor, O. M. I.), 209-**212**, 242.
 Coast Mission, 259.
 Coast Range, 35.
 Colby, Merle, 14.
 Cold Bay, 84.
 Colnet, Jaime, 66.
 Columbia (Río), 177.
 Columbia Británica, 450.
 Colville, 42.
 Comillas, 20.
 Concannon, Juan (S. J.), 492-499, 503, 504, 516, 518, 521, 523, 524.
 Congo Belga, 22, 50.
 Constantinopla, 178, 179.
 Cook, Jaime, 54, 60, 61, 62, 64, 65, 67, 71, 119, 456.
 Cook (Ensenada), 36, 69, 80, 117, 134, 204.
 Cook (Monte), 28.
 Coolidge, Calvino, 245.
 Copper, 36, **41**, 83, 117, 124, 215, 279.
 Coppermine, 128.
 Corbett, Juan (S. J.), 483, 484, 513, 526.
 Corbie, 319, 320.
 Corbley, Santiago (S. J.), 474-476, 510, 522.
 Córdova, 85, 86, 272, 293, 362, 399, **400**, 527.
 Cornwalles, 60.
 Coronación (Golfo), 171.
 Corrigan, José (S. J.), 480-483, 511, 517.
 Côté, José (S. J.), 479-482, 511, 522.
 Coudeyre, Agustín (S. J.), 504, 506, 513, 526.
 Council, 285.
 Cráte (Lago), 223, 225.
 Creek, 86.
 Crillón, 28.
 Crimont, Rafael (Monseñor, S. J.), 12, 13, 268, **287**, 288, 323, 324, 375, 376, 378, 422, 440, 454, 464-469, 471-506, 509, 510, 513, 514, 516, 518, 522, 525.
 Cristóbal Colón, 50.
 Cross, 433.
 Cuadra (Bodega), 61, 62, 67, 70, 71.
 Cunningham, Bernardo (S. J.), 252, 262, 358, 463-469, 511, 517, 519-521.
 Cunningham, Eduardo (S. J.), 188, 488-506, 510, 513, 515, 516, 523, 524, 525.
 Cunningham, Tomás (S. J.), 439, 495-497, 502-506, 510, 512, 516, 521, 525.
 Curry, 87.

 CHAMANISMO, 157.
 Chapdelaine, José (S. J.), 104, 474-484, 510, 519, 520.
 Chariok, 155.
 Charlevoix (S. J.), 132.
 Chatanika, 86.
 Chesterfield, 126, 129.
 Chiaudano, Bartolomé (S. J.), 468-506, 511, 515, 517-524.
 Chiavassa, Antonio (S. J.), 12, **413**, 422, 468-494, 514, 515. (*Véase Keyes.*)
 Chicago, 22, 409.
 Chiglit, 127, 128.
 Chikagoff, 269.
 Chickaloon, 87.
 Chile, 26, 67.

- Chilkat, 42, 191.
 Chilcoot, 39, 81, 85, 134, 222, 223.
 Chimesios, 124.
 China, 17, 22, 50, 76, 329, 330, 365.
 Chingigmiut, 127, 297.
 Chirikoff, Alejo, 45, 46, 65.
 Chittynia, 41.
 Chnagmiut, 127.
 Chocó, 67.
 Chugaches, 127.
 Chugachigmiut, 127.
- DAKOTA, 291.
 Dall, 122, 334.
 Dane, Godofredo (S. J.), 492-500, 513, 525-527.
 David, Cristián, 193.
 Dawson City, 83, 85, 86, 228, 229, 279, 280, 281, 284, 359, 361, 467, 520.
 Dechneff, 45.
 Descubierta (Corbeta), 67.
 Dedieu, J. 13, 192, 193.
 Deering, 324.
 Delaroff, 63.
 Delón, Felipe (S. J.), 12, 143, 188, 189, 197, 201, 295, 296, 311, 317, 320, 324, **325**, 330, 409, 422-424, 436, 448, 482-496, 509, 510, 515, 516, 519.
 De Long, 39.
 Demers, Audomaro (S. J.), 479-484, 511, 517, 521.
 Deschout, Pablo (S. J.), 425, 427, 496-506, 510, 519.
 Desjardins, José (S. J.), 14, 290, 475-482, 510, 516, 518, 523.
 De Smet (S. J.), 374.
 Desmet, 306.
 Deviné, Eduardo (S. J.), 14, 284, 285, 362, 469-472, 510, 521.
 De Windt, 14.
 Dinand, Agustín (S. J.), 502-505, 513, 526.
 Diomedes (Islas), 290, 293, **438**, 439, 525.
 Dixon, 60, 67.
 Dixon (Entrada de), 35, 96.
 Dora, 235.
 Dos Puntas, 63.
 Douai, 374.
 Douglas (Isla), 249, 269, 272, 288, 368, 369, 526.
 Duchaussois, Pedro (O. M. I.), 13, **49**, 165, 168 (*frecuentemente en las notas.*)
 Ducot (O. M. I.), 105.
 Dugas, Alejo (S. J.), 475-479, 511, 517, 523.
 Durgan, Juan (S. J.), 495-496, 510, 518.
 Drathman, Antonio (S. J.), 481, 482, 513, 525.
- EAGLE, 279, **280**, 281, 288, 289, 362, 376, 521.
 Edgecumbe, 28, 56, 67.
 Eivillik, 126.
 Eiwhuelit, 127.
 Egipto, 41, 48.
 Eline, Luis (S. J.), 12, 174, 175, 403, 404, 487-492, 495-506, 510, 514, 518, 522.
 Eliot, John, 193.
 Emanok, 421.
 Endal, Jorge (S. J.), 414, 502-506, 510, 517, 519, 524.
 Endicott Range, 37, 38, 252.
 Engaño (Cabo del), 56, 67.
 Epstein, M., 13.
 Escalda, 30.
 Eska, 87.
 Eskimok, 306.
 Eskinok (Montes), 308, 309.
 España, 17, 18, 42, 50, 58, 59, 60, 62, 64, 70, 71-74, 77, 95, 115, 177.
 Esquimales, **126**, **168** (*frecuentemente*).
 Estados Unidos, 25, 47, 48, 77, 79, 114, 115, 117, 118, 121, 147, 184, 191, 194, 195, 198, 213, 235, 244, 258.
 Etholino, 269.
 Explorador (Matora), 254.
- FABRE (Monseñor), 451.
 Fairbanks, 80, 83, 85, 87, 116, 197, 269, 279, 280, 281, **289**, 290, 293, 317-320, 324, 326, 362, 368, 369, 377, 399, **402**, 403, 522.
 Fairweather, 28.
 Fallaize (O. M. I.), 129.
 Farrell, José (S. J.), 492-494, 513, 526.
 Favorita (Corbeta), 59.
 Felicidad (Goleta), 55, 56.
 Feltes, Jorge (S. J.), **323**, 324, 326, 327, 496-506, 511, 517, 520.

- Ferrelo, 51.
 Ferrer Maldonado, 51, 67.
 Ferrieres, 287.
 Ferron, Hormisdas (S. J.), 475-481, 510, 522.
 Fidalgo, Salvador, 69.
 Fiésolo, 241, 396.
 Filadelfia, 58.
 Filipinas, 69.
 Filipino (Paquebote), 69. (*Véase San Carlos.*)
 Fitzgerald, Walter (Mons., S. J.), 12, 288, 291, 376, 425, 427, 505, 506, 509, 510, 522.
 Fitz-Herbert Alleyne, 73.
 Flats Yukón, 37.
 Fletcher, Alfonso (S. J.), 484-486, 513, 526, 527.
 Flores, Manuel, 65.
 Florida, 60.
 Floridablanca (Moñino), 72, 73.
 Floridablanca (Punta), 64.
 Flynn, G. (S. J.), 160.
 Foch (Mariscal), 376.
 Forhan, Juan (S. J.), 475-481, 510, 521.
 Forli, 274.*
 Fort Selkirk, 39.
 Fort Yukón, 40, 92, 209-212, 234.
 Forty Miles, 82, 247, 280.
 Fox, Juan (S. J.), 12, 208, 331, 347, 350, 356, 373, 391, 426, 427, 447, 493-496, 497-506, 510, 519, 524.
 Francia, 50, 58, 60, 61, 70, 72, 133, 177.
 Franklin, Benjamín, 171.
 Franklin (Territorio de), 126.
 Fraser, 86.
 Frapsauce (O. M. I.), 129, 171.
 French, 172.
 Fuca, Juan de, 51.
 Fuca (Estrecho de), 54, 56.
 Fuego (Isla del), 37.
 Fuller, Francisco, 221, 222, 226-228, 230-235, 379.
 Fundy (Bahía de), 36.
 GABRIEL, Enrique (S. J.), 476-477, 513, 526.
 Gabriel (Metropolitana), 183.
 Gales, 286.
 Gali, Francisco, 51.
 Gallach Instituto, 13, 125, 127, 131, 143, 145, 149, 153, 157, 158.
 Gante, 212, 237.
 Gardar, 130.
 Garry, Agnew (S. J.), 378.
 Gascón (O. M. I.), 386.
 Genna, Gaspar (S. J.), 251, 252, 256, 257, 366, 451, 452, 462, 510, 516.
 Génova, 351.
 Georgetown, 139.
 Gibbons (Cardenal), 287.
 Gibraltar, 59.
 Giordano, Carmelo (S. J.), 242, 245, 248, 251, 257, 462-473, 474-477, 512, 515, 517, 518, 522.
 Glancy, Timoteo (S. J.), 503, 504, 510, 517.
 Glotoff, 182.
 Godoy, Manuel, 73.
 Goldren, 285.
 Gilokoff, Iván, 46, 76.
 Good-Hope, 210.
 Granada, 22.
 Grandín (Monseñor, O. M. I.), 50, 106, 165, 311, 382.
 Greely, A. W., 15.
 Gregorio XVI, 367, 368, 370.
 Grenville, 63.
 Groenlandia, 33, 117, 126, 127, 130, 131, 142, 152, 193.
 Grollier (O. M. I.), 128, 129, 210.
 Grouard (Monseñor, O. M. I.), 98, 210, 313.
 Guadalupe (Puerto), 56, 71.
 Guayaquil, 67.
 Guillermo, Príncipe (Estuario), 36.
 Gulkana, 86.
 Gvozdef, 46.
 HAIDA, 124.
 Haidahs, 117.
 Haines, 198.
 Hall, 33.
 Han-kutchin, 122.
 Hansen, Juan (S. J.), 372, 486-504, 512, 515, 524.
 Harding, Warren, 87.
 Haro (López de), 63, 64, 72.
 Herper, 226, 227, 228, 234, 237.
 Harriman, 48.
 Hazelton, 86.
 Hayes, Juan (S. J.), 481, 482, 513, 522.
 Hayes, Juan (S. J.), 481, 482, 513, 494, 495, 510, 513, 525, 526.
 Healy, 87.

- Heaney, Patricio (S. J.), 494-497, 512, 515, 517.
 Heilprin, 15.
 Helado (Cabo), 60, 71.
 Herodoto, 41.
 Hess, Juan (S. J.), 481-506, 512, 515, 517.
 Hezeta, Bruno, 55, 56, 70.
 Higginson Ella, 15.
 Holy Cross, 117, 147, 186, 236, 246, 253, 254, **256**, 257-259, 262, 264, 274, 287, 289, 293, 324, 325, 326, 351, 354-356, 358, 366, 375, 376, 378, 380, 381, 404, **405**-414, 420, 449, 452, 516.
 Holanda, 76.
 Honduras, 60.
 Hoonah, 249.
 Hooper, 171.
 Hooper Bay, 21, 203, 207, 290, 293, 307, 351, 391, 399, 414, 421, 422, **423**, 424, 426, 524.
 Horan, Hugo (S. J.), 484-506, 512, 515, 517, 518, 520, 523, 524.
 Hordwedel, Eduardo (S. J.), 469-477, 479-506, 512, 515, 517, 518.
 Hornos (Cabo de), 67.
 Hot Springs, 324, **435**. (*Véase Pilgrim Springs*.)
 Howkan, 249.
 Hubbard, Bernardo (S. J.), 13, 26, 27, 28, **348**.
 Hubbard (Monte), 27.
 Hudson (Bahía), 120, 121, 129, 130, 131, 171, 345.
 Hudson (Vicariato), 130.
 IDAHO, 375.
 Iglulik, 126.
 Ikogmiut, 127.
 Iliamna, 41.
 Imaklimiut, 127.
 Indian, 127.
 Ingalit, 116, 122.
 Inglaterra, 50, 57, 58, 62, 66, 70, 72, 73, 76, 77, 177.
 Inguklimiut, 127.
 Inigillingok, 199.
 Innoit, 132.
 Innoko, 40, 334.
 Irkutsk, 183, 184.
 Isla-Bella, 126.
 Ita, 127.
 Iturbi, 51.
 Iván, 441, 442.
 Ivassoff, 183, 209.
 JACQUET, Luis (S. J.), 284, 362, 430, 468-470, 510, 521.
 Jackson, Sheldon, 161, 194, 195.
 Japón, 22, 43, 79, 260, 330, 365.
 Jefferson, 58.
 Jersey, 374.
 Jetté, Julio (S. J.), 12, 117, 118, 134, 141, 159, 285, 317, 318, 319, 320, 331, **333**, 334, 335, 338-340, 375, 466-471, 472-490, 491-493, 510, 514, 515, 518-522.
 Johnson Peter, 233.
 Jonckau, 217, 218, 221, 222, 237, 242, 243, 256, 265, 450-452.
 Jonesville, 87.
 Jorktown, 60.
 Judge, Guillermo (S. J.), 83, 151, 157, 229, 264, 273, **280**, **358**-361, 366, 376, 463-467, 510, 515, 516, 518, 520.
 Juneau, 21, 43, 79, 81, 85, 89, 134, 191, 220, 227, 249, 269, 270, 271, 272, 274, 275, 277, 278, 279, 286, 288, 293, 357, 362, 368, 369, 375, 376, 377, 399, **401**-403, 525.
 Juvenal, 183, 185.
 KAGHUNIK, 159.
 Kaialigmiut, 127.
 Kake, 269.
 Kalaooyet, 261.
 Kaltag, 275, 290, 335, **405**, 522.
 Kamagmiut, 127.
 Kamtchatka, 45, 52, 132, 180, 181, 184.
 K̄angmaligmiut, 127.
 Kanilik, 262, 263, 264, 418.
 Kansas, 23.
 Kapsul, 336, 337.
 Kashunak, 290, 306, 307, 347, 355, 399, **421**, 422, 423, 426, 524.
 Kasino, 150.
 Katalla, 84.
 Katmai, 27, 36.
 Katmai National Monument, 36.
 Katwaramiut, 301.
 Kaviagmiut, 127.
 Kayak, 148.
 Kayaliuwigmiut, 302.
 Kayar, 334, 335.
 Kaye, 68.

- Kayuk-kho-tenne, 122.
Kearney (O. M. I.), 210.
Keating, W. (S. J.), 370.
Kegetmiut, 300.
Kembo (La), 269.
Kenai, 36, 61, 87, 127.
Kennelly, Santiago (S. J.), 482-484, 513, 525.
Kennikott, 77, 83, 86.
Kentotsitsten, 339.
Kereka, 216, 233.
Kern, Pablo (S. J.), 482-486, 513, 526.
Ketchikan, 70, 85, 90, 272, 293, 368, 369, 376, 377, 399, **400**, 526.
Kevalingamiut, 127.
Keyes, Antonio (S. J.), 12, 188, 332, **413**, 418, 424, 468-494, 510, 514, 515, 516, 619, 520, 523, 524. (*Véase Chiavassa.*)
Kiatagmiut, 127.
Kiew, 178, 179.
King Island, 290, 293, **440**, 441, 442, 446, 525.
Kinipetu, 126.
Kinugumiut, 127.
Kiolya, 157.
Kirby, 164.
Kisilwak, 40.
Klawak, 249.
Klondike, 40, **42**, 80, 82, 83, 260, **279**, 280, 281, 357, 358, 362, 369, 389, **400**.
Knishlok, 263.
Knishpak, 39, 263.
Kobalog, 335.
Kodiak, 26, 36, 48, 64, 76, 127, 134, 156, 177, 183, 185, 209, 212, 214, 248, 279.
Kogomiut, 248.
Koihatoy, 231, 232, 233.
Kokrines, 290, 339, 362, 522.
Kolstik, 338.
Kongojos, 127.
Kopagmiut, 127.
Korkorin, 231.
Kossoriffsky, 186, 247.
Kotla, 122.
Kotmiut, 309.
Kotzebue, 19, 21, 22, 23, 85, 101, 174, 175, 201, 202, 204, 264, 285, 290, 293, 324, 325, **436**-438, 524.
Kotzebue (Bahía), 26, 37, 42, 127, 249, 285.
Kovak, 42.
Kowagmiut, 127.
Koyegasten, 336, 337.
Koylotzena, 214, 231, 254.
Koyn-kukho-ota, 122.
Koyukuk, 40, 85, 122, 214, 231, 253, 254.
Kozirefsky, 251, 252, **256**, 257, 258, 264.
Kruth, 414.
Kuimlek, 263.
Kuiu, 269.
Kukpauringamiut, 127.
Kulsiwak, 297.
Kunmiut, 127.
Kuprianoff, 269.
Kuriles, 184.
Kuskokwamiut, 127.
Kuskokwim, 37, **41**, 85, 184, 199, 200, 204, 249, 252, 260, 261, 262, **273**, 279, 289, 380, 424, 520.
Kuskwogmiut, 127.
Kutchak-kutchin, 122.
Kutchin, 122.
Kutlik, 211.
Kwigemiut, 421.
Kwiguk, 421.
Kwipak, 40.
Kwitchak-kutchin, 122.
Kyska, 26.

LABARGE, 225.
Labrador, 34, 117, 126, 127, 130, 131, 134, 193.
Lacasse (O. M. I.), 130.
Lacoutre, Onésimo (S. J.), 477-480, 512, 516.
Lafortune, Belarmino (S. J.), 83, 284, 362, 431, 433, 441-443, **444**-446, 471-506, 510, 514, 521, 523, 525.
Lagrevol (S. J.), 113, 114, 142, 150, 156.
Las Heras, 75.
Laid, Luis (S. J.), 491-496, 504-506, 512, 517.
Laity (O. M. I.), 385.
La Kembo, 269.
La Motta, Julio (S. J.), 491, 492, 510, 519.
Landon, Gregorio (S. J.), 504-506, 512, 517.
La Perouse, Juan (Fr.), 60, 61, 71.

- Lapeyre, Marcial (S. J.), 326, 497, 498, 512, 517.
 Laval, 286.
 Lecompte, E. (S. J.), 290.
 Lecorre (O. M. I.), 206, 209, 210, 211, **212**, 242.
 Lecuyer (O. M. I.), 393.
 Ledit, José (S. J.), 135-138, 435, 440-443, 446.
 Ledochowsky, Wlodimiro (S. J.), 433.
 Lefebre (O. M. I.), 128.
 Lefebvre, Eugenio (S. J.), 469-479, 512, 515, 517.
 Lemire, Alfonso (S. J.), 475-480, 512, 521.
 Lemmens (Monseñor), 266.
 Lenín, 178.
 León XIII, 219, 236, 268, 454.
 Lepanto, 179.
 Le Roux (O. M. I.), 128, **171**, 172.
 Levasseur, Guillermo (S. J.), 402, 496-507, 513, 525.
 Lewes, 39, 82, 225, 237.
 Liard, 122.
 Lievens, Constantino (S. J.), 296.
 Lindeman, 223, 225.
 Lituya, 60, 61.
 Livingstone, David, 171.
 Londres, 67, 70, 74, 75, 77, 78.
 Longan, 28.
 Lonneux, Martín (S. J.), 422, 426, **428**, 490-506, 510, 519, 520.
 López de Haro, 62. (*Véase Haro*).
 Lopp, W. T., 196.
 Loska, 302, 303.
 Los Osos (Lago), 129.
 Loucheux, 122, 123.
 Lovaina, 212, 271.
 Lucchesi, Juan Lucas (S. J.), 12, 105, 208, 326, 346, 350, **351**, 353, 375, 390, 419, 422-424, 434, 455, 466-504, 509, 510, 514-519, 523, 524.
 Luchetti, Antonio (S. J.), 13, 353, 434, 446.
 Luis XVI de Francia, 73.
 Luisiana, 110.
 Lynn Canal, 198.
 Lyon, 376.
 LLORENTE, Segundo (S. J.), 12, 13, 19, **22**, 101, 104, 114, 156, 174, 200, 202, 296, 330, 349, 352, 362, 367, 392, 414, 420, 436, 439, 501-506, 510, 519, 524. (*Frecuentemente en las notas*).
 MACAO, 66.
 Macario (Monje), 183.
 Mackenzie (Río), 21, 49, 122, 127, 128, 129, 131, 165, 171, 210, 316, 393.
 Macuina, 66.
 Madrid, 51, 67, 70.
 Magallanes (Estrecho), 51.
 Magemiut, 127, 128.
 Maggie, 427.
 Malaspina, Alejandro, 60, 67, 69.
 Malaspina (Glaciar), 35, 68.
 Maldonado, 67.
 Malemiut, 127, 128.
 Malinas, 237.
 Malvinas, 67.
 Mandart, 214, 270.
 Manrique, Manuel, 55.
 Mansilla Mayor, 22.
 Manuska, 233.
 Marchand, Etienne, 60.
 Marchisio, Bartolomé (S. J.), 268, 463-492, 512, 515, 517, 518, 520.
 Mares, John, 60.
 Marianas, 69.
 Markham, Luis (S. J.), 468-476, 512, 517.
 Marquette (Aeroplano), 323, **326**.
 Marshall, 416.
 Marsh, 39, 225.
 Martín, Luis (S. J.), 275, 395, 396.
 Martínez, Esteban, 62, 64, 65, 66, 72.
 Mártires (Los), 71.
 Maruca, Natal (S. J.), 505, 507, 513, 526.
 Mary's Igloo, 290, 523.
 Matanuska, 83, 87.
 Mc Elmeel, José (S. J.), 404, 405, 490-506, 509, 510, 518, 522.
 Mc Hugh, José (S. J.), 506, 510, 521.
 Mc Intyre, Guillermo (S. J.), 504-506, 512, 517.
 Mc Key, Tomás (S. J.), 497-499, 510, 518.
 Mc Kinley, 87.
 Mc Kinley (Monte), 19, 28, 38.
 Mc Kinley National Park, 38.
 Mc Millan, Guillermo (S. J.), 486-500, 510, 513, 522, 526, 527.

- Mc Namara, Eduardo (S. J.), 505, 507, 513, 527.
 Mc Neill (Isla), 235.
 Mc Sweeney, Jeremías (S. J.), 482-495, 512, 515, 517.
 Meade, 42.
 Méjico, 52, 57, 59, 61, 73, 77, 110, 121, 177.
 Melón, Amando, 20.
 Melozikakat, 231.
 Melville (Bahía), 34, 126.
 Ménager, Francisco (S. J.), 12, 346, 350, 423, 424, 493-506, 509, 510, 516, 524.
 Ménager, Gabriel (S. J.), 494-496, 499-501, 510, 513, 521, 523, 525.
 Mendocino, 59.
 Menorca, 60.
 Mercier, 210, 211.
 Mexican, 271.
 Mexicana (Goleta), 54.
 Miles Cañón, 225.
 Miles Rapids, 39.
 Mindanao, 69.
 Mindoro, 69.
 Missousa, 272.
 Mónaco, 369.
 Monje, Delfín (O. M. I.), 49.
 Monreale, 243.
 Monroe, Francisco (S. J.), 12, 83, 264, 268, 280, 281, 289, 317, 318, 319, 320, 362, **376**, 377, 403, 463-506, 511, 513, 514, 518, 519, 521, 522, 525-527.
 Monroe, Jacobo, 77.
 Montagú, 63.
 Montaldo, Félix (S. J.), 469-470, 471-477, 512, 517, 520, 521, 525.
 Montana (Vicariato), 217, 218, 236, 287, 369.
 Montañas Roqueñas (Misión), 221, 229, 239-242, 244, 245, 252, 266, 268, 271, 272, 274, 285, 286, 288, 290, 291, 295, 413, 414.
 Monterrey, 52, 53, 54, 56, 66.
 Montevideo, 67.
 Montréal, 177, 454.
 Montrevaux, 286.
 Moore, 81.
 Morice, 123.
 Moscu, 179, 184, 188, 266.
 Motta (La), Julio (S. J.), 491, 492, 510.
 Motte (De la), Jorge (S. J.), 468-470, 470-475, 509, 513.
 Mountain Village, 203, 290, 293, 330, 351, **413**, 414, 415, 524.
 Mouse Point, 339.
 Mulgrave, 67, 68.
 Mullín, J., 13, **39**, 78, 84, 93, 185, 194, 198.
 Mungret, 286.
 Murphy, Alfredo (S. J.), 480-506, 512, 515, 521.
 Mürphy, Cornelio (S. J.), 506, 512, 517, 520.
 Muset, Pablo (S. J.), 150, 151, 251, 261, 264, 366, 426, 462-464, 511, 516, 518, 519.
 NABESNA, 86.
 Na-dené, 124.
 Naghaghadotiltén, 338.
 Nakotko-ondjig-kutchin, 122.
 Namollo, 127.
 Nancy, 133.
 Nannaváronak, 301.
 Nansen, Fridjof, 456.
 Nánvaruk, 428, 429.
 Napareyaramiut, 203, 306, 524.
 Napoleón, 72.
 Natche-kutchin, 122.
 Near, 120.
 Negro, Juan (S. J.), 252, 358, 375, 462-470, 512, 517-519, 525.
 Necedzaltara, 155.
 Nelson (Isla), 141, 252, **259**, 260, 261, 264, 296, 301, 417, **425-428**.
 Nenana, 87, 116, 318, 319, 320, **403**.
 Netschillik, 126.
 New Racquet (Matora), 254.
 Nicholls, Jeannette, 15.
 Nigalek-kok, 42.
 Nigmiut, 427.
 Nikulirkakat, 335.
 Nilo, 41.
 Niluluwaramiut, 302.
 Niza, 50.
 Noatak, 42.
 Nobile, Humberto, 432, 433, 434, 444, 446, 456.
 Noidolán, 337, 338.
 Nome, 38, 80, 83, 85, 86, 92, 100, 245, 269, 279, 280-284, 288, 293, 324, 358, 361, 362, 363, 371, 375, 403, **429-434**, 441-444, 446, 521.
 Nookalit, 127.

- Nootka, 54, 55, 62, 65, **66**, 68, 69,
 70, **72**, 73, 74, 75.
 Norge, 432.
 Norton (Bahía), 26, 38, 40, 204,
 249, 285.
 Noruega, 26, 89.
 Nottingham, 454.
 Novo y Colson, 15.
 Nruvkartule, 304.
 Nuchek Harbor, 91.
 Nueva España, 52, 53, 55, 64, 66,
 70.
 Nueva Francia, 132.
 Nueva Georgia, 72.
 Nueva Holanda, 69.
 Nueva Orleáns, 22.
 Nueva York, 139, 145, 323, 374.
 Nueva Zelanda, 439.
 Nuevo Arkángel, 60.
 Nukloroyet, 187, 215, 227, 229, 230,
 233, 234, 235, 247, 248, 250, 251,
 253, 270, 518.
 Nulato, 42, 114, 115, 141, 145, 159,
 174, 187, 214, 216, 222, 226, 227,
 229, 231, 232, 233, 234, 240, 245,
 248, 251, **252**, 253-258, 264, 270,
 275, 278, 293, 334-337, 339, 340,
 342, 347, 351, 359, 366, 376, 379,
 380, **403**, 405, 517.
 Nuloyit, 335.
 Nunalugtha, 156.
 Nunatagmiut, 127, 128.
 Nunatok, 42.
 Nunivagmiut, 127, 128.
 Nunivak, 127, 261, 425.
 Nushagak, 41, 199, 204, 235, 248,
 279.
 Nushagamiut, 127, 128.
 Nuwukmiut, 128.
 OAKLAND, 324.
 O'Brien, Carlos (S. J.), 424-488-
 489, 511, 515, 519.
 O'Connor, Pablo (S. J.), 496-506,
 511, 516, 519, 523.
 O'Hare, José Vicente (S. J.), 464-
 477, 512, 517, 518, 521, 522.
 Okragamut, 273.
 O'Mailley, Miguel (S. J.), 479, 480,
 485, 486, 511, 513, 521, 526.
 Oñate, 51.
 Oregón, 17, 216-220, 236, 238, 240,
 241, 270, 291, 410, 461.
 O'Reilly, Patricio (S. J.), 492-494,
 507, 511, 513, 522, 527.
 Oriental (Cabo), 45.
 Osos (Lago Los), 129.
 PABLO de Rusia, 46.
 Pacelli (Card.), 411, 412.
 Padua, 367, 368.
 Paimut, 259.
 Palmer, 87.
 Palmieri (O. S. A.), 13, 181, 182,
 185.
 Panamá, 67, 389.
 Paquín, Ulrico (S. J.), **104**, 370,
 397, 478-479, 512, 515, 521.
 Paraguay, 115.
 Parker, 226, 235.
 Parodi, Luis (S. J.), 263, 264, 366,
 424, 426, 463-469, 511, 516, 518,
 519, 525.
 Pasinetti (S. J.), 288.
 Pasino, Pedro (S. J.), 468-473, 511,
 516, 518.
 Patagonia, 67.
 Paulowsk, 185.
 Peary, Roberto, 456.
 Peel, 122.
 Pelly, 39.
 Perbal (O. M. I.), 126, 129, 130,
 131.
 Pérez, Juan, 53-55, 62, 65, 70, 71.
 Pericot, Luis, 13, 120, 123, 124,
 127, 139, 141.
 Perouse (La), Juan Fr., 60, 61,
 71.
 Perron, José (S. J.), 346, 466-480,
 482-488, 509, 511, 514, 516, 518,
 523.
 Perú, 69.
 Peter Johnson, 233.
 Petersborough, 335.
 Petersburg, 85.
 Petersen, 433.
 Petitot (O. M. I.), 128, 129, 133,
 134, 209, 210, 212, 242.
 Petroff, Juan, 184, 258.
 Piet, J. M. (S. J.), 197, 354, 402,
 413, 419, 422, 423, 424.
 Pilgrim Springs, 290, 293, 351,
 354, 356, 371, 430, **434**, 435, 523.
 Pilot Station, 290, 413, **415**, 523.
 Pinta (La), 401.
 Pitka Point, 415.
 Plata (Río de la), 51, 67.
 Pogromni, 36.

- Point Barrow, 84, 85, 92, 127, 168, 198, 249, 276, 438.
 Point Hope, 249.
 Polaris, 33, 34.
 Polet, 433.
 Port Clarence, 204.
 Porcupine, 40, 85, 122, 276.
 Portland, 124, 241.
 Port Townsend, 23, 409.
 Post, Humberto (S. J.), 433, 481-502, 511, 514, 519, 521, 523.
 Post, Juan Bta. (S. J.), 464-469, 511, 516, 519, 520.
 Postloch, 60.
 Power, Tomás (S. J.), 254, 262, 366, 463, 464, 512, 517, 519.
 Prange, Francisco (S. J.), 12, 494-497, 501-504, 509, 511, 516, 518.
 Prevost, 222, 223, 224.
 Pribiloff, 60, 71, 76.
 Pribiloff (Islas), 37, 47, 248.
 Prince, José (S. J.), **409**, 410, 493-496, 512.
 Príncipe de Gales (Cabo), 26, 249.
 Príncipe de Gales (Isla), 46, 61, 71, 124, 134, 169.
 Prince George, 86.
 Príncipe Guillermo (Estuario), 61, 62, 68, 69, 204.
 Princesa (Corbeta), 59, 62, 63, 65, 69, 72.
 Princesa Real (Balandra), 69, 72.
 Puller, 171.
 Pymute, 290, 351, 380, 523.
 RADFORD, 171.
 Ragaru, Luis (S. J.), 12, 242, 245, 248, 250, 253-255, 257, 264, 273, 339, 462-469, 470-474, 511, 516-518, 520, 521.
 Rampart, 281.
 Range Alaska, 36.
 Range Aleutian, 36.
 Range Coast, 35.
 Range Endicott, 37, 38.
 Range San Elías, 35.
 Rat, 120.
 Red-Bullion, 271.
 Redoubt Peak, 36.
 Regla (Seno de la), 71.
 Reina Carlota (Archip.), 124.
 Reina Carlota (Bahía), 76.
 Remedios (Ensenada), 56, 71.
 René, Juan Bta. (S. J.), 12, 272, 274, 278, 285, **286**, 288, 465-472, 509, 511, 513, 525.
 Revillagigedo (Isla), 177, 269, 400.
 Richardson, 171.
 Richardson Highway, 86.
 Richet, 148.
 Riobo, 71.
 Robaut, Luis (S. J.), 12, 150, 186, 189, 221, 224, 226, 228, 229, 234, 235, 239, 241, 242, 246-248, 251, 253-257, 259, 264, 273, 274, 376, **378-381**, 393, 422, 423, 462-496, 511, 514-517, 519, 520, 523.
 Roccati, Luis (S. J.), 483-491, 514, 525.
 Rodokakat, 335.
 Roma, 178, 213, 266, 267, 275.
 Romanoff (Montes), 122.
 Rosati, Juan Bta. (S. J.), 252, 256, 257, 261, 366, 451, 452, **462-464**, 470-471, 512, 517, 518, 519, 525.
 Rosbonsky, 259.
 Rosny, 134.
 Rossi, Crispino, 468-493, 511, 514, 515, 516, 518.
 Rotol, 334.
 Rotolmo, 334.
 Rousseau, Teófilo (S. J.), 478-482, 512, 517, 522.
 Rouvière (O. M. I.), 128, **171**.
 Ruby, 290, 362, 405, 523.
 Ruppert, Federico (S. J.), 105, 316, 325, 370, **371**, 372, 409, 429, 430, 444, 485-489, 511, 515, 516, 521.
 Rusia, 45, 46, 52, 59, 70, 72, 177-180, 194.
 Russian Mission, 259, 413.
 Ryan, Alfredo (S. J.), 490-505, 512, 517.
 SAINT Acheul, 287, 374.
 Saint Beunos, 286.
 Saint Michael, 104, 185, 211, 214, 215, 216, 226, 233-235, 237, 238, 242, 245, 248, 256, 260-262, 270, 275, 281, 283, 285, 293, 375, 380, 409, 413, 414, 417, 426, **427**, 428, 452, 520.
 Saint Paul, 451.
 Saint Pavel, 46.
 Salamanca, 22.
 Salin Edgar, 15.
 Salish, 124.

- San Bartolomé (Cabo), 67.
 San Blas, 52, 53, 55, 57, 59, 66, 69.
 San Carlos (Paquebote), 55, 62, 63, 65, 69, 72.
 San Diego, 54.
 San Elías (Monte), 26, 27, 28, 35, 46, 59, 60, 68, 71, 97, 279.
 San Elías Range, 35.
 San Feliz de Torio, 22.
 San Francisco, 55, 59, 184, 185, 189, 190, 236, 241, 259, 267, 272, 323, 453.
 San Jacinto, 56, 67.
 San Jorge (Isla), 194.
 San José de California, 245.
 San Lorenzo (Isla), 54, 70, 127.
 San Pablo (Isla), 194, 249.
 San Petersburgo, 51, 52, 61, 183.
 San Ramberto del Ródano, 212.
 San Salvador (Isla), 50.
 Santiago (Fragata), 52, 53, 55, 66, 70.
 San Vito, 274.
 Santa Bárbara, 53.
 Santa Margarita, 54, 70.
 Saratoga, 58.
 Satolli (Monseñor), 271.
 Savage, Patricio (S. J.), 493-497, 511, 518, 521.
 Schmitt, Matías (S. J.), 476-478, 514, 526.
 Schweineford, 15.
 Seattle, 84, 85, 86, 235, 323, 407.
 Sedna, 158.
 Seghers, Carlos (Monseñor), 30, 81, 89, 106, 107, 191, 198, 207, **212**, 214-237, 240, 241, 242, 245, 249, 253, 255, 257, 265, 267, 270, 271, 314, 338, 366, 401, 403, 450, 462, 509, 511.
 Segouin (O. M. I.), 128, 129, 209, **210**, 212, 242.
 Selawigmiut, 128.
 Seldovia, 177.
 Sen, 159.
 Sennétoh, 231, 232, 233.
 Severin, Tony (S. J.), 79, 141, 143, 144, 402-408, 413, 418, 428, 430, 435, 436, 446.
 Seward, 26, 38, 46, 83, 85, 87, 272, 285, 293, 324, 399, 400, **401**, 403, 435, 527.
 Shageluk, 187, 251, 256, **273**, 359, 520.
 Sheepcreek, 271.
 Sheldon, Jackson, 161, 194, 195.
 Shelikoff, Gregorio, 46, 76, 182, 185.
 Shelton, 86.
 Shepherd, Guillermo (S. J.), 480-487, 514, 526, 527.
 Shishaldin, 26, 64.
 Shliam-Shora, 156.
 Shumagin, 64, 204.
 Siberia, 38, 45, 48, 77, 131, 178, 180, 181, 183, 196, 266.
 Sidarumiut, 128.
 Sifton, Juan Bta. (S. J.), 317, **414**, 479-506, 509, 511, 514-516, 519, 520, 524.
 Sigouin, León (S. J.), 476-480, 512, 516.
 Silawih, 277.
 Silver-Bow-Bassin, 271.
 Simancas, 12, 73.
 Simeoni (Card.), 217, 219, 222.
 Sinnisiak, 171, 172.
 Sipary, 427.
 Sitka, 28, 60, 76, 77, 85, 90, 96, 134, 183, 184, 185, 194, 198, 207, 212, 214, 216, 220, 233, 235, 248, 249, 269-272, 362.
 Shagway, 85, 90, 272, 293, 356, 368, 369, 399, **400**, 525.
 Smith (Bahía), 33, 127.
 Snake, 282.
 Spils, Santiago (S. J.), 504-506, 511, 517.
 Spokane, 22, 244, 285, 286, 288, 301, 368, 377, 462, 469.
 Socorro (Isla del), 55.
 Solomón, 285.
 Soloviev, Vladimiro, 13, 180.
 Sonora (Goleta), 55.
 Southampton, 130.
 Stack, Cristian, 193.
 Stack, Mateo, 193.
 Stalin, 178.
 Stebbens, 104.
 Steese Higway, 86.
 Stevens, 237.
 Stewart, 224, 226, 228, 237, 246.
 Stikine, 42.
 Street, 171.
 Streit, Rob. (O. M. I.), 128.
 Stuck, H., 15.
 Suiza, 30, 50.

- Sullivan, Santiago (S. J.), 268, 366, 463-464, 512, 517.
 Sumdum, 271.
 Suntrana, 87.
 Sutil (Goleta), 54.
 Sutton, 87.
 Sweere, Adrián (S. J.), 475-479, 514, 526.

 TACHE (Monseñor, O. M. I.), 49.
 Tagish, 39.
 Takchak, 415.
 Takoo, 225.
 Taku, 42.
 Tana-kutchin, 122.
 Tanana, 42, 81, 83, 200, 289, 290, 318, 319, 339, 376, 404, **405**, 521.
 Tanana (Río), 40, 85, 87, 122, 215, 247, 248, 250, 281.
 Tatotlikdu, 247.
 Taylor, 86.
 Tchaitsky, 215, 334.
 Tekenaloten, 335.
 Teller, 196, 285, 433-434, 444.
 Ten'as, 117, **120**, 141, 337, 338, 357, 359, 404.
 Terasino, 243.
 Teslin, 39.
 Testore, Celestino (S. J.), 275.
 Thetis, 237.
 Thetlet-kutchin, 122.
 Thinklets, 117, **123**, 124, 357, 404.
 Three Saints, 76, 185.
 Tikeramiut, 128.
 Tiltsa Nughoyit, 339.
 Titanic, 32.
 Togiagmiut, 127, 128.
 Tolovana, 320.
 Tolstyk, Andreian, 46.
 Tomkin, José (S. J.), 497-502, 511, 514, 515, 516, 526.
 Tonultoh, 233.
 Tornak, 157.
 Tornasuk, 157.
 Tornielli, Filiberto (S. J.), **367**, 368-370, 466-498, 501, 502, 511, 514, 522, 525-527. (*Véase Turnell.*)
 Tosi, Pascual (S. J.), 11, 12, 134, 159, 187, 208, 219, 221-224, 227, 228, 229, 234, 235, 239, 241, 242, 244, 245-250, 253, 254, 256, 257, 259, 260, 262, 264-268, 270, **274**, 278, 285, 358, 359, 366, 375, 452, 453, 462-466, 509, 511, 514-517, 525.
 Tozikakat, 230, 250.
 Trapenses, 286.
 Treadwell, 82, 249, 269, 271.
 Treca, José (S. J.), 12, 251, 254, 255, 260, 261, 262, 264, 265, 272, 285, 297, 301, 303, 366, 370, **373**, 374, 397, 418, 422, 424, 426, 511, 514, 516, 518, 519, 520, 521, 525.
 Trinidad (Isla), 62, 64, 67, 71.
 Trivelli, Alberto (S. J.), 469, 470, 514, 525.
 Trontezé, 155.
 Tukkutk-kutchin, 122.
 Tunya, 157.
 Tununak, 139, 252, 259, 261, 262, 263, 293, 296, 297, 301-304, 306, 375, 399, 422, 424, **425**-428, 518.
 Turín, 368, 413, 461.
 Turnell, Filiberto (S. J.), 367-370. (*Véase Tornielli.*)
 Turquetil (O. M. I.), 129, 130, 173.
 Tutkone-kutchin, 122.
 Twohig, Santiago (S. J.), 268, 463-480, 481-490, 512, 515, 517-519, 521-523.

 UGALAKMIUT, 128.
 Ugalenses, 127.
 Ulakhpen, 127.
 Uluksak, 171.
 Unalaska, 26, 62, 64, 84, 85, 91, 119, 183, 185, 214, 235, 248, 249, 451.
 Unaligmuit, 127, 128.
 Unalaklet, 214, 249, 341.
 Unga, 249.
 Ungava, 130.
 Underwood, J., 13, 61, 62, 63, 64, 194, 196, 198, 204.
 Unimak, 26, 64.
 Utkhavimiut, 128.
 Utukamiut, 128.

 VACHON, Andrés, 318, 319, 320.
 Vaen-kutchin, 122.
 Valdez, 85, 86, 91, 177, 272, 293, 362, 399, **400**, 526.
 Valincourt, 49.
 Valladolid, 20.
 Valle de los diez mil humos, 26, 27, 36.
 Valparaíso, 67.

- Vancouver, 54, 60, 64, 70, 72, 76, 85, 212, 213, 216-220, 234, 235, 240, 241, 265, 266, 268, 270, 271, 357, 453.
 Vancouver (Cabo de), 260, 261, 262.
 Van der Pol, Juan (S. J.), 83, 284, 285, 362, 430, 468-470, 471-474, 475, 476, 478-491, 511, 514, 521, 526, 527.
 Vandriesche, Carlos (S. J.), 474-476, 511, 522.
 Van Gorp, Leopoldo (S. J.), 271, 286, 467-470, 510, 516.
 Vanka, 233.
 Venecia, 368.
 Veniaminoff, 182, **183**, 184, 185.
 Veniaminoff (Monte), 27.
 Versailles, 60.
 Vesubio, 27.
 Veuillot, Luis, 166.
 Victoria, 207, 214, 216, 217, 218, 220, 222, 223, 224, 228, 237, 238, 241, 242, 245, 266, 450, 451.
 Victoria (Isla), 131, 171.
 WAKASH, 124.
 Walker, 230, 231, 234, 235.
 Walker, William, 202, 324, 325, 326, 524.
 Wáshington, Jorge, 58.
 Wáshington, 77, 78, 86, 207, 208, 340.
 Wernz, Francisco Javier (S. J.), 291.
 Wert, 356.
 Wetz Von, 192, 193.
 Weyer, E. M., 15.
 Whitehorse, 85, 86.
 White Plans, 58.
 White River, 40.
 Wickart, Carlos (S. J.), 501-506, 512, 520, 524.
 Wien, Ralph, 324, 325.
 Wilhalm, Pedro (S. J.), 483-506, 512, 515, 522, 524.
 Willebrand, Luis (S. J.), 494-500, 511, 519, 523.
 Williams, Federico (S. J.), 480, 481, 512, 516.
 Willing, Th., 15.
 Windt (De), 14.
 Wladimiro (Rey de Rusia), 178.
 Wolf-head Point, 231.
 Wood Cañón, 41.
 Woodstock, 287.
 Woorford, 75.
 Wrangell, 85, 134, 198, 207, 216, 249, 269-272, 293, 376-378, 399, **400**, 527.
 Wrangell (Monte), 86.
 Wuteelit, 127.
 YAKUTAT, 134, 249.
 Yakutsk, 184.
 Yalkth, 123.
 Yeshl, 156.
 Yissetlatoh, 231, 233, **254**.
 Yuit, 127.
 Yukón Flats, 37.
 Yukón (Matora), 254.
 Yukón (Río), **39**, *passim*.
 Yuna-kho-tenne, 122.

INDICE DE MAPAS

	Entre las páginas
1.—Alaska. Mapa general	8-9
2.—El marco geográfico	24-25
3.—El cuadro histórico	48-49
4.—Principales expediciones de los españoles a las Cali fornias	56-57
5.—Viajes de exploración en el siglo XVIII	72-73
6.—La isla de Vancouver según los navegantes de las goletas «Sutil» y «Mexicana»	80-81
7.—La región de mayor actividad en Alaska	88-89
8.—Lugar que ocupa Alaska entre las regiones árticas ...	96-97
9.—Etnografía de Alaska	120-121
10.—Ortodoxos y Protestantes en Alaska	176-177
11.—Comienzos de la Misión	208-209
12.—Los jesuitas en Alaska	240-241
13.—Desarrollo de la Misión	264-265
14.—Alaska. Faja costera del Sur	272-273
15.—La Misión de Alaska (región del Sur y central) ...	400-401
16.—Bordeando el Estrecho de Behring	416-417

INDICE DE GRABADOS

	Entre las páginas
1.—Cordilleras alaskañas	
2.—En el valle de los diez mil humos	
3.—Glaciares milenarios (SE. de Alaska)	16-17
4.—El principio del deshiele	
5.—Abismo abierto en la cumbre de un glaciar	
6.—Iceberg atacado con dinamita	32-33
7.—Las costas recortadas de Alaska meridional	
8.—El San Elías visto desde el glaciar Malaspina	
9.—Perspectiva regia de las cordilleras alaskananas	
10.—Un aspecto del monte Mac Kinley	
11.—El glaciar de Mendenhall cerca de Juneau	64-65
12.—Los niños de Holy Cross se divierten con la nieve	
12 bis.—A través del Yukón majestuoso	
13.—El oso blanco de las regiones polares	104-105
14.—El caudaloso Yukón	
15.—Dos oseznos amamantados por una perra	
16.—Rebaño de focas en las Pribiloff	
17.—Navegación marítima. (Ante el Columbia.)	
18.—Navegación fluvial. (Por el Yukón.)	
19.—Gafas verdes contra la oftalmía de la nieve	112-113
20.—Así quedan los barcos en invierno en el Yukón	
21.—Un alto en la marcha a través de yermos helados	
22.—Amaestrando a los futuros perros-guías	
23.—Oso polar ante una aurora boreal	128-129
24.—Caprichosos cambiantes de luz en un bello atardecer	
25.—Típica indumentaria del indio del Sur	
26.—El H. Feltas a la vera del «Marquette»	
27.—Auténtica familia esquimal. Nótese el tipo mogol	
28.—Los esquimales son amantes de la música	136-137
29.—Atardecer de magia en Alaska	
30.—Cómo se construye un iglú. (Norte del Canadá.)	
31.—El P. Francisco Barnum en traje de viaje	
32.—El P. Felipe Delón con bajarones y parki	
33.—Animales totémicos entre los indios del Sur	
34.—Jovencitas de Holy Cross. Tipo mestizoide	144-145
35.—Después de una tempestad de nieve	
36.—Pesca marina al borde del abismo	
37.—Salen a respirar en la superficie	
38.—Pueblo alaskano. A la izquierda, el Kasin	152-153
39.—El baile del ganso entre los cazadores esquimales	
40.—El veloz «kayak» de los esquimales	

Entre las
paginas

41.— Madre y niño esquimales de las islas Diomedes	
42.— Una pareja venerable	
43.— Longevidad venerable en Alaska	
44.— Familia numerosa esquimal	160-161
45.— Dioses de los Thinklets en las regiones del Sur	
46.— Rachando leña para el invierno	
47.— Reno derribado en una cacería	
48.— El animal más útil para el hombre en las regiones árticas	
49.— El P. Fox, misionero de Hooper	168-169
50.— Nobile con los PP. Post y Lafortune	
51.— El P. Llorente vuelve de caza	
52.— La Universidad de Alaska	
53.— Mons. Seghers, fundador de la Misión	
54.— El P. Llorente en Kotzebue con su buen abrigo de pieles	184-185
55.— Las orillas del Yukón en Nulato	
56.— Trailla de perros dispuesta para partir	
57.— Mar, glaciares y montañas	
58.— El país por que suspiraba el Arzobispo	
59.— Una de las aldeas que forman a lo largo del río	192-193
60.— Esquimales construyendo la motora «Inmaculada», en Non	
61.— Trailla de canes arrastrando su trineo	
62.— Inocencia y alegría esquimal	200-201
63.— La actual iglesia de Akulurak	
64.— La primera casa de los Padres de Akulurak	
65.— Región de fiords alaskanos	
66.— Uno de los glaciares alaskanos del Sur	216-217
67.— El P. Tosi (en el centro) con dos cristianos de la Misión	
68.— Vista parcial del puerto de Wrangell	
69.— Mons. Crimont en su visita a Akulurak	
70.— Agarrado a los barrotes del trineo atraviesa la tundra helada.	224-225
71.— Mons. Rafael Crimont, primer Obispo de Alaska	
72.— País encantado de Alaska	
73.— La trailla de perros dispuesta para la marcha	
74.— Los perros, jadeantes, se tumban a descansar	
75.— Viaje fatigoso a través de nieve reblandecida	232-233
76.— Por entre bloques de hielo y pirámides heladas	
77.— La absolución sacramental en medio de la tundra	
78.— Cuatro cachorros del P. Llorente	
79.— Magnífico perro de tiro	248-249
80.— En la nevada reciente el trineo se hunde	
81.— El P. Lucchesi en su barca navegando por el Yukón	
82.— Sobre el fondo en llamas perfilanse siluetas morenas	
83.— El P. Llorente en Akulurak con un grupo de Hijas de María.	256-257
84.— Así viven los indígenas amontonados en sus iglús	
85.— Un matrimonio feliz	
86.— La época veraniega se consume en la pesca	
87.— El P. Juan Lucas Lucchesi	
88.— Tipo esquimal de Alaska	280-281
89.— Dando gracias después de la Misa	
90.— En la Alaska del buen humor	

	Entre las páginas.
91.—Gozo íntimo de ser y sentirse cristiano	280-281
92.—Siempre sonriente a pesar del crudo temporal	
93.—Huerfanitos de Pilgrim Springs	288-289
94.—Los Jesuitas poseen el secreto de hacer buenos	
95.—Una clase de catecismo del P. Llorente en Akulurak	
96.—Sacrificio del P. Ruppert en la soledad nevada	
97.—El cementerio es tan extenso como la tundra misma	
98.—Falta absoluta de fáciles comunicaciones	
99.—Dos tumbas de misioneros en Akulurak	
100.—El P. Robaut en pleno apostolado	296-297
101.—Una pequeña excursión de las Religiosas por el río	
102.—La carne de reno, plato exquisito de Alaska	
103.—Preparando salmón para el invierno	
104.—Buena pesca de salmón	304-305
105.—Miles de salmones se curan al sol	
106.—Nieve, soledad, miseria	
107.—Iglesia y Hospital de Fairbanks	312-313
108.—Después de una inundación	
109.—A mis soledades, voy, de mis soledades vengo	
110.—Una de las clases en las escuelas de Nulato	
111.—Holy Cross en verano	
112.—La iglesia de Nome en invierno	320-321
113.—La iglesia de Holy Cross, la mejor de Alaska	
114.—Dos cristianos de St. Michael	
115.—La enfermería en el colegio de las Religiosas, Holy Cross	
116.—Un veterano de Alaska, el P. Luis Robaut	
117.—El P. Federico Ruppert	328-329
118.—El H. Prince, primero y único jesuita esquimal	
119.—Grupo de Religiosas de Alaska en verano	
120.—El P. Llorente en el pueblo de Takchak	
121.—Vista parcial de Akulurak	
122.—El P. Ménager enfundado en su parki esquimal	
123.—El P. Segundo Llorente en 1940	
124.—Vista general de Nome en invierno	336-337
125.—Los cristianos de Nelson satisfechos porque ha vuelto el Padre.	
126.—Tres niños simpáticos de Akulurak	344-345
127.—El «Norge» en vuelo hacia Teller	
128.—Habitaciones isleñas en las costas roquizas de King Island	
129.—El P. Lafortune, el héroe de King Island	
130.—El P. Julio Jetté	
131.—Grupo de Religiosas de Alaska en invierno	352-353
132.—Bajo el cuidado de las Religiosas se prepara el salmón	
133.—Sala de recreo en el colegio de las Religiosas de Akulurak	
134.—La cruz en el Polo Norte	
135.—En los rapaces de Alaska nunca falta el buen humor	

BX3713 .A3S2

Jesuitas en el Polo Norte, la mision de

Princeton Theological Seminary-Speer Library



1 1012 00005 4322